

REVISTA DE HISTORIA MILITAR

INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR



MINISTERIO DE DEFENSA

NUESTRA CUBIERTA:

Mando superior en el Ejército
Caudillo Mayor
Siglos del XII al XV

Reproducción autorizada por la Real Academia de la Historia de la lámina 24 del álbum *El Ejército y la Armada*, de Manuel Giménez González, obra editada por el Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército.

I N S T I T U T O D E H I S T O R I A
Y C U L T U R A M I L I T A R



Revista
de
Historia
Militar



Catálogo de Publicaciones de Defensa
<https://publicaciones.defensa.gob.es>



Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado
<https://cpage.mpr.gob.es>

Edita:



Paseo de la Castellana 109, 28046 Madrid
© Autores y editor, 2022

NIPO 083-15-111-0 (edición impresa)
ISSN 0482-5748 (edición impresa)
Depósito legal M 7667-1958

NIPO 083-15-112-6 (edición en línea)
ISSN 2530-1950 (edición en línea)

Publicación semestral: segundo semestre de 2022
Fecha de edición: diciembre de 2022
Maqueta e imprime: Ministerio de Defensa

Las opiniones emitidas en esta publicación son exclusiva responsabilidad de los autores de la misma. Los derechos de explotación de esta obra están amparados por la Ley de Propiedad Intelectual. Ninguna de las partes de la misma puede ser reproducida, almacenada ni transmitida en ninguna forma ni por medio alguno, electrónico, mecánico o de grabación, incluido fotocopias, o por cualquier otra forma, sin permiso previo, expreso y por escrito de los titulares del copyright ©.

En esta edición se ha utilizado papel 100% libre de cloro procedente de bosques gestionados de forma sostenible.

publicaciones.defensa.gob.es
cpage.mpr.gob.es

La Revista de Historia Militar es una publicación del Instituto de Historia y Cultura Militar, autorizada por Orden de 24 de junio de 1957 (D.O. del M.E. Núm. 142 de 26 de junio).

Tiene como finalidad difundir temas históricos relacionados con la institución militar y la profesión de las armas, y acoger trabajos individuales que versen sobre el pensamiento histórico militar.

DIRECTOR

D. Andrés Freire García, general de Artillería DEM

Jefe de la Subdirección de Estudios Históricos

CONSEJO DE REDACCIÓN

Jefe de Redacción:

D. Juan José Matesanz Gómez, coronel de Caballería DIM PH

Vocales:

D. Gerardo López-Mayoral y Hernández, coronel DEM

D. José Romero Serrano, coronel DEM

D. Miguel Penalba Barrios, coronel DEM

D. Benito Tauler Cid, coronel DEM

D. Jesús Manuel Fernández Pedraza, coronel DEM

D. Manuel Casas Santero, coronel

D. Rafael de Pazos Portal, coronel DEM

D. Rafael de la Torre Casaponsa, subteniente

D^a. Mónica Ruiz Bremón, facultativa

Consejo de Redacción Externo:

D. Martín Almagro Gorbea, R.A. Historia

D. Miguel Alonso Baquer, general

D. Jesús Cantera Montenegro, U. Complutense

D. Emilio De Diego García, U. Complutense

D. Serafín Fanjul García, R.A. Historia

D. Luis García Moreno, R.A. Historia

D. José Luis Isabel Sánchez, coronel

D. Enrique Martínez Ruiz, U. Complutense

D. Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, R.A. Historia

D. Fernando Puell de la Villa, coronel

D. José Luis Sampedro Escolar, R.A. Matritense

D. Juan Teijeiro de la Rosa, general

Redacción:

Secretario: D. Roberto Sánchez Abal, comandante de Infantería

Adjunto: D. Aurelio Moreno Centeno, funcionario de la Admón. Gral. del Estado

Paseo de Moret, 3. 28008-Madrid. Teléfono: 91 780 87 52 - Fax: 91 780 87 42

Correo electrónico: rhmet@et.mde.es

Enlaces directos a la web:

<http://www.ejercito.mde.es/unidades/Madrid/ihycm/Instituto/revista-historia/index.html>

http://www.portalcultura.mde.es/publicaciones/revistas/historia_militar/index.html

APP Revistas Defensa: disponible en tienda Google Play <http://play.google.com/store> para dispositivos Android, y en App Store para iPhones y iPad, <http://store.apple.com/es>

DISTRIBUCIÓN Y SUSCRIPCIONES:

Subdirección General de Publicaciones y Patrimonio Cultural.

SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA. Ministerio de Defensa.

Camino de los Ingenieros, 6 - 28071 - Madrid. Tel.: 91 364 74 21

Correo electrónico: suscripciones@oc.mde.es

Sumario

Páginas

ARTÍCULOS

- *La defensa militar del partido de Arica durante la última guerra anglo-española tardo-colonial (1804-1807)*, por don **Gerardo CABRERA SÁNCHEZ**, magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico 13
- *Las estrellas brillan sobre mis escuadrones (Napoleón y sus campañas en la literatura)*, por don **Fernando CALVO GONZÁLEZ-REGUERAL**, economista, escritor y legionario de honor 37
- *Administración y funcionamiento de la Orden Militar de San Fernando en sus primeros años: la nueva cruz de espadas (1811-1823)*, por don **Alfonso DE CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, marqués de la Floresta**, cronista de armas de la Junta de Castilla y León, doctor en Derecho, CC. Políticas e Historia.. 77
- *Héroes olvidados de 1921: el teniente Fernández Ferrer y la Brigada Disciplinaria de Melilla*, por don **José Federico FERNÁNDEZ DEL BARRIO**, coronel de Infantería DEM, escritor e historiador 109
- *Táctica de las batallas cidianas: la carga de caballería*, por don **Carlos Manuel MENDOZA PÉREZ** coronel de Caballería DEM 173
- *Extranjeros en el Tercio y en La Legión española*, por don **José Luis de MESA GUTIÉRREZ**, magistrado, licenciado en Derecho por la Universidad de la Iglesia de Deusto 213
- *Teoría y práctica de la guerra en el siglo XIV*, por don **Gonzalo OLIVA MANSO**, profesor ayudante doctor, UNED 263
- Normas para la publicación de originales 337
- Solicitud de impresión bajo demanda de publicaciones 341
- Boletín de suscripción 342

Summary

Pages

ARTICLES

- *The defense of the Arica administrative area during the last late colonial English Spanish War (1804-1807)*, by Mr. **Gerardo CABRERA SÁNCHEZ**, master's degree in Military History and Strategic Thinking..... 13
- *The stars shine over my squadrons (Napoleon and his campaigns in the Literature)*, by Mr. **Fernando CALVO GONZÁLEZ-REGUERAL**, economist, writer and Honour Legionary 37
- *Administration and functioning of the Military Order of St. Ferdinand during its first years: the new swords-cross (1811-1823)*, by Mr. **Alfonso DE CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, marqués de la Floresta**, weapons chromist of the Castilla and Leon Junta. Doctorate in Law, Political Sciences and History 77
- *Forgotten heroes from 1921: Lieutenant Fernandez Ferrer and the disciplinary Brigade from Melilla*, by Mr. **Jose Federico FERNÁNDEZ DEL BARRIO**, Infantry Colonel, General Staff Diploma, writer and historian..... 109
- *The Cid's battles tactic: the cavalry charge*, by Mr. **Carlos Manuel MENDOZA PÉREZ** Cavalry Colonel, General Staff Diploma 173
- *Foreigners in the Tercio and in the Spanish Legion*, by Mr. **José Luis de MESA GUTIÉRREZ**, magistrate, graduate in Law by the Church University at Deusto 213
- *Theory and practice of War in the fourteenth century*, by Mr. **Gonzalo OLIVA MANSO**, auxiliary Doctor teacher, UNED. 263
- Norms for publishing originals 337
- On demand printing of publications 341
- Subscription Bulletin 342

ARTÍCULOS

LA DEFENSA MILITAR DEL PARTIDO DE ARICA DURANTE LA ÚLTIMA GUERRA ANGLO-ESPAÑOLA TARDO-COLONIAL (1804-1807)

Gerardo CABRERA SÁNCHEZ¹

RESUMEN

Durante la guerra anglo-española de 1804-1809, las colonias hispanoamericanas participaron en el sistema defensivo imperial hemisférico para resguardar, fundamentalmente, sus rutas comerciales e impedir la invasión de posibles fuerzas británicas. Por este motivo, el gobierno del Virreinato del Perú adoptó un plan general de defensa para dar protección a los puertos de sus jurisdicciones costeras. En ese sentido, el puerto y ciudad de Arica, único nodo comercial marítimo de libre comercio del sur peruano, sirvió como cuartel general para la dirección de la defensa costera de la Intendencia de Arequipa. En esta guerra, el partido de Arica experimentó una fuerte movilización de milicias y de rearme armamentístico, medidas que apuntaron a contrarrestar la actividad naval británica en la zona. Aunque los enfrentamientos acaecidos en el puerto de Arica fueron exitosamente repelidos por la infantería parapetada en el fuerte del puerto, el problema principal que adoleció tanto el sistema defensivo de Arica, así como también la Intendencia de Arequipa en general, fue el conflicto por la

¹ Licenciado en Ciencias Históricas y Geográficas, titulado de Historiador por la Universidad de Tarapacá, Arica. Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico por la Academia de Guerra del Ejército de Chile. Estudiante del Doctorado en Filosofía de la Universidad de Sevilla. Correo electrónico: gerardo.cabrera.sanchez@gmail.com

dirección estratégica de la defensa entre las autoridades civiles y militares. En líneas generales, en la elaboración del presente artículo se utilizaron documentos inéditos del Archivo Nacional Histórico de Santiago de Chile.

PALABRAS CLAVE: Intendencia de Arequipa. Partido de Arica. Guerra anglo-española. Conflicto civil-militar. Guerra defensiva.

ABSTRACT

During the Anglo-Spanish war of 1804-1809, the Spanish-American colonies participated in the imperial defensive system to, fundamentally, protect their trade routes, as well as prevent and repel any invasion of British naval forces. For this reason, the Viceroyalty government of Peru adopted a general defense plan to protect the ports and coastline in general from their respective jurisdiction. Thus, the port and city of Arica, the only maritime commercial node of free trade in southern Peru, served as headquarters for the direction of the coastal defense of the Intendancy of Arequipa, the southernmost province of the Viceroyalty of Peru. In this war, the Arica district experienced a strong mobilization of militias and arms supplies, measures that aimed to counteract the British naval activity. Although clashes in the port of Arica were successfully repelled by the infantry located in the fort of the port, the main problem suffered by the defensive system of Arica, and the Intendancy of Arequipa in a whole, was the conflict in the direction of war between civil and military authorities. In the present investigation, has been used unpublished documents of the National Historical Archive of Santiago de Chile.

KEYWORDS: Intendancy of Arequipa. District of Arica. Anglo-Spanish War. Civil-military conflict. Defensive war.

* * * * *

El contexto de la guerra y los preparativos defensivos en la Intendencia de Arequipa

La guerra anglo-española de 1804-1809 se desencadenó por el interés geopolítico británico de neutralizar la asistencia económica y militar que España le estaba suministrando a las campañas militares de la Francia revolucionaria, en razón de haberse reanudado las

hostilidades anglo-francesas el 18 de mayo de 1803. En menos de un año, después de firmada la paz de Amiens que puso término a la guerra de la segunda coalición, la monarquía española firmó un tratado de alianza con Francia en octubre de 1803, en la que su participación quedó estipulada con la condición de un pago de un subsidio anual de más de 3 millones de libras esterlinas, como también la obligación de suministrarle todos sus recursos navales. En represalia a esta acción político-militar, el 5 de octubre de 1804, unas fragatas británicas hundieron un buque español, y capturaron otras tres con un cargamento total valorado en 2 millones de libras esterlinas, procedentes del Río de la Plata². Otro punto importante del objetivo bélico de la Gran Bretaña fue el de asegurar la adquisición de mercados y de bases comerciales en Sudamérica, y al mismo tiempo el de debilitar el poder del imperio español mediante el apoyo de la independencia de sus colonias americanas. Esta idea fue planteada a comienzos de 1800 por Henry Dundas, ministro de guerra que lideró el lobby anglo-hispanoamericano formado por políticos, empresarios, y personal militar y naval, los que en conjunto ejercieron presión política al gobierno británico para contrarrestar la ambición imperialista de Napoleón sobre el hemisferio occidental³.

Además, después de haberse substituido la administración de Pitt por la del ministro Addington en 1801, el nuevo secretario del tesoro Nicholas Vansittart, partidario del lobby, en 1803 introdujo a Popham y al venezolano Francisco de Miranda para que apoyasen la política británica de proyectar la independencia Sudamericana. El objetivo general era el de establecer una colonia, o territorio satélite británico, en algún lugar de la América española, entre los cuales se seleccionó a la capital virreinal de Buenos Aires como el más idóneo por su ubicación estratégica en la ruta comercial atlántica, para que de esta manera sirviese como base militar auxiliar al plan expedicionario de Miranda sobre Venezuela⁴. El motivo principal de esto se explica por el interés de penetrar en la extensa red comercial de la cuenca del Río de la Plata, plan estratégico que se efectuó únicamente por medio de la ocupación militar de Buenos Aires en mayo de 1806. Lograda la captura británica de la ciudad, el general Beresford, entre el 28 y 30 de junio de 1806, liberó el acceso a los empresarios británicos, representados por la South Sea Company, para que se integrasen a la dinámica comercial del Atlántico Suramericano, la que históricamente estuvo bloqueada a la participación de extranjeros por

² LYNCH, John: «British Policy and Spanish America, 1783-1808», en *Journal of Latin American Studies*, n.º 1, 1969, p. 16.

³ *Ibidem*, p. 14.

⁴ *Ibidem*, p. 15.

el monopolio comercial de la corona española⁵. Igualmente, el gobierno británico ocupó, por un breve lapso, la provincia de Uruguay, tomando control del puerto de Montevideo, centro de comercio estratégico de comunicación con los puertos de las colonias portuguesas del Brasil. Por esta vía se internaron y distribuyeron bienes manufacturados, lo que significó una gran victoria comercial británica en la zona⁶.

En cuanto a la situación del Virreinato del Perú, fue en 1805 que llegó la noticia de la declaración de guerra. El gobierno virreinal adoptó una serie de disposiciones políticas con miras al rearme militar, que a grandes rasgos mantuvo cierta similitud al plan estratégico general de defensa elaborado durante el conflicto de la Guerra del Rosellón, contra el gobierno de la Convención de la Francia Revolucionaria en 1793⁷. Para el caso de Arica, la primera medida impuesta para la defensa de este partido fue la orden enviada por el intendente Bartolomé María de Salamanca, quien, el 5 de septiembre, comunicó a Juan José de la Fuente y Loayza, subdelegado de Arica, la designación de Josef Lino Portocarrero, comandante del escuadrón de milicias de la ciudad de Arica, como comandante militar «de las partidas que sobre las armas han de existir en el puerto de Arica, y de la tropa que en el caso de deber interponer defensa por las ocurrencias»⁸.

Como responsabilidades adicionales, el intendente le ordenó que diese aviso sobre cualquier situación grave para que el gobierno arequipeño le pudiese auxiliar en la defensa contra los británicos. También el de enviar un informe del estado de la zona de su mando al subdelegado, manteniendo así una comunicación permanente entre las autoridades militares y civiles. El subdelegado debía actuar en connivencia para «prestar al comandante militar del puerto de Arica dichos auxilios, y a proveerlo de las armas de fuego, y blancas que se consideren necesarias en dicho puerto»⁹. El plan de movilización tuvo como objetivo central la protección del puerto de la

⁵ GOEBEL, Dorothy: «British Trade to the Spanish Colonies, 1796-1823», en *The American Historical Review*, n.º 43, 2, 1938, p. 307.

⁶ WINN, Peter: «British Informal Empire in Uruguay in the Nineteenth Century», en *Past & Present*, n.º 73, 1976, pp. 101-102.

⁷ Durante la guerra franco-española de 1793-1795, la Junta de Guerra organizada por el gobierno virreinal del Perú estableció la creación de tres Comandancias Generales para la protección del litoral costero. La ciudad de Arica fue designada como capital militar del tercer departamento, la que tenía como límite norte a Ica, prolongándose su jurisdicción hasta el extremo sur de la Capitanía General de Chile. Véase, GIL, Iago: «El Perú y la Guerra contra la Convención (1793-1795)», en *Revista de Historia Militar*, n.º 117, 2015, p. 180.

⁸ Archivo Nacional Histórico de Chile (en adelante ANH), Archivo Administrativo de Arica (en adelante AAA), Legajo 10, pza. 8, foja 1r.

⁹ *Ibidem*.

ciudad de Arica, elevado al rango de puerto de libre comercio en 1778¹⁰. En esa misma línea, el mando militar de Arica, por orden del intendente, adquirió la responsabilidad de prestar asistencia militar a la caleta de Sama, situada al norte, en la desembocadura del río del mismo nombre, curso fluvial que sirvió como demarcación fronteriza natural con la subdelegación de Moquegua. La orden constó en «que se levanten a sueldo diez milicianos, cinco para que se apliquen al manejo del cañón, y cinco montados»¹¹. Estos quedaron subordinados al comandante de la partida de las milicias veteranas¹². Se designó un cabo a la instrucción y disciplina de las milicias del pueblo de Tacna, por lo que quedó bajo la responsabilidad de Gonzalo Pastrana, sargento a cargo de la partida de milicias veteranas. A él se le ordenó que «pase a la ciudad de Arica con sus respectivos cabos, quedando solo uno en este pueblo para disciplinar las milicias, sujeto a las disposiciones del Coronel»¹³.

La referida orden dio cuenta de la condición especial del gobierno administrativo del partido de Arica, pues a pesar de ser la ciudad de Arica la capital, los funcionarios públicos tenían su residencia en la localidad de Tacna. Esta decisión del asentamiento del gobierno fue adoptada en razón del peligro que significó la sublevación de Túpac Amaru II, como también por la constante hostilidad de embarcaciones británicas que acechaban sobre las inmediaciones del puerto de Arica. Esto hizo de Tacna el refugio más seguro para las autoridades políticas. Con la instauración del sistema de Intendencias, en 1784, se confirmó la permanencia de su residencia en Tacna¹⁴. Para la defensa de la ciudad de Arica, cinco milicianos fueron nombrados con la misión de dar «resguardo en el puerto y auxilien las providencias de la comandancia militar»¹⁵. La Compañía de Pardos de la ciudad de Arica

¹⁰ Fue declarado como puerto de libre comercio por la Real Cédula del 12 de octubre de 1778, titulada «Reglamento y aranceles Reales para el comercio libre de España a Indias». Véase, *Reglamento y aranceles reales para el comercio libre de España a Indias*. Imprenta de Pedro Marín. Madrid, 1778, p. 9.

¹¹ ANH, AAA, Legajo 10, pza. 8, foja 1r.

¹² De acuerdo a Juan Marchena, las unidades militares veteranas compusieron al denominado «Ejército de Dotación», las que se guarnecían en las principales ciudades de las provincias americanas. Estas eran de carácter defensivo, que reproducían la estructura existente en España, pero con la diferencia que sus tropas eran de procedencia americana. Su importancia radicaba en que conformaron «el núcleo fundamental del Ejército de América». Véase, MARCHENA, Juan: «El ejército de América y la descomposición del orden colonial. La otra mirada en un conflicto de lealtades», en *Revista Militar*, n.º 4, 1992, p. 72.

¹³ ANH, AAA, Legajo 10, pza. 8, foja 1r.

¹⁴ GALDAMES, Luis *et al.*: *Historia de Arica*. Editorial Renacimiento. Santiago, 1981, p. 38.

¹⁵ ANH, AAA, Legajo 10, pza. 8, foja 1r.

tendría el rol central de ser la columna vertebral en la defensa, pues, según el intendente Bartolomé María de Salamanca era «la más pronta a interponer defensa»¹⁶. La importancia estratégica de la Comandancia Militar de Arica, para el sur del Virreinato, quedó en evidencia con la asistencia y auxilios que prestó en la defensa y resguardo de Ilo, puerto principal del partido de Moquegua. La ausencia de un comandante militar y de oficiales de milicias en aquel partido, implicó que el alcalde ordinario del puerto de Ilo adoptase la responsabilidad de la dirección militar, particularmente la de dar disciplina a seis milicianos montados, que el intendente de Arequipa mandó alistar para su defensa¹⁷.

Esta contingencia expuso a un grave peligro la protección de la costa de Moquegua, lo que influyó en la decisión del oficial Justo Portocarrero de enviar una fuerza de auxilio de entre 20 a 25 milicias. Por otro lado, la Comandancia de la ciudad de Arica decidió apoyar con «otros tantos fusiles con sus respectivas cartucheras» para la defensa de aquel puerto. La sospecha de la probable presencia, en sus proximidades, de una fragata británica que fue dañada anteriormente por el sistema defensivo del puerto de Arica, y que por su estado actual se especulaba un probable desembarco de su tripulación, obligó a adoptar esta decisión de reforzar con milicias aquel punto del Partido¹⁸. Sin embargo, las autoridades militares de Arica negaron la entrega del armamento, por deliberar que la fragata británica estaba ubicada «con total descuido»¹⁹, lo que propiciaba que se le hiciese un ataque preventivo para apresarla.

De acuerdo a Ponciano Osorio, subdelegado de marina de Arica, en un oficio suyo del 9 de septiembre de 1805, informó que Pedro Vega, pescador matriculado del sector costero de Tacna, avistó una fragata británica el día 7 de septiembre. Por ello es que advirtió sobre la posibilidad de que este buque enviase chalupas de desembarco hacia las inmediaciones del puerto de Arica, y que la presencia de los dos vigías ubicados en la cima del Morro de Arica no era suficiente, dado que eran incapaces por su posición de detectar las pequeñas embarcaciones durante la noche, sobre todo presumiendo que el lugar de desembarco fuese en la playa de La Lisera, situada a los pies del Morro. Por lo tanto, el alcalde de la ciudad ordenó «que llegada la noche se baje y acuartele con dos hombres más voluntarios en mi casa que existe a inmediaciones de las caletas de este citado puerto, y desde ellas hagan su

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ ANH, AAA, legajo 10, pza. 21, fs. 1r-1v. Informe elaborado, por el subdelegado de marina Ponciano Osorio y el comandante Josef Lino Portocarrero, para el subdelegado de Arica. 9 de septiembre de 1805.

¹⁹ *Ibidem*.

ronda, por bajo de dicho Morro»²⁰. Esta se hizo efectiva en la noche del día 8 de septiembre. También, solicitó que se hicieran 25 cartuchos para los cañones, y que se distribuyese los 50 fusiles²¹ disponibles entre «los sujetos que entiendan su manejo, bajo las calidades que correspondan a su existencia y aseo»²². Sin embargo, consciente del esfuerzo invertido por el subdelegado en la defensa de la costa de la ciudad de Arica, el 12 de septiembre le expuso que la responsabilidad de dirigir la defensa recaía en el comandante militar del puerto Josef Lino Portocarrero, quien fue designado por el intendente para que desempeñase aquel cargo.²³

Tal y como previó el subdelegado de marina de la ciudad de Arica, fue capturada una chalupa inglesa que arribó a una de las caletas del puerto de Arica, a las 5 de la tarde del día 12 de septiembre, con cuatro tripulantes: tres ingleses y un holandés. Esta información fue elaborada tanto por el comandante del puerto Josef Lino Portocarrero y el subdelegado de marina Ponciano Osorio, que, en oficio del 15 de septiembre, le expusieron al subdelegado Juan José de la Fuente y Loayza que «En la mañana del día once del corriente, se avistaron a barlovento de este puerto, tres buques pequeños», y que tomando las medidas preventivas de defensa, al no estar cerciorados si eran aliadas o enemigas las embarcaciones, determinaron movilizar las tropas «sobre las armas, redoblando los centinelas, y demás

²⁰ ANH, AAA, legajo 10, pza. 8, doc. n.º 17, f. 4r.

²¹ Es de notar que los 50 fusiles que mandó a emplear el alcalde Osorio provinieron de un suministro de armas y municiones que el intendente Salamanca envió para mantener la defensa y seguridad del Partido de Arica. Los suministros militares recibidos fueron organizados en un listado elaborado por el comandante Josef Lino Portocarrero, y que en el cual, con fecha 17 de septiembre, informó que quedaron a cargo del sargento de la partida veterana Gonzalo Pastrana, autoridad militar que se le dispuso la orden de mantener su «conservación, y limpieza en el cuartel, y sala de armas». Véase, ANH, AAA, legajo 10, pieza 8, doc. n.º 17, f. 16r. El listado correspondiente es el siguiente: «50. Fusiles con sus bayonetas y su correspondiente forniture; 2. Cajones de cartuchos con bala que anotan en su marca el n.º de 2330; 1. Barril de pólvora con el peso de 5 arrobas (...); 10. Cartuchos o saquillos de pólvora para cañones de artillería con el peso de 2½ us. cada uno; 11. Balas de hierro inclusive 5. de bronce, y dos de hierro calibre de a 16. y las demás con el de a 8. y 10. reforzadas; 2. Medias balas de hierro de a 8; 9. Medias palanqueras con el calibre de a 8 reforzadas; 6. Enteras con el calibre de a 15. cada una; 44. Balas de hierro de metralla de 13, 5, 4, y 3 g.; 100. Lanzas corrientes; 199. Piedras de chispa inclusive las que están en los fusiles». Véase, *Ibidem*. Sin embargo, dichos suministros de municiones no lograron cubrir todas las necesidades que demandaba el sistema de artillería del fortín existente en el puerto de Arica. Así lo expresó el comandante Josef Lino Portocarrero en oficio con fecha 24 de septiembre de 1805, dirigido al subdelegado y al coronel del regimiento, ambos asentados en el pueblo de Tacna.

²² ANH, AAA, legajo 10, pza. 8, doc. n.º 17, f. 4v.

²³ *Ibidem*, fs. 5v-6r. Este hecho denota la persistencia de los conflictos entre las autoridades políticas y militares dentro del partido de Arica, no existiendo en la práctica una jerarquía bien organizada, sino que, al contrario, se dio una superposición en la autoridad y dirección del mando.

preparativos»²⁴. Capturados los tripulantes al día siguiente, estos les «entregaron un pliego escrito que dicen ser el diario de su derrota, y escribió el uno de ellos las letras que constan de otro papel por separado». Sin embargo, no pudieron realizar la traducción correspondiente de los documentos adquiridos por carecerse de un traductor. Sólo contaron con un individuo que sirvió de intérprete, y que gracias a él lograron averiguar que los tripulantes capturados formaban parte de la tripulación de una fragata americana que habría salido desde Londres con la finalidad de dedicarse a la pesca de ballena en el Mar del Sur²⁵.

La chalupa fue trasladada al almacén del Rey, y los 4 marinos extranjeros fueron derivados al mismo subdelegado con residencia en el pueblo de Tacna, escoltados y custodiados por los milicianos montados Dámaso Valdivia y Manuel Albarracín, los que irían acompañados por los arrieros Basilio Pérez y Marcelino Marca. Al respecto, Domingo de Agüero y Juan de Ozamiz, ministros de la Caja Real de Tacna, en oficio con fecha 13 de marzo de 1806²⁶, le expusieron al subdelegado del partido que tomaron conocimiento del documento con la orden del virrey, que, con fecha del 16 de enero de 1806, mandó que dichos prisioneros ingleses, y cualquier otra tripulación corsaria capturada de un buque que no superase los 14 cañones, se les debía proporcionar un sueldo de mantención de 2 reales diario, como también la entrega de 1 peso mensual para su consumo básico de agua, el cual sólo podía ser adquirido los días jueves y domingo de cada semana. Los ministros explicaron que se les limitó el acceso del agua a los prisioneros, a causa de la adopción de medidas enfocadas en economizar su consumo, y que a pesar de haberse deliberado la apertura de «un pozo en el segundo patio de la casa del cuartel», en los mismos días jueves y domingo les dieron el derecho de lavar sus enseres y alimentos con el agua procedente de «la que corre por las calles». Por último, se les agregó el pago de un real adicional diario para que se les suministrase «dos luces que se destinan en las dos piezas en que se reparten para dormir»²⁷. Todo este desembolso los ministros de la Real Hacienda lo justificaron en una Real orden expedida el 26 de marzo de 1805, y que, por tal motivo, le solicitaron a Juan José

²⁴ *Ibíd.*, f. 13r.

²⁵ *Ibíd.* De acuerdo a lo informado por el intérprete, los prisioneros informaron que «vinieron tripulados en una fragata americana que salió de Londres con el destino de la pesca de ballena, y comercio, y que habiéndose propasado de Valparaíso mando tres chalupas su Capitán, en solicitud de Agua, y víveres, y que habiendo salido en solicitud del buque no pudieron alcanzarlo y que ellos por la necesidad de alimento se habían auxiliado de este puerto, y las dos compañeras se pasaron a los de sotavento».

²⁶ ANH, AAA, legajo 10, pza. 21, doc. n.º 50, fs. 1r-1v.

²⁷ *Ibíd.*

de la Fuente que le remitiese la consulta al intendente de Arequipa si es que ellos debían continuar con el mencionado gasto adicional entregado a los prisioneros ingleses, o cumplir únicamente en el pago de los 2 reales como lo determinó el virrey²⁸.

Conflictos cívico-militares en la dirección de la defensa del puerto de Arica

La persistente escasez de armas y suministros para la defensa de Arica fue un constante problema durante la movilización militar. El comandante Portocarrero necesitaba suministrar cucharas de fierro para la medición de los tiros de los cañones de la artillería²⁹. También consideró la construcción de una garita para el resguardo y protección de los guardias y tropas milicianas destinadas en el fuerte, debido a que estaban obligados a mantenerse en plena intemperie. Esta garita se emplearía para la función de custodiar los implementos de la artillería. Además, pidió que, para el caso del mantenimiento y refacción de la edificación del fortín del puerto, que «los indios como ha sido costumbre, cuando vengan a esta ciudad por guano se les obligue, a que traigan tierra adobes, o piedras si se ofrece»³⁰, con el fin de mantener un suministro constante de materiales de construcción para las reparaciones de la infraestructura defensiva. La denuncia de la falta de instrumentos para el uso de la artillería también fue expuesto por Santiago Pastrana, comandante del escuadrón de dragones³¹ de la ciudad de Arica, que, en oficio del 24 de septiembre de 1805, comentó que por la necesidad de tener funcionales los cañones del fortín de la ciudad, recurrió a los vecinos de la ciudad para que le colaborasen en el acopio de «viso, y útiles, para formar por lo pronto saca trapos, cucharas, tacos, planchadas, y demás costeando yo voluntariamente el pago de su fábrica»³², ya que sin estos elementos «de

²⁸ Según Luis Cavagnaro, el gasto registrado de la manutención de los prisioneros, en la Caja Real del partido, fue de «7 pesos de enero a marzo; en abril de 7 y 4 reales; en mayo de 7 pesos y 6 reales; en junio de 7 pesos y 4 reales y en julio de 7 pesos con 6 reales». Sin embargo, no especificó el número y origen de los prisioneros. Véase, CAVAGNARO, Luis: *Materiales para la historia de Tacna*. Tomo V, *Emancipación (1780-1821)*. Universidad Privada de Tacna. Tacna, 2006, p. 300.

²⁹ ANH, AAA, legajo 10, pza. 21, doc. n.º 50, f. 19r.

³⁰ *Ibidem*, fs. 19r-19v.

³¹ De acuerdo a D'Wartelet, la unidad militar denominada «Dragón», era un «Soldado de caballería armado de sable y de fusil con bayoneta, que hacia alternativamente el servicio á caballo y a pié, por cuya razon usaba botines altos en lugar de botas. Segun unos, los primeros cuerpos de dragones los formó el duque de Parma en el ejército español en 1582; segun otros fueron creados en Francia por el mariscal de Brisac en 1555». Véase, D'WARTELET, J.: *Diccionario Militar*. Imprenta de D. Luis Palacios. Madrid, 1863, p. 274.

³² ANH, AAA, legajo 10, pza. 21, doc. n.º 50, f. 24v.

nada nos sirven la pólvora, y balas»³³. Además, hizo saber que al cuerpo de artillería les tenía destinado un régimen de entrenamiento para el uso de los cañones, tanto en la mañana como en la tarde, y el de mantener simultáneamente el sistema de vigilancia del fuerte, con la presencia de rondas de guardias con turnos diurnos y nocturnos. También es clave la información que dio en torno a la labor que cumplió Ponciano Osorio, que según el propio Santiago Pastrana era «el único, y principal que se apersona con toda actividad en cualesquiera ocurrencia de el mejor servicio del Rey»³⁴. Se infiere la existencia de una intencionalidad dirigida a denunciar, implícitamente, el desempeño del comandante Josef Lino Portocarrero, que, de acuerdo a sus palabras, no se hacía presente en el cumplimiento de sus responsabilidades en la dirección de la defensa del puerto.

La situación que alude el comandante Santiago Pastrana se inserta en un conflicto político-militar que se dio entre el mencionado Ponciano Osorio contra el comandante Josef Lino Portocarrero. El origen de este problema se remonta a la exigencia que Portocarrero le hizo a Osorio, la cual constó en que este último le debía dar información de aquellos individuos inscritos en la marina, particularmente de los que habían pertenecido a la milicia. El objetivo de esta orden del comandante era de reintegrarlos a sus antiguas puestos militares. Este hecho fue expuesto por el propio Osorio en oficio del 24 de septiembre de 1805, en el cual le hizo saber al subdelegado Juan José de la Fuente y Loayza que esta solicitud no solo fue hecha por Portocarrero, sino que también por el coronel Francisco Navarro que efectuó el mismo encargo meses antes, en un oficio con fecha de 10 de marzo de 1805, periodo en que llegó la noticia de la declaración de guerra contra la corona británica. Sobre esta situación, Osorio se negó a proceder a lo solicitado por ambos oficiales por contar con el respaldo jurídico de las ordenanzas de la matrícula de marina, y que, para dar solución a este conflicto en el mando, consideró necesario remitir «a la Superioridad para su resolución»³⁵, que en este caso sería el propio intendente de Arequipa, el que tenía a su cargo al comandante militar de dicha jurisdicción. Sin embargo, el oficial Lino Portocarrero, obstinadamente, insistió «que se repusiesen, a su cuerpo, los individuos matriculados»³⁶, y que por mantener la misma contestación que dio en un principio, Osorio denunció que el comandante realizó «varias calumnias criminales, que por dicho oficio producto contra mí, y el cuerpo de matrícula»³⁷.

³³ *Ibidem*.

³⁴ *Ibidem*, fs. 24r-24v.

³⁵ *Ibidem*, f. 21r.

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ *Ibidem*, fs. 21r-21v.

En represalia a esta postura de Osorio, Portocarrero, abusando de su autoridad, se impuso tomando preso en el cepo el 21 de septiembre de ese mismo año, día en que emitió la orden de reposición en las milicias de los individuos pertenecientes a la marina, a dos individuos que asistían directamente a Osorio. Según el subdelegado de marina, eran «dos individuos filiados por mí en la marina, en tiempo de pases; siendo el uno de ellos el que me lleva la pluma en todos los asuntos de juzgado, cometiendo en esto el mayor atentado»³⁸. En razón de este conflicto en el mando, Osorio le solicitó al subdelegado que «pueda ordenar se repongan en soltura, los mencionados, y todos los demás arrestados por matriculados marinos»,³⁹ y que además le prevenga al capitán y comandante del puerto de Arica que «se abstenga de proceder en este asunto, bajo de los respectivos apercebimientos, sin innovar, ni alterar, en lo menor, cosa alguna»⁴⁰, hasta que se resolviese con la resolución del Tribunal de la Intendencia. Además, esta disputa entre autoridades militares fue considerado como un factor político que perjudicaría directamente a la protección de la vecindad de la ciudad de Arica, debido a que las desavenencias suscitadas por Portocarrero y el capitán de las milicias de pardos, fueron considerados como hechos que podrían generar un despoblamiento de la ciudad, ante la percepción de inseguridad producida entre los vecinos.

Sobre este particular, Lino Portocarrero sólo se refirió a la necesidad de adoptar la medida de reforzar la guarnición miliciana con los soldados adicionales inscritos en la matrícula de marina del puerto de Arica. Consideró la continuidad de esos soldados en esa institución como un «grave perjuicio del servicio del Rey, y detrimento de la patria por las actuales circunstancias»⁴¹, fundamentándose en el estado de guerra y en los ataques efectuados por las fragatas británicas, esto último acaecido en los días 2, 3 y 11 del mismo mes y año. Por tal motivo, el comandante le expuso al subdelegado que su objetivo principal era el de cumplir la orden de impedir cualquier invasión en las costas del puerto de Arica, y que para ello se debía «tener toda la gente de esta guarnición con la debida disciplina, subordinación y aptitud»⁴². Sin embargo, en oficio del 30 de septiembre de 1805, le hizo la mención de que los hechos ocurridos en la disputa del mando con Ponciano Osorio se justificaban por la facultad que le otorgaba su autoridad como comandante militar de la plaza y puerto de la ciudad de Arica. En ese sentido, sostuvo que «deben correr bajo mis órdenes todos los cuerpos de

³⁸ *Ibíd.*, f. 21v.

³⁹ *Ibíd.*

⁴⁰ *Ibíd.*

⁴¹ *Ibíd.*, f. 31r.

⁴² *Ibíd.*

esta plaza y puerto sin sujetarme, ni en esto, ni en otros particulares, a otro Juez alguno, sino a la superioridad, ni en todo lo que sea de ofensa y defensa militar»⁴³.

En lo anterior quedó exceptuado los requerimientos particulares dentro de cada cuerpo militar, y así como también de todo gasto económico que no correspondiese dentro de la dirección de la defensa. Por tal motivo, también aclaró que el otro factor de conflicto en el mando con el subdelegado de marina era su nula responsabilidad en el control de «las distribuciones, y pagos de salarios a los vigías», pues estaban sujetos al total arbitrio de su autoridad, lo que conllevó a la confusión de los subalternos en lo que respecta a que autoridad militar debían obedecer. También Lino Portocarrero declaró que Osorio abandonó sus deberes al ausentarse de su puesto por ocho días seguidos, pues, sin justificación alguna, se fue al pueblo de Tacna. Por tanto, el comandante del puerto de Arica le solicitó al subdelegado Juan José de la Fuente que se le diese la facultad de elegir, de forma autónoma, al personal de la guardia de vigilancia de las costas. El otro problema que se desarrolló fue la desobediencia que le hizo el cabo de marina José Lino Santana, individuo que se negó a cumplir su orden de dar entrega del antejo de larga vista al cabo veterano Mariano Calderón, para que se encargase de su custodia. El argumento de José Lino Santana fue que debía cumplir la orden interpuesta por Osorio, de dar cuidado y limpieza al instrumento de vigilancia, y que, por tal motivo, no podía cumplir a lo que le solicitaba⁴⁴.

El subdelegado Juan José de la Fuente, tomando conocimiento y consideración de las irregularidades del subdelegado de marina Ponciano Osorio, en oficio del 2 de octubre de 1805 ordenó que se traspasase al comandante Lino Portocarrero la responsabilidad de seleccionar a los vigías, como también el de mantener en su poder el antejo de vigilancia para que administrase directamente el cuidado y conservación del instrumento⁴⁵. Sin embargo, se produciría una nueva discusión, pero esta vez entre el propio subdelegado del partido con el comandante Josef Lino Portocarrero, pues, paradójicamente, se mostró contrario al modo en que llevaba a cabo la movilización de las milicias disciplinadas⁴⁶ de la ciudad y sus valles circundantes. La causa fue el hecho de haber malgastado dinero durante la presencia

⁴³ *Ibidem*, f. 33r.

⁴⁴ *Ibidem*, fs. 33v-34r.

⁴⁵ *Ibidem*, fs. 34v-35r.

⁴⁶ De acuerdo a D'Wartelet, la milicia disciplinada es aquella «que se rige por reglamentos y ordenanzas, estando bien instruida en el manejo de las armas y movimientos tácticos. Epíteto de ciertos cuerpos de infantería y caballería que en nuestras posesiones de Ultramar se crearon con naturales del país para auxiliar en el servicio á los regimientos peninsulares». Véase, D'WARTELET: *op. cit.*, pp. 508-509.

de un bergantín que se especuló ser de origen británico. Según sus palabras, fue «fuera de tiempo y necesidad haber puesto sobre las armas la gente que expresa: que en mención a ello, no debe sufrir la Real Hacienda los gastos que se emprendiesen sin extrema urgencia»⁴⁷.

Aunque al final no sucedió la esperada ofensiva del buque de guerra, Josef Lino Portocarrero, en oficio del 5 de octubre de 1805, dijo que el hecho del día 4 del mismo mes los vigías avistaron el mencionado bergantín a las 3 de la tarde, percibiendo recién su actividad inusual a partir de las 10 de la noche, donde dos faroles fueron avistados en las inmediaciones de la isla alacrán, ubicada en las cercanías de la costa del Morro de Arica. El comandante consideró la situación como prueba suficiente para movilizar la defensa contra posibles fuerzas británicas⁴⁸. Además, le hizo la solicitud para que le enviase 15 fusiles, pólvora y dinero para el pago del sueldo de los milicianos movilizados. Sin embargo, en el mismo día 5 de octubre, el subdelegado de Arica le impugnó el haber aprestado tropas sin cerciorarse de la nacionalidad del bergantín, por lo que le pidió encarecidamente que no malgastase los recursos de la Real Hacienda en especulaciones. A pesar de ello, consideró sólo la petición del envío de suministros de apoyo para la defensa, para lo cual le confirmó la entrega de 20 fusiles, un barril de pólvora y 4 arrobas con 17 libras de frutos para el abastecimiento de las tropas⁴⁹. Similares preparativos defensivos se hicieron en el pueblo de Tacna, en el que se destinaron armas y pertrechos procedentes del Real Cuartel para el capitán Pedro Alejandrino de Barrios, los que constaron de 30 fusiles dotados de bayonetas, 29 cartucheras, 100 portafusiles, 79 portabayonetas, 30 fusiles con vaina y sin ellas, y 2 cajones de cartuchos de balas con un contenido de 1.259 piedras de chispa cada uno⁵⁰.

El comandante Josef Lino, consciente de la recriminación que le hizo el subdelegado, le expuso que, de acuerdo a la experiencia de su carrera militar, la situación de la presencia de embarcaciones británicas asolando las inmediaciones del puerto de Arica, es una máxima suficiente para movilizar las milicias y demás apresto para el resguardo de la zona, dado que estas fragatas, al intentar acercarse, recurrían al empleo de banderas francesas o españolas, por lo que era inútil emplear vigías. Por tanto, justificó su responsabilidad de mantener la defensa del puerto y ciudad de Arica a través de la única forma posible: la de alistar y movilizar a todas las fuerzas disponibles, incluyendo a las milicias asentadas en los valles de Lluta y Azapa. Al ser

⁴⁷ ANH, AAA, legajo 10, pza. 21, doc. n.º 50, f. 49r.

⁴⁸ *Ibidem*, fs. 47r-47v.

⁴⁹ *Ibidem*, f. 49r.

⁵⁰ *Ibidem*, fs. 49r-49v.

insuficiente las milicias, a modo de precaución, el comandante Josef Lino Portocarrero se vio en la obligación de recurrir a la mayoría de las milicias asentadas en las inmediaciones de aquellos valles, pues «la oficialidad miliciana, y muchísimos de los soldados, subsisten de sus trabajos de chácaras, en la distancia de dos, cuatro o seis leguas»⁵¹, tardando estos en reunirse en la ciudad de Arica en un tiempo de 2 a 3 horas, mediante una señal de cañonazo. En vista de esto, justificó la necesidad de ejecutarse siempre una movilización preventiva de las tropas para que no quedase la ciudad sin las fuerzas terrestres suficientes para resistir una invasión. Por tal motivo, objetó las declaraciones de desprecio del subdelegado Juan José de la Fuente, quien le denostó sus habilidades de mando como comandante.

Sin embargo, el problema central de este conflicto entre ambas autoridades, se debió al propio subdelegado Juan José de la Fuente, el cual ordenó que se evitase el menor gasto posible para la Real Hacienda, condición que para el comandante Josef Lino Portocarrero le significaba una contradicción de facto, pues aplicar esas medidas implicaba no tener los recursos mínimos de mantenimiento y abastecimiento para las milicias en la defensa. En otras palabras, conllevaba a la total indefensión del puerto y ciudad de Arica. En esa línea, le hizo saber que tenía todo el respaldo del intendente de Arequipa, pues, según sus palabras «para el pago ha librado oficio a los Ministros de Real Hacienda, no es indebido, pues el Rey no quiere que ningún vasallo perezca en su Real Servicio»⁵². No sólo acaeció este problema con el comandante Josef Lino Portocarrero, sino que, por el mismo motivo, los ministros de la Real Hacienda también fueron un factor de desestabilización del mantenimiento de la defensa. Este fue el caso sucedido a Santiago Pastrana, comandante del escuadrón de dragones de Arica, quien expuso al subdelegado del partido, en oficio con fecha 1 de octubre de 1805, la negación que le hizo el receptor de rentas de aceptar las listas de revista de las milicias a su cargo. El motivo del rechazo del pago de los sueldos, según Pastrana, se debió a que alegó no tener «previa orden de los Señores Ministros de Real Hacienda sobre el particular»⁵³, por lo que se vio obligado a recurrir al comandante Josef Lino Portocarrero para que le anotase, en las referidas listas de revista, los certificados para que se aprobase el pago correspondiente. Entre las consecuencias suscitadas por este impedimento burocrático, fue que Pastrana se vio en la necesidad de solicitar dinero prestado para sostener el pago del sueldo diario de los acuartelados y de la manutención de los caballos.

⁵¹ *Ibidem*, f. 50v

⁵² *Ibidem*.

⁵³ *Ibidem*, f. 36r.

Combates en el puerto de Arica

La importancia de la necesidad de la movilización permanente de las milicias, quedó demostrado en el acontecimiento de la varazón de la fragata británica *Luisa*, la que encalló tras haberse acercado peligrosamente a la costa por efecto del fuego de la artillería del fuerte del puerto de Arica. También se suscitó el posterior incidente de la captura de «trece ingleses, dos chalupas, y algunas armas» del bergantín *La Confianza* en el puerto de Ilo, navío apresado por la fragata *Luisa* en Coquimbo, lo que dejó en evidencia la amenaza latente de un ataque y desembarco británico. Este hecho ocurrió en la noche del 30 de abril de 1806⁵⁴, donde la fragata *Luisa*, armada con 20 cañones, y en conjunto con el bergantín *La Confianza*, intentaron capturar el bergantín *Místico* surto en el puerto, al mando de Gerónimo Blanco, a través del envío de una lancha para abordarla. Sin embargo, la infantería aprestada en el puerto pudo protegerla con la fusilería, obligándola así a desalojar a los tripulantes británicos. Es en estas circunstancias, que, reaccionando ante el ataque de las milicias, la fragata *Luisa* se dirigió en dirección al bergantín *Místico*, efectuando en el proceso la utilización de su artillería. Acontecida esta acción, retornó nuevamente a reunirse con el bergantín *La Confianza* para realizar un ataque en conjunto contra las posiciones españolas situadas en el fuerte. En el transcurso del combate, la artillería de Arica logró impedir que la fragata se retirase mar adentro, consiguiendo que esta se viese obligada a continuar bordeando la costa. Fue en esas circunstancias que se produjo la varazón del buque británico, ejercida por la artillería de los fuertes, defensa que también rechazó, simultáneamente, el intento de socorro procedente del otro bergantín.

A pesar del fuego de la artillería, la tripulación de la fragata *Luisa* pudo abandonar la embarcación encallada. Tras esto, el comandante Josef Lino Portocarrero mandó «tomar posesión de ella en nombre del Rey nuestro señor en abordaje»⁵⁵, y que todo el cargamento, suministros de guerra, y objetos en general se desembarcasen y depositasen en los Reales Almacenes, designando para la custodia de todo lo recuperado a los alféreces José Portocarrero y Pedro Santiago de Sosa, oficiales del Regimiento de la Ciudad de Arica. El comandante, sin embargo, le dio la orden al oficial José Portocarrero, que asistido por dos milicias que cumplían el cargo de guardias, diese protección e

⁵⁴ Los historiadores peruanos Manuel de Mendiburu y Luis Cavagnaro hicieron una breve alusión a este acontecimiento. Sin embargo, no detallaron sobre la movilización y organización militar que se efectuó durante el ataque de las fragatas británicas. Véase, CAVAGNARO, Luis: *op. cit.*, p. 300; MENDIBURU, Manuel de: *Diccionario histórico-biográfico del Perú*. Parte primera correspondiente a la época de la dominación española, Tomo primero. Imprenta de J. Francisco Solís. Lima, 1874, p. 427.

⁵⁵ ANH, AAA, legajo 11, pza. 4: f. 1r.

impedimento a cualquier desembarco del cargamento contenido en la fragata encallada, por lo que le encomendó la vigilancia de todas las caletas de la ciudad de Arica. En el caso en que algún individuo hiciese algún acto delictual en el buque, ordenó que diese arresto inmediato, remitiéndolo preso al cuartel⁵⁶. El intendente Bartolomé María de Salamanca, en fecha 16 de mayo de 1806, le informó al subdelegado del partido de Arica de haberse enterado del incidente por medio de un parte enviado por el subdelegado de Moquegua. También agregó una orden dirigida al comandante Josef Lino Portocarrero para que diese inicio a los preparativos de defensa del puerto y ciudad de Arica ante un posible ataque inminente, dado que el capitán inglés *Nicolás de Fal*, de la fragata encallada *Luisa*, se dirigía en el bergantín apresado *La Confianza* «a la isla de las Galápagos donde lo esperaba otra fragata inglesa del porte de veinte y ocho cañones para regresar a Arica, y demás puerto»⁵⁷. La medida a ejecutar, ordenada al comandante de la ciudad de Arica, fue el que descargase todo el cargamento presente en la fragata Luisa, para que, aligerado el peso del navío, lo reparasen para emplearlo en la defensa y resguardo del puerto.

Enterado el comandante Josef Lino Portocarrero, le solicitó al subdelegado del partido de Arica la necesidad de reponer y reparar las cureñas de los cañones de la fragata, y el de cerrar el acceso de las caletas de la Lisera y del Morro. Tomando en consideración la exigencia del comandante, el subdelegado, el 17 de junio de 1806, mandó a que se organizase una junta con los Ministros de Real Hacienda de la Caja Real de Tacna, la cual se hizo efectivo con la orden del envío de las citaciones para el día 2 de julio de 1806⁵⁸, asistiendo los ministros Domingo de Agüero y Juan de Ozamis, que respectivamente eran el tesorero y contador. En esta junta, el subdelegado Juan José de la Fuente expuso la necesidad que tenía el comandante Josef Lino Portocarrero de restaurar y reponer algunas cureñas de los 20 cañones extraídos a la fragata británica encallada en el puerto de Arica, pues consideró que no sería posible interponer defensa sin dichos cañones a la esperada fragata de 28 cañones, precedente de las islas Galápagos. Es en aquel tiempo de reforzamiento defensivo que sucedió el avistamiento de la fragata *Dos Amigos*, a las 11 de la mañana del día 27 de junio de 1806. Por esta actitud de la embarcación, Josef Lino Portocarrero, al día siguiente, le informó al subdelegado de Arica que recurriese a la orden de cañonazo para reunir, preventivamente, a todas las tropas disponible de los valles de Lluta y Azapa, debido a la presunción de ser británica la embarcación avistada por los vigías⁵⁹. En ese contexto, le solicitó que se le suministrase 100 pesos

⁵⁶ *Ibidem*, f. 1v.

⁵⁷ ANH, AAA, legajo 10, pza. 17, fs. 1r-1v.

⁵⁸ *Ibidem*, fs. 4r-5v.

⁵⁹ ANH, AAA, legajo 11, pza. 2: f. 1r.

para hacer efectivo el pago del prest de las milicias movilizadas. El subdelegado del partido de Arica, a diferencia de su anterior postura de austeridad económica, mandó inmediatamente a que Juan Jacinto de Ayala, receptor de Reales Derechos, le traspasase el monto pedido. Esta actitud de beneplácito se debió a lo mandado por el mismo Intendente de Arequipa, quien le solicitó que le diese todo el apoyo político y económico al comandante para la defensa del puerto de Arica⁶⁰, por los sucesos de la fragata *Luisa* encallada el pasado 30 de abril.

La distribución del sueldo de las milicias movilizadas el 28 de junio, fue declarada por los oficiales de cada una de las secciones. Es así, que el sargento primero Martín de Ustua, del regimiento de la ciudad de Arica, declaró que recibió 2 pesos para el pago del prest de cuatro hombres de su mando, encargados del empleo de dos cañones situados en el Morro «para impedir el desembarco por la caleta de la Lisera». Asimismo dio cuenta que los 2 vigías existentes en el Morro también estuvieron bajo su mando, pero con la diferencia que su prest provino directamente de la Caja Real de Tacna⁶¹. El segundo declarante fue el oficial Isidro Vallejo, quien dio cuenta de haber recibido 4 pesos para el pago de 8 hombres «que se pusieron sobre las armas en el fuerte de la artillería el día y noche que estuvo a la vista de este Puerto la fragata Dos Amigos que se sospechaba enemiga». El tercer declarante fue el oficial Vidal José de Salbalburu, el que recibió 2 pesos para el pago de 4 hombres procedente de su compañía. El cuarto declarante fue Manuel Cazuzo, capitán de la Compañía de Pardos, que recibió 22 pesos con 4 reales para el pago del sueldo de 45 hombres. El quinto declarante fue el oficial Joaquín Ramírez, quien dio cuenta de haber recibido 18 pesos para el pago de 36 hombres movilizadas de su compañía. El sexto, y último declarante, fue el cabo de la matrícula de marina Pedro José Lino Santana, quien informó haber recibido 17 pesos con 4 reales para el pago de 35 hombres movilizadas.⁶² En total se movilizaron 132 milicias⁶³ para la defensa del puerto de Arica, destinándosele a cada uno de ellos el pago de 4 reales por el día. El gasto total fue de 65 pesos con 4 reales de los 100 pesos entregados por el receptor de Reales Derechos. Con los 35 pesos con 4 reales sobrantes, Josef Lino Portocarrero comunicó que los destinaría para solventar los gastos de la refacción y construcción de algunas cureñas, correspondiente a los cañones de la fragata británica *Luisa* apresada en el combate.

⁶⁰ *Ibidem*, fs. 1r-1v.

⁶¹ *Ibidem*, f. 6r.

⁶² *Ibidem*, fs. 2r-3r.

⁶³ No se considera dentro de esta cantidad a los oficiales militares de cada cuerpo, pues no se informa en el documento el sueldo que percibían.

El otro tema que abordó en su oficio, es sobre la orden, procedente de los ministros de la Real Hacienda de Arequipa, de descontarse 8 maravedíes por cada peso, para que se destinasen al ramo de inválidos del partido de Arica. Esta situación fue considerada por Josef Lino Portocarrero como un nuevo foco de conflicto en la administración de las tropas, dado que el mencionado descuento se aplicaría directamente al sueldo de cada milicia, ya que con los 4 reales que recibían de sueldo al día era causa de descontentos entre las filas, pues, como referencia del valor de la fuerza de trabajo en el mercado laboral, los milicianos recibían en los valles un jornal de 6 reales, significando una pérdida diaria del 33% al momento de movilizarse para la defensa del puerto de Arica. También era gravitante el derecho a descanso que se les daba en sus trabajos, pues durante el acuartelamiento no tenían este beneficio.

Además, se sumó como gasto extra en los milicianos el mantenimiento personal de la cabalgadura de los que tenían caballos, ya que, al residir la mayoría en los valles, se veían obligados a recurrir a su uso para llegar lo más prontamente posible a su cuartel. Aparte de lo anterior, también se generó un efecto psicológico de desmoralización, pues debían abandonar a sus familias y demás comodidades por el de prestar involuntariamente sus servicios sin percibir una justa retribución económica, la cual no se ajustaba a las ordenanzas militares. Ejemplo de ello fue el caso del propio Josef Lino Portocarrero, el cual le recordó al subdelegado que las milicias del Regimiento de Dragones de Arica les correspondía un prest de 5 reales y medio, sueldo que iba incluido el descuento del mantenimiento del caballo, no los 4 reales que percibían. También puso en conocimiento, a Juan José de la Fuente, la situación de invalidez que quedó el soldado Matheo Pérez, a causa de haber sido herido durante el combate contra la fragata británica Luisa. Le mencionó que solo le pagaron los correspondientes 4 reales, de los cuales «lleva gastados más de sesenta pesos sin que el Rey le pase prest fijo, ni cantidad alguna para ayuda de gastos en su larga enfermedad»⁶⁴. De esta manera, hizo la denuncia de la inexistencia de un seguro de invalidez para los milicianos, situación que afectaba directamente a la moral de las tropas durante la defensa.

Nuevas noticias llegarían a la Comandancia Militar, a comienzos del año de 1807, sobre la detección de una escuadra de fragatas británicas que amenazaban las rutas marítimas del Mar del Sur. En oficio con fecha 29 de enero de 1807, el subdelegado de marina Ponciano Osorio le mandó al subdelegado del partido de Arica una transcripción de una carta de José Manuel Reyes, piloto del bergantín guanero Gran Señor, que con fecha 22 de enero de 1807⁶⁵, iba dirigido a José Antonio Nacarino, dueño del buque. A este

⁶⁴ ANH, AAA, legajo 11, pza. 2: f. 4r.

⁶⁵ ANH, AAA, legajo 11, pza. 11, doc. n.º 24, fs. 1r-4v.

le informaba que el día 2 de enero, a las 8 de la mañana, su tripulación fue apresada por una de estas fragatas. Sucedió la captura de su embarcación, José Reyes comentó que se le solicitó que abordase en la fragata británica *La Terrible* con su documentación de navegación. Luego de esto, fue interrogado por el capitán y el teniente comandante de la fragata. Se le consultó sobre la ruta y destino que estaba realizando, como también estos le informaron que, en vista de la situación de guerra, tomaban posesión de su bergantín.

Esta decisión fue explicada por el propio capitán de la fragata británica en una carta, la que firmó con el nombre de «Capitán Estralla» en el mismo día 2 de enero de 1807, a la altura de 29° 59 minutos latitud sur, la que iba dirigida a José Antonio Nacarino, dueño del bergantín capturado⁶⁶. El capitán británico expuso que, a nombre del Rey de Inglaterra, daba certificación escrita de haber apresado el bergantín *Gran Señor* en conformidad de las leyes de guerra, y que por motivos de los ruegos del capitán José Manuel Reyes, consideraron su palabra de ser él y su tripulación hombres de bien, y de caridad. Por tales circunstancias, el capitán Estralla deliberó dar en donación el bergantín al mencionado José Reyes, pero con la condición de que se le pagase el precio de 2.000 pesos. Además, se le encomendó que diese una contraseña, que constaba de la frase «Amego Nombrea», a otras siete fragatas británicas, donde dos de ellas estaban ubicadas en la misma latitud, pero a una mayor cercanía de la costa del continente, mientras que las otras cinco estaban mar adentro a la espera de un convoy procedente de Lima.

También el capitán José Reyes informó sobre el poder de fuego de cada uno de los buques de guerra que acompañaban a la fragata *La Terrible*, embarcación que tenía 28 cañones. Las otras fragatas eran *La Invencible* con 40 cañones y la fragata *La Imposible* con 38 cañones. Además, mencionó la existencia de una fragata pequeña que cumplía la función de enlace con las otras cinco fragatas, buques de los cuales no pudo obtener información alguna de su artillería. Aunque no se disponga de documentación que informe sobre una posterior ofensiva británica en el puerto de Arica, si hay un registro sobre el avistamiento de un buque de origen desconocido por los vigías del Morro. Este hecho sucedió el 6 de mayo de 1807, el que fue informado por el oficial de milicias Phelipe Portocarrero al subdelegado del partido de Arica⁶⁷. Todo inició a las 8 de la mañana, en que el vigía responsable en el Morro notició sobre el avistamiento de un farol situado en el horizonte del mar. El oficial, dudando, le consultó si acaso esa luz no era probablemente el lucero del alba, que «suele a tal hora engañar». Sin embargo, los dos vigías del lugar corroboraron que ese cuerpo celeste se situaba a «sotavento del farol», percibiéndose incluso que dicha luz venía en dirección al puerto de la ciudad.

⁶⁶ *Ibidem*, fs. 3v-4r.

⁶⁷ ANH, AAA, legajo 11, pza. 27, doc. n.º 16: fs. 1r.

A modo de prevención, Phelipe Portocarrero ordenó que se hiciese una llamada general para que llegasen las tropas para tomar posición en la defensa del puerto, por lo que al respecto informó que se presentó un contingente de tropas milicianas y de matriculados de marina. Las medidas adoptadas por Portocarrero consistieron en la disposición de cuatro soldados milicianos en la cima del Morro para que observasen cualquier desembarco que pudiese suceder, por lo que estuvieron todo el día vigilando sin que se produjese ningún acto hostil. En total se congregaron a la defensa de la plaza de Arica 25 milicias, 22 matriculados de marina y 16 milicias de la Compañía de Pardos. A pesar de esto, el Oficial consideró la hipótesis sobre su probable reagrupación con otros buques de guerra, por haber virado en dirección mar adentro. Esta acción fue interpretada como una maniobra para realizar un posible desembarco en masa durante la noche.

Reflexiones finales

Esta movilización militar en el partido de Arica, durante esta última guerra tardo-colonial del Virreinato del Perú contra Inglaterra, cumplió el rol de ser el cuartel general de los partidos costeros de la provincia de Arequipa. La intervención que hizo la Comandancia de Arica en el alistamiento de las milicias para la defensa y protección del puerto de Ilo, en la subdelegación de Moquegua, es un hecho que evidenció la importancia geoestratégica y geopolítica del puerto de Arica, pues debido a su condición de puerto de libre comercio, su defensa militar fue prioritaria por sobre los demás puertos de la Intendencia, región política-administrativa ubicada en el extremo sur del virreinato. La concentración del envío de armas y suministros de municiones, así como también la permanente movilización de las milicias de los valles del partido de Arica, son consecuencias de este interés estratégico de proteger este punto comercial clave. Los enfrentamientos producidos entre las baterías defensivas del puerto de Arica y las embarcaciones de guerra británicas, es otra evidencia que demuestra que el partido de Arica se posicionó como el principal teatro de operaciones de la Intendencia de Arequipa.

En el ámbito de las relaciones cívico-militares, las disputas entre las autoridades políticas y los comandantes militares representó el principal factor de desarticulación que impidió la correcta organización y dirección de las milicias del partido, pues puso en peligro la estructura defensiva del partido de Arica. La subordinación en la que se vieron sometidos los oficiales hacia la autoridad civil de los subdelegados, les impidió tener la capacidad de decisión y de libertad de acción para adaptarse a las contingencias de la guerra. También afectó la intervención política de las autoridades civiles en

la jerarquía del mando militar, lo que causó la deslegitimación de los comandantes ante sus subalternos. Además, el control que ejercían las autoridades financieras de la Real Hacienda, contraviniendo a las solicitudes económicas de los oficiales para el sostenimiento de la defensa, terminaron por ralentizar, burocráticamente, el alistamiento de las milicias. Esta problemática demuestra que, en periodos de guerra, la esfera de dominio de las autoridades militares no solo debe ser plenamente autónoma con respecto a la burocracia civil, sino que también las autoridades civiles deben quedar subordinadas a la dirección estratégica de las autoridades militares. Sin embargo, lo anterior ya había sido institucionalizado en la Real Ordenanza de Intendentes de 1782, reglamento decretado por el rey Carlos III para la delimitación de las responsabilidades de los intendentes en las provincias del Virreinato del Río de la Plata, documento que posteriormente sirvió de base jurídica para los restantes virreinos, capitanías y audiencias. Lo anterior se dejó estipulado en el artículo 221, en la sección de «causa de guerra», en la que se estableció que el intendente debía responsabilizarse de los sueldos del ejército y del suministro de víveres, asistiendo sin restricción alguna a lo solicitado por el alto mando militar⁶⁸.

De acuerdo a lo anterior, la insubordinación de las autoridades de la Subdelegación de Marina de Arica y de la Real Hacienda de Tacna hacia las autoridades militares del Partido, se pueden considerar como actitudes que contravinieron a lo reglado en la Real Ordenanza de Intendentes. Inclusive, en el referido artículo 221 se estableció, de forma indiscutida, que el mantenimiento, organización y dirección de las tropas están sujetas directamente a la autoridad militar de los «Inspectores y Gefes de ellos»⁶⁹, por lo que ninguna autoridad civil podía intervenir y desautorizar sus disposiciones estratégicas. No obstante, a nivel general, la centralización de la dirección de la defensa de la Intendencia de Arequipa solo fue posible gracias a la concentración de la autoridad política y militar en la figura del intendente Bartolomé María de Salamanca, antiguo oficial de marina que participó en la guerra franco-española de 1793-1795⁷⁰. Su formación y experiencia militar fue lo que permitió ejecutar sin mayor dificultad la movilización y defensa de su provincia. Sin embargo, esta situación particular del intendente no obedeció a una excepción, sino que correspondió a la misma fórmula administrativa implementada por la

⁶⁸ *Real Ordenanza para el establecimiento e instrucción de intendentes de ejército y provincia en el Virreinato de Buenos Aires*. Imprenta Real. Madrid, 1782, p. 274.

⁶⁹ *Ibidem*.

⁷⁰ O'PHELAN, Scarlett: «Entre la Intendencia de Arequipa y la de Lima: el andaluz Bartolomé María de Salamanca y su gestión en el virreinato del Perú», en VILA, Enriqueta y LACUEVA, Jaime (Coords.); *Mirando las dos orillas: intercambios mercantiles, sociales y culturales entre Andalucía y América*. Fundación Buenas Letras, 2012, p. 542.

monarquía borbónica en los corregimientos catalanes, después de terminada la guerra de sucesión. El objetivo de este sistema consistió en la centralización del mando político y militar en los intendentes de aquellas provincias que estuviesen expuestas a la amenaza permanente de sublevación de sus habitantes, por lo que sus gobernadores eran a la vez comandantes militares⁷¹.

En cuanto a la propia designación de Bartolomé María de Salamanca como intendente, la adjudicación de su cargo, en 1796, puede interpretarse como una decisión política militarista, dada la permanente amenaza de guerra en la que estaba condicionada España en su calidad de Estado satélite de la Francia revolucionaria. Además, al año siguiente de ser designado, en febrero de 1797, tuvo la responsabilidad crucial de planificar y dirigir la estrategia de defensa de su jurisdicción durante la guerra anglo-española de 1796-1802, por lo que sintetizó en su persona la autoridad civil y militar de la intendencia de Arequipa⁷². Esta experiencia previa fue crucial para proyectar aquel sistema en la reanudación del conflicto bélico con Gran Bretaña a principios del siglo XIX, por lo que su continuidad en el cargo fue clave para la estabilidad de la infraestructura militar de su jurisdicción, así como también el de intervenir y solucionar los conflictos de poder generados entre las autoridades civiles y militares del Partido de Arica.

En el ámbito estratégico, las milicias fueron el principal medio de defensa con que contaba el ejército español en el partido de Arica, donde la instrucción, adiestramiento y movilización permanente de estas fueron el factor estratégico y táctico fundamental para la defensa de la costa de la intendencia de Arequipa. La plaza de la artillería y del fuerte situado en el puerto, sólo servía de apoyo secundario para el actuar de la infantería, pues sin esta última, la defensa era imposible de sostener. Este hecho queda claro con la afirmación de Josef Lino Portocarrero, quien aseveró que era necesario emplear el apoyo de las milicias provenientes de los valles para la defensa del puerto. Lo anterior se enmarca en la tesis propuesta por José Serrano, quien postuló que el principal medio de defensa militar de la América española, durante el siglo XVIII, fueron las unidades milicianas, y no la tesis sostenida por Juan Batista González, según el cual sostuvo que las fortificaciones y artillerías era la principal fuerza defensiva⁷³.

⁷¹ ANDÚJAR, Francisco: «Poder Militar y Poder Civil en la España del Siglo XVIII, Reflexiones para un debate», en *Mélanges de la Casa de Velázquez* (MCV), n.º 28, 2, 1992, pp. 60-61.

⁷² CABRERA, Gerardo: «Estrategia y movilización militar en el Partido de Arica durante las guerras franco-española y anglo-española (1793-1800)», en *Americania: Revista De Estudios Latinoamericanos*, n.º 10, 2019, p. 19.

⁷³ SERRANO, José: *El Gasto Militar en Tierra Firme, 1700-1788*, Tesis doctoral. Universidad de Sevilla, 2002, p. 84..

BIBLIOGRAFÍA

- ANDÚJAR, Francisco: «Poder Militar y Poder Civil en la España del Siglo XVIII, Reflexiones para un debate», en *Mélanges de la Casa de Velázquez* (MCV), n.º 28, 2, 1992, pp. 55-70.
- CABRERA, Gerardo: «Estrategia y movilización militar en el partido de Arica durante las guerras franco-española y anglo-española (1793-1800)», en *Americanía: Revista De Estudios Latinoamericanos*, n.º 10, 2019, pp. 4-32.
- CAVAGNARO, Luis: *Materiales para la historia de Tacna*. Tomo V, *Emanipación (1780-1821)*. Universidad Privada de Tacna. Tacna, 2006
- D'WARTELET, Jorge: *Diccionario Militar*. Imprenta de D. Luis Palacios. Madrid, 1863.
- GALDAMES, Luis *et al.*: *Historia de Arica*. Editorial Renacimiento. Santiago, 1981.
- GIL, Iago: «El Perú y la Guerra contra la Convención (1793-1795)», en *Revista de Historia Militar*, n.º 117, 2015, pp. 167-199.
- GOEBEL, Dorothy: «British Trade to the Spanish Colonies, 1796-1823», en *The American Historical Review*, n.º 43, 2, 1938, pp. 288-320.
- LYNCH, John: «British Policy and Spanish America, 1783-1808», en *Journal of Latin American Studies*, n.º 1, 1969, pp. 1-30.
- MARCHENA, Juan: «El ejército de América y la descomposición del orden colonial. La otra mirada en un conflicto de lealtades», en *Revista Militar*, n.º 4, 1992, pp. 63-91.
- MENDIBURU, Manuel de: *Diccionario histórico-biográfico del Perú*. Parte primera correspondiente a la época de la dominación española, Tomo primero. Imprenta de J. Francisco Solís. Lima, 1874.
- O'PHELAN, Scarlett: «Entre la Intendencia de Arequipa y la de Lima: el andaluz Bartolomé María de Salamanca y su gestión en el virreinato del Perú», en VILA, Enriqueta y LACUEVA, Jaime (Coords.); *Mirando las dos orillas: intercambios mercantiles, sociales y culturales entre Andalucía y América*. Fundación Buenas Letras, 2012, pp. 541-562.
- Real Ordenanza para el establecimiento e instrucción de intendentes de ejército y provincia en el Virreinato de Buenos Aires*. Imprenta Real. Madrid, 1782.
- Reglamento y aranceles reales para el comercio libre de España a Indias de 12 de octubre de 1778*. Imprenta de Pedro Marín. Madrid, 1778.
- SERRANO, José: «El Gasto Militar en Tierra Firme, 1700-1788», Tesis doctoral. Universidad de Sevilla, 2002.
- WINN, Peter: «British Informal Empire in Uruguay in the Nineteenth Century», en *Past & Present*, n.º 73, 1976, pp. 100-126.

Recibido: 25/09/2020

Aceptado: 24/06/2021

*LAS ESTRELLAS BRILLAN SOBRE MIS ESCUADRONES (NAPOLEÓN Y SUS CAMPAÑAS EN LA LITERATURA)*¹

Fernando CALVO GONZÁLEZ-REGUERAL²

RESUMEN

Si preguntáramos hoy día a un joven parisino sobre Austerlitz seguramente nos señalaría el camino hacia una concurrida estación de la capital francesa. Si hiciéramos lo mismo con un joven inglés por Trafalgar éste nos acompañaría a la más famosa plaza de Londres. Y puede que ambos conozcan mejor la batalla de Waterloo por *Los miserables* de Víctor Hugo o por el cuadro de la carga de los *Scots Greys* de Lady Butler que por sesudos estudios. La literatura tiene esa ventaja: su capacidad de impactar y entretener hace que las generaciones formemos nuestro imaginario colectivo gracias a su poder evocador... aunque la ficción no siempre se compadezca bien con la realidad de los hechos.

¹ «Las estrellas brillan sobre nosotros... Hermosa jornada la que voy a pasar al lado de mis escuadrones» (frase de Napoleón recogida por Emil Ludwig para su ensayo *Tu tierno esposo Napoleón*). Al ser el presente artículo un estudio que empleará citas largas, todos los datos de edición de las obras mencionadas irán en la bibliografía final.

² Fernando Calvo es economista, escritor y Legionario de Honor. Ha publicado obras relativas a historia bélica como *Atlas de batallas de la Guerra Civil española* (Madrid, Susaeta, 2011, dos eds.), *La Guerra Civil en la Ciudad Universitaria* (Madrid, La Librería, 2012, 4 eds.), *Homo Bellicus. Una historia de la Humanidad a través de la guerra* (Madrid, Arzalia, 2021). Coordinó para Almuzara en 2019 una Biblioteca de Guerra Civil española reeditando clásicos de ambos bandos. En 2022 publicó, en Arzalia, *La Guerra Civil. Una historia total*.

En cualquier caso, siempre será interesante rastrear en las novelas, los poemas, el teatro o incluso las obras de arte y el propio cine la huella dejada por los hechos históricos. Si aplicamos el experimento a una personalidad tan compleja como la de Napoleón y a unas guerras tan trascendentales como las de la Revolución y el I Imperio francés, encontraremos que uno se puede formar una idea bastante precisa de lo realmente ocurrido. Este es precisamente el ensayo que nos proponemos realizar aquí: estudiar el auge y la caída de Bonaparte a través de obras maestras o de referencia de la literatura universal.

PALABRAS CLAVE: Napoleón. Guerras napoleónicas. Guerra de la Independencia española. Campaña de Rusia. Waterloo. Pérez Galdós. Tolstoi. Victor Hugo.

ABSTRACT

If we question nowadays a young Parisian over Austerlitz, he will for sure show us the way to a busy station in the French capital. If we do the same with an English young with Trafalgar, he would accompany us to the most famous of London squares. And chances are they know better the Battle of Waterloo out of *Les Misérables* from Victor Hugo, or from Lady Butler's picture of the *Scots Greys' Charge* than out of brainy studies. Literature has this advantage: its capacity to impact and entertain makes our generations to form our collective imagination thanks to its evocative power... although fiction does not always comport well with the reality of the facts.

In any case, it will always be interesting to trace the imprint left by historical events in novels, poems, theater or even works of art and in the cinema itself. If we apply the experiment to a personality as complex as that of Napoleon and to wars as momentous as those of the Revolution and the First French Empire, we will find that one can form a fairly precise idea of what really happened. This is precisely the essay that we propose to carry out here: to study the rise and fall of Bonaparte through masterpieces or reference works of the Universal literature.

KEYWORDS: Napoleon. Napoleonic Wars. Spanish War of Independence. Russian campaign. Waterloo. Perez Galdos. Tolstoy. Victor Hugo.

* * * *



Modelo para la estatua *Vive l'Empereur* sita en los Inválidos de París

1. UN TAL BUONAPARTE

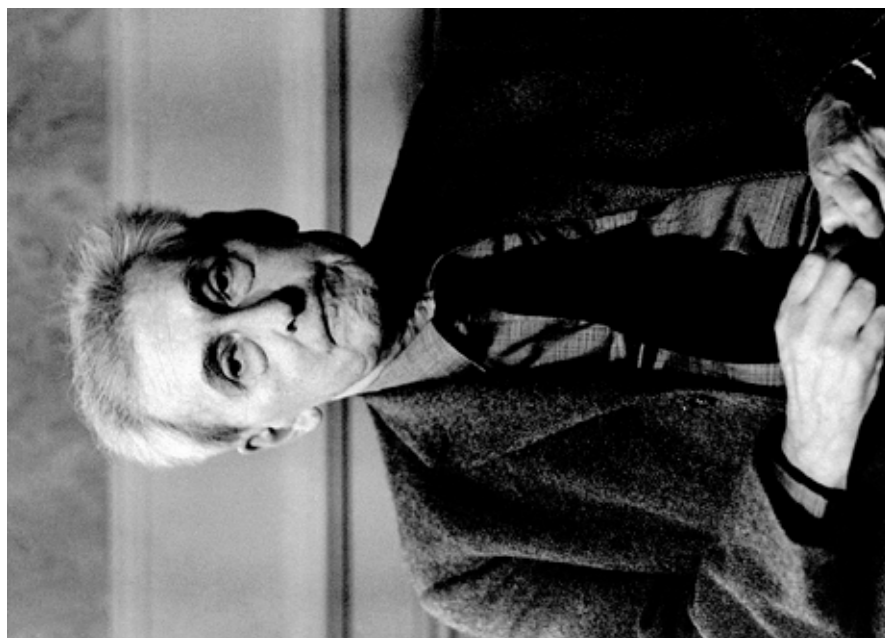
Napoleón fue audaz de principio a fin, un osado que tomó del suelo el poder de la Revolución Francesa devenido en anarquía. Infatigable trabajador, con una cabeza privilegiada y devorador de todo tipo de libros, Bonaparte irrumpió en la historia como una fuerza de la naturaleza. Nacido en Ajaccio (Córcega) en 1769, Napolione Buonaparte fue en sus orígenes no más que un patriota corso, furibundo enemigo de Francia. Tan es así que antes de ingresar en la Academia Militar hubo de acudir a Marsella para aprender el francés, idioma que desconocía.

Demostrando la destreza adquirida en el arma que le vio nacer como militar –la Artillería–, su primera gran ocasión le llegaría en el sitio de Tolón (1793), que sería liberada gracias al inteligente despliegue que hizo de las piezas puestas a su disposición, lo que le valió el ascenso a general. Su fama empezó a extenderse por toda Francia mientras cosechaba éxitos bélicos, al tiempo que comenzaba a tender una red de contactos políticos fundamental para sus planes. El 13 de Vendimiario del año IV de la Era Revolucionaria (octubre de 1795)³, el general Buonaparte sofocaba la revuelta de París, consolidando su prestigio y, más importante, logrando que el Directorio le nombrara General en Jefe del Ejército de Italia, su catapultas al poder.

Muy influido por su formación en el marxismo y en pleno apogeo de la Unión Soviética, el escritor Ilya Ehrenburg dejó escrita una interesante novela sobre el auge de Napoleón titulada *La conspiración de los iguales*. Aunque el ucraniano escribía en clave contemporánea y con la mente puesta en la revolución de su país en 1917, la obra estaba cuajada de matices que nos permiten comprender los primeros pasos del corso en su ascensión. Así lo vio en el capítulo duodécimo de dicho libro, titulado muy significativamente «El gran juego»:

«El general Napolione Buonaparte había traído tropas, emplazado cañones y se preparaba para el combate. Protegía su retaguardia porque no sabía dónde estaba el enemigo. Se decía que los anarquistas eran todopoderosos y que París estaba contra el Directorio. [...] Relinchaban los caballos de dragones. Los soldados intercambiaban bromas. A veces, los obreros les gritaban: «Mejor haríais yéndoos a la frontera que matando aquí a las gentes.»

³ Sabido es que la Revolución Francesa cambió el calendario tradicional por uno que hiciera referencia a los ciclos o fuerzas naturales. Vendimiario correspondía a septiembre-octubre y brumario, mes en el que cuatro años después Napoleón daría el golpe de estado definitivo, a noviembre.



Cubierta de *La conspiración de los iguales* para ediciones Júcar y foto de su autor, el periodista soviético Ilya Ehrenburg

El general Buonaparte, con la cabeza inclinada hacia delante y paso rápido, quizá demasiado largo para su talla, se acercó a la puerta de la antigua iglesia donde se reunía la Sociedad del Panteón. Los artilleros, en sus puestos, esperaban la señal. Sin embargo, el guardián, sin decir una palabra, entregó al general las llaves del lugar, llaves enormes de iglesia semejantes a antiguos trofeos. Buonaparte sonríe –aún no tenía la costumbre de tomar ciudades–... El ruido de sus cascos anunció a los indiferentes parisienses y a todos los espectadores del mundo la nueva victoria del «general de Vendimiaro». Era el héroe de los patriotas aún no hacía mucho tiempo. «Había salvado a la República y a la Revolución». Era joven y pequeño, sí, pero un defensor de la Igualdad. No en vano había sido amigo del joven Robespierre. No pensaba solamente en las hazañas militares, sino que se ocupaba también de la organización de la sociedad. En el 91, ¿no decía públicamente ese curso que era necesario que «la ley civil asegure a cada uno sus necesidades físicas, que la sed inextinguible de riqueza sea reemplazada por el sentimiento consolador de la felicidad»? Buonaparte no rechazaba esos elogios. No hacía más que tomar parte en el juego. La primera partida estaba ganada. [...]

Ese día el curso unió su suerte a la de Francia. La ocasión que le brinda Vendimiaro fue para él el compromiso de una partida complicada. Después de los patriotas, había que hacerse querer por todos, por los moderados, por los aristócratas, por los petimetres, por los ricos hombres de negocio, por los contratistas, por la alta sociedad... Buonaparte se alegra haciendo tintinear las llaves del Panteón. La segunda partida también está ganada. No ha tenido necesidad de disparar contra los patriotas. No ha hecho más que obedecer. El odio del pueblo recaerá sobre el Directorio y no sobre él. Además, hoy es el héroe de los amigos del orden. Ha cumplido puntualmente su misión, obrando de una manera fulminante. Aquellos que le gritaban «anarquista» se mordearán la lengua. No, él no está con los partidos, está con la Nación. Sabe que mañana toda Francia lo recibirá con sus exclamaciones. Que mañana griten: ¡Viva Napoleón Bonaparte!».

2. ITALIA, MI VENTURA

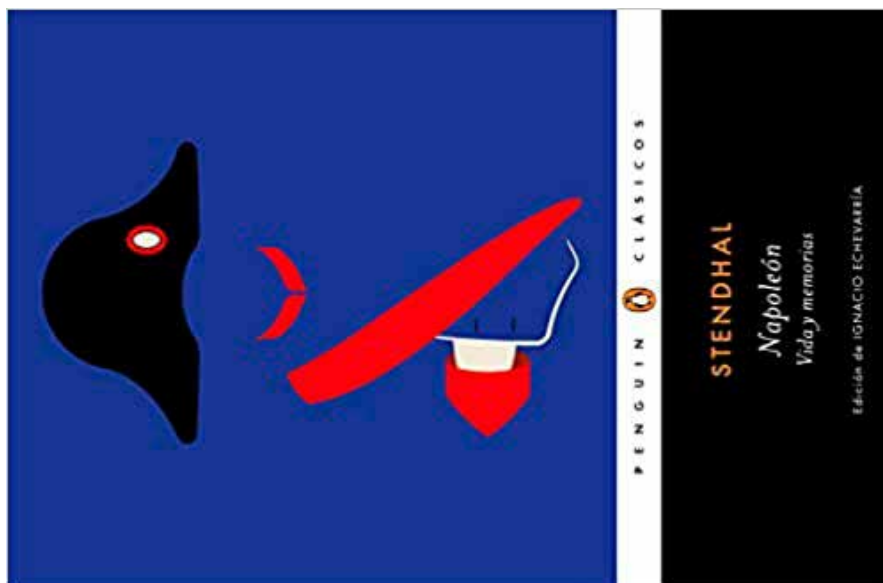
En 1796 Francia necesitaba a Italia como segundo frente que coadyuvase a la consecución del triunfo en el entonces escenario principal, a saber, el de la frontera del Rin, con el objetivo último de ocupar la capital de su principal enemigo: Viena. Y en 1796 Napoleón necesitaba a Italia para acrecer fama, prestigio y poder, un poder basado en victorias decisivas. Ya no se trataba de liberar una ciudad o de aplacar insurrecciones: ahora se trataría de

vencer en grandes campañas como Alejandro, Aníbal o César. Estas batallas iban a ser los peldaños que le llevarían a ocupar su destino: no sólo el trono de una Francia nueva, sino la corona imperial.

Empero, el nuevo General en Jefe del Ejército de Italia no fue bien recibido por las tropas, más curtidas y fogueadas que veían en él un «oportunista» protegido por los políticos. Gracias a otra de sus virtudes –la intuición–, el joven general se dispuso a lanzar una de las más enervantes y eficaces arengas de su vida: «Soldados: Estáis desnudos y mal alimentados; el Gobierno os debe mucho y no puede daros nada. La paciencia y el valor de que habéis dado prueba entre estos peñascos son dignos de admiración, pero no os dan gloria ninguna... Os conduzco a la llanura más fértil del mundo: ricas provincias, grandes ciudades caerán en vuestro poder; allí encontraréis honra, fama y riqueza. Soldados de Italia: ¿os faltará valor y perseverancia?» El ejército francés en la región, cansado y mal abastecido, se crece y confía en este hombre que va siempre a la cabeza de sus soldados.

Las victorias de Lodi, Rívoli y Arcola (en cuyo puente se puso al frente de sus tropas en el momento crítico) son los triunfos que adornaron pronto las enseñas de las tropas francesas, inferiores en número; eran los primeros nombres de una larguísima y fulgurante lista de batallas ganadas por ese tal Bonaparte, pronto sencillamente Napoleón, «N». El gran novelista Stendhal (Henri Beyle), antiguo suboficial de dragones y ferviente defensor del emperador incluso cuando todos lo abandonaron, refleja con orgullo pero mucha fidelidad el espíritu de las tropas que acompañaron a Napoleón en la campaña de Italia en su memorable *La cartuja de Parma*. Extracto del capítulo primero:

«El 15 de mayo de 1796 el general Bonaparte entró solemnemente en Milán al frente del joven ejército que acababa de cruzar el puente de Lodi y de mostrar al mundo que, al cabo de los siglos, César y Alejandro tenían un sucesor. Los prodigios de valor y talento que Italia presenció en unos meses despertaron a un pueblo dormido. Hasta tan sólo ocho días antes de la llegada de los franceses, los habitantes de Milán los veían como una cuadrilla de forajidos, acostumbrados a huir siempre [...]. Aquel 15 de mayo de 1796, todo un pueblo cayó en la cuenta de que lo que había respetado hasta entonces era soberanamente ridículo e incluso aborrecible. La retirada del último regimiento austriaco marcó la quiebra de las viejas ideas: se puso de moda arriesgar la vida; y se entendió de súbito que, para ser feliz tras tantos siglos de sensaciones enervantes, había que amar a la patria con un amor real y acometer hazañas heroicas.»



Stendhal, en el cuadro luciendo la Legión de Honor, escribió una semblanza sobre su admirado *Napoleón*, recientemente reeditada por Penguin

[Tres días después de la entrada de los franceses] en las calles de Milán se fijaba un bando que anunciaba la exigencia de seis millones en concepto de contribución de guerra, para hacer frente a las necesidades del ejército francés; un ejército que acababa de ganar seis batallas y de conquistar veinte provincias, pero que andaba mal de botas, de pantalones, de casacas y de sombreros. Aun así, la oleada de felicidad y satisfacción que se había extendido por Lombardía con la llegada de aquellos franceses tan pobretones era tal, que sólo los curas y algunos nobles advirtieron cuán gravosa era aquella contribución... Los soldados franceses se pasaban el día riendo y cantando; tenían menos de veinticinco años; hasta el punto de que se decía que su general en jefe, que contaba tan sólo veintisiete, era el hombre más maduro de su ejército. [...]

A cierto teniente apellidado Robert, por ejemplo, se le dio orden de alojamiento en el palacio de la marquesa del Dongo. Tras el paso del puente de Lodi, el oficial le quitó a un gallardo oficial austriaco muerto de un balazo unos magníficos pantalones de mahón, completamente nuevos, que le sentaban como jamás ningunos otros antes. Sus hombreras de teniente eran de lana, y llevaba el paño de la casaca cosido al dobladillo de las mangas para que los pedazos aguantaran. Y algo más triste aún: las suelas de sus botas eran trozos de un sombrero que había encontrado también en el campo de batalla más allá del puente de Lodi.»

3. ¡CUARENTA SIGLOS OS CONTEMPLAN!

Y de súbito, Egipto: el sueño oriental... ¿Cómo la novísima república, aun vencedora y en vías de una consolidación definitiva, osaba embarcarse en tal empresa? De nuevo la respuesta está en Napoleón. Cuando el Directorio encargó al general victorioso de Italia doblegar a Inglaterra (país que ya le denomina despectivamente «Boney»), éste elevó un informe diciendo que con la desigualdad de flotas a favor de Gran Bretaña, era imposible llevar a cabo una acción con mínimas garantías de éxito, proponiendo un plan alternativo o indirecto: un ataque sobre Egipto que amenazara hasta prohibir el comercio de Albión con la India.

Esta aventura permitiría además realizar una alianza con Turquía, cayendo el Mediterráneo Oriental y el Próximo Oriente en la órbita francesa. Sólo un requisito: el secreto y el factor sorpresa eran fundamentales en esta operación, única forma de soslayar la supremacía naval británica. Así, la primavera de 1798 vio partir una poderosa armada francesa de 500 embarcaciones y 40 000 soldados y marineros rumbo al país del Nilo. Con ellos iba una comisión de

sabios en todas las materias de la Ciencia. De hecho, esta expedición iba a ver el inicio de una nueva y apasionante rama del conocimiento: la Egiptología. El genio militar, el codificador legal, el reformador político, quería unir a todas sus glorias los frutos dorados del Saber... Definitivamente, su concepción de la vida y del poder era total y Napoleón se veía como Alejandro Magno camino de la India.

Así vio el divulgador científico alemán C.W. Ceram para su clásico *Dioses, tumbas y sabios*, (Capítulo del Libro de las Pirámides), el descubrimiento que abría una nueva era de los estudios históricos y arqueológicos:

«El 2 de julio, Napoleón pisaba suelo egipcio y, después de una marcha terrible a través del desierto, sus soldados se bañaban en las aguas del Nilo. Y el 21 de julio, en un crepúsculo matutino, surgía ante ellos El Cairo, presentándoseles como una visión de los cuentos de «Las Mil y Una Noches»... Al lado de todo aquel mundo espléndido, voluptuoso y hechicero del islamismo se erguían, de la sequedad del desierto amarillo y frente a la muralla gris-violácea de las montañas de Mokatam, los perfiles de aquellas construcciones gigantescas, frías, enormes y severas de las pirámides de Gizeh, una geometría en piedra, mudos y eternos testigos de un mundo que dejó de existir cuando el islamismo aún no había nacido.

Los soldados no tenían tiempo para entregarse al asombro y la admiración. Allí se encontraba un pasado desaparecido. El Cairo era el porvenir brillante, pero ante ellos estaba el presente guerrero: el ejército de los mame-lucos, formado por diez mil jinetes con una capacidad de maniobra y ejercicio admirable, montados en magníficos caballos que hacían brillantes escarceos, y al frente de ellos el flamante príncipe de Egipto, Murad, con veintitrés de sus beys, cabalgando en un caballo blanco como la nieve y tocado con un turbante verde cuajado de brillantes. Napoleón, hablando, señalaba a las pirámides, y no solamente era el jefe militar quien se dirigió a los soldados, sino el psicólogo a la masa, el hombre occidental que se enfrentaba con la Historia universal. Entonces fue cuando pronunció la famosa frase: «¡Soldados! Desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan!» [...]

En realidad el que hizo el hallazgo fue un humilde soldado cuando su pico tocó la piedra... Simplemente quedó fascinado por el aspecto de tal losa, completamente cubierta de signos misteriosos. Lo cierto es que huyó dando alaridos, como un ingenuo que teme caer bajo el hechizo de lo mágico. La piedra que tan insospechadamente surgía de las ruinas de la fortaleza, tan grande como el tablero de una mesa, era de grano fino, duro, de basalto negro, y por un lado estaba pulida. Presentaba tres series de inscripciones, en parte raídas por el tiempo, borradas por el roce de la fina arena que durante dos milenios había ido pasando



por ella. Y de estas inscripciones, la primera, en catorce líneas, era jeroglífica; la segunda, de veintidós, demótica⁴, y la tercera de cincuenta y cuatro, griega.

¡Griega! Entonces era posible leerla. Era posible comprenderla. Era posible... En un viaje a París, ante la misteriosa piedra de Roseta, con sus fascinadoras inscripciones, el joven Champollion, alumno de la Academia de Grenoble, exclama:

– ¡Yo descifraré los jeroglíficos!

Muerto cuando más podía aportar a la joven ciencia de la egiptología, Champollion había cumplido su promesa, revelando el secreto de la escritura egipcia. Ahora ya podían empezar su tarea el pico y la azada...».

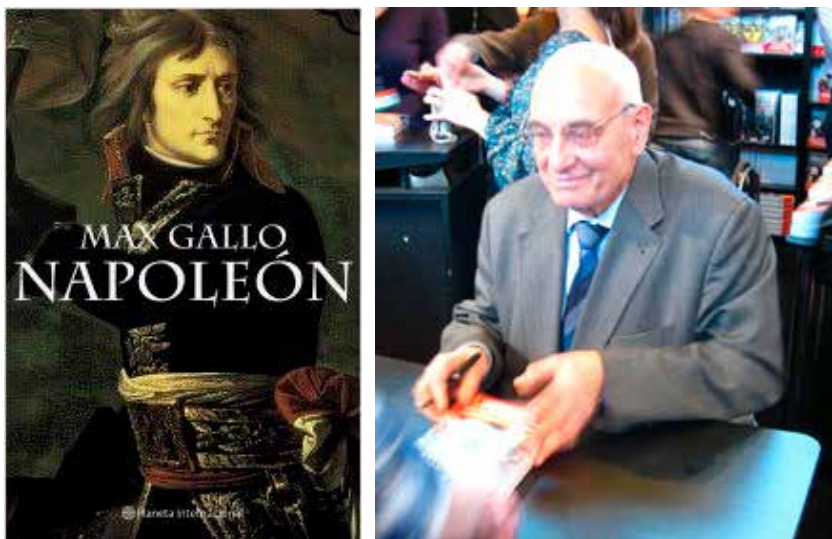
4. EL PESO DE UNA CORONA

Para Sieyes, «Bonaparte lo es todo, lo sabe todo, lo hace todo», por lo que el día 18 de Brumario de 1799 Napoleón completaba su recorrido político hasta la toma total del poder dando un golpe de estado que ponía fin efectivo al Directorio, proclamándose Primer Cónsul.

Después, reforzado por nuevos éxitos militares (campana de Italia de 1800), por fin se iba a decidir a dar el paso definitivo: «La vida de un ciudadano pertenece a su patria; el pueblo francés quiere que le consagre la mía... Obedezco su voluntad», y Bonaparte se autoproclamó emperador: por fin, ya era sólo Napoleón, fundador de una dinastía propia nacida del pueblo. Las coronas de Europa, impotentes, rabiaban de indignación, y el Papa cedía para asistir a la ceremonia de coronación del *Empereur* en Notre Dame el día 2 de diciembre de 1804. Meses más tarde, en la catedral de Milán, Napoleón se autoproclamaba también como Rey de Italia con la corona de hierro: ya era digno heredero de Carlomagno.

Y mientras desplegabla esta actividad frenética, como impulsado por un resorte vital, como apremiado por un tiempo que en el fondo de su alma intuía se le iba de las manos con la rapidez del rayo, Bonaparte seguía venciendo en los campos de Marte de toda Europa, derrotando coalición tras coalición a sus enemigos, tan numerosos como incapaces de contenerle. Los nombres de la gloria continuaban adornando las banderas y águilas de su carísimo ejército, con los laureles más reverdecidos que nunca: es su mejor momento: Marengo, Ulm, Austerlitz, Jena-Auerstadt, Friedland, Wagram...

⁴ En Egipto se emplearon, al menos, tres formas de escritura: la jeroglífica, la hierática (una simplificación de la primera) y la demótica, a su vez abreviatura de la segunda y más popular, de ahí su nombre.



El *Napoleón* de Max Gallo editado en España por Planeta. Al lado, el escritor y académico francés poco antes de su muerte en 2017

En su novela histórica *Napoleón* Max Gallo describe el momento de la coronación con su prosa siempre certera (del capítulo *¿Qué es la palabra emperador? ¡Una palabra como otra!*):

«La mañana del 2 de diciembre de 1804 se deja vestir por Rustam⁵ y Constant. Su traje de terciopelo rojo y blanco bordado de oro reluce de piedras preciosas. Luego entra en el apartamento de Josefina. Está bella y joven. Se dirigen hacia la carroza, tirada por ocho caballos empenachados. Los pajes esperan para subir detrás del asiento del cochero. Luis y José ocupan su lugar frente a Napoleón y Josefina, y el cortejo compuesto de veinticinco coches se pone en marcha.

Al entrar en la catedral, Napoleón se siente aterido por el frío, que le paraliza la nuca. Ve a los dos lados de la nave central y del trono a los invitados dispuestos en hileras sobre las tribunas. Recuerda entonces las figurillas que Isabel había colocado sobre la maqueta de Notre-Dame en los ensayos previos; también a David, pintor al que encargó fijar la escena para la historia, en un cuadro que hable a la imaginación, que sea la representación idealizada del suceso. La expresión de Napoleón se ensombrece de pronto: su señora madre figurará en el cuadro a pesar de haberse negado a asistir a

⁵ Rustam, de las tropas mamelucas, fue el fiel ayudante de Napoleón desde la campaña de Egipto.

la ceremonia (esa ausencia le duele; es la prueba de la imposibilidad de que los seres, aunque sean los más cercanos, se acomoden a su deseo de hacerlos participar en todos su proyectos. Y esa idea lo irrita). [...] El papa se aproxima y lo abraza:

– Vivat Imperator in aeternum –dice–.

Napoleón, sin arrodillarse, se corona y después corona a Josefina mientras el papa contempla la escena... Soy yo, sólo yo, el actor de la coronación. Napoleón se inclina hacia su hermano mayor.

– José –susurra–, si nuestro padre nos viera...

A continuación, una vez celebrada la misa, suenan las salvas de artillería, y miles de globos se elevan sobre la plaza de la Concordia. Al anochecer, los fuegos artificiales iluminan el cielo negro en el horizonte. Es la fiesta popular, pero Napoleón está trabajando. Aún inmerso en los festejos, tiene que pensar en la guerra general que se avecina. El día 5 de diciembre, bajo una intensa lluvia, se presenta en el Campo de Marte para la distribución de las águilas, sabiendo que las tropas que desfilan ante él entre el barro y la nieve y con frío marcharán pronto bajo la metralla.»

5. EL SOL DE AUSTERLITZ

Llegado es el momento de ofrecer al lector un resumen de las guerras revolucionarias y napoleónicas para enmarcar todo este trabajo, especialmente a partir de ahora en que la gran guerra europea que se vivirá bajo su mandato se irá recrudesciendo año tras año⁶.

- Guerras revolucionarias. Coincidentes con las diferentes formas de gobierno adoptadas en Francia durante esta época: la Convención, el Directorio y el Consulado.
- Primera Coalición (1792-1797): diferentes monarquías conforman la primera de siete alianzas para evitar el corrimiento de las ideas subversivas por Europa y, después, contener a Napoleón. Aunque cambiantes, normalmente fueron lideradas por Austria, Prusia y Rusia, con Gran Bretaña como único país presente en todas ellas.

⁶ Una de las mejores obras histórico-militares sobre el periodo sigue siendo el clásico de David Chandler, *Las campañas de Napoleón. Un emperador en el campo de batalla*, La esfera de los libros, Madrid. Para la Guerra de la Independencia española, obviamente las monografías coordinadas por el coronel Priego para el entonces Servicio Histórico Militar (Editorial San Martín, varios volúmenes y años). Y para Trafalgar, *La campaña de Trafalgar*, del académico Hugo O'Donnell (La esfera de los libros, Madrid, reed. 2019).

- Segunda Coalición (1798-1802): la nueva y pujante república francesa no sólo contiene a estas dos primeras coaliciones, sino que se anexiona países como Bélgica, crea repúblicas títere como la Bátava (Holanda), emprende acciones ofensivas sobre el Rin e Italia y lanza la exótica expedición a Egipto.
- Guerras del I Imperio. Tras el golpe de estado de Brumario, Napoleón se proclama sucesivamente Primer Cónsul, Cónsul Vitalicio y, finalizando 1804, Emperador de los Franceses.
 - Tercera Coalición (1805): en tierra, momento de máximo esplendor gracias al decisivo triunfo en la campaña de Ulm-Austerlitz y la ocupación de Viena. En mar, Nelson bate a la armada combinada hispano-francesa en Trafalgar en un triunfo igual de contundente pero a la larga mucho más trascendental.
 - Cuarta Coalición (1806-1807): batalla de Jena-Auerstädt; Prusia derrotada, Napoleón en Berlín.
 - Quinta Coalición (1809): con la guerra extendida a la Península Ibérica, el imperio empieza a dar tropiezos, no obstante lo cual se alza con el éxito ante los austríacos en Wagram.
 - Sexta Coalición (1812-1814): Napoleón invade Rusia, obtiene una victoria más que dudosa en Borodino, entra en un Moscú abandonado... y emprende una sangrienta retirada que destruye a su gran ejército. Una derrota completada con el triunfo aliado en la batalla de Leipzig o de las Naciones.
 - Séptima Coalición (1815): gobierno de los Cien Días. Napoleón, desterrado en la isla de Elba, retorna a Francia, retoma el poder político y organiza una campaña que terminará con su caída definitiva en la batalla de Waterloo.
- Guerra y revolución en España (1808-1813). España y Portugal, siempre diferentes, siempre geográfica y hasta culturalmente ex-céntricas con respecto al resto del continente, se constituyen en la «úlcerasangrante» del imperio francés. El ejército del general Castaños derrota por vez primera en campo raso a un mariscal de Napoleón en Bailén, despertando la conciencia de los pueblos europeos. Las guerrillas se alzan por doquier y un cuerpo expedicionario británico refuerza este inesperado y a la postre fatal frente para los planes de Bonaparte.

André Malraux, primero escritor revolucionario, luego combatiente fugaz como aviador en la Guerra Civil española, finalmente ministro de De Gaulle y Premio Goncourt, realizó una meritoria y muy sugestiva

Vida de Napoleón contada por él mismo. Estas serían según el gran autor las reflexiones del emperador, probablemente extractadas de notas auténticas⁷:

«El arte de la guerra consiste en tener, con un ejército inferior, más fuerzas que el enemigo en el punto en el que se le ataca o en el punto en que es atacado; pero este arte no se aprende ni en los libros ni con la costumbre; es un tacto en la conducta que constituye el genio de la guerra. La guerra sólo se aprende yendo hacia donde están los disparos. El arte de la guerra, en fin, es el arte de aumentar las posibilidades para uno.

La fuerza de un ejército, igual que la cantidad de movimiento en mecánica, se calcula por la masa multiplicada por la velocidad. Una batalla es una acción dramática que tiene su comienzo, su nudo y su desenlace. La suerte de una batalla es el resultado de un instante, de una idea. Cuando queráis librar una batalla, aunad todas vuestras fuerzas sin olvidar ninguna; a veces un batallón decide una jornada.

La guerra debe aprovechar todas las ocasiones... De poco vale vencer, es necesario aprovechar el éxito... Un soldado francés debe ser jinete, artillero, soldado de infantería; está allí para hacer de todo. Saber alimentar a vuestro ejército y conseguir del país donde te encuentres recursos de toda especie: esto es una parte importante del arte de la guerra.

La presencia del general es indispensable: es la cabeza, es el todo de un ejército: no fue el ejército romano el que sometió la Galia, sino César; no era un ejército cartaginés el que hacía temblar a los romanos, era Anibal; no era el ejército macedonio el que llegó al Indus, sino Alejandro; no fue el ejército francés el que llevó la guerra al Weser y al Inn, sino Turenne; no fue el ejército prusiano el que defendió durante siete años Prusia contra las tres mayores potencias de Europa, fue Federico el Grande...

Ser Emperador es cualidad ridícula en la guerra: hay que ser soldado, y después soldado, y aun soldado: hay que vivaquear en la vanguardia, montar a caballo noche y día, marchar con la vanguardia para tener noticias o bien quedarse en el serrallo. En la guerra los hombres no son nada: sólo un hombre lo es todo. Creo que un general malo es mejor que dos buenos. La unidad de mando es lo más importante en la guerra. No hay bastante con dar órdenes, es preciso hacerse obedecer. Una orden debe ser ejecutada; cuando no es ejecutada, hay un crimen y el culpable debe ser castigado.

⁷ En 2015, el investigador Bruno Colson hizo un curioso y esclarecedor trabajo; tomando prestado el título de Clausewitz, *On War (De la guerra)*, y siguiendo el esquema de la inmortal obra del alemán, fue completando los epígrafes con citas reales del emperador extraídas de su correspondencia, notas, memorias y testamento (Oxford University Press, hay versión en castellano).



Vida de Napoleón contada por él mismo, quizá sea una de las mejores obras sobre el corso, junto a su polémico autor, André Malraux, aviador de la República durante la Guerra Civil Española

Reunión de fuerzas, actividad y firme resolución de perecer con gloria; éstos son los tres grandes principios de un arte militar que me ha vuelto la fortuna favorable en todas mis operaciones. [...]

La primera vez que lleguéis al campo, haced formar a los batallones, y entrevistad durante ocho horas seguidas a los soldados uno por uno; recibid sus quejas, revistad sus armas y aseguraos de que no les falte de nada. Es muy conveniente pasar estas revistas de siete a ocho, así los soldados se acostumbran a estar armados y tienen la prueba de que su jefe no se libra a la disipación y se ocupa totalmente de ellos; esto es un gran motivo de confianza para los soldados... La muerte no es nada; pero vivir vencido y sin gloria es morir cada día.»

Después, Malraux, elevando su prosa a cotas sublimes y en buena jerga literaria castrense, describe así el gozo del emperador en Austerlitz:

(Entrando en su vivaque, que consistía en una mala cabaña de paja sin techo que le habían levantado los granaderos): «Ésta es la velada más bella de mi vida, pero me sabe mal pensar que perderé un buen número de estos valientes; son realmente mis hijos».

Soldados, estoy contento de vosotros. En la jornada de Austerlitz habéis justificado todo lo que esperaba de vuestra intrepidez; habéis decorado vuestras águilas con una gloria inmortal. Un ejército de 100.000 hombres, dirigido por los emperadores de Rusia y de Austria, ha sido cortado o dispersado en menos de cuatro horas. Lo que ha escapado de vuestro fuego se ha hundido en los lagos con el Sol de la Victoria. Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia imperial de Rusia, ciento veinte piezas de artillería, veinte generales, más de 30.000 prisioneros, son el resultado de este día célebre por siempre jamás. Esta infantería tan alabada, y en número superior, no pudo resistir vuestro choque, y ahora ya no tenéis rivales que temer.

Soldados, cuando hayamos cumplido todo lo necesario para asegurar la felicidad y la prosperidad de nuestra patria, os devolveré a Francia; allí seréis el objeto de mis más tiernas solicitudes. Mi pueblo os recibirá con alegría, y sólo habréis de decir: «Yo estuve en la batalla de Austerlitz», para que respondan: «¡He aquí un valiente!».

La batalla de Austerlitz es la más bella de todas las que he dado. He librado treinta batallas como ésta, pero ninguna donde la victoria estuviera tan decidida y el destino tan poco equilibrado. La guardia de a pie no pudo entrar en batalla; lloraban de rabia.

Decreto: Todos los años, en los aniversarios de las batallas de Austerlitz y Jena, se dará un concierto precedido por un discurso sobre las virtudes necesarias a un soldado, y de un elogio a los que cayeron. Se abrirá un concurso para premiar la mejor oda y la mejor pieza de música referentes a las circunstancias. En los discursos y las odas está expresamente prohibido hacer mención del Emperador.»

6. UN LUGAR LLAMADO BAILÉN

La maldición del mar azul esbozada por el almirante Thayer Mahan parece quedar confirmada en cada guerra, al menos en aquellas que se prolongan en el tiempo: siempre que una potencia continental se enfrenta a una potencia marítima, acaba ganando ésta última⁸, máxima cada vez más cierta desde los tiempos de la Revolución Industrial. Porque si 1805 es el año que vio la cúspide de las victorias napoleónicas en el campo de batalla, con el insuperable triunfo de Austerlitz, también es el año que contempló el mayor éxito naval de la Historia: el que obtuvo ese napoleón del mar llamado Nelson contra una escuadra franco-española en aguas de Cádiz. Y si todavía quedaban muchos años de gloria para las águilas bonapartistas, lo cierto es que la derrota de Trafalgar marcó irremisiblemente el inicio del fin del sueño imperial. Napoleón lo sabía: sin batir o neutralizar de alguna manera a la Armada británica, todo éxito en tierra acabaría siendo estéril, pues Albión seguiría con sus líneas comerciales abiertas y con la posibilidad de golpear en cualquier momento, en cualquier lugar.

Pero Napoleón, llevado por una audacia que cada vez tenía más rasgos de ambición sin límites, concibió entonces su más descabellado plan: ponerle puertas al mar, cerrándole el tráfico marítimo a los ingleses con el continente por bloqueo de los principales puertos europeos. Titánica misión que le ha de llevar a Portugal... y a su primer gran fiasco: la invasión de España («Es la guerra de España la que me ha perdido», le confesará años más tarde a su fiel Las Cases para su memorial). Bonaparte aquí cometió el craso error de juzgar al pueblo por sus gobernantes junto al de no considerar al ejército español como amenaza. Olvidaba la energía de los españoles, que se lanzarán a la guerrilla, y olvidaba la capacidad del General No Importa, esos oficiales españoles que, a pesar de ser derrotados, levantaban nuevos ejércitos y volvían una y otra vez al combate.

Y llegó la gran conmoción del 19 de julio de 1808: un ejército de regulares, garrocheros y voluntarios, en un lugar de Andalucía llamado Bailén, venció por ver primera en campo abierto a las águilas de Napoleón, capturando a más de 22.000 soldados franceses en una victoria que realmente sacudió Europa, despertando las conciencias nacionales de sus países y demostrando al mundo que Bonaparte no era invencible... «General, aquí os entrego mi espada vencedora en cien combates», dijo el derrotado general Dupont, a lo que Castaños contestó con genialidad: «Pues yo es el primero

⁸ MAHAN, Thayer: *The Influence of Sea Power Upon History*. Presidium, 1987.

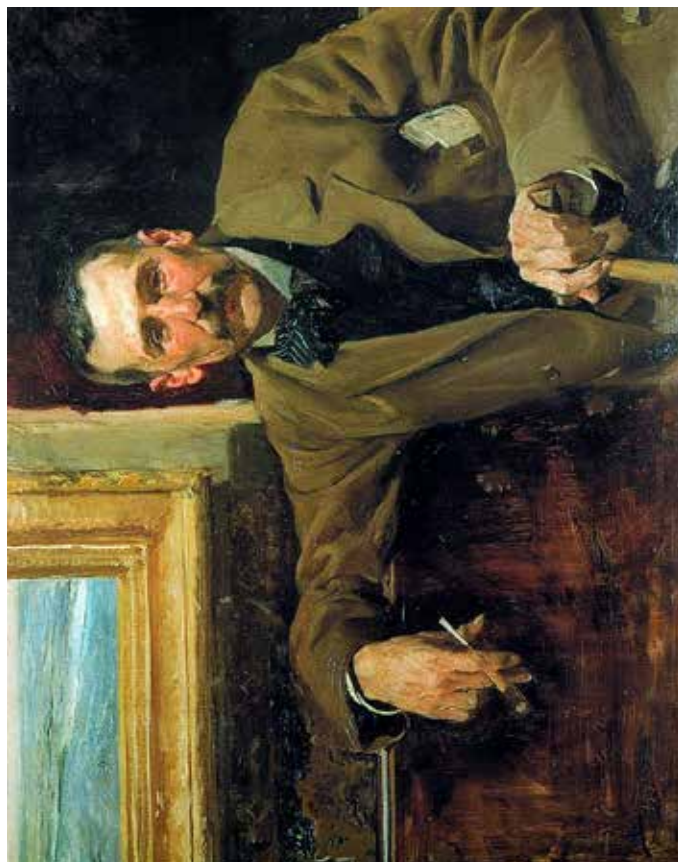
que gana». Nadie mejor que otro genio, Benito Pérez Galdós, para resumir lo que allí ocurrió (fragmentos de *Bailén*, entrega número 4 de la primera serie de los *Episodios Nacionales*):

«Vino la noche. Los franceses, muertos de fatiga y de hambre en su campamento, aguardaban con anhelo a que la capitulación estuviese firmada. [...] La capitulación iba despaciosamente, porque los parlamentarios se habían juntado en Andujar; residencia del general en jefe, y en Bailén no teníamos noticia de lo que allí pasaba. Temiendo que los enemigos intentaran escaparse, nuestros generales tomaron acertadas precauciones, y la artillería ocupó, mecha encendida, los puestos convenientes. Al mismo tiempo millares de paisanos, discurriendo por cerros y alturas, hostigaban de tal modo a los franceses, que no les era posible moverse. Esta vigilancia permitía descansar a una parte del ejército [...]

Encontramos algunos cadáveres y doña María, con heroísmo sobrenatural, los examinaba cara a cara hasta convencerse de que su hijo no estaba allí. Sólo doña María conservaba una entereza heroica y casi bárbara, que hacía creer en la superioridad del temple moral de algunos linajes...

– Si Dios ha querido disponer de la vida de mi hijo, concédame al menos el consuelo de saber que ha muerto con honor... Ya sabes que te he prometido una recompensa si encuentras a mi hijo. Dios dispone de todo, y las glorias de la tierra son a veces trocadas en miseria, en tristeza, en nada, por su mano poderosa. Si mi hijo no aparece, ¿qué soy, qué me queda, qué resta a mi casa y a mi nombre? Dios habrá decidido que todo perezca, y que las grandezas de ayer sean hoy ruinas donde nos ocultemos para llorar. ¿La victoria se había de alcanzar sin desgracias? Napoleón es vencido en España, y ante la salvación de nuestro país, ¿qué significa una vida, por noble que sea?, ¿qué una familia, por grande que sea su lustre?...

Yo no vi el triste desfile de los ocho mil soldados de Dupont cuando entregaron sus armas ante el general Castaños, porque éste tuvo lugar en Andujar. [...] Por delante de nosotros desfilaron las tropas de Vedel, en número de nueve mil trescientos hombres, y dejando sus armas en pabellón, nos entregaron muchas águilas y cuarenta cañones. Les mirábamos y nos parecía imposible que aquéllos fueran los vencedores de Europa. Después de haber borrado la geografía del continente para hacer otra nueva, clavando sus banderas donde mejor les pareció, desbaratando imperios, y haciendo con tronos y reyes un juego de títeres, tropezaban en una piedra del camino de aquella remota Andalucía, tierra casi olvidada del mundo desde la expulsión del islamismo. Su caída hizo estremecer de gozosa esperanza a todas las naciones oprimidas. Ninguna victoria francesa resonó en Europa tanto como aquella



Trío de ases: el general Castaños acepta caballerosamente la rendición del francés, cubierta de una edición del *Bailén* de Pérez Galdós, a la derecha, retratado por Sorolla

derrota, que fue, sin disputa, el primer traspies del Imperio. Desde entonces caminó mucho, pero siempre cojeando. España, armándose toda y rechazando la invasión con la espada y con la tea, con la navaja, con las uñas y con los dientes, probaría, como dijo un francés, que los ejércitos sucumben, pero que las naciones son invencibles.

– ¡Cuánto siento que no esté aquí el señor de Santorcaz! –me dijo Marijuán, al ver pasar por delante de nosotros a aquellos hermosos soldados, medio muertos de fatiga y de vergüenza–. ¿Te acuerdas de las grandes bolas que nos contaba cuando veníamos por la Mancha, y nos refería las batallas ganadas por éstos contra todo el mundo?

– Lo que nos contaba Santorcaz –respondí– era pura verdad; pero esto que ahora vemos, amigo Marijuán..., verdad es también.»

7. LA ÚLCERA ESPAÑOLA: LOS GUERRILLEROS DE 1808

Como reconoció a posteriori Bonaparte, los españoles en masa se condujeron como un hombre de honor durante los virulentos años de la Guerra de la Independencia. Así en Madrid el 2 de mayo de 1808 pero también en el resto de España, que, con un movimiento centrífugo espontáneo y rebosante de patriotismo, se rebeló en distintos actos contra la tiranía, formando Juntas del uno al otro rincón de la piel de toro y más allá: Oviedo, Aragón, Vascongadas, Andalucía, Cataluña, Extremadura, Valencia, las dos Castillas, también las Españas de Ultramar...

Hispania, Iberia, España, volvía a su guerra tradicional, a la guerra del pobre, a la guerra del pueblo, muy difícil de ser vencida por ejércitos convencionales. El guerrillero salía de una serranía de siglos para luchar sin piedad contra el invasor. No hay cuartel. No hay piedad. «Si esto debiera costarme 80.000 hombres, no lo haría; pero me bastará con 12.000: es cosa de niños», dijo el atrevido corso... Un tiempo después, más de 350.000 hombres de su gran ejército habrían de ser empeñados en la península para controlar una revuelta que no sabían cómo luchar, una guerra que era una úlcera que les desangraba hombre a hombre en una emboscada perdida por aquí, una refriega nocturna por allá, etc.

El pueblo, transformado en guerrillero, que a su vez acabará entreverado con el ejército, se liberará del yugo francés... renunciando a su propia revolución, que tanto necesitaba y que se vislumbraba en el último apéndice libre del país: Cádiz, donde brillaron las Españas por su resistencia y por su capacidad para redactar una Constitución cuando todo parecía perdido.

Pío Baroja, guerrillero de la pluma, ácrata en espíritu, describió con su prosa libérrima tipos de guerrilleros de la francesada. Lo hizo en *El escuadrón del Brigante*, novela de la serie *Aviraneta. Memorias de un hombre de acción*, todo un insuperable fresco histórico del XIX español:

«Los guerrilleros. Tipos del escuadrón

El campesino produce el guerrillero... Esta gente parecía haber nacido para la guerra de emboscadas... Me habían destinado a un escuadrón de pocas plazas, mandado por un ex mesonero, a quien llamaban Juan el Brigante. La historia del escuadrón se condensaba en la historia de su jefe, Juan Bustos. Al llegar la invasión francesa, Juan Bustos comenzó a discutir y a disputar con los soldados imperiales que pasaban por su venta acerca de la cuestión candente de quién era el verdadero rey de España. Poco a poco empezaron a motejarle de patriota, y como los franceses a todo el que se les manifestaba hostil le llamaban bandido, brigand, a Bustos le decían el Brigand. El pueblo, que lo coge todo en seguida, castellanizó la palabra: llamó a Bustos el Brigante, y a su casa la venta o el ventorro del Brigante.

Un día en que no estaba él entró en su casa un pelotón de franceses; mataron a su padre y violaron a su hermana. Juan Bustos, al llegar a su hogar y ver aquel cuadro, el padre muerto, la hermana gimiendo, salió como un león a buscar a los franceses; arrancó a uno el fusil, y, manejándolo como una maza, tendió a tres o cuatro, y luego, abriéndose paso por entre ellos, herido y lleno de sangre, se refugió en un pinar, donde se reunió con Merino. El cura era astuto; el Brigante, esforzado y audaz... Merino no quería tener mezclados los guerrilleros antiguos y los modernos, por el temor de las rivalidades y peleas, y como tampoco quería disgustar a los antiguos de su partida, formó tres escuadrones, dos de guerrilleros viejos y uno de los nuevos. Los dos de los viejos los mandaban el Jabalí de Arauzo y Juan el Brigante, que gozaban de cierta independencia; el moderno, más disciplinado y militar, tenía al frente al comandante Blanco. El comandante Blanco organizó las fuerzas de caballería. Era hombre inteligente, buen militar, de valor sereno, sin petulancia alguna y sin ambición. Probablemente por esto no prosperó.

El Tobalos era un hombre pequeño, acartonado, de unos cincuenta años, rubio, con esa tez del castellano que toma el color de la tierra. Su cara impasible no temblaba ni se estremecía jamás. Andaba siempre a caballo, por lo que tenía las piernas como dos paréntesis. Valiente era como el mismo diablo. Para una descubierta audaz, para una emboscada atrevida, ninguno como él. Era muy silencioso; el discutir, el hablar, eran cosas que le molestaban.

[También estaban] un curita joven que se decía Juanito Biones, mozo terne, bravío, de estos curas de bota y garrote, juerguistas y amigos de riñas... y el Mastaco, al que se le montaba en su macho, se le ponían los estribos muy cortos, y parecía un centauro. A pie causaba lástima, pero ya jinete, se tapaba las piernas con la manta y estaba arrogante.

Don Perfecto no parecía castellano, tenía un tipo de moro... Se creía el ser de más inteligencia del mundo. Como jinete, era una maravilla; como tirador de armas y valiente, no había otro. Varias veces nos dijo que Napoleón ya sabía quién era él y que le temía. Al oírlo el Brigante, que era burlón, nos dijo que debíamos escribir una carta firmada por Napoleón Bonaparte, diciéndole que estaba enterado de que era su gran enemigo, pero que a pesar de esto le apreciaba y le admiraba. Cuando la recibió, don Perfecto estuvo serio más de una semana; nosotros creíamos que habría notado la broma; pero no era esto, sino que estaba preocupado buscando los términos de la carta que tenía que contestar a Napoleón...

Entre ellos, los romances del Cid, de la infantina y de los infantes de Lara producían gran entusiasmo. Aquellos campesinos no sentían el tiempo interpuesto entre estas viejas historias y la época nuestra, y para ellos, el Cid, el conde Lozano, Mudarra y Diego Láinez eran casi contemporáneos suyos, hombres que tenían iguales pasiones e idéntica manera de sentir. Eran de esos tipos que España sólo produce, y que no produce bastantes para su gloria...

Los primeros combates

Las primeras salidas fueron para los guerrilleros bisoños de gran emoción; el toque de diana nos llenaba de inquietud; creíamos encontrar al enemigo en todas partes y a todas horas, y pasábamos alternativamente y con rapidez del miedo a la tranquilidad.

Esta primera hora de la mañana en que se comienzan los preparativos de marcha, aun en el hombre de nervios fuertes, produce al principio emoción.

Van viniendo los caballos de aquí y de allá; se oyen voces, gritos, relinchos, sonidos de corneta; las cantineras arreglan sus cacharros en las alforjas, los acemileros aparejan sus mulas, el cirujano y sus ayudantes preparan el botiquín, y poco a poco esta masa confusa de hombres, de caballos, de mulas y de carros se convierte en una columna que marcha en orden y que evoluciona con exactitud a la voz de mando.

Pronto comenzamos a acostumbrarnos y a gustar de aquella vida. La guerra en la montaña tiene, indudablemente, grandes encantos... Todo el país nos ayudaba.

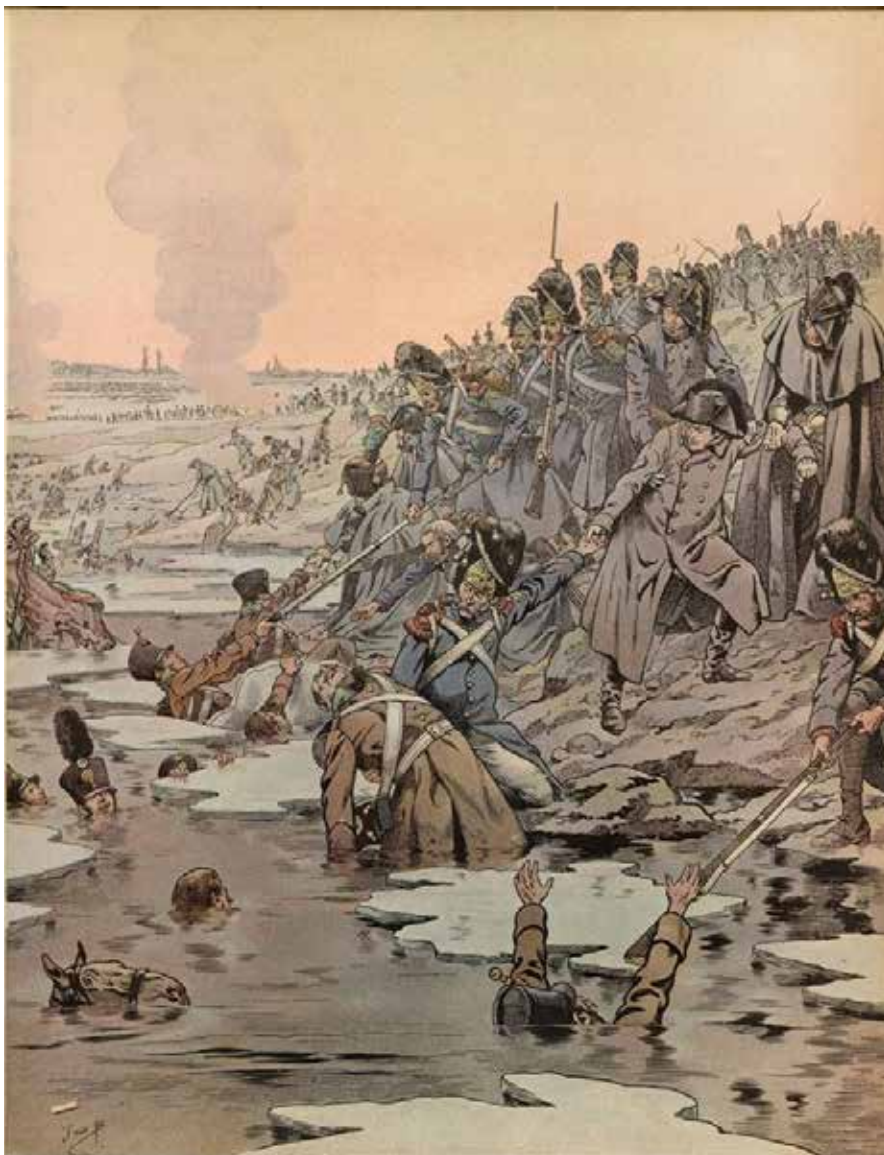
...Nuestro escuadrón fue de prisa a rodear y salir de nuevo al encuentro de los franceses.»

8. LA ATROZ RETIRADA

Y tras el craso inmenso error de España, el crasísimo inmenso y definitivo error ruso... Rusia... Esa tierra hostil para el extranjero; ese pueblo tenaz y sufrido, tremendo enemigo cuando se le solivianta; ese clima inconcebible para el que allí no vive... Un ataúd sin fin, una tumba helada, una gélida trampa donde todo invasor entra con facilidad pero del que nunca puede salir bien librado. Eso es Rusia; esto, al igual que en España, es lo que no supo comprender el emperador. No es de extrañar que tres potencias excéntricas –Reino Unido, España, Rusia– fueran las claves de la victoria sobre la Francia napoleónica.

En junio de 1812, Napoleón ha movilizado más de 650.000 hombres con que batir al Zar Alejandro I de Rusia, con quien ha mantenido una extraña relación de amorodio desde tiempo atrás. Es un ejército que sus enemigos denominaron de las 20 naciones, pues Bonaparte –consciente del esfuerzo titánico que iba a tener que realizar– necesitó movilizar, amén de soldados franceses, tropas de otras muchas nacionalidades afines o en la órbita de influencia gala: holandeses, suizos, ilirios, croatas, polacos, prusianos... incluso españoles, los restos de la expedición del Marqués de la Romana. Este nuevo gran ejército napoleónico se fue, así, adentrando poco a poco en Rusia, cosechando aparentes éxitos y alcanzando las sucesivas líneas previstas por el plan de campaña metódicamente diseñado por Napoleón y su Estado Mayor...

Pero esto fue sólo un espejismo. Su enemigo estaba dispuesto a luchar hasta la Siberia, haciendo todo sacrificio que fuera necesario: tierra quemada, ciudades abandonadas, incluso la capital dejada a su suerte. El tiempo, el espacio y el «general invierno». Las batallas de Smolensko y Borodino (en especial ésta última, durísima, de la que la Grande Armée no se recuperaría jamás) y la fantasmagórica entrada en Moscú, que pronto iba a arder reducido a cenizas, causaron honda impresión en Napoleón, quien tomó al fin conciencia del error que había cometido. Retirada. ¡Retirada! El ejército francés se retiraba... Y Kutusof, general en jefe ruso, le dejará replegarse sin buscarle a campo abierto, donde cualquier enfrentamiento con el francés todavía podía ser peligroso, limitándose a hostigarle con acciones esporádicas, subversivas, de sabotaje, convirtiendo esa retirada en pleno invierno en un auténtico calvario. Si España era una úlcera sangrante, esta retirada iba a ser una herida abierta manando sangre a chorros. Cuando los restos de la flamante Grande Armée de más de 600.000 hombres lleguen a Prusia al final de la escapada atroz, apenas contará con un puñado de hombres útiles y sanos capaces de sostener un arma.



León Tolstoi, descendiente de una familia noble que combatió a Napoleón y él mismo soldado en la Guerra de Crimea, trataba en extenso todas estas peripecias en su inmortal *Guerra y Paz*. Extractos de la Tercera Parte, «Borodino; Los franceses en Moscú»:

«Con los uniformes estropeados, los rostros demacrados y reducidos a la tercera parte de su activo, los franceses entraron con orden en Moscú. Pero cuando se internaron en las casas desiertas, los soldados cesaron de serlo para convertirse en merodeadores. Al marcharse de Moscú, cinco semanas después, llevábanse consigo una multitud de objetos que consideraban indispensables o preciosos, [quedando] tanto más expuestos a perecer al operar su retirada por cuanto arrastraban tras de sí un botín inmenso... Los oficiales no se diferenciaban de los soldados. Había de aquellos hombres por todas partes, en las tiendas, en las calles; pero el verdadero militar no aparecía ni aquí ni allá. [...]

Los franceses atribuyeron el incendio de Moscú al patriotismo feroz de Rostopchine; los rusos al salvajismo de los franceses; pero, en realidad, ni unos ni otros son responsables; las condiciones en que se hallaba la ciudad fueron la sola causa. Si es cierto que Moscú fue incendiado por sus últimos habitantes, incontestable es también que lo fue no por los que habían quedado, sino por el hecho de haber marchado los demás. Moscú no fue respetado por el enemigo como Berlín y como Viena, porque sus habitantes no recibieron a los franceses con el pan y la sal y dándoles las llaves de la población, sino que prefirieron abandonarla a su triste suerte.

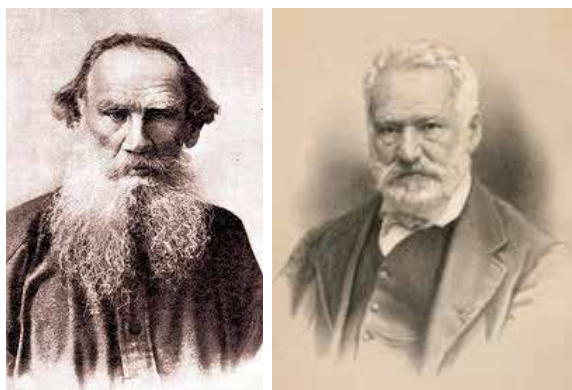
[La retirada]

Cuando Kutuzof recibió aquella noticia [el abandono de Moscú por parte de Napoleón y el inicio de su retirada], deteniendo con un gesto al encargado de comunicársela, quien iba a extenderse en detalles, intentó pronunciar algunas palabras; su rostro se contrajo, y volviéndose hacia el lado opuesto, hacia el rincón de la cabaña donde estaban las imágenes:

– ¡Señor Dios, Creador mío! ¡Tú escuchaste mi ruego!... –exclamó con voz temblorosa.– ¡Y Rusia está salvada!

A partir de aquel momento y hasta la conclusión de la campaña. Kutuzof empleó todos los medios que estaban en su poder para impedir, o por autoridad, o por ardides, o por súplicas, que sus tropas tomaran la ofensiva y fenecieran en encuentros inútiles con un enemigo cuya pérdida era segura, [prefiriendo] la guerra de acciones individuales de las guerras nacionales, es decir, las que en lugar de reunirse en número, los hombres se dividen en pequeños destacamentos, atacan súbitamente y de improviso a fuerzas considerables, y se retiran para tomar después la ofensiva. Como lo hicieron las guerrillas en España...

A partir del 28 de octubre, cuando los fríos empezaron, la retirada de los franceses tomó un carácter más trágico. El número de hombres helados o calentándose hasta tostarse en las hogueras de los vivacs, aumentaba de día en día. La consecuencia debía corresponder matemáticamente a este principio: el ejército francés disminuía en igual proporción de Viazma a Smolnesk, de Smolensk al Beresina, y del Beresina al Vilna, independientemente de la intensidad del frío, de la persecución de los rusos, de los obstáculos imprevistos, o de cualquiera otra circunstancia tomada aisladamente... Napoleón, aquel genio sin segundo, tampoco lo sabe. Sin embargo, su corte, y aun él mismo, continúan empleando la usual etiqueta al escribir las cartas, los despachos, las órdenes del día. Siguen llamándose: «Señor mío, príncipe de Eckmühl, rey de Nápoles...» Pero tanto los despachos como las órdenes del día eran cartas muertas. Nadie las ejecutaba, por inejecutables, y, no obstante los títulos pomposos de que hacían alarde, todos sentían que tenían mucho que reprocharse, y que el momento de la expiación había llegado. »



Dos genios indiscutibles de la literatura, Tolstoi y Víctor Hugo, dos formas de ver a Napoleón: *Guerra y Paz* y *Los miserables*

9. LUCHANDO POR SOBREVIVIR

Genio y figura... A pesar del fiasco ruso, Napoleón, y Francia, todavía tuvieron fuerzas para reorganizarse y reconstruir un ejército que se iba a enfrentar a una nueva coalición. El objetivo de Napoleón entonces era conservar sus dominios en Alemania, lo que le permitiría ganar tiempo y mantener un colchón de seguridad que librara a la patria de cualquier amenaza. Y con suerte, repetir alguna victoria decisiva como en el pasado que obligase

a sus rivales a firmar una paz negociada. Pero eran sus enemigos quienes ahora ya no sólo soñaban con contenerle, sino que pasaban abiertamente a la ofensiva. Querían devolver al corso los sufrimientos y humillaciones que les había infligido durante todos esos años y acabar definitivamente con la pesadilla europea.

Por ello, en 1813, tras una campaña con batallas no decisivas, los aliados al fin vieron la posibilidad de cerrar al ejército napoleónico ocupando Leipzig, ciudad clave en sus comunicaciones con Francia. Contra ella se lanzaron, teniendo lugar una dudosa y dura batalla, donde si Napoleón logró escapar a uña de caballo con parte de su ejército, fue ya solamente para huir (en esta acción, protegiendo la retirada, es que cae muerto su fiel y querido mariscal Poniatowsky, héroe polaco icono de los famosos lanceros de esta nacionalidad que tan bravamente lucharon por el «Empereur»)... Porque, efectivamente, los ejércitos aliados no se iban a conformar con esto: iban a llevar la guerra a Francia: la patria, otra vez, volvía a estar en peligro, pero a diferencia de los años revolucionarios, el país estaba cansado de luchar.

París caído en abril de 1814, sólo quedaba un camino: la abdicación, y un rumbo, el que llevaba al destierro en la isla de Elba...

En su día muy famosos y padres de la narrativa histórica contemporánea, los escritores Emile Erckmann y Alexandre Chatrian, grandes amigos y buenos prosistas, originarios ambos de Lorena, juntaron sus plumas para escribir varias obras sobre los tiempos napoleónicos, destacando entre todas ellas *Historia de un recluta de 1813* y *Waterloo*. A continuación, extracto de la primera reflejando a la perfección el espíritu de derrota del ejército imperial en esta fase final de las guerras bonapartistas:

«A las cuatro de la mañana, cuando clareaba el día, llegaron unos carros de víveres; nos dieron raciones de pan, de vino y de aguardiente. La lluvia había cesado. Hicimos allí el rancho, pero nada me hacía entrar en calor; allí fue donde cogí las fiebres. No era yo el único del batallón que estaba así; las tres cuartas partes padecían y se extenuaban del mismo modo; desde hacía un mes, los que no podían ya andar se tiraban al suelo llorando y llamaban a su madre como niños pequeños. Aquello destrozaba el corazón. El hambre, las marchas forzadas, la lluvia y la pesadumbre de saber que no verá uno más a su país ni a las personas queridas, eran las causas de la enfermedad...

A medida que iba entrando el día, descubríamos a la izquierda –al otro lado del río y de un gran barranco lleno de sauces y de pobos– los pueblos quemados, los montones de muertos, los arzones, los cañones volcados y la tierra arrasada en cuanto alcanzaba la vista de los caminos... Era peor que Lutzen. Veíamos también a los prusianos desplegarse en aquella dirección y avanzar a millares

por el campo de batalla. Iban a dar la mano a los austríacos y a los rusos, y a cerrar el gran círculo en torno nuestro; nadie podía ya impedirselo, tanto menos cuanto que Bernadotte⁹ y el general ruso Beningsen, que estaban a retaguardia, llegaban con ciento veinte mil hombres de tropas de refresco. Así, nuestro ejército, después de haber librado tres batallas en un solo día, y reducido a ciento treinta mil combatientes, iba a verse cogido en un círculo de trescientas mil bayonetas, sin contar cincuenta mil caballos y mil doscientos cañones.

[...]

De pronto, una veintena de húsares que llegaban a galope tendido y pistola en mano hicieron apartar a todos fuera del camino. Gritaban con voz vibrante:

– ¡El emperador! ¡El emperador!

Inmediatamente se formó el batallón al hilo de las cunetas, presentando armas, y unos segundos después los granaderos a caballo de la guardia, verdaderos gigantes, con sus botas altas y sus inmensos gorros de pelo, que casi les llegaban a los hombros, no dejando ver más que la nariz, los ojos y los bigotes, pasaron al galope, apretando contra la cadera el puño del sable. Todos pensábamos con satisfacción: «Éstos están con nosotros...; son unos hombres terribles».

Pero lo que más me impresionó, en medio de aquellos capitanes que desde hacía veinte años infundían pavor a Europa, fue Napoleón, con su sombrero viejo y su levitón gris; aún le veo pasar ante mis ojos, contraída la ancha barba y la cabeza metida entre los hombros. Todo el mundo gritaba: «¡Viva el emperador!», pero él no oía nada..., ni hacía más caso de nosotros que la llovizna que temblaba en el aire..., y miraba, fruncido el ceño, extenderse el ejército prusiano a lo largo del Partha, para dar la mano a los austríacos. Tal le vi aquel día, y así me quedó en la memoria.

El batallón se había puesto en marcha cuando Zebedeo me dijo:

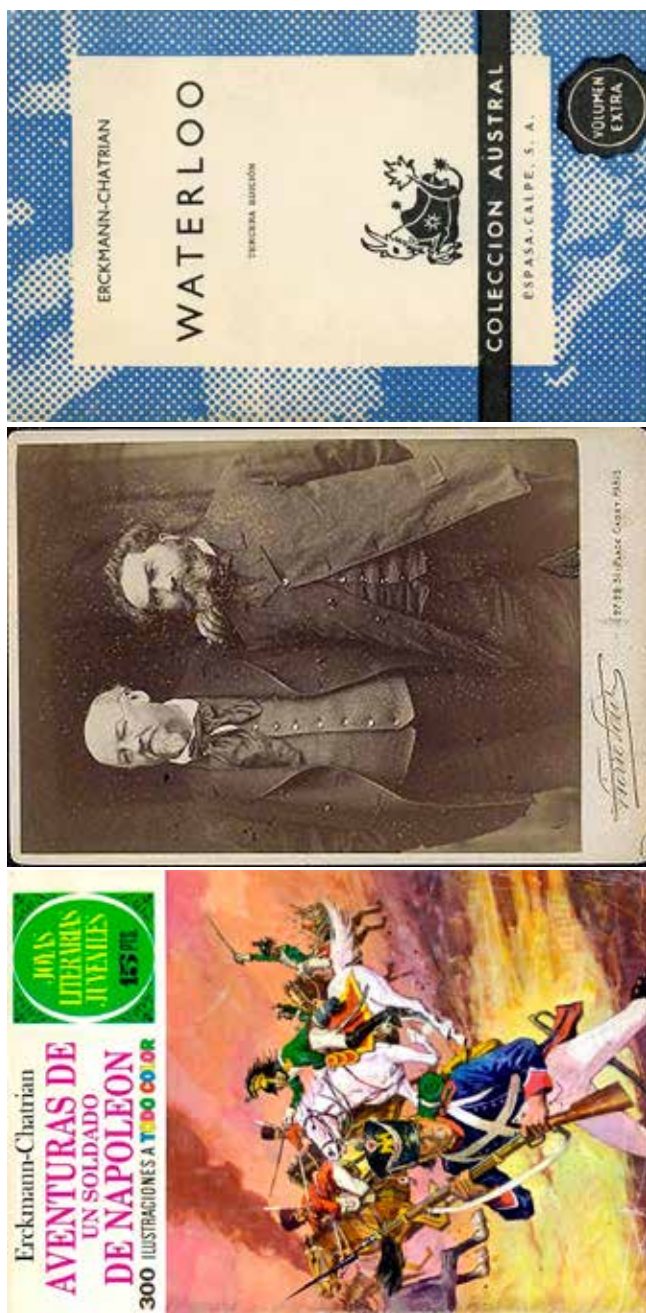
– ¿Le has visto, José?

– Sí, le he visto bien, y me acordaré mientras viva.»

10. WATERLOO

La batalla más simbólica de la historia universal es, quizás, una de las más monótonas de la historia militar. Aunque la campaña previa es fluida, el encuentro final entre Napoleón y sus enemigos en Waterloo el 18 de junio de 1815 tendrá mucho de choque enconado, sin atisbos de genialidad. Las personalidades de los generales condicionan las vicisitudes de esta postrer

⁹ Bernadotte había sido uno de los primeros siete mariscales nombrados por Napoleón. Tiempo después desertó y pasó al ejército sueco... terminando por conformar una dinastía.



«Joya ilustrada» basada en el clásico *Historia de un recluta de 1813*, de Erckmann-Chatrian, en la foto. Al lado, portada de la entrañable Espasa-Calpe para *Waterloo*

campana. Bonaparte está cansado y, por supuesto, ni él ni su recién creada *Armée du Nord* son los de Marengo o Austerlitz, ni siquiera los de Borodino. Wellesley es un general típico de su país: si el espíritu de la *Navy* es ofensivo y eminentemente osado, el del *British Army* es cauto, defensivo, correoso: parece perder todas las batallas salvo la crucial, la última. Blucher, tercero en discordia, es un híbrido entre la gloria pasada de Federico y los futuros éxitos de Moltke el Viejo y sus generales; cuenta con un as en la manga: un efficacísimo jefe de estado mayor, Von Gneisenau, con el que inaugura una escuela consistente en el binomio formado por un general dinámico y un auxiliar calculador, acaso la única forma de poder hacer las guerras venideras, tremendamente complejas.

Con sumo secreto y rapidez Napoleón se había dirigido hacia Bélgica en la idea de batir primero a británicos y prusianos por separado para luego caer sobre las fuerzas austro-rusas sitas en Alemania. Wellington tenía su base estratégica en Bruselas cerrando las bocas del Escalda y siempre cercano a la costa por las dudas; Blucher en el curso del Mosa a su paso por Lieja. Conocedor de la mayor agresividad de éste, decidió arremeter contra él, batiendo a parte de su ejército en Ligny mientras que otra fracción de la *Armée du Nord* entraba en contacto con los ingleses en Quatre-Bras, encrucijada de caminos no muy lejos del que será campo de batalla principal. Bonaparte había ganado así veinticuatro horas, tiempo suficiente para evitar la concentración de las tropas aliadas. Fue entonces cuando el emperador mandó al cuerpo de Grouchy partir en persecución de los prusianos mientras él se dirigía con el grueso a Waterloo.

Lo demás es historia... Que contó, con muchas licencias pero con gran encanto, ese titán de la literatura del XIX que fue Victor Hugo. He aquí extractos del Libro Primero de la Segunda Parte –*Cosette*– de *Los miserables*:

«Todo el mundo conoce la primera fase de esta batalla; principio confuso, incierto, vacilante, amenazador para los dos ejércitos, pero más aun para los ingleses que para los franceses. Toda la noche había estado lloviendo; la tierra estaba empapada y hasta se habían formado lagunas... La acción empezó tarde. Napoleón acostumbraba tener toda la artillería en su mano como una pistola, apuntando ora a un punto, ora a otro de la batalla, y había querido esperar a que las baterías enganchadas pudiesen rodar libremente. Para esto era preciso que el Sol apareciese y secase la tierra. Pero el Sol no apareció. No era ya la cita de Austerlitz.

La acción empezó con furia, con más furia tal vez que la que el emperador hubiese querido, por el ala izquierda francesa, sobre Hougomont. Al mismo tiempo, Napoleón atacó el centro, sobre la Haie-Sainte, y Ney llevó

el ala derecha francesa contra el ala inglesa izquierda, que se apoyaba en Papelotte. El ataque a Hougomont tenía algo de simulado; su objeto era llevar hacia allí a Wellington y hacerle inclinar hacia la izquierda. Este plan hubiera dado buenos resultados si las cuatro compañías de guardias inglesas y los fogosos belgas de la división de Perponcher no hubiesen defendido sólidamente la posición...

El ataque del ala derecha francesa sobre Papelotte era un ataque a fondo: derrotar a la izquierda inglesa, cortar el camino de Bruselas, cerrar el paso a los prusianos que pudieran acudir por aquella parte, forzar la posición de Mont-Saint-Jean, rechazar a Wellington hacia Hougomont, de allí hacia Braine l'Alleud, de allí al mar: nada más sencillo. A excepción de algunos incidentes, este ataque tuvo buen éxito. Papelotte fue tomado y la Haie-Sainte también. [...] Cualquiera que sea la combinación de los generales, el choque de las masas armadas tiene incalculables reflujos; en la acción, los dos planos de ambos jefes penetran uno en otro y se desfiguran mutuamente. La línea de batalla flota y serpentea como un hilo, los rastros de sangre corren ilógicamente, los frentes de los ejércitos ondean, los regimientos entran o salen formando cabos o golfos; todos esos escollos se renuevan continuamente unos tras otros; al sitio donde estaba la infantería llega la artillería; donde se halla la artillería se ve ahora la caballería; los batallones son columnas de humo... ¿Qué es una batalla? Una oscilación...

A eso de las cuatro la situación del ejército inglés era grave... Casi tomado Hougomont y tomada la Haie-Sainte, no quedaba más que un nudo, el centro, que continuaba resistiendo. Wellington lo reforzó... El peligro de esta posición era la selva de Soines, contigua entonces al campo de batalla y cortada por los estanques. Un ejército no habría podido retroceder allí sin disolverse; la retirada hubiese sido una dispersión general. Inquieto Wellington, pero imparable, estaba a caballo, y todo el día permaneció en la misma actitud, un poco delante del molino viejo de Mont-Saint-Jean, y bajo un olmo que un inglés, vándalo entusiasta, compró después en doscientos francos, lo hizo serrar y se lo llevó. Wellington se mostró allí friamente heroico. Llovían las balas. Lord Hill le dijo:

– Milord, ¿cuáles son vuestras instrucciones y qué órdenes nos dejáis si os matan?

– Haced lo que yo –respondió–. Permaneced aquí hasta perder el último hombre.

La jornada iba mal visiblemente. Wellington gritaba a sus antiguos compañeros de Vitoria, de Talavera y de Salamanca:

– «Bous» (muchachos), ¿pensáis acaso huir? ¡Acordaos de la vieja Inglaterra!

A eso de las cuatro la línea inglesa se movió hacia atrás. De pronto no se vio ya en la cresta de la meseta más que la artillería y los tiradores; el resto había desaparecido. Los regimientos, arrojados por los obuses y las balas francesas, se replegaron al fondo que corta el sendero de la granja de Mont-Saint-Jean; hubo un movimiento retrógrado, desapareció el frente de batalla inglés y Wellington retrocedió.

– Principio de retirada –exclamó Napoleón, quien estaba de buen humor–...

Sabida es la dolorosa equivocación de Napoleón: esperaba a Grouchy, y fue Blucher el que llegó; la muerte en vez de la vida. El Destino tiene variaciones de esta clase; se espera el trono del mundo y se divisa Santa Elena.

[...] Sabido es lo demás: la irrupción de un tercer ejército, la batalla dislocada, la caballería prusiana dirigida por Blucher en persona, los franceses rechazados, otra batalla amenazando a la caída de la tarde a nuestros regimientos desmantelados, toda la línea inglesa volviendo a tomar la ofensiva y avanzando hacia nosotros, la gigantesca brecha abierta en el ejército francés, la metralla inglesa y la metralla prusiana ayudándose mutuamente, el exterminio, el desastre en el frente, el desastre en los flancos, la Guardia entrando en línea bajo aquel espantoso y general hundimiento. Conociendo que iban a morir, gritaban: «¡Viva el emperador!» No hay nada en la Historia más patético que esa agonía estallando en aclamaciones. Algunos cuadros de la Guardia, inmóviles en el torrente de la derrota, como rocas en un torrente de agua, permanecieron firmes hasta la noche. Cuando llegó la noche, acompañada de la muerte esperaron esta doble sombra y se dejaron envolver en ella a pie firme. Cada regimiento, aislado de los demás, y no teniendo ya lazo alguno con el ejército, deshecho por todas partes, moría por su cuenta. Para llevar a cabo esta última acción había tomado cada cual sus posiciones. Allí, abandonados, vencidos, terribles, aquellos cuadros sombríos agonizaban formidablemente. Ulma, Wagram, Jena, Friedland, morían ellos.

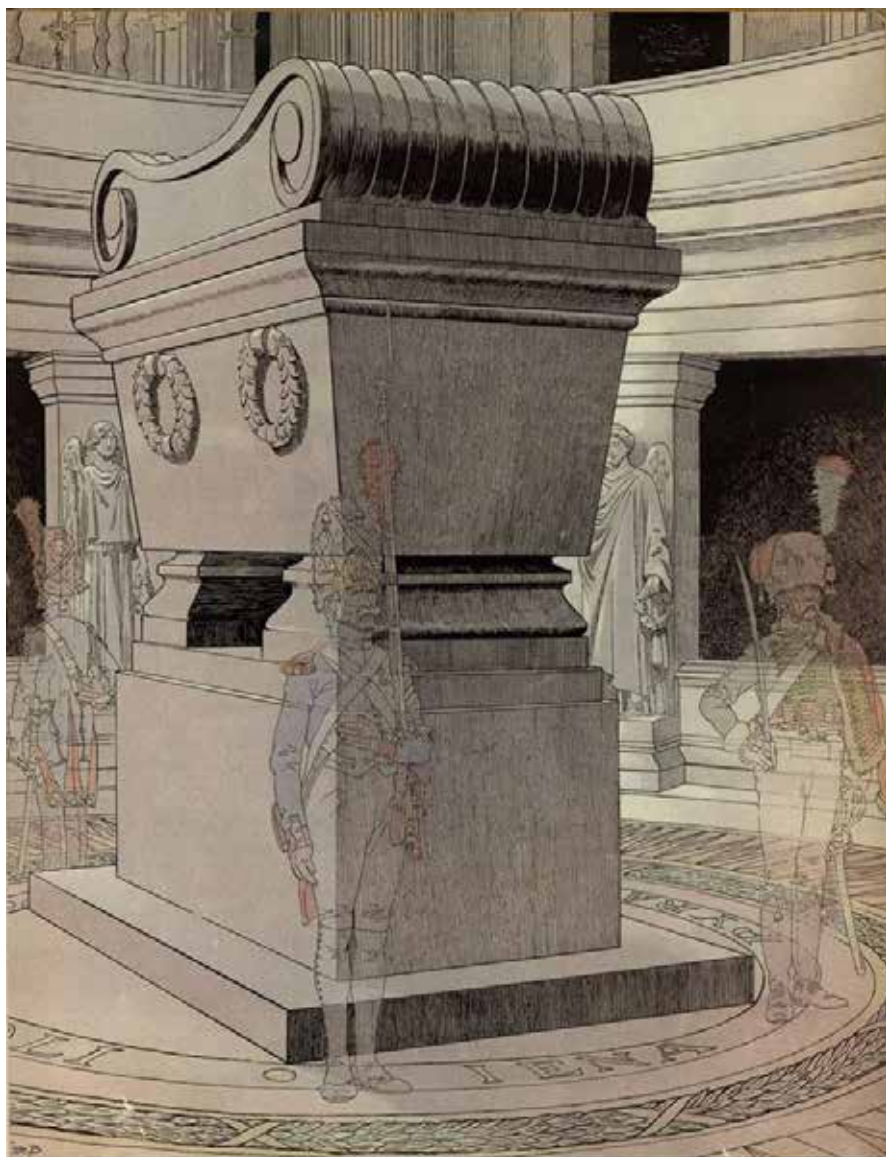
A la hora del crepúsculo, a eso de las nueve de la noche, sólo quedaba uno en la parte baja de Mont-Saint-Jean. En este valle funesto, al pie de la pendiente que habían subido los coraceros, inundada ahora por las masas inglesas, luchaba este cuadro bajo los fuegos convergentes de la artillería enemiga victoriosa y bajo una horrible densidad de proyectiles. Mandábalo un oscuro oficial llamado Cambronne. A cada descarga disminuía el cuadro, y respondía. Contestaba a la metralla con la fusilería, estrechándose continuamente sus cuatro muros...

– ¡Rendíos, valientes franceses!

Cambronne contestó:

– ¡Merde!

(Uno de los veteranos dice que los ingleses hicieron dos intimaciones; a una contestó así y a la otra con «La Guardia muere, pero no se rinde»).



EL ADIÓS DE FONTAINEBLEAU

Antes de partir para su primer destierro en la isla de Elba, del que volvería para emprender su última campaña, la de los Cien Días –que a su vez acabó con su derrota en Waterloo y su definitivo destierro de Santa Elena–, Napoleón dijo adiós el 20 de abril de 1814 a su Vieja Guardia en el patio del castillo de Fontainebleau. He aquí sus palabras de despedida pronunciadas antes de abrazar y besar a su bandera:

«Soldados de mi Vieja Guardia, os digo adiós. Desde hace veinte años os he encontrado constantemente en el camino del honor y de la gloria. En estos últimos tiempos, igual que en los de nuestra prosperidad, no habéis dejado de ser modelos de bravura y de fidelidad. Con hombres como vosotros nuestra causa no era una causa perdida. Pero la guerra era interminable; habría llegado la guerra civil, y Francia habría sido aun más desgraciada. Por esta razón he sacrificado nuestros intereses a los de la patria; me voy. Vosotros, amigos míos, continuad al servicio de Francia. Su honor era mi único pensamiento; ¡siempre será el objeto de mis deseos! No compadezcáis mi suerte; si he consentido a sobrevivirme es para seguir sirviendo a vuestra gloria; ¡quiero escribir las grandes cosas que hemos hecho juntos! ¡Adiós, hijos míos! Querría abrazaros a todos contra mi corazón; ¡al menos abrazaré vuestra bandera!...

¡Adiós otra vez, viejos compañeros! ¡Que este último beso llegue a vuestros corazones!»



Napoleón en Santa Elena, película muda con guion de Abel Gance, 1929

TESTAMENTO DE NAPOLEÓN (extractos)**(Recogido por el Conde de Las Cases en el *Memorial de Santa Elena*)**

Hoy, 15 de abril de 1821, en Longwood, isla de Santa Elena. Éste es mi testamento, o acta de mi última voluntad.

I

1º. Muero en la religión apostólica, y romana, en cuyo seno nació hace más de cincuenta años.

2º. Deseo que mis cenizas reposen en las orillas del Sena, en medio de ese pueblo francés al que tanto amé.

3º. Siempre estuve satisfecho de mi queridísima esposa María Luisa; conservo hacia ella, hasta el último momento, los sentimientos más tiernos y le ruego que vele para librar a mi hijo de las asechanzas que aún rodean su infancia.

4º. Recomiendo a mi hijo que no olvide nunca que nació príncipe francés y que no se preste jamás a ser instrumento en las manos de los triunviros que oprimen a los pueblos de Europa. No debe combatir nunca a Francia ni perjudicarla de ningún modo; debe adoptar mi divisa: *Todo por el pueblo francés...*

Doy gracias a mi buena y excelentísima madre, al cardenal, a mis hermanos José, Luciano, Jerónimo, Paulina, Carolina, Julia, Hortensia, Catalina, Eugenio por el interés que por mí han conservado; perdono a Luis el libelo que publicó en 1820: está lleno de afirmaciones falsas y de documentos falsificados.

II

1º. Lego a mi hijo las cajas, órdenes y demás objetos, tales como la plata, el lecho de campaña, las armas (en especial la espada que llevaba en Austerlitz), sillas de montar, espuelas, copones de mi capilla, [mi despertador, que era el de Federico II y cogí en Potsdam], el collar de la Legión de Honor, libros y ropa blanca, que fueron de uso para mi cuerpo. Deseo que este pobre legado le sea querido, por el recuerdo que lleva de un padre de quien el universo entero hablará.

...

36º. Todo lo que esa imposición produzca por encima de la suma de cinco millones seiscientos mil francos, de que se ha dispuesto más arriba, será distribuido en gratificaciones a los heridos de Waterloo y a los oficiales y soldados de la isla de Elba...

III

Lego mis bienes particulares: una mitad a los oficiales y soldados que quedan del ejército francés y que combatieron desde 1792 a 1815 por la gloria y la independencia de la nación; su repartición será hecha a prorrato del sueldo en activo. La otra mitad, a las ciudades y campos de Alsacia, de Lorena, del Franco Condado, de Borgoña, de la Isla de Francia, de Champaña, Forez y Delfinado, que hayan sufrido de una u otra invasión. Se sacarán de esta suma un millón para la ciudad de Brienne y un millón para la de Mery.

Instituyo a los condes Montholon, Bertrand y Merchand, albaceas míos.

(Marchand conservará mis cabellos, con los que mandará hacer un brazalet provisto de un pequeño candado de oro, para enviárselo a la emperatriz María Luisa, a mi madre, y a cada uno de mis hermanos, hermanas, sobrinos, sobrinas, al cardenal, y uno mayor, para mi hijo.)

El presente testamento, complemento escrito de mi puño y letra, está firmado y sellado con mis armas. —Napoleón.

(Sello).

Napoleón dispuso, además, ser enterrado con la capa que vestía el 14 de junio de 1800 en la batalla de Marengo, que consideraba una de las suyas más importantes.

Últimas palabras de Napoleón a las 5 y media de la madrugada del día 5 de mayo de 1821: «Cabeza... Ejército...».



BIBLIOGRAFÍA

- BAROJA, Pío: *El escuadrón del Brigante*. Círculo de Lectores. Barcelona, 1997.
- CERAM, C.W.: *Dioses, tumbas y sabios*. Discolibro. Barcelona, 1972.
- CONDE DE LAS CASES: *Memorial de Santa Elena* (tres tomos). Joaquín Gil editor. Barcelona, 1944.
- EHRENBURG, Ilya: *La conspiración de los iguales*. Ediciones Júcar. Madrid, 1974.
- ERCKMANN-CHATRIAN: *Historia de un recluta de 1813*. Editora Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires, 1949.
- GALLO, Max: *Napoleón*. Editorial Planeta. Barcelona, 2002.
- HUGO, Victor-Marie: *Los miserables*. Colección de suplementos literarios de la publicación *La Libertad*, c. 1900.
- LUDWIG, Emil: *Tu tierno esposo Napoleón. Ensayo sobre las cartas de Napoleón a María Luisa, seguido de otros bocetos sobre estos personajes*. Editorial Juventud. Barcelona, 1935.
- MALRAUX, André: *Vida de Napoleón contada por él mismo*. Edhasa. Barcelona, 1993.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Bailén*. Historia 16. Madrid, 1992.
- STENDHAL: *La Cartuja de Parma*. Ediciones Cátedra. Madrid, 2007.
- TOLSTOI, Conde León: *La Guerra y la Paz (Novela histórica)*. Casa Editorial Maucci. Barcelona, 1902.

Recibido: 22/02/2021

Aceptado: 24/06/2021

ADMINISTRACIÓN Y FUNCIONAMIENTO DE LA ORDEN MILITAR DE SAN FERNANDO EN SUS PRIMEROS AÑOS: LA NUEVA *CRUZ DE ESPADAS* (1811-1823)

Alfonso DE CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Marqués de la Floresta¹

RESUMEN

Un estudio sobre la vida institucional y administrativa de la Real y Militar Orden de San Fernando, durante sus primeros años de existencia, 1811-1823, a partir de una documentación privada e inédita. Con especial examen de la insignia de la *cruz de espadas*, adoptada en 1820 y cuyo bicentenario celebramos.

PALABRAS CLAVE: Real y Militar Orden de San Fernando. Administración. Ceremonias. Nueva cruz de espadas.

ABSTRACT

A study on the institutional and administrative life of the Royal and Military Order of San Fernando, during its first years of existence, 1811-1823,

¹ Dr. Alfonso de Ceballos-Escalera y Gila, Marqués de la Floresta, cronista de armas de la Junta de Castilla y León, con domicilio en la Casa del Esquileo, calle Esquileo n.º12, 40160 Cabanillas el Monte (Segovia). alfonsodeceballoescalera@gmail.com

based on private and unpublished documentation. With special examination of the insignia of the *cross of swords*, adopted in 1820 and whose bicentennial we celebrate.

KEYWORDS: Royal and Military Order of San Fernando. Administration. Ceremonies. New “laureate cross”.

* * * * *

Hace ya algunos años que pude adquirir un interesante fajo de papeles originales, que había pertenecido a don José Morete y Varela (1769-1825), brigadier de Ingenieros y tesorero que fue de la Real y Militar Orden de San Fernando en los años de 1816 a 1823 –luego diremos de su trayectoria vital–. Son documentos administrativos, de índole interna, que nos resultan de una gran utilidad para conocer algo del funcionamiento orgánico y de la administración interior de la Asamblea de la Orden, pues debido a la pérdida de buena parte de los archivos originales –seguramente en el incendio que sabemos que ocurrió en la noche del 29 al 30 de diciembre de 1846 en el palacio de Floridablanca o de Godoy, entonces sede del Ministerio de la Guerra²–, esas vicisitudes nos son poco conocidas. Con tales documentos –que desde este momento pongo a disposición de la Asamblea de la Orden–, y con otros hallados en otros depósitos y publicaciones, igualmente desconocidos del público, me propongo ofrecer al lector un relato por menor de ellas. Además, quiero hacerlo al cumplirse ahora el bicentenario de la más característica insignia de la Real y Militar Orden, la célebre y famosa cruz de espadas y laureada, creada por real decreto de 20 de mayo de 1820.

El periodo que nos interesa es el que corrió desde la fundación de la Orden en el verano de 1811, hasta la caída del régimen constitucional en 1823. Tiempos densos y agitados, y hasta convulsos.

De los primeros años de la Orden, 1811-1814, apenas conocemos nada atinente a su administración, salvo que se redactaron y promulgaron

² La Secretaría de Guerra se había trasladado en 1826 –con otras Secretarías de Estado– desde el Palacio Real a un gran palacio inmediato que había sido edificado por Sabatini, y que había servido de residencia a los ministros Grimaldi, Floridablanca y Godoy –hoy es sede del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales–. En ese incendio sufrió sobre todo la parte del Ministerio de la Guerra, y muy en particular su archivo: BLASCO CASTINEYRA, Selina: *El Palacio de Godoy*. Madrid, 1996, pp. 153-154.

sus Estatutos, cuya primera edición se dató en la misma ciudad de Cádiz. De estos sucesos ya dijimos por menor en nuestros precedentes estudios³, y no es del caso repetirnos aquí más que en cuanto se refiere a la organización interna de la Orden.

En aplicación de aquellos primeros Estatutos, se creaba el Capítulo de la Orden, presidido por el Rey, como Gran Maestre, o en su ausencia por el caballero gran cruz más antiguo, y compuesto por los caballeros gran cruz y cruz de oro. Este Capítulo estaría encargado de llevar un registro de todos los caballeros y de las acciones por ellos protagonizadas, de vigilar fuesen pagadas las pensiones concedidas, y de que en el día de San Fernando se celebrase una solemne función religiosa, y en distinta fecha otra en sufragio de los caballeros fallecidos.

Pero no estamos seguros de que se constituyese entonces ese Capítulo de la Orden, como prevenía esa norma. Sabemos, sí, que sus asuntos se tramitaron por el Ministerio de la Guerra, bajo la superior tutela de la Regencia y de las Cortes. Sabemos que se concedieron entonces algunas cruces, pocas, de cuyos expedientes no nos ha llegado ni un solo papel, aunque tengamos noticias por otros documentos⁴. Ciertamente, durante la misma guerra contra los franceses se produjeron otras concesiones. Sabemos que en 1813 se otorgaron al menos cinco cruces laureadas –dos de 5ª clase (a los generales Lacy y Copons), dos de 4ª clase (al general Villacampa y al intendente civil Torres Harriet), y una de 2ª clase (al intendente civil Gómez de Liaño)–. Otras concesiones de aquella época son todavía dudosas; en todo caso, no debieron de ser muchas las cruces concedidas antes del retorno del Rey en mayo de 1814. Pero no tenemos una relación completa de condecorados por la Regencia, ni probablemente haya existido nunca.

El retorno del Rey a Madrid, en mayo de 1814, fue también el del absolutismo y la consiguiente restauración de todo el sistema de las Secretarías de Estado y de los Reales Consejos. El Rey recibió las insignias a su paso por Valencia el 17 de abril de 1814, de manos del capitán de fragata

³ ISABEL SÁNCHEZ, José Luis, y CEBALLOS-ESCALERA GILA, Alfonso y Luis: *La Real y Militar Orden de San Fernando*. Madrid, 2003, pp. 31-42. Y CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Vizconde de AYALA, Alfonso de: «Las personas que inspiraron y lograron el establecimiento de la Real y Militar Orden de San Fernando», en mis *Estudios en honor de la Real y Militar Orden de San Fernando con ocasión de su bicentenario*. Madrid, 2012, pp. 125-154.

⁴ CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Vizconde de AYALA, Alfonso de: «La Real y Militar Orden de San Fernando en su bicentenario: una aproximación a sus orígenes y evolución», en la revista *Ejército*, n.º 848, noviembre 2011, pp. 118-127. También en mis *Estudios en honor de la Real y Militar Orden de San Fernando con ocasión de su bicentenario*, op. cit., pp. 44-45.

don José de Luyando, ministro de Estado constitucional, en presencia del regente cardenal de Borbón. Pero, enseguida, el monarca forzó el fin del régimen constitucional, y si la Orden de San Fernando pudo sobrevivir a tal mudanza, fue por la decisiva intervención, a consulta del Rey, del generalísimo duque de Ciudad Rodrigo y de Wellington, como tenemos dicho en un texto anterior⁵.



Portada del segundo y efímero Reglamento de la Orden, 1815

⁵ CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Vizconde de AYALA, Alfonso de: «Las personas que inspiraron y lograron el establecimiento de la Real y Militar Orden de San Fernando», op. cit., pp. 152-153.

El 19 de enero y el 10 de julio de 1815 se promulgaron sendas reformas de los Estatutos fundacionales de 1811, en virtud de las cuales la Real y Militar Orden de San Fernando quedó graduada en cinco clases de caballeros, y se extendió a premiar no sólo los méritos contraídos en la pasada campaña peninsular, sino también los adquiridos contra los insurgentes en las Américas, y en general en cualquier otra campaña, persecución de malhechores y contrabandistas, represión de tumultos, y hasta los servicios de fatiga arriesgados. Y, sobre todo, desapareció el juicio contradictorio, pasando a ser la concesión del premio por gracia regia y basada en una simple información documental y testifical, lo que ocasionaría un cierto desdoro a la Orden.

Muy luego, por real orden del 5 de marzo de 1816, se constituyeron el Capítulo y la Asamblea de la Orden, esta con sede en el Consejo Supremo de la Guerra, ubicado en dependencias vecinas al Palacio Real de Madrid. Pero las comunicaciones con el Rey se hacían a través de la Secretaría de estado y del despacho de la Guerra, que era además la que sufragaba los gastos ordinarios, a través de la Tesorería Mayor.



Casa de los Heros en la calle de Alcalá, sede de la Asamblea de la Orden entre 1819 y 1836

La Asamblea quedó formada por ocho generales muy distinguidos en la guerra contra Napoleón, y todos caballeros laureados de 5ª clase: don Francisco Javier Venegas de Saavedra y Arenzana, marqués de la Reunión

de Nueva España; don Enrique O'Donnell y Anethan, conde de la Bisbal; don José Pascual de Zayas y Chacón; don Santiago Wittingham; don Vicente María Cañas y Portocarrero, duque del Parque; don José de Palafox y Melzi (futuro duque de Zaragoza); don Joaquín Blake y Joyes; y don Manuel de la Peña y Ruiz de Sotillo, marqués de Bondad Real. A más del fiscal, general don Francisco de Eguía y Letona (futuro conde del Real Aprecio), de 5ª clase. Conocemos por los papeles del brigadier Morete que en 1819 el decano presidente era ya el teniente general duque del Parque; y que se habían sumado a la Asamblea los también generales don Martín García Loygorri, de 4ª clase; y don Francisco Dionisio Vives y Planas (futuro conde de Cuba), de 3ª clase⁶.

Aparte, los tres ministros de la Asamblea: el secretario don José Herrera Dávila, coronel de Artillería, de 2ª clase⁷; el tesorero, el repetido don

⁶ Sus semblanzas en MARTÍN LANUZA, Alberto: *Diccionario biográfico del Generalato Español. Reinados de Carlos IV y de Fernando VI (1788-1833)*. Villatuerta, 2012.

⁷ Don José de Herrera Dávila y Alvear (*Jerez de la Frontera, Cádiz 3-nov-1786 y †Madrid 18-mar-1858). Hijo de don Juan de Herrera Dávila, capitán de fragata de la Real Armada, y de doña Juana de Alvear Hernández. Contrajo matrimonio en 1816 con doña Josefa Francisca González de Torres (*Jerez de la Frontera 2-mar-1788), hija de don Cristóbal González Montenegro, y de doña María de Torres Palomino. Cadete del Real Colegio de Artillería en 1801, subteniente del Cuerpo en 1805, teniente en 1808 y capitán en 1810, al estallar la guerra de la Independencia participó en la rendición de la escuadra francesa surta en Cádiz, y en las batallas de Bailén, Tudela, Cascante y Tarazona. En 1809 combatió en Murcia, Cuenca y la Mancha, hallándose en las batallas de Almonacid y Ocaña; y entre 1810 y 1813 continuó las campañas contra el invasor. Sargento mayor de Artillería desde 1813, ayudante y secretario del general Palafox –su constante protector– en 1815; coronel de Infantería graduado en 1816, secretario de la Junta Superior de Fortificación entre 1816 y 1822, y teniente coronel de Artillería en 1823, pasó con el Gobierno a Cádiz tras el ataque de los *Cien Mil Hijos de San Luis*, y tras la rendición quedó impurificado e inactivo. En 1833 se le encargó la organización de la Milicia Urbana de Granada, y dos años después al mando de una columna sofocó el alzamiento de la serranía de Ronda, lo que le valió el empleo de brigadier de Infantería. En 1836 se incorporó al Ejército del Centro, que entonces combatía a los carlistas al mando de Cabrera en Aragón y Valencia, y ascendió a coronel de Artillería; al año siguiente pasó al Ejército del Norte y participó en la persecución de la *Expedición Real*. Vuelto en 1838 al Ejército del Centro como segundo jefe del estado mayor –había pasado al Cuerpo de Estado Mayor con el empleo de brigadier–, se halló en el sitio de Morella y demás operaciones, y acabada la guerra quedó en Madrid. Entre 1841 y 1843 desempeñó la jefatura de estado mayor del 3º Cuerpo de Ejército. Brigadier de Infantería y del Cuerpo de Estado Mayor, estuvo condecorado con las cruces de 1ª clase (por su valor al reconocer disfrazado el campo enemigo, y cruzar las líneas enemigas para transmitir órdenes, en enero de 1809, en el paso del Júcar, próximo a Hellín), 2ª clase laureada, y 3ª clase de la Orden de San Fernando, con la sencilla de San Hermenegildo, con las cruces de distinción de la Rendición de la Escuadra Francesa, Bailén, Almonacid, Segundo y Tercer Ejércitos, Ejército de la Izquierda, y 7 de julio de 1822, secretario del Rey (1820), declarado Benemérito de la Patria por las Cortes, socio de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País de Madrid, Aragón, Córdoba, Baeza y La Habana. Por real orden de 22 de marzo de 1817 fue nombrado Secretario de la Real y Militar Orden de San Fernando, cargo que conservó hasta 1823. AGM Segovia, 1ª sección, legajo E-997; y San Fernando/Pensiones, legajo 1723/62 (1816). ISABEL SÁNCHEZ, José Luis: *e.a.*, op. cit., p. 473.

José Morete, de 3ª clase⁸; y el maestro de 6 ceremonias don Antonio Burriel y Montemayor, brigadier de Infantería, de 3ª clase⁹.

Y del fondo documental que descubrimos en el Archivo General Militar de Segovia hace ya casi cuarenta años, podemos conocer los expedientes de concesiones de aquellos primeros años de 1814-1823, y también los de las cruces que no se concedieron: todos ellos suman 1.121 en total, pero son más los interesados porque entre ellos los hay colectivos¹⁰. Se concedieron,

⁸ Don José Morete y Varela (*San Adrián de Lorenzana, Lugo 1769 y †Madrid 23-dic-1825). Soltero. Cadete del Regimiento de Caballería de la Reina, cursó estudios de matemáticas en la Real Academia de San Fernando, y en 1794 pasó al Cuerpo de Ingenieros con el grado de subteniente. Combatió contra la Convención francesa (1794-1795), y contra Inglaterra (1799) en Menorca. Teniente en 1800, formó parte del estado mayor durante la campaña de Portugal (1801). Ascendió a capitán primero en 1802, y fue enviado a las minas de Almadén, hasta que se incorporó a la comandancia general del Cuerpo en Madrid. Fugado de la corte tras el 2 de mayo de 1808, luchó con los Ejércitos de Extremadura y de Andalucía, participando en las acciones de Tudela, Mora y Consuegra, Almonacid, Ocaña, Baza, operaciones en Murcia y Alicante, Venta del Baúl y Murviedro. Teniente coronel en 1809, pasó al Cuerpo de Estado Mayor, y tras su ascenso a coronel en 1812, cayó prisionero en la batalla de Castalla, siendo internado en Francia. Tras su liberación en 1814, se le concedió el grado de brigadier, y al suprimirse el Cuerpo de Estado Mayor volvió al de Ingenieros, siendo destinado a la Secretaría de Guerra, en la que permaneció hasta su muerte –aunque entre 1821 y 1823 solicitó el retiro alegando mala salud, pero en realidad por no servir al Gobierno constitucional–. Estuvo condecorado desde 1816 con la placa de 3ª clase de la Orden de San Fernando, y fue tesorero de ella desde 1818 a 1823. AGM Segovia, 1ª sección, legajo M-4570; y San Fernando/Pensiones, legajo 1724/110. ISABEL SÁNCHEZ, José Luis: *e.a.*, op. cit., p. 474.

⁹ Don Antonio Burriel y Montemayor (*Las Palmas de Gran Canaria 5-ene-1779 y †Madrid 3-nov-1834). Hijo de don Pedro Andrés Burriel, y de doña María Antonia de Montemayor. Casado desde 1816 con doña María Dolores Lynch y Vela; con seis hijos. Capitán del Regimiento de Infantería de Aragón en 1794, sirvió allí en las campañas contra la Convención francesa (1794-1795), en el Ejército de Navarra, y contra Portugal (1801 y 1807). En mayo de 1808 comenzó las operaciones contra los franceses, combatiendo en Medina de Rioseco, Espinosa de los Monteros, Alcañiz, y Cataluña. En 1809 ascendió a teniente coronel y pasó al Cuerpo de Estado Mayor, siendo ayudante del general Blake y participando en la defensa de la Isla de León y en la acción de Baza. Coronel en 1810 y brigadier en junio de 1811, fue jefe de estado mayor del 4º Ejército, luchó en La Albuera, reino de Valencia, Sagunto y defensa de la ciudad de Valencia, donde cayó prisionero. Vuelto a España en junio de 1814, y abolido el Cuerpo de Estado Mayor, pasó a mandar el Regimiento de Trujillo (luego de Valençay), y fue jefe de estado mayor del Ejército de la Derecha, hasta que en 1816 fue destinado a la Secretaría de Guerra, en donde concluiría su carrera años más tarde. Durante el *Trienio* se manifestó liberal y fue vocal de la Junta Consultiva de Guerra (1821-1823). Ascendido a mariscal de campo en febrero de 1823, al retorno del absolutismo perdió ese empleo y hubo de emigrar a Inglaterra. Vuelto al servicio en la Secretaría de Guerra, en 1834 le fue reconocido el empleo de mariscal de campo con su antigüedad, pero falleció enseguida. Distinguido con la cruz de 3ª clase de esta Orden en 1816, maestro de ceremonias de la Orden desde 1818 a 1823, fue además historiador militar y autor de algunas obras. AGM Segovia, 1ª sección, legajo B-4002; y San Fernando/Pensiones, legajo 1723/33. ISABEL SÁNCHEZ, José Luis: *e.a.*, op. cit., pp. 473-474.

¹⁰ CEBALLOS-ESCALERA GILA, Luis de, y CEBALLOS-ESCALERA GILA, Marqués de la FLORESTA, Alfonso de: *Índice de expedientes de cruces de la Real y Militar Orden de San Fernando que se conservan en el Archivo General Militar de Segovia*. Segovia, 2017.

N.º 3º

Ayuntamiento de las D. y A. de Madrid

En el día 22 de Mayo de 1819.

Orden de S.º Fernando.

Sesión de 22.

Señores

Borque. Se lea el Real Decreto de las D. de las manifestaciones en casa del
 Páez. S.º Duque del Parque que la preside conq. de los
 Blasco. S.º que al margen se expresan, y con asistencia del
 Comand. Real. S.º fiscal.
 Logorri. S.º fiscal.
 Vives.
 Fiscal = Aguirre. Se leyó y ratificó el acto de la Sesión anterior.

S.º Se leyó el oficio del Contador en que incluye el
 Presupuesto para los gastos de las funciones del presente
 año, que ascienden á 14.450 r. d. y acordó conformarse
 con el mismo en el artículo del título y los concurrencias
 aumentadas en sus valores y en el punto, el cual con
 esta decisión ha de pasar al Ministerio para la resolu-
 ción de S. M.

S.º Se dio cuenta de estas encargadas al S.º Serrano
 al cura de Hamera, D.º Agustín de Aguado, y que ha-
 bía dar el R.º de honor, y quedó resuelto concederle
 el al.º Honorario de Alcalde.

Se concluyó la discusión pendiente de la ant. Sesión
 sobre la Com. que debe referirse á S. M., y los
 S.º Logorri y Vives repusieron lo gusto que sería á los

Minuta o borrador del acta de la sesión capitular del 22 de mayo de 1819, único testimonio conservado de las actas de aquel periodo

por acciones que tuvieron lugar durante la guerra contra Napoleón, casi 700 cruces: 43 grandes cruces laureadas (5ª clase), 36 cruces laureadas (4ª y 2ª clases), y 571 cruces sencillas (3ª y 1ª clases). Por lo menos. Y es notable que desde el primer momento de la creación de la Orden se decidió que solamente estaba destinada a premiar los méritos posteriores a su fundación; aunque enseguida se hizo retroactiva hasta los mismos días del alzamiento contra los franceses, el 2 de mayo de 1808. Y esta es una de las circunstancias que denotan la voluntad de los legisladores gaditanos de crear un premio militar completamente nuevo, ajeno ya a los modelos del Antiguo Régimen. Por eso no fueron condecorados con esta cruz ninguno de los héroes supervivientes de las anteriores guerras contra Inglaterra, Francia, Portugal y Marruecos.

Por entonces las cruces propiamente laureadas fueron bien escasas, pues la Corona fue remisa a concederlas, seguramente para evitar a la Hacienda empobrecida por la guerra el pago de las pensiones que eran anejas a dichas cruces. De ahí la notable desproporción entre las cruces de 1ª clase, y las laureadas de 2ª clase. Porque parece evidente que, en muchas ocasiones, los méritos alegados para la obtención de cruces sencillas o de 1ª clase, eran muy suficientes para obtener las laureadas, con toda justificación.

Notemos también el elevado número de solicitudes expresamente negadas, lo que avala el rigor con que se trataron las concesiones. Y no se trata de negativas dadas a cualquier oficial subalterno o clase de tropa, de ninguna manera: las hay, y no pocas, hechas a tenientes generales, mariscales de campo y oficiales de alta graduación y de ilustre apellido. Esta circunstancia no nos sorprende, porque a través de nuestras investigaciones sobre otras de las Órdenes creadas por don Fernando VII, sabemos muy bien que aquel monarca, autor de tres de las principales Órdenes españolas que han llegado hasta nuestros días —las de Isabel la Católica y de San Hermenegildo, aparte de esta de San Fernando—, era muy exigente a la hora de distribuir premios¹¹. Así, el Rey quiso que en todo ello reinase siempre la más exquisita justicia, y en consecuencia dictó las órdenes oportunas, y por cierto terminantes, a los ministros de la Orden.

El criterio seguido entonces, luego de atender al valor en grado heroico, fue que las cruces se dieran tan solo a los militares y marinos que combatían *con las armas en la mano*, y por eso se negaron constantemente las solicitudes de médicos, auditores, intendentes y capellanes. Sin embargo, lo cierto es que ya en 1813 tuvieron lugar las primeras concesiones de cruces a paisanos, casos de Torres Harriet y de Gómez de Liaño.

¹¹ Archivo Histórico Nacional (AHN), Fondos Contemporáneos-Ministerio de Asuntos Exteriores, condecoraciones, libro 226: *Asambleas de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica (1815-1846)*, sesiones de 17 y 20 de septiembre de 1816.

El examen de los expedientes nos demuestra que, en general, la tramitación era rigurosa, pues a la mayoría de las solicitudes se acompañaban tanto la hoja de servicios del peticionario, como una información sumaria más o menos extensa, en la que se ofrecían las pruebas documentales y testificales atinentes al hecho de armas en cuestión. Alguna de estas piezas documentales es de una precisión y de un grosor material notables. Era imprescindible el informe del propio jefe del militar interesado, sin el cual la solicitud no se tramitaba. Sobre estas pruebas, el fiscal de la Orden emitía su informe, por cierto, siempre riguroso y fundado en el reglamento. Una vez formado así el expediente, se sometía a la Asamblea, que era la que, mediante votación secreta¹², lo aprobaba, o no, en definitiva, para enseguida someterlo al Rey. Así era ya entonces el célebre *juicio contradictorio*.

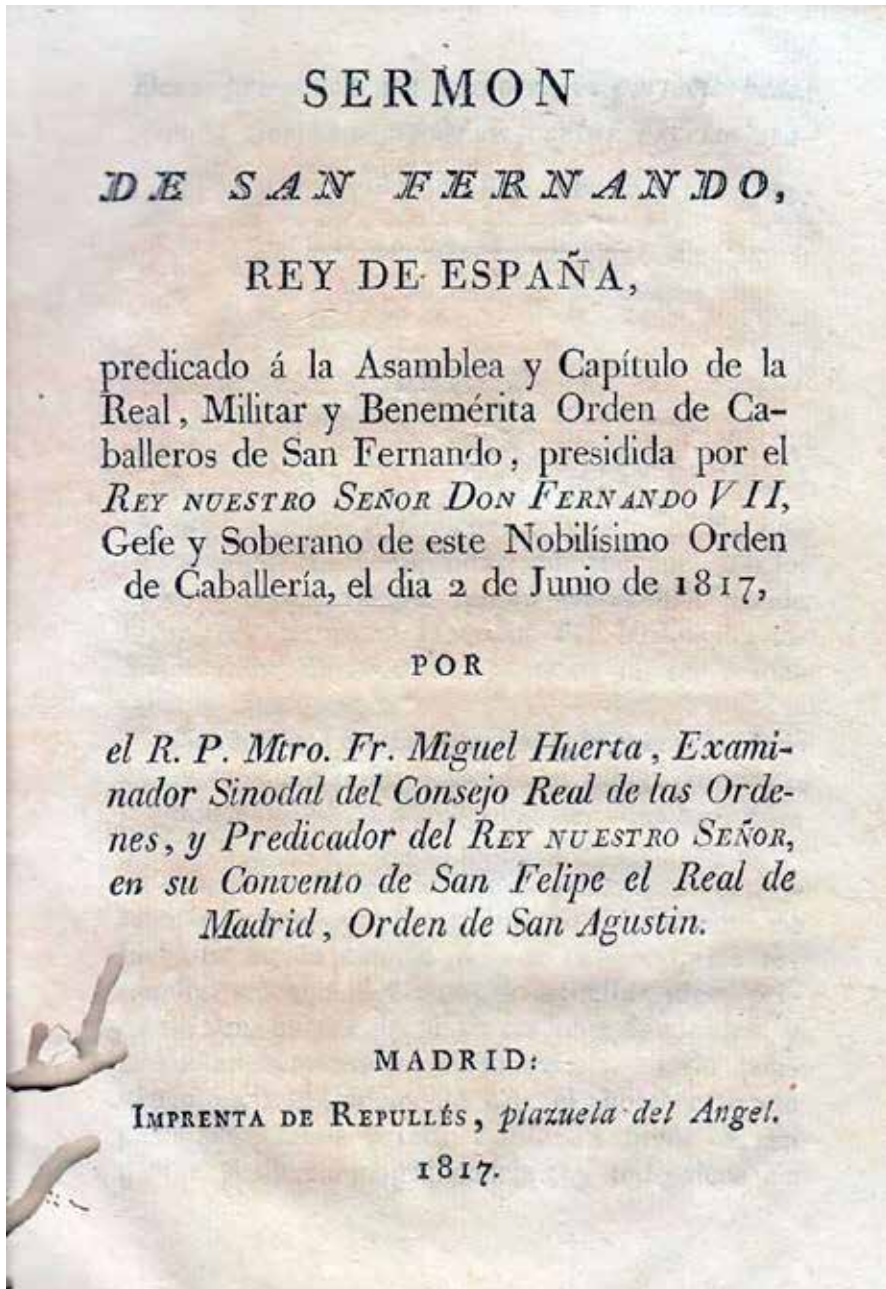
También se celebraron en aquellos años fernandinos las primeras ceremonias de la Orden, que como era de esperar imitaron a las que ya hacían desde antiguo las Órdenes Reales más añejas, en particular la Real y Distinguida Orden Española de Carlos III. La solemne instalación de la Asamblea tuvo lugar el 10 de junio de 1817 en la iglesia de San Isidro el Real de Madrid: aquella fue, sin duda la primera de todas ellas¹³. Aunque sea prolijo, creo de interés para el lector el transcribir el relato que de aquella ceremonia publicó la *Gaceta de Madrid* del 5 de julio, porque ofrece el vívido y coetáneo *aroma* que su mera glosa no puede transmitir. Y así:

El Rey nuestro Señor, siempre dispuesto a excitar en el ánimo de los militares de su Real ejército y armada la más noble emulación, deseando premiar los distinguidos servicios hechos por esta clase benemérita en defensa de sus sagrados derechos y de la patria, se ha dignado dar con su augusta presencia en la primera función celebrada por el capítulo de la Real y militar Orden de S. Fernando un testimonio público de su soberano aprecio a esta Orden, y una prueba evidente del modo con que considera la conducta y servicios de los esforzados militares.

Así es que en 24 de mayo último se dignó S.M. nombrar la asamblea de dicha Orden, para que dispusiese desde luego las solemnes funciones que quería se celebrasen en la Real iglesia de S. Isidro, y se ocupase después en la formación de un nuevo reglamento que abrazase tanto la dispensación de las gracias de esta ilustre condecoración por rigurosa justicia, según el espíritu del actual, como todo lo concerniente al orden gubernativo y económico, y a su decoro y esplendor.

¹² Hemos encontrado en algún expediente la anotación o minuta de esos votos: AGM Segovia, San Fernando/Pensiones, legajo 1738/64 (año 1821). La reproducimos en la parte gráfica de nuestro estudio citado del 2003.

¹³ Hay documentación sobre varias de estas funciones en el Archivo General de Palacio (AGP). Reinados, reinado de Fernando VII.



4: Sermón pronunciado en el primer Capítulo de la Orden, en 1817

En consecuencia, se dieron todas las disposiciones conducentes a solemnizar un acto verdaderamente religioso y edificante, a cuyo fin se condujo con la mayor pompa desde la capilla Real a dicha iglesia de S. Isidro, por especial gracia de S.M., el día 1.º del pasado la venerable imagen del patrono de la Orden, el Santo Rey Fernando, no obstante que por los estatutos de la misma capilla sólo puede trasladarse a ella desde la Real armería, donde existe en depósito.

Al siguiente día 2 a las diez de la mañana se sirvieron S.M. y A. el Sr. Infante D. Carlos, pasar a la citada iglesia, donde se formó el capítulo, que constaba de 84 caballeros de la Real y militar Orden de S. Fernando: se celebró una solemne misa, en la que ofició de pontifical el Emo. Señor cardenal Nuncio de S.S.¹⁴, con asistencia de la música de la capilla Real, concurriendo el Emo. Señor cardenal patriarca de las Indias¹⁵ para las ceremonias que le correspondían, y se pronunció por fr. Miguel Huerta¹⁶, religioso del Orden de S. Agustín, y predicador de S.M., un sermón tan elocuente como apreciable por su sana y pura doctrina y por sus máximas cristianas, morales y políticas; practicándose durante la función por el maestro de ceremonias y el secretario de la Orden las formalidades que eran propias de tan solemne acto. Concluido, se retiró S.M. muy satisfecho, y tuvo la dignación de almorzar ligera y francamente, rodeado de todos los caballeros de la Orden, e inmediato a los grandes cruces, a quienes tuvo la bondad de prevenir le acompañasen a la mesa; mandando además sentar igualmente a ella un caballero de cada una de las demás clases de la Orden; y enseguida se sirvió a admitir a besar su Real mano y la de S.A. a la asamblea y capítulo. Y, no satisfecho del Real ánimo de S.M. con tan singular demostración de aprecio, se dignó, continuando

¹⁴ Todavía lo era entonces Su Ema. Revdma. Pietro Gravina (1749-1830), hermano del célebre almirante Gravina. Partió aquel mismo año.

¹⁵ Su Eminencia Reverendísima Don Francisco Antonio Cebrián y Valda (Játiva, 1734-1820), vicario general de los Reales Ejércitos y Real Armada, canciller de las cuatro Órdenes Militares.

¹⁶ El reverendo padre maestro fray Miguel Huerta y Losada era religioso agustino calzado en el convento de San Felipe el Real de Madrid, doctor en Teología y examinador sinodal del Consejo de la Órdenes. Nacido en Sequeros (Salamanca) el 23 de noviembre de 1774, entró muy joven en religión y se ordenó sacerdote. Durante la guerra contra los franceses se refugió en la comarca de la Peña de Francia, ejerciendo como cura de San Esteban de la Sierra, Casas del Conde y Arroyo Muerto –donde predicó siempre *per Regem nostrum Ferdinandum*–. Simultaneó su ministerio pastoral con el de comandante de guerrilla y vocal de la Junta de Armamento y Defensa salmantina, celando las obras de fortificación y organizando emboscadas contra los invasores. Esto le costó, tras ser capturado, la condena a muerte, salvando su vida por milagro. Tras la guerra fue nombrado predicador de S.M. en 1817, quedó exclaustrado en 1834 y más tarde fue superior general de su Orden. Documentado hasta 1857, parece que aún estaba vivo en 1861. El sermón que pronunció llegó a imprimirse en Madrid, en la imprenta de Repullés, en aquel mismo 1817. Archivo General de Palacio, Personal, caja 7936, expte. 4.

en señalar sus pasos con su innata beneficencia y generosidad, conceder, a petición de la asamblea, el grado de subteniente al sargento primero del regimiento de infantería de Valançey don José Jareño¹⁷, y de sargento primero al coracero del de la reina don Felipe Arce¹⁸, únicos individuos que asistieron condecorados con la cruz de plata de dicha Orden.

El día 3 a la misma hora se reunió también el capítulo en la citada Real iglesia para celebrar solemnes exequias por las almas de los caballeros difuntos de la Orden, cuya oración fúnebre pronunció el R.P. Fr. José Salvador, predicador de S.M.¹⁹.

El concurso a la función, que fue de la comitiva de S.M., de los embajadores y ministros de las cortes extranjeras, grandes de España, títulos, generales, jefes y oficiales de la guarnición y otras personas convidadas de la mayor jerarquía, contribuyó al más brillante lucimiento.

Notemos, porque es un detalle de importancia, la presencia en tan importante ceremonia regia y de Estado, de los condecorados con la cruz de plata, fuese o no laureada: es decir, con condecorados pertenecientes a las clases de tropa –sargentos, cabos y soldados–. Y asistieron por decisión del propio Soberano, que además los sentó a su mesa. Tal uso se mantuvo en los dos años siguientes.

¹⁷ Don José Jareño Navarro había nacido en Honrubia (Cuenca) en 1780. Soldado y cabo en 1800, sargento segundo en 1809 y primero en 1810, sirvió en los Regimientos Provincial de Cuenca, Princesa y Valençay, y participó en la expedición del Norte, con el marqués de la Romana (1807-1808), y en toda la campaña contra los franceses, mereciendo la cruz de la Orden de San Fernando en 1817 por su valor en las 11 acciones de Puente del Tajo el 23 de marzo de 1811, y Auñón y Monteverde de Albarraçin (Guadalajara) el 28 de marzo de 1812. En 1817 el Rey le concedió el grado de subteniente de Infantería, a petición de la Asamblea de la Orden. En 1820 seguía encuadrado en el Valençay, y tras el alzamiento de Riego se declaró constitucionalista y publicó en Cádiz un curioso manifiesto. Aún era vivo en 1821. AGM Segovia, 1ª sección, legajo J-71; y San Fernando/Pensiones, legajo 1727/173 (1817).

¹⁸ Don Felipe Arce era natural de Maracena (Granada), y mereció la cruz de San Fernando siendo húsar del Regimiento de Granada, por su valor en la batalla de Valls, cuando salvó la vida de su general Reding, sacándolo de entre los dragones franceses que le tenían rodeado, y matando a cuatro de ellos. Poco después cayó prisionero y fue conducido a Francia. En 1817 el Rey le dio el grado de alférez de Caballería, a petición de la Asamblea de la Orden. AGM Segovia, 1ª sección, legajo A-2121; y San Fernando/Pensiones, legajo 1723/8 (1816).

¹⁹ Fray José del Salvador, religioso carmelita descalzo, autor prolífico, entre sus obras se cuentan el *Compendio de la vida y milagros de Santo Domingo de la Calzada* (Pamplona, 1787, con nuevas ediciones en 1814, 1843 y 1845), otras varias obras doctrinales, y una recopilación de sermones dogmático-morales, impresa en seis tomos. Fue teólogo consultor de la Orden de Carlos III, residiendo en el convento de carmelitas descalzos de Tudela (entre 1804 y 1829). Durante la *Francesada* se refugió en Cádiz, y después de la guerra retornó a la corte, donde tuvo gran fama como orador sagrado. También fue examinador sinodal del arzobispado de Toledo y del obispado de Córdoba, calificador de la Inquisición de Corte, y teólogo consultor para el Dogma de la Purísima Concepción.

Al año siguiente, el *Diario de Madrid* del 1º de junio de 1818 anunciaba para los días 5 y 6 del mismo junio, a las diez de la mañana, las funciones de la Orden en la madrileña Real Iglesia de San Isidro, y con la asistencia de los propios Reyes e Infantes a ambas funciones, la de gracias y la fúnebre, en esas sucesivas fechas. A ellas fueron convocados todos los caballeros de la Orden, de todas clases. Notemos el programa de esas ceremonias, absolutamente ceñido al de las funciones carolinas antes aludidas: una misa mayor solemne, con sermón encomendado a algún famoso orador sagrado; seguido de una comida ofrecida al Rey y a la Familia Real. Y, al día siguiente, una misa funeral, también con sermón, por todos los caballeros de la Orden difuntos. El relato publicado por la *Gaceta de Madrid* del 16 de julio, es este que sigue:

El Rey nuestro Señor, que el año próximo pasado dió un testimonio público de su soberano aprecio a los beneméritos defensores del trono y de la patria, honrando con su augusta presencia a primera función del capítulo de la Real y militar Orden de S. Fernando, se dignó también asistir en el presente a las que se celebraron en los días 5 y 6 de Junio.

Trasladada por especial gracia de S.M. desde la Real capilla a la iglesia de S. Isidro la efigie del Santo Rey Fernando, patrono de la Orden, y dispuesto todo lo necesario para solemnizar tan religioso acto, S.M. y los Sermos. Sres. Infantes D. Carlos y D. Francisco se sirvieron pasar al expresado templo, en donde se formó el capítulo compuesto de 98 caballeros, exaltando el júbilo de que estaban llenos sus corazones la agradable presencia de la Reina nuestra Señora y Serma. Sra. Infanta Doña Francisca, que después de principiada la función se dignaron asistir a ella, dejándose ver desde la tribuna.

La entrada y salida del capítulo fue anunciada con toques marciales por las músicas de los regimientos de la Corona y Valençay, oficiándose con la de la Real capilla la solemne misa que se siguió. Celebróse esta de pontifical por el Emo. Sr. cardenal arzobispo de Toledo²⁰, egecutando el Emo. Sr. cardenal patriarca de las Indias las ceremonias propias de su dignidad, y el capellán de honor D. Alfonso Cisneros²¹ predicó el sermón, cuya doctrina y elocuencia correspondieron al magestuoso objeto de la festividad.

²⁰ Lo era entonces Su Eminencia Revdma. Don Luis María de Borbón y Vallabriga (1777-1823), hijo del Infante Don Luis y tío del Rey, antiguo regente.

²¹ Se trata de don Alfonso Jiménez de Cisneros y García Avendaño, nacido en Gascones (Madrid) el 7 de febrero de 1772. Tras ordenarse sacerdote fue designado tercer teniente de cura de Palacio en 1792. Cautivo en Francia durante la guerra contra Napoleón, en 1814 fue nombrado capellán de honor de S.M., y en 1815 administrador y capellán del Real Colegio de Santa Isabel, prosiguiendo su carrera como predicador de S.M., teniente de cura de la parroquia de Palacio y su penitenciario. Separado de la corte desde 1834 a 1846, mereció la cruz pensionada y más tarde la encomienda de número de la Orden de Carlos III. Falleció en Madrid el 10 de octubre de 1855. AGP, Personal, caja 595, expte. 2.

Concluida la función, dispensaron SS. MM. a todos los grandes cruces, y a uno por clase de las diferentes de la Orden, inclusa la de plata, y a las personas de su servidumbre, el distinguido honor de que les acompañasen en la mesa, que fue de 50 cubiertos; y levantados de ella a las cinco de la tarde, les dieron a besar su Real mano.

El siguiente día 6 se celebraron solemnes exequias por los caballeros difuntos; cuya oración fúnebre pronunció el presbítero D. Agustín Aguado, cura de Húmera²², tributando a las cenizas de los Excmos. Sres. D. Ignacio Álava, conde de Noroña, duque de Alburquerque, marqués de la Romana y otros militares ilustres los elogios debidos a sus virtudes, y haciendo sobre ellas reflexiones tan cristianas y sublimes como oportunas para enjugar las lágrimas de la patria por la pérdida de hijos tan esclarecidos.

El numeroso concurso de la comitiva de S.M., embajadores y ministros de las cortes extranjeras, grandes, títulos, generales, oficiales de la guarnición y otras personas de alta gerarquía contribuyó a la brillantez de ambos actos, al paso que la dignidad de los objetos a que se consagraron, la facundia de los oradores y la respetable presencia del Rey nuestro Señor y su Real familia inflamaron en los pechos de los caballeros el noble deseo de derramar su sangre en defensa del altar, del trono y del Estado, y de merecer perpetuamente la benevolencia y protección de S.M.

Las ceremonias del año 1819, que tuvieron lugar en los días 25 y 26 de junio, a las diez y media de la mañana y en la misma Real Iglesia, fueron especialmente solemnes. La minuta del acta de la sesión de la Asamblea en la que se organizó –acta a la que luego nos referiremos por menor–, nos informa de que el sermón de la función de gracias se encomendó al reverendo don Agustín de Aguado, párroco del lugar de Húmera, inmediato a la villa y corte. Y que el sermón funeral fue encargado al doctor don Nicolás Heredero y Mayoral (†1842), canónigo de la iglesia magistral de Alcalá de Henares y catedrático de Retórica en la Universidad Complutense, más tarde diputado a Cortes; quien el 10 de agosto de 1816 había dirigido al Rey un importante discurso académico, en la ocasión de investir como doctor al monarca, a su paso por Alcalá. También decidió el Rey que la imagen del patrono San Fernando, se llevase a dicha iglesia el 24 por la tarde, *desde donde se halla actualmente*. Pero lo más notable de aquel año fue la comida, que debió de ser pantagruélica, que la Asamblea ofreció a Su Majestad el Rey y a Sus Altezas Reales los Infantes Don Carlos y Don Francisco de Paula: acordándose que fuese sufragada por los señores caballeros de 5^a, 4^a y 3^a clases, residentes tanto en la Península como

²² Parece que entre 1822 y 1835, este presbítero fuese cura párroco de Illescas (Toledo).

en las Américas, aportando cada uno de ellos a razón de 450 reales. Para ello, a los ausentes de la corte se les giró una letra de cambio por dicho valor. Entre los papeles del brigadier Morete, se conservan las listas del centenar de los *paganos* –31 de 5ª clase, 9 de 4ª clase y 64 de 3ª clase–, y las incidencias del cobro y de algunos impagos; incluso hay entre ellos una de esas letras, devuelta –la que fue girada al *Empecinado*, en Valladolid–. Del cobro y giro de esas letras se ocupó don Domingo Antonio Zabala, habilitado general de Milicias.

El relato de la ceremonia publicado en la *Gaceta de Madrid* del 29 de julio, dice así:

El Rey nuestro Señor, que en los dos años anteriores mostró públicamente su protección decidida hacia los beneméritos defensores de sus derechos y de la patria, se dignó honrar con su augusta presencia la tercera función que celebró la Real y militar Orden de S. Fernando los días 25 y 26 de junio próximo pasado.

A este fin se trasladó el 24 en la tarde, por gracia particular, la venerable efigie de S. Fernando, patrono de la Orden, desde la armería Real, donde se halla depositada, a la Real iglesia de S. Isidro, acompañada de varios caballeros de la Orden, de los Guardias de la Real Persona, alabarderos, músicas y coches de respeto según ceremonia.

El 25 a las diez y media de la mañana se sirvieron S.M. y AA. los Señores Infantes D. Carlos y D. Francisco pasar la citada iglesia, donde los recibió la Orden formada en capítulo, compuesto de 104 caballeros, quienes tuvieron asimismo la satisfacción de disfrutar la agradable presencia de las Sras. Infantas Doña María Francisca y Doña Luisa Carlota, que se sirvieron asistir a la función desde una tribuna.

La entrada y salida del capítulo fue anunciada con toques marciales por la música del regimiento de infantería de Fernando VII. Se celebró una solemne misa, en que ofició de pontifical el Emo. Señor cardenal arzobispo de Toledo, con asistencia de la música de la Real capilla; y el presbítero D. Agustín Aguado, cura de Húmera, pronunció un sermón panegírico muy oportuno, patentizando las virtudes cristianas y militares del Santo héroe a quien se consagraba la función.

Concluida esta, dispensó S.M. la honra a todos los grandes cruces y uno por clase de las demás de la Orden, inclusa la de plata, y a las personas de su servidumbre, de que le acompañasen a la mesa, que fue de 58 cubiertos; y levantados de ella a las cuatro de la tarde, les dio a besar su Real mano. No satisfecho todavía S.M. de esta singular demostración de aprecio, señalando siempre sus acciones con la generosidad y piedad que acostumbra, se dignó

conceder a D. Joséf García²³, sargento graduado del segundo regimiento de Reales Guardias, y condecorado con la cruz de plata (por lo que tuvo la honra de comer con S.M.), el grado de subteniente de infantería.

El siguiente día 26 a las diez de la mañana se reunió también el capítulo en la citada Real iglesia para celebrar solemnes exequias por las almas de los caballeros difuntos de la Orden, cuya oración fúnebre dijo el Dr. D. Manuel Morete²⁴, canónigo de Burgos, con una facundia edificante y nada vulgar.

El numeroso concurso de la comitiva de S.M. y AA., embajadores y ministros de las cortes extranjeras, grandes, títulos, generales, oficiales de la guarnición y otras personas de alta gerarquía, contribuyó a la brillantez de ambos actos, y correspondió al majestuoso y cristiano objeto a que se consagraban, excitando los pechos de los caballeros los deseos más ardientes y sinceros de sacrificarse en defensa del trono y del Estado.

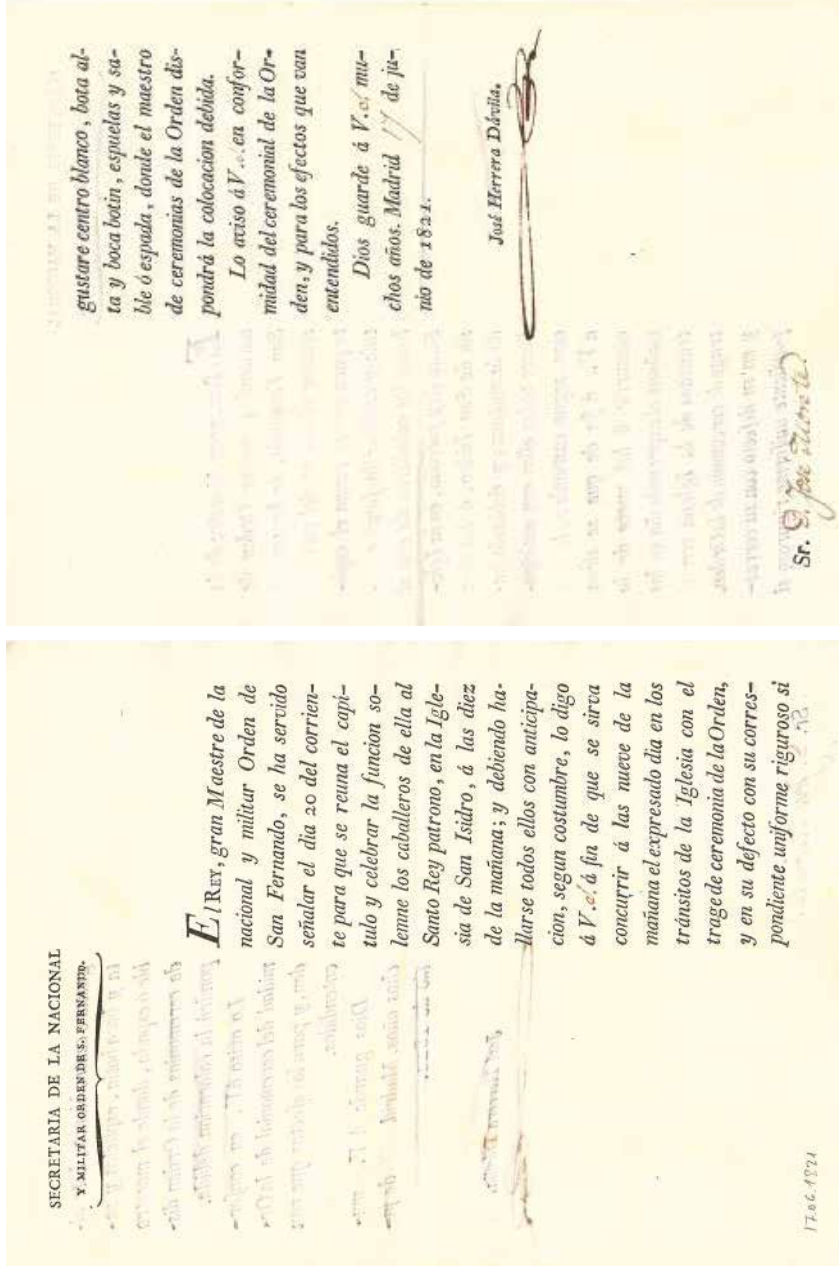
Es de recordar que en aquel año don Domingo Pérez, sargento segundo graduado y soldado del Regimiento de Caballería de Santiago, caballero de la Orden, solicitó directamente al Rey el donativo de la insignia y de un digno uniforme, para poder asistir a las mencionadas funciones de instituto²⁵. Al año siguiente, como veremos, este bravo estaba integrado en la Secretaría de la Orden.

Volviendo a nuestro principal asunto, que es del examen del funcionamiento interno de la Asamblea de la Orden, recordaré que entre los papeles del brigadier Morete se cuenta la minuta del acta de la sesión de la Asamblea, única que se nos ha conservado, pues el libro de actas que debió de existir está perdido. Se trata de la celebrada el día 22 de mayo de 1819, y lleva escrita la mención Sesión 26, lo que ya nos indica que, desde su instalación en 1814, la Asamblea ya había celebrado ese número de sesiones –notemos que las actas de las sesiones se numeraban, tal y como hacían también las Asambleas de las Órdenes de Carlos III e Isabel la Católica–. Notemos también que la reunión, que tuvo lugar a las 11 de la mañana, no se celebró en la sede del Consejo Supremo de la Guerra, del que dependía la Asamblea, sino en el palacio del decano presidente, teniente general duque del Parque, y con asistencia de los generales Palafox, Blake, Bondad

²³ Tenía la cruz de 1ª clase, que le fue concedida el 11 de junio de 1817 por su valor en la toma del fuerte de Pancorbo (Burgos) el 28 de junio de 1813; por resistir herido en la batalla de Sorauren (Navarra) el 29 de julio de 1813; y por tomar a la bayoneta un alto en Vera de Bidasoa (Navarra) el 7 de octubre de 1813. AGM Segovia, San Fernando/Pensiones, legajo 1727/154.

²⁴ Don Manuel Bernardo Morete y Bodelón (1776-1828) fue obispo de las islas Canarias desde 1824, y de Astorga desde 1825 hasta su muerte. Probablemente tenía parentesco con el tesorero de la Orden.

²⁵ AGP, Reinado de Fernando VII, caja 736/16.



Invitación regia al Capítulo de 1821

Real, García-Loygorri, Vives y Eguía. El asunto principal de la sesión fue la preparación de las funciones de la Orden, a las que antes nos hemos referido.

Se conservan entre los papeles del brigadier Morete, las cuentas completas del cargo y data de las cantidades destinadas a dichas funciones de la Orden en aquel año de 1819. El cargo fue de 65.070 reales, de los cuales 18.270 reales fueron aportados por la Secretaría de Guerra, y los otros 46.800 reales los aportaron, como hemos indicado, los caballeros de 5ª, 4ª y 3ª clases, que sumaban 104 en total. La data o capítulo de los gastos en que se invirtieron aquellas cantidades, que sumó 67.044 reales, se desglosan en los pagos a diversos operarios que decoraron el templo y montaron y desmontaron el túmulo funerario (Mateo Repullés, Pantaleón Esteban, Juan Hermoso Daza, Antonio Pérez); las gratificaciones al personal de la Asamblea (el portero don Luis Lesem, el escribiente); a los dependientes de la iglesia de San Isidro (el prefecto y don Sebastián Yáñez); y del Real Palacio (don José Goyanes, jefe de la Real Tapicería); etcétera. Así pues, la fiesta tuvo un déficit para la Orden de 1.974 reales y 22 maravedís.

Proclamado de nuevo el sistema constitucional en marzo de 1820, los liberales mostraron un gran aprecio por este premio al valor militar –no en vano fue creación de las Cortes gaditanas–. Obviamente, el nombre de la Orden volvió a ser el fundacional de *Orden Nacional y Militar de San Fernando*, y las reales cédulas de caballeros comenzaron a expedirse en nombre de Don Fernando VII como Rey constitucional. El Capítulo y la Asamblea de la Orden pasaron a integrarse orgánicamente, desde los suprimidos organismos de la Secretaría de Guerra y Supremo Consejo de Guerra, al nuevamente recreado Ministerio de la Guerra, donde se continuaron tramitando los expedientes sin novedad alguna. Pero sí que las hubo, y muy relevantes, de índole legislativa, como en seguida voy a relatar.

La *Gaceta de Madrid* del 9 de mayo de 1820 dio a conocer una real orden por la que Su Majestad resolvía *que anualmente se forme y publique por la Asamblea una lista por antigüedad en sus respectivas clases de los caballeros que la componen, con expresión de sus nombres, graduaciones, cuerpos a que pertenezcan, y fecha de sus títulos o cédulas*. Igual providencia se tomó entonces respecto de la Orden de San Hermenegildo. Pero no consta que tales listas llegasen a formarse nunca, o al menos no han llegado hasta nosotros.

Mayor trascendencia tuvo otra real orden casi simultánea. De los papeles del brigadier Morete podemos conocer, en ejemplar único, el impreso que contiene el texto íntegro y varias anotaciones atinentes a la real orden

cion, firmada por el Secretario, y visada por el Decano de la Asamblea, del mismo modo que se hace en las Secretarías de las Inspecciones de las diferentes armas.

7.º y último. Se han dado las órdenes convenientes para que se proporcione á la Orden edificio donde la Asamblea celebre sus sesiones y establezca la Secretaría; facilitándole igualmente los muebles necesarios para ella. Lo digo á V. E. de Real orden para su inteligencia y demás efectos convenientes.

Lo comunico á V. E. de acuerdo de la Asamblea, para su inteligencia, incluyendo un modelo de la Cruz de que habla el artículo 5.º; y copiándole la lista de los Oficiales y demás individuos que componen la Secretaría que se ha establecido por ahora en la fabrica de Cristóbal, calle de Alcalá, poco segundo de la derecha.

Como la función de Iglesia que usualmente ha de celebrarse, segun el instituto de la Orden, se verificará en el presente año despues del día 15 de Junio próximo, y á ella han de concurrir los Caballeros existentes en esta Corona en sus respectivos territorios, para que puedan mandarse hacer con arreglo á los modelos que se hallarán en la Secretaría de la Orden, donde podrán verse diariamente desde las 10 de la mañana hasta las una, y cuyo coste poco mas ó menos será de mil reales vellón, como por minor podrá verse en una lista firmada por mí, que se hallará en poder del Maestro Sastre Ycazte Arbol, que vive en la calle de la Montera, quien construirá con algunas ventajas las diversas prendas.

Dios guarde á V. muchos años. Madrid 17 de Mayo de 1820.

Josef Herrera Diezla.

*INSTRUCION EN LA UNION NACIONAL
de la Orden de S. Fernando*

Al Señor Decano de la Asamblea de esta Nacional y Militar Orden de S. Fernando con fecha de 20 de este mes se le comunicó por el Ministerio de la Guerra la Real orden siguiente:

El Rey siempre dispuesto á dar á la Orden Nacional de S. Fernando el lugar que corresponde á estas instituciones, y sin perjuicio de lo que la Asamblea proponga, y las Cúrcas aprobasen, citándose á puntos rigurosamente reglamentarios, se ha servido resolver:

1.º Que los Caballeros Grandes Cruces sean en todos los actos de ceremonia de un collar arreglado al diseño aprobado por S. M., y que consistirá en una cadena de hierro pavonada con seis coronas, del cual procederá la Cruz de la Orden.

2.º Que en los mismos casos ha de usarse por todos los individuos de la Orden un tanto y goberno blanco y negro, conforme al modelo aprobado.

3.º Que los Caballeros de primera y segunda clase lleven siempre en el costado izquierdo al modo que la placa de los de tercera y cuarta una Cruz de cuatro espaldas, segun el diseño aprobado.

4.º Que los tres Ministros de la misma Orden, á saber: el Secretario, el Maestro de Ceremonias y el Tesorero deberán llevar la Cruz de la Orden al cuello en los mismos terminos que la llevan los de las Órdenes de Górces III y de Isabel la Católica.

5.º Que para la expedición de los negocios de la Orden haya por ahora algunos Oficiales de la Secretaría, individuos de ella, que serán los que expresará en la adjunta nota, y no gozarán por esto sueldo hasta el definitivo arreglo de la Orden.

6.º Que se abonen mensualmente por Tesorería general los gastos que cause la Secretaría de la Orden, que deberán ser los muy precisos, en virtud de rela-

Real orden de 7 de mayo de 1820, estableciendo los collares y mantos de la Orden, así como la nueva «cruz de espadas» (único ejemplar que se conoce)

de 20 de mayo de 1820 (solo parcialmente publicada en la *Gaceta de Madrid* del 1º de junio siguiente), por la que, sin pasar por la aprobación de las Cortes, dispuso el Rey cuanto sigue:

1.º *Que los Caballeros Grandes Cruces usen en todos los actos de ceremonia de un collar arreglado al diseño aprobado por S.M., y que consistirá en una cadena de hierro pavonada con seis coronas, del cual penderá la Cruz de la Orden.*

2.º *Que en los mismos casos ha de usarse por todos los individuos de la Orden, manto y gorro blanco y rojo, conforma al modelo aprobado.*

3.º *Que los Caballeros de primera y segunda clase lleven siempre al costado izquierdo, al modo que la placa de los de tercera y cuarta, una Cruz de cuatro espadas, según el diseño aprobado.*

4.º *Que los tres Ministros de la misma Orden, a saber: el Secretario, el Maestro de Ceremonias y el Tesorero, deberán llevar la Cruz de la Orden al cuello, en los mismos términos que la llevan los de las Órdenes de Carlos III y de Isabel la Católica.*

5.º *Que para la expedición de los negocios de la Orden haya por ahora algunos Oficiales de la Secretaría, individuos de ella, que serán los que expresa la adjunta nota, y no gozarán por esto de sobresueldo hasta el definitivo arreglo de la Orden.*

6.º *Que se abonen mensualmente por Tesorería general los gastos que cause la Secretaría de la Orden, que deberán ser los muy precisos, en virtud de relación, firmada por el Secretario, y visados por el Decano de la Asamblea, del mismo modo que se hace en las Secretarías de las Inspecciones de las diferentes armas.*

7.º y último. *Se han dado las órdenes convenientes para que se proporcione a la Orden edificio donde la Asamblea celebre sus sesiones y establezca la Secretaría; facilitándole igualmente los muebles necesarios para ello.*

Fue por lo tanto esa real orden de 1820 la que creó el afortunado modelo de cruz de cuatro espadas, con o sin laureles. Que, coexistiendo con el fundacional (la cruz maltesa blanca y laureada) hasta 1920, es ya desde entonces el único de la cruz laureada, y el que por antonomasia identifica popularmente a los caballeros laureados de San Fernando.

La circular firmada por el coronel secretario Herrera Dávila el 27 de mayo, y aneja al impreso de dicha real orden, nos informa también de otros asuntos de interés: del edificio adjudicado a la Secretaría, de su personal; y de las nuevas insignias y vestiduras ceremoniales. Veámoslos por separado, añadiendo las noticias que nos proporcionan las cuentas de 1820²⁶.

²⁶ Que hemos hallado sueltas y casi completas en el AGM Segovia, 2ª sección, 10ª división, legajo 10.



Diseños adoptados el 7 de mayo de 1820 para las cruces de 1ª clase y de 2ª clase laureada

En primer lugar, que la sede de la Asamblea se había establecido en el edificio de la antigua Real Fábrica de Cristales, en la calle de Alcalá, piso segundo de la derecha. Se trataba de un gran edificio hoy desaparecido, que estuvo situado en la calle Alcalá al número 54, en el solar en que hoy se levanta el edificio del Ministerio de Educación²⁷. Nada sabemos de su aspecto interior, más allá de que contenía una sala de reuniones para la Asamblea, un despacho para el secretario, otro para el oficial mayor, una oficina para los demás oficiales y escribientes –dividida por mamparas–, y algunas dependencias menores.

Según las cuentas de 1820, se alhajó y amuebló en mayo de aquel año con mobiliario traído por una cuadrilla de gallegos desde el palacio de los Consejos, en la calle Mayor; principalmente, las mesas y anaqueleras. Y casi simultáneamente se adquirieron doce sillas, una mesa para el portero y bastantes candeleros de platilla y de bronce. También se pusieron en los balcones horquillas para tender toldos y cortinas. Y se esteró toda la sede para el verano. Ya en septiembre de 1820, se adquirió una gran mesa, nueva, para las reuniones de la Asamblea, que costó 1.600 reales, pagados por mitad con la Asamblea de la Orden de San Hermenegildo, con la que según parece se compartía la sala grande. Y en noviembre, dieciocho sillas buenas para los Sres. Vocales de la Asamblea.

²⁷ Se construyó en 1779 por don Juan Antonio de los Heros, comerciante de grueso giro; desde 1801 estuvo allí el almacén y despacho de la Real Fábrica de Cristales de San Ildefonso. Posteriormente fue palacio del Infante Don Sebastián, en parte estudio del pintor José de Madrazo, y sobre todo sede de la Presidencia del Consejo de Ministros desde 1871 a 1914. A pesar de todos los destinos que tuvo, siempre fue conocido como *Casa de los Heros*.

En segundo lugar, vimos que el personal de la Secretaría estaba ya integrado por cuatro oficiales, todos caballeros de la Orden: don Diego de Entrena y Mosquera, teniente coronel de Artillería²⁸; don Joaquín de Velasco Amarita, capitán del Regimiento Provincial de Segovia²⁹; don Joaquín Láinez Cáncer, capitán de Caballería³⁰; y don Antonio de Montenegro y Marentes³¹, teniente coronel de Ingenieros, nombrado archivero de la Orden. A los que se sumaban tres escribientes, los sargentos primeros retirados don

²⁸ Entrena nació en Trinidad (isla de Cuba) el 23 de abril de 1787, en una familia noble. Estudió en el alcázar de Segovia como cadete desde 1800, y fue sucesivamente promovido a subteniente en 1805, teniente en 1808, capitán en 1810 y sargento mayor en 1813; hizo toda la campaña contra los franceses, mereciendo en ella la cruz de San Fernando de primera clase por su valor en Talavera y en Puente del Arzobispo. Entre 1818 y 1823 prestó sus servicios en la Secretaría y Ministerio de la Guerra, y ascendió a teniente coronel en 1823, a coronel en 1836, y por fin a brigadier de Infantería en 1846. Liberal declarado, en 1838 y en 1840 fue jefe político de la provincia de Madrid, senador en los años de 1837 a 1844, y por fin senador vitalicio del reino desde 1845. Murió en Madrid el 8 de noviembre de 1851. AGM Segovia, 1ª sección, legajo E-395; y San Fernando/Pensiones, legajo 1734/20 (1819).

²⁹ Velasco había nacido en Madrid, de familia noble, en 1792. Cadete en 1809 y subteniente en 1810, hizo toda la guerra contra los franceses, luchando en Medellín, Talavera, La Albuera, San Marcial y Toulouse, en donde encuadrado en los Granaderos de Castilla resultó herido grave, mereciendo la cruz de primera clase de San Fernando. En 1819 ascendió a capitán. Liberal, en 1823 cayó prisionero y emigró a Francia. Vuelto a España tras la muerte del Rey, ascendió a primer comandante en 1834 y luchó contra los carlistas; fue teniente coronel desde 1843, y después coronel graduado de Infantería. Murió ya retirado, en Madrid, el 29 de mayo de 1862. AGM Segovia, 1ª sección, legajo B-1494; y San Fernando/Pensiones, legajo 1726/110 (1817).

³⁰ Láinez nació en Villamayor (Zaragoza) el 19 de junio de 1783, en el seno de una familia infanzona. Cadete en 1803, teniente en 1808 y capitán en 1816, había combatido en las batallas de Tamames, Medina del Campo, Talavera, Mora y Consuegra, La Albuera y Vitoria, y mereció la cruz de San Fernando de primera clase. Murió en 1843, siendo teniente coronel de Caballería. AGM Segovia, 1ª sección, legajo L-136; y San Fernando/Pensiones, legajo 1728/183 (1817).

³¹ Don Antonio de Montenegro y Marentes nació en Alicante el 18 de abril de 1790. Era cadete de Infantería y estudiante de Ingenieros el 2 de mayo de 1808: se fugó de Madrid, retornó en noviembre y defendió la capital en diciembre. Combatió después en Almonacid y fue subteniente de Ingenieros desde octubre de 1809, hallándose en la batalla de Ocaña y defensa de Sierra Morena, y en 1810 llegó a Cádiz, mereciendo el ascenso a teniente, y a capitán en 1811. Tomó parte en la expedición a Cataluña, en la batalla de Castalla, bloqueo de Tarragona, ataque de Morella y toma de Peñíscola. En 1814 pasó a la Dirección General de Ingenieros, y fue además nombrado director militar de la Casa de Caballeros Pajes de S.M. Siempre en el Ministerio de la Guerra, ascendió a teniente coronel en 1815, y a coronel en 1822. Combatió en 1823 a los constitucionales, y tras el *Trienio* continuó llevando el archivo de la Secretaría de Guerra, hasta que en 1827 fue destinado a Cataluña como corregidor de Mataró. Ascendido a brigadier de Infantería en 1830. De familia e ideas carlistas, fue separado del servicio en septiembre de 1836, aunque más tarde fue repuesto en su empleo. Falleció en Madrid el 29 de abril de 1863. Mereció la cruz laureada de 2ª clase de la Orden de San Fernando por su valor en el sitio de Pamplona, en 1823. AGM Segovia, 1ª sección, legajo M-3819; y San Fernando/Pensiones, legajo 1749/154 (1825).

Ambrosio Duarte³², don Casimiro Olivares (que ya prestaba sus servicios en la Asamblea desde 1818), y don Fernando González; dos porteros, que eran el soldado retirado don Luis Lesén y el sargento retirado don Domingo Pérez Beltrán, caballero de la Orden³³; y por fin un mozo de oficio, don Francisco del Castillo. Según las aludidas cuentas de 1820, los oficiales cobraban sus sueldos del Ministerio de la Guerra, mientras que los escribientes, los porteros y el mozo percibían tan solo una gratificación de los fondos de la propia Asamblea: 8 reales diarios los primeros, 5 reales los segundos, y solo 4 reales el último (pero en algún mes cobraron menos).

Según dichas cuentas, los gastos de la Secretaría de la Orden solían oscilar alrededor de los 2.800 reales cada mes –pero en el de mayo, a causa de la mudanza e instalación en las nuevas oficinas, pasaron de los 7.000 reales–. Y habitual y regularmente, tales gastos eran los de:

- material de escritorio (resmas de papel, plumas y lápices, cintas, tinta, grasilla, polvos, obleas, lacre, carteras, reglas, tijeras, cortaplumas, cartones para carpetas, etcétera);
- material de iluminación (velas para las sesiones, sebo para la oficina, aceite para los faroles de la escalera);
- material de calefacción (leña y carbón);
- material de refrigerios (jarro, vasos y platos);
- material de limpieza (escobas, cogedores, plumeros, cubos, regadera);

³² Don Ambrosio María Duarte y Piquero tuvo una vida interesante. Nacido en Zaragoza en 1789, bachiller en Filosofía y estudiante universitario, se alistó en mayo de 1808 en el 1er Tercio de Voluntarios Aragoneses, y fue defensor de Zaragoza durante el primer sitio. En ese cuerpo fue luego cabo y sargento primero, haciendo la campaña de Cataluña hasta que en abril de 1810 cayó prisionero de los franceses en la acción de Margalef. Internado en Francia, aprendió el idioma y veló por sus compañeros de cautiverio. Vuelto a España en 1814, se le destinó a los Cazadores Numantinos, y después a los de Barbastro, obteniendo la licencia absoluta en 1818. Desde entonces sirvió en la Asamblea sanfernandina, y hacia 1822 se declaró constitucional exaltado y obtuvo el cargo de delegado de Rentas de Motril. De inmediato *cambió de chaqueta* y se manifestó como absolutista. Desde 1823 estuvo empleado en la Administración Provincial de Rentas de Madrid, y diez años más tarde siguió las banderas de Don Carlos, organizando muy bien toda la hacienda militar del ejército de Aragón y Valencia, a las órdenes de don Ramón Cabrera, alcanzando en 1836 el empleo de comisario de guerra de 1ª clase y la encomienda de Isabel la Católica. En 1840, en el sitio de Castellfullit, cayó prisionero de los isabelinos en 1840, y concluida entonces la guerra civil emigró luego a Francia, estableciéndose en el Havre. En 1848 se acogió a la amnistía y regresó a España, logrando el reconocimiento de su grado militar –asimilado al de teniente coronel de Infantería–, con el que se jubiló en 1852. Aún era vivo un año más tarde. AGM Segovia, 1ª sección, legajo D-1187.

³³ Pérez Beltrán ganó la cruz de San Fernando siendo sargento segundo del Regimiento de Caballería de Santiago, por su valor al batirse a sable contra tres húsares franceses en los campos de Benejama (Alicante), el 26 de febrero de 1812. AGM Segovia, 1ª sección, legajo P-1332; y San Fernando/Pensiones, legajo 1736/44 (1820). Fue, más tarde, también caballero de la Orden de San Hermenegildo.

- las suscripciones a las publicaciones oficiales (*Gaceta de Madrid, Diarios de las Cortes, Guías de Forasteros*); y
- los gastos de correspondencia peninsular y ultramarina.

Más extraordinarias fueron en aquel ejercicio económico las adquisiciones de una cartera grande y tres chicas, las cuatro de tafilete; los dibujos de la viñeta de las listas; la encuadernación de ejemplares de los Reglamentos y de las *Guías* en tafilete y en pasta; las obras de aderezo y pintura, y la mudanza de las oficinas a la sede de la calle de Alcalá; los diseños y pruebas del collar, cruces y mantos; el grabado de la lámina de las cruces; la compra de un libro de actas, otro de registro y dos sellos; los refrescos que se ofrecían a los vocales cuando se reunía la Asamblea; la compra de libros (un *Diccionario* de la Real Academia de la Lengua, y *la obra del Colón de la Constitución de la Monarquía*); o la adquisición de una luciente escribanía de plata.

Por último, la circular que glosamos convocaba a todos los caballeros de la Orden a las funciones anuales, señaladas para el 15 de junio siguiente, a las que deberían concurrir todos con las nuevas insignias y vestiduras. Pero la función anual de 1820 debió de retrasarse más allá de esa fecha, toda vez que, según consta en los papeles de Morete, el 17 de junio la Asamblea aprobó una *acordada* pidiendo fondos a Guerra; a lo que el Rey respondió ordenando la entrega de 10.000 reales, pero precisando «*que no se hagan otros gastos que los precisos de iglesia, procurando en ellos la mayor economía, en atención a las escaseces del Erario*».

Y por esos mismos papeles conocemos que el 21 de junio, la Asamblea encomendó la hechura de los mantos capitulares al secretario coronel Herrera Dávila, el cual delegó en el escribiente sargento don Ambrosio Duarte, para que se ocupase de contratar las muestras, y también la hechura de varios mantos para que los vistiesen el Rey y los Infantes en las funciones de la Orden. Así lo hizo Duarte, poniéndose de acuerdo con el maestro sastre Vicente Arbiol³⁴, que los estimó en unos 1.000 reales cada uno. El 28 de julio, la Asamblea examinó los mantos y aprobó el coste, y el 11 de agosto el secretario Herrera Dávila envió la cuenta, que importó 8.362 reales, al tesorero Morete.

De la cuenta del manto del propio brigadier Morete, deducimos que se cosió con nueve varas y media de anascote fino blanco; más tres varas de burato encarnado, para el cuello y las bandas; más la cinta para el ruedo, corchetes y perdigones; más el cordón; más el gorro y su cinta bordada; más una cruz bordada de 3ª clase; más una caja. Y que todo, género y labores, le costaron 1.714 reales.

³⁴ Vivía en la calle de la Montera 3, cuarto segundo, y aún era vivo en 1829. Probablemente se trate del padre del pintor homónimo (Madrid, 1812-1876), que tanto fungió en Oviedo.



El teniente general marqués de Novaliches, con el manto capitular de la Orden

Otra real orden sucesiva, de agosto de 1820, igualmente hallada entre los papeles de Morete, aclaró que los caballeros condecorados con las cruces de plata de 1ª y 2ª clases (es decir, sargentos, cabos y soldados), podrían vestir los mismos mantos ceremoniales en las funciones de instituto, y lucir las placas bordadas, sin más diferencia de que las hojas de las espadas irían bordadas en un hilo de color acero, en vez del rojo correspondiente a generales, jefes y oficiales.

Estas pruebas documentales del archivo de Morete son de gran interés, por cuanto, si bien era conocida la norma fernandina del 20 de mayo de 1820, algunos autores se han venido mostrando escépticos en cuanto a la construcción y el uso real de los mantos capitulares, que solo nos son conocidos por una bella lámina litográfica de 1864, con el retrato del teniente general marqués de Novaliches³⁵, que ilustra este artículo. Pues bien: es evidente que tales mantos y gorros no solo existieron, sino que se usaron, al menos en las funciones de 1821 y 1822.

Sabemos por los papeles de Morete que, en aquel mismo verano, la Asamblea de la Orden de San Hermenegildo solicitó al Rey que, teniendo que ser su secretario el que pusiese a la firma regia las reales cédulas de los nombramientos, tuviese su secretario la cualidad y se le hiciese secretario de S.M. con ejercicio de decretos. El Rey así lo resolvió el 29 de julio, pero extendiendo la gracia a don José Herrera Dávila, secretario de la Asamblea de la Orden de San Fernando. Y simultáneamente destinó el monarca la crecida suma de un donativo de 2.500 duros enviado desde América, para contribuir a la mejor instalación de la Asamblea y oficinas de la Orden.

También los papeles de Morete nos informan de que la función anual de la Orden tuvo lugar en la sólita iglesia de San Isidro, a las diez de la mañana del 20 de junio de 1821, con la presencia del Rey. Todos los caballeros fueron convocados allí con una hora de antelación, *con el traje de ceremonia de la Orden, y en su defecto con su correspondiente uniforme riguroso si gustare, centro blanco, bota alta y bocabotín, espuelas y sable o espada*³⁶. Y lo mismo debió de ocurrir al año siguiente, aunque de esa función no conocemos ningún relato.

La Ley Constitutiva del Ejército, de 9 de junio de 1821, dispuso en sus artículos 113 al 116 que entrase de nuevo en vigor el reglamento original de la Orden de San Fernando —el acordado por las Cortes de Cádiz en 1811—, recuperando la Orden de San Fernando el título de *Nacional*, y pasando el Capítulo a llamarse *Asamblea Soberana*.

³⁵ Incluida en la magna obra editada por José Gil Dorregaray, *Historia de las órdenes de caballería y de las condecoraciones españolas*, Madrid, 1864-1865; en el tomo III.

³⁶ También apareció la convocatoria, abreviada, en el periódico *Miscelánea de comercio, política y literatura* del 18 de junio de 1821.

Otra novedad notable de aquella época es la sustitución de las banderas y estandartes en todas las unidades del Ejército y la Milicia Nacional, por otra clase de insignias. Este insólito cambio se introdujo mediante el decreto de las Cortes de 2 de noviembre de 1821³⁷, y las nuevas insignias militares serían en adelante así:

un león dorado de diez pulgadas de largo y altura correspondiente, el que estará colocado sobre un pedestal, sostenido por una bomba, que apoyará en un zócalo proporcionado, todo en la forma que manifiesta el modelo presentado por el Gobierno. El león estará de pie, asegurando con la garra derecha la parte superior del libro de la Constitución cerrado, y la inferior descansará en el pedestal, de modo que se presente a la vista una de las superficies planas del libro. Esta insignia se colocará en el extremo de una asta cuya longitud será de ocho pies de Burgos, y su diámetro de una pulgada y cuatro líneas. En la parte superior del asta, y al remate del zócalo que habrá por bajo de la bomba que sostenga el pedestal, se sujetarán con un lazo de color encarnado, y que guarnezca toda la circunferencia del asta en aquella parte, dos grimpolones del pabellón nacional de cuatro pies de longitud y seis pulgadas de anchura.

Esto tuvo unos efectos directos en las corbatas de la Orden de San Fernando, pues el artículo 8º de dicha norma dispuso que

el cuerpo que, por una acción distinguida en el caso que menciona el artículo 29 del decreto de creación de la Orden de San Fernando, hubiese merecido o mereciere en adelante la distinción que allí se expresa, llevará la cruz fija sobre el libro de la Constitución, y los colores de los grimpolones estarán distribuidos en la misma proporción que la banda de dicha Orden.

Y el artículo 15 precisó que, además, las antiguas banderas y estandartes, una vez recogidas, *en la función solemne de la Orden de San Fernando, así como en cualquier otra que para dar gracias al Altísimo por algún suceso importante para las armas españolas, servirán también estas insignias para distribuirlas en los varios trofeos que durante a función deberán colocarse en la misma iglesia.*

Y el 5 de octubre de aquel año, queriendo el Rey dar una nueva muestra de su real aprecio a la Orden y a sus caballeros, enterado de la instancia de don Vicente Pajeras, caballero laureado de 2ª clase y sargento segundo graduado de primero del Regimiento de Infantería de León, en la que hizo presente que habiendo pasado al hospital militar de la plaza de Barcelona, protestó de su condición de caballero laureado para que se le tuviese la consideración de cadete de los Reales Ejércitos y se le atendiese de su

³⁷ Colección de Decretos de las Cortes, año 1821, p. 8.

enfermedad en la sala de oficiales, ordenó el monarca *que así el recurrente don Vicente Pajeras como todos los demás que se hallen en su caso, condecorados con la cruz de segunda clase de la Orden Nacional y Militar de San Fernando, sean asistidos y tratados en los hospitales con la misma consideración que los cadetes del Ejército, pues el rasgo y condición personal a que le eleva tan distinguido premio le constituyen con igual, sino mayor carácter que un cadete*³⁸.

Según algunos autores, al año siguiente de 1822 todas las cruces se convirtieron en pensionadas. Pero nosotros no hemos hallado testimonio documental de tal cambio.

Formaban entonces esta Orden cuarenta y nueve grandes cruces, y otros cuarenta y cuatro caballeros laureados de 2ª o de 4ª clase; sin que sepamos el número exacto –no menos de cuatrocientos– de los caballeros de 1ª y 3ª clase.

El número de solicitudes cursadas durante el *Trienio* descendió considerablemente; seguramente porque los hechos de armas de la guerra contra Napoleón iban quedando ya lejanos, y apenas se habían producido otros nuevos desde 1814 –salvo en tierras americanas, donde se ganaron muchas cruces–. Pero las luchas intestinas entre liberales y absolutistas, ya en pleno *Trienio* –lo que los segundos denominarían *guerra de la Fidelidad*– producirían nuevas solicitudes y concesiones.

En el verano de 1823, el triunfo del partido del Rey, con el eficaz auxilio del ejército de la Santa Alianza –los Cien Mil Hijos de San Luis– produjo la nulidad de todos los actos de los Gobiernos y de las Cortes constitucionales. Todas las solicitudes pendientes de resolución, quedaron en suspenso para siempre. Y, así por real decreto de 1º de octubre de 1823 se restableció el reglamento de julio de 1815, siendo anuladas al año siguiente todas las cruces concedidas por el gobierno revolucionario, a no ser que fuesen reválidas. Y muchas de ellas, concedidas a militares liberales, jamás lo fueron.

No tenemos ninguna noticia de que, después de 1821, en el resto del reinado fernandino tuviesen ya lugar las anuales funciones solemnes de la Orden, desapareciendo para siempre no solo tales festejos, sino el uso de los mantos, gorros e insignias de los tres ministros de la Orden. Por fortuna, de aquel aciago periodo pudieron sobrevivir las bellísimas insignias de la *cruz de espadas*, creadas en 1820 y a cuyo bicentenario se refieren las páginas antecedentes.

³⁸ *Diario de Madrid* del 22 de febrero de 1822. Pajeras (o Payeras) había obtenido la cruz laureada de 2ª clase el 7 de diciembre de 1820, siendo sargento segundo del Regimiento de Infantería de Lorena, y le fue concedida por su valor al sofocar un motín de presidiarios que eran trasladados en el jabeque *Nuestra Señora de la Misericordia*, desde Cartagena a Málaga, en 1817. AGM Segovia, San Fernando/Pensiones, legajo 1736/50.

DON JOSEF FERNANDEZ HERRERA

DAVILA, ALBEAR, RAFAELINI, HERNANDEZ Y SOTO &c.; Caballero de la Nacional y Militar Orden de San Fernando, y de la de San Hermenegildo, de la de Lis de la Vendée; Socio de las Sociedades Aragonesa, Matritense, de Baena y Córdoba; condecorado con las cruces de Mérito concedidas por la rendición de la Escuadra de Cádiz, Batalla de Bailen, Almonacid, segundo y tercer Ejército, y el nominado de la Izquierda; Coronel de los Ejércitos Nacionales; Sargento mayor de Artillería ligera; Secretario general del Capítulo de la referida Nacional y Militar Orden de San Fernando, del REY con ejercicio de decretos, de la Junta de Fortificaciones de la frontera de Francia que preside S. A. R. el Serenísimo Señor Infante D. Carlos &c. &c.

Certifico que hallándose ocupada actualmente la Asamblea Suprema en el arreglo definitivo de las negociaciones de esta Orden Nacional y Militar de S. Fernando, y en la redacción del nuevo Reglamento por el qual se ha de gobernar, esta sus pendeda por hasta el tanto se hacen y el asiento en el registro de que habla el Art. 1.º de la Real Cédula por el qual ha condecorado S. M. con la Cruz de primera Clase a D. José María Capitan de la 8.ª Compañía de Milicias de Caballería Provincial de Nueva Vizcaya, que podrá usar de este distintivo en otro requisito que se prescribió en el Artículo 5.º del Reglamento de 10 de Julio de 1815 y para los usos correspondientes de la presente en Madrid a dos de Enero de mil ochocientos veinte y uno

Jose Herrera Donla



Certificado expedido por el secretario del Capítulo de la Orden en 1821

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

- Archivo General Militar (AGM) Segovia. San Fernando/Pensiones, legajo 1738/64 (año 1821).
- AGM Segovia, 1ª sección, legajo J-71; y San Fernando/Pensiones, legajo 1727/173 (1817).
- AGM Segovia, 1ª sección, legajo A-2121; y San Fernando/Pensiones, legajo 1723/8 (1816).
- AGP, Reinado de Fernando VII, caja 736/16.
- AGM Segovia, 2ª sección, 10ª división, legajo 10.
- AGM Segovia, 1ª sección, legajo E-395; y San Fernando/Pensiones, legajo 1734/20 (1819).
- AGM Segovia, 1ª sección, legajo B-1494; y San Fernando/Pensiones, legajo 1726/110 (1817).
- AGM Segovia, 1ª sección, legajo L-136; y San Fernando/Pensiones, legajo 1728/183 (1817).
- AGM Segovia, 1ª sección, legajo M-3819; y San Fernando/Pensiones, legajo 1749/154 (1825).
- AGM Segovia, 1ª sección, legajo D-1187.
- AGM Segovia, 1ª sección, legajo P-1332; y San Fernando/Pensiones, legajo 1736/44 (1820). Fue, más tarde, también caballero de la Orden de San Hermenegildo.
- AGM Segovia, 1ª sección, legajo E-997; y San Fernando/Pensiones, legajo 1723/62 (1816). ISABEL SÁNCHEZ, José Luis: *e.a.*, op. cit., p. 473.
- AGM Segovia, 1ª sección, legajo B-4002; y San Fernando/Pensiones, legajo 1723/33. ISABEL SÁNCHEZ, José Luis: *e.a.*, op. cit., pp. 473-474.
- Archivo General de Palacio (AGP). Reinados, reinado de Fernando VII.
- Archivo General de Palacio (AGP). Personal, caja 7936, expte. 4. El sermón que pronunció llegó a imprimirse en Madrid, en la imprenta de Repullés, en aquel mismo 1817.
- Archivo Histórico Nacional (AHN). Fondos Contemporáneos-Ministerio de Asuntos Exteriores, condecoraciones, libro 226: Asambleas de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica (1815-1846), sesiones de 17 y 20 de septiembre de 1816.
- BLASCO CASTIÑEYRA, Selina: *El Palacio de Godoy*. Madrid, 1996, pp. 153-154.
- CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Vizconde de AYALA, Alfonso de: «La Real y Militar Orden de San Fernando en su bicentenario: una aproximación a sus orígenes y evolución», en *revista Ejército*, n.º 848, noviembre 2011, pp. 118-127. También en *Estudios en honor de la Real y Militar Orden de San Fernando*, con ocasión de su bicentenario, op. cit., pp. 44-45.

- : «Las personas que inspiraron y lograron el establecimiento de la Real y Militar Orden de San Fernando», en op. cit., pp. 152-153.
- CEBALLOS-ESCALERA GILA, Luis de, y CEBALLOS-ESCALERA GILA, Marqués de la FLORESTA, Alfonso de: Índice de expedientes de cruces de la Real y Militar Orden de San Fernando, conservados en el Archivo General Militar de Segovia. Segovia, 2017.
- Colección de Decretos de las Cortes*, año 1821, p. 8.
- Diario de Madrid* del 22 de febrero de 1822. AGM Segovia. San Fernando/Pensiones, legajo 1736/50.
- Historia de las órdenes de caballería y de las condecoraciones españolas*, obra editada por José Gil Dorregaray, tomo III. Madrid, 1864-1865.
- ISABEL SÁNCHEZ, José Luis y CEBALLOS-ESCALERA GILA, Alfonso y Luis: *La Real y Militar Orden de San Fernando*. Madrid, 2003, pp. 31-42. Y CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Vizconde de AYALA, Alfonso de: «Las personas que inspiraron y lograron el establecimiento de la Real y Militar Orden de San Fernando», en *Estudios en honor de la Real y Militar Orden de San Fernando*, con ocasión de su bicentenario. Madrid, 2012, pp. 125-154.
- MARTÍN LANUZA, Alberto: *Diccionario biográfico del Generalato Español. Reinados de Carlos IV y de Fernando VI (1788-1833)*. Villatuerta, 2012.
- Periódico Miscelánea de comercio, política y literatura*, del 18 de junio de 1821.

Recibido: 11/09/2020

Aceptado: 24/06/2021

HÉROES OLVIDADOS DE 1921: EL TENIENTE FERNÁNDEZ FERRER Y LA BRIGADA DISCIPLINARIA DE MELILLA

José Federico FERNÁNDEZ DEL BARRIO¹

RESUMEN

En 1921, al inicio de la finalmente victoriosa Campaña del Rif (1921-1927), el Ejército Español vivió uno de los más tristes episodios de su historia, la retirada de Annual, quedando tras ella nuestro país fuertemente conmocionado. En aquel año aciago, es cierto que fueron muchas las conductas reprobables que merecieron la repulsa del pueblo español, pero también es cierto que fueron muchos los comportamientos heroicos que no tuvieron el necesario reconocimiento, debido, sobre todo, al sentimiento de tristeza y vergüenza que se instauró en España y que permanecería durante décadas.

¹ Coronel de Infantería, DEM. Es autor de los libros *La Casaca de Daoíz* y *Notas para la biografía de D. Leopoldo O'Donnell*, así como de diversos artículos relacionados con la Historia de España en el siglo XIX. Ha sido comisario de las exposiciones temporales del Museo del Ejército: «Juan Prim y Prats: de soldado a Presidente» y «O'Donnell y la Guerra de África, una Historia olvidada», cuyos catálogos coordinó, publicando varios artículos de investigación en ellos.

Cuando está próximo a cumplirse un siglo de aquellas jornadas, es de justicia reconocer el heroísmo de aquellos valientes que sí que supieron dar su vida de forma generosa por España.

Este artículo recuerda a algunos de aquellos héroes, centrándose especialmente en dos grandes desconocidos de las campañas en el Rif, el teniente Fernández Ferrer, defensor del «Blocao de la Muerte» y en su Unidad, la Brigada Disciplinaria de Melilla, que tan generosamente dio su sangre en ese y en otros muchos episodios de combates en el norte de África.

PALABRAS CLAVE: 1921. Campaña del Rif. Blocao de la Muerte. Dar Hamed. José Fernández Ferrer. Brigada Disciplinaria de Melilla. Suceso Terrero.

ABSTRACT

In 1921, at the beginning of the finally victorious Rif Campaign (1921-1927), the Spanish Army suffered one of the saddest episodes in its history, the withdrawal of Annual, leaving behind our country strongly shocked. In that fateful year, it is true that there were many reprehensible behaviors who received the disapproval of the Spanish people, but it is also true that there were many heroic behaviors that did not have the necessary recognition, due to the feeling of sadness and shame that was established in Spain and remained for years.

When a century of those days is near, it is right to recognize the heroism of those brave soldiers who did know how to give their lives generously for Spain.

This article recalls some of those heroes, focusing especially on two great unknown of the Rif campaigns, Lieutenant Fernandez Ferrer, defender of the “Blocao de la Muerte” and his Unit, the Melilla Disciplinary Brigade, which so generously gave his blood in that and many other combats in North Africa.

KEYWORDS: 1921. Rif Campaign. Blocao de la Muerte. Dar Hamed. José Fernandez Ferrer. Melilla Disciplinary Brigade. Suceso Terrero.

* * * * *

«En las operaciones de la Guerra del Rif o Guerra de Marruecos, muchos mandos y soldados dejaron su vida y escribieron páginas gloriosas que aún no han salido a la luz. Recuperar hechos de la historia olvidados, otros desconocidos y algunos con mejor o peor fortuna atribuidos a otros, es una deuda que tenemos con un Ejército que, a pesar de los escasos medios y la falta de apoyos, salió victorioso en el norte de África.»

(Teniente General ÁLVAREZ DEL MANZANO)²

INTRODUCCIÓN

En 2021 se cumplirá un siglo de unas fechas en las que los hechos que se produjeron en la retirada de Annual dejaron una huella imborrable en la memoria colectiva del pueblo español, traumatizándolo durante generaciones y estando en el origen, más o menos remoto, de acontecimientos históricos de gran trascendencia, como la Dictadura de Primo de Rivera, el exilio del rey Alfonso XIII, el advenimiento de la Segunda República, e incluso la Guerra Civil Española (1936-1939).

En esas tristes jornadas, un Ejército desmoralizado, mal preparado y falto de medios, protagonizó un repliegue efectuado sin una planificación adecuada, en el que perdieron la vida miles de españoles. Pero en medio de ese caos surgieron numerosas chispas de cordura y de generoso heroísmo que, en su momento, quedaron ocultas por el velo de dolor y vergüenza que cubrió España tras Annual.

Cuando finalizó la retirada, Melilla quedó cercada y, solo la valentía de sus defensores impidió que en aquel año de 1921 se perdiera la plaza española. También aquí, muchos de los hechos heroicos que se produjeron en la encarnizada defensa no fueron debidamente reconocidos por el efecto de «resaca» que había quedado.

Ha tenido que pasar casi un siglo para que las heridas que quedaron en los españoles después de aquel fatídico 1921 hayan cicatrizado lo suficiente como para permitir un análisis más sereno de los hechos y un tímido reconocimiento a los héroes de aquel año. El primer desagravio vino en 2012 con la concesión de la Laureada de San Fernando al Regimiento Alcántara por su generoso sacrificio, pero aún quedan otros muchos héroes de 1921 injustamente olvidados.

Uno de estos héroes olvidados fue el teniente de Infantería D. José Fernández Ferrer, defensor del Blocao de Dar Hamed o Dar-Ahmed, también

² BLOND ÁLVAREZ DEL MANZANO, Carlos: «El Protectorado. Firma del convenio Hispano Francés y Guerra del Rif», en *Revista de Historia Militar*, número extraordinario II de 2012. Instituto de Historia y Cultura Militar. Madrid, 2012, p. 127.

conocido como «el malo» y posteriormente, por influencia de la iconografía legionaria, como el «Blocao de la Muerte», donde perdieron la vida heroicamente un puñado de «disciplinarios» y de legionarios. A ninguno de ellos le llegó el reconocimiento oficial, no recibiendo sus familiares el consuelo de una condecoración póstuma por su sacrificio.

De entre el grupo de defensores del blocao siempre ha sido destacada la figura de uno de los primeros héroes de la Legión, el cabo Suceso Terrero, cuya memoria se ha encargado de conservar viva este glorioso Cuerpo, tan celoso de mantener su historia y tradiciones. Pero de sus jefes, que murieron antes que él en la heroica defensa, casi nadie se acuerda.

De los disciplinarios que defendieron el Blocao de la Muerte hasta el final de su vida, del teniente de Infantería de la Brigada Disciplinaria de Melilla D. José Fernández Ferrer, del sargento D. Aquilino Cadarso y del cabo D. Sergio Vergara, de ese mismo Cuerpo, que por cadena de mando se fueron sucediendo conforme iban cayendo gloriosamente, hasta que por sucesión de mando le llegó el turno de ofrecer su vida por España al cabo Terrero, muy poco se ha escrito y su historia ha caído casi en el olvido. Como ejemplo de la poca atención que en su momento y posteriormente se prestó a los disciplinarios, baste señalar que, sobre el teniente Fernández Ferrer, en una de las pocas reseñas de prensa de la época que se escribieron sobre él, el diario granadino «*IDEAL*» diría: «*una de esas figuras bizarras, quizás de las menos conocidas, porque ha sido poco llevada y traída por las plumas de la Prensa, es la del heroico, y nunca con mejor acierto aplicado el calificativo de heroico, teniente de la Brigada Disciplinaria de Melilla D. José Fernández Ferrer.*»³

Con estas páginas se pretende dar a conocer su historia y reivindicar la figura de aquellos componentes de la Brigada Disciplinaria de Melilla que murieron heroicamente en África, así como dedicar un recuerdo a todos los héroes olvidados de aquel triste año de 1921, ya que, en general, las gestas españolas en África durante aquellos conflictos y sus protagonistas son grandes desconocidos. En este sentido, el general Fontenla, en su Historia de la Guerra de Marruecos escribe que si «*preguntáramos a los españoles, incluidos los de formación universitaria, a los que se les supone una cierta cultura, sobre la actuación de España en Marruecos, solo citarían el Barranco del Lobo y el llamado Desastre de Annual; y desconocerán que prácticamente el resto está jalonado de combates victoriosos, alcanzados en maniobras complejas, audaces y bien dirigidas, con el empleo de procedimientos tácticos pioneros en el mundo.*»⁴

³ MARSIFO: *Figuras de la guerra: El teniente Fernández Ferrer*. Diario «El Ideal de Granada». GRANADA, sábado 19 de noviembre de 1921.

⁴ FONTENLA BALLESTA, Juan: *La Guerra de Marruecos (1907-1927). Historia completa de una guerra olvidada*. Ed. La Esfera de los Libros. Madrid, 2017, pp. 44 y 45.

1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Si bien la relación de España con el Magreb tiene un largo recorrido histórico, ya que la presencia española en el norte de África se remonta a la segunda mitad del siglo XV y principios del XVI, es a partir de mediados del siglo XIX y, sobre todo, en la primera mitad del siglo XX, cuando la presencia en Marruecos se hace más visible.

Para intentar recuperar algo del prestigio perdido por España tras la derrota de Trafalgar y la pérdida de la mayoría de las colonias, Isabel II y sus gobiernos iniciaron una política de prestigio con algunas intervenciones exteriores, como la Guerra de África (1859-1860), donde se llegó a tomar Tetuán. Pero, es tras el desastre del 98 cuando la acción exterior de nuestro país se focaliza aún más en el territorio marroquí, dándose lo que es conocido como el «Protectorado Español de Marruecos», que se extendería desde 1912, según los acuerdos firmados entre España y Francia el 27 de noviembre de ese año, hasta 1956, aunque con anterioridad a 1912 ya se venía ejerciendo de facto ese «Protectorado» como consecuencia de los acuerdos de Algeciras de 1906.

La política exterior seguida por España en aquellos años se suele considerar encuadrada en el neocolonialismo europeo, con el que las principales potencias adoptaron ambiciosos proyectos coloniales, no solo por los beneficios económicos derivados del comercio y la explotación de recursos naturales, sino que también para reforzar el sentimiento nacional y propiciar una distracción a la opinión pública frente a los problemas domésticos.

En el caso concreto de España, generalmente se suele simplificar diciendo que nuestro país lo que buscaba en África eran los recursos de la región del Rif, o que fueron los militares quienes impulsaron la intervención para conseguir ascensos, una vez perdidas Cuba y Filipinas, pero la realidad fue mucho más compleja. La decisión de reforzar nuestra presencia en el Magreb a principios del siglo XX estuvo motivada, sobre todo, por la participación, en muchos casos secundaria, de España en el juego de equilibrio geopolítico que existía en aquellos años entre Francia, Reino Unido y Alemania. Aunque hay que reconocer que también influyeron otras causas como: las presiones de la burguesía comercial española que quería nuevos horizontes tras perder sus intereses en Cuba y Filipinas; el descontento de determinados mandos militares, que tras estar acostumbrados a influir en las decisiones políticas, se sentían desplazados tras la pérdida de las últimas colonias; o también, por una razón que ya había empujado a España a combatir en el norte africano con anterioridad, una cuestión de seguridad del territorio bajo soberanía española, buscando asegurar las fronteras de Ceuta y Melilla,

constantemente hostigadas por las cabilas próximas a estas plazas, siendo la primera operación militar de envergadura para proteger las fronteras españolas en el Magreb la ya citada Guerra de África (1859-1860), donde las tropas de O'Donnell invadieron Marruecos para asegurar Ceuta.

Pero el momento de esta nueva penetración española en Marruecos fue inoportuno, ya que el ambiente de inestabilidad y desmoralización en el que se desenvolvía la sociedad española de finales del siglo XIX y principios del XX llevó a que las campañas del Rif contribuyeran aún más a la desestabilización social.

Años después de la guerra de la época del Gobierno de O'Donnell, entre 1893 y 1927 se darían otra serie de campañas para defender de las cabilas locales, inicialmente, las zonas de soberanía y tras los acuerdos de 1912, las regiones marroquíes asignadas bajo el Protectorado.

El primero de estos conflictos fue la llamada «Guerra de Margallo», por hallar en ella la muerte este general. También en esta ocasión el detonante, al igual que en 1859, fueron las obras de expansión de una de las plazas españolas, pero esta vez el conflicto se produjo en Melilla.

Ya en el siglo XX, El incremento de la presencia militar española en la zona del Rif comenzó el 14 de febrero de 1908, con la ocupación de la Restinga por las tropas españolas del general Marina, Comandante General de Melilla, y esa presencia ya sería una constante hasta 1956, año del fin del Protectorado.

Como se ha dicho, desde el punto de vista geoestratégico, a principios del siglo XX el norte de Marruecos era fundamental para Europa por su posición geográfica al sur del Estrecho de Gibraltar. Tal era la importancia de este paso que se convocó la Conferencia de Algeciras en 1906, en la que se decidiría quienes serían las potencias encargadas de poseer el control del Estrecho, y se delimitaron las zonas de influencia españolas y francesas. El Acta de la Conferencia de Algeciras se completaría con el Convenio Franco Español de 1912, por el que ambas naciones determinaron sus zonas de protectorado en el Sultanato de Marruecos.

Las zonas más desfavorecidas de Marruecos, donde además se encontraban las cabilas más belicosas, como eran las de la región del Rif, con los Beni Urriaguel, y las de la zona de Yebala, con los Beni Arós, se confiaron a España, que en aquel momento no tenía gran peso específico en la política internacional y mantenía una posición marcadamente neutral, por lo que garantizaba el equilibrio en una zona de vital importancia para las grandes potencias. El Gobierno Español aceptó encantado el encargo, ya que esto le suponía un resurgir en el panorama internacional, tras la derrota frente a los Estados Unidos en 1898 y la pérdida de las posesiones españolas en el Caribe y Filipinas.



Fig. 1. El general Margallo, ilustración de la *Historia de las Campañas de Marruecos*

Las fuerzas españolas en el Protectorado se integraron en tres zonas o Comandancias Generales (Ceuta, Melilla y Larache), bajo la jurisdicción del Alto Comisario con residencia en Tetuán, el cual dependía de los Ministerios de la Guerra y de Estado.

En cuanto a los habitantes del país, en Marruecos España se encontró «66 cabilas, orgullosas de su independencia, cuyos habitantes se denominaban –hombres libres– y que preferían la muerte a la dominación extranjera.»⁵ En la zona este, los rifeños conocían perfectamente el terreno en el que operaban, tenían una mayor capacidad de resistencia que los europeos frente a la dureza del Rif y poseían una gran voluntad de vencer, lo que les permitió llevar a cabo acciones exitosas frente a un ejército, en teoría, mejor dotado y preparado.

Como consecuencia de los acuerdos internacionales anteriormente citados, entre 1909 y 1927 el Ejército Español llevó a cabo en Marruecos una serie de operaciones militares para intervenir, en teoría junto con Francia, en la pacificación y modernización del sultanato marroquí. A este conjunto de campañas se las ha llamado genéricamente «Guerra de Marruecos» o «Guerra de África», aunque esta denominación es inapropiada, ya que según puntualiza el general Fontenla, no se les puede llamar guerra porque, «*la guerra formalmente indica un rompimiento de la paz entre dos o más potencias, y esto nunca ocurrió entre España y Marruecos. Todo lo contrario, la intervención española fue para pacificar y someter a la obediencia del sultán marroquí sus territorios rebeldes.*»⁶. En realidad es más correcto considerarlas como una serie de campañas llevadas a cabo con un objetivo estratégico coincidente, la defensa y pacificación del territorio bajo responsabilidad o soberanía española.

Durante los años inmediatamente anteriores al Protectorado y de principios de éste, las principales intervenciones militares que se dieron en la zona oriental fueron: la campaña de 1909 o Guerra de Melilla; la campaña del Kert (1911-1912) y la Campaña del Rif (1919-1927), que es la que está asociada especialmente por el gran público al nombre de «Guerra de África», ya que las anteriores son bastante desconocidas para los españoles. A su vez, la Campaña del Rif se puede subdividir en cuatro diferentes fases: la fase de expansión en el territorio y repliegue (1920-1921); la fase de reconquista (septiembre 1921-marzo 1922); la defensiva (1923-1925) y la ofensiva final (1925-1927), con el desembarco de Alhucemas y la pacificación del territorio.

En el occidente del Protectorado también se condujeron importantes campañas, especialmente en las zonas de Yebala y Xauen, que no trataremos en este trabajo.

⁵ BLOND ÁLVAREZ DEL MANZANO, Carlos: obra citada, pp. 113 y 114.

⁶ FONTENLA BALLESTA, Juan: «Las Campañas del Rif», en *Revista de Historia Militar*; número extraordinario II de 2012. Instituto de Historia y Cultura Militar, p. 135. Madrid, 2012.

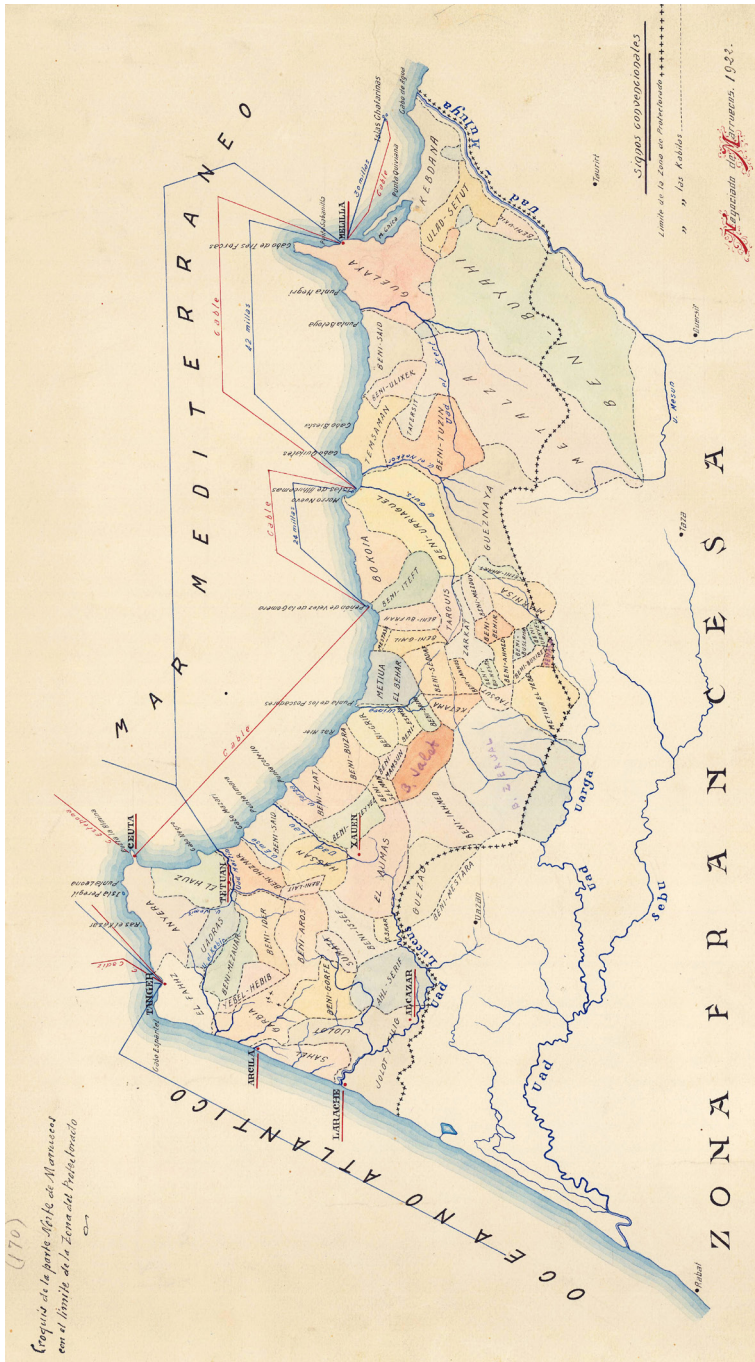


Fig. 2. Croquis del Protectorado Español (1922) [SGE-MAC-C-3-036]

En esta serie de campañas africanas de la primera mitad del Siglo XX, las acciones iniciales españolas en el nordeste de Marruecos fueron favorables a nuestro país, con una serie de éxitos del general Marina Vega en apoyo de la autoridad del sultán Abdelaziz, frente a las cabilas seguidoras de Ben Driss⁷, más conocido como El Rogui, que se habían declarado independientes del Sultanato. Pero poco después, el líder cabileño Mohamed Amezian, llamado por los españoles «El Mizzian», cadí de los Beni Bu Gafa, se rebeló contra El Rogui y se opuso a las concesiones mineras que este había otorgado a españoles y franceses.

El Mizzian comenzó a hostigar a los españoles, consiguió paralizar los trabajos mineros en octubre de 1908 y obligó a El Rogui a abandonar su residencia en Zeluán, lo que desencadenó la conocida como Guerra o Campaña de Melilla de 1909. Estas operaciones, que duraron cuatro meses, se saldaron con un avance territorial para España de entre 1.600 a 1.800 kilómetros cuadrados y la sumisión de algunas cabilas. Pero el Ejército Español sufrió 1.810 bajas, produciéndose la mayoría de las bajas durante los días iniciales de la campaña, entre los días 9 y 27 de julio, cuando ocurrió el conocido combate del Barranco del Lobo.

Tras los hostigamientos iniciales de los rifeños de El Mizzian, los enfrentamientos entre las tropas del general Marina y los rebeldes se fueron intensificando y la situación fue empeorando, tanto que el Gobierno convocó reservistas para enviar refuerzos a Melilla, medida ésta muy contestada en la Península.

Uno de los reveses más grave que sufrieron los de Marina se produjo dos días antes de la llegada de los refuerzos a la Plaza, el 23 de julio, cuando una columna española fue prácticamente destruida en Sidi Musa. El día 25 llegaron los refuerzos al mando del general Pintos Ledesma. Pero el día 27, el propio general Pintos muere de un disparo a los pies del Gurugú y dos de sus batallones, que protegían una columna, entran en el Barranco del Lobo, donde fueron aniquilados.

La gran superioridad española, alcanzada con los sucesivos refuerzos a la guarnición de Melilla, que llegó a contar con 35.000 hombres, consiguió imponerse a los harqueños⁸ de El Mizzian antes de que finalizara el año, pero el revés del Barranco del Lobo quedaría impreso en la memoria del pueblo.

La «Guerra de Melilla» de 1909 tuvo repercusiones inmediatas en la sociedad española, como las tendría en el futuro la retirada de Annual, ya

⁷ Nota del autor: El Yilali ben Driss Ez Zerhuni el Yusfi, llamado Bu Hamara –el hombre de la burra– o más conocido por los españoles como El Rogui –El Pretendiente–, desafió la autoridad del sultán Abdelaziz y estableció una especie de reino independiente en el nordeste marroquí con el apoyo de las cabilas rifeñas.

⁸ Nota del autor: La harca era una agrupación temporal de guerreros de una o varias familias o una o varias cabilas convocadas para hacer la guerra, generalmente con la promesa de botín.



Fig. 3. El general Marina, ilustración de la *Historia de las Campañas de Marruecos*

que, a raíz de la movilización decretada por el Gobierno de D. Antonio Maura para hacer frente al levantamiento cabileño, se produjeron en la Península los graves incidentes que se conocen como la Semana Trágica.

La segunda campaña de aquel siglo en la zona se inició poco después, en 1911, y también sería contra los cabileños de El Mizzián, que en esta ocasión estaban mucho mejor organizados y equipados que en 1909. Aunque el detonante fue la agresión a una comisión topográfica el 24 de agosto de 1911, el objetivo real de la operación fue nuevamente el de protección de las fronteras del territorio español, desalojando a los de El Mizzián de las alturas que dominan Melilla e intentando empujarlos al oeste del río Kert, por lo que esta campaña es conocida como la Campaña del Kert.

La guarnición de Melilla en el momento de la agresión era de 6.178 hombres. Dos semanas después la Comandancia fue reforzada y algo más tarde llegó un segundo refuerzo. El Ejército de Melilla contaba ya en esas fechas con 40.000 hombres.⁹

Durante los combates se ocuparon posiciones tales como Monte Arruit, Izhafan, Turiat Buchi o Tauriat Zag y la línea se situó en la orilla derecha del Kert, pero sin cruzar nunca el límite del río. Todos los intentos de cruzarlo fueron rechazados por los rifeños y el coste en vidas de la operación fue elevado, hecho que fue recibido en la Península con una nueva serie de huelgas generales y protestas.

El 15 de mayo de 1912, El Mizzián murió en combate y sin su jefe, la harca se desintegró. El Gobierno Español, presionado por la opinión pública, no quiso aprovechar la oportunidad para continuar la ofensiva y finalizó la campaña.

Acabada la campaña del Kert y con el largo paréntesis de la Primera Guerra Mundial, poco a poco la situación se fue calmando tanto en España como en el Rif y en ese periodo nuestro país supo sacar beneficio de su neutralidad y, aunque no amplió su zona de influencia en la región, continuó explotando la minería y afianzó las plazas norteafricanas que había conseguido dominar.

No obstante, muchas tribus se mantuvieron firmes en su oposición a la presencia europea en su tierra y continuaron mostrándose belicosas frente a los invasores, influidas por los líderes religiosos y por la figura emergente del cabecilla Muley Ahmed ibn Muhammad ibn Abdallah al-Raisuli, mejor conocido como El Raisuli o El Raisuni, jerife –descendiente de Mahoma– de las tribus del «país» Yebala,

El Raisuni mantuvo en jaque a las tropas españolas del oeste del Protectorado hasta que, el 25 de enero de 1919, un Real Decreto del Ministerio de Estado nombró Alto Comisario de España en Marruecos al General Dámaso Berenguer, aunándose en él las competencias civiles y militares en el Protectorado.

⁹ FONTENLA BALLESTA, Juan: obra citada, p. 140.



Fig. 4. Medalla de la Campaña del Rif con el pasador de El Kert [MUE-25498]

Nada más hacerse cargo del mando, el nuevo Alto Comisario inició una campaña de pacificación en la zona de las Comandancias de Ceuta y Larache. En esta fase de las campañas de Yebala tuvo un papel muy destacado el Comandante General de Ceuta, el general Fernández Silvestre, al que poco después, también bajo la dependencia de Berenguer, se le encomendó la misión de pacificar la zona del Rif Oriental.

Cuando el 11 de febrero de 1920 el general Manuel Fernández Silvestre fue nombrado Comandante General de Melilla, se encontró en esa zona del Rif con un enemigo tan peligroso o más que El Raisuni, Muhammad Ibn Abd el-Karim El-Jattabi, conocido como Abd el Krim, de la cabila de los Beni Urriaguel.

Desde que Abd el Krim, antiguo colaborador de la administración española y poseedor de varias condecoraciones concedidas por el Gobierno Español, había llegado al poder en su cabila, había conseguido unir a gran parte de las tribus del Rif en la lucha contra los españoles, iniciándose así la revuelta que daría lugar al desastre de Annual.



Fig. 5. El general Dámaso Berenguer, ilustración de la *Historia de las Campañas de Marruecos*

2. DE LA EXPANSIÓN EN EL RIF A LA DEFENSA DE MELILLA

Poco después de la toma de posesión de Silvestre como Comandante General de Melilla, el esfuerzo militar español continuaba centrado en el sector de Yebala, donde el grueso de las fuerzas en África, bajo la dirección del general Berenguer, estaba empeñado en acabar con la rebeldía del cabecilla El Raisuni, y no había ninguna predisposición, ni por parte del Comandante General ni por parte del Gobierno, a reforzar la Comandancia de Melilla. No obstante, las tropas de Silvestre iniciaron su avance por territorio rifeño hostil. La idea era llegar hasta la bahía de Alhucemas, hogar de la cabila de Abd el Krim, los Beni Urriaguel.

Para esta arriesgada acción, el Comandante General contaba con la guarnición de Melilla, que en aquellos días disponía, sobre el papel, de 24.873 hombres, pero en la práctica no pasaban de 19.923¹⁰ de tropa operativa, estando el resto comprendidos en la denominación genérica de «destinos», de los que se había abusado tanto en la Comandancia como en el resto del Ejército. Los soldados de las unidades de guarnición procedían en su mayoría de reclutas forzosas, muy poco entrenados, mal dotados de armamento y equipo, con mala logística, con una moral muy frágil, que no confiaban en sus mandos y a los que les causaba auténtico pavor la brutalidad de las acciones de los rifeños contra los prisioneros españoles capturados.

La situación entre los mandos no era mejor, ya que en su mayoría estaban muy desmotivados tras la publicación de la Ley de Bases para la Reorganización del Ejército de 1918¹¹, inspirada en las tesis de la Juntas Militares de Defensa, que primaba los ascensos por antigüedad y donde el aliciente de ascensos y distinciones por méritos de guerra había, prácticamente, desaparecido.

La Ley había fomentado que los mandos buscaran la seguridad de un destino burocrático cómodo, ya que iban a ascender al mismo tiempo que si ponían en peligro su vida y la estabilidad de su familia ocupando un destino en un puesto de los de «mayor riesgo y fatiga». El efecto inmediato de la Ley en los cuadros de Melilla fue que empezaron a llegar mandos forzosos, que solo deseaban encontrar un «destino» tranquilo y esperar que finalizara su plazo de mínima permanencia para volver a sus puestos en provincias.

Además, la vida cuartelera y la inactividad llevaron a que algunos mandos desatendieran sus deberes militares e incluso, que cayeran en prácticas

¹⁰ ALBI DE LA CUESTA, Julio. *En torno a Annual*. Servicio de Publicaciones de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa. Madrid, 2016, p. 295.

¹¹ *Gaceta de Madrid*, núm. 81, de 30 de junio de 1918: «Ley aprobando las bases para la reorganización del Ejército, contenidas en el Real Decreto de 7 de marzo del año actual», pp. 823 a 841. Madrid, 2018.

corruptas, lo que los hizo perder prestigio y ascendencia a ojos de la tropa, que no los reconocían ni como líderes ni como ejemplo a seguir. No obstante, en la guarnición también había muchos excelentes oficiales, como se demostraría en los días difíciles de Annual. Estos mandos sí que supieron hacerse con sus unidades e incluso llegaron a sacrificarse para que sus hombres sobrevivieran, existiendo numerosos testimonios que muestran a oficiales dando su vida para salvar la de un soldado, y viceversa.

En cuanto al terreno en el que se aventuraba Silvestre, el Rif era una zona casi desconocida para los españoles, sin cartografiar, montañosa, con profundas gargantas y desfiladeros ideales para emboscadas, solo con caminos difícilmente transitables y con un clima extremo.

El plan que tenía el Comandante General consistía en ocupar, en una primera fase, Dar Drius, pasado el río Kert, para desde allí iniciar una acción política que atrajera a las cabilas próximas y crear una línea de posiciones a partir de Drius hacia la costa, con ello quedarían aisladas las cabilas de los belicosos Beni Said; en fases posteriores de la campaña se iniciaría otra serie de acciones que, sobrepasando Izumar, Annual y el Río Amekran, se alcanzara una línea sobre la margen derecha del río Nekor, como paso previo para llegar al objetivo final, la Bahía de Alhucemas, en la zona de los Beni Urriaguel.

Aunque la empresa emprendida por Silvestre era arriesgada y todo presagiaba un fracaso, desde que se inició el avance en mayo de 1920 y hasta junio de 1921 las fuerzas españolas llevaron a cabo una progresión fácil, relativamente rápida y casi sin oposición. Durante el avance de unos 130 kilómetros sobre el Rif, fue estableciendo una línea de 144 posiciones fortificadas y pequeños fuertes (Blocaos) para controlar a las tribus levantiscas, y con la acción política obtuvo acuerdos de sumisión con algunas cabilas, aunque cometiendo con ellas el grave error de dejarlas a retaguardia sin desarmar, e incluso reforzando su armamento, ya que a partir de los acuerdos se las consideraba aliadas.

El problema del despliegue era que, por un lado, las posiciones necesitaban para su defensa ser guarnecidas por una gran parte del contingente y por otro, que la distancia entre los emplazamientos no permitía, generalmente, un apoyo mutuo, por lo que con fuerzas tan repartidas no era posible tener una reserva de entidad suficiente como para hacer frente de manera eficiente a una reacción enemiga. Además, Silvestre no podía contar con refuerzos exteriores a la Comandancia en caso de necesidad, ya que, como ya se ha dicho, Berenguer no quería prescindir de tropas en la zona de Yebala, al considerar que su prestigio estaba comprometido en esa campaña y además, el Gobierno también era reacio a enviar más fuerzas desde la Península a Melilla por el coste político que una medida como esa podría tener.



Fig. 6. Los generales Silvestre y Navarro [MUE- 120225]

Para emplazar los blocaos y posiciones se tuvieron en cuenta consideraciones tácticas, aunque en numerosas ocasiones se situaron sin una lógica bien definida, ocupando posiciones propuestas por los cabecillas locales para no contradecirlos. Normalmente se elegían lugares dominantes, pero sobre crestas topográficas, lo que los hacía más vulnerables y en emplazamientos muy mal comunicados, lo que impedía el refuerzo. Pero el mayor problema del despliegue era que no se atendió a consideraciones logísticas, sobre todo por la falta de agua en los destacamentos, lo que obligaba a ir a por ella casi a diario con reatas de mulas, exponiéndose constantemente a las emboscadas de los tiradores rifeños, que con sus fusiles Remington 71/89 de calibre 11 mm causaban estragos.



Fig. 7. Fusil Rémington 71/89 de 11mm [MUE- 92904]

Aunque en España se veía con optimismo las operaciones del Ejército en Melilla, el Comandante General había ido acumulando errores. A los ya citados de dispersar sus fuerzas en una serie de posiciones aisladas y mal fortificadas y de dejar armadas a las cabilas a su retaguardia, añadió que, debido a una información muy deficiente, menospreció el potencial de su oponente.

Tras la primera fase del avance, en mayo de 1921, el grueso del ejército español estaba ya en el campamento instalado en la localidad de Annual, emplazamiento de muy difícil acceso y dominado desde numerosos puntos. Desde allí se esperaba lanzar la ofensiva final sobre el río Nekor, como paso previo a la ocupación de la Bahía de Alhucemas. En torno al campamento había pequeños fortines de defensa y en la costa se habían ocupado Afrau, en los primeros meses de 1921, y posteriormente Sidi Dris, avanzadilla en la costa al oeste del río Amekrán¹².

¹² Nota del autor: En el *Croquis de la Ciudad de Melilla de 1921*. Autor: Capitán de Estado Mayor, Rey Pastor, Alfonso. Servicio Geográfico del Ejército, y en otras muchas publicaciones, el río Amekran aparece con la denominación de Uad El Kebir.

La posición de Annual había sido ocupada el 15 de enero de 1921. Situada a unos seis kilómetros del Río Amekran, se extendía por una serie de lomas donde se asentaban tres campamentos unidos entre sí por varios caminos. El campamento principal estaba establecido sobre una loma alargada y en él se encontraba el regimiento de Infantería «Ceriñola» n.º 42. Su fortificación consistía en un parapeto rodeado de una alambrada de tres filas de piquetes en todos sus frentes. En este campamento estaba la Artillería, emplazada en un reducto en lo alto de la loma. El segundo campamento estaba en una elevación situada a la derecha del camino a Dar Buyam¹³ y su fortificación era muy escasa, lo ocupaban las tropas del Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas «Melilla» n.º 2; el tercer campamento, construido a la izquierda del camino a Dar Buyam y también poco fortificado, alojaba al regimiento de Infantería África n.º 68. Annual estaba rodeada por una serie de posiciones cuya guarnición se encomendó al Regimiento de «Ceriñola» con unos 2.000 hombres en total.

A finales de mayo, una delegación de la cabila de los Tensamán, habitantes de la región situada entre los ríos Amekrán y Nekor, convenció a Silvestre para que cruzara el primer río y estableciera una posición en el Yebel Dar Uberrán o monte Abarrán. Los contactos se habían establecido a través del comandante Villar, que a mediados de febrero había sustituido en el trato con las tribus locales al coronel Morales, mucho más experimentado y conocedor de los rifeños que su sucesor. Tras mucho dudar y con la opinión en contra de algunos de sus asesores, entre ellos la del coronel Morales y la del jefe de operaciones de la Campaña, el teniente coronel Dávila, el Comandante General de Melilla se decidió e informó a su jefe y amigo, el Alto Comisario de España en Marruecos, el cual, según numerosas fuentes, le autorizó a ocupar la posición a vanguardia.

Para este nuevo emplazamiento partió el 1 de junio el comandante Villar con 1.481 hombres y 485 cabezas de ganado. Cuando la columna llegó a la posición comprobaron que la ubicación elegida no era la adecuada, ya que: no había aguada próxima; no había piedras para fortificar, solo tierra y que ésta también era inútil, porque los sacos terreros que llevaban estaban podridos.¹⁴ Aun así, y desoyendo el comandante Villar los consejos de sus colaboradores e incluso los del caíd de los Tensamán, Haddur Boaxa, que lo acompañaba, ese mismo día se estableció una base muy rudimentaria e insegura en Abarrán, que quedó al mando del capitán de Regulares Juan Salafraña Barrio, el cual contaba con la harka amiga de Tensamán, que lo había acompañado, unos 200 policías indígenas y unos 50 soldados españoles.

¹³ Nota del autor: Denominación según el croquis anteriormente citado, en otras publicaciones aparece como Dar Buymeyan.

¹⁴ PANDO, Juan: *Historia secreta de Annual*. Ed: Temas de Hoy, p. 125. Madrid, 1999.

Por la tarde de esa misma jornada, nada más retirarse el grueso de la columna, llevándose todas las ametralladoras, los rifeños Beni Urriaguel atacaron la posición, uniéndose a los atacantes la mayoría de los marroquíes de la defensa, que desertaron y degollaron a sus oficiales. Los de Silvestre sufrieron 141 bajas, incluyendo a todos los oficiales, a excepción de, según la leyenda, uno de los pocos laureados por los hechos de aquel día, el teniente de Artillería D. Diego Flomesta Moya, del que se dijo que se dejó morir de hambre antes de enseñar a los rifeños a usar los cañones capturados, aunque las fuentes documentales indican que murió como consecuencia de las heridas que había recibido defendiendo heroicamente sus cañones en la posición de Abarrán¹⁵.

Esta masacre tenía que haber servido de advertencia sobre la potencia real del enemigo al que se enfrentaban los españoles, pero el aviso fue desoído y la pérdida de la posición se consideró como un revés al que no se le dio demasiada importancia, ni por parte del Ministerio, ni por parte del Alto Comisario, más preocupado por su campaña contra los Beni Arós que por las acciones en el Rif.

Envalentonado Abd el Krim con la victoria de Abarrán, dirigió sus fuerzas hacia la posición costera de Sidi Dris, siendo inicialmente rechazado por la defensa llevada a cabo por los españoles que ocupaban el reducto, mandados en aquel momento por el comandante D. Julio Benítez. Posteriormente, el 22 de julio, la posición fue atacada de nuevo por las fuerzas rifeñas y tomada el 25, tras tres días de combates. La mayor parte de los 265 defensores españoles resultaron muertos, 30 fueron hechos prisioneros y 12 lograron ser evacuados por barcos de la Armada española desplazados al lugar.

A pesar del fracaso inicial en Sidi Dris, la toma de Abarrán por Abd el-Krim le mostró a los rifeños que era posible vencer a los españoles y en pocos días los efectivos a su disposición pasaron de 3.000 a 11.000 hombres. Silvestre no supo darse cuenta de la peligrosidad de su oponente y no adoptó ninguna medida de seguridad complementaria, limitándose a ocupar Igueriben el 7 de junio de 1921, como punta de lanza en su avance hacia Alhucemas, dándole inicialmente el mando de la posición al comandante Mingo, que poco después fue remplazado por el comandante Benítez, que tan bien había sabido defender la posición de Sidi Dris. La guarnición de Igueriben se componía de dos compañías de fusiles del Ceriñola, una sección de ametralladoras del mismo cuerpo, la 1ª Batería Ligera, unos cuantos policías indígenas y tres telegrafistas¹⁶.

¹⁵ *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*. «Recompensas: Real Orden de concesión de la Cruz Laureada de S. Fernando al teniente D. Diego Flomesta Moya». Madrid, *Diario Oficial* nº 142 de 29 de junio de 1923, p. 1230.

¹⁶ ALBI DE LA CUESTA, Julio: obra citada, p. 256.

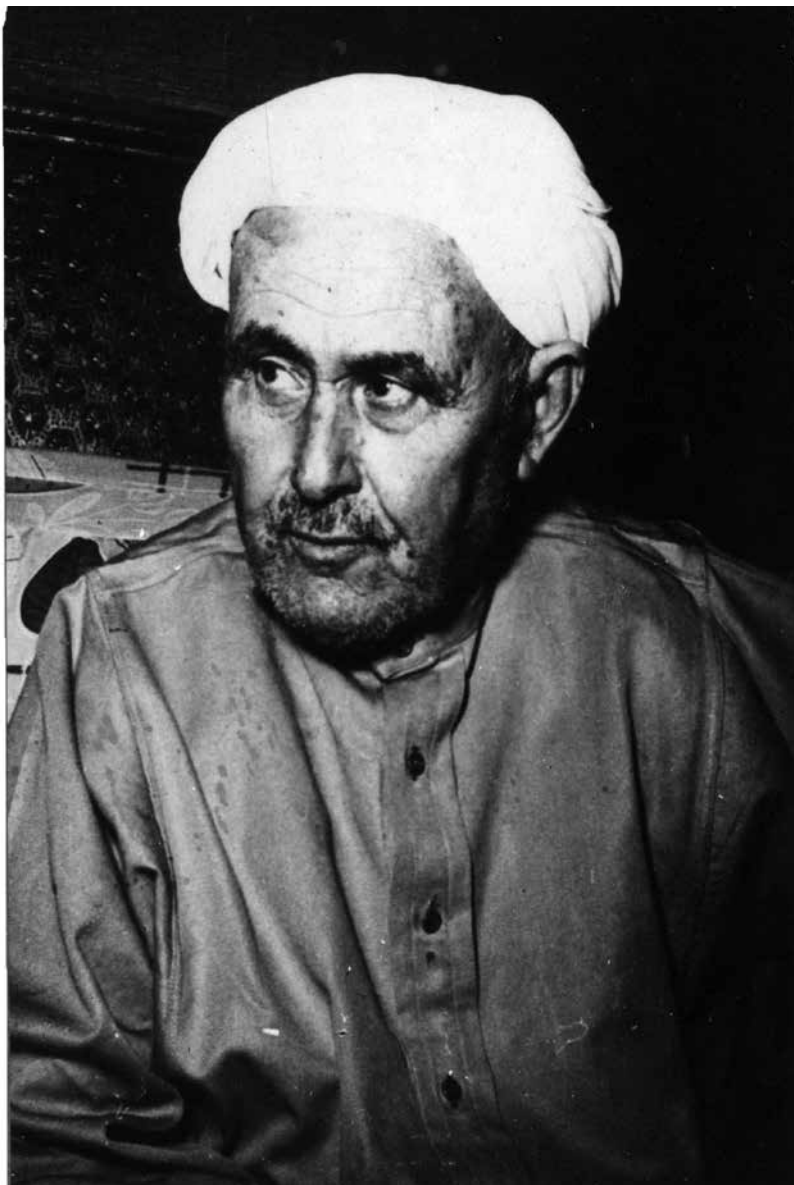


Fig. 9. Abd El Krim [MUE-31353]

Y fue Igueriben la siguiente posición que atacó Abd el-Krim. El líder de la cabila de los Beni Urriagel, con el apoyo de otras tribus rifeñas, que en teoría eran aliadas de España, lanzó un ataque sobre todas las líneas españolas. Igueriben no tardó en quedar sitiada. El 17 de julio Abd el-Krim inició el asalto, y la posición cayó después de tres días de duro y heroico combate y del intento de refuerzo con tres columnas que fueron incapaces de auxiliar la posición.

Ante la imposibilidad del aprovisionamiento, el general Silvestre dio la orden de evacuar y los supervivientes de la defensa así lo hicieron, al amparo de los que se quedaron para proteger la retirada, entre los que se encontraba el jefe de los sitiados. En su puesto, sin abandonar la defensa y protegiendo a sus hombres falleció el comandante Benítez víctima de las balas enemigas, después de emitir sus famosos comunicados en los que decía: *«Los oficiales de Igueriben mueren, pero no se rinden»* y el postrero, en el que pedía: *«Sólo quedan doce cargas de cañón, que empezaremos a disparar para rechazar el asalto. Contadlas, y al duodécimo disparo, fuego sobre nosotros, pues moros y españoles estaremos envueltos en la posición»*¹⁷.

En el intento de retirada también brilló otro héroe de Igueriben, el capitán Federico de la Paz Orduña, que sostuvo con su fuego la retirada de la guarnición y, después de inutilizar las piezas y los cierres de su batería, fue de los últimos en retirarse al mando de la retaguardia, llegando al cuerpo a cuerpo hasta caer muerto. Su hermano Miguel, también capitán, había muerto en la protección del último convoy que intentó auxiliar la posición.

La mayor parte de los restos de la guarnición de Igueriben murió al intentar replegarse sobre Annual, llegando vivos al campamento español solo unos doce o dieciséis hombres, según las fuentes, lo que fue el presagio de la derrota posterior, ya que la caída de esta posición, tan heroicamente defendida, fue el detonante que hizo cundir una total desmoralización entre las tropas españolas.

Tras la caída de Igueriben, Abd el Krim concentró a la mayor parte de sus fuerzas alrededor del campamento de Annual, llegando a calcularse sus efectivos en unos 18.000 rifeños. En el campamento español se habían ido reuniendo 5.346 hombres, de los cuales unos 2.000 eran indígenas.

Ante la falta de agua en el campamento y la imposibilidad de conseguirla, así como el anuncio de la llegada de refuerzos a Abd el Krim con dos nuevas columnas de unos 2.000 hombres cada una, armados muchos de

¹⁷ Nota del autor: Hay historiadores que definen estos mensajes como otra «leyenda» más de aquella campaña, al no existir fuentes documentales que los sustenten y basarse en tradiciones y en algunos testimonios no demasiado fiables de supervivientes, pero lo que nadie pone en tela de juicio es el comportamiento heroico del comandante Benítez.

ellos con el fusil Lebel, mucho mejor que el Mauser español, tras muchas dudas y consultas, Silvestre ordenó evacuar, anunciando su intención de replegarse a los destacamentos de Ben Tieb y Dar-Drius, posición esta última que reunía las características para albergar gran cantidad de tropa y con el abastecimiento de agua muy fácil. El problema era que la salida en esa dirección era muy complicada, y extremadamente vulnerable, ya que estaba continuamente dominada desde las alturas.



Fig. 10. Fusil LEBEL Mod 1886 [MUE- 33964]

La retirada comenzó el día 22 a las 11:00 horas: estaban previstas dos columnas, una con la impedimenta y otra para el grueso de la tropa, los heridos y el armamento pesado. Para proteger la retirada, las alturas al norte del difícil paso de Izummar, de seis kilómetros de longitud, fueron encomendadas a las tropas indígenas, pero estas las abandonaron, matando a sus oficiales y se pasaron al enemigo, el cual las ocupó rápidamente. Las alturas al sur del camino fueron encomendadas a los Regulares del comandante Llamas, que las mantuvo evitando así un mayor desastre.

Cuando las tropas españolas abandonaron el campamento, empezaron a recibir disparos desde las alturas dominadas por los rifeños. En ese momento colapsó la moral y comenzó el caos, los convoyes logísticos y de personal se mezclaron en desorden, los oficiales perdieron el control y la retirada se convirtió en una desbandada en desorden bajo fuego enemigo, donde el armamento, el material y los heridos fueron abandonados a su suerte.

Aunque la retirada de aquel día y posteriores hasta llegar a Monte Arruit fue caótica y la conducta de muchos mandos y tropa totalmente reprobable, hay que hacer constar que en el ejército que retrocedía había dos tipos de combatientes bien diferenciados: de un lado, un tropel de hombres de todas las categorías, que habían perdido el valor y el espíritu militar; de otro, un grupo de soldados que mantuvieron la moral, con jefes sobresalientes que supieron mandarlos. Hay que dejar constancia de que este último grupo merece el reconocimiento que generalmente se les ha negado, al hacer extensivo a todos los que participaron en la retirada la conducta condenable del primer grupo.

En las cuatro horas aproximadas que duró esta primera parte de la retirada desde Annual murieron un total de unos 2.500 españoles, a los que

hay que sumar los 1.500 ocupantes de otras posiciones y blocaos que fueron aniquilados por los rifeños. El general Silvestre, que aún estaba en el campamento cuando comenzó el desastre, murió en circunstancias no esclarecidas oficialmente¹⁸, y sus restos nunca fueron encontrados.

Las pocas fuerzas que quedaron vivas tras el abandono de la posición de Annual, bajo el mando del general Navarro, segundo jefe de la Comandancia de Melilla, huyeron en dirección de Ben Tieb, donde inicialmente estaba previsto que se reagruparan y se hicieran fuertes, pero las primeras unidades que pasaron en desbandada no se detuvieron allí, y en vista de que solo contaba con dos secciones, el capitán Lobo, jefe de la posición, decidió por propia iniciativa replegarse sobre Dar Drius, desatendiendo la protección de la retirada de los muchos rezagados que aún quedaban.

Drius era una posición bien fortificada y con agua disponible, pero, desmoralizados y sin espíritu de lucha, los restos del ejército de Melilla tampoco se defendieron allí, si no que continuaron en su huida hacia las posiciones de El Batel y Titsutin, donde una nueva desbandada desorganizó aún más la retirada.

En medio de ese caos, se dio un nuevo gesto de heroísmo que permitió que muchos de los soldados que huían desde Dar Drius se pudieran poner a salvo. Para proteger a sus compañeros, el Regimiento de Caballería Alcántara, mandado por el teniente coronel Primo de Rivera,¹⁹ el cual, tras arengar a sus hombres gritándoles: *«ha llegado la hora de sacrificarse por la Patria»*, trató de proteger la retirada enfrentándose a las oleadas de indígenas a la altura del río Igán, primero con sus ametralladoras y después con sucesivas cargas de caballería. En este gesto de sacrificio heroico murieron 471 jinetes de los 691 que componían el Regimiento.²⁰

A pesar del heroísmo del Alcántara, en la retirada desde Drius a Arruit hubo 728 desaparecidos, es de suponer que la mayoría muertos, y 139 heridos.

Tras rehuir también la resistencia en El Batel y Titsutin, después de seis días de marcha, los 3.000 hombres que le quedaban a Navarro llegaron al campamento de Monte Arruit, que casi de inmediato fue atacado por los

¹⁸ Nota del autor: Numerosos testimonios coinciden en que el general Silvestre se suicidó, aunque no hubo ningún testigo presencial.

¹⁹ Nota del autor: El teniente coronel Primo de Rivera era el segundo jefe del Regimiento Alcántara, su jefe, el coronel Manella, junto con el coronel Morales, jefe de la Policía Indígena, habían muerto valientemente unas horas antes en Izummar. El cuerpo del coronel del Alcántara nunca fue encontrado, el de Morales fue devuelto por Abd El Krim a los españoles como testimonio de respeto hacia el valor del coronel.

²⁰ Nota del autor: El teniente coronel Primo de Rivera recibió a título póstumo la Cruz Laureada de San Fernando, y en 2012 el Consejo de Ministros concedió la Laureada Colectiva al Regimiento, siendo entregada por el rey D. Juan Carlos I el día 1 de octubre de 2012.



Fig. 12. El general Navarro [MUE- 120213]

rifeños que venían persiguiéndolos. Las fuerzas acogidas a Arruit eran los 2.201 hombres válidos y 252 heridos y enfermos que venían con Navarro, a los que había que sumar los 964 combatientes que ya estaban en Monte Arruit, 60 de la guarnición y el resto huidos de otras guarniciones.

Tras la caída de Nador, de la que se hablará con posterioridad, el día 9 de agosto, el general Berenguer, viendo la imposibilidad de supervivencia de la posición de Monte Arruit, autorizó la rendición de una guarnición desmoralizada, agotada y al borde de la insurrección, a pesar de que ese día había empezado a llegar a Melilla un refuerzo de 25.000 soldados desde Ceuta y desde la Península.

Se pactó con los rifeños la entrega de las armas a cambio de respetar la vida de los soldados, pero esto no se cumplió y, cuando las tropas españolas iban a partir hacia Melilla, después de haber sido desarmados, los rifeños atacaron, fusilando o degollando a casi todos. Solo sobrevivieron 60 hombres de los más de 3.000 que se refugiaron allí.

Poco antes de esta matanza, el 3 de agosto, Zeluan se rindió, siendo los supervivientes degollados y los oficiales quemados vivos. Del resto de las guarniciones y blocaos solo unos pocos defensores lograron escapar con vida y regresar a Melilla.

Aunque hay diferentes versiones, según el «Expediente Picasso», investigación oficial que se abrió con posterioridad para delimitar responsabilidades, la terrible derrota se saldó con 13.363 muertos –10.973 españoles y 2.390 indígenas–. A las pérdidas humanas se añadieron las de material militar –20.000 fusiles, 400 ametralladoras, 129 cañones, aparte de municiones y pertrechos– y la destrucción de las infraestructuras.

Después del desastre, Abd el Krim se encontraba más fuerte que nunca y los españoles recluidos en su antigua plaza de soberanía. Melilla estaba cercada y fueron necesarios muchos esfuerzos y hechos heroicos de sus defensores, como el del Blocao de la Muerte, para impedir que la ciudad norteafricana cayera en manos rifeñas aquel fatídico 1921.

En los meses siguientes Abd el-Krim extendió su dominio por todo el Protectorado Español, creando la República del Rif, que llegó en 1924 a la cumbre de su poder, acabando su existencia en 1925, con el éxito del Desembarco de Alhucemas, que permitió pacificar la zona en menos de un año y restituir la autoridad española en el Protectorado.

El desastre de Annual es una de las páginas más tristes de la historia del Ejército Español y tuvo serias consecuencias políticas y militares. En el aspecto político, como ya se ha dicho, propició la Dictadura de Primo de Rivera y posteriormente el exilio de Alfonso XIII y la proclamación de la Segunda República; en el plano militar acarreó reformas, entre las que se

encontró el afianzamiento de la recién creada Legión Española, inicialmente denominada «Tercio de Extranjeros», cuerpo de voluntarios que se instauró a semejanza de la Legión Extranjera Francesa para responder con la profesionalización al malestar existente por las levas para el Ejército de África y poder contar con unidades con la preparación y moral necesarias para hacer frente a la dureza de los rifeños.

3. LA BRIGADA DISCIPLINARIA DE MELILLA

Todas las unidades que componían la guarnición de Melilla sufrieron graves pérdidas en aquellos pocos días de la retirada de Annual, pero una de las que sufrió un castigo más severo, debido a sus especiales características, fue la Brigada Disciplinaria de Melilla, de cuyo sacrificio poco se ha dicho, puede que porque en su momento, no se quisiera hablar de heroísmo de «disciplinarios» cuando el sentimiento de vergüenza era generalizado en España.

El origen de las unidades de tropas en el norte de África, constituidas por personal sentenciado, se remonta al siglo XVIII, siendo el antecedente de la Brigada Disciplinaria la Compañía Fija de Melilla, formada con soldados voluntarios y penados de buena conducta que habían combatido en la defensa de la ciudad contra el cerco que sufrió ésta por las tropas del Sultán de Marruecos entre 1694 y 1698.

Pero según nos narra el académico D. Celestino Rey Joly en el prólogo de su Historia de la Brigada Disciplinaria:

«Esos soldados, que olvidando un día sus deberes y apartándose por un momento de la senda de la rectitud y de la moral profesional incurrieron en faltas que la ley severa de la disciplina castrense castigó con el rigor de los Códigos especiales, sentenciándoles al duro servicio disciplinario, supieron en toda época lavar su culpa ofrendando a la Patria su vida en gestos de gallardas bizarrías y esfuerzos de valor, tejiendo laureles inmarcibles que enaltecieron su conducta moral. .../...»

«Con su sangre regaron los campos fronterizos, peleando siempre en las vanguardias de las columnas en las lides guerreras que aquí sostuvieron las patrias armas. Y modernamente, cuando se rompió el cinturón que, oprimía a Melilla e impedía la expansión a la que teníamos derecho, fueron los disciplinarios los que llevaron nuestra bandera a la Restinga y al Zoco de la Arbaa de Arkeman y la hicieron tremolar victoriosa después en la cumbre del Atalayón y del Gurugú.»²¹

²¹ REY JOLY, Celestino: *La Brigada Disciplinaria de Melilla*, pp. 2 y 3. Biblioteca Central Militar. MADRID, 1922.

Tras la denominación de su primera época, la Unidad Disciplinaria tendría otros muchos nombres y organizaciones, hasta que, en su séptima época, en 1908, adoptó el nombre de Brigada Disciplinaria de Melilla.

Según Real Decreto de 13 de enero de 1908, debido a la escasez de personal, el Batallón Disciplinario de Melilla se redujo y adoptó su nueva denominación. Su composición se fijó en dos compañías y Plana Mayor. Las compañías tenían en plantilla un capitán, dos tenientes, dos alféreces, un sargento 1º, cuatro sargentos, cinco cabos primeros, cinco cabos, tres cornetas, un educando de banda, cuatro soldados de 1ª y un número de soldados proporcional a los efectivos de la Brigada en cada momento, pero, que generalmente no sobrepasaba los cien.

Con esta reorganización se modificaba la orgánica de los Cuerpos Disciplinarios, pero se mantenía el Reglamento dictado el 23 de febrero de 1880 para organización, régimen y gobierno de los Cuerpos Disciplinarios y disposiciones complementarias posteriores.

En el Reglamento se establecía en su artículo 1º que: *«el objeto de los cuerpos de disciplina es corregir y moralizar a aquellos individuos de tropa de las diferentes Armas e Institutos del Ejército que por sus vicios, faltas o malos antecedentes merezcan ser separados de sus cuerpos respectivo, pasando a servir en la conducción de penados, y sufrir el trato relativamente duro y pena personal a que se hayan hecho acreedores.»*²² Los penados podían ser destinados a los cuerpos de disciplina por sentencia, tras la comisión de alguna falta que estuviera castigada con esta pena en el Código de Justicia Militar, o por haber estado condenados a prisión por algún delito del Código Penal en el momento de ser llamados a filas.

Pero en los cuerpos disciplinarios no solo había soldados penados, sino que el Reglamento establecía que se podía admitir soldados voluntarios e incluso, si no hubiera soldados suficientes, destinar tropa de reemplazo. Los cabos 1º, cabos o soldados de primera podían proceder de los soldados voluntarios o de reemplazo por ascenso de estos, pero en ningún caso de los penados, así mismo, los penados tampoco podían ocupar puestos en las planas mayores o ser ordenanzas.

En cuanto a los jefes, desde coronel a comandante, el Reglamento decía que para ser destinados a las unidades disciplinarias: *«serán elegidos por sus condiciones especiales de instrucción, carácter y energía, como por cualquiera otra circunstancia que los haga dignos de ser preferidos, y cuyo nombramiento se verificará de Real Orden, a propuesta del Director General de Infantería.»*

²² *Reglamento de cuerpos disciplinarios*, aprobado por Real Orden de 23 de febrero de 1880 (C.L. nº 75).

Para los capitanes, subalternos –tenientes y alféreces– y sargentos, la reglamentación especificaba que: *«serán escogidos entre los de Infantería, quedando a cargo del Director General del Arma el que la elección recaiga en sujetos en los que a firmeza de carácter y conducta irreprochable reúnan mucha aptitud para el mando, a fin de que sepan conciliar el rigor de la disciplina con la dignidad y buen ejemplo que tan poderosamente influye en la enmienda de los penados.»*

Para los mandos se establecieron unos plazos de mínima permanencia de tres años y se ponía la limitación de que los oficiales destinados tenían que tener al menos 25 años de edad y seis años de antigüedad en el servicio.

Las condiciones de vida de los integrantes de la Brigada Disciplinaria de Melilla eran muy duras. La tropa, según marcaba el Reglamento, *«deberá estar ocupada el mayor tiempo posible en ejercicios doctrinales, en aprender las obligaciones que le competen y muy especialmente las leyes penales y el código penal, así como a aprender a leer y escribir bajo la supervisión de sus oficiales.»*

Los penados tampoco podían disfrutar de paseo hasta que no llevaran dos años en el cuerpo, ni podían disfrutar de permiso salvo por enfermedad. Además, el Reglamento establecía que *«la fuerza de estos Cuerpos será siempre empleada en los servicios más penosos y difíciles, y nunca en los de mayor descanso»*.

En un cuerpo de tales características, los oficiales y suboficiales también llevaban una vida mucho más dura que la de los otros cuerpos. A cambio, tenían unas ciertas ventajas, como que al haber finalizado el destino podían elegir donde querían ir destinados; también estaba reglamentado que *«A los jefes oficiales y clase de tropa servirá de mérito y recomendación el haber servido en cualquiera de los cuerpos disciplinarios el tiempo que en este se previene y a entera satisfacción de sus superiores»*; además, a los tres años en el cuerpo se les concedía la Cruz al Mérito Militar de la clase establecida para premiar servicios especiales. Por último, en atención a las «especiales condiciones» en que tenían que vivir los jefes, oficiales, capellán, médico, armero, sargentos y cabos de la unidad disciplinaria de Melilla tenían un plus económico bastante sustancioso.

Cuando la Unidad Disciplinaria de Melilla adoptó el nombre de Brigada Disciplinaria de Melilla, continuó participando en todos los hechos de armas que, debido a la actividad de las cabilas rifeñas, se producían en la Plaza. Así, estando basada en el Campamento Avanzado del Hipódromo, el 14 de febrero de 1908, con sus dos compañías bajo el mando de su jefe, el teniente coronel D. Venancio Álvarez Cabrera, participó, junto con otras unidades de la Plaza, en la ocupación de la Restinga, operación dirigida directamente por el Comandante General de Melilla, general Marina Vega, primera operación de expansión de la Plaza tras la Conferencia de Algeciras.

Tras diferentes vicisitudes, enfrentamientos y demostraciones de fuerza ante los rifeños, el día 9 de Julio de 1909, cuando el general Marina salió de la plaza de Melilla con una columna para restablecer el orden en la zona, iniciándose así la Campaña de Melilla, primer conflicto armado del reinado de Alfonso XIII, la Brigada Disciplinaria iba como vanguardia de la fuerza. Enseguida empezaron a recibir fuego enemigo, teniendo que desalojar varios adueros y tomar al arma blanca la posición de Sidi Musa, donde murió el primer «disciplinario» de esta campaña en el enfrentamiento cuerpo a cuerpo. El avance continuó bajo intenso fuego rifeño, ocupándose sucesivamente la posición de la Segunda Caseta y la de Sidi Ahamed El Hach, hasta que el día 12 ocupó la posición del Atalayón. En la operación murieron un teniente, un soldado y resultaron heridos otros catorce. En los días siguientes fueron atacadas las posiciones que defendían los disciplinarios en Sidi Ahmed y la avanzada de Sidi Alí por unos 5.000 rifeños, pero, a pesar de la superioridad enemiga, la Brigada mantuvo las posiciones, aunque tuvo que pagar el precio de numerosas bajas.

El día 23 de julio, la Brigada participó en los combates de «los lavaderos del mineral» y protegió la retirada de las tropas españolas con un comportamiento que se definió como heroico. En esa acción perdieron la vida un teniente y dieciocho disciplinarios y resultaron heridos cincuenta y cinco integrantes de la Brigada. Ese día, en la retirada, perdieron la vida setecientos españoles.

El día 26 de julio, a las órdenes directas del general Marina, la Brigada participó en la protección de la retirada del Barranco del Lobo. Durante los días siguientes llevó a cabo la protección de varios convoyes bajo intenso fuego enemigo, sufriendo numerosas bajas, hasta que el día 20 de septiembre intervino en los combates de Taxdir, donde ocuparon la posición de Ad La Hail.

El día 28 de septiembre, la Brigada, junto a una unidad de Policía Indígena, emprendió la marcha hacia el Gurugú, llegando a ocuparlo y defenderlo, aunque con posterioridad, debido a la gran superioridad del enemigo, tuvo que retirarse de forma ordenada y teniendo solo dos bajas.

Así narraba en 1922 el historiador de la Brigada Rey Joly aquella gloriosa jornada en la que el Cuerpo ocupó el Gurugú:

«A las 4 de la mañana siguiente a cuya hora se emprendió la marcha en unión de la Policía Indígena a las estribaciones del Gurugú y difícil acceso a las lomas hasta llegar a las crestas más altas, coronando las alturas de Basbel a las 7,50 el primer Tte. D. Manuel Rivero Artó que con 6 soldados y 5 moros constituían la punta de la vanguardia; dicho Oficial hizo [sic] en aquella cima la bandera española, que fue saludada con frenético entusiasmo, reuniéndose poco después en aquella altura el resto de la fuerza.

Cupo pues, a esta BRIGADA DISCIPLINARIA la honra de ser el Cuerpo cuyas fuerzas clavaron por primera vez la enseña nacional en el macizo montañoso del Gurugú, como el año anterior le había cabido igualmente el honor de tremolarla en le Restinga, primer punto de costa rifeña ocupado por las tropas españolas.»²³

Como prueba del esfuerzo y sacrificio de la Brigada Disciplinaria de Melilla, señalar que al inicio de la campaña de 1909 su composición era de 16 jefes y oficiales y 190 de tropa. De ellos fueron baja entre muertos y heridos 5 oficiales y 82 sargentos y clases de tropa, lo que supone más de un 42% de bajas en los cuatro meses que duró la campaña.

En este caso su heroísmo fue reconocido, ya que se le concedieron las siguientes distinciones: el teniente coronel jefe de la Brigada fue ascendido a coronel por méritos de guerra y además se le concedieron dos Cruces al Mérito Militar con Distintivo Rojo y una de María Cristina; a los 16 jefes y oficiales se les concedieron tres ascensos por méritos de guerra, 11 Cruces de María Cristina, treinta Cruces al Mérito Militar con Distintivo Rojo de distintas clases y una Mención Honorífica; tres sargentos fueron ascendidos a oficial por méritos de guerra y los 190 sargentos y tropa recibieron un total de 598 Cruces de Plata al Mérito Militar con distintivo Rojo entre pensionadas y no.

Esta profusión de condecoraciones y ascensos hizo que la Brigada Disciplinaria de Melilla, a pesar de su dureza y riesgo, empezara a ser un destino a considerar por los jóvenes oficiales que desearan progresar rápido en el escalafón, ya que las posibilidades de ascensos por méritos de guerra y de obtener condecoraciones se habían visto muy limitadas tras la pérdida de los territorios de ultramar y a que: *«Los mundos marroquíes aparecieron, para la atribulada España castrense de principios de siglo, como un lugar de redención donde recuperar la necesaria convicción del militar que, si necesita de la gloria, también necesita sentirse útil ante su conciencia histórica.»²⁴* No obstante, el deseo de progresar en el escalafón por méritos en campaña desaparecería con la ya citada Ley de Bases de 1918.

Una vez finalizada la conocida como «Guerra de Melilla», la Brigada continuó participando en todos los enfrentamientos que se dieron contra los rifeños, destacando entre 1911 y 1912 su intervención en la Campaña del Kert. Durante esta campaña, los miembros de la Brigada brillaron especialmente en la toma de las posiciones de Monte Arruit y Beny Bu Gafar, por las que los disciplinarios recibieron nuevas recompensas y honores.

²³ REY JOLY. Celestino: obra citada, p. 83, año 1922.

²⁴ PANDO, Juan: obra citada, p. 79, año 1999.



Fig. 13. Placa de la Gran Cruz de Isabel la Católica, del general Marina [MUE-25498]

Durante los años siguientes la Brigada estuvo ocupando permanentemente posiciones de riesgo en las que tenía que mantener frecuentemente enfrentamientos con los rifeños, enfrentamientos que se fueron haciendo cada vez más frecuentes y virulentos.

El 25 de mayo 1920, el teniente coronel jefe de la Brigada, junto con su Plana Mayor y sección de destinos, recibió la orden de trasladarse a Nador, población de la que fue nombrado Comandante Militar y donde estaba al iniciarse la retirada de Annual. En ese momento, la Brigada era una de las unidades con más escasez de efectivos de la Plaza ya que, de 21 jefes y oficiales en plantilla, estaban presentes en la unidad 15, y de 223 de tropa, solo tenía 123, de ellos 26 presos y arrestados²⁵, por eso se inició un tímido intento de refuerzo de la unidad con nuevos destinos, entre ellos el del teniente Fernández Ferrer.

Cuando se inició el repliegue desde Annual, la 1ª compañía de la Brigada se encontraba prestando su servicio en Mehayast. La posición se había establecido el 11 de enero de 1921 como avanzada ante la ocupación de Afrau, al día siguiente, y de Annual, cuatro días después, su objetivo era dar seguridad a la retaguardia de la línea de posiciones avanzadas españolas.

Mehayast estaba asentada en la cabila de los Beni Ulixech, en la cumbre del Yebel Azrú, de 1.150 metros de altitud. Su acceso se hacía desde Ben Tieb por un camino de herradura.

La posición, a 20 de julio de 1921, se componía de 2 tenientes –José Torre Aránega y Francisco Núñez Cabaleiro–, cuatro sargentos, cinco cabos y treinta soldados, además de un sargento y un soldado de la 2ª compañía agregados y una estación de radio.

Debido a su elevada posición, los disciplinarios tenían visión sobre Annual, Igueriben e Izummar, por lo que vieron el humo del incendio del campamento de Annual, la retirada de las tropas por el camino de Izummar y el incendio de esta última posición. Ante la retirada generalizada que estaban presenciando, consultaron a la posición de Ben Tieb sobre la actitud a adoptar. Como ya hemos visto, Ben Tieb fue abandonada por su guarnición, por lo que los disciplinarios no recibieron respuesta y se vieron forzados a defenderse en la posición, intercambiando fuego con el enemigo.

Comprobando la escasez de sus tropas, y al ver que se habían quedado solos tras el repliegue de las otras guarniciones más a vanguardia, el teniente Torre, jefe de la posición, decidió evacuarla, inicialmente sobre Ben Tieb, creyendo que aún estaba ocupada. Al salir del parapeto recibieron un fuego muy intenso, lo que les obligó a detenerse, cuando apenas habían recorrido un kilómetro, para defenderse agrupados. No obstante, rodeados de enemigos, tuvieron que separarse en grupos y decidieron dirigirse a la

²⁵ ALBI DE LA CUESTA, Julio: obra citada, p. 295

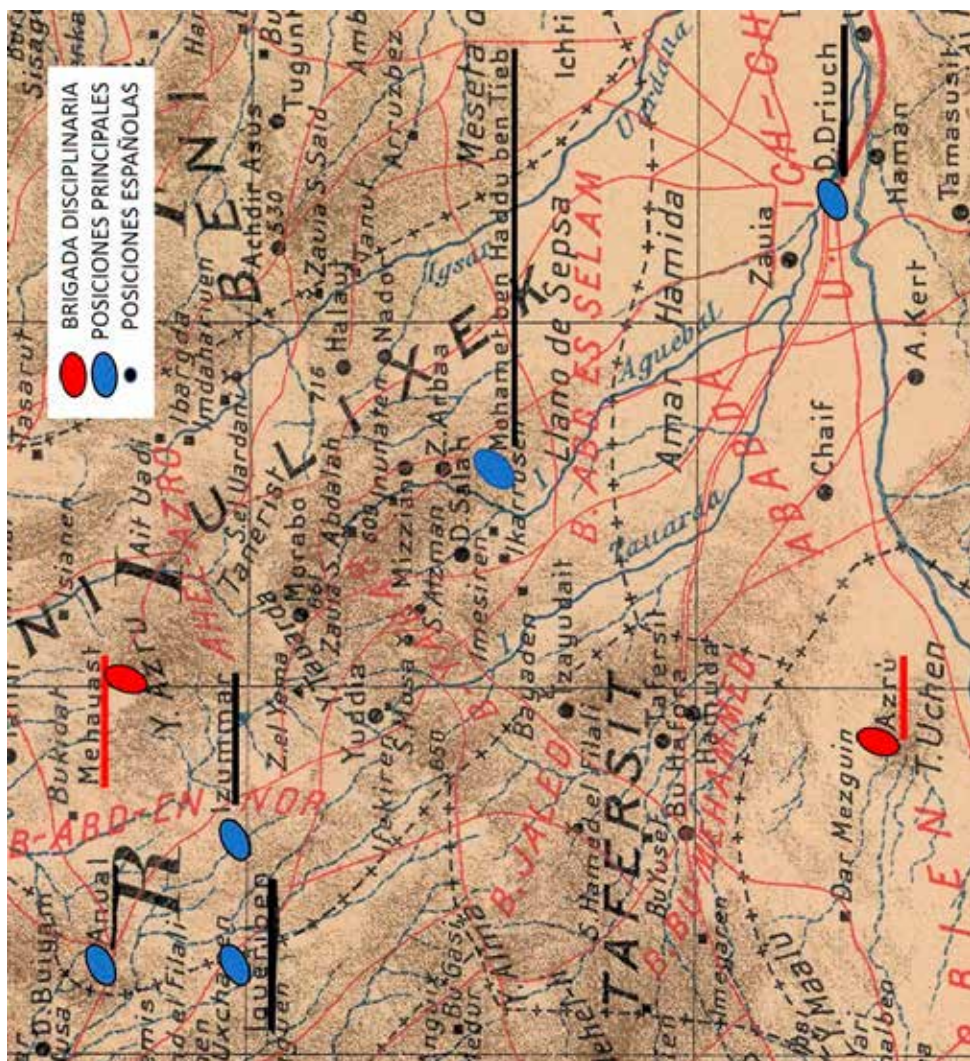


Fig. 14. Despliegue de las compañías de la Brigada Disciplinaria en 1921

posición costera de Sidi Dris, al ver que el avance a Tieb era imposible, pero finalmente fueron dispersados completamente y muertos o hechos prisioneros la mayoría. Solo muy pocos, entre ellos el teniente Núñez Cabaleiro,²⁶ lograron llegar a la posición de Quebdani.

Los cautivos vagaron por la zona con grupos dispersos de rifeños que pedían rescate por ellos. Al final, la mayoría de los cautivos, algunos capturados varias veces, acabaron en Annual, escapando solo un cabo que logró evadirse.

La segunda compañía de la Brigada Disciplinaria ocupaba la posición de Azrú, que pertenecía a la circunscripción de Dar Drius. La posición estaba formada por un parapeto irregular de piedra que seguía el contorno de la cumbre y se prolongaba hacia el Sudoeste por un muro alto con banquetas, que enlazaba la posición con una avanzadilla situada en un espigón. Estaba guarnecida por 108 hombres, de los que dos eran tenientes –Antonio Martín Rodríguez y Julio Galván García– así como 66 de tropa de la Brigada Disciplinaria. El resto de la fuerza la componían una Sección de la 3ª Compañía del 3er Batallón del Regimiento San Fernando n.º 11, al mando del teniente Fernando Casalini Redondo, con un total de 25 de tropa; un destacamento de la 4ª Batería de la Comandancia de Artillería, al mando del teniente Manuel González Valía, con dos piezas Krupp de 8 cm y un destacamento de telegrafía óptica.

Al recibir la orden de retirada hacia Cheif, para posteriormente dirigirse a Drar Drius, destruyeron las piezas de Artillería y los materiales de la posición, iniciando la marcha hacia donde se le había ordenado, pero al ver humo en la posición de Cheif, decidieron dirigirse directamente a Drius por las posiciones Ain Kert y Tamasusin. Al llegar al cauce del río Kert los españoles fueron atacados desde ambos flancos por los rifeños y por una fuerza de caballería de desertores de la Policía Indígena, la cual cargó contra los disciplinarios, produciéndoles muchas bajas y dispersándolos, no obstante, continuaron defendiéndose en grupos aislados hasta que la mayoría murió. Los que pudieron continuar la retirada intentaron acogerse a otras posiciones que creían españolas, pero ya estaban ocupadas por los rifeños y la mayoría fueron abatidos. Solo consiguió llegar a Nador un sargento herido, Juan López González, que fue evacuado desde Dar Drius, y un cabo que llegó a Drius, marchando posteriormente con la columna del general Navarro a la posición de Monte Arruit, donde murió en su defensa.

En las declaraciones que hicieron algunos prisioneros supervivientes, hay indicios de que el teniente de Artillería de la posición, el teniente González Valía, podría haber caído prisionero y posteriormente asesinado «por

²⁶ Nota del autor: Aunque el *Expediente Picasso* no cita el nombre, el teniente superviviente fue Francisco Núñez Cabaleiro, ya que aparece como desaparecido en el D.O. del Ministerio de la Guerra de 18 de septiembre de 1922, siendo ya capitán y destinado en el Regimiento de S. Fernando.

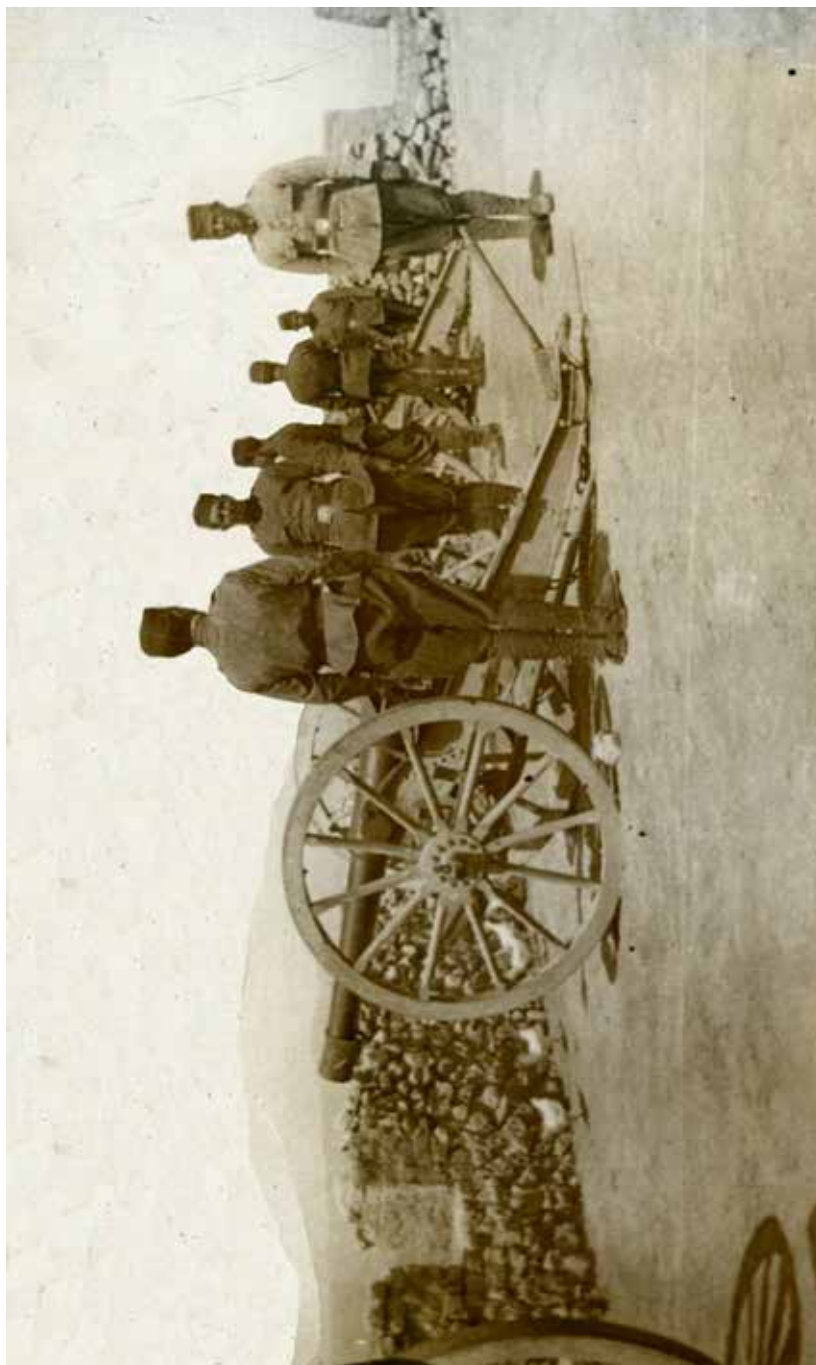


Fig. 15. Posición artillera en el Rif [MUE-120226]

no querer disparar bien» contra los sitiados en Monte Arruit,²⁷ pudiendo haberse confundido esta historia con la del teniente Flomesta, debido al cúmulo de detalles coincidentes existentes entre ambas.

Como ya se ha dicho, al empezar la retirada de Annual, el Mando y Plana Mayor de la Brigada Disciplinaria se encontraba en Nador, de donde era Comandante Militar el jefe de la Brigada, D. Francisco Pardo Agudín. En las primeras horas de la retirada, la ciudad de Nador empezó a recibir soldados que huían en desbandada hacia Melilla, lo que alarmó a la población, que también empezó a evacuar la ciudad con todos los medios disponibles.

El Comandante Militar tomó precauciones y distribuyó en el poblado las fuerzas con las que contaba para la defensa de los habitantes de la Plaza. Los defensores procedían tanto de unidades del Ejército como de la Guardia Civil, más unos pocos soldados que logró retener de los que huían. La guarnición estaba compuesta, al iniciarse el repliegue, por la ya citada Plana Mayor de la Brigada Disciplinaria, al mando del comandante Juan Almeida Vizcarrondo, con el comandante Wenceslao Sahún Navarro, siete oficiales, entre ellos el capitán Joly, y 26 soldados, todos ellos en destinos administrativos. También había una sección de la 1ª Compañía Provisional del regimiento de Infantería Ceriñola n.º 42, con 46 soldados; un puesto de la 3ª Compañía de la Guardia Civil con 24 guardias y un puesto de la 2ª mía de la Policía Indígena con 23 policías de Infantería y 33 de Caballería.

Esta ciudad no estaba fortificada, ya que desde que la frontera se adelantó al Kert, tras la campaña de 1911, se pensaba que Nador era una plaza muy segura por estar tan próxima a Melilla.

El día 24 de julio, una vez evacuados los 140 heridos que había en la enfermería, así como la mayor parte de la población civil en el último tren que pudo salir hacia Melilla y en un convoy por carretera, y ya bajo un intenso fuego enemigo, se ordenó el repliegue de todas las fuerzas hacia la Fábrica de Harinas, llevándose las municiones y armas que pudieron y destruyendo el resto. El teniente coronel quería defenderse en este emplazamiento que, junto con la iglesia, eran los lugares más adecuados para ello.

Dentro de la fábrica, el Comandante Militar distribuyó las fuerzas en tres grupos, mandados por el comandante Juan Almeida Vizcarrondo, el comandante Wenceslao Sahún Navarro y el capitán Celestino Rey Joly, posterior historiador de este y otros muchos episodios de la Historia de España en el norte de África. En el interior de la harinera se encontraban un total de 191 personas: los 184 combatientes que quedaban, militares y paisanos, más tres policías marroquíes prisioneros, dos mujeres y dos niños. Ese día comenzó el asedio de la fábrica de harinas de Nador, que duraría hasta el día 2 de agosto.

²⁷ ALBI DE LA CUESTA, Julio: obra citada, p. 453.

Los españoles se habían encerrado en el edificio sin suficientes municiones ni víveres, que empezaron a escasear desde el primer día. Tan solo contaban con la harina de cebada y el trigo que había en la fábrica, por lo que conscientes en la Comandancia General de lo complicado de la situación de la guarnición sitiada, la noche del 25 al 26 de julio, desde Melilla, se envió un convoy marítimo con suministros para los defensores, pero fue descubierto por los rifeños y la acción de apoyo fracasó.

La falta de agua empezó a sentirse desde el día 27 de julio, pues ese día los sitiadores cortaron la tubería de suministro, por lo que los defensores tuvieron que empezar a hacer uso del agua de un pozo salobre que había en el interior de la fábrica.

El 29 de julio se inició el cañoneo sobre Nador, inicialmente con poco acierto, pero poco a poco mejoraron la puntería, hasta que el día 31 ya disparaban con gran eficacia. Ese día los rifeños presentaron una oferta de capitulación, pero el general Berenguer la rechazó. Ese rechazo provocó que la noche del 1 de agosto se recrudeciera el fuego de nuevo, el cual fue muy intenso hasta la madrugada del día 2.

Tras diez días de dura defensa y no pudiendo resistir por más tiempo, ya que se habían agotado las municiones, los alimentos y el agua, con un olor insoportable por la descomposición de los cadáveres y con el edificio en estado ruinoso por efecto de la Artillería y minas enemigas, los supervivientes tuvieron que capitular el 2 de agosto de 1921.

La evacuación se efectuó en la forma pactada, dirigiéndose la fuerza al Atalayón, llevando sus enfermos y heridos. Los marroquíes se apropiaron de unos 150 fusiles, la mayor parte inutilizados, y unos 3.000 cartuchos. La guarnición de Nador sufrió las bajas de un jefe, el comandante Sahún, un oficial, cinco de tropa y tres paisanos, muertos; un jefe, cuatro oficiales europeos y uno marroquí, treinta y seis de tropa y un paisano, heridos.²⁸ La capitulación de Nador fue la única que respetaron los rifeños de todas las que hubo en la retirada de Annual.

Los supervivientes recibieron el sobrenombre de los «héroes de Nador», proponiéndose que se les concediera la Cruz Laureada de San Fernando, pero no la recibieron, a pesar de que hasta el Rey había felicitado a los defensores.

Tras la evacuación de Nador, los restos de la Brigada Disciplinaria se concentraron en el Hipódromo para reorganizarse con los pocos efectivos que le quedaban, que en esencia eran los supervivientes de Nador y algunos recién incorporados, entre ellos el teniente Fernández Ferrer.

²⁸ SERVICIO HISTORICO MILITAR, obra citada. Tomo III, p. 456.

4. EL TENIENTE FERNÁNDEZ FERRER

D. José Fernández Ferrer nació en Granada el 26 de junio de 1894. Aunque sin tradición militar en su familia, su padre era un reputado comerciante del centro de la ciudad granadina, ingresó en la Academia de Infantería de Toledo el 28 de agosto de 1912, cuando contaba 18 años de edad, prestando juramento de fidelidad a la Bandera el 13 de octubre de ese mismo año.

Continuó cursando sus estudios en el Alcázar de Toledo hasta el 24 de junio de 1915, fecha en la que fue promovido al empleo de segundo teniente de Infantería. La concepción de la conducta del teniente Fernández Ferrer durante su periodo académico, según figura en su hoja de servicios, es de sobresaliente.²⁹

Su primer destino como oficial fue en el Regimiento de Infantería América 14, de guarnición en Pamplona, donde permaneció hasta que fue destinado por Real Orden de 21 de octubre de 1915 al Regimiento de Infantería Granada n.º 34, de guarnición en la Plaza de Sevilla. En esa plaza estuvo hasta junio de 1916, cuando fue destinado al Regimiento de Infantería Córdoba n.º 10 basado en la Plaza de Granada.

El 23 de junio de 1917 fue declarado apto para el ascenso a primer teniente de Infantería, empleo éste que alcanzó, por «antigüedad en propuesta extraordinaria», el 28 de junio, continuando en su destino.

Ese mismo año, con motivo de la Huelga General Revolucionaria del 13 de agosto, su compañía fue destacada a Jaén, provincia donde las protestas estaban siendo especialmente virulentas en las cuencas mineras. Una vez de regreso a Granada, partió hacia Valdemoro para tomar parte en un curso en la Escuela Central de Tiro.

Con motivo de las protestas estudiantiles del 11 de febrero de 1919, en las que murieron tres personas, fue declarado el estado de guerra en la Plaza



Fig. 16. Fotografía del álbum de la promoción del teniente Fernández Ferrer

²⁹ AGMS: *Hoja de servicios del teniente de Infantería d. José Fernández Ferrer*. Ref: 1093 AGMS 9ª CAJA 2024 EXP 16378.

de Granada, prestando la unidad del teniente Ferrer sus servicios de mantenimiento del orden en la ciudad durante las jornadas de protestas ciudadanas que siguieron a aquella triste jornada. Aquel mismo año, fue nombrado en el Regimiento Córdoba 10 profesor encargado de la Academia de Cabos de la Unidad, ayudante del primer batallón y Juez Instructor del Cuerpo.

En abril de 1919 se le concedió Real Licencia para contraer matrimonio con D^a María del Amor Hermoso Tovar Valdespino, con la que se casó ese mismo mes y con la que tuvo un hijo en 1920 y una hija póstuma poco después de su muerte en Melilla.

Por Real Orden de 16 de enero de 1920 se le concedió la aptitud para el ascenso a capitán cuando por antigüedad le correspondiera.

Por Real Orden Comunicada de 28 de marzo de 1921 fue destinado a la Brigada Disciplinaria de Melilla, unidad que, como ya se ha dicho, necesitaba urgentemente refuerzos por la falta de personal que sufría. El teniente se incorporó el 11 de abril. Su presentación fue en la plaza de Nador, donde en aquel momento estaba la Plana Mayor de Mando de la Brigada y enseguida fue enviado, según su hoja de servicios, al blocao de Azmi³⁰.

Los motivos por los que fue destinado a la Brigada Disciplinaria pueden ser varios, pero todos dentro de la especulación, ya que no hay evidencia documental que los corroboren. El teniente Fernández Ferrer tenía unas excelentes calificaciones y contaba con la opinión de sus jefes que lo definían como «inteligente y cumplidor», encajando su perfil con el exigido en el Reglamento de los Cuerpos Disciplinarios para ser destinados a ellos como subalterno y al que ya se ha hecho referencia con anterioridad. Según sus calificaciones el teniente cumplía estas condiciones, además, su hoja de castigos estaba escrupulosamente limpia y había realizado el curso de árabe y hablaba francés, lo que lo hacían especialmente apto para ocupar destino en las unidades del norte de África como teniente y posteriormente, tras su inminente ascenso, continuar en el destino hasta cumplir sus tres años de permanencia.

Dentro de la incomprensible avalancha de permisos que se concedieron en Melilla poco antes del repliegue de Annual, el teniente Ferrer marchó desde su destacamento el 7 de Julio de 1921 para disfrutar de 25 días de permiso en la Península. No completó su permiso, como recoge su hoja de servicios, sino que se incorporó el 26 de julio a un destacamento de la Plana Mayor de la Brigada en Melilla, ya que la mayor parte de ésta aún se encontraba en Nador.

³⁰ Nota del autor: No se ha encontrado referencias de esta posición en el listado de posiciones defensivas en las fechas del repliegue de Annual. La de nombre más parecido a la señalada en la hoja de servicio del teniente Ferrer es la de Azib, muy próxima a la posición de Azrú, ocupada por la Brigada Disciplinaria, por lo que podía haber sido este el primer destino del teniente en el Rif.

La suerte hizo que el teniente no estuviera presente en el territorio nor-afriicano durante los durísimos días de la retirada de Annual, en los que su Brigada fue prácticamente exterminada, pudiendo así salvar de momento su vida. Pero las hostilidades continuaban y la situación era desesperada para la plaza de Melilla, cercada por los rifeños y en esas circunstancias, lo poco que quedaba de la Brigada Disciplinaria, incluido el teniente Fernández Ferrer, volverían a ser empleados en los puestos de mayor riesgo y fatiga.

5. EL BLOCAO DE LA MUERTE

En Historia es frecuente que, por determinados intereses, hechos que está totalmente probado que se dieron, se narren de forma cada vez más deformada, hasta que esa versión distorsionada prende en un sector importante de la población que empieza a darla como absolutamente cierta. Las campañas de África no se vieron libres de este fenómeno, y en un periodo tan revolucionario como en el que se produjeron, muchos de los hechos fueron presentados a la opinión pública de forma que sirvieran a determinados intereses partidistas. Con un público como el español, tan proclive a destacar lo malo de nuestra Historia y dado a infravalorar nuestras gestas, la versión más oscura del conjunto de aquellos hechos, utilizada antaño como arma política contra los gobiernos de turno, es la que ha quedado en la memoria colectiva.

También se dio el caso, al igual que se dio en otras guerras, que alguno de los episodios gloriosos u operativos, que está documentalmente comprobado cómo se produjeron, por determinados intereses políticos, propagandísticos, corporativistas o simplemente periodísticos, fueron presentados ante el gran público, entonces y después, revestidos de detalles marginales, no exactos, que los distorsionaron hasta que, en parte, se convirtieron en mitos.

A título de ejemplo, centrándonos en los casos de hechos gloriosos posiblemente distorsionados por el tiempo y por los narradores, volveremos sobre la historia ya citada de la muerte gloriosa del teniente de Artillería Flomesta en la defensa de la posición de Abarrán. Está totalmente probado que el teniente Flomesta murió gloriosamente, ya que los documentos del juicio contradictorio³¹ que se celebró para la concesión de la Laureada recogen declaraciones de testigos que afirman que el teniente:

«después de agotada la munición de las piezas que mandaba, sosteniendo la defensa del frente atacado con preferencia por el enemigo, que llegó a las

³¹ Nota del autor: Un juicio contradictorio es el proceso que se instruye a fin de justificar el merecimiento para ciertas recompensas.

alambradas, y a pesar de estar herido, y sin consentir ser curado, organizó la de los demás frentes, por haber sido muertos o heridos todos los demás oficiales que guarnecían dicha posición, armando a los artilleros que quedaban útiles, e imponiéndose a los indígenas que se resistían a cooperar, inutilizó por sí una pieza y ordenó que se inutilizaran las demás cuando el enemigo se disponía a atacar la posición, permaneciendo en el puesto de inminente peligro que su honor militar le señalaba, haciendo personalmente fuego de fusil hasta que, invadida la repetida posición por el enemigo, fue nuevamente herido, muriendo gloriosamente.»³²

Simultáneamente, se dieron otros relatos de prisioneros que afirmaban haber visto, o haber oído contar, que algunos artilleros, incluido un teniente de ese Arma, habían muerto por no querer enseñar a los rifeños a usar los cañones. Estos testimonios posiblemente dieron lugar a unir ambas historias y a que la muerte del teniente Flomesta pasara a ser legendaria, mientras que la de otros artilleros cayera en el olvido, como la del desconocido teniente de Artillería González Valía, agregado a la segunda compañía de la Brigada Disciplinaria en la posición de Azrú, del que existen testimonios sobre su muerte por no querer enseñar a los rifeños a usar los cañones. En ambos casos es innegable que los dos oficiales murieron gloriosamente y que merecen todo nuestro reconocimiento. Lo que sí que se podría poner en duda, desde un punto de vista de la veracidad histórica, son algunas de las circunstancias de sus muertes por no estar adecuadamente documentadas, y son estas circunstancias las que convierten a unos en mitos y a otros los condenan al olvido.

Con Dar Hamed se dio algo parecido. Existen numerosos relatos sobre lo que sucedió en la defensa del Blocao de Dar Hamed, sobre todo narrando la actuación de los legionarios que al mando del soldado de primera Suceso Terrero acudieron a apoyar al teniente Fernández Ferrer y a los disciplinarios sitiados, o a retirar los heridos que ya tenían, según la versión que se lea.

En aquel momento, el Tercio de Extranjeros era un cuerpo que se estaba empezando a asentar y necesitaba héroes que lo prestigiaran. En 1921 pocas habían sido las ocasiones de forjar la leyenda de una unidad creada en 1920, por lo que estos primeros hechos de valor y de aparente desprecio a la muerte, fueron magnificados por los fundadores de la Legión para empezar a prestigiarla. Aunque poco después, fueron tantos los hechos de heroísmo protagonizados por los legionarios a lo largo de su historia, que su prestigio y su leyenda quedó plenamente asentada

³² *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*: Do. 142 de 29 de junio de 1923. Recompensas, p. 1230.

A raíz de la defensa de Dar Hamed, el teniente coronel Millán Astray, fundador de la Legión, dijo del ya ascendido a título póstumo cabo Suceso Terrero:

«¡Legionarios! Hemos pasado de mil bajas en combates [...] Entre los primeros están como los más preclaros héroes de la Legión los legionarios que, al mando del cabo Suceso Terrero, marcharon voluntarios al blocao de la Muerte, en Melilla, y en él perecieron gloriosamente entre sus escombros cuando fue destrozado por el cañón enemigo; estos heroicos legionarios cumplieron con “el espíritu de acudir a fuego” que nos manda nuestro credo. [...] Seguid el camino emprendido, no olvidéis nuestro credo, y acometed siempre al enemigo por mucho y pujante que sea; no abandonéis al caído en el campo, hasta perecer todos, quereos como hermanos; acudid a la voz de “A mí la Legión” a defender al que os llame; marchad sin fatiga; no os quejéis jamás; trabajad con fe, ayudando a todo el que pida ayuda a la Legión. Acudid al fuego, como hizo el cabo Terrero, con los 15 inmortales. ¡Caballeros Legionarios! Seguid el camino emprendido, seguid combatiendo con bravura legionaria.»

La historia del cabo Terrero, tal y como se contó, encarna todos los valores que en aquellos inicios de la Legión querían inculcar los fundadores a sus miembros, recogidos en esa arenga del entonces teniente coronel Millán Astray. Por eso, se le dio a la gesta de aquellos legionarios defensores del blocao la difusión que tuvo y pasó a ser una leyenda legionaria, llegándose a cambiar el sobrenombre de «el Malo», que tenía el blocao de Dar Hamed, por el de «Blocao de la Muerte», más acorde con la iconografía legionaria, y mientras se focalizaba la historia en los legionarios, se desdibujaba la imagen de los disciplinarios, que también habían caído en la defensa del blocao con la misma valentía que aquellos.

Existen varias versiones escritas sobre la defensa de Dar Hamed, algunas de ellas muy noveladas. Aquí nos centraremos en las que narran algunos documentos oficiales, concretamente las declaraciones del expediente del juicio contradictorio que se siguió para la posible concesión de la Cruz Laureada de San Fernando al teniente Ferrer y la hoja de servicios de éste. También seguiremos el relato de un historiador que oyó de primera mano los testimonios de los supervivientes, el académico y en aquellos años capitán de la Plana Mayor de la Brigada Disciplinaria, D. Celestino Rey Joly. Como apoyo, en determinados detalles, también nos basaremos en la versión que presenta la web oficial del Ejército de Tierra, que, aunque no es coincidente en todos sus puntos con las fuentes documentales oficiales, aporta algunos datos complementarios interesantes procedentes de la tradición legionaria.

A finales de septiembre de 1921, tras la retirada de las posiciones exteriores, la situación era desesperada en Melilla, completamente cercada por los rifeños. En esos momentos, el Gobierno y el Alto Comisario en Marruecos empezaron a acumular en la Plaza unidades procedentes de Ceuta y de la Península para iniciar las operaciones de «reconquista», que deberían empezar por la última ciudad perdida, Nador.

El perímetro exterior de Melilla estaba protegido por una serie de posiciones defensivas y puestos rudimentarios a los que denominaban «blocaos», que eran pequeñas fortificaciones de piedras y sacos terreros, protegidas por alambradas de un metro o metro y medio de altura. También solían tener una cubierta fabricada con láminas onduladas de zinc, que los defensores a menudo quitaban debido al calor que producían al recalentarse con el sol africano.

Defendidos por efectivos muy reducidos, que variaban desde un pelotón hasta una sección, según su importancia, los blocaos eran la avanzadilla que protegía las comunicaciones y los campamentos donde se encontraba el grueso de las unidades. Pero los defensores de los blocaos se encontraban completamente aislados, ya que no estaban comunicados entre sí mediante trincheras, siendo su único enlace con el resto de las unidades el heliógrafo durante el día y la linterna modelo «Magin» durante la noche. Además, sus dotaciones de munición eran muy reducidas, así como sus provisiones, lo que se agravaba con que solían tener problemas para abastecerse de agua.

Uno de estos blocaos era el de Dar Hamed, que se había ganado el sobrenombre de «el Malo», debido a la gran cantidad de sangre que había costado su defensa y a que las condiciones de vida en él eran penosas. Situado sobre la ladera este del monte Gurugú, entre la «segunda caseta» y el blocao de Sidi Ahmet El Hach, tenía una situación de vital importancia para la defensa de Melilla, cubriendo el frente del Barranco de Sidi-Musa, situado al sur del tristemente célebre Barranco del Lobo, así como para asegurar el paso por la carretera de Nador a cualquier columna que intentara recuperar esta ciudad, o simplemente abastecer a otras posiciones más al sureste de Melilla.

La retirada de Annual había producido un gran impacto en la opinión pública española, que criticaba duramente al Gobierno y a los mandos militares, a los que culpaban directamente del desastre. Tanto uno como otros estaban ansiosos por recuperar la iniciativa, empezar la reconquista del terreno perdido y recoger los miles de cadáveres que habían quedado diseminados por el territorio. Por eso, se ordenó que una importante columna formada por las tropas de refuerzo que habían llegado a Melilla, al mando del general



Fig. 17. Construcción de un blocao [MUE-120220]

Sanjurjo, y cuya vanguardia estaría formada por las Fuerzas de Regulares y del Tercio de Extranjeros, saliera de Melilla para empezar la reconquista del territorio perdido durante la desgraciada retirada del mes de Julio.

Basándonos en lo que nos cuenta el académico Rey Joly, sabemos que, con la finalidad de recuperar fuerzas del Tercio para futuras operaciones ofensivas, y proteger el movimiento de las columnas de aprovisionamiento que abastecían a las posiciones establecidas a lo largo de la carretera de Nador, que eran continuamente hostigadas desde las estribaciones del Gurugú, el 13 de septiembre de 1921 la Comandancia General ordenó a la maltrecha Brigada Disciplinaria que cubriera tres posiciones en la línea avanzada de defensa de Melilla: la primera era el Blocao de Dar Hamed, que se encomendó al teniente de Infantería José Fernández Ferrer. El destacamento lo integraban el sargento Aquilino Cadarso, el cabo Sergio Vergara y 17 soldados; también se ordenó relevar la posición de la 2ª caseta del ferrocarril, que se asignó al sargento Segundo Gómez, con 9 de tropa; y el blocao de Sidi Ahmed El Hach, encomendado al sargento Isidro del Valle Jiménez, con catorce de tropa.

Como ya se ha comentado, en aquellos momentos, inmediatamente después de que la Brigada Disciplinaria hubiera sufrido una gran cantidad de bajas durante la retirada de Annual, solo le quedaban disponibles soldados no penados, que estaban en la Plana Mayor y en otros destinos burocráticos, y estos fueron los que se enviaron a los blocaos, constituyendo la guarnición de estas tres pequeñas posiciones casi el cincuenta por ciento de la disponibilidad de suboficiales y tropa de la Brigada.

Al teniente Fernández, como teniente más antiguo de la Brigada en ese momento, le correspondía el honor de cubrir el puesto de mayor riesgo, por lo que fue designado para mandar la defensa del blocao más complicado, «el malo.»

La fuerza destinada a Dar Hamed salió de madrugada del Hipódromo, donde «se alojaban los restos del célebre Cuerpo de Disciplina»³³, llegando a sus inmediaciones por la mañana, no pudiéndose hacer el relevo hasta las seis de la tarde por impedirlo el intenso fuego del enemigo. La Web del Ejército de Tierra nos ofrece un relato amplio de estos hechos que, coincidente en lo esencial con los documentos oficiales, aporta algunos datos complementarios de interés sobre el relevo, el Ejército de Tierra dice lo siguiente:

«Desde la mañana, bien temprano, rompió el fuego el enemigo, que, potente y bien armado, eran dueños de las alturas y cerros que en anfiteatro

³³ Historia del blocao de Dar Hamed «el malo».

www.ejercito.mde.es/Galerias/.../HISTORIA_BLOCAO_DAR_HAMED.

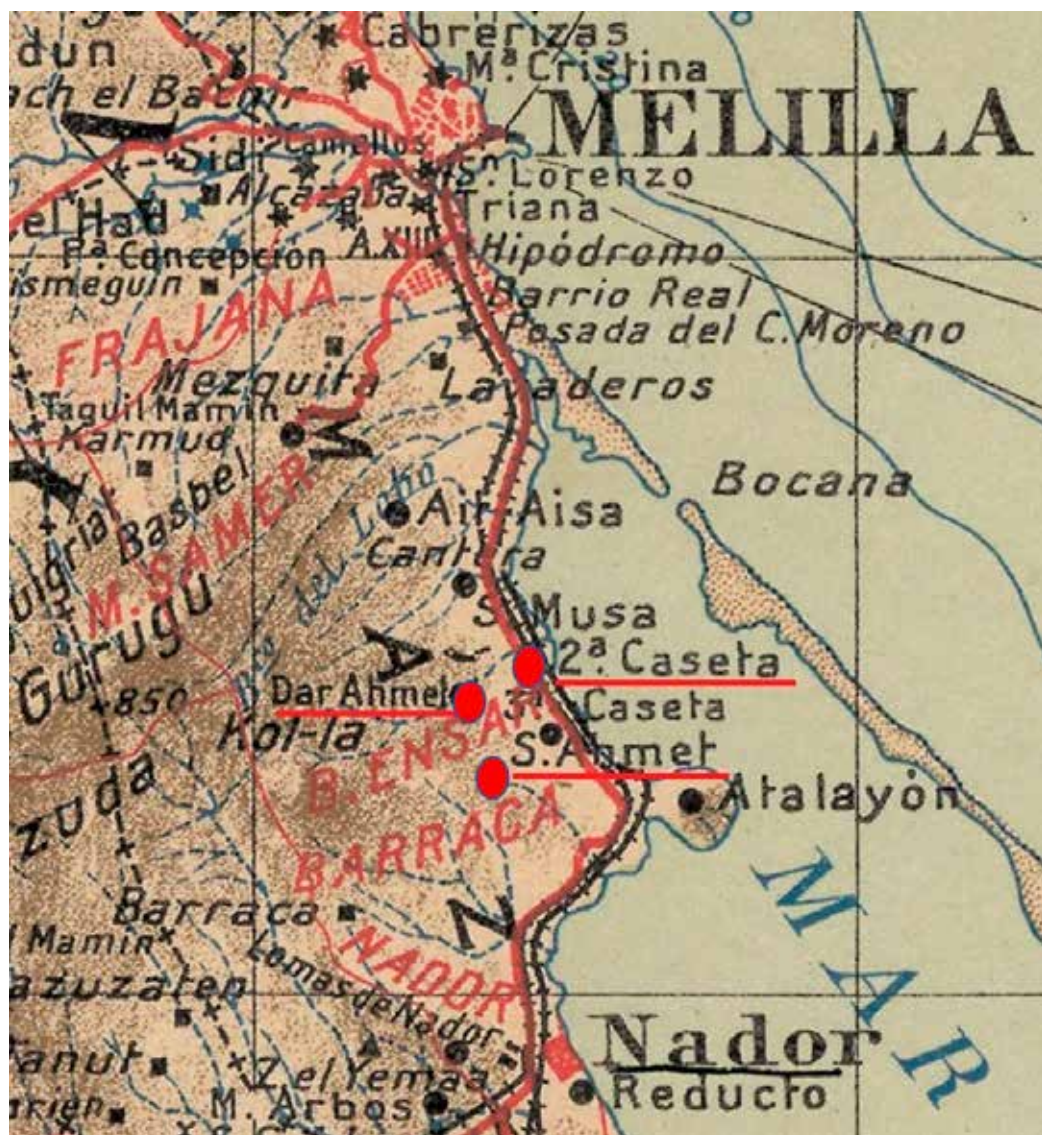


Fig. 18. Posiciones de la Brigada Disciplinaria en la Defensa de Melilla

*circundan el emplazamiento donde estaba el blocao. Con fuego cruzado, intenso y mortífero, hacían dificilísimo, casi imposible, el acercarse al puesto que había que relevar. Todo el día duró el intento, y hasta las seis de la tarde no se logró hacer el relevo, y éste, hombre a hombre, arrastrándose por el terreno, rodando por los barrancos, entrando un Disciplinario y saliendo del blocao un Legionario en la misma forma, desperdigados, a la carrera y con riesgo evidente y serio».*³⁴

Siguiendo con los datos que nos proporciona el entonces capitán de la Brigada Disciplinaria Rey Joly: Una vez completado el relevo y caída la noche, el enemigo empezó a batir el blocao con fusilería y fuego de cañón, y por efecto de ese fuego resultó herido de bala el teniente Ferrer, el cual, posteriormente también recibió una herida en una cadera por efecto de los cascotes y piedras que caían al chocar los proyectiles contra el parapeto. Esos cascotes también hirieron al cabo Vergara en la cara. Otra baja de aquella noche fue un soldado que resultó herido de bala.³⁵

En el expediente del juicio contradictorio seguido para la concesión de la Laureada al teniente Fernández Ferrer, existe un escrito fechado el 23 de junio de 1925 y con referencias del Registro General de Entradas del Ministerio de la Guerra n.º 637 de 25 de junio de 1925, que resume las declaraciones de los testigos supervivientes de la defensa y amplía la información, corroborando que fueron el teniente Ferrer, el suboficial Cadarso y el cabo Vergara los heridos en aquellos primeros compases de la defensa y que aunque estaban heridos, continuaron en su puesto.³⁶

El fuego duró toda la noche, disminuyendo considerablemente a la mañana siguiente, momento que aprovecharon seis soldados voluntarios para salir del blocao y arreglar por el exterior los desperfectos que había causado el fuego artillero. En esa tregua de fuego de cañón, y aunque durante toda la mañana se mantuvo el fuego de fusilería sobre la posición, el teniente Ferrer envió a la «segunda caseta» a un soldado para informar de la situación crítica en la que se encontraban y de que había en la posición heridos. A las tres de la tarde el blocao volvió a ser cañoneado con dos piezas de Artillería que se encontraban emplazadas a corta distancia en las lomas que tenían al frente.³⁷

³⁴ *Ibidem.*

³⁵ Nota del autor: Este dato de Joly parece que es incompleto, ya que, según las declaraciones de los testigos, en ese momento de la defensa fue herido el teniente, posteriormente el cabo, no un soldado, y a continuación el sargento Cadarso.

³⁶ AGMS. *Expediente juicio contradictorio para la concesión de la laureada al teniente Fernández Ferrer (1925)*. Ref. 1093 AGMS 1ª F 757 EXP02.

³⁷ REY JOLY. Celestino (1922): obra citada, p. 107.

Para continuar el relato seguiremos el documento incluido en la Web del Ejército de Tierra, ya que, a partir de tradiciones legionarias, aporta informaciones que no se encuentran recogidas en las otras fuentes usadas para fundamentar la historia. El Ejército de Tierra dice:

«Mientras tanto..., el Teniente de Infantería Don Eduardo Agulla Jiménez-Coronado, que manda las Fuerzas del Tercio de Extranjeros destacadas en el Atalayón, quiere ir en ayuda de los defensores del blocao, y el Mando no le autoriza. Sus hombres son necesarios para la defensa de su propia posición y solamente le permiten destacar en auxilio de aquel un grupo de Legionarios al mando de un Cabo. Forma a su Tropa y comunica su decisión. Todos a una se presentan voluntarios y quieren ser los elegidos. El Teniente escoge a los que cree más decididos. La situación es desesperada, todos lo saben. Las posibilidades de triunfo son escasas. La empresa, antes de iniciarse, tiene en sí la consecuencia cierta de una tragedia. El Teniente Agulla designa al Legionario de Primera Suceso Terreros López, que ya desempeñaba el cometido de Cabo, como Jefe del grupo de los quince Legionarios que han sido elegidos, más que para cumplir con una misión, para cumplir con un rito glorioso y noble: el de la muerte.»³⁸

Según distintas fuentes, los legionarios llegaron al blocao entre las seis y las siete de la tarde. Hay varias versiones de cuantos eran. Algunas fuentes hablan de quince legionarios y otras hablan de dieciséis. Las fuentes más fiables confirman que eran quince legionarios y el cabo interino que los mandaba, es decir un total de dieciséis,³⁹ todos ellos pertenecientes a la 1ª Compañía de la Primera Bandera. En las declaraciones del juicio contradictorio, sobre la incorporación de los legionarios se señala que: *«hubo un momento en que, no reconociendo a los legionarios, dudaron si hacer fuego sobre ellos, tomándolos por enemigos, enterándose afortunadamente de la verdad a tiempo.»⁴⁰* no obstante, dos legionarios resultaron heridos durante su entrada en el blocao debido al fuego enemigo.⁴¹

³⁸ Historia del blocao de Dar Hamed «el malo». Obra citada.

³⁹ Nota del autor: La relación oficial de legionarios fallecidos es la siguiente: Legionario de primera Suceso Terrero López, legionario Lorenzo Camps Puigredón, legionario José Toledano Rodríguez, legionario Gumersindo Rodríguez López, legionario Francisco López Vázquez, legionario Ángel Loring Barber, legionario Rafael Martínez Ródenas, legionario Félix de las Aljeras Alba, legionario Juan Vicente Cardona, legionario Manuel Duarte Sosa, legionario Juan Amorós Lenix, legionario Enrique García Rodríguez, legionario Francisco López Hernández, legionario José Fuentes Valera, legionario Antonio Martínez Mena. Quince, todos ellos fallecidos, a éstos hay que añadir

⁴⁰ AGMS. Expediente juicio contradictorio para la concesión de la laureada al teniente Fernández Ferrer (1925). Ref. 1093 AGMS 1ª F 757 EXP02.

⁴¹ Historia del blocao de Dar Hamed «el malo». Obra citada.



Fig. 19. Uniforme de campaña del teniente Fernández Ferrer [MUE- PRE] 2012-37]

Rey Joly narra de la siguiente forma la entrada de los legionarios y la muerte del teniente Ferrer:

[Los legionarios,] al mando de un soldado de primera, a los que les costó gran trabajo llegar al blocao por que el enemigo lo batía por los cuatro frentes, teniendo que arrastrarse por las cañadas y laderas en guerrillas para poder bajo el fuego de los moros entrar en el blocao; este se defendía con fuego de fusil únicamente por todas las aspilleras, estando herido de bala el teniente Ferrer que tendido en el suelo sobre unos sacos dirigía la defensa animando a los suyos, recibiendo un segundo balazo del que dejó de existir sobre las 9 de la noche.»⁴²

El comandante Joly finaliza el relato completando los hechos ocurridos a partir de la muerte del teniente Fernández Ferrer, aportando en esa narración datos que son de interés para comprender algunos elementos no demasiado claros de las historias que se difundieron después. Es de suponer que estas informaciones se obtuvieron de las declaraciones que hizo el disciplinario Mediel en la Plana Mayor de la Brigada, donde estaba Joly, al día siguiente de la caída del blocao.

El historiador nos señala que, tras la muerte del teniente, el suboficial Cadarso, también herido en la cara muy grave, asumió el mando y continuó haciendo fuego de fusil, hasta que alrededor de las 10 u 11 de la noche murió por efecto del fuego de Artillería. A continuación, el cabo Vergara, herido desde la tarde anterior de cuatro balazos, se hizo cargo de la defensa, muriendo de un quinto balazo sobre la media noche.

Por sucesión de mando, le llegó la hora al legionario de primera Suceso Terrero, que continuó dirigiendo a los escasos supervivientes ante un intenso fuego enemigo, hasta que hacia las tres de la madrugada solo unos 5 o 6 hombres continuaban haciendo fuego con los cartuchos que recogían del suelo, ya que habían agotado las municiones de la dotación, el resto de los defensores yacían muertos o estaban gravemente heridos.

Yoly completa la historia de la heroica defensa añadiendo que:

«Cuando el enemigo notó que esta [la defensa]decrecía por el escaso número de disparos que hacia el blocao, avanzó sobre este en fuerte ataque por todo su frente lanzando cuerdas con piedras atadas a sus extremos que enredándose en la alambrada tiraban de cada cuerda, y desde lejos, un grupo de moros arrancando así la alambrada; dado el asalto asesinaron a los pocos supervivientes desvalijando a cadáveres y heridos y matando a estos a cuchilladas, desparramando por las inmediaciones los cuatro o cinco que

⁴² REY JOLY, Celestino: obra citada. Año 1922, p. 108.

quedaban, de los que algunos perecieron pudiendo salvarse aprovechando la oscuridad de la noche un legionario y el disciplinario Marcelino Mediel, presentándose sobre las 4 de la mañana en la Caseta de donde fue conducido a la Plaza.

Posteriormente se tuvieron noticias que fueron hechos prisioneros por los moros, heridos el soldado de esta Brigada Pablo Jaén Romero y otro de su clase y cuerpo que fueron llevados a Nador por los moros y posteriormente al campamento de prisioneros de Annual⁴³.

Murieron en total en Dar Hamed un oficial, un Suboficial, un cabo y 14 soldados de este Cuerpo mas 14 de la Legión Extranjera⁴⁴ que suman 31 bajas de aquella heroica guarnición que tan bravamente defendió su puesto hasta sucumbir.»⁴⁵

Según otras versiones, más basadas en tradiciones que en fuentes documentales, el legionario de primera Terrero encomendó al Legionario Miralles Borrás y al Disciplinario Mediel Casanova que fueran a la «segunda caseta» e informaran de lo desesperado de la situación. No obstante, en los autos del juicio contradictorio, y basándose en las declaraciones de los dos disciplinarios supervivientes, ya que según se recoge en el folio 138 de esos mismos autos, el legionario Miralles no pudo declarar por haber, según ese documento, **muerto en el hospital** de Ceuta el 13 de junio de 1922, se dice que:

«Poco después parece ser, que ya destruido parte del blokaus, se desplomó parte del techo y entraron los moros arrojando bombas de mano sobre los defensores que quedaban, que únicamente, según se ha dicho, fueron el soldado Mediel y el Legionario Miralles que abandonaron el blokaus marchando al Atalayón y dando cuenta de lo ocurrido, y el soldado Pablo León, que herido fue hecho prisionero y llevado a Axdir con los demás cautivos.

Según declara Mediel, el teniente Fernández Ferrer debió morir antes del ataque final y toma del blokaus por el enemigo, pues dice que antes de suceder esto el declarante lo llamó y no respondió.»⁴⁶

⁴³ Nota del autor: Según la documentación oficial y la declaración de testigos, solo fue hecho prisionero el disciplinario Pablo León, no Pablo Jaén como dice Joly. Probablemente, el disciplinario que no está contabilizado y que sobrevivió es el que el teniente envió a la «segunda caseta» a informar.

⁴⁴ Nota del autor: Este dato incorrecto. Aunque encontrado también en otras fuentes, contradice la versión más extendida de que fueron quince los legionarios fallecidos, lo que dio lugar a leyendas sobre un posible desertor, no corroboradas en ningún momento de forma documental.

⁴⁵ REY JOLY, Celestino: obra citada. Año 1922, p. 108.

⁴⁶ AGMS. Expediente juicio contradictorio para la concesión de la laureada al teniente Fernández Ferrer (1925). Ref. 1093 AGMS 1ª F 757 EXP02. Pág. 138.

Esto se escribía en 1925, sin embargo, en relación al legionario Miralles, cuando se inició el expediente en 1922, hay un escrito de la Alta Comisaría de España en Marruecos, fechado en Ceuta el 22 de junio de 1922 y firmado por el teniente coronel de Caballería Santos del Campo, nombrado juez instructor del juicio contradictorio, en el que transcribe el parte oficial enviado por el Comandante General de Melilla al Alto Comisario en Marruecos el 14 de octubre de 1921, solicitando la apertura de dicho juicio. En él se dice:

*«De las gestiones practicadas para conocimiento de los individuos del Tercio, supervivientes, que pudieran declarar en este expediente, resulta que únicamente uno de los 16 que constituían el refuerzo, .../..., llamado Ernesto Miralles Borrás, aparece como superviviente, .../... no habiéndosele podido tomar declaración por haber sido **licenciado por inútil**, ignorándose el punto donde ha fijado su residencia, por ser datos que en el Tercio de Extranjeros [sic] nunca se toman, según oficios unidos a los folios 23 y 25.»⁴⁷*

Y en lo relativo al abandono de la posición por Mediel y Miralles, el mismo parte del Comandante General decía que:

«Hacia la 1 de la madrugada del día 16 siguiente, comunicó la 2ª caseta que se habían presentado en aquel lugar dos soldados, uno del Tercio y el otro de la Brigada Disciplinaria, de los cuales uno herido, manifestando que el blokaus había sido destruido y que el enemigo se había apoderado de él, y que cuando ellos lo habían abandonado estaban muertos o heridos la mayor parte de los que lo guarnecían, y el armamento inutilizado.»⁴⁸

Lo que contradice claramente la versión posterior y más extendida de que el disciplinario y el legionario fueron enviados por Suceso Terrero a informar y pedir ayuda.

Dar Hamed continuaba siendo indispensable para permitir el acceso de la Columna Sanjurjo hacia el Atalayón, lugar de concentración para el avance futuro hacia Nador, empezando así la reconquista. Por eso, el día 16 de septiembre, a la mañana siguiente del exterminio de la guarnición, la columna mandada por el general Berenguer (Federico) se aproximó al blocao para iniciar su reconstrucción.⁴⁹ Según la tradición legionaria, el primero en entrar en las ruinas del reducto fue el sargento legionario Ruperto Valle Donaire,

⁴⁷ AGMS. *Expediente juicio contradictorio para la concesión de la laureada al teniente Fernández Ferrer (1925)*. Ref. 1093 AGMS 1ª F 757 EXP02. Pág. 238.

⁴⁸ AGMS. *Expediente juicio contradictorio para la concesión de la laureada al teniente Fernández Ferrer (1925)*. Ref. 1093 AGMS 1ª F 757 EXP02. Pág. 238.

⁴⁹ ABC. *Partes oficiales del Ministerio de la Guerra*. MADRID, edición de 17 de septiembre de 1921, p. 7.

acompañado de dos Legionarios, los cuales pudieron comprobar que el blocao estaba completamente destruido, y que entre sus escombros se encontraban los cadáveres de los defensores. Otra versión no confirmada por fuentes documentales fiables dice que, además de los defensores muertos, encontraron a un legionario que, aunque aún no había muerto, estaba agonizante.

La columna Berenguer inició inmediatamente la construcción de una nueva posición defensiva artillada en las proximidades del blocao destruido. Durante todo el día que duró la reconstrucción, el enemigo volvió a hostigar a los constructores y a los que le daban seguridad, costándole esta operación a los españoles cuatro oficiales y diecisiete de tropa muertos, y un jefe, siete oficiales y cincuenta y dos de tropa, heridos.⁵⁰ Ese mismo día los restos de los defensores de Dar Hamed fueron enterrados en un barranco en las proximidades de la posición.

Con la defensa de Dar Hamed puede considerarse que, aunque aún quedaran numerosos cautivos en poder de los rifeños, se daba por finalizada la retirada de Annual y empezaba la reconquista del territorio perdido.

De la gloriosa historia del hoy conocido como «Blocao de la Muerte» y de sus defensores no se hicieron eco los diarios de la época, incluso aquellos días hubo un silencio informativo impuesto por las autoridades. El ABC del 16 de septiembre se quejaba, en un editorial del corresponsal del periódico en Melilla, de la censura informativa. El artículo firmado por Corrochano tenía el sonoro nombre de «No nos dejan ver la guerra».⁵¹ En la edición del día 17 de septiembre incluso se decía, en una noticia fechada el 16, que durante la noche anterior, es decir durante la noche del 15 al 16 de septiembre, noche de la muerte de los defensores de Dar Hamed, el cañoneo enemigo no había causado daño alguno.⁵²

De la muerte del teniente Fernández Ferrer en la heroica defensa del blocao de Dar Hamed daban cuenta muy brevemente los diarios nacionales. Así, el diario ABC en su edición del 18 de noviembre de 1921 informaba de la muerte del teniente, aunque anteriormente, el ABC de 25 de octubre del mismo año daba cuenta de que se había iniciado el juicio contradictorio para la concesión de la Laureada de S. Fernando al teniente Ferrer, junto al comandante Benítez y el teniente Flomesta, pero al defensor de Dar Hamed no se le llegó a conceder.

El periódico que le dedicó una mayor atención al hecho heroico fue el «IDEAL DE GRANADA», que en su edición del día 19 de noviembre de 1921 hacía un detallado relato de lo acontecido.

⁵⁰ Servicio Histórico Militar, obra citada. Tomo III, pp. 494 y 495.

⁵¹ CORROCHANO: *No nos dejan ver la guerra*. ABC, Madrid, edición de 16 de septiembre de 1921, p. 7.

⁵² ABC. *Los cañones del Gurugú*. Madrid, edición de 17 de septiembre de 1921, p. 7.

Los restos del teniente y de los defensores del blocao de Dar Hamed permanecieron enterrados en el lugar de su muerte hasta que, según nos narra la Historia de la Brigada Disciplinaria de Melilla, a través de uno de los testigos del levantamiento de los cadáveres, el entonces capitán de la Brigada y posteriormente cronista del Cuerpo Rey Joly:

«El 17 de agosto [de 1922], tuvo lugar la exhumación de los restos del heroico teniente D. José Fernández Ferrer; desde el enterramiento provisional en que estaban sepultados, en el collado de Dar Hamet, al cementerio de la Purísima Concepción de Melilla; .../... A las nueve de la mañana, se trasladaron en automóviles y camiones, al lugar donde estuvo emplazado el blocao, .../... procediéndose acto seguido a la operación de descombrar y descubrir la fosa, donde apareció el esqueleto del teniente Ferrer, y entre los restos el reloj pulsera que era de oro y lo tenía puesto⁵³, así como un anillo sello del mismo con las iniciales⁵⁴. .../... en la mañana del 18, tuvo lugar el sepelio en la necrópolis de Melilla, diciendo antes en la Capilla del Sagrado Lugar, una misa de Réquiem el Capellán del Cuerpo; a la que asistieron Comisiones de todos los Cuerpos de la guarnición, inclusive Guardia Civil y Compañía de Mar presidiendo el Tte. Coronel primer Jefe, los padres políticos del valeroso Oficial y el Capellán Sr. Alonso, concurriendo toda la oficialidad de la BRIGADA y clases y soldados de la misma, con una sección de los destacados en la Restinga. .../... en la piedra del nicho donde descansan los restos, figura la siguiente inscripción: D. JOSE FERNANDEZ FERRER, TENIENTE DE LA BRIGADA DISCIPLINARIA DE MELILLA. MURIÓ HEROICAMENTE DEFENDIENDO EL BLOCAO DE DAR-HAMED EL 15 SEPTIEMBRE 1921. TUS COMPAÑEROS DE CUERPO.»⁵⁵

Estos serían los únicos reconocimientos que recibiría el teniente. Para los disciplinarios y los legionarios que murieron heroicamente defendiendo el «Blocao de la Muerte» el reconocimiento oficial nunca llegó, ni siquiera para Suceso Terrero que, aunque aclamado como héroe legionario desde entonces, nunca tuvo más reconocimiento oficial que el ascenso a cabo a título póstumo. La Brigada Disciplinaria de Melilla solicitó la Cruz Laureada de San Fernando individual para el teniente Fernández Ferrer y para el suboficial Cadarso, así como una colectiva para los defensores, lo mismo que haría el Tercio para los suyos, ninguna se concedería.

⁵³ Nota del autor: Esta información contradice otras del mismo autor en las que se asevera que los cadáveres fueron desvalijados.

⁵⁴ Nota del autor: El reloj y el anillo continúan en poder de los descendientes del teniente Fernández Ferrer.

⁵⁵ REY JOLY, Celestino: obra citada. Año 1922, pp. 110 y 111.

Como ya se ha dicho, en África se había sido muy pródigo en la concesión de condecoraciones y ascensos. De hecho, entre 1909 y 1913 se habían concedido en el norte de África 132.925 condecoraciones y 1.587 ascensos por «méritos de guerra»⁵⁶. Esta política estaba en revisión, sobre todo debido a la presión de las Juntas Militares, pero fue a raíz de la retirada de Annual cuando se empezó a ser muy parco en la concesión de recompensas y ascensos, aprovechando la sensación de frustración y vergüenza que sentía el pueblo español, que culpaba, en parte, al Ejército del desastre.

A partir de ese momento y, sobre todo, en lo relativo a cualquier hecho de 1921, las recompensas se restringieron al máximo y se buscaba la más mínima excusa para desestimar las propuestas en los juicios contradictorios. Es cierto que se concedieron Cruces de San Fernando, como las del coronel Navarro, teniente coronel Fernando Primo de Rivera y Orbaneja, comandante Julio Benítez Benítez, comandante Juan Velázquez y Gil de Arana, capitán Félix Arenas Gaspar, teniente Diego Flomesta Gil, teniente Vázquez Bernabéu, sargento José López García, cabo Mariano García Martín, cabo Julio Ara Izquierdo, etc., pero fueron muchas más las que se denegaron, como las del coronel Gabriel Morales y Mendigutia, capitán Antonio Escribano Aguado, capitán Mariano Aranguren Landero, teniente Ernesto Nougués y Barrera, teniente Juan Marco Mir, teniente Felipe Peña Martínez, sargento Francisco Basallo Becerra, sargento Emiliano Barnachea Molviedro, guardia segundo Manuel Almarcha García, o incluso al mismo Regimiento Alcántara, para el que su nuevo coronel, Emilio Fernández Pérez, solicitó la Laureada el 20 de abril de 1922 y en principio se le denegó. Tampoco se les concedieron a los defensores de Dar Hamed: el teniente José Fernández Ferrer, el sargento Aquilino Cadarso, el cabo Sergio Vergara o el cabo Suceso Terrero López.

En los juicios contradictorios se dieron casos realmente chocantes, como el de otro héroe olvidado de 1921, el capitán Escribano Aguado, juicio que citamos por su similitud en sus conclusiones con las del teniente Ferrer. Aguado era el jefe de la posición «Intermedia A», que cuando la retirada de Annual, contaba con una guarnición de tres tenientes, 68 infantes, 11 artilleros y 4 ingenieros, de los que solo sobreviviría un soldado que desertó durante la defensa y otro que fue herido y que moriría en Monte Arruit.

Durante la defensa, cuando la posición fue atacada, resistió; cuando Navarro se retira de Dar Drius hacia Arruit, «Intermedia A» queda aislada, pero continúa defendiéndose; después de que Sidi Dris y Afrau caigan el 26 de julio, la defensa se mantiene firme; una vez agotadas las municiones, el capitán pide parlamentar con los asaltantes, pero al ver que querían

⁵⁶ PANDO, Juan: obra citada. Año 1999, p. 39.



Fig. 20. Ruinas de DAR HAMED en 1927 [MUE-120226]

aprovechar la ocasión para quitar las piquetas de la alambrada, manda a los defensores que disparen contra ellos, muriendo por la descarga él y, según testimonios, 80 rifeños, pero al final los atacantes se rehacen y logran barrer la posición. Solo supervivió un soldado que había desertado.

Al igual que en Dar Hamed, la posición no fue ocupada mientras quedaron defensores con vida. En el juicio contradictorio, el fiscal comentaría que: «*Es además muy significativo, y de un valor nada despreciable, los favorables comentarios que, entre los rifeños rebeldes, se hicieron más tarde sobre la conducta de esta posición...*»⁵⁷, añadiendo que «*tan brillante actuación está comprendida en lo previsto en el número 11 del artículo 54 del vigente Reglamento, el cual se fundamenta en sostener con su fuerza, en virtud de orden recibida, el proteger una retirada, sin abandonar la posición aunque ésta sea asaltada o cercada por el enemigo, perdiendo el tercio de su gente*»; pero para no conceder la Laureada se acogieron a que el único testimonio era «deficiente»⁵⁸, ya que se trataba de un desertor.

Con el teniente Fernández Ferrer y sus hombres sucedió algo parecido: murió la casi totalidad en la defensa de la posición; el teniente no entregó el mando incluso después de haber sido herido grave en dos ocasiones; continuó animando y dirigiendo a sus hombres hasta que falleció de una tercera herida y el enemigo no entró en la posición hasta que los defensores estaban todos muertos o tan malheridos que no podían defenderse, no llegando a consolidar los atacantes su conquista.

Sin embargo, en el juicio contradictorio se deniega la concesión de la Laureada aduciendo que: «*por todo lo expuesto, el Fiscal que suscribe, sin dejar de reconocer en el Oficial causante su gran espíritu militar y dotes de mando.../..., hace suya la opinión de los distintos jueces que han actuado en el expediente, pues el artículo al que se refiere Mediel [en su declaración] exige defensa y conservación de un puesto y aquí no pudo conservarse el blokaus.*»⁵⁹. Esto se afirma a pesar de que defensores no se rindieron y supieron conservar valientemente la posición mientras les quedó un aliento de vida, muriendo en la defensa, no un 50%, como exigía el reglamento, sino casi el 100% de los defensores.

El argumento se completaba afirmando que: «*Tampoco podremos aplicarle el párrafo 4º del mismo Artículo 49, ya que, si bien el teniente Fernández fue herido y continuó dirigiendo su tropa, .../... si no fue retirado fue porque*

⁵⁷ AGMS, *Expediente de tramitación para la concesión de la Laureada al capitán Escribano*. Leg. E-1213, p. 4.

⁵⁸ *Ibidem*.

⁵⁹ AGMS, *Expediente de tramitación (rechazado) para la concesión de la Laureada al teniente Fernández Ferrer*. Leg. F-1925.



Fig. 21. Reseña del 19 de noviembre de 1921 en el *Ideal* de Granada

*las circunstancias no permitieron otra cosa, siendo, por otra parte, imposible comprobar si la herida recibida era o no grave, como exige el artículo en su párrafo citado.»*⁶⁰ La realidad es que no fue una, sino tres las heridas recibidas, y en cuanto a la gravedad, solo decir que murió como consecuencia de ellas.

Por último, el documento dice que no se puede dar cumplimiento a lo establecido en el Reglamento por «*no estar comprobada la existencia de testigos de la categoría que el mismo determina*», es cierto, al final de la instrucción solo quedaba dos testigos vivos, dos «disciplinarios», el resto habían muerto o estaban desaparecidos.

No quisiera concluir este trabajo sin haber expresado nuevamente mi más profundo respeto por aquellos valientes que sí que supieron vencer sus miedos y, como decía la oración a los caídos, «*Fueron grandes y fuertes porque fueron fieles al juramento que empeñaron. Por eso, como valientes lucharon. Por eso, como mártires murieron.*» Esa es la razón por la que en estas páginas he querido recordar a alguno de los muchos valientes que sí que supieron luchar y morir aquel triste año de 1921, haciendo honor a su juramento a la Patria. Unos pocos recibieron algún reconocimiento oficial a su heroico comportamiento. Otros, como el teniente Ferrer, al menos tuvieron la compañía y cariño de sus compañeros en el cementerio de Melilla en 1922 o como el cabo Suceso Terrero López, último mando vivo en la posición de Dar Hamed, que es considerado y recordado como un héroe dentro de la Legión Española. Pero todavía hoy en día quedan otros muchos heroicos caídos en el norte de África hace un siglo que esperan un reconocimiento por parte de la Nación, o al menos un recuerdo.

⁶⁰ *Ibidem.*

BIBLIOGRAFÍA

- Diario ABC*: «Los cañones del Gurugú». Edición de 17 de septiembre de 1921.
- AGMS: *Expediente de tramitación para la concesión de la Laureada al capitán Escribano*. Leg. E-1213.
- AGMS: *Expediente del Juicio Contradictorio del teniente Fernández Ferrer*. Segovia. Ref. AGMS 1ª F 757 EXP02.
- AGMS: *Hoja de servicios del teniente Fernández Ferrer*. Segovia. Ref. AGMS 9ª CAJA 2024 EXP 16378.
- ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual*. Servicio de Publicaciones de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa. Madrid, 2016.
- ALONSO IBÁÑEZ, Ana Isabel: *Las Juntas de Defensa Militares (1917-1922)*. Servicio de Publicaciones de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa. Madrid, 2004.
- BELLIDO, Antonio: *El Alcántara en la retirada de Annual: la Laureada debida*. Servicio de Publicaciones de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa, colección Adalid. Madrid, 2006.
- BERENGUER, Dámaso: *La guerra de Marruecos: ensayo de una adaptación táctica*. Librería Fernando Fe. Madrid, 1918.
- BLOND ÁLVAREZ DEL MANZANO, Carlos: «El Protectorado. Firma del convenio Hispano Francés y Guerra del Rif», en *Revista de Historia Militar*, número extraordinario II de 2012. Instituto de Historia y Cultura Militar. Madrid, 2012.
- CARRASCO GARCÍA, Antonio: *El expediente Picasso. Las sombras de Annual*. Almena Ediciones. Madrid, 2003.
- CASADO ESCUDERO, Luis: *Igueriben: 7 de junio - 21 de julio 1921*. Almena Ediciones. Madrid, 2007.
- FERNÁNDEZ BASTARRECHE, Fernando: *El Ejército Español en el siglo XIX*. Siglo Veintiuno de España Ediciones. Madrid, 1978.
- : «El ejército español en el siglo XIX. Aspectos sociales y económicos», en *Revista de Historia Militar*, n.º 50, 1981.
- FERNÁNDEZ DELGADO, Juan José: *El Desastre de Annual. COMO UN CASTILLO DE NAIPES*. Ed. Chiado. Lisboa. 2017 (2ª Edición).
- FONTENLA BALLESTA, Juan: *La Guerra de Marruecos (1907-1927). Historia completa de una guerra olvidada*. Ed. La Esfera de los Libros. Madrid, 2017.
- : (2) «Las Campañas del Rif», en *Revista de Historia Militar*, n.º extraordinario II de 2012. Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid, 2012.

- Gaceta de Madrid*, n.º 81, de 30 de junio de 1918: «Ley aprobando las bases para la reorganización del Ejército, contenidas en el Real Decreto de 7 de marzo del año actual». Madrid, 2018.
- GARCÍA DEL RÍO, Juan y GONZÁLEZ ROSADO, Juan: *Blocaos: vida y muerte en Marruecos*. Almena Ediciones. Madrid, 2009.
- GIL ÁLVARO, Antonio: *Glorias de la Infantería española*, Imp. de Dionisio de los Ríos. Madrid, 1893.
- GUERRERO, Rafael: *Crónica de la Guerra del Rif*. M. Maucci editor. Barcelona, 1895.
- ISABEL SÁNCHEZ, José Luis: «El rancho nuestro de cada día», en *Revista de Historia Militar*, n.º 77, 1994.
- MADARIAGA, María Rosa de: *Abd el-Krim el Jatabi*. Alianza Editorial, colección Alianza Ensayo. Madrid, 2009.
- MARSIFO: «Figuras de la guerra: El teniente Fernández Ferrer», en *Diario El Ideal de Granada*, Granada, sábado 19 de noviembre de 1921.
- PANDO, Juan: *Historia secreta de Annual*. Ed. Temas de Hoy. Madrid, 1999.
- PRIMO JURADO, Juan José: *Los generales de África*. Ed Almuzara. Córdoba, 2017.
- REY JOLY, Celestino: *Historia de la Brigada Disciplinaria de Melilla*. Biblioteca Central Militar, Signatura: MS-1337. Madrid, 1922.
- RODRÍGUEZ DE VIGURI, Luis: *La retirada de Annual y el asedio de Monte Arruit*. Sucesores de Rivadeneyra. Madrid, 1924.
- SALAFRANCA ÁLVAREZ, Juan Ignacio: «Los oficiales moros», en *Revista de Historia Militar*, n.º extraordinario II de 2012. Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid, 2012.
- SERRANO SÁENZ DE TEJADA, Guillermo: *De la Guerra de Marruecos y el combate que no debió ser*. Servicio de Publicaciones de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa. Madrid, 2013.
- SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Historia de las Campañas de Marruecos*. Imprenta Ideal. Madrid, 1981.

Recibido: 18/09/2020

Aceptado: 24/06/2021

TÁCTICA DE LAS BATALLAS CIDIANAS: LA CARGA DE CABALLERÍA

Carlos Manuel MENDOZA PÉREZ¹

RESUMEN

El aspecto militar del Cid campeador no ha sido tratado por los historiadores en la misma profundidad que otras facetas de su vida. Sin embargo, la eficacia en la guerra del Cid es su cualidad más relevante y origen de su leyenda. Este estudio intenta analizar las tácticas que utilizó El Cid en la batalla, especialmente la carga de caballería. Su ámbito se limita a las batallas campales sin entrar en otro tipo de operaciones militares.

PALABRAS CLAVE: *Campidoctor*. Carga de caballería. Lanza enristrada. Hueste permanente. Liderazgo. Tornada.

ABSTRACT

The historians have not studied the military side of *El Cid Campeador* in the same depth as other aspects of his life. However, Cid's outstanding

¹ Coronel de Caballería (DEM). Regimiento de Caballería «España» n° 11. Base San Jorge, Crta. de Huesca Km 6,5 (50110-Zaragoza). cmenper@et.mde.es

performance in war is his most relevant feature and the origin of his legend. The aim of this paper is to analyze the battle tactics applied by *El Cid*, in particular it is focused on the cavalry charge. The scope of this study is limited to pitched battles without entering in other military operations.

KEYWORDS: *Campidoctor*. Cavalry charge. Couched lance. Permanent retinue. Leadership. *Tornada*.

* * * * *

1. LA VERTIENTE MILITAR DEL CID ¿UN ASPECTO OLVIDADO?

La figura del Cid ha sido objeto de innumerables estudios, trabajos académicos, publicaciones, artículos de divulgación, libros, novelas, películas, series televisivas e incluso comics. En todos ellos queda patente su habilidad excepcional para la guerra pero raramente el estudio de esta cualidad es el propósito principal de sus autores. El coronel e historiador José María Gárate Córdoba publicó en 2006 un artículo en la revista *Ejército* titulado «La historia militar elude al Cid»² en el que se refleja ese desinterés por el aspecto puramente militar, comenzando por D. Ramón Menéndez Pidal, sin duda el mayor estudioso, divulgador y apologista de la figura del Cid. En el artículo el coronel Gárate esboza un análisis táctico del Cid que, en realidad, es un resumen de un trabajo suyo anterior y más extenso publicado en la *Revista de Historia Militar* en 1964³.

Sin embargo, en julio de 1999 el profesor García Fitz había presentado la ponencia «El Cid y la guerra»⁴ en la que hizo un exhaustivo análisis de los aspectos militares de la figura del Cid, profundizando en la táctica y estrategia empleada en sus batallas y campañas. Esta ponencia será la base

² GÁRATE CÓRDOBA, José María: «La historia militar elude al Cid», en *Revista Ejército*, n.º 825, año 2006.

³ GÁRATE CÓRDOBA, José María: «Introducción a la táctica del Cid», en *Revista de Historia Militar*, n.º 15, año 1964. En este artículo no sólo analiza la táctica del Cid sino que propone una teoría sobre el autor, o más bien uno de los autores, del *Cantar de Mío Cid* que pudo ser un miembro de su hueste con responsabilidades en la administración e intendencia de la misma. La precisión del *Cantar* en el número de componentes de la hueste cidiana en cada momento y en el reparto del botín avalarían su propuesta.

⁴ GARCÍA FITZ, Francisco: «El Cid y la guerra», en *Actas del Congreso internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999, pp. 383-418. Ayuntamiento de Burgos, 2000.

firme y punto de partida de este trabajo que pretende profundizar algo más en algunos de los aspectos ya expuestos por el profesor García Fitz sobre la táctica que dio la victoria al Cid en sus batallas.

El profesor Alberto Montaner también presentó una ponencia en el mismo congreso analizando la batalla del Pinar de Tévar⁵. Posteriormente publicó detallados estudios sobre otras batallas cidianas, Morella y Cuarte, analizando cuidadosamente las fuentes originales y contrastándola con la geografía real⁶ como lo había hecho con la del Pinar de Tévar.

Además podemos encontrar referencias a táctica y estrategia cidiana en las últimas obras generales sobre el héroe castellano, especialmente en Fletcher⁷ y Porrinas⁸.

En este artículo se analizarán desde un punto de vista tanto histórico como militar los procedimientos tácticos más relevantes que utilizó el Cid en los numerosos combates y batallas en los que participó, destacando entre ellos la carga de caballería. No se estudiarán en detalle las batallas cidianas, analizadas en otras obras como la referida de Alberto Montaner. Se basará en las escasas fuentes documentales de la época que han llegado hasta nosotros y en los estudios académicos citados.

2. EL CID, GENIO DE LA GUERRA

2.1. Un líder militar excepcional

Tanto si tomamos como referencia las obras generales como cualquiera de las citadas anteriormente, podemos constatar que el Cid obtuvo la victoria en todas las batallas, que nunca fue derrotado y que sus campañas alcanzaron los objetivos estratégicos que se había propuesto. Su condición de líder militar excepcional está fuera de toda duda. El *Carmen Campidoctoris*⁹, una de las principales fuentes originales, comienza exponiendo la

⁵ MONTANER FRUTOS, Alberto: «La batalla de Tévar», en *Actas del Congreso internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999. Ayuntamiento de Burgos, 2000.

⁶ MONTANER FRUTOS, Alberto y BOIX JOVANÍ, Alfonso: *Guerra en Sarq Al'Andalus: Las batallas cidianas de Morella (1084) y Cuarte (1094)*. Instituto de Estudios islámicos y del oriente próximo. Zaragoza, 2005.

⁷ FLETCHER, Richard (1989). *The quest for El Cid*. Oxford University Press. Oxford-New York, 1991.

⁸ PORRINAS, David: *El Cid, historia y mito un Señor de la Guerra*. Desperta Ferro ediciones. Madrid, 2019.

⁹ BODELÓN, Serafín: «Carmen Campidoctoris: Introducción, edición y traducción», en *Archivum, Revista de la universidad de Oviedo*, n.º 44-45, septiembre, 1994.

pretensión del poeta de ensalzar las «innumerables» hazañas militares del Cid. Pero sin duda son las palabras de Ibn Bassam, historiador musulmán que no escatima adjetivos desfavorables a quien considera un enemigo, las que mejor reflejan su habilidad militar¹⁰:

«Por su actuar con destreza, sus dotes de entereza y su intrepidez era uno de los prodigios de su Dios.....había vencido a grupos de cristianos combatiendo alguno de sus jefes en varias ocasiones como a García el boquituerto y al jefe de los francos (el conde de Barcelona) y a Sancho Ramírez (de Aragón) mellando el filo de sus tropas y dando muerte con su poca mesnada a numerosos soldados».

La excepcional habilidad táctica del Cid que le permitió salir siempre airoso en cuantos combates, batallas y campañas intervino a lo largo de una vida militar que comenzó en su adolescencia y finalizó cuando ya había entrado en la cincuentena, está fuera de toda duda. Asombró a sus coetáneos, amigos y enemigos, y es la principal causa de su paso a la posteridad. Nos referimos a la capacidad de liderar ejércitos en la batalla, seguir una táctica para derrotar a los enemigos y diseñar una estrategia para alcanzar sus objetivos mediante campañas prolongadas en el tiempo. Tanto el *Carmen Campidoctoris* como la *Historia Roderici*¹¹ nos dan cuenta además de sus habilidades con las armas como guerrero individual, particularmente en su juventud:

Carmen campidoctoris VII
Este fue su primer combate célebre
Cuando adolescente venció al navarro
Por boca de los valientes se llamó
Campeador

Historia Roderici 5¹²

«Así creció Rodrigo y se convirtió en guerrero muy fuerte y campeador en la corte del Rey Sancho. En las batallas que el Rey libró con el rey Alfonso en Llantada y Golpejera donde le venció, Rodrigo Díaz llevó el pendón real del Rey Sancho y se destacó y sobresalió entre todos los soldados de su ejército.

¹⁰ VIGUERA MOLINS, María Jesús (1999). «El Cid en las fuentes árabes», en *Actas del Congreso Internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999, pp. 55-82. Ayuntamiento de Burgos, 2000.

¹¹ BODELÓN, Serafín: «Carmen Campidoctoris: Introducción, edición y traducción», en *Archivum, Revista de la universidad de Oviedo*, n.º 44-45, septiembre, 1994, p. 361.

¹² FALQUE, Emma: «Traducción de la Historia Roderici», en *Boletín de la institución Fernán Gonzalez*, n.º 201, 1983, pp. 339-375.



Fotograma de la película *El Cid* (1961), dirigida por Anthony Mann y protagonizada por Charlton Heston (imagen de: de www.imdb.com). Un líder militar extraordinario: la figura del Cid ha atravesado mil años de historia y aún goza de popularidad en nuestros días. Su excepcional desempeño militar es la base de su fama multiseccular

Cuando el Rey don Sancho puso cerco a Zamora, se dio el caso que Rodrigo Díaz, luchó sólo contra quince soldados del bando contrario que le atacaban, siete de los cuales iban armados con lorigas, de estos mató a uno, hirió y derribó en tierra a dos, y a todos los demás los puso en fuga con ánimo decidido. Después luchó con Jimeno Garcés, uno de los mejores de Pamplona y le venció. Luchó también con igual suerte con un sarraceno en Medinaceli al que no sólo venció sino que mató».

Esta faceta de guerrero individual, esencial en el romance posterior *Las mocedades del Cid*, ha captado más la atención de las películas y obras similares que de los estudiosos de su historia. Sin embargo es una pieza fundamental de la interpretación de su habilidad táctica objeto de este estudio como se verá más tarde.

En la narración de la *Historia Roderici* además nos revela que llevaba la enseña real en las batallas que libró el Rey Sancho. Ello implica una gran habilidad como jinete, puesto que tendría que sostener el pendón y las riendas con una mano, quizás también el escudo, mientras empuñaba la espada con la otra. Pero sobre todo implica una gran confianza del rey en el combatiente que le acompaña, a un costado y ligeramente retrasado, cuya habilidad con la montura y las armas es fundamental para su propia seguridad.

2.2. *Campidoctor y Campeador*

En los textos reseñados anteriormente parece que es precisamente en atención a sus dotes en el manejo de las armas los que le valieron el sobrenombre de *campeador*. La *Crónica de Veinte Reyes* y la *Primera Crónica General* lo retrasan hasta la batalla de Cabra que lo enfrentó a una hueste castellana liderada por García Ordoñez que defendía los intereses del rey taifa de Granada¹³: «*De ahí en adelante llamaron moros y cristianos a este Rodrigo Díaz de Vivar el Cid Campeador que quiere decir batallador*». David Porrinas estudió en profundidad la cuestión del sobrenombre cidiano¹⁴, llegando a la conclusión que se refiere a su condición de *Señor del Campo de Batalla*, es decir, a su excepcional habilidad en la batalla campal. Indudablemente ese fue el significado último del término castellano *campeador*, traducido en los escritos árabes por *Qanbiyatur*. Tanto la *Historia Roderici* como el *Carmen Campidoctoris*

¹³ PORRINAS GONZÁLEZ, David: «Una interpretación de *campeador*: el señor del campo de batalla», en *Norba. Revista de Historia*, Vol. 16, 1996-2003, pp. 257-276. Cita 72 en la página 275.

¹⁴ *Ibidem*.



El Cid fue un consumado maestro en el manejo de las armas, vencedor de varios combates singulares como los que le enfrentaron al navarro Jimeno Aznar o a un sarraceno de Medinaceli

utilizan el término latino de *campidoctor* que pudiera ser la traducción al latín de Campeador o el término original que posteriormente se castellanizó. Como el propio Porrinas menciona, Richard Fletcher «sostenía que el significado literal *campi doctor* es maestro de campo (militar) instructor de prácticas militares, habiendo sido utilizado en ese sentido en época tardorromana», aunque no se explicaba convincentemente su aparición en España. Fletcher se plantea la posibilidad de que el autor del *Carmen Campidoctoris* podría haber descubierto y puesto en uso originalmente el término.

El libro más conocido de táctica militar durante toda la Edad Media, *Epítome de Re militari* de Flavio Vegecio, nos puede dar una pista. No sabemos hasta qué punto sería conocido en la Plena Edad Media por los caballeros, pero es muy probable que existiesen copias de esta obra en los monasterios¹⁵ y es posible que alguien cercano a la corte castellana hubiese tenido acceso a ellos. En el *Re militari* aparece el término *campidoctor* en sus diferentes declinaciones, en un total de cinco ocasiones¹⁶. Aunque en la época en que escribía Vegecio el *Campidoctor* tenía otras funciones de mando añadidas o relacionadas con su carácter de instructor¹⁷, la primera referencia que hace a este cargo en el capítulo XIII de su obra se refiere precisamente a esta función: «*Praeterea illo exercitii genere, quod armaturam uocant et a campidoctoribus traditur; inbuendus est tiro; qui usus uel ex parte seruatur*» («a los reclutas deben recibir instrucción de esgrima de los **maestros de armas**, como algunos practican en nuestros tiempos»). Esta acepción de *Campidoctor* como maestro de armas concuerda mucho más con su primer uso en la *Historia Roderici* («*Campi doctus in aula Regis Sanctii*»¹⁸). Esta frase no parece ajustarse al significado de «señor del campo de batalla», además todavía no había tenido la oportunidad de dirigir de manera autónoma ningún enfrentamiento. No habría que entender que Rodrigo, por su edad, fuese

¹⁵ NICOLLE, David: *Medieval Warfare Source Book. Warfare in western Christendom*. Brockhampton Press. London, 1995, p. 252, «*The encyclopedist Habanus Maurus wrote an update extract of Vegetius for the carolingian emperor Lothar III in the 9th Century*». CONTAMINE, Philippe (1980): *La guerre au Moyen Âge*. Presses universitaires de France. París. «On trouve un Végèce dans la bibliothèque du duc Evrard de Frioul au IX siècle».

¹⁶ FLAVIUS VEGETIUS, Renati: *Epitoma de rei Militari*. Recuperado de: www.TheLatinLibrary.com/vegetius

¹⁷ RANCE, Philip (2007): «Campidoctores vicarii vel tribuni. The Senior Regimental officers of the late Roman Army and the Rise of the Campidoctor», en Ariel S. LEWIN and Pietrina PELLEGRINI (edd.), *The Late Roman Army in the Near East from Diocletian to the Arab Conquest*. Oxford, 2007, pp. 395-409.

¹⁸ Anónimo. *Historia Roderici o Gesta Roderici campidocti* recuperado de: www.academialatin.com/textos-latinos/historia-roderici

el instructor de armas en la corte de Sancho pero sí el más habilidosos en el manejo de ella, y muchas veces el ejemplo de otros compañeros, y pudo ganarse así el apodo de *campidoctor* de alguien culto que conociese el término a través de la lectura de Vegecio. Por supuesto existe la posibilidad de que el origen real del sobrenombre fuese el que mantiene Porrinas y que tanto los autores de la *Historia Roderici* como del *Carmen Campidoctoris*, que estarían familiarizados con los escritos de Vegecio u otro autor latino que mencionase este cargo militar, tradujesen el nombre de Campeador al latín *campidoctor* y le asignasen el significado que tenía en las legiones del bajo imperio romano^{19 y 20}.

En cualquier caso, esta confusión se explica porque Rodrigo Díaz de Vivar era tan acreedor al título de maestro en el manejo de las armas como al de «Señor del Campo de Batalla», significado último que perduraría en la mentalidad popular. Como veremos posteriormente ambos están más relacionados de lo que puede parecer a simple vista.

3. EL PROBLEMA DE LAS FUENTES

En su estudio «El Cid y la guerra» el profesor García Fitz analiza las fuentes primarias que nos han dado a conocer la historia del Cid y expone el problema de la veracidad de las mismas y, sobre todo, de la mayor o menor cercanía de la fecha de redacción a los hechos narrados. Siguiendo sus conclusiones tomamos como fuentes fiables los dos textos latinos (*Carmen Campidoctoris* e *Historia Roderici*) y las principales fuentes árabes (Ibn Bassam e Ibn Al Qama). Como no podía ser de otra manera en la época en que fueron escritos, tanto unos como otros adolecen de falta de imparcialidad, halagadores los textos latinos, muy desfavorables los árabes. Los primeros describen con fidelidad suficientemente contrastada

¹⁹ MONTANER, Alberto y ESCOBAR, Ángel: *Carmen Campidoctoris o poema latino del campeador*. Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001, 311 pp. (Mitos Universales de la Literatura Española: Biblioteca Complementaria). Tras examinar este problema, los autores concluyen (p. 10) que «En consecuencia, todo indica que el *Campidoctor del Carmen* es un término erudito que recubre en realidad una voz romance bien documentada, *Campeador*».

²⁰ Este debe ser el caso del *Carmen Campidoctoris* cuando nos dice que el rey Sancho se proponía asignar a Rodrigo de Vivar el cargo de jefe de la primera cohorte (X. Quem sic dilexit Sanctus, rex terre, iuuenem cernens adlata subiré, quod principatim uelit illi prime cohortis dare). Vegecio también menciona tres veces la Prima cohortis como unidad de vanguardia de la legión Evidentemente no existía una organización en cohortes, ni en ningún otro tipo de unidad más o menos fija, en los ejércitos medievales hispánicos, pero el autor hace ese título romano equivalente a otro cargo en la jerarquía medieval, probablemente el de Jefe de la hueste real.

la trayectoria histórica del Cid, pero les falta detalle en la mayor parte de los acontecimientos descritos. No es el caso de los textos árabes, pero el detalle se limita casi exclusivamente al cerco y toma de Valencia. El *Cantar del Mío Cid* no es tenido en cuenta como fuente histórica por los autores más recientes, aunque pocos se resisten a mencionar algún pasaje de esta obra. Fletcher resalta tres principales características del Cid representado en el CMC que pueden considerarse «rasgos ideológicos» que afectan a su objetividad histórica: el carácter distintivamente castellano, su compromiso inequívocamente cristiano y su inquebrantable lealtad al Rey. De este modo se explican cuestiones como el soslayo del periodo en que el Cid estuvo al servicio de los reyes hudíes de Zaragoza y su silencio sobre la incursión en la Rioja o los enfrentamientos con las huestes aragonesas de Sancho Ramírez. A este sesgo ideológico hay que añadir las exigencias «de guión» de un poema destinado a ser cantado, y quizás someramente representado, en plazas y calles castellanas. La historia se simplifica para ofrecer una continuidad cronológica y geográfica: el Cid sale de Burgos al destierro y va remontando los valles del Henares, Jalón y Jiloca hacia el este hasta caer en el Mediterráneo y conquistar Valencia. Se cambia la cronología e incluso se trasponen hechos en un momento y lugar diferentes a los que corresponden realmente para ofrecer a los espectadores una historia más compacta y fácil de seguir. Además se añaden episodios de gran dramatismo como la afrenta de Corpes o se magnifica el papel de Minaya en las hazañas cidianas. Sin embargo el *Cantar de Mío Cid* ofrece paisajes que por su precisión geográfica, realismo y coherencia táctica deberían ser considerados como un anacrónico ejemplo de «novela histórica» en caso de no estar narrando hechos acontecidos en la realidad²¹. Sobre este asunto, Porrinas²² considera que «*se da la paradoja de que deforma la realidad, también, con respecto a la imagen de la guerra practicada por el Cid histórico, al tiempo que cristaliza un evidente verismo en relación con las formas de hacer la guerra propias del campeador y las del momento de composición de la obra*». Así por ejemplo, la correría sobre el Henares o la campaña de Alcocer. En el primer caso señalamos que la *Historia Roderici* recoge una incursión real del Cid en esa zona en 1081 y no es posible que el autor del cantar se inspirase en algún acontecimiento posterior al Cid porque la zona en que transcurre pasó definitivamente a poder castellano poco después de ese

²¹ Supondría que el autor tiene una clara noción de la táctica empleadas en su época y las describe con una geografía y precisa pero en una situación figurada con personajes tanto reales como ficticios.

²² PORRINAS, David (2019): *El Cid, Historia y mito un Señor de la Guerra*. Desperta Ferro ediciones. Madrid, p. 304.

año. En el caso de Alcocer se han identificado restos arqueológicos que atestiguan la existencia de esa ciudad y, posiblemente, del otero en que se asentó el Cid, aunque no hay ninguna otra fuente que recoja ese episodio. En este caso si sería posible que una parte de la narración, en concreto la batalla campal, proceda de la trasposición de otro acontecimiento similar conocido por el narrador, bien teniendo al Cid como protagonista o a otro caballero aunque en este último caso es difícil justificar por qué no nos ha llegado una historia similar de sus hazañas.

García Fitz²³ estudió en profundidad las acciones bélicas recogidas en el Cantar. En su opinión, esta obra puede ser considerada como una fuente histórica relevante para el estudio de la guerra en los reinos hispánicos durante los siglos XII y XIII. Pero no porque las acciones narradas en él sean reales, algo que muchos estudiosos ponen en duda, sino porque refleja de manera realista las formas de hacer la guerra en ese tiempo. En mi opinión, podría haber otras explicaciones a este verismo parcial del cantar. Una de ellas sería, admitir la hipótesis de una autoría múltiple, siendo uno de los autores alguien que estuvo muy cercano al Cid como sostiene Gárate Córdoba. Por otro lado, si mantenemos que el poema fue compuesto enteramente a finales del siglo XII o comienzos del XIII, quizás habría que considerar la posibilidad de que el autor dispusiese de relatos anteriores procedentes de testigos contemporáneos que narrasen la historia o parte de ella. Fletcher apunta en un pasaje de su libro²⁴ la importancia de las comunidades monásticas en la formación de la épica medieval recogiendo los relatos de caballeros ancianos o incapacitados que se retiraban entre sus muros. Es posible que algún miembro de la hueste cidiana terminase sus días en un monasterio castellano en el que dejó escritos, probablemente dictados a un escribano, sus recuerdos sobre los principales episodios de sus hazañas. Estos relatos habrían sido utilizados posteriormente en la elaboración del poema.

Aunque ninguna de las conclusiones de este estudio se basa exclusivamente en el *Cantar del Mio Cid*, es cierto que esta obra es la que mejor detalla y ejemplifica la actividad guerrera del Cid en el nivel táctico.

²³ GARCÍA FITZ, Francisco. «War in the Lay of Cid», en *Journal of Medieval Military History*, X (2012), pp. 61-87.

²⁴ FLETCHER: op. cit., p. 67, «It is probably correct to envisage the monasteries of this period as containing more than a few incapacitated or elderly knights among the community: assured of comfort and security, surrounded by fellows of their social rank to some of whom they might be related, ideally placed to receive news and gossip, they must have spend their declining years in an agreeable way. Historians of medieval literature are steadily more inclined to stress the role of monastic communities in the formation of heroic epic: against this background of old soldiers re-fighting the campaigns and feuds of the past, hoe right they surely are».

4. GUERRA Y BATALLAS EN LA PLENA EDAD MEDIA

Las batallas han sido el acontecimiento bélico más llamativo en todas las épocas de la humanidad, incluida la edad media. Sin embargo, en esta última época las batallas son hechos extraordinarios y raramente decisivos. Las últimas aportaciones en historia de la guerra medieval han relativizado la importancia de la batalla subrayando, en cambio, aquellas operaciones «*que en realidad constituían la forma habitual de los conflictos: las cabalgadas, campañas de destrucción, desgaste y hostigamiento del adversario, asedios de castillos, bloqueos de ciudades*»²⁵. La gran superioridad técnica de las construcciones defensivas medievales frente a las armas ofensivas hacía que la estrategia se basase en los puntos fuertes, castillos y ciudades fortificadas, de difícil expugnación. Las operaciones militares giraban frecuentemente en torno a la defensa y toma de estos puntos que garantizaban el control del territorio.



Fotograma de la película *El reino de los Cielos* (2005), dirigida por Ridley Scott (imagen de: www.imdb.com). Las operaciones militares en la edad media giraban frecuentemente en torno a la defensa y ataque de los puntos fuertes (castillos y villas fortificadas) que garantizaban el control del territorio. El fotograma muestra una reconstrucción del castillo cruzado del Kerak (actual Jordania) compuesta utilizando imágenes reales del castillo de Loarre (Huesca)

²⁵ GARCÍA FITZ, Francisco: «La batalla en la edad media. Algunas reflexiones», en *Revista de Historia Militar*, n.º 100, 2006, p. 95.

Las estructuras políticas medievales y sus magras bases económicas hacían muy difícil levantar un ejército de entidad suficiente y menos aún sostenerlo en campañas prolongadas. El asedio de castillos y ciudades se convertía en una operación costosa y difícil y la batalla campal una opción muy arriesgada que podría suponer la pérdida del ejército en una sola jornada de combate.

Las operaciones de incursión se convertían en una opción de gran rentabilidad, muy frecuentemente el elemento fundamental de la estrategia militar. La extensa tipología de operaciones de incursión en la edad media (cabalgada, aceifa, algarada, corredura, algazúa, tala, etc.) nos da una idea de la amplitud de su empleo. El objetivo es saquear o destruir los recursos del enemigo, provocando su desgaste mediante la repetición de estas operaciones, al tiempo que se apropia de sus riquezas. Normalmente se evitan los enfrentamientos decisivos y las operaciones prolongadas de asedio. Nos hallamos frente a la paradoja de una estrategia de desgaste conducida mediante acciones tácticas de gran movilidad.

No obstante, en ciertos casos las operaciones militares, tanto incursiones como asedios, desembocaban en una batalla campal. García Fitz²⁶ considera cuatro casos en los que se llegaba a la batalla como consecuencia de otras operaciones:

- 1.– Cuando una fuerza cercada en un castillo o ciudad fortificada decidía, ante la seguridad de no poder seguir resistiendo por más tiempo, efectuar una salida para dirimir el cerco en campo abierto.
- 2.– Cuando una fuerza de socorro intentaba levantar el cerco de un castillo o ciudad propia y el ejército sitiador decidía enfrentarse a él o era sorprendido.
- 3.– Cuando una fuerza que conducía una incursión era alcanzada por el enemigo en una situación desfavorable, habitualmente en el trayecto de regreso.
- 4.– Cuando un ejército decide oponerse a otro ejército que invade el espacio propio con la intención de realizar una incursión o realizar una conquista territorial.

El Cid no es una excepción, la cabalgada también fue su estrategia preferida. Sin embargo, y en esto tampoco es una excepción, son las batallas campales en las que intervino sus acciones más recordadas y aquellas que le valieron la admiración popular contemporánea y alcanzar la posteridad hasta nuestros días. Las batallas en las que intervino se ajustan a la tipología enunciada. La batalla de Cuarte y la de Alcocer, esta última de realidad dudosa, corresponden al primer modelo, una salida desde una ciudad sitiada.

²⁶ *Ibidem*, pp. 100-103.

La batalla de Almenar, al servicio del rey taifa zaragozano, corresponde plenamente al segundo pues el ejército Hudí intentaba levantar el cerco del castillo sitiado por el de la taifa leridana y sus aliados catalanes. La batalla de Bairén correspondería al tercer caso, si bien, la hueste cidiana no regresaba de una cabalgada sino de reabastecer el castillo de Peña Cadiella, situado en el interior del espacio controlado por los almorávides. Tanto por el procedimiento táctico utilizado por la hueste como por el hecho de atravesar territorio enemigo en los trayectos de ida y regreso, la maniobra cidiana se asemeja a una incursión que los almorávides intentaron atajar.

También pertenece al tercer caso la batalla de Cabra en la que el Cid derrotó a la hueste castellana por cuenta del rey taifa de Granada que había entrado en algará en el territorio del rey de Sevilla cuando el campeador cobraba parias a este último.

La batalla de Morella en 1084, en la que el Cid detuvo el avance de al-Hayib de Lérida y Sancho Ramírez de Aragón hacia la imponente plaza fuerte del Maestrazgo corresponde al cuarto caso. En el Pinar de Tevar, seis años después, fue el Conde de Barcelona el que avanzó con la firme intención de expulsar al Cid de las tierras del Maestrazgo, aunque en este caso el Cid intentó eludir el encuentro, sin éxito, refugiándose en el terreno escabroso del Pinar.

5. LAS TÁCTICAS DE LAS BATALLAS CIDIANAS

Todos los autores están de acuerdo en que el Cid intervino en un número inusual de batallas para una época como la medieval en que este tipo de acontecimientos bélicos era raro y un guerrero podía llevar una vida militar exitosa sin participar en una de ellas²⁷. También hay acuerdo general en que venció en todas ellas como se expuso en la introducción. García Fitz se pregunta, en su estudio sobre «El Cid y la guerra», acerca del ¿cómo?, ¿qué tácticas empleó?.

Partimos de que su táctica habitual y preferida es la carga de caballería²⁸. No es algo sorprendente en la Edad Media occidental cuyo modelo militar y social había elevado a la caballería pesada al rango de élite en los dos ámbitos. La carga es el principal modo de empleo, casi único, de la caballería pesada (no

²⁷ CONTAMINE, Philippe: opus citada, p. 379.

²⁸ GARCÍA FITZ, Francisco: «El Cid y la guerra», en *Actas del Congreso internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999. Ayuntamiento de Burgos, 2000. Después de analizar varias batallas cidianas concluye que «Al menos otras dos confrontaciones campales cidianas reproducen el esquema simple de la batalla de lanzamiento, en el que la carga frontal constituye el único fundamento táctico empleado... tendríamos que adjudicar a la figura del Cid, en tanto que dirigente militar, una notable habilidad en la organización y despliegue de un tipo de movimiento central entre los recursos táctico de la época: la carga de frontals».

de toda la caballería)²⁹. Esto no significa que todas las batallas cidianas se redujeran a una carga, sino que esta constituía la acción decisiva (para las tropas cristianas) que determinaba la victoria o derrota. El Cid fue el jefe del conjunto de su ejército en todas las batallas campales en que participó exceptuando aquellas en que todavía combatía bajo el mando de Sancho de Castilla³⁰ y también en todas ellas lideró personalmente la carga de caballería, lo cual sería suficiente para demostrar el papel decisivo que tenía esta forma de combate en la batalla. Tampoco era algo infrecuente en la Edad Media, de hecho lo habitual en los ejércitos cristianos es que el jefe del mismo también dirigiese la carga. Sin embargo, habría que remontarse a Alejandro para encontrar algo parecido en la Antigüedad³¹. No cabe duda de que la carga cidiana no era en modo alguno una acción simple. No sólo hay que considerar las veces que se alzó con la victoria, sino que además en su enfrentamiento con ejércitos musulmanes, más fuertes en caballería ligera, debía afrontar tácticas específicas que contrarrestaban con eficacia la carga cristiana³² como el torna-fuye (*Karr-wa-farr* en árabe) que atraía la carga hacia una trampa y agotaba su impulso mediante una falsa huida y el envolvimiento por las alas que inutilizaba sus posibles resultados amenazando sus flancos y retaguardia³³. Antes de estudiar las peculiaridades de la carga cidiana es necesario analizar someramente el concepto de «carga de caballería».

5.1. *La carga de caballería*

La carga de caballería es una acción militar que alcanza sus efectos mediante el choque de una masa de jinetes contra otros jinetes o contra la infantería. Ciertamente hay que considerar el extraordinario efecto

²⁹ GARCÍA FITZ, Francisco (1998): *Castilla y León frente al Islam*. Universidad de Sevilla, 2005, p. 389.

³⁰ En la batalla de Almenar estaba presente el emir de Zaragoza Al Mutamín que formalmente lideraba su ejército, pero todo parece indicar que Rodrigo Díaz dirigía realmente las tropas hudies desde un punto de vista estrictamente militar.

³¹ Cesar también dirigió las cargas de caballería en la Alesia aunque esta acción no pueda considerarse la decisiva de la batalla (en realidad asedio).

³² GARCÍA FITZ, Francisco: «La guerra en la obra de Don Juan Manuel», en *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V centenario de la conquista*. Servicio de publicaciones Diputación Provincial de Málaga, 1987, pp. 55-72. Pág. 63, «De este modo la movilidad del ejército musulmán se oponía a la solidez de la caballería pesada. La eficacia de esta radicaba en la potencia de su carga. Esta se diluía si los caballeros no atacaban en grupos compactos, de ahí que los musulmanes mediante las técnicas del torna fuy y las provocaciones de pequeños grupos intentasen por todos los medios desgranar la formación de caballeros, desperdigándolos en pequeñas e inútiles persecuciones».

³³ GARCÍA FITZ, Francisco: *Castilla y León frente al Islam*. Págs. 386-7, citando a Ibn Khaldun se describe el torna fuye y el orden de batalla «...dos alas dispuestas para flanquear al enemigo y asaltarlo por la espalda».



Fotograma de la película *El reino de los Cielos* (2005), dirigida por Ridley Scott (imagen de: www.imdb.com).
La carga de caballería era la acción militar característica de los ejércitos europeos en la edad media

psicológico que puede causar sobre el contrario incluso antes de llegar al choque físico. Sin embargo este impacto psicológico es consecuencia directa de la eficacia del choque que depende de multitud de factores. Podemos agrupar los factores intrínsecos que contribuyen a la eficacia de la carga en dos conceptos:

1) Relativos al valor del jinete individual: instrucción de caballo y jinete, valor del caballo para la carga (fuerza, velocidad, aptitud para el combate), armamento, protección de jinete y caballo, etc. En este apartado incluiríamos los valores morales del jinete (arrojo, determinación, etc.), absolutamente esenciales para el éxito de la carga.

2) Relativos al valor de un grupo de jinetes para la carga: grado de cohesión, disciplina, liderazgo y transmisión de las órdenes, adiestramiento conjunto del grupo de jinetes, etc.

Pero, además, la eficacia del choque de la carga depende de la situación táctica en que se produce: la combinación de lugar adecuado y momento oportuno que, normalmente, se inscriben en una táctica más amplia de la batalla en que se produce esta acción. En el caso de que la carga tenga éxito sus resultados finales dependen no sólo del resultado del primer choque sino de la capacidad para mantener su impulso y alcanzar otros objetivos aprovechando la desorganización producida en las filas enemigas o, en su caso, para concatenar cargas sucesivas.

Siguiendo este simple esquema analizaremos los elementos que explican la eficacia de las cargas cidianas.

5.2. *Una nueva técnica en el uso de la lanza*

A lo largo de la Edad Media europea, el caballero acorazado se había impuesto tanto en el campo de batalla como en la escala social. Diversas técnicas se introdujeron en la Edad Media como el arzón en la silla de montar y el estribo que permitían la monta a un caballero pesadamente acorazado con cota de malla y casco, portando un gran escudo y armado con lanza y una gran espada recta. Lógicamente el caballo también evolucionó prefiriéndose caballos de mayor talla y peso frente a otros factores como la resistencia. La Edad Media española no era un caso especial y el caballero cristiano también se equipaba de esa forma. Los musulmanes, en cambio, mantenían la preferencia por una caballería más ligera. Evidentemente la combinación de caballo, protección y armamento convertía al caballero en un combatiente muy caro y de gran rendimiento, pieza fundamental en la organización social medieval.



Dos imágenes con versiones diferentes de los comentarior al *Apocalipsis de San Juan* por el Beato de Liébana. En la primera (Beato de Valcavado, datado alrededor del 970) los cuatro jinetes del apocalipsis cabalgan sin estribos, mientras en la segunda (Beato de Osma, fechado en 1086) los mismos jinetes montan con ellos

En el siglo XI se introdujo una nueva técnica de coger la lanza, apretada bajo la axila³⁴ y dirigida con la mano, que convertía al caballero en un proyectil de gran potencia, ideal para el choque. La lanza también era algo más larga y robusta que la usada anteriormente. Esta técnica sólo era posible con estribos largos y una silla con arzones altos que sostenga al caballero en el momento del choque. Se ha calculado³⁵ que «*De la suma de un caballo de unos 600 Kg (los caballos españoles de esa época pesarían algo menos, entre 400 y 500 Kg., en cambio serían algo más rápidos) y los 100 de un caballero equipado, resulta una masa de 700 kg lanzada a 20 Km/h. Es decir concentra en la punta de la lanza la misma energía cinética que un proyectil de 500 g a una velocidad de 200 m/s (que se estima para un proyectil de artillería del siglo XV)*». Para que esta nueva técnica tenga los resultados deseados es muy importante que la formación de carga sea muy cerrada, con los caballeros muy agrupados. Su eficacia contra la caballería contraria, no tanto contra la infantería, supone una clara ventaja táctica.

Una temprana evidencia histórica del uso de esta técnica en Europa es el tapiz de Bayeux que representa la batalla de Hastings (1066). En él aparecen algunos caballeros normandos, no todos, con la lanza en esa posición. Esta técnica parece haber sido introducida por los normandos, aunque ya era conocida en Asia en época muy anterior. Puede ser que explique en parte los éxitos militares normandos del siglo XI (los más conspicuos serían la conquista de los reinos de Inglaterra y Sicilia). ¿Pudo llegar esta técnica a España en ese mismo siglo? Los intercambios de ideas y cultura en la Europa medieval eran frecuentes y fluidos. Una auténtica comunidad de ideales, un sólo idioma culto, el latín, una sola institución guardiana de la cultura, la Iglesia. Fletcher³⁶ menciona al caballero normando Roger de Tosny, conocido como «Roger el español» que combatió al servicio de la condesa de Barcelona, Ermesinda de Carasona, entre 1020 y 1030. El poeta del siglo XII Robert Wace recoge en su composición *Roman de Rou*³⁷ dedicado a la historia de los duques

³⁴ En la Baja Edad Media se generalizaría el uso de armadura completa, aún más pesada que el equipo descrito. Una pieza de la armadura, el ristre, servía para sujetar la lanza, también más larga y pesada, en posición horizontal. Podemos traducir lanza «couché» por lanza en ristre, aunque aplicarlo al siglo XI implica un cierto anacronismo. El diccionario de la RAE registra el verbo *enristrar* que, en su segunda acepción, significa «*poner la lanza horizontal bajo el brazo derecho para acometer*».

³⁵ CHEVASSUS-AU-LOI, Nicolas (2020): «Le chevalier, un missile au guidage...aléatoire», en *Guerres & histoire. Hors serie Juillet 2020. La Guerre au Moyen Age*.

³⁶ FLETCHER, Richard: op. cit., p. 78.

³⁷ WACE, Robert (siglo XII): *Le Roman de Rou et des Ducs de Normandie*. Eduard Frère Editeur. Rouen MDCXXVII. Recuperado de: www.Gallica.bnf.fr (p. 193).



Detalle del tapiz de Bayeux (imagen de: www.bayeuxmuseum.com/la-tapisserie-de-bayeux/) que atestigua el uso de la técnica de la «lance couchée» (lanza enristrada o acostada) por los caballeros normandos en la batalla de Hastings

de Normandía la escena en que Guillermo el Conquistador monta un caballo de guerra español regalo de un rey de España que había sido traído a Normandía por Sir Walter Giffard, señor de Longueville, peregrino a Santiago tras participar en la cruzada de Barbastro en 1064³⁸. Parece tratarse del caballo negro que monta el conquistador en el tapiz de Bayeux y según el verso del *Roman de Rou* no teme a las armas ni a las multitudes, cualidad esta última muy valiosa para una carga de caballería. En general Los sementales españoles eran muy valorados por los normandos para mejorar sus propias razas equinas³⁹ para la guerra.



Otra imagen del tapiz de Bayeux. En primer plano el Duque Guillermo I «el conquistador» montando un caballo de procedencia española. En segundo plano, cabalgando, el Conde Eustache de Boulogne portando el gonfalon (estandarte o pendón) papal

³⁸ SENAC, Philippe y LALIENA CORBERA, Carlos: *1064, Barbastro*. Gallimard, 2018, pp. 93 y 123, atestiguan su presencia en la batalla e incluso que recibió el apelativo de Giffard de Barbastro.

³⁹ HILL, Paul: *The Normans commanders. Masters of Warfare 911-1135*. Pen and Sword Military. Barnsley, 2015, p. 185.

Lo cierto es que el relato de la batalla de Alcocer (cuya existencia no ha quedado reflejada en ningún otro documento) describe perfectamente el uso de esta técnica por la caballería del Cid⁴⁰.

*Embraçan los escudos – delant los coraçones
Abaxan las lanças – abueltas en los pendones
Enclinaron las caras – de suso de los arzones
ívanlos ferir – de fuertes coraçones*

En el relato de la batalla del Pinar de Tévar (atestiguada históricamente) encontramos el siguiente párrafo en la arenga del Cid⁴¹:

*Antes que ellos lleguen a llano – presetémosles las lanças
Por uno que firgades –tres siellas iran vazias*

Sólo la nueva técnica haría posible derribar a tres ensartando al primero, a condición claro de que la formación enemiga sea cerrada y esté alineada.

Aunque no es posible confirmarlo de manera fehaciente, podemos inclinarnos por la hipótesis de que la hueste cidiana utilizó la nueva técnica. No significa esto que lo hicieran en exclusiva o que fuese el Cid el introductor de la misma. Muy probablemente se extendió en esta época entre todos los reinos cristianos de España. Pero sí implica que la que hemos considerado acción principal de la batalla cidiana, la carga de caballería, había adquirido una nueva potencia que la convertía en aún más determinante y resolutiva que en el pasado inmediato.

5.3. Una hueste permanente

El Cid partió hacia el exilio en el verano de 1081. No sabemos cuántos le acompañaban, sólo el Cantar nos da una cifra⁴²: 115 caballeros salen de Burgos. Podemos suponer que un centenar de caballeros es el contingente que el Cid puso al servicio del rey Al-Muqtádir Ibn-Hud de Zaragoza. Quizás creciese posteriormente con otros caballeros castellanos y de otras procedencias pero no serían más de trescientos⁴³. Al menos durante tres años el contingente

⁴⁰ Anónimo: *Poema del mío Cid*. Espasa Calpe. Colección Austral, edición 1975, p. 64. «*Embrazan frente a los pechos los escudos, enristran las lanzas, envuelven los pendones, se inclinan sobre los arzones, con ánimo de acometer denodadamente*» (prosificación moderna de Alfonso Reyes).

⁴¹ *Ibidem*, p. 88: «*Antes que pongan pie en el llano, den sobre ellos nuestras lanzas, por cada uno que ensartéis, tres sillars quedarán vacías*».

⁴² *PMC*, tirada 17 del cantar del destierro. Ese número irá aumentando progresivamente, al salir de las tierras de castilla ya son trescientas lanzas, sin contar los peones (tirada 21).

⁴³ Una referencia puede ser los cien caballeros que dejó Sancho García en Córdoba para proteger al nuevo califa Sulayman entronizado con su ayuda (MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo: *Historia del condado de Castilla*. Marcial Pons, 2005, Vol. II, p. 615).

cidiano estuvo en Zaragoza al servicio de su rey, constituyendo el núcleo de élite y fuerza de reacción de su ejército. Durante este tiempo la hueste cidiana se convertiría en una auténtica unidad militar, con su organización, jerarquía, jornadas de instrucción individual en el manejo de las armas y de adiestramiento conjunto en tácticas y procedimientos. El Cid organizaría el reparto de la soldada pagada por el rey zaragozano asegurando ante todo el equipamiento de sus tropas en caballos, armas y otros equipos (cotas de malla, cascos, escudos, etc.), elementos vitales para su eficacia militar que era a la vez su fuente de ingresos. Esta situación, habitual en los ejércitos modernos, era excepcional en la Edad Media europea donde las huestes se reunían sólo para una campaña por un tiempo limitado y cada uno llevaba su propio caballo, equipo, y armamento. Ciertamente, la militarizada sociedad medieval⁴⁴ permitía este sistema pero los ejércitos formados de ese modo siempre adolecerían de una falta de adiestramiento conjunto y una organización y jerarquía estables.



***El Cid camino del destierro*, de la pintura mural de la Diputación provincial de Burgos, obra del pintor castellano Vela Zanetti. Una hueste permanente: desde su destierro de Castilla, el Cid lideró un núcleo de soldados profesionales cristianos que constituían una fuerza de caballería permanente y profesional**

⁴⁴ GARCÍA FITZ, Francisco: «Combatir en la Península Ibérica medieval: Castilla-León siglos XII a XIII. Estado de la cuestión», en *Imago Temporis. Medium Aevum*, n.º X (2016), pp. 383-407 (pág. 383).

Esta permanencia continuada de la hueste cidiana facilitaría a sus componentes alcanzar un alto grado de instrucción individual. Al tiempo dedicado añadimos la aptitud especial del Rodrigo Díaz en el manejo de las armas y el significado primigenio de *campidoctor* como maestro de armas. Además sus caballos, elemento fundamental del caballero como sistema de armas, serían objeto de una exigente doma orientada a su empleo en combate. Pero, sobre todo, la hueste alcanzaría un excelente adiestramiento colectivo en las principales tácticas de la época, especialmente la carga, siempre bajo el liderazgo de quien realmente los conduciría en el combate. La cohesión de la unidad, fundamental para el éxito en combate y absolutamente determinante en la carga, quedaría asegurada tanto desde el punto de vista moral como organizativo. Respecto a los valores mencionados como el arrojo y la determinación, de carácter más individual aunque también pueden reforzarse colectivamente, reafirmamos su importancia esencial en la carga de caballería. Sin embargo no habría una ventaja mayor en la hueste cidiana, excepto el hecho de servir en ella de manera absolutamente voluntaria y deliberada, sin estar sujetos a ninguna obligación previa. El sistema de valores medieval, ese universo moral que llamamos la Caballería plasmado por Ramón Llul⁴⁵, aseguraba una muy alta exigencia personal en esas virtudes a cualquiera que quisiese ostentar la condición de caballero.

Porrinas⁴⁶ también señala esa importancia de la hueste permanente que el Campeador «durante el tiempo de servicio militar y diplomático a los príncipes de Zaragoza... tuvo la oportunidad de articular, entrenar y comandar» resaltando muy especialmente su carácter híbrido de cristianos y musulmanes. Esto ocurriría sin duda a partir de la campaña de Morella (1084) en que Rodrigo dirigió un ejército independiente, al servicio de Al-Mutamín pero en un escenario operativo alejado de Zaragoza, que integraría peones, caballería ligera y otros elementos de procedencia mayoritariamente musulmana. Ese sería el germen del ejército que lideraría posteriormente con total independencia. Sin embargo durante su estancia en Zaragoza estimamos que la hueste cristiana «mercenaria», mayoritariamente castellana, mantendría su condición de unidad independiente del resto del ejército zaragozano, quizás con la inclusión de algún elemento musulmán que inicialmente tendría la condición de enlace con él. Esta hueste sería el núcleo duro inicial que el Cid lideró en las cargas que le dieron la victoria en sucesivas batallas. Por supuesto su situación en la taifa zaragozana daría a estos combatientes

⁴⁵ LLUL, Ramón (s. XIII): *Libro de la orden de Caballería*. Alianza editorial. Madrid, 2000.

⁴⁶ PORRINAS, David: op. cit., páginas, XVII de la introducción y 135.



Fotograma de *El Cid* (imagen de: www.imdb.com). El Cid al frente de una fuerza híbrida, compuesta por combatientes cristianos y musulmanes

una excelente comprensión de las tácticas y procedimientos musulmanes y les habituaba a combatir junto a ellos. A su líder, Rodrigo, que según la *Historia Roderici* Al-Mutamín colocó al frente de su reino y tomaba en todo consejo⁴⁷, le proporcionaría la habilidad de combinar tropas y tácticas musulmanas y cristianas.

5.4. Liderazgo del Cid: la oportunidad

La carga es una acción táctica cuyo éxito está sujeto a la oportunidad. «*El momento para efectuar una carga es cuando el enemigo no está dispuesto para recibirla, es decir, cuando cambiaba de formación, dejaba sus apoyos, o cuando se detectaba que dudaba o vacilaba... Los escuadrones debían evitar cargar las tropas a pie cuando se encontraban en formación compacta y en estado de usar sus armas*»⁴⁸. El jefe de caballería que va a lanzar la carga debe estar atento a descubrir, basándose en su experiencia y en esa cualidad que los franceses llaman «*coup d'oeil*», el instante fugaz en que se dan alguna de las condiciones propicias para lanzar la carga⁴⁹. Para ello debe tener esa mezcla de arrojo impulsivo y prudencia calculadora que García Fitz observa en la actitud del Cid hacia las batallas.⁵⁰

El Reglamento del Servicio de campaña de 1882⁵¹ decía «*Por eso es tan difícil manejar bien la caballería. Su jefe natural ha de reunir cualidades y aptitudes al parecer irreconciliables; frío, sereno, circunspecto mientras está a la espera y al acecho de coyunturas favorables, y cuando con un ojo rápido y certero las descubre, no pierde instante en aprovecharlas,*

⁴⁷ A pesar del texto literal de la *Historia Roderici*, tenemos que considerar que le puso al frente de su ejército y que el consejo que le tomaba se refería únicamente a asuntos militares, estratégicos y, ocasionalmente, diplomáticos.

⁴⁸ BALDOVÍN, Eladio: «La carga de Caballería», en *Revista Ejército*, n.º 866, 2016.

⁴⁹ DE BRACK, Antoine Fortune (1831): *Avant Postes de Cavalerie légère*. Libraire de troupes de toutes armes. París, 1831 (recuperado de: www.Gallica.bnf.fr/ad_hoc). Obra que describe la vida, procedimientos y táctica de caballería napoleónica de la que el autor fue general. El autor considera las cualidades que debe tener un Jefe de Caballería. Algunas de ellas son: la rapidez y seguridad de su vista (*coup d'oeil*) para abarcar y discernir las fuerzas morales que manda y las que va a atacar, la apreciación fría y exacta de su fuerzas materiales y las del enemigo, la mirada que aborda el terreno en conjunto y en sus menores detalles determinando sus posibilidades tácticas, la rapidez de decisión y de acción, el impulso, la determinación y la sangre fría además del arrojo y ser ante todo ejemplo para sus hombres.

⁵⁰ GARCÍA FITZ, Francisco: «El Cid y la guerra», en *Actas del Congreso internacional EL CID. POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999. Ayuntamiento de Burgos, 2000, p. 393.

⁵¹ Recogido por BALDOVÍN, Eladio: opus citada.

mostrando entonces un valor fogoso que raye en la temeridad». Pero un jefe de caballería que lo es también de su ejército no puede esperar pasivamente que se produzca esa oportunidad, su habilidad táctica como comandante supremo es crearla mediante movimientos de tropas anteriores y aprovechando siempre los accidentes geográficos. No sabemos casi nada de la disposición elegida por el Cid para su ejército en la batalla y muy poco de los movimientos previos. El carácter híbrido que resalta David Porrinas permitía una gran variedad de movimientos tácticos preliminares para un jefe que supiese combinarlos.

Siempre es complejo reconstruir una batalla, pero aún es más difícil en el caso de las batallas medievales y de caballería. Las primeras por la ausencia de fuentes y contradicción entre las existentes y las segundas por la rapidez de los movimientos, las decisiones tomadas en base a la oportunidad y la confusión general de los encuentros. No vamos a analizar en detalle las batallas cidianas, pero sí anotar que en aquellas de las que poseemos información se producen uno o varios movimientos previos que llevan la confusión y el desorden a las filas del enemigo.

En el pinar de Tévar tenemos una acción preliminar en las alturas por parte del conde de Barcelona (motivada por informes de falsos desertores según la *Primera Crónica General*) que le hace dividir sus fuerzas y que son emboscados por fuerzas del Cid (recogido sólo en la *PCG*). En cualquier caso, el Cid responde al cerco de los catalanes con una carga de caballería en un itinerario menos defendido y más inesperado. En la batalla de Cuarte⁵² también las informaciones son contradictorias: se menciona una fuerza que se infiltra hacia el campamento y otro destacamento que primero ataca de frente y después finge una retirada sobre la ciudad. Esta huida fingida es una táctica similar al torna-fuye, pero en este caso no se trata de atraerlos a una emboscada sino de provocar una desorganización en sus filas que sería aprovechada por otro elemento atacando desde una dirección distinta⁵³. Los normandos también emplearon esta táctica en la batalla de Hastings⁵⁴. En cualquier caso se ha producido una previa desorganización del despliegue enemigo antes de que se produzca el ataque principal, sobre la dirección del cual las fuentes⁵⁵ ofrecen diferentes versiones.

⁵² MONTANER, Alberto y BOIX JOVANI, Alfonso: opus citada, pp. 175-204. Los autores ofrecen varias reconstrucciones alternativas de la batalla atendiendo a los diferentes relatos y a la topografía.

⁵³ MONTANER, Alberto y BOIX JOVANI, Alfonso: opus citada, pp. 199-200.

⁵⁴ Hill, Paul: opus citada, p. 129.

⁵⁵ En esto discrepa la *Historia Roderici* que, invariablemente, presenta las batallas cidianas como un choque frontal en el que campeador se impone por su fuerza y valor, muy en consonancia con otras obras literarias medievales contemporáneas.

En el caso de la batalla de Alcocer, únicamente registrada en el *Poema del Mío Cid*⁵⁶, se nos describe una situación curiosa en la que Pedro Vermudez⁵⁷, que portaba el estandarte del Cid, se adelanta a la carga justo después de que este advirtiese a todos que debían mantener las filas hasta que él lo ordenase y tras avisar al Campeador de su intención, a lo que este respondió lógicamente con una negativa cerrada. Es una situación absolutamente inverosímil que contrasta con el realismo de la descripción. No es probable que nadie desafiase el liderazgo del Campeador y menos aún quien portaba su estandarte, que debía acompañarlo en todo momento en la batalla y además no podía estar mandando ninguna fracción de la hueste susceptible de seguirle en su arrancada. En cambio, hace suponer algún tipo de maniobra de engaño con una carga inicial (en términos militares una finta) simulando la principal mediante el estandarte del Cid. Tras producirse la reacción enemiga, el Cid conduciría la carga principal aprovechando el desorden provocado por el ataque anterior y posiblemente un cambio en su formación. Es posible incluso que esta maniobra no fuese comprendida por el poeta que únicamente recordase el hecho singular de que el portaestandarte se adelantase en la carga o que, como en el caso, de la *Historia Roderici* se quisiese preservar el carácter frontal y directo de las cargas del Cid (aunque en otras maniobras no tiene reparos en mostrar la capacidad de Cid para engañar a sus enemigos en el combate).

En todos los casos el Cid emplea varios cuerpos con objetivos distintos y en direcciones diferentes. Tanto en Tévar como en Cuarte difunde previamente rumores falsos: su intención de huir a través de los puertos en el primer caso, la inminente llegada del ejército de Alfonso VI (o del rey aragonés, según versiones). Ambos rumores en cualquier caso preparan psicológicamente al contrario para interpretar erróneamente los posteriores movimientos tácticos cidianos.

El relato de la carga de Bairén, sólo mencionada por la *Historia Rodericim* no parece contener ninguno de estos movimientos previos. La estrecha franja de terreno en la que se ejecutó, entre un castillo y una flota enemigos, tampoco parece dejar lugar a ellos. La *Historia Roderici* nos cuenta que el Cid, al frente de su ejército y acompañado por el rey Pedro I de Aragón, acudió a reabastecer el castillo de peña Cadiella, posición avanzada sobre el valle de Albaida. Muhammad les salió al paso en Játiva con un considerable ejército. Sin embargo no presentó batalla. Játiva domina la principal entrada

⁵⁶ Cabría preguntarse si no está describiendo otra batalla real modificando su lugar geográfico y algunos de sus protagonistas. El hecho de soslayar completamente el periodo en que el Cid prestaba su espada a los reyes de Zaragoza puede explicar esa trasposición.

⁵⁷ *PMC*, tirada 34.

al valle de Albaida por el norte. Esto implica que o bien el ejército cidiano pasó por este punto, defendido por un gran castillo en poder de los Almorávides, antes de la llegada de Muhammad o más probablemente que lo hizo por otro paso más al este y que Muhammad prefirió no atacarle mientras estaba en el llano y decidió esperar su regreso cerrando los accesos. Esto motivaría la decisión del Cid de retornar por el otro lado del valle llegando a la costa. Ahora bien este paso, muy estrecho, estaba vigilado por el castillo de Bairén y la *Historia Roderici* nos dice que la flota almorávide estaba en las aguas contiguas. Además afirma que Muhammad con un gran ejército almorávide y andalusí le cerraba el paso en Bairén. Este relato ofrece muchas dudas porque si el ejército se había trasladado desde Játiva, el Cid tendría los pasos del norte disponibles. Por otro lado Peña Cadiella ocupa un lugar central en el valle de Albaida, por lo que el Cid podía llegar a un paso u otro antes que el ejército almorávide en Játiva (en términos militares se movía en líneas interiores en el valle mientras Muhammad lo hacía en líneas exteriores al norte de la cadena montañosa que lo cierra). La explicación más plausible es que el ejército almorávide se mantuviese en Játiva cerrando los pasos hacia Valencia y confiase en la dificultad del paso de Bairén para dejar una pequeña fuerza apoyada en la fortaleza y la flota. Antes de la aparición de la artillería, una fortaleza (aún menos una flota) no podía cerrar un paso a no ser que se hubiese construido físicamente en él. Sí podía vigilarlo, hostilizar a los que pasasen mediante salidas y quizás algún proyectil de dudosa precisión y servir de apoyo para un ejército que desplegase cerrándolo. Para mantener continuamente abierto el paso había que apoderarse de la fortaleza, pero un ejército podía pasar siempre que procurase no ponerse al alcance de sus proyectiles (menos de doscientos metros para las flechas) y se protegiese contra una salida repentina desde la fortaleza. Probablemente el Cid se encontró con una pequeña fuerza cerrando el paso junto a la costa apoyada por el castillo en las alturas y la flota en el mar. El grueso de ejército almorávide estaría aún en Játiva. Como buen jefe de caballería no dudó en arrollar su débil enemigo con una potente carga asegurando el paso de un ejército muy poco vulnerable, puesto que ya había descargado los suministros en Peña Cadiella. La *Historia Roderici* nos cuenta que al llegar a Bairén el Cid y el rey Pedro «asentaron sus campamentos» y atacaron al día siguiente. Esto concuerda aún menos con la urgencia que tenía el Cid de adelantarse al ejército almorávide en Játiva. Como en otras ocasiones en la *Historia Roderici* parece adecuado interpretar ese «asentó su campamento» por «desplegó su ejército», acción que llevaría a cabo el Cid para impresionar a las reducidas fuerzas almorávides antes de ejecutar la carga. La amenazadora presencia del castillo y de la flota habría causado una cierta inquietud en algunos

elementos del ejército cidiano, pero desde luego no en el propio Rodrigo acostumbrado a salir airoso de situaciones difíciles. Así pues en este caso el elemento facilitador habría sido la elección del más difícil pero menos defendido paso de Bairén.

No sabemos cuál era la disposición del resto del ejército cidiano (infantería, arqueros, caballería ligera) en las batallas campales. Probablemente también intervenían en las maniobras previas para facilitar la carga decisiva. Sólo en Pinar de Tévar, cubriendo los accesos y en Cuarte, defendiendo las murallas de Valencia, está claro el papel de la infantería (peonadas). En campo abierto el Cid debía usarlos junto con la caballería ligera para cubrir sus flancos y evitar el envolvimiento.

Podemos concluir que una parte importante del éxito de las cargas dirigidas por el Cid se basó en una disposición para el combate del conjunto de su ejército, que incluiría infantería, caballería ligera y elementos tanto cristianos como musulmanes, y una serie de maniobras tácticas previas que crearían la oportunidad para la carga decisiva.⁵⁸

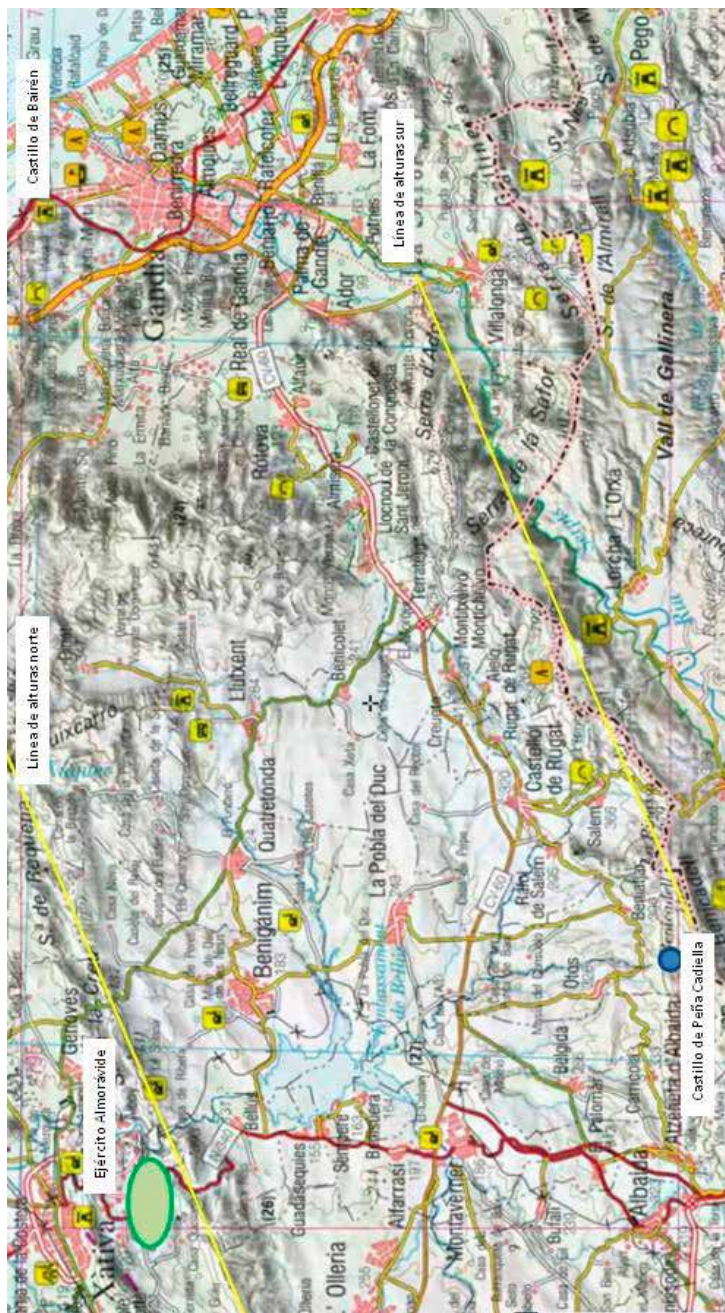
5.5. Liderazgo del Cid: al frente de la carga

Hay un acuerdo general en las fuentes sobre la posición del Cid en cabeza de la carga. Ejercer su liderazgo de este modo tendría un impacto inmediato en la moral y cohesión de sus caballeros y facilitaría la elección del momento en que se iniciaba la carga. ¿Podría tener algún otro efecto? Smail⁵⁹ considera que «después de la carga original ya no podía ser controlada» y propone con la analogía de «un proyectil de un solo uso sobre el cual el comandante sólo tendría la oportunidad de elegir blanco y momento de disparo, pero no podría dirigir posteriormente». El Infante Don Juan Manuel⁶⁰ decía que: «*Ca fasta este lugar cumple el seso, et dende adelante Dios et los buenos omnes sofridores et de grant verguença et de grandes coraçones lo han de facer*». Esta aseveración es absolutamente cierta en el momento del choque, pero ¿sería posible mantener la cohesión tras él y re-dirigir la carga o repetirla? En la caballería de los siglos XVIII y XIX tenemos frecuentes ejemplos. El marqués

⁵⁸ Alejandro Magno, jefe a un tiempo del ejército y de la carga de caballería ejecutada por una fracción del mismo, también utilizó este sistema: FULLER, J.F.C. (1958): *The Generalship of Alexander the Great*. Wordsworth military Library, 1998. Pág. 298, «*Although in his great battles he relied on his Companion cavalry as his main offensive arm, he never brought it into action until he was certain his assault would prove decisive... ... at Arbela he fought a protracted defensive engagemente with his righth flank gurad, wich drew his enemy and thereby cretaed the opportunity for his decisive cavalry charge*».

⁵⁹ SMAIL, R.C. (1956). *Crusading Warfare*. Cambridge university press, 1995. P. 114.

⁶⁰ Citado por GARCÍA FITZ en *Castilla y León frente al Islam*, p. 399.



Mapa de situación de los movimientos previos a la batalla de Bairén (1094). Un ejército Almorávide acampó en Játiva cerrando la salida norte, hacia Valencia, del valle de Albaida, por donde había entrado previamente la hueste cidiana para reabastecer el castillo de Peña Cadiella. El Cid decidió buscar la salida más inesperada, el paso junto al mar defendido por el castillo de Bairén, al norte de la actual Gandia

de Valdecañas⁶¹ cargó contra el ala derecha austracista en Villaviciosa y, tras desbandar a su caballería, regresó para cargar por la retaguardia a la infantería enemiga, decidiendo la batalla para el bando borbónico. Más cercano en el tiempo, el movimiento que dio la victoria a los normandos en la batalla de Civitate (1053), que como observó Fletcher tienen tantas similitudes con el Cid, es muy similar al de la batalla de nuestra guerra de sucesión. La batalla⁶² se abre con una carga de Ricardo de Aversa sobre el ala izquierda papal a la que pone en fuga y persigue y se decide con el regreso de los mismos caballeros de Aversa que cargan de nuevo sobre la retaguardia enemiga. ¿Cómo se ejecutaba este movimiento? El citado De Brack⁶³ responde de este modo a la pregunta ¿Qué debe hacer el Jefe de Caballería una vez iniciada la carga?: *«Impulsarla por el mando y el ejemplo. Designar algunos caballeros de confianza que se convierten en el núcleo duro de la reorganización, Si la carga sigue avanzando (después del primer choque) ese núcleo duro avanza con ella, si los jinetes se retiran, ese núcleo lo hace más lentamente sin dejarse dividir, ralentizando la retirada, los vuelve a reunir y tomar de nuevo la ofensiva»*. Por supuesto De Brack habla de unas unidades de caballería perfectamente organizadas, disciplinadas e instruidas. Smail observa una diferencia esencial entre la caballería en época contemporánea y la caballería medieval en la que la carga *«era esencialmente una suma de cargas individuales»*. Como se ha expuesto la hueste cidiana, al menos su núcleo duro, está más cerca en cuanto a disciplina y organización de la caballería dieciochesca que de la descrita por Smail. Además de un grupo de caballeros organizados, disciplinados y bien adiestrados para dirigir la carga hacía falta un líder muy hábil como guerrero individual, pues estarían siempre en el punto de mayor peligro y tendría que atender al mismo tiempo a su propio combate y a comandar la hueste. Por supuesto debía tener un buen y rápido «ojo» táctico para identificar el lugar de reunión y el próximo objetivo con el fin de convertir los resultados de la carga en decisivos en el menor tiempo posible. El Cid reunía, en grado de excelencia, todas esas cualidades. Casi con seguridad esta re-dirección de la carga inicial es los que llama el PMC «tornada»⁶⁴:

*Treszientas lanças son - todas tienen pendones
Seños moros mataron – todos de seños
a la **tornada** que fazen – otros tantos muertos son*

⁶¹ BACALLAR Y SANNA, Vicente, Marqués de San Felipe (1725): *Comentarios de la guerra de España e Historia de su Rey Felipe V el animoso*. Biblioteca de autores españoles. Madrid, 1957, p. 217.

⁶² HILL, Paul: opus citada, pp. 154-157.

⁶³ DE BRACK: opus citada, p. 254.

⁶⁴ PMC, tirada 51. Corresponde a la batalla de Alcocer.

Esta reunión de la hueste y re-dirección de la carga tendría mucho más efecto si se hacía a un flanco o a retaguardia (aunque De Brack también expone la manera de hacerlo de frente para reiterar la carga. Este sería el modo más difícil y menos efectivo). Para que alcanzase resultados decisivos, la siguiente dirección de carga no sólo aprovecharía el desorden (ya caos) provocado en la formación enemiga por la primera carga, sino que además identificaría un objetivo decisivo, normalmente el comandante enemigo. Resulta llamativo las veces que el jefe enemigo cae en manos del Campeador tras una batalla (García Ordoñez en Cabra, Berenguer Ramón II en Almenar y Pinar de Tévar, podríamos añadir al rey Alfonso en Golpejera) o emprende una rápida huida (Sancho Ramírez y Al-Hayib en Morella y Muhammad ibn Tasufin en Cuarte).

Otros dos elementos son importantes para que se pueda lograr un «tornada»: que el punto inicial del ataque estuviese previamente desorganizado (la oportunidad tratada en el punto anterior) para que la primera carga no encontrase mucha resistencia y que la formación de carga fuese compacta. El infante Don Juan Manuel identifica una formación llamada «*tropel*»⁶⁵ que consistía en una formación compacta y de mayor profundidad que, al contactar la línea enemiga en un solo punto pudiera atravesarla y desorganizarla. El comandante se colocaba en el centro junto al alférez. Los componentes debían ir muy apretados hasta alcanzar el frente contrario. El dispositivo resultante sería una cuña con el comandante en posición avanzada y centrada (puesto de gran riesgo que requería valor y habilidad). Los jinetes, cabalgando rodilla con rodilla (seréement⁶⁶), formaban un auténtico muro. La *Primera Crónica General*⁶⁷ nos dice que Alvar Pérez de Castro usó este dispositivo en la batalla de Jerez (1231) donde consiguió atravesar las siete líneas sucesivas en las que había dispuesto el ejército del rey de Murcia. Aunque no hubiese re-dirección de la carga, parece claro que Pérez de Castro mantuvo la cohesión de la carga (parte de ella) a través de los sucesivos haces musulmanes, no desorganizándose en combates individuales hasta llegar a los últimos.

Evidentemente la «tornada» era una táctica más fácil de comprender que de ejecutar. El poeta no se molesta siquiera en explicarla porque considera que el propio nombre y contexto la hacen entendible. En las batallas de Sagrajas y Alarcos los reyes Alfonso VI y VIII respectivamente lanzaron en primer lugar una potente carga de caballería cuyo efecto pronto se desvaneció en una «mêlée» de combates individuales. En Las Navas ocurrió lo

⁶⁵ Citado por GARCÍA FITZ en *Castilla y León frente al Islam*, p. 385.

⁶⁶ NICOLLE, David: opus citada, p. 129 (su descripción es «*hombro con hombro*»).

⁶⁷ *Primera Crónica General*. Bailley Bailliére e hijos. Madrid, 1906. Tomo III, p. 726.



Vela Zanetti, pintura mural de la Diputación Provincial de Burgos. La excepcional habilidad del Cid como jinete y guerrero le permitía seguir liderando la carga de caballería tras el primer choque y, probablemente, redirigirla hacia nuevos objetivos para asegurar la victoria sobre los enemigos

mismo pero la gran visión táctica de Alfonso VIII fue organizar su ejército en tres haces que cargaron sucesivamente, el último de los cuales decidió la batalla atravesando el palenque del Miramamolín y elegir un campo de batalla cuya orografía y vegetación impedía a la caballería almohade sus clásicos movimientos envolventes⁶⁸.

6. *EL CID, PARADIGMA DE LA GUERRA MEDIEVAL*

El caballero representa la cúspide de la escala social y militar de la Edad Media europea y la carga de caballería su táctica por excelencia en el campo de batalla. Reyes, duques, condes, incluso obispos participaban en el combate revestidos de cota de malla, empuñando lanza y espada, montando un caballo de batalla, cargando al frente de su mesnada. La carga alcanzó en esta época una potencia de choque que no había tenido antes ni tendría después, en la Edad Moderna cuando los jinetes empezaron a abandonar su armadura junto con su preeminencia social. Rodrigo Díaz de Vivar alcanzó un extraordinario grado de excelencia en la preparación y ejecución de la carga de caballería que le valió salir victorioso en todas las batallas y, probablemente, su sobrenombre de Campeador. No es extraño que fuese el ejemplo en el que se reflejaron las generaciones de caballeros que le sucedieron en los reinos hispánicos y que la leyenda le revistiese de todas las virtudes y atributos morales de la Caballería.

El Cid logró crear un instrumento militar que, bajo su mando, lograba una eficacia excepcional en un movimiento táctico, la carga, que empleado con oportunidad y sentido táctico decidía a la batalla. ¿Significa esto que la batalla era su principal medio operativo para alcanzar sus objetivos estratégicos como fue el caso de Napoleón? Parece que no. Prácticamente todas las batallas que luchó Rodrigo como Comandante en Jefe fueron impuestas. El Campeador más bien intentó eludir siempre la batalla, ya sea mediante negociaciones y acuerdos (Almenar, Morella), ya sea ocupando posiciones que, por su dificultad, hiciesen desistir a su oponente (Pinar de Tevar). Es cierto que Rodrigo conocía muy bien donde estaban sus fortalezas y no consideró nunca encerrarse en una posición fuerte por tiempo indefinido. Cuando le acorralaban (Pinar de Tévar, Cuarte, Bairén) recurría al contraataque aprovechando la aptitud de sus fuerzas, y de él mismo, para la maniobra rápida y el choque demoledor. En Morella, como de un modo mucho más claro en Almenar, se debía a la visión militar de su

⁶⁸ GARCÍA FITZ, Francisco (2005): *Las Navas de Tolosa*. Ariel, VIII centenario (2012). Barcelona, pp. 534, 535.

Jefe, Al Mutamín Ibn Hud, más inclinado a la batalla campal. Por supuesto también fue el caso de Llantada y Golpejera donde él no tenía responsabilidad en la decisión, que indudablemente se reservaba Sancho de Castilla, aunque sí en la ejecución.

El principal procedimiento operativo del campeador para alcanzar sus objetivos estratégicos, como casi de todos los líderes político-militares de su época, era la incursión o cabalgada⁶⁹. Esta táctica no sólo era un medio para una estrategia más amplia, sino que además era una fuente de recursos esencial para un ejército profesional que vivía exclusivamente de la guerra. También era un procedimiento menos arriesgado y costoso que contribuía a preservar sus propias fuerzas. Cada vez que el Cid lanzaba una carga ponía en riesgo extremo la vida propia y la de sus hombres, sus ganancias y su posición estratégica. El instrumento militar cidiano ganaba batallas, pero también servía para impulsar las cabalgadas venciendo a los que se opusieran a ella o sacándolas de situaciones complicadas.

¿Fue el campeador un innovador? ¿Inauguró una nueva forma de hacer la guerra? La respuesta también es negativa. La técnica de la lanza enristrada se popularizó entre los normandos y cuando llegó a España sería adaptado por casi todos los caballeros cristianos que empleasen la carga como principal movimiento táctico (excluyo aquellos que preferían tácticas que podríamos categorizar como caballería ligera). Sí es cierto que dio una potencia acrecentada a la carga de caballería que Rodrigo, y todos sus iguales, tenían como procedimiento de combate fundamental. La permanencia y profesionalidad de su hueste fue consecuencia del destierro. Con toda probabilidad, nunca hubiese logrado el mismo resultado si hubiese mantenido una posición de señor feudal al uso en Castilla. Por otro lado, sus cualidades personales son intrínsecas y están ligadas a una larga experiencia guerrera, no fruto de un nuevo sistema de aprendizaje o difusión de nuevas teorías. Su famosa «carga tornada» es un procedimiento táctico que, como hemos visto, requiere muchas condiciones para su ejecución. Si esas condiciones (de la hueste y del jefe) no están presentes no es posible realizarla en el terreno sólo conociéndola teóricamente. Además no es un procedimiento fijo y reglado, sino que depende de una hábil percepción de la situación táctica, del momento y de la apreciación subjetiva del estado de la moral propia y del enemigo. Probablemente algunos líderes contemporáneos y posteriores al Cid lograron alguna vez ejecutar esta táctica, siquiera de modo parcial.

⁶⁹ GARCÍA FITZ, Francisco: «El Cid y la guerra», en *Actas del Congreso internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999. Ayuntamiento de Burgos, 2000, p. 402.



Estatua ecuestre del Cid en Burgos (1955), del escultor Juan Cristóbal González Quesada. El Cid fue un excepcional ejecutor práctico de la guerra medieval en casi todas sus modalidades, muy especialmente en aquellas que requerían el uso del movimiento y la maniobra

Entonces ¿dónde radica la singularidad militar del Cid?. Clausewitz nos da una pista⁷⁰: «*la primera, suprema y más trascendente acción juiciosa del hombre de estado y líder militar es determinar el tipo de guerra en que está embarcado, sin equivocarse en el juicio y sin tratar de transformarla en algo ajeno a su naturaleza*». Las formas de la guerra están condicionadas por la situación social, política, ideológica, cultural y económica en las que desarrollan, por el nivel tecnológico de su época y por el clima, orografía, vegetación e infraestructura del espacio físico en que tienen lugar. El Cid llegó a una comprensión plena de la guerra medieval, de sus condicionantes, limitaciones y posibilidades; de sus estrategias, procedimientos operativos, tácticas y técnicas. Poseía de modo natural las cualidades propias de un buen líder militar, valor, determinación, serenidad, energía, golpe de vista, inteligencia, etc., pero además las había cultivado y acrecentado en una vida dedicada a la milicia desde la infancia. Ello le permitió aplicar de manera brillante las estrategias, tácticas y procedimientos medievales desde el combate individual a la gran estrategia. A ello añadimos un aspecto esencial en su vida, en cierto modo relacionado con su carácter pero también con circunstancias externas, que es la independencia política y operativa que disfrutó desde el primer destierro (incluyendo su época en la corte del rey zaragozano en la que gozaba de una autonomía muy por encima de lo habitual,). Todas las cualidades y circunstancias lo convirtieron en un excepcional ejecutor práctico de la guerra medieval en casi todas sus modalidades, muy especialmente en aquellas que requieren mayor uso del movimiento y maniobra como las cabalgadas o la decisión en la batalla mediante la carga de caballería. La eficacia de este movimiento táctico cuando era ejecutada por la hueste cidiana y liderada por el mismo Rodrigo Díaz fue decisiva en muchas, quizás en todas, las batallas en que intervino y, sin duda, le permitió imponerse al adversario en encuentros menores durante el desarrollo de otro tipo de operaciones.

⁷⁰ CLAUSEWITZ, Carlo von (1832): *De la Guerra*. Ediciones Ministerio de Defensa. Madrid, 1999, p. 195.

FUENTES DOCUMENTALES

Fuentes primarias

- Cantar del Mío Cid (CMC)*. Anónimo: *Poema del mío Cid*. Espasa Calpe. Colección Austral, edición de 1975.
- Carmen *Campidoctoris*. BODELÓN, Serafín: «Carmen Campidoctoris: Introducción, edición y traducción», en *Archivum, Revista de la universidad de Oviedo*, n.º 44-45, septiembre de 1994.
- Fuentes árabes*. VIGUERA MOLINS, María Jesús: «El Cid en las fuentes árabes», en *Actas del Congreso Internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999, pp. 55-92. Ayuntamiento de Burgos, 2000.
- Historia Rodeciri*. FALQUE, Emma: «Traducción de la Historia Roderici», en *Boletín de la institución Fernán Gonzalez*, n.º 201, 1983, pp. 339-375.
- Primera Crónica General*. Bailley Bailliére e hijos. Madrid, 1906. Recuperado de: www.bibliotecadigital.jcyl.es

Bibliografía

- CONTAMINE, Philippe: *La guerre au Moyen Âge*. Presses universitaires de France. París, 1980.
- FLETCHER, Richard (1989): *The quest for El Cid*. Oxford University Press. Oxford-New York, 1991.
- GÁRATE CÓRDOBA, Jose María: «La historia militar elude al Cid», en *Revista Ejército*, n.º 825, 2006.
- : «Introducción a la táctica del Cid», en *Revista de Historia Militar*, n.º 15, 1964.
- GARCÍA FITZ, Francisco: «El Cid y la guerra», en *Actas del Congreso internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999, pp. 383-418. Ayuntamiento de Burgos, 2000.
- : «War in the Lay of Cid», en *Journal of Medieval Military History*, núm. X, 2012, pp. 61-87.
- (1998): *Castilla y León frente al Islam*. Universidad de Sevilla, 2005.
- : «Combatir en la Península Ibérica medieval: Castilla-León siglos XII a XIII. Estado de la cuestión», en *Imago Temporis. Medium Aevum*, núm. X, 2016, pp. 383-407.
- : *Las Navas de Tolosa*. Ariel, VIII centenario (2012). Barcelona, 2005.
- : «La guerra en la obra de Don Juan Manuel», en *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V centenario de la conquista*. Servicio de publicaciones, Diputación Provincial de Málaga, 1987, pp. 55-72.

- HILL, Paul: *The Normans commanders. Masters of Warfare 911-1135*. Pen and Sword Military. Barnsley, 2015.
- MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo: *El Cid histórico*. Booket. Madrid, 2001.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1929): *La España del Cid*. Espasa Calpe, 2ª edición, Buenos Aires, 1939.
- MONTANER FRUTOS, Alberto: «La batalla de Tévar», en *Actas del Congreso internacional EL CID, POEMA E HISTORIA*, Burgos 12-16 de julio de 1999. Ayuntamiento de Burgos, 2000.
- MONTANER, Alberto y ESCOBAR, Ángel: *Carmen Campidoctoris o poema latino del campeador*. Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001, 311 pp. (Mitos Universales de la Literatura Española: Biblioteca Complementaria).
- MONTANER FRUTOS, Alberto y BOIX JOVANÍ, Alfonso: *Guerra en Sarq Al'Andalus: Las batallas cidianas de Morella (1084) y Cuarte (1094)*. Instituto de Estudios islámicos y del oriente próximo. Zaragoza, 2005.
- MORETA VELAYOS: *Myo Cid, el campeador*. Semuret. Zamora, 2000.
- NICOLLE, David: *Medieval Warfare Source Book*. Brockhampton Press. London, 1995.
- PORRINAS GONZÁLEZ, David: «Una interpretación de campeador: el señor del campo de batalla», en *Norba. Revista de Historia*, Vol. 16, 1996-2003, pp. 257-276.
- : *EL CID, Historia y mito un Señor de la Guerra*. Desperta Ferro ediciones. Madrid, 2019.
- SMAIL, R.C. (1956): *Crusading Warfare*. Cambridge university press, 1995.
- SENAC, Philippe y LALIENA CORBERA, Carlos: *1064, Barbastro*. Gallimard, 2018.

Recibido: 19/10/2021

Aceptado: 23/02/2022

EXTRANJEROS EN EL TERCIO Y EN LA LEGIÓN ESPAÑOLA

José Luis de MESA GUTIÉRREZ¹

RESUMEN

El Tercio de Extranjeros, La Legión desde 1937, se fundó con la idea de que veteranos extranjeros de la I G.M. ocuparan en Marruecos el lugar de los soldados españoles de recluta forzosa que allí tenían que combatir, pero la realidad impuso que la mayoría del Cuerpo estuviese formado a lo largo del tiempo por voluntarios españoles. Ello no obstante durante las Campañas de Marruecos, la Revolución de Asturias de 1934, la Guerra Civil Española, la Campaña de Rusia o los eventos ocurridos en Ifni Sahara a partir de 1957, un mayor o menor número de extranjeros se alistaron y combatieron en las filas legionarias. De ello, y hasta el abandono de la provincia del Sahara, nos ocuparemos en las siguientes páginas.

PALABRAS CLAVE: Campañas de Marruecos. Guerra Civil Española. Ifni-Sahara. La Legión. Marruecos. Revolución de Asturias 1934. Rusia. Tercio de Extranjeros.

¹ Magistrado. Licenciado en Derecho, Universidad de la Iglesia de Deusto (Bilbao).

ABSTRACT

The Spanish Foreign Tercio, the Legion since 1937, was raised to replace Spanish recruits who were fighting in Morocco with foreign veterans of the I W. W. However, reality dictated that most of the unit was formed over time by Spanish volunteers. Nevertheless, during the Moroccan Campaigns, the Asturian Rising of 1934, the Spanish Civil War, the Russian Campaign or during the events in Ifni-Sahara from 1957, a number of foreigners were enlisted and fought in the ranks. We will talk about these men in the following pages.

KEYWORDS: Moroccan Campaigns. Ifni-Sahara. Asturian Rising 1934. Spanish Civil War. The Legion. Morocco. Russia. Foreign Tercio.

* * * * *

PROLEGÓMENOS

El conflicto de Marruecos, la oposición a que los soldados españoles fueran enviados a dicho teatro de operaciones y el final de la I G M, que dejó en el paro a muchos de los hombres que habían combatido en los diferentes ejércitos enfrentados en la misma, hizo concebir la idea de que en España se crease una unidad que combatiría en Marruecos, formada por excombatientes de la pasada guerra.

El Subsecretario del Ministerio de la Guerra en 16 de agosto de 1919 dirige al General 2º Jefe del Estado Mayor Central del Ejército un informe de su 5º Negociado, en el que extractadamente se dice:

«El Señor Ministro ha dispuesto... se estudien los medios de crear... una Legión Extranjera cuyos individuos serían reclutados en los Consulados de las naciones respectivas, concentrándolos en un punto conveniente y enviándolos a Marruecos por grupos o núcleos de 150 a 200 hombres».

El día 2 de octubre del citado año se emitió un detallado informe de 58 páginas según el cual también podrían ser admitidos ciudadanos españoles en una determinada proporción.

Como consecuencia de ello el día 28 de enero de 1920 S. M. el Rey firmó el Real Decreto de creación del Tercio de Extranjeros y se envió a Argelia al teniente coronel Millán Terreros para que «in situ» estudiase la Legión Extranjera francesa. A su regreso, el 14 de mayo pronunció una conferencia en el Centro del Ejército y de la Armada de Madrid en la que expuso sus vivencias y proyectos.

En la regla 27 de la Real Orden Comunicada de 4 de abril se dispuso que el Tercio se compondría con extranjeros y españoles de 18 a 40 años, cambiando el encabezamiento de los carteles de propaganda en los que en primer lugar figuraba la palabra españoles y a continuación la de extranjeros:

«¡Alistaos en la Legión Extranjera! Españoles y Extranjeros... Condiciones: se admiten españoles y extranjeros cuya edad no exceda de los cuarenta años».

La Regla 21 de la anterior Real Orden decía: «*Los extranjeros en todos los empleos... podrán ser separados o expulsados de él [el Tercio] por ineptitud manifiesta o inconveniencia de sus servicios, a propuesta del primer jefe*». En la Regla 23 se indicaba: «*Los extranjeros, a los dos años de servicio con intachable conducta y merecimientos, se les expedirá un certificado que servirá de base para la concesión de la nacionalidad española en caso de que la deseen*»².

El 20 de septiembre de 1920 se creaba oficialmente el Tercio de Extranjeros. En el mes de noviembre la recluta de voluntarios fuera de España se inició con grandes dificultades, dado que en muchos países existía la prohibición de alistamiento de sus nacionales para servir en los ejércitos de otras naciones. Por ello la mayoría de los alistados en los primeros meses fueron españoles y no extranjeros, hecho que a lo largo de los 100 años de existencia de La Legión se ha mantenido. Como prueba de ello, en la Revista de Comisario de 8 de octubre de 1920, cuando ya había alistados 554 legionarios, apenas entre 10 y 15 pueden ser considerados extranjeros por sus nombres y apellidos, con la dificultad de estar escritos a mano, con letra muchas veces casi ilegible al faltar tinta, o por la letra misma, muy a menudo difícil de entender, y porque los voluntarios podían alistarse con el nombre que quisiesen, por lo que extranjeros a veces lo llevaban a cabo con nombres y apellidos españoles o al revés³.

Pero ¿quiénes fueron en su mayoría estos primeros voluntarios? Al respecto una visión poética de los mismos:

«El secreto del alma del Tercio ya se iba casi tocando en aquellos soldados alegres o huraños, mudos o locuaces, vehementes o serenos que habían llegado a España con la estoica búsqueda de una aventura brava, cara a la

² Entre 1924 y 1935 un cierto número de legionarios de origen extranjero se acogió a esta posibilidad.

³ El día 25 de septiembre Williams Bron Brona y René Sterman Julian, el 28 Esteban Bran Jules y Pascual Novelli Borrelli, el 29 Manuel Esbrit Soterba y Máximo Zueta, y en la jornada siguiente Jacques Menouse Jaraggi, Gustavo Olls Alemán y Oto Greser Orencio.

muerte. Eran, americanos de tierras duras que, por una llamada insospechada en el espacio y en el tiempo sentían una violenta atracción hacia la sangre española derramada en África; rusos huidos de la revolución, que se sentían felices de llevar colgadas de su correa las granadas de mano, de hablar soñando, evocando perfiladamente un mundo de redención y violencia, mientras en su bolsillo acariciaban los caramelos que tiernamente daban a los moritos; italianos golfos y artistas; malteses con pólvora en la sangre para las pasiones; polacos románticos y sorprendentes en su valentía y delicadeza; alemanes desquiciados, locos y soñadores; negros silenciosos, con tristeza de metal; franceses siempre sutiles; portugueses de pecho ancho, con su optimismo de la vida; ingleses retorcidos, como sus intenciones... y españoles»⁴.

Por su parte un héroe legionario dice al respecto en cuanto a su origen profesional:

«Al ex oficial ruso del ejército del Zar, alemanes, austríacos y hombres procedentes de Centro Europa, huidos a la terminación de la Gran Guerra, a causa de las revoluciones políticas originadas en sus respectivos países por el desconcierto de la postguerra; llegan también marineros de barcos mercantes que quedaron desembarcados en los puertos españoles, al llegar tarde a la hora de zarpar las naves que tripulaban después de una noche de juerga y francachela»⁵.

Los primeros jefes del Tercio en las obras que escribieron en el inicio de la andadura legionaria, como otros autores que figuraron en sus filas, harán referencia en las mismas, tanto individualizadamente como en conjunto, a los extranjeros alistados. A título de ejemplo: Millán Astray en su capítulo Los Caballeros Legionarios, Franco en *Diario de una Bandera*, el coronel Mateo en *La Legión que Vive*; o Micó España en *Los Caballeros de la Legión*, en sus capítulos dedicados a los voluntarios ingleses o a la Legión Cubana.

A raíz del Desastre de Annual en Gran Bretaña, los E.E. U.U. y los países de Hispano América, los voluntarios se presentaron en gran número, muchos de ellos españoles que no habían triunfado en la emigración y que alistándose encontraban la posibilidad de regresar a España para intentar rehacer sus vidas. El hoy general Ballenilla en su libro *La Legión 1920-1927*, al

⁴ Maciá Serrano, Antonio. *La Legión Desnuda*. Luis de Caralt Editor S. A. Barcelona, p. 89. Versión a veces alejada de la realidad, dado que en las filas legionarias, por una circunstancias u otras, hubo pocos voluntarios de origen ruso o polaco, y los malteses no tenían nacionalidad propia al ser entonces Malta una colonia de la Gran Bretaña.

⁵ Piris, comandante. *Historial de la Legión*. Perlado e Hijos. Madrid, 1963, tomo I, pp. 6 y 7.

que me remito, trata pormenorizadamente este tema, así como los problemas surgidos con los denominados voluntarios cubanos, los procedentes de la Gran Bretaña o los EE.UU., que en su mayoría ya no figuraban en las filas legionarias en el año 1922 al haber sido licenciados en bloque, y los que afectaron a los alemanes en 1924, en el que varios de ellos se vieron envueltos en Ben Tieb en un complot, al parecer de inspiración comunista, que terminó con el fusilamiento de algunos de los implicados, sin olvidar que prácticamente no se aceptaron voluntarios de origen ruso o búlgaro por el temor a que resultasen ser activistas del partido comunista⁶.

Con referencia a los alistamientos en Gran Bretaña, en 31 de agosto de 1921 el ministro de Estado (hoy Asuntos Exteriores) español comunicó al de Guerra que el Cónsul General de España en Londres había concedido permiso a una serie de individuos para incorporarse al Tercio de Extranjeros, los cuales, salvo uno, serían embarcados en el transporte de la Armada española *Almirante Lobo*. Se añade un listado con 99 nombres, no todos anglosajones, hay algunos que pueden ser franceses, italianos y portugueses⁷.

En el mes de enero de 1922 en varios periódicos portugueses se publicaron noticias quejándose del trato que sus compatriotas que se habían alistado en el Tercio recibían de sus superiores, apareciendo como promotor un legionario llamado Francisco Pinto da Silva. Realizadas las averiguaciones correspondientes se constató que el mencionado había desertado una vez, por lo que al ser encontrado estuvo un tiempo arrestado, habiendo vuelto a desertar tan pronto se le envió a una bandera, y que todo podía deberse a intentar aprovecharse de la política seguida por el gobierno español con referencia a los voluntarios de Gran Bretaña o de los EE.UU., quienes tras una campaña periodística empleando los mismos argumentos que Pinto, habían logrado, por las presiones de los gobiernos respectivos, ser licenciados del Tercio entre finales de 1921 y principios de 1922 en un número apreciable: 56 británicos, más 1 anglo egipcio y 54 norteamericanos, quedando por licenciar 6 británicos por estar internados en diferentes hospitales. Según el mismo informe otros 4 británicos habían muerto en combate en las filas del Tercio.

En cuanto a la Legión Cubana, cuando la misma llegó al puerto de Ceuta en el buque *Marqués de Campos*, de sus 731 integrantes solo eran cubanos 225, mientras que 12 eran colombianos, 6 mejicanos, 5 venezolanos, 3 norteamericanos, 2 nicaragüenses, 2 dominicanos y 1 de cada uno de los siguientes países: Italia, Argentina, Canadá, Chile, Puerto Rico, Alemania, Bolivia, Costa Rica, India y Panamá, siendo españoles 466. Tras

⁶ Ballenilla García Gamarra, Miguel: *La Legión 1920-1927*, Editorial Fajardo el Bravo. Lorca 2010, pp. 32 a 113.

⁷ Apreciación del autor de estas páginas a la vista de nombres y apellidos.

desestimarse la pretensión del jefe de la expedición de formar una unidad distinta de las que componían el Tercio, que serían mandados por los oficiales o pseudo oficiales que formaban en sus filas, se dio a sus componentes la posibilidad de alistarse en el Tercio o abandonar el territorio español. La opción de alistamiento en el mencionado cuerpo la tomaron 125 cubanos y 24 voluntarios de otras nacionalidades.

Desde Ceuta diariamente se informaba a Madrid del número de voluntarios que se alistaban, haciendo constar su nacionalidad, pero no sus nombres y apellidos. Así el día 20 de septiembre se señalaba que en el vapor *Canalejas* habían embarcado hacia dicha ciudad los súbditos extranjeros William Brown y José Artacho Montenegro, y al día siguiente que en esa fecha se habían alistado en la representación ceutí 3 españoles y 1 belga⁸.

El 28 de septiembre, desde Melilla se telegrafiaba a Ceuta que en ese día, en el vapor *Cabañal*, se habían embarcado para incorporarse al Tercio los siguientes reclutas: Constantino Yoto, Máximo Sueta, José Orengo, Werin Blagen, Marco Benhamú Benguigui, Salomón Luque Benguigui, Moisés Tubul Anselem y Mesin el Kaid el Kaid. Los tres con nombres y apellidos judíos y el marroquí fueron declarados inútiles para el servicio.

En abril de 1922 el número total de legionarios extranjeros alistados en el Tercio ascendía a 1.116, frente a 6.798 españoles, según el cuadro que aparecerá más adelante comparándolo con uno de 1930.

LAS CAMPAÑAS DE MARRUECOS

Desde septiembre de 1920 a agosto de 1927 el Tercio, que llegó a contar con 8 banderas y 1 escuadrón de lanceros, además de sus compañías de destinos cuyos componentes entraron muy a menudo en combate, vio pasar por sus filas unos cuantos miles de extranjeros, bastantes de los cuales regaron con su sangre las tierras africanas, consiguiendo algunos alcanzar el empleo de oficiales y suboficiales legionarios.

Para conocer sus nombres y apellidos, dejando a un lado los archivos que se conservan en los Tercios o en la Brigada Legionaria, se pueden manejar 5 fuentes escritas: el *Libro de Oro de La Legión*, en el que día a día aparecen los nombres de los legionarios muertos en combate, el cual presenta la dificultad de que muchas veces los nombres que se facilitan son incorrectos en todo o en parte, el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra, en el que figuran los listados de los que fueron heridos y a quienes se concedió la Medalla de

⁸ En Ceuta, a modo de ejemplo, el 9 de octubre se alistaron 1 argentino y 1 mejicano, el día 20 se alistó 1 francés, el 28 lo hicieron 2 argelinos y el 11 de noviembre 1 argelino.

Sufrimientos por la Patria, o los de los que fueron premiados con ascensos al empleo superior o recibieron alguna condecoración; los Diarios de Operaciones de las diferentes banderas que se conservan en el Archivo General Militar de Madrid por días, meses y años, los 2 Libros de Defunciones del Tercio del Archivo Militar Eclesiástico, también en Madrid, y los diferentes libros escritos sobre la actuación del Tercio en las mencionadas campañas.

El comandante Franco en las páginas de su *Diario de una Bandera*, se refiere a alguno de ellos implicados en las operaciones que tuvieron lugar en el territorio de Melilla desde agosto de 1921 hasta marzo de 1922. A modo de ejemplo señala que en la ocupación de Sebt en la 2ª compañía actuaron como enlaces 2 ex oficiales alemanes incorporados a la unidad el día anterior, uno de los cuales muere en el combate. En el de Taxuda 1 dice: «Un francés, agente de enlace, muere gloriosamente gritando *En Avant, en avant, ¡Viva la Legión!*». El *Libro de Oro de La Legión* incluye entre los muertos en dicho combate los nombres de Charles Arthur B, Charles Herr Cott y Luis Treig Kromen.

También Franco informa que en La Esponja, en su primer combate, cae un chileno a los gritos de ¡Viva La Legión! ¡Viva Chile! Al referirse al combate de Taxuda 2, dice: «*Nuestras bajas fueron 10 muertos y 71 heridos, los cubanos y sudamericanos habían tenido gran parte de esta gloria*»⁹. Al respecto no hay que olvidar que cuando en Melilla a las Iª y IIª banderas se incorporan las compañías nº 13 y 14, gran parte de sus componentes en su mayoría son argentinos y cubanos, y que como consecuencia de su actuación en combate la 13ª compañía recibirá el sobrenombre de «Compañía de Hierro».

Si bien la intervención de voluntarios de origen anglosajón en las filas legionarias, por las razones anteriormente apuntadas, fue muy escasa, en la ocupación de Ambar, días 19 a 23 de marzo de 1922, resultó herido un legionario que podemos considerar como de dicha procedencia: Jorge Dickton Park, del que se ignora si se encontraba entre los voluntarios de dicho origen que quedaron en el Tercio después de la salida obligada de los legionarios anglosajones, o se había alistado con posterioridad. El mencionado Dickton, ya con el grado de sargento, sería uno de los suboficiales legionarios que moriría con el teniente coronel Valenzuela en Tizzi Assa.

El mayor número de extranjeros alistados en el Tercio correspondió a nuestra vecina Portugal, pero curiosamente hay que señalar que ninguno de ellos alcanzó la graduación de oficial legionario, si bien un cierto número de ellos si obtuvo el empleo de sargento. El comandante Franco en su obra *Diario de Una Bandera* al referirse a los componentes de una de las expediciones de posibles legionarios que llegaban a Ceuta en septiembre de 1920 para alistarse en las filas del Tercio, señala que en la misma había 4 portugueses.

⁹ Franco, comandante Francisco. *Marruecos. Diario de Una Bandera*. S/E, 1922, p. 139.

El cabo Suceso Terreros contó entre los legionarios que murieron con él en el Blocao de la Muerte con el portugués: Manuel Duarte Sousa. El *Libro de Oro de la Legión* señala que en el combate de Casabona, el 8 de septiembre de 1921, entre los caídos en el mismo figuraba el legionario Teotonio Teixeira Cardozo, de la 5ª compañía, evidentemente por nombre y apellidos de origen portugués.

Ante la solicitud de la superioridad, el 6 de diciembre de dicho año, el teniente coronel Valenzuela firmo un documento en el que se manifestaba que desde septiembre de 1920 hasta la fecha indicada se habían alistado en las filas del cuerpo 239 portugueses, de los que habían sido baja 12 por muerte en combate, 3 por enfermedad, 1 por suicidio, habiendo sido licenciados 7 por minoría de edad, 5 por terminación de compromiso, 15 por incapacidad física y 3 por inútiles previo a ingreso en Inválidos. Se seguía procedimiento judicial contra 2 y habían desertado 49. También se hacía constar que 1 ostentaba la graduación de sargento, 2 la de cabo, 1 la de corneta y 3 la de legionario de 1ª. En 25 de marzo de 1922 se databa un listado, según el cual los portugueses menores de edad al alistarse habían sido 40, de los que 3 habían desertado¹⁰.

En 1924 el erudito portugués Affonso de Dornellas, después de una visita a Ceuta en compañía de una comisión civil de su país, escribió un opúsculo en el que al final figuraba una pequeña lista con los grados, nombres, apellidos y unidades de los legionarios lusos heridos, inválidos o muertos hasta dicho año. En él aparecen los nombres del sargento Justo Pedreiro Incognito, de 3 cabos y de 28 legionarios vivos, aunque 12 de ellos licenciados por diversas causas, entre los que se encontraban 3 mutilados, y 10 caídos en combate, 1 en el Blocao «El Malo», con el cabo Suceso Terreros y 5 en el combate de Tizzi Assa, que también costó la vida al teniente coronel Valenzuela¹¹.

Con relación al mencionado sargento, que estaba destinado en la Plana Mayor de la 2ª compañía, había sido herido en Nador el 23 de septiembre de 1921, y en Tifaruin en las operaciones que tuvieron lugar entre los días 17 y 22 de agosto de 1923. Cuando cumplió su compromiso con el Tercio se licenció, con efectos del mes de noviembre de 1924, estando en posesión de una Cruz de Plata con distintivo rojo al Mérito Militar con pensión vitalicia de 17'50 pesetas, y otra con pensión de 25 pesetas durante 5 años (31-07-22 y 31-01-1923), y de dos Medallas de Sufrimientos por la Patria, una de ellas vitalicia, por las heridas recibidas en combate. Durante la guerra civil española,

¹⁰ Archivo General Militar de Madrid. Marruecos. Caja 1952, Legajo 38, Carpeta 1, Bloque 1, 1952-1.

¹¹ Dornellas, Affonso de: *O «Tercio de Extranjeros» do Exercito Espanhol*. Casa Portuguesa, Lisboa 1924.

en una relación de bajas del IIº Tercio de la Legión figura como herido el día 26 de agosto de 1936 un legionario llamado Justo Pedroso Incógnito, habiéndose alistado el 20 de dicho mes y año en Badajoz por un periodo de 5 años el portugués Justo Pedreiro Incógnito, nacido el 20 de octubre de 1893¹².

Uno de los cabos aludidos, se alistó con el nombre supuesto de Mario Gomes Mendes, pero su verdadero nombre y apellidos era Mario Abreu de Campos Simões; había sido oficial en el ejército portugués y partidario de la monarquía, por lo que en su día, a principios del año 1919, se sublevó contra el gobierno luso republicano, intentando restaurarla en Portugal, el golpe fracasó, lo que le obligó a exiliarse, filiándose en el Tercio el 30 de diciembre de 1920, por un periodo de 5 años, en el banderín de Plasencia, afirmando haber nacido el 16 de mayo de 1897 y haber servido en el regimiento de artillería de Lisboa, sin más datos. Destinado a la Plana Mayor Administrativa del Tercio en la que permaneció desde 1921 a 1923, ascendió sucesivamente al empleo de Cabo en 1 de agosto de 1922 y al de Sargento en 30 de octubre de 1923. El 31 de julio de 1924 fue destinado a la 24ª compañía de la VIª bandera en la que permaneció hasta su desertión en 8 de junio de 1925, por lo que se le depuso del empleo en 8 de junio, siendo expulsado del Tercio en octubre de dicho año¹³.

Tras los lusos, el mayor número de voluntarios a las filas legionarias lo aportaron los de origen germánico, sobre todo alemanes, tres de los cuales en aquellos años o antes de la guerra civil española alcanzaron el grado de oficial en las filas legionarias. El día 24 de mayo de 1924 tuvo lugar la primera evaluación para el ascenso a oficial legionario, siendo elegidos para participar en la misma los siguientes extranjeros: el lituano Máximo Sueta Nivacor, el alemán Carlos Tiede Zedem y el mejicano Conrado Jimeno Castillo. En la de 5 de junio del siguiente año tomó parte el colombiano Carlos Angulo Rebolledo, en realidad Luis María Crespo Guzmán, mientras que en la del verano de 1926 participaron los rusos Nicolás Ragosin Dejman y Michel Kriguine Melokanov, así como el alemán José Nonemmacher Yost, más conocido como José N. Yost¹⁴.

De los citados, se realiza una pequeña semblanza, extraída de sus Hojas de Servicio –salvo de Conrado Jimeno que no se ha podido encontrar–, agrupados por nacionalidad de origen y orden cronológico de ascenso, comenzando por los que por su nacimiento provenían del extinto Imperio Zarista.

¹² Extracto de la Hoja de Servicios.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Todos ascendieron a dicho grado después de los exámenes correspondientes; los voluntarios de origen alemán o ruso habían sido oficiales en los ejércitos imperiales de sus países de origen y como tales habían participado en la I G. M. Este punto se ignora de Sueta, pero por el origen y la edad con la que se alistó en el Tercio lo lógico es que al menos hubiese combatido en los ejércitos del Zar.

Máximo Sueta Nibacor, nacido en Corno (Lituania) el 22 de enero de 1892, alistado en el Tercio el 29 de septiembre de 1920 como legionario de 2ª, por un periodo de 4 años. Tras pasar por la 1ª compañía de depósito, el 7 de octubre es destinado a la 1ª compañía de la Iª bandera, con la que durante el resto del año marcha a Uad Lau, Rincón del Medik, Beni Madam y Emsá. Ascendido en el mes de marzo de 1921 a legionario de 1ª, en la Revista del mes de agosto es promovido a cabo y combate en la zona de Melilla. En febrero de 1922 es ascendiendo a sargento por méritos de guerra. Es citado como Distinguido en la Orden General de la Alta Comisaría de España en Marruecos en 29 de mayo del siguiente año: «*En los combates del día 5 de mayo y 27 de junio es citado por el General Sanjurjo por su mucho espíritu, valor y trabajo, por su entusiasmo, ardimiento y excelente conducta bajo el fuego enemigo*». Por Orden del Tercio de 29 de septiembre es ascendido al grado de suboficial por méritos de guerra; en dicho mes asiste a la toma de Buhafora y Tizzi Assa y termina el año en Tafersit.

En 1923 actúa sucesivamente en las zonas de Melilla, Ceuta y Melilla, siendo citado en varias Ordenes como en la del Tercio de 16 de octubre para el Cuadro de Honor de la Legión: «*En el combate de 17 de agosto de 1923 en Sidi Mesaud, al mando de su sección, se distinguió por su acertada dirección en los fuegos. En el combate de 22 de agosto de 1923 para levantar el cerco de la posición de Tifarauin, al mando de su sección, se distinguió por su acertada dirección en los fuegos y en la marcha*».

En 1924 interviene en la zona de Tizzi Assa, Issen Lassen y Dar Mizziam. Por R.O.C. de 16 de junio es ascendido al empleo de alférez del Tercio, quedando agregado a la 1ª compañía de depósito como instructor de reclutas. Entre dicho año y 1926 se le conceden cuatro Cruces de Plata del Mérito Militar pensionadas y una sin pensión. En 1925 toma parte con la VIª Bandera en las operaciones de Alhucemas. Por Real Decreto de 7 de octubre de dicho año se le concedió la nacionalidad española y en el mes de noviembre pasa destinado a Dar Riffien, donde permanece el resto del año. 1927 le ve actuar con su bandera en Dar Akkoba, Tetuán, Ben Karrich, Xauen y Miskrela. Por Real Orden de 29 de agosto es promovido al empleo de teniente legionario con antigüedad de 30 de septiembre del año anterior. En 1928 es destinado a la 10ª compañía de la IVª Bandera, en la que permanece los años siguientes. Por Orden Comunicada de 28 de julio de 1931 pasa a la situación de retirado voluntario, acogido a la Ley Azaña, fijando su residencia en Ceuta.

El 18 de julio de 1936 vivía en Barcelona donde se unió a las tropas sublevadas participando en la defensa del cuartel del 7º regimiento de artillería hasta que sus defensores se rindieron. Hecho prisionero, fue juzgado por un consejo de guerra y fusilado en los fosos del castillo de Montjuich¹⁵.

¹⁵ Extracto de la Hoja de Servicios.

Mihail Kriguine Melokanov. Nacido el 1 de noviembre de 1890 en la región del Don, en 30 de mayo de 1909 ingresó en la Escuela Naval de la Rusia zarista, de la que salió en 1912 como oficial de su Marina de Guerra, ascendiendo al empleo de teniente en 1916. Durante la Iª G M luchó en la aviación naval de su país en los frentes de Rumanía y del Mar Negro, uniéndose a los ejércitos blancos en 1918, sirviendo en su aviación. Tras la evacuación de Crimea fue uno de los marinos rusos que internó la flota del Mar Negro en la base francesa de Bizerta (Túnez).

Kriguine se alistó el 19 de junio de 1922 en Málaga en el Tercio; tras enterarse de la necesidad de pilotos en las fuerzas aéreas españolas, el día 1 del mes siguiente ya había pasado a la aviación militar como piloto, interviniendo en numerosos vuelos de reconocimiento y bombardeo hasta la terminación de las campañas de Marruecos, si bien siguió a todos los efectos perteneciendo al Tercio. En el que ascendió al empleo de cabo el 1 de septiembre de 1923, al de sargento el 1 de enero de 1924, al de suboficial el 31 de ese mes, al de alférez el 26 de junio de 1926 y al de teniente el 19 de septiembre de 1930, empleo que seguían ostentando el 17 de julio de 1936, habiendo obtenido la nacionalidad española el 21 de octubre de 1925.

Destinado en Baleares al comienzo de la guerra civil, por orden superior Kriguine llevo un hidroavión hasta Los Alcázares y permaneció el resto del conflicto prestando servicio en la aviación republicana, siempre en destinos burocráticos, ya que parece ser que no se fiaban de su persona y que lo hizo porque, según se afirma, se le amenazó con fusilar a su anciana madre que vivía en la U.R.S.S. También se afirma que durante la guerra realizó labores de espionaje a favor del bando nacional y que pudo pasar a Francia, donde se exilió. No consta oficialmente que fuese expulsado de la Legión al acabar la guerra y, según noticias facilitadas por la familia Ragosin, pasado un tiempo volvió a vivir en nuestro país¹⁶.

Nicolás Ragosin Dejman. Existe controversia en cuanto a su lugar y fecha de nacimiento: en su Hoja de Servicios figura el 13 de julio de 1891 en Petrogrado, mientras que un autor ruso dice que pudo ser el 30 de julio en Kurks. Tras su paso por la Academia Naval, en 1911 fue destinado a la flota del Mar Negro, donde se especializó en hidroaviones a partir de 1913. Durante la I Guerra Mundial tripuló esa clase de aeronaves combatiendo en el Mar Negro contra los Imperios Centrales. Parece ser que sirvió durante un tiempo en la aviación bolchevique, pero en cuanto pudo se pasó a los blancos, luchando con ellos en el Mar Negro. Se expatrió a Bizerta en los buques de la flota blanca. Tras enterarse de la necesidad de pilotos en las fuerzas aéreas españolas, se alistó en el Tercio el 19 de junio de 1922 en Málaga, y para

¹⁶ Extracto de la Hoja de Servicios.

el día 1 del mes siguiente ya había pasado a la aviación militar como piloto, interviniendo en numerosos vuelos de reconocimiento y bombardeo hasta la terminación de las campañas de Marruecos, si bien siguió a todos los efectos administrativos perteneciendo al Tercio. En este cuerpo ascendió al empleo de cabo el 1 de septiembre de 1923, al de sargento el 1 de enero de 1924, al de suboficial el 31 de ese mes, al de alférez el 26 de junio de 1926 y al de teniente el 19 de septiembre de 1930, el cual seguía ostentando el 17 de julio de 1936, habiendo obtenido la nacionalidad española el 21 de octubre de 1925.

Entre 1927 y 1936 siguió en la aviación militar española con destinos en Marruecos; el día 17 de julio de 1936 se encontraba destinado en el aeródromo de Larache donde inmediatamente se unió a la sublevación. El 20 empezó a patrullar con el «Breguet XIX» n° 53 desde Tetuán. El 14 de diciembre de 1936 fue ascendido al empleo de capitán del Tercio con antigüedad de 1 de julio de 1934, si bien nunca prestó servicios en las banderas legionarias operantes. Durante la guerra voló en aviones «Breguet XIX», «Fokker F VII» y «Savoia Marchetti SM 81», para pasar en noviembre de 1936 como profesor a la Escuela de Observadores y Tripulantes, y con posterioridad fue instructor de navegación en las escuelas de Agoncillo, Tablada y Málaga. Desde el 18 de julio de 1936 hasta el fin de mayo de 1937 estuvo adscrito a las Fuerzas Aéreas de África, pasando sucesivamente a la Región Aérea del Norte, a la de Levante y desde finales de octubre de 1937 hasta agosto de 1939 a la del Sur. Al crearse el Ejército del Aire se integró en el mismo, Escala de Tierra, en el que llegó a alcanzar el grado de comandante y siguió prestando servicios hasta su retiro. Falleció en Palma de Mallorca el día 21 de septiembre de 1957¹⁷.

Luis María Crespo Guzmán, (Carlos Angulo Rebolledo). Nacido en Popayán (Colombia) el 23 de junio de 1893; se alistó en el Tercio por 5 años el 7 de octubre de 1921, siendo destinado a 16ª compañía de la IVª Bandera, en la que resultó herido el 24 de dicho mes y año. Cabo por méritos de guerra el 1 de enero de 1922, ascendió al empleo de sargento, por el mismo motivo el 1 de junio de 1923, resultando herido el 7 de marzo de 1924. Suboficial el 1 de junio de 1924, igualmente por méritos de guerra, fue herido el 24 de octubre de dicho año: *«en ese día se distinguió mucho mandando una sección de la 19ª compañía, tomando el mando de un sector; al asaltar el enemigo los puestos a su mando, cayó gravemente herido, negándose a que se le retirase, alentando a la fuerza a su mando para que no abandonaran sus puestos, sufriendo varios palos y pedradas del enemigo, siendo retirado cuando se rompió el cerco»*¹⁸.

¹⁷ Ibidem.

¹⁸ Ramas Izquierdo, Federico: *La Legión Histórica de Guerra, 1º septiembre 1920 al 12 octubre 1927*. Imprenta África. Ceuta 1933, p. 354.

Alférez el 24 de junio de 1925, fue destinado a la 19ª compañía de la Vª bandera y en 1926 a la 1ª compañía de depósito. Ascendido al empleo de teniente el 30 de septiembre de dicho año, en 1927 fue destinado a la 2ª compañía de depósito y posteriormente a la 16ª de la IVª Bandera. Desde 1928 a 1930 prestó servicios en la Sección de Enlace de la Plana Mayor de Mando de la Legión. Contrajo matrimonio en 1930 con una dama española. En 1931 fue destinado a la 21ª compañía de la VIª Bandera y en 1934 a 14ª compañía de la IVª. Ascendido al empleo de capitán el 9 de abril de 1935, se sublevó el 17 de julio de 1936, pasando con la IIª Bandera a España. Herido en la Loma de los Pinos (Guipúzcoa) el 1 de septiembre de dicho año, falleció en el Hospital el 1 de diciembre de 1936 a causa de la gravedad de sus heridas. A título póstumo fue ascendido al empleo de comandante en noviembre de 1937. Adquirió en fecha desconocida la nacionalidad española, ya que se concedió pensión de guerra a su mujer e hijos, lo cual no podía hacerse con los extranjeros alistados en el Tercio que no habían obtenido dicha nacionalidad, aunque estuviesen casados con españolas¹⁹.

Finalmente mencionar a los de origen alemán, comenzando por Carlos Tiede Zedem, nacido en 1892, participó en la IGM como oficial del ejército alemán siendo condecorado con las Cruces de Hierro de 1ª y 2ª clase. Alistado el 27 de junio de 1921, combate en diferentes territorios del protectorado español en Marruecos siendo promovido en 1 de octubre a cabo interino, herido gravemente en la cabeza el día 10 de dicho mes, en 1 de febrero de 1922 fue ascendido a cabo efectivo, en 1 de junio de dicho año a cabo 1º, el 1 de octubre, también de 1922, a sargento y a suboficial en 1 de abril de 1923, todas las promociones por méritos de guerra. En este último año estuvo a las órdenes directas del teniente coronel Valenzuela, cuyo cadáver recogió y acompañó hasta su entierro en Zaragoza, pasando a continuación a las órdenes directas del teniente coronel Franco.

En el siguiente año ascendió al empleo de alférez por promoción el 16 de junio; durante la citada anualidad siguió a las órdenes directas del 1º jefe del Tercio mandando su escolta, formando parte de su plana mayor y siendo su agente de enlace, ostentando provisionalmente igualmente la Ayudantía Mayor del Tercio, tomando parte igualmente en numerosos combates y reconocimientos. Durante el año 1925 desempeñó las mismas tareas participando, por ejemplo, en los desembarcos de Alcázar Seguer y Alhucemas, y en las operaciones siguientes al último, acompañando al 1º jefe en todas las acciones en que este participó; en dicha anualidad ascendió al empleo de teniente legionario por méritos de guerra con antigüedad de 1 de octubre. En 1926 y 1927 siguió desempeñando las mismas tareas, a las órdenes de los 1ºs Jefes

¹⁹ Extracto de la Hoja de Servicios.

del Tercio que se sucedieron en aquellos años, tomando parte en numerosas acciones de guerra, lo que le valió que en 1 de octubre de 1927 fuera promovido, siempre por méritos de guerra, al empleo de capitán legionario, pasando inmediatamente a mandar una compañía.

Desde dicho mes de octubre hasta el de 1934 mandó en África una compañía del Tercio y a veces accidentalmente la Vª Bandera, con la que intervino en el mes y año últimamente mencionados en la revolución de Asturias. Sublevado el 17 de julio de 1936, en el mes de agosto tomó el mando accidental de la Vª Bandera con la que participó en acciones en Andalucía y luego en la «Marcha sobre Madrid». Por su actuación en estas operaciones, por O.C. de 16 de septiembre, se le concedió la Medalla Militar individual. Herido el 24 de noviembre de 1936 en los combates que tuvieron lugar en la Casa de Campo madrileña, por O.C. de 6 de enero de 1937 se le concedió, también por méritos de guerra, el empleo de comandante legionario, establecido ese mismo día. A causa de sus heridas el 11 de dicho mes y año falleció en el hospital de Salamanca²⁰.

Jose N. (Nonnenmacher) Yost; nacido el 22 de marzo de 1896 en Wircher (Alsacia), fue oficial en el ejército alemán durante la Iª G M. Se alistó en Madrid el 12 de agosto de 1921 por un periodo de 5 años, siendo destinado a la 9ª Compañía de la IIIª Bandera que combatía en la zona de Dar Akkoba, en la que permaneció el resto del año. Fue promovido al empleo de cabo por Orden del Tercio de 25 de agosto de 1922.

El 4 de abril de 1923 pasó destinado a la bandera de depósito, en la que permanecería el resto del año, siendo ascendido al empleo de sargento por Orden del Tercio de 24 de dicho mes de abril. Ya en 1924, el 1 de julio formaba parte de la compañía expedicionaria legionaria enviada a Uad Lau, con la que participó en el asalto a Kobba Darsa el día 4 y en los combates de la Loma del Tercio los días 5 y 6, resultando herido. En el mes de agosto ascendió al empleo de suboficial por Orden de 14 del mes anterior y pasó destinado a la Plana Mayor de la VIIª Bandera.

Tras tomar parte en diversos combates asciende al empleo de alférez por R.O. de 23 de agosto de 1926, incorporándose en el mes de septiembre a la 31ª compañía en la zona de Alhucemas, en la que permanece en 1927. Pasa al campamento de Tahuima, donde ejerce funciones administrativas desde 1928 hasta 1931; ascendiendo al empleo de teniente por R.O.C. de 17 de septiembre de 1930. Solicitó el retiro y lo obtuvo por Orden Comunicada de 28 de julio de 1931, acogándose al Decreto de 25 de abril de dicho año y legislación complementaria (vulgarmente Ley Azaña)²¹.

²⁰ Extracto de la Hoja de Servicios. Su viuda inicialmente percibió la pensión de teniente coronel por haber muerto en combate, para pasar más adelante a recibir la de coronel al estar el finado en posesión de la Medalla Militar individual.

²¹ Extracto de la Hoja de Servicios.

La guerra civil española le encontró en La Coruña, donde vivía, pero no hay noticias de que durante la misma o al finalizar solicitase su reingreso en el Tercio, ni que prestase servicio activo en el ejército nacional, aunque sí debió hacerlo ya que su nombre no aparece entre los oficiales expulsados del ejército al finalizar la contienda. En 1946 solicitó la concesión de la Cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, la cual se denegó a los que habían combatido en el bando republicano. Falleció en La Coruña el 17 de abril de 1968.

Llama la atención que pese al heroísmo demostrado por los anteriores oficiales legionarios, ninguno de ellos obtuviese al menos la Medalla Militar individual. Aunque sí la mereció Fausto Arturo Iglesias, teniente del Tercio pero que prestaba servicio en la Aviación Militar. Tres pilotos argentinos acudieron a combatir en Marruecos para lo que tuvieron que alistarse en el Tercio, Juan José Stegny Esteguy, que falleció el 28 de octubre de 1922 en un accidente aéreo, Juan Emilio Scala Zamora, que al terminar las campañas marroquíes pasó a la escala de complemento de la Aviación Militar y que se retiraría con el empleo de comandante del Ejército del Aire, tras participar en la guerra civil en el bando nacional, y el citado Iglesias, que moriría alcanzado por una bala rifeña el 13 de agosto de 1925 en el bombardeo de Issen Lassen, a cuyo cadáver se le impondría la citada condecoración, que oficialmente se le concedió por Real Orden de 9 de octubre de dicho año²².

LA SUBOFICIALIDAD FORÁNEA

Sin embargo, un suboficial y un sargento legionarios de origen extranjero sí fueron merecedores de la Medalla Militar Individual por su actuación en la campaña: el italiano Antonio Sangiorgi Francisconi y el alemán Franz Seipelt Drozzler. El primero por Real Orden de 10 de abril de 1926 por su comportamiento en los combates habidos en el sector de Axdir, Rocosa, Nekor y Amekran los días 23 de septiembre y 2 de octubre de 1925, si bien a su cadáver se le impuso la citada condecoración en el momento de su entierro. Al segundo se le había concedido por Real Orden de 4 de agosto de 1923 por su comportamiento el 5 de junio de dicho año en el territorio de Melilla. Ambos murieron en combate, en las operaciones sobre Alhucemas, siendo enterrados en el cementerio de la mencionada ciudad española.

²² De Mesa Gutiérrez, José Luis. «*Campañas de Marruecos y Pilotos Extranjeros*» en *Revista Aeroplano* n° 18, pp. 4-10, Madrid 2000.

De Seipelt no se han logrado datos biográficos, no así de Sangiorgi, el cual durante su paso por las filas legionarias se distinguió por su heroísmo, así y a título de ejemplo, fue citado como Distinguido por los combates de los días 18 a 21 de septiembre de 1924, como simple legionario, al presentarse como voluntario para socorrer y evacuar a los oficiales y soldados refugiados en la Torreta de Mers, logrando rescatar a 2 oficiales, 14 legionarios y 19 soldados de varios regimientos. Por su actuación fue propuesto para la concesión de la Medalla Militar individual.

Tras su muerte en combate, años después en una revista se publicó una entrevista con el ya general de brigada Francisco Franco, en la misma se le formularon varias preguntas sobre legionarios y entre ellas la siguiente:

«¿Recuerda de alguno que se distinguiera de manera sobresaliente?

Un italiano apellidado Sangiorgi ha sido el más valiente y arriesgado que he conocido. Su especialidad consistía en tender fantásticas emboscadas a los moros que sitiaban durante la noches nuestras posiciones y blocaos, o llevar él, igualmente solo, auxilios, correo o municiones a legionarios sitiados. Parecía absolutamente imposible que lograra volver de aquellas trágicas expediciones nocturnas, pero volvía. Herido varias veces, cayó definitivamente en Alhucemas, siendo sargento»²³.

Hay que señalar que, lógicamente un cierto número de extranjeros obtuvieron el empleo de suboficial o el de sargento durante aquellos años, si bien dado que el número de estos últimos fue relativamente elevado y que es difícil a veces seguir su rastro y encontrar documentación oficial, sobre los mismos solo apuntaré algunos nombres con escasos datos personales, pero indicando ya que cuando estalló la guerra civil española todos los subtenientes, brigadas, sargentos 1º y sargentos existentes en las filas del Tercio eran veteranos de las campañas de Marruecos, aunque algunos habían alcanzado el empleo que ostentaban entre 1928 y 1936.

En el Extracto de la Revista para la de Comisario del mes de septiembre de 1921, para el Tribunal de Cuentas, entre los 10 suboficiales del Tercio figuran solo dos extranjeros, el ruso Wenceslao de Berka, destinado en Ceuta, y el alemán Carlos Heine Rasch, destacado en Melilla. El primero de los cuales, al que se refieren en sus libros ya citados tanto Millán Astray como Micó España, permaneció poco tiempo en el cuerpo debido a una enfermedad nerviosa; según el último de los autores citados, que le dedicó un capítulo entero, era príncipe y en los ejércitos rusos había alcanzado la graduación de coronel de caballería, dando a entender, convirtiéndole en una figura romántica, que buscaba la muerte por una cuestión de «mal de amores».

²³ Estampa de 29 de mayo de 1928.

Con relación al segundo, se había alistado el 2 de octubre de 1920 en Málaga, habiendo servido en la marina imperial alemana durante 8 años. Fue destinado a la 3ª Compañía de la 1ª Bandera, ascendiendo al empleo de sargento en el mes de julio del año siguiente y al de suboficial el 17 de agosto de 1921 por méritos de guerra. Resultó herido en la frente en combate pocos días después, concretamente el 28, hecho mencionado por Franco en su *Diario de una Bandera*, el cual califica la herida de «muy grave». Tras curar de su herida se reincorporó al servicio activo, pero las secuelas que padecía hicieron que el 14 de noviembre de 1922 fuese declarado «inútil para el servicio» por lo que en octubre de 1925 fue dado de baja en el Tercio y en el ejército. Tras nacionalizarse español y muchos esfuerzos logró ingresar en el Cuerpo de Inválidos Militares, en el que ascendió al empleo de alférez el 7 de octubre de 1928, por reunir los requisitos del Reglamento de 13 de abril del año anterior. Falleció el 27 de noviembre de 1935 cuando ya ostentaba la graduación de teniente del Cuerpo de Inválidos²⁴.

En cuanto al resto de suboficiales de origen extranjero se va a mencionar solo a 3. En primer lugar el alemán Juan Elhert Bartell, alistado el 29 de septiembre de 1920, ascendido al empleo de sargento el 26 de junio de 1922 y al de suboficial el 7 de diciembre de 1924 por méritos de guerra: *«El día 5 de diciembre, siendo Sargento de la 14ª compañía se ofreció voluntario para guarnecer con sus sección el blockaus de Sidi-Musa (Fondalillo), que habiéndole tomado el enemigo en la noche anterior, fue reconquistado por fuerzas de su Bandera durante el día, y dada la situación de dicho blockau, que el enemigo había destrozado por completo, abiertos por gumiazos casi todos los sacos terreros y que por el violentísimo fuego durante el día solo se podía poner en un estado que ni muchísimo menos garantizaba la defensa, ya que el parapeto no llegaba a la altura de medio metro, rodeado casi por completo de enemigos y conociendo este Sargento todos estos detalles, por haber tomado parte en el combate, no vaciló en ofrecerse para defender este blockau. Durante la noche renovó el enemigo el ataque, que en todas cuantas tentativas hizo para arrojar a la guarnición fueron rechazadas por los valientes defensores al mando del Sargento Elhert, consiguiendo, además, por un trabajo incansable, mejorar las condiciones de defensa, retirar unos cuantos muertos y heridos que se encontraban fuera del recinto, llevar al interior, asimismo, cajas de municiones y granadas que se habían quedado fuera, poner nuevamente el techo, casi destrozado, que se habían caído a un lado del blockau, todo bajo el fuego enemigo, hasta que al amanecer ceso en sus tentativas, dando así este Sargento prueba de mucha serenidad,*

²⁴ Extracto de la Hoja de Servicios.

valor personal, grandes aptitudes para el mando y un gran espíritu de compañerismo». Elhert, tras seguir prestando servicio y participar en diversos combates, falleció de muerte natural en Ceuta el 10 de noviembre de 1927²⁵.

El otro suboficial, ascendido a dicho empleo a título póstumo por méritos de guerra el 17 de octubre de 1925, fue el ruso Boris Mihailovicht Uzaski, que se había alistado en el Tercio el 22 de noviembre de 1921. Tras combatir en el mismo por tierra, como había luchado durante la I G M y en la guerra civil rusa como piloto, el 22 de diciembre de 1923, cuando ya ostentaba la graduación de sargento legionario, pasó a formar parte de la Aviación Militar española, interviniendo como piloto en misiones de reconocimiento y bombardeo hasta que murió en el aeródromo de Tetuán el 18 de abril de 1925 al estallar en el momento del aterrizaje una de las bombas que llevaba su avión que no se había desprendido tras ser lanzada²⁶.

Otro de los sargentos muertos en combate y promovido con posterioridad al empleo de suboficial fue uno de los primeros alistados en las filas del Tercio, Marcelo Villaseval Gaitan, nacido en Bruselas, según la inscripción que figura en el Libro de Defunciones del Tercio del Archivo Militar Eclesiástico de Madrid. El 23 de septiembre de 1925 en Monte Malmusi (Alhucemas) resultó muerto al asaltar con su sección el último objetivo: *«dando brillante ejemplo de valor, intrepidez y acometividad»*²⁷.

Entre los suboficiales supervivientes destacó el húngaro Nagy Karoly Szasz (en realidad Inocencio Kadar Szasz) que, ya con tal graduación, el día 8 de septiembre de 1925, al frente de su sección avanzó hasta las trincheras enemigas situadas a la izquierda de Cudia Menar, desalojando al contrario con bombas de mano.

En cuanto a los sargentos legionarios de origen extranjero, a título de ejemplo podemos citar al sueco Karl Axel Axelson, alistado el 5 de enero de 1923, sargento por méritos de guerra en 1926, muerto en combate el 8 de mayo de dicho año en la toma de Iberloken. A los suizos Alfred Bietenharder Siebert, alistado el 9 de diciembre de 1922, sargento en 1924, licenciado en diciembre de 1929, que se afincó en Ceuta y Franz Suitilar Requiner, afiliado el 21 de julio de 1922, Sargento el 12 de julio de 1925, licenciado el 13 de agosto de 1927, que pasó a vivir en Santa Cruz de Tenerife.

De origen germánico nos encontramos con el alemán Guillermo Fischer Stahlmicht, alistado el 29 de agosto de 1923, sargento por méritos de guerra el 1 de noviembre de 1925, que se nacionalizó español y fue declarado

²⁵ Extracto de la Hoja de Servicios y Ramas Izquierdo, Federico: *Op. Cit.*, pp. 358 y 359.

²⁶ Extracto de la Hoja de Servicios. En su documentación que existe en el Archivo de Villaviciosa de Odón del Ejército del Aire se conservaba un trozo de la camisa y otro de las gafas que llevaba en el momento de producirse el accidente que le costó la vida.

²⁷ Ramas Izquierdo, Federico: *Op. Cit.*, p. 369.

inútil para el servicio por un accidente el 5 de julio de 1931. El austríaco León Korber Burgj, que se alistó el 14 de diciembre de 1923, sargento por méritos de guerra en octubre del siguiente año, declarado inútil para el servicio el 15 de noviembre de 1926, se afincó en Alemania. Entre los franceses se puede citar a Cristóbal Fleuret, alistado el 13 de septiembre de 1921, sargento en enero de 1924, suicidado en el mes de diciembre de ese año.

Del Este de Europa se puede mencionar al ruso Teodor Dobrine Bielek, filiado el 18 de junio de 1922, sargento el 13 de febrero de 1926 y licenciado en diciembre de dicho año, tras un intento de suicidio. El 30 de septiembre de 1925, en la ocupación del Monte Palomas (Alhucemas) cayó por un barranco con su máquina ametralladora, no soltándola y evitando sufriera golpes a costa de padecerlos el mismo, mereciendo la felicitación de su teniente coronel. También el búlgaro Cristo Ivan Tochef, alistado el 1 de junio de 1921, sargento el 22 de octubre de 1924, que desapareció en combate el 10 de diciembre de dicho año en Taranes, durante la retirada de la línea Estella.

Finalmente el húngaro Julio Szany Kovacs, perteneciente la Vª bandera, que el 8 de mayo de 1926 intervino en la ocupación de la pista de los prisioneros en Alhucemas que pesar del fuego de la artillería enemiga y caer muertos varios miembros de la ametralladora que servía, repuso el cañón de la máquina y retiró un herido tras lo cual siguió haciendo fuego contra los rifeños. Al día siguiente se distinguió en la colocación de su máquina pese a haber perdido a cuatro de sus subordinados²⁸.

De procedencia hispanoamericana tenemos al argentino Luis Ciriaco Orozco, alistado el 20 de octubre de 1921, sargento el 25 de junio de 1924, licenciado en octubre del siguiente año, que se estableció en La Coruña. Así mismo el cubano Enrique Torres, filiado el 7 de octubre de 1921, sargento el 31 de mayo de 1925 y licenciado en octubre de ese mismo año.

De los sargentos procedentes de la recluta voluntaria por su exotismo hay que citar al japonés Iosisiro Yamasita, nacido en 21 de mayo de 1905 en Kobe y alistado en Figueras el 29 de enero de 1922; además de estos datos solo se ha encontrado una pequeña documentación en la que se indica que, licenciado el 28 de febrero de 1930, tras volverse a alistar, en 1931 fue destinado a la VIII Bandera, siendo licenciado el 30 de junio de dicho año como sobrante de plantilla. Una descripción del mismo, con otro nombre, se efectúa en una novela legionaria: «*Y también hay en mi Escuadra ¡un japonés! Yamashita Aragi. Es de talla media, muy cumplidor de sus deberes, ceremonioso como los de su raza y gentil con los compañeros, siempre dispuesto a complacerles*»²⁹.

²⁸ Szany, subteniente en 18 de julio de 1936, ascendió a teniente en 1937 y se retiró con tal empleo en 1946. Extracto de la Hoja de Servicios.

²⁹ Canós Fenollosa, Francisco: *Del Breviario de Juan Morena*. Gráficas Dehón. Torrejón de Ardoz, 1981, p. 16.

De origen turco o griego fue Ibis Issin Salónica, alistado el 25 de septiembre de 1921, sargento en 1926, depuesto del empleo en 1928, afiliado nuevamente como legionario el 30 de agosto de 1934, que combatió durante la guerra civil en la IIIª Bandera, resultando herido en septiembre de 1936 y marzo de 1937, perdiendo un brazo como consecuencia de esta herida, por lo que ingresó en el Benemérito Cuerpo de Mutilados por la Patria, habiendo noticias oficiales de su permanencia en el mismo hasta 1950³⁰.

Finalmente mencionaré a otros 2 sargentos de origen extranjero quienes combatieron en las filas legionarias no solo en las campañas marroquíes, sino también en la guerra civil española tras haberse licenciado en su momento del Tercio. El alemán Enrique Marx Marx, alistado el 12 de marzo de 1924, sargento el 10 de octubre de 1925, licenciado el 14 de junio de 1928, reenganchado como legionario en 1929 y nuevamente licenciado en 1931 por exceso de plantilla, que se volvió a alistar en 1935, muriendo en combate el 3 de abril de 1938 con el empleo de sargento habilitado.

Y el húngaro de casi impronunciables apellidos Nicolás Gaal Szentisvannyi Koezok, alistado el 8 de noviembre de 1922, sargento el 1 de julio de 1925, licenciado el 8 de noviembre de 1929; no constando en su Hoja de Servicios la fecha de su alistamiento durante la guerra civil ni su peripecia durante la misma, pero sí en Diarios Oficiales del Ministerio del Ejército que con el empleo de cabo se le otorgaron 2 Medallas de Sufrimientos por la Patria por las heridas recibidas el 10 de mayo de 1937 y el 8 de noviembre de 1938.

Refiriéndonos a los simples legionarios a título anecdótico, citaré al noruego Uli Jensen, marino de oficio, alistado en 1922 y muerto en combate el 30 de junio de 1924 en Tazza, o el célebre verdadero o falso príncipe etíope, Shervington Micheline, nacido en Jamaica y ex soldado del ejército norteamericano, que dio lugar a innumerables noticias en los medios de comunicación de la época³¹.

Igualmente hay que recordar a Koloman Quitt Szaltzer, nacionalidad desconocida, que, con otros 3 legionarios de la Vª Bandera, murió a consecuencia de las fatigas por la dura marcha llevada a cabo el día 11 de noviembre de 1926 desde Mensla hasta Luhorna.

También algunos antiguos legionarios veteranos de las Campañas de Marruecos bien en el Tercio, La Legión, o en unidades de milicias del ejército nacional tomaron parte en la guerra civil española, así el húngaro

³⁰ Según noticias aparecidas en la Red, no contrastadas oficialmente, casi siempre había llevado una vida bastante desarreglada como consecuencia de la cual apareció muerto en el puerto de Barcelona.

³¹ Revista *Nuevo Mundo* de 13 de junio de 1924.

Ubaldo Ruttkay Haistch, nacionalizado español en los años 30, que volvió a servir en La Legión, resultando herido en combate con el grado de cabo; o el alemán Artur Haak Hillges, alistado en enero de 1924, licenciado 5 años después y afincado en Santa Cruz de Tenerife, que durante la citada contienda civil, con el empleo de sargento, combatió en el tercio Cristo Rey del Requeté.

Terminadas las campañas marroquíes un exiguo número de legionarios de origen extranjero, logró ingresar como soldados en el Cuerpo de Inválidos Militares, ya que uno de los requisitos exigidos para ello era que se tuviese la nacionalidad española, siendo solo 4, además del ya citado Heine Rasch, los que solicitaron y obtuvieron la nacionalidad; Otto Gernhuber Gambal, Helmuth Johson, Nestor Beauregard Granier y Sverre Gundersen Nilsen. El primero, alemán de origen, llegó a alcanzar en dicho cuerpo el empleo de teniente coronel en 1971, falleciendo en Madrid el 17 de noviembre de 1976. Johson, no se conoce la nacionalidad, con la graduación de teniente causaría baja en el cuerpo en 1948 por aplicación, entre otros, del art 368 del Código de Justicia Militar; Beauregard, francés, alcanzó el empleo de comandante de Inválidos, habiendo combatido durante la guerra civil española en la Bandera de Falange de Marruecos, y Gundersen, noruego, fue expulsado inmediatamente de finalizar la contienda civil mencionada por haberse posicionado con el bando perdedor.

DE 1928 A JULIO DE 1936

Para el Tercio el lapso de tiempo comprendido entre el fin de las campañas marroquíes y la guerra civil se puede subdividir en dos periodos, el primero hasta la proclamación de la República, y el segundo desde el 14 de abril de 1931 hasta el 17 de julio de 1936, más movido, tanto desde el punto de vista organizativo como desde el bélico.

En el primero de ellos lo más destacable que se produce es el incremento de extranjeros en la oficialidad procedente de la recluta voluntaria del Tercio accediendo a la misma al menos un alemán y dos búlgaros: Otto Preil Weitia, Dimitri Ivan Ivanoff y Dimitri Grigoroff Ivanoff, lo que supone que en el Anuario Militar del año 1931 de 18 oficiales de la Escala Legionaria, más de la mitad, exactamente 10 sean extranjeros.

Preil Weitia, nacido en Leipzig el 8 de junio de 1899, alistado por 5 años en 29 de octubre de 1920, fue destinado a la 3ª compañía de la 1ª bandera. Herido leve en 10 de octubre de 1921, fue ascendido al empleo de cabo por méritos de guerra el día 1 del mes siguiente. A sargento, tam-

bién por méritos de guerra, fue promovido el 1 de julio de 1922. Un año después, en los combates que tuvieron lugar en Tifarutin los días 17 a 22 de agosto de 1923, fue citado como distinguido el sargento de la 3ª compañía Otto Preil Weitia: «*por su valor y serenidad al mando de su máquina ametralladora, batiendo al enemigo con eficacia*». Herido el 23 de noviembre de 1924, ascendió a suboficial por méritos de guerra el 1 de abril de 1925, fue promovido al empleo de alférez el 30 de marzo de 1928. Acogido a la Ley de Azaña se retiró del servicio activo el 1 de agosto de 1931, si bien continuó viviendo en Marruecos. Reingresó en el Tercio el 17 de julio de 1936; hasta el 1 de agosto de dicho año estuvo organizando las milicias de Falange, pasando destinado al día siguiente a la Iª Bandera, si bien el 13 de septiembre se le envió a la 11ª compañía de la IVª Bandera. Habilitado de teniente en 30 de julio de 1936, fue promovido a efectivo el 27 de noviembre de dicho año. Fue herido en combate los días 7 de enero, 8 de febrero y 24 de julio de 1937. Por su actuación en Los Galachos en el mes de agosto de 1937 fue propuesto para la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando y la Medalla Militar individuales. En noviembre de 1937 Yagüe solicitó que se le habilitara para el grado de capitán por poseer: «*elevado espíritu militar y patriótico, excelentes dotes de mando, por haberse distinguido en el mando de unidades tipo Sección y Compañía*», el cual se le concedió el 25 de agosto de 1938, siendo destinado a la IIIª bandera. El reingreso en La Legión se le concedió con el empleo de capitán y efectos desde el 28 de marzo de 1937. Por su actuación durante la guerra fue condecorado con una Cruz Laureada de San Fernando y una Medalla Militar colectivas, 2 Cruces de Guerra y 3 Cruces Rojas al Mérito Militar. En 1939 fue destinado a la IIª Bandera y en 1940 a la VIIIª. El 23 de marzo de 1942 pasó a formar parte de la División Azul, siendo destinado al 3º batallón, del regimiento nº 263, y con posterioridad a la Compañía del Cuartel General. Repatriado en 8 de enero de 1943, regresó a la VIIIª Bandera, de la que en 1945 pasó a la Iª. En 15 de diciembre de 1945 pasó a la situación de retirado, acogiéndose a la Ley de 17 de julio de dicho año, falleció el 25 de diciembre de 1954³².

Dimitri Ivan Ivanoff, búlgaro nacido en 1900, filiado en 17 de octubre de 1920, ascendió a cabo en 1 de julio de 1921, a sargento en 1 de junio de 1922 y a suboficial el 1 de junio de 1924, siempre por méritos de guerra, siendo citado varias veces como Distinguido y resultando herido el 29 de junio de 1921, el 28 de septiembre de 1924 y el 20 de marzo de 1926. Combatió con su bandera tanto en la zona Occidental como en la Oriental

³² Extracto de la Hoja de Servicios.

del Protectorado, participando en 1925 en el desembarco de Alhucemas y en las operaciones posteriores, así como en las que durante los dos años sucesivos tomó parte su unidad. El 30 de mayo de 1928 se le concedió el empleo de alférez del Tercio por promoción, siguiendo en la prestación de sus servicios en el norte marroquí durante los años posteriores. En 14 de mayo de 1932 ascendió al empleo de teniente por antigüedad. En octubre de 1934 con su Bandera, la VIª, tomó parte en la represión del movimiento revolucionario de Asturias, promovido principalmente por los socialistas y anarquistas. En 1935 se le condenó por homicidio imprudente a la pena de 6 meses y 1 día de prisión menor como uno de los autores en el año anterior de la muerte del periodista Luis Sirval; ello le valió que, una vez triunfante el Frente Popular en las elecciones de 1936, pasase a la situación de disponible forzoso el 9 de junio de dicho año a disposición de la autoridad judicial. Tras el 17 de julio se reincorporó a su unidad con la que en el mes de agosto combatió en el frente de Granada, pasando con ella en septiembre a formar parte de las unidades que marchaban sobre Madrid, siendo citado repetidas veces por su comportamiento en combate como muy distinguido. Herido el día 5 de noviembre en la ocupación de Carabanchel, falleció en el hospital el día 11 de dicho mes como consecuencia de dicha herida³³.

Dimitri Grigoroff Ivanoff, nacido el 24 de septiembre de 1898, se alistó en Sevilla en el Tercio el 24 de septiembre de 1921, siendo destinado a la IVª Bandera, 16ª Compañía. Ascendió sucesivamente a los empleos de cabo en 1 de junio de 1923, al de sargento en 1 de febrero de 1924, año en el que resultó herido el día 6 de agosto, y a suboficial en 1 de febrero de 1925. En 1926 fue destinado a la 32ª Compañía de la VIIIª Bandera. Alférez en 20 de septiembre de 1930, pasó a prestar servicios en la 20ª Compañía de la Vª Bandera. En 1933 fue destinado a la 17ª Compañía de la misma bandera. En el mes de Octubre de 1934 participó en los combates que se libraron en Asturias con motivo de la revolución que se llevó a cabo por socialistas, comunistas y anarquistas contra el gobierno legítimamente constituido. Ascendió al empleo de teniente en 9 de marzo de 1935. En 1936, tras sublevarse contra el gobierno del Frente Popular y pasar a la península, combatió con su bandera desde Sevilla hasta Madrid, resultando herido los días 7 de septiembre, 6 de noviembre y 2 de diciembre de 1936, así como el 9 de enero de 1937, en 1940 fue declarado Mutilado. Ascendió al empleo de capitán en 28 de marzo de 1937, ostentando sucesivamente el mando de la 37ª Compañía de la Xª Bandera, de la 44ª Compañía de la

³³ Ibidem.

XIª, y de la 52ª Compañía de la XIIIª Bandera, siendo nuevamente herido el día 13 de julio de 1937. En 1940 fue destinado a la Representación de la Legión en Zaragoza, obteniendo la nacionalidad española en 5 de abril de dicho año³⁴.

Por su brillante actuación en la guerra civil: fue propuesto para la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando y la Medalla Militar individuales, pasó a la situación de retirado en 22 de enero de 1941 por aplicación de la Ley de 1940 (Ley Varela), por la que se retiró de los tres Ejércitos, de la Guardia Civil y de Carabineros a los generales, jefes, oficiales y suboficiales que, aunque habían servido en el Ejército Nacional durante la guerra civil, antes de la misma habían pertenecido a la Masonería, a partidos de izquierda, o en algunos casos habían prestado servicios en el ejército vencido para luego integrarse en el vencedor³⁵.

En 1930 se facilitó otro resumen de extranjeros alistados en las filas legionarias, que se inserta a continuación junto con el de 1922. Del tenor de esta última lista se infiere que por número de extranjeros alistados procedentes de Europa el primer lugar lo ocupan los portugueses, seguidos de alemanes y franceses, mientras que los cubanos fueron los mayoritarios procedentes de Hispano América. Curiosamente algunas nacionalidades aparecidas en la relación del año 1922 han desaparecido en la de 1930, mientras que en otras el número de los alistados que figuran en la misma son inferiores a los consignados en la de 1922. Así los 10 uruguayos de esta última relación, en 1930 descienden a 7, pasando los indios de 2 a 1, mientras que desaparecen las naciones de otros 25 legionarios: Escocia, Irlanda, Honduras, Nicaragua y Suecia³⁶.

El listado, tomado de documentos oficiales, aparece en la página 364 del libro *La Legión 1920-1927* del general de división D. Miguel Ballenilla y García de Gamarra, quien me lo ha cedido gentilmente.

La instauración de la República, con las consiguientes leyes dictadas que afectan al ejército, tienen como consecuencia que el número de extranjeros existentes en las filas legionarias disminuya, aunque no podemos establecer su número exacto. El Cuerpo sufrió dos reorganizaciones: 27 de diciembre de 1932 y 15 de junio de 1934, siendo disueltas las Banderas VIIª, VIIIª y el Escuadrón de Lanceros, así como disminuidas las plantillas del

³⁴ Ibidem.

³⁵ Ello no obstante prestó servicios en Patrimonio Nacional siendo en 1955 el administrador jefe del Palacio Real de la Granja de San Ildefonso (Segovia), donde el autor le conoció personalmente.

³⁶ Escoceses e irlandeses podían haber sido incluidos dentro de los voluntarios ingleses, pero, como se ha señalado en páginas anteriores, al menos hubo 1 sueco en el Tercio, el sargento Axelson.

Nacionalidad	22/04/1922		31/08/1930	
		%		%
Españoles	5 682	83,58%	20 231	82,50%
Portugueses	195	2,87%	1 085	4,42%
Alemanes	91	1,34%	912	3,72%
Cubanos	149	2,19%	546	2,23%
Franceses	105	1,54%	365	1,49%
Italianos	52	0,76%	194	0,79%
Argentinos	75	1,10%	140	0,57%
Austriacos	19	0,28%	90	0,37%
Norteamericanos	66	0,97%	73	0,30%
Mexicanos	27	0,40%	70	0,29%
Ingléses	66	0,97%	68	0,28%
Belgas	10	0,15%	65	0,27%
Chilenos	25	0,37%	58	0,24%
Suizos	21	0,31%	56	0,23%
Polacos	3	0,04%	46	0,19%
Búlgaros	12	0,18%	42	0,17%
Portorriqueños	23	0,34%	42	0,17%
Brasileños	9	0,13%	39	0,16%
Colombianos	14	0,21%	36	0,15%
Argelinos	25	0,37%	34	0,14%
Húngaros	6	0,09%	32	0,13%
Rumanos	13	0,19%	32	0,13%
Rusos	5	0,07%	32	0,13%
Turcos	4	0,06%	24	0,10%
Venezolanos	5	0,07%	24	0,10%
Checoslovacos	3	0,04%	19	0,08%
Peruanos	7	0,10%	18	0,07%
Finlandeses	10	0,15%	17	0,07%
Noruegos	6	0,09%	15	0,06%
Servios	2	0,03%	15	0,06%
Dinamarqueses	2	0,03%	12	0,05%
Griegos	8	0,12%	11	0,04%
Ecuatorianos	3	0,04%	10	0,04%
Marroquíes		0,00%	9	0,04%
Holandeses	6	0,09%	8	0,03%
Paraguayos	1	0,01%	8	0,03%
Uruguayos	10	0,15%	7	0,03%
Filipinos	5	0,07%	6	0,02%
Bolivianos	2	0,03%	5	0,02%
Dominicanos	2	0,03%	5	0,02%
Costarriqueños	2	0,03%	4	0,02%
Sirios		0,00%	4	0,02%
Yugoslavos	1	0,01%	4	0,02%
Lituanos	1	0,01%	3	0,01%
Canadienses	1	0,01%	2	0,01%
Guatemaltecos		0,00%	1	0,00%
Indios	2	0,03%	1	0,00%
Japoneses	1	0,01%	1	0,00%
Escoceses	3	0,04%		0,00%
Hondureños	1	0,01%		0,00%
Islandeses	5	0,07%		0,00%
Nicaraguenses	4	0,06%		0,00%
Panameños	3	0,04%		0,00%
Suecos	5	0,07%		0,00%
Total Extranjeros	1.116	16,42%	4.290	17,50%
Total General	6.798		24.521	

resto de banderas, y licenciados muchos de sus componentes. Esta disminución de efectivos afecta también a los oficiales de origen extranjero, dado que 3 de ellos se acogen a las mal denominadas Leyes de Azaña, pasando a la situación de retirados voluntarios, como se ha hecho constar en su momento. A estas bajas hay que unir la de Jimeno que fue declarado inútil para el servicio por una ceguera sobrevenida.

Por Ley de 29 de agosto de 1933 se crea en el Tercio el Cuerpo de Suboficiales y por Orden Circular de 14 de junio de 1934 se acuerda formar los escalafones generales de cabos, sargentos y suboficiales del mismo, con los empleos de subteniente, brigada, sargento 1º y sargento. Como consecuencia de ello se llevan a cabo una serie de ascensos a los nuevos empleos; así desde el 12 de diciembre de dicho año hasta el 17 de julio de 1936 un total de 30 cabos legionarios ascienden a sargento para colmar las vacantes existentes.

Tras establecerse las plantillas correspondientes, el 17 de julio de 1936 existían 38 subtenientes, 32 brigadas, más 188 sargentos 1º y sargentos. Se ha logrado conseguir un buen número de Hojas de Servicio de los mismos, y, aunque los números no son definitivos, se ha podido establecer que sobre 18 subtenientes 3 eran húngaros, 1 italiano, 1 alemán, 1 ruso (nacionalizado español) y 1 francés. De 16 brigadas había 1 turco (nacionalizado español), 1 alemán y 1 francés; de 8 hojas de sargento 1º solo aparece 1 italiano y sobre 37 sargentos hay 5 portugueses, 3 alemanes (1 nacionalizado español), 2 cubanos, 1 húngaro, 1 peruano y 1 uruguayo³⁷.

Desde el punto de vista de operaciones militares de envergadura, en este periodo de tiempo hay que citar la Revolución de Octubre de 1934, siendo enviadas a Asturias en diversos momentos las Banderas IIIª, Vª y VIª. Entre las bajas sufridas por las mismas en los diferentes combates en los que intervinieron las dos últimas, de los que se conoce su nacionalidad

³⁷ Al respecto, y dada la posibilidad de alistarse con el nombre que se quisiese, en mi libro *Los Otros Internacionales* atribuí la nacionalidad francesa al entonces brigada Gustavo Fouler Saint Gaudencio, cuyo nombre y apellidos en 1938 desaparecen de las publicaciones oficiales, debido a que en realidad era español de nacimiento, sargento en su momento de un regimiento de caballería, llamado Pedro Liras Rincón, nombre con el ya figurará en las filas legionarias hasta su retiro con el empleo de teniente legionario. En cuanto a las personas a las que se atribuye nacionalidad hispano americana se efectúa según la población de nacimiento que aparece en la Hoja de Servicio. Por lo que aunque se hubiese nacido en Montevideo o en La Habana, ese hecho no supone que su nacionalidad realmente fuese la del país correspondiente sino la española. En cuanto a suboficiales de origen portugués, como muy a menudo se españolizaban sus nombres y apellidos, posiblemente alguno de dicho origen se haya reputado como español. Así el sargento de anteguerra José María Figueredo Rato, posible español, era portugués alistado en 1922 siendo menor de edad, hecho confirmado gracias a la gestión en los Archivos del Ier Tercio del general Martín Cabrero.

extranjera en aquellos momentos en la Vª resultaron heridos el sargento cubano Pérez Castro, el cabo francés Josep André Puyala, el legionario portugués Augusto Raquel o el de nacionalidad desconocida Jules Tadler; en la VIª corrieron igual suerte el cabo portugués Manuel Fariñas y el legionario de nacionalidad desconocida Marcel Brunet. De los citados el 17 de julio de 1936 ya no figuraban en las filas legionarias Tadler y Brunet, posiblemente franceses.

En una información periodística sobre la actuación de las unidades enviadas a Asturias aparecida en su día en el diario *ABC* de Madrid se señala que en estas operaciones cayó enfermo el legionario portugués Heitor Emilio Francho, cuyo nombre tampoco aparece en 1936 en las filas legionarias.

LA GUERRA CIVIL

Pese a la eficaz propaganda republicana, que se prolongó a lo largo de la citada contienda, sobre la existencia en las filas del Tercio el 17 de julio de 1936 y años sucesivos de miles de mercenarios extranjeros, a quienes por cierto se abonaba en principio entre 3 y 4 pesetas diarias cuando a los «Voluntarios de la Libertad» y milicianos del bando contrario a partir de octubre de 1936 se les pagaban 10 pesetas al día, lo cierto es que cuando dio comienzo la guerra civil española en las filas del Tercio solo había 2 oficiales búlgaros que mantenían su nacionalidad extranjera, mientras que en su misma situación había 21 suboficiales y sargentos, así como un total de 155 cabos y legionarios de los que se conoce su nacionalidad con toda seguridad, cifra que podía elevarse como mucho hasta los 200 por los portugueses a los que se hubiese españolizado nombres y apellidos, o a lo naturales de países hispano americanos difíciles de distinguir a causa de sus nombres y apellidos, semejantes a los españoles. También en la 1ª Legión había 4 extranjeros de los que no se ha podido averiguar su nacionalidad de origen. Pero en conclusión, sobre poco más de 4.400 suboficiales, sargentos, cabos y legionarios en plantilla, entre 225 no eran españoles.

Durante el transcurso de la guerra civil no se dieron por parte nacional muchas facilidades para que extranjeros se alistasen en las filas del Tercio, no llegando a cuajar por unas razones u otras los ofrecimientos de rusos blancos y franceses derechistas de aportar incluso miles de combatientes. Solo, y por pocos meses, cristalizó la denominada Bandera Católica Irlandesa que, adscrita a efectos administrativos al Tercio, tuvo en sus filas algo

más de 600 hombres, pero que se disolvió en mayo-junio de 1937 quedando en España en las filas de La Legión entre 10 y 15 combatientes provenientes de la misma.

Se permitió que oficiales y suboficiales procedentes de los ejércitos de algunos países se alistaran en las filas legionarias reconociéndoseles el empleo si lo probaban documentalmente, siendo los italianos los que aportaron el mayor contingente: 5 capitanes, de los que murieron en combate 2; 19 tenientes, 8 de los cuales corrieron igual suerte, 2 brigadas, 1 de ellos muerto en combate, finalmente 5 sargentos, de los cuales 1 falleció a causa de las heridas recibidas. Todos pertenecían a la escala de complemento, dando en combate algunos, según documentación oficial, un mal resultado, si bien otros, por el valor demostrado, se hicieron merecedores de las más altas condecoraciones militares españolas³⁸.

La siguiente aportación numérica importante fue la francesa: el comandante Monnier, que resultó muerto en un bombardeo, 3 capitanes, 1 teniente y 1 alférez, así como 8 sargentos. Los ingleses contribuyeron con 2 tenientes: Noel Fitzpatrick y William Neagle, y 3 alféreces: Hubertus Rewlenton, que aparece en el listado de legionarios extranjeros de agosto de 1938, pero que prestó siempre servicio en Aviación, mientras que otro, Peter Kemp, es el oficial extranjero de la Legión más conocido gracias a su libro *Legionario en España*; muriendo en combate el tercero, Cecil Owens, anglo-español. También lucharon durante algún tiempo en banderas legionarias 2 tenientes belgas, muriendo en combate uno de ellos: Baudoin Greindl. Finalmente, y en cuanto a aportación europea, el alférez irlandés, Peter Lawlor, antes había pertenecido a la Bandera Irlandesa, que no llegó a entrar en combate y fue licenciado al poco tiempo de alistarse por su mal estado de salud, y el también alférez Sandor Kovacs, húngaro, que murió en combate.

La contribución de oficiales de origen hispano americano fue escasísima, dado que solo hay constancia comprobada de dos argentinos: el alférez Emilio González Moreno y el teniente Pablo Longhi Bragaglia, éste, tras un breve paso por el Tercio, al ser de ascendencia italiana, fue destinado al CTV, donde prestó servicios algún tiempo, pretendiendo, tras abandonarle, volver a la Legión sin éxito alguno³⁹.

Con relación a los simples legionarios, según fuentes italianas, antes de las Navidades de 1936 habían llegado a la España Nacional unos 300 voluntarios de su país que se habían alistado en el Tercio, pero solo se han

³⁸ De Mesa, José Luis: *Los Otros Internacionales*. Ediciones Barbarroja, Madrid 1989, pp. 11-136. Uno de los tenientes, Odetti di Marcoengo, escribió un libro sobre su paso por España titulado *Trenta Messi nel Tercio*.

³⁹ Para más datos sobre Longhi, *Los Otros Internacionales*, p. 231.

confirmado unos cien. Tal vez la cifra de 300 sea debida a que los primeros pilotos y tripulantes de los aviones italianos llegados a finales de julio de 1936 al Marruecos español y en agosto a Mallorca, por imperativo legal se tuvieron que alistar en las filas del Tercio.⁴⁰

La aportación austro-alemana a título particular fue escasa, unos 150 entre alemanes y austríacos. No hay noticia oficial de que miembros de la Legión Cóndor se alistasen en las filas legionarias ni que hubiese traspaso de legionarios de dicha extracción desde la Legión o el Tercio al contingente alemán. Como varios de ellos fueron conflictivos por diversas razones, al final, y de acuerdo con la embajada alemana que se interesó por sus casos, se optó por licenciar a los que habían manifestado sus deseos en tal sentido seguramente para evitar males mayores, ya que su número no fue muy elevado, entre 15 y 20⁴¹.

Los oficiales de tal origen alistados a los que se reconoció la graduación que habían alcanzado en su país solo fueron dos: el teniente von Gaza, que murió en combate en 1937, y el teniente Erich Rose (de origen judío) quién, de instructor con dicha graduación en las Academias de Oficiales Provisionales españolas, a finales de 1938 se alistó en la Legión, como simple legionario si bien, cuando se supo que lo había llevado a efecto, se le reconoció oficialmente su empleo en la misma⁴².

Sobre los franceses su número no alcanzó la cifra suficiente para formar la pretendida bandera Jeanne D'Arc, apenas alcanzó los efectivos de una compañía, y ello gracias a que se enviaron a la misma a legionarios de habla francesa, como belgas, suizos, un australiano e incluso rusos blancos que habían vivido en Francia. Tras la batalla de Teruel los supervivientes se diluyeron entre las diversas banderas legionarias. A este respecto es de señalar que la política preconizada por el propio general Franco era que si se constituían unidades de La Legión con súbditos de otros países lo fuesen solo al 50% de sus efectivos, el resto tenían que ser españoles, que en las mismas hubiese oficiales españoles y que a las nuevas unidades no fuesen destinados sus compatriotas que ya combatían en las filas nacionales⁴³.

⁴⁰ No hay que olvidar que prácticamente hasta 1937 la Aviación italiana que combatió con los nacionales oficialmente ostentaba el nombre de Aviazione del Tercio, para pasar a denominarse Aviazione Legionaria; que los voluntarios del CTV eran llamados legionarios, que los submarinos italianos que con algún oficial español prestaron servicios durante algún tiempo en el bando nacional, fueron conocidos como legionarios y que a los combatientes italianos terminada la guerra se les permitió ostentar en sus guerreras el emblema de la Legión como se puede observar en fotos de la época.

⁴¹ De Mesa, José Luis: *op. cit.*, pp. 137-164.

⁴² Caballero Jurado, Carlos: *Erich Rose. El trágico final de un oficial «judío» en la División Azul*. S/L 2019.

⁴³ De Mesa: *op. cit.*, pp. 45-78. Las pretendidas banderas mixtas solo podían serlo con voluntarios de Alemania, Francia, Italia y Portugal al 50% con españoles.

Del centenar aproximado de rusos blancos que combatieron en las filas nacionales, entre 30 y 40 lo hicieron inicialmente en las unidades legionarias, para pasar la mayoría de los supervivientes a lo largo de la guerra al tercio María de Molina del Requeté, del que algunos voluntariamente volvieron a La Legión. Aunque la mayoría de ellos habían sido oficiales e incluso generales de los ejércitos zaristas o de los Blancos durante la guerra civil rusa, y alguno, según las fuentes del exilio ruso, teniente en la Legión Extranjera francesa, en la española se les alistó como simples legionarios, tal vez por desconfianza por su origen, y porque en su inmensa mayoría no hablaban el español. Solo hubo dos excepciones a esta medida ya avanzada la guerra por órdenes especiales del propio Franco: así se concedió el empleo de teniente legionario por la duración de la campaña al general Nicolai Schinkarenko, que terminó la guerra fuera de las filas legionarias por su delicado estado de salud y desconocimiento del español. El otro caso fue el del único alférez provisional de origen ruso: Igor von Sakharov quién, tras servir con mucha distinción en la IV Bandera legionaria, en la que fue herido en combate y ascendió al empleo de cabo, a instancias del coronel von Thoma, jefe de los carristas alemanes, realizó un curso de alférez provisional y con tal graduación combatió en las filas de la bandera de carros de la Legión, recibiendo una nueva herida; licenciado después de la guerra civil, se le concedió el empleo de teniente provisional. Durante la II G. M. llegó a alcanzar el grado de coronel en el Ejército Ruso de Liberación anticomunista del general Vlassov y murió en Australia en los años 70 en accidente de tráfico⁴⁴.

Por el carácter simbólico de su aportación, mencionar la presencia en las filas de la VIª Bandera de un pequeño número de combatientes rumanos procedentes de la Guardia de Hierro de Codreanu, todos ellos oficiales de complemento del ejército de su país, que pese a ello se alistaron como simples legionarios, muriendo en combate en El Plantío (Madrid) dos de ellos Ion Mota y Vasile Marín. Sus cadáveres fueron repatriados a su país de origen, con sus compañeros supervivientes, si bien su recuerdo permanece en España a través del monumento erigido en su memoria en Majadahonda, el cual no ha podido ser eliminado por encontrarse en terrenos de propiedad particular⁴⁵.

Hay que indicar que repartidos entre las diferentes banderas legionarias hubo un cierto número de combatientes de origen marroquí, a los que se les concedió un número correlativo que no llegó al 350, número que no

⁴⁴ De Mesa: op. cit., pp. 79-104.

⁴⁵ De Mesa: op. cit., pp. 165-174.

ostentaban los marroquíes alistados en el Tercio antes de la guerra, unos 15, la mayoría de ellos de religión judaica. Tres de los alistados después del 17 de julio ascenderían al empleo de sargento durante la guerra; mientras que otros varios alcanzaron el de cabo. De dichos voluntarios marroquíes, al menos 35 murieron en combate, mientras que otros 43 sufrieron heridas, siendo declarados algunos de ellos mutilados. Aunque no procedía de la recluta voluntaria legionaria hay que señalar que durante un tiempo combatió en la XVIª Bandera de la Legión el alférez provisional de origen marroquí Mohamed Ben Aisa.

También hubo en las filas legionarias combatientes de religión judaica, aunque este dato se oculte, dado que durante años la propaganda pro republicana solo hacía referencia a judíos alistados en sus filas, y la pro nacional no llevó a cabo contra propaganda alguna. Ciertamente su número no fue muy importante ya que durante toda la guerra se puede establecer que entre 35 y 40 legionarios, por sus nombres y apellidos, eran de origen judío; de ellos entre 25 y 30 tenían nacionalidad marroquí, y el resto española, argentina, francesa e incluso portuguesa. En proporción sus bajas a lo largo de la guerra fueron muy elevadas: al menos 8 muertos y 19 heridos, de estos 4 declarados posteriormente mutilados. De los veteranos de anteguerra, durante la misma Moisés Israel Jiménez, nacido en Argentina, alcanzó la graduación de brigada, mientras que la de sargento la obtuvieron Isaac Benamanan Levy y José Isso Isso; ambos con el tiempo también consiguieron la de brigada, si bien Isso en la escala de Complemento. Benamanan falleció en 1947, e Isso, que tenía la nacionalidad marroquí de origen, en los años 50 logró la española⁴⁶.

Tres de los legionarios de origen judío tenían los mismos apellidos Daham Morely, por lo que muy posiblemente podían ser hermanos, de ellos Rubén, veterano de anteguerra, al principio de la misma, siendo ya cabo, fue herido de tal consideración que pasó al Cuerpo de Mutilados, llegando a alcanzar en las filas legionarias la graduación de comandante honorario. Al llamado Ayus, también mutilado, en 1973 se le concedió el empleo de sargento legionario, mientras que del tercer posible hermano, Salomón, no se han podido obtener más datos.

En cuanto a la célebre unidad portuguesa de los «Viriatos», jamás se constituyó formación alguna exclusivamente con combatientes procedentes del vecino país, ni su número en las filas del ejército nacional alcanzó la cifra de 15.000 combatientes como en su momento pretendió el profesor Burgos Madroñero en el artículo que al respecto escribió en la *revista Ejército*;

⁴⁶ Extracto de sus Hojas de Servicio.

mientras que el fallecido coronel Gárate Córdoba en un artículo de respuesta publicado más de un año después en la misma revista admitía un máximo de 2.000⁴⁷.

Al efecto he estudiado abundante documentación en los archivos militares portugueses y españoles y puedo afirmar que como cifra muy elevada entre 2.500 y 3.000 portugueses combatieron en las filas legionarias entre 1936 y 1939. De ellos 31 fueron oficiales y suboficiales del ejército portugués que lucharon en diferentes periodos de tiempo, la mayor parte de ellos solo meses, agregados a diferentes banderas legionarias siendo miembros de la Sección de Asistencia de la Misión Militar Portuguesa en España. Por graduaciones fueron 3 capitanes, 8 tenientes, 11 alféreces y 10 sargentos, de los cuales murieron en combate 2 capitanes, 3 tenientes y 1 alférez, recibiendo heridas varios de ellos, a causa de las cuales al menos 1 alférez y 1 sargento fueron declarados Mutilados. También entre 10 y 15 pilotos de dicha nacionalidad combatieron en la Aviación Nacional, pero todos ellos se tuvieron que enganchar con anterioridad en la Legión, ya que la legislación existente solo permitía el alistamiento de combatientes extranjeros en el Tercio y luego en la Legión.

Dentro de los alistados una vez comenzada la guerra civil es de destacar la figura de Rodrigo Leite de Faria, Nacido en Lisboa en 1916, estudiante de ingeniería, alistado por la duración de la campaña como legionario de 2ª el día 2 de julio de 1937, fue destinado a la 51ª Compañía de la XIIIª Bandera. Herido en la batalla de Brunete, una vez curado se reincorporó a la citada unidad, siendo nuevamente herido en combate en Fuentes de Ebro; tras lo cual se solicitó que se le concediera la Medalla Militar individual por la destrucción que llevó a cabo de unos carros enemigos con bombas incendiarias y granadas de mano, siendo ascendido al empleo de cabo por méritos de guerra. El 25 de noviembre de 1937, pasó a la academia de Alféreces Provisionales de Ávila, de la que salió promovido a tal empleo el 24 de enero de 1938, marchando al frente. Al conocerse que era portugués y no español, requisito necesario para ser promovido al empleo alcanzado, salvo casos especiales, se ordenó que fuese cesado como alférez y que regresase a la Legión como cabo. Se cumplió la orden, y Leite pasó con tal empleo a la IVª Bandera, en la que fue herido el día 25 de mayo de 1938. En dicha unidad se le consideraba alférez provisional y como tal actuaba mandando una sección. La Legión, queriendo legalizar su situación, se dirigió directamente a Franco solici-

⁴⁷ Burgos Madroñero, Manuel: «*Portugueses en la Legión 1936-1939*», en revista *Ejército*, mayo de 1989. Gárate Córdoba, José Mª: «*Sobre los "Viriatos Portugueses"*», en revista *Ejército*, septiembre de 1990.

tando que se le concediese oficialmente el empleo por la duración de la campaña. Finalmente, y tras la intervención del propio Yagüe, el día 22 de septiembre de 1938, el General Jefe del Estado Mayor envió un telegrama al Ministerio de Defensa Nacional en el que textualmente se decía: «*A propuesta del General Jefe de la Legión, he dispuesto con carácter excepcional y solamente por el tiempo de la duración de la campaña, el empleo de Alférez legionario, al legionario de nacionalidad portuguesa Rodrigo Leite de Faria*», pero la orden no se publicó oficialmente. En octubre fue enviado a la XVIª Bandera, 61ª Compañía, siendo citado como Distinguido en los partes de guerra de los días 26 y 30 de diciembre de 1938 y 13 de enero de 1939. El 13 de mayo de dicho año pasó a formar parte de la Misión Militar Portuguesa, siguiendo en su país natal la carrera de las armas. Aunque hay quien afirma que se le concedió la Medalla Militar individual, no hay constancia oficial de ello⁴⁸.

A los oficiales y suboficiales del ejército portugués, sin pertenecer a la Misión Militar de su país, se les permitió alistarse en la Legión con el empleo que ostentaban o habían ostentado en Portugal, pero solo hay noticia de que se acogiese a dicha posibilidad el sargento Augusto Krapzikowski, luso a pesar del apellido, que durante la guerra combatió en la I Bandera, pero del que se pierde la pista a partir de 1938.

Entre los extranjeros alistados en las filas legionarias por la rareza de su origen citaré al australiano Joseph Nugent Bull, que moriría como piloto de la RAF durante la II G.M.; al japonés Boris Ivanoff Dublang, en realidad ruso, pero al que se consideró nipón por haber nacido en Manchuria que en aquellos años estaba sometida al Japón, el cual moriría en combate con la graduación de cabo en la Iª Bandera, o al finlandés Terho Johannes Vanne, que alcanzaría el empleo de sargento legionario en 1938 y que tras licenciarse al acabar la guerra, murió combatiendo en su país natal contra los invasores rusos durante la II G.M.⁴⁹.

Con relación al número total de extranjeros alistados en la Legión durante la guerra civil española, no parece ser que oficialmente se haya establecido un listado como los anteriormente referidos de 1922 y 1930. Solo en 21 de agosto de 1938, siguiendo órdenes emanadas del Cuartel General del Generalísimo, en aquellas fechas se estaba negociando la salida de los voluntarios extranjeros que combatían en los dos ejércitos enfrentados, desde Caspe, donde se encontraba el mando de la Legión, se envió a Burgos una relación tanto de tropa como de oficiales y suboficiales extranjeros que

⁴⁸ Extracto de la Hoja de Servicios.

⁴⁹ Ibidem.

combatían en las diferentes unidades legionarias, haciendo distinción entre los alistados antes del 18 de julio de 1936, a los que no podría alcanzar la medida de salida, y los que lo habían hecho con posterioridad, que si estarían afectados por la misma. Según el listado, que incluye nombres, apellidos y unidades en las que estaban destinados, los filiados antes de la guerra civil ascendían a 67, de los que 38 eran portugueses; los alistados una vez comenzada la guerra sumaban 1.248, siendo también los más numerosos los portugueses⁵⁰.

Al respecto hay que consignar que el listado presenta muchas deficiencias: así aparecen nombres de legionarios como alistados antes del 18 de julio de 1936 que no figuran en las Revistas de Comisario de los meses de julio y agosto de dicho año citado, y enrolados después de la citada fecha otros que ya estaban en las filas legionarias antes de estallar la sublevación; tampoco se menciona en las listas personal que en aquellas fechas se encontraba hospitalizado por heridas o enfermedades; se consignan como presentes algunos legionarios que habían muerto; y mucho menos los nombres y apellidos de los que con anterioridad al mes de agosto de 1938 habían perecido en combate o que a causa de sus heridas o enfermedades ya no estaban en este mundo, así como muchos de los que por una causa u otra habían resultado mutilados o inútiles para el servicio. Tampoco hay que fiarse mucho ni del nombre ni de la nacionalidad aportada por el legionario al alistarse, así entre los veteranos de anteguerra aparece el alemán Michel Pikres, que en realidad resultó ser el rumano de ascendencia alemana Pablo Muller Muller.

A continuación se consignan el cuadro de 1938 y otro de elaboración propia para el cual se ha manejado documentación de los Archivos General Militar de Madrid, Ávila y Segovia, de la Brigada Legionaria, I^o, II^o y IV^o Tercios, Archivo Militar de Lisboa y libros diversos. En el de elaboración propia no están comprendidos los extranjeros que formaban parte del Tercio y que habían conseguido la nacionalidad española con anterioridad al 17 de julio de 1936. Un problema que presentan los voluntarios de países hispano-americanos es que al ser alistados indicaban la ciudad y el país en que habían nacido, por lo que se les tenía como naturales de dicho estado cuando muy a menudo no habían perdido la nacionalidad española⁵¹.

⁵⁰ Cuartel General del Generalísimo, Armario 2, Legajo 168, Carpetas 30 y 31.

⁵¹ Como ejemplo, desde el Museo de la Legión en Viator, el teniente coronel Tortosa me proporcionó una serie de Hojas de Servicio de legionarios conceptuados como argentinos por figurar haber nacido en Argentina, cuando la mayoría no solo residían y trabajaban en España antes de la guerra civil, sino que habían realizado el servicio militar en el ejército español.

Extranjeros en La Legión, listado de 29 de agosto de 1938

	<i>Alistados antes del 18 de julio de 1936</i>	<i>Alistados después del 18 de julio de 1936</i>
Portugueses	38	869
Alemanes	8	42
Austríacos	3	15
Franceses	3	17
Húngaros	3	4
Argelinos	2	2
Cubanos	2	46
Italianos	2	31
Turcos	2	0
Filipinos	1	3
Marruecos Francés	1	0
Mejicanos	1	9
Peruanos	1	0
Argentinos		59
Australianos		1
Belgas		5
Brasileños		11
Búlgaros		1
Checoslovacos		8
Chilenos		1

	<i>Alistados antes del 18 de julio de 1936</i>	<i>Alistados después del 18 de julio de 1936</i>
Dinamarqueses		1
Egipcios		1
Estadounidenses		3
Estonios		3
Finlandeses		4
Griegos		3
Holandeses		1
Indios		1
Ingleses		5
Irlandeses		7
Japoneses		1
Letones		1
Palestinos		2
Panameños		1
Rumanos		4
Rusos		10
Suecos		8
Suizos		4
Yugoeslavos		2
Total	67	1.248

Listado de extranjeros en La Legión de elaboración propia (1936-1939)

	<i>Alistados antes del 18 de julio de 1936</i>	<i>Alistados después del 18 de julio de 1936</i>	<i>Total</i>
Alemanes	18	108	126
Argelinos	1	5	6
Argentinos	2	63	65
Australianos	0	2	2
Austríacos	4	24	28
Belgas	1	18	19
Bolivianos	0	1	1
Brasileños	0	15	15
Búlgaros	2	1	3
Cubanos	7	44	51
Checoslovacos	0	9	9
Chilenos	0	2	2
Dinamarqueses	0	1	1
Egipcios	2	1	3
Estadounidenses	1	3	4
Estonianos	0	3	3
Filipinos	1	3	4
Finlandeses	4	7	11
Franceses	3	197	200
Ingleses	0	22	22
Griegos	1	3	4
Guatemaltecos	0	1	1
Holandeses	0	2	2
Hindúes	0	1	1
Húngaros	6	15	21

	<i>Alistados antes del 18 de julio de 1936</i>	<i>Alistados después del 18 de julio de 1936</i>	<i>Total</i>
Irlandeses	0	16	16
Italianos	4	95	99
Letones	0	1	1
Marroquíes	15	364	379
Mejicanos	1	9	10
Neozelandeses	0	1	1
Noruegos	0	3	3
Palestinos	0	3	3
Panameños	0	1	1
Paraguayos	0	2	2
Peruanos	1	0	1
Polacos	2	12	14
Portugueses	137	2.485	2.622
Portorriqueños	0	1	1
Rumanos	1	12	13
Rusos	0	31	31
Suecos	0	4	4
Suizos	0	22	22
Tunecinos	0	1	1
Turcos	2	0	0
Yugoeslavos	2	4	6
Nacionalidad desconocida	7	62	69
Total	225	3.679	3.904

Hay que consignar que de los oficiales legionarios en activo de origen extranjero existentes el 17 de julio de 1936, aunque alguno se hubiese nacionalizado español, los dos capitanes: Tiede y Crespo murieron durante la guerra, y lo mismo ocurrió con el teniente Ivan Ivanoff, siendo fusilado en Barcelona su compañero retirado Sueta. En cuanto a los suboficiales y sargentos de origen extranjero existentes al producirse el Alzamiento murieron en combate el subteniente alemán Leppin Schulz y 4 sargentos portugueses: Barroso Tabares, Figueredo Rato, Sousa Oliveira y Silva Sousa⁵².

Todos los demás supervivientes ascendieron al empleo de teniente en diferentes fechas entre 1937 y 1939, salvo los que masivamente lo alcanzaron en 1 de marzo de 1940. En 1937 fue separado del servicio el subteniente francés Maurice Rataud, e igual suerte corrió después de la guerra, el sargento peruano Katz Truel, ya con la graduación de subteniente⁵³.

Con los extranjeros que formaron parte del Tercio-Legión durante la guerra civil en cuanto a condecoraciones se fue un poco más espléndido que en las campañas marroquíes, ya que a título individual se concedieron 2 Cruces Laureadas de San Fernando a combatientes italianos y 7 Medallas Individuales, de ellas 3 a oficiales y suboficiales de anteguerra, al menos 1 de ellos ya ciudadano español, correspondiendo a voluntarios italianos 3 de las concedidas a alistados después de comenzada la guerra.

Las Cruces Laureadas fueron atribuidas al teniente Giuseppe de Borbón Parma por su actuación el septiembre de 1938 en la IVª Bandera, en la que llevaba escaso tiempo, ya que se había alistado en las filas legionarias el día 21 de mayo de dicho año, mientras que la otra se otorgó al sargento Renato Zanardo, de la Compañía Legionaria de Carros de Combate.

Las Medallas Militares individuales concedidas a oficiales y suboficiales legionarios de anteguerra correspondieron por graduación al comandante Tiede Zedem, al teniente Dimitri Ivan Ivanoff y al alférez, en el

⁵² Sousa Oliveira era el sargento que mandaba el pelotón de legionarios que a las órdenes del teniente de la Torre Galán se impuso en la Comisión de Límites de Melilla a los guardias de seguridad enviados para intentar abortar la sublevación; en el citado pelotón había otro legionario portugués Antonio Acosta Miranda. Sousa moriría en Cazalegas (Toledo) a principios del mes de septiembre, víctima de un bombardeo enemigo. Después de su muerte se le ascendió al empleo de brigada, del que finalmente se le desposeyó por haber ocurrido la muerte antes de producirse la publicación de la promoción. Casado con una española, pero no nacionalizado español, hubo una fuerte y prolongada controversia sobre si su mujer tenía derecho o no a pensión de viudedad, que finalmente se le concedió, así como a uno de sus hijos plaza de gracia para ingresar en la Academia General de Zaragoza.

⁵³ Rataud se encontraba en Madrid el 17 de julio de 1936, no consta que prestase servicios a la república y en 1937 apareció en Tánger desde donde escribió a Tetuán exponiendo su caso y solicitando ser nuevamente reintegrado en las filas legionarias, pero no debió de ser aceptada su petición ya que su nombre no vuelve a figurar en la documentación oficial.

momento de la acción, húngaro Inocencio Kadar Szas, citado con anterioridad, quién en 17 de julio de 1936 era el nº 1 de la escala de subtenientes legionarios, siendo el único de los tres que sobrevivió a la guerra civil, aunque resultó mutilado, falleciendo en 1967 con la graduación de Comandante Legionario Mutilado.

Las restantes Medallas Militares se concedieron, también por orden jerárquico, al capitán Giuseppe Mazzoli Ulderico, de la IVª Bandera, al teniente Fabio Giuliani de la XIª Bandera, al sargento Alberto Zannoni Adalberto de la 1ª Compañía de la bandera de carros de la Legión y al legionario Arnold Mur, de la Iª Bandera⁵⁴.

Algunos voluntarios portugueses de la Misión Militar lusa encuadrados en las unidades legionarias, por su actuación en combate, recibieron la Medalla Militar individual que se impuso oficialmente a los supervivientes en Salamanca en el acto de despedida a los voluntarios de dicha nacionalidad a principios del mes de mayo de 1939, pero si bien se efectuó la concesión en documentación oficial, luego no fue ratificada mediante expediente contradictorio. Los beneficiarios de dicha condecoración fueron el capitán Jorge Botelho Móniz, jefe de la Sección de Asistencia; el teniente Claudio de Correia Mendes, que en combate había perdido una pierna por lo que, tras instalarse en España pasó a formar parte del Benemérito Cuerpo de Mutilados por la Patria, y el sargento Antonio de Sousa Araujo, también mutilado. La mencionada condecoración no pudo ser impuesta oficialmente al teniente Abrão Cerveira de Oliveira por haber muerto previamente en combate⁵⁵.

Dos pilotos portugueses de la Misión Militar: João Soares de Oliveira e Sousa y Edmundo Porto Correia, y uno italiano de la Aviazione del Tercio, Luigi Merieri, que murieron durante la guerra y recibieron la Medalla Militar individual tras el correspondiente expediente contradictorio, por lo que figuran entre los Medallas Militares del Ejército del Aire, si bien servían en la Aviación Nacional en el momento de la concesión, cuando se alistaron lo llevaron a efecto en la Legión o en el Tercio.

Finalmente, y en cuanto a condecoraciones individuales concedidas a extranjeros que combatieron en el Tercio o en la Legión durante la guerra civil, fueron premiados con la Cruz de Guerra los legionarios rumanos Mota y Marín, a los que me he referido con anterioridad, y con la Cruz de Guerra con Palmas el sargento portugués Isaías González Sefarana, cabo con 5 años

⁵⁴ Para más datos sobre los mismos consultar la obra *Galería Militar Contemporánea*, editada en su día por el extinto Servicio Histórico Militar. Mur unas veces es considerado estadounidense mientras que otras se le confiere la nacionalidad letona.

⁵⁵ La documentación sobre las concesiones a Correia y a Cerveira consta en el artículo de Burgos Madroño publicado en su día en la revista *Ejército*.

de antigüedad en la IIIª Bandera el 17 de julio de 1936, el cual sirvió en la Legión con dicho empleo hasta su retiro voluntario en 1946 acogiéndose a la Ley de 17 de julio del año anterior⁵⁶.

Serafana y el español Leandro Roca Alcalá fueron los únicos sargentos legionarios que recibieron dicha condecoración, instituida durante la guerra civil para premiar a aquellos combatientes sobresalientes, pero que no habían reunido los méritos necesarios para alcanzar la Medalla Militar o la Cruz Laureada de San Fernando.

Terminada la guerra civil y por las heridas recibidas durante la misma los Oficiales y Suboficiales de la Escala Legionaria que habían sido declarados mutilados siguieron ascendiendo en la misma, si bien sin ocupar plaza activa si sus mutilaciones no se lo permitían, alcanzando varios de ellos la máxima graduación de comandante honorario como los suboficiales de anteguerra Kadar Szas, ya mencionado, el italiano Juan Crividich Gersinich, o el portugués Antonio Santos Lima, mientras que el alemán Walter Praker Wieskender falleció cuando ostentaba la de capitán. Igual graduación consiguió el estadounidense, según su Decreto de nacionalización, Mario Carvalho Carvalho, legionario de anteguerra. Entre los alistados después del 18 de julio también alcanzó el empleo de comandante honorario el portugués Antonio Ernesto Oliveira, que perdió un brazo en combate cuando ostentaba el empleo de Sargento en 1938⁵⁷.

Durante años, los combatientes calificados de mutilados por las heridas sufridas que durante la guerra civil en su Arma o Cuerpo solo habían llegado a alcanzar el empleo de cabo, y los que habían seguido siendo simples soldados o legionarios –hubo legionarios de anteguerra que entre 1936 y 1939 no pasaron de dicho empleo, si bien muchos de los alistados después del 17 de julio llegaron al de sargento, en el Cuerpo de Mutilados– no ascendieron a grado superior. En 1970 se corrigió en parte esa discriminación, ya que se concedió a todos los supervivientes el empleo de sargento honorario y en 1973 el de sargento efectivo del Arma o Cuerpo respectivo, sin cambio de destino, porque la mayoría de ellos ya habían alcanzado la edad de retiro⁵⁸.

Los listados en los que aparecieron los nombres y apellidos de los beneficiados se publicaron por Arma o Cuerpo en el *Diario Oficial del Ministerio del Ejército (DOME)*, durante los años siguientes, por lo menos hasta 1976 y de las citadas disposiciones, sin ser exhaustivos, entre los beneficiados figuran 17 portugueses, 3 italianos, 3 franceses, 1 brasileño, 1 alemán y 1 de nacionalidad desconocida, si bien muchos de ellos ya habían obtenido la nacionalidad española.

⁵⁶ Extracto de la Hoja de Servicios.

⁵⁷ *Ibidem*.

⁵⁸ Decreto de 18 de noviembre de 1970, *Diario Oficial del Ministerio del Ejército (DOME)* 272, y Decreto Ley 10/73 de 16 de noviembre, *Diario Oficial del Ministerio del Ejército (DOME)* 259.

LOS AÑOS POSTERIORES

El final de la guerra civil trajo como resultado el licenciamiento de los voluntarios alistados en las filas legionarias que lo habían hecho por la duración de la campaña, lo que llevaron a cabo muchos de ellos, algunos de los cuales durante la contienda habían alcanzado el empleo de sargento, quedando el resto en las diferentes banderas, cuyo número también disminuyó.

Algunos de los oficiales extranjeros que habían luchado en las filas legionarias pretendieron que se les admitiera en las mismas con el empleo que se les había reconocido, pero desde el inicio de la guerra el propio Franco se había opuesto a ello dado que no quería que se perjudicasen los derechos de los que desde simples legionarios habían ido ascendiendo, incluso a oficial. Por ello se denegó tal pretensión, que unos pocos habían solicitado, como el alemán Rose Rose, o el italiano Guido Schwartz, este al pertenecer al arma de artillería, aunque filiado en la Legión, había servido en la citada arma desde su alistamiento. Solo hubo dos excepciones a dicha medida, concedidas ambas a combatientes italianos: el teniente Ferruccio Ferruzzi, que por las heridas recibidas en combate ingresó también en el Cuerpo de Mutilados, y el sargento Nicolás Spadaccini, también mutilado, a quien en 1 de noviembre de 1939 se le reconoció la graduación de sargento legionario, permaneciendo en el Cuerpo hasta su retiro por edad⁵⁹.

Sin embargo a partir de 1940 y por razones desconocidas la oficialidad legionaria de origen extranjero experimentó un ligero aumento, dado que se permitió que un pequeño número de los rusos blancos que habían combatido en las filas nacionales, y a los que se había concedido la nacionalidad española, pasasen con el grado de oficial o suboficial honorario y sin ocupar plaza a La Legión, concretamente 3 tenientes, 6 alféreces y 1 sargento. Si bien la mayoría de ellos prestaron servicio en las banderas legionarias, otros tuvieron destinos burocráticos en Madrid.

Varios de ellos, 3 tenientes, 2 alféreces y 1 sargento, tras la invasión de Rusia por Alemania y la constitución de la División Azul, voluntariamente pasaron a prestar servicio en ella, así como un teniente legionario efectivo, el veterano Jorge von Chevesco Rosen, capitán de caballería en su país, que había ingresado en el Tercio durante las campañas de Marruecos, quien al comenzar la guerra civil, en la que recibió 2 heridas, era ya subteniente, ascendiendo antes de la finalización de la misma al empleo de teniente. Aunque fueron utilizados muy a menudo como intérpretes y asesores, cuando hizo falta empuñaron las armas muriendo en combate el citado

⁵⁹ Extracto de sus Hojas de Servicio.

von Rosen, y el también teniente Goncharenko, quien tuvo una muy breve vida legionaria, dado que murió en su país de origen a los pocos meses de ingresar como teniente honorario en la Legión. Durante su permanencia en Rusia hasta 1944 el teniente Goguidjonachvili destruyó en combate 2 carros enemigos, resultando herido en un bombardeo el también teniente Nicolás Krivocheia⁶⁰.

Pero estos voluntarios de origen ruso no fueron los únicos integrantes de la Legión de origen extranjero que marcharon a Rusia a combatir el comunismo, así entre los de origen germánico, y veteranos de anteguerra, se puede citar al capitán Preil Weitia, al teniente Ahrendts Clemens, sargento en 1936 y teniente en 1938, o al brigada Smerich y a los sargentos Mayerovich, Haas y Ceache, cabos o legionarios en 1936. De dicho origen, pero alistados durante la guerra civil, también combatieron en Rusia en las filas divisionarias, muriendo allí en combate, el ya citado teniente Erich Rose Rose y el sargento desde 1938 Karl Mosrchilch Renning⁶¹.

El 25 de marzo de 1942, recibía sepultura en Rusia como integrante de la División Azul el francés Eduard Schmitlein Gastinel, que durante la guerra civil española había combatido en la Legión, sucesivamente en la compañía Jeanne D'Arc y en la VIª Bandera, herido el 9 de enero de 1938 y licenciado el 31 de mayo de 1939⁶².

Como no podía ser de otra manera, en la División Azul combatieron a lo largo de su existencia unos 200 voluntarios de origen portugués, varios de los cuales procedían de las filas legionarias, unos veteranos de anteguerra como los ya sargentos entre 1937 y 1939 da Luz, Augusto Augusto y Martínez Buchas, mientras que otros se habían alistado durante la guerra civil como el también sargento en 1939 Ferraz Santiago, o el legionario Luis Pons Pons. En Possad murió el veteranísimo cabo Miguel Ferraz Seixas, que por primera vez se alistó en el Tercio en 1921⁶³.

También mencionar como caso especial el de Armando Velez Tabarra, alistado después del Alzamiento, durante la guerra civil aprobó un curso de alférez provisional, empleo que no se le reconoció por ser portugués, por lo que se alistó en la Legión terminando la guerra civil con el empleo de cabo. Como en 1940 obtuvo la nacionalidad española, se le reconoció el empleo de alférez provisional con el que siguió prestando servicio en la Legión hasta 1941, año en el que se licenció por edad. Durante la II G M

⁶⁰ Ibidem. Goguidjonachvili ascendería a capitán honorario de la Legión en 21 de marzo de 1944. Krivocheia aprobó el curso de capitán legionario, pero no fue ascendido a dicho empleo.

⁶¹ Extracto de sus Hojas de Servicio.

⁶² *Libro de Defunciones de la División Azul*. Archivo Militar Eclesiástico de Madrid.

⁶³ Extracto de sus Hojas de Servicio.

combatió con el grado de cabo de artillería en la División Azul y al regresar a España realizó los cursos de Transformación de oficiales provisionales pasando a integrarse en el Arma de artillería del ejército español, retirándose del mismo al cumplir la edad reglamentaria con el empleo de comandante⁶⁴.

En la citada División a los citados se unieron algunos de los voluntarios alistados en la Legión entre 1936 y 1939, como el ya sargento Saalberg (estonio), el búlgaro August Jacob Roosz, que se había licenciado en 1940 con la graduación de cabo, y combatió en la D A con la de sargento, o el belga Eugen Emil Durinx Buix.

Debido al conflicto mundial entre 1939 y 1945 lógicamente debieron de ser muy escasos los alistamientos de extranjeros en la Legión, casi exclusivamente portugueses, pues no hay noticia alguna de que a los que se internaban en España huyendo de las potencias del Eje se les obligase a alistarse ni tampoco, cuando empezaron las derrotas alemanas en Francia, que se hiciese lo mismo con los germanos internados en nuestro país, tampoco hay noticias de que unas potencias y otras reclamasen al gobierno español que sus ciudadanos que había en las unidades legionarias fueran repatriados a su país de origen para luchar en sus respectivas fuerzas armadas.

Como curiosidad, hay que hacer constar que el día 3 de noviembre de 1941 se alistó Delfried Hans Walter Mengert, por nombre y apellidos de origen germano, y que en dicha fecha, al haber nacido el 19 de marzo de 1912, tenía 29 años, por lo que estaba en edad de prestar servicio militar en el que fuese su país de origen. Mengert ascendió a sargento el 4 de junio de 1951 y se nacionalizó español el 7 de marzo del siguiente año, retirándose en 1964 con el empleo de brigada.

Hay que señalar que entre noviembre de 1939 y 1946 no se produjeron en la Legión ascensos a los empleos de brigada y sargento, salvo algunos, que se pueden contar con los dedos de una mano, por méritos de guerra, ascendiendo en el año últimamente citado a sargento, con antigüedad de 1 de enero, el húngaro Ernesto E. Messinger, alistado en agosto de 1936, y con la de 1 de marzo el mejicano José González Rodil, legionario de los de anteguerra⁶⁵.

Por lo anteriormente manifestado desde los años 40 a los 60 del pasado siglo los extranjeros más numerosos en las filas siguieron siendo los portugueses, varios de los cuales, todos ellos alistados durante la guerra civil, ascendieron a los empleos de sargento, brigada e incluso el de teniente,

⁶⁴ Ibidem.

⁶⁵ Diarios Oficiales del Ministerio del Ejército de 13 de diciembre de 1945 y 26 de febrero de 1946 respectivamente.

a este último por ejemplo el ya citado Ferraz Santiago. Con antigüedad de 21 de diciembre de 1960 fueron promovidos al empleo de tenientes los portugueses alistados durante la guerra civil Alberto da Costa Fonseca, Antonio Alves da Silva y Natalio Batista da Silva⁶⁶.

Dos sargentos de anteguerra ascendieron durante los años siguientes respectivamente al empleo de capitán Julio Fernández Domínguez (Julio Méndez Domínguez), nacido en Montevideo, y a teniente Eugenio Lafranca Morante, originario de Camagüey (Cuba), sobre los cuales queda la duda de si eran españoles o uruguayo y cubano respectivamente, ya que no se ha encontrado su nacionalización a españoles. Otros veteranos de anteguerra y de la guerra civil, ascendieron incluso al empleo de capitán como el austriaco Alois Wilhem Roth, alistado en 1930, y el cubano José Alonso Magariño, en diciembre de 1936. Ambos habían obtenido la nacionalidad española.

Legionarios alistados después del 17 de julio de 1936, ascendieron en esos años al de teniente como el marroquí Aomar Ben Mohamed Kaddur nº 17, herido el 6 de noviembre de 1936 y el 19 de julio de 1937, ascendido a sargento en 16 de agosto del siguiente año, a brigada en 12 de noviembre de 1954 y al superior en 11 de mayo de 1956, que se retiró con el empleo de teniente diez años después. Y el chileno Guido Lanza García que, nacido en 1919, se alistó el 19 de febrero de 1937, permaneciendo en la Legión al terminar la guerra civil en la que prosiguió su carrera militar, ascendiendo a teniente el 15 de abril de 1967; había obtenido la nacionalidad española en 1960⁶⁷.

Al menos en los años 40 se alistaron dos voluntarios venidos de Rusia, en 1944 Constantino Alexandrovich Iñusen, que se había integrado, pese a ser casi un niño, en las filas de la División Azul como intérprete, viniendo a España con uno de sus batallones de relevo, el cual se licenció en 1949. En 1945 se filió Miguel Vasilievicht Mijailow, de 20 años de edad, nacido en Nogorow, que vivía en España en dicho año tutelado por un español, pero del que no se sabe cómo llegó hasta nuestro país. Ascendido a cabo en 1952, durante su vida militar estuvo destinado en el Sahara, en 1958 se le concedería el sueldo de sargento, falleciendo por enfermedad en 1969⁶⁸.

⁶⁶ Extractos de sus Hojas de Servicios.

⁶⁷ Otros legionarios de origen extranjero desde los años 40 hasta los 70 del pasado siglo fueron obteniendo la nacionalidad española, en algunos casos en los Decretos de concesión se hacía constar su pertenencia en algún momento a La Legión, pero otras veces, como el caso de Lanza no, por lo que en una labor de investigación hay que contrastar listados de legionarios con los de nacionalizados.

⁶⁸ Extracto de sus Hojas de Servicios.

Algunos de los extranjeros de origen europeo que durante aquellos más de 30 años se alistaron en la Legión, alcanzaron en ella el empleo de teniente, habiendo obtenido en algún momento igualmente la nacionalidad española como es el caso de los franceses Gaston Sanglier Laforgue, que nacionalizado en 1959, obtuvo dicho empleo en 15 de abril de 1972, siendo destinado al Alto Estado Mayor en el que ya prestaba servicios, y Jean Muteaux Dominique, español desde el 20 de septiembre de 1965. Igualmente alcanzó el empleo de teniente legionario el brasileño Moisés Zacuto Sinaí, de indudable ascendencia judaica, nacionalizado el 23 de junio de 1960, el cual se retiraría en 1973⁶⁹.

En 1 de julio de 1953 el IIº Tercio informa que en sus filas, y en concepto de agregados, existen los siguientes oficiales de origen húngaro, todos combatientes durante la IIª G.M. en el ejército de su país originario: capitán Juan Vitez Ivanyi y tenientes Aurelio Czilchert, Pablo Waldbott Basemheim y Fernando Vitez Viranyi, siendo este el mejor conceptuado por sus aptitudes militares y conocimiento del idioma español.

Los Diarios Oficiales del Ministerio del Ejército de dicho extenso periodo de tiempo también nos permiten conocer la existencia de algunos otros legionarios de origen extranjero. A modo de ejemplo se puede citar que el 18 de junio de 1971 pasó a la situación de retiro el cabo Jhonny Shirley Gee, que fijó su residencia en Melilla, o que el 7 de abril del siguiente año ascendió al empleo de sargento legionario en el IVº Tercio Leonard Waclaw Kiwerski, de indudable origen polaco.

En los años 70 hay noticias extraídas del citado periódico oficial que nos permiten conocer que en las filas legionarias se produjeron ascensos a los empleos de sargento a teniente de originarios de los hoy conocidos como países subsaharianos, abundando entre ellos los nacidos en la antigua Guinea española, quienes por otro lado por ello tenían la nacionalidad española. Entre los cuales se puede citar al teniente Teodoro Ondo Ndjeng, del IVº Tercio. Entre los sargentos subsaharianos a Juan Sima Ngogo, Juan Idyabe Malua y Alfredo Ndongo Bae.

Tras producirse la entrega del Sahara a Marruecos y a Mauritania los suboficiales legionarios que procedían de los disueltos Tercios saharianos pasaron a ser destinados entre los tres Tercios existentes en el momento, apareciendo en los listados correspondientes los anteriormente citados sargentos Kiwerski, Sima, Idyabe y Ndongo, así como el todavía sargento

⁶⁹ Escalillas del Arma de Infantería de 1945 a 1975, y Boletines Oficiales del Estado de las mismas anualidades.

Ondo Ndjeng. A sus nombres se añaden al menos otros de indudable origen extranjero: Fernando Jorge da Silva, que podía ser portugués y Jean Pierre Kirscht, francés⁷⁰.

Solo un año después en el citado Diario Oficial se publicaba el ascenso, de fecha 26 de marzo, al empleo de sargento legionario del cabo Américo dos Santos Sousa, posiblemente de origen portugués.

La legislación establecida sobre el reclutamiento de extranjeros había permanecido prácticamente invariable desde el Real Decreto de 28 de marzo de 1920, pero la instauración en España de la democracia, trajo consigo que en determinados círculos políticos la existencia de la Legión fuese vista con mucha prevención dado su devenir histórico, por lo que existieron incluso planes muy avanzados de disolución del cuerpo que, afortunadamente, no se llevaron a la práctica. Por otro lado se veía con cierta prevención que en la unidad se pudiesen alistar voluntarios procedentes de otros países, tal vez por la idea preconcebida y disparatada de que las filas legionarias se habían nutrido, sobre todo durante la guerra civil, con miles de mercenarios extranjeros que con su aportación habían ayudado a la instauración del régimen franquista⁷¹.

Por ello la Ley 18/84, de 8 de julio, de hecho suprimió la posibilidad del alistamiento de extranjeros en La Legión. Por su parte el Real Decreto 611/86, de 21 de marzo, que aprobó el Reglamento de la Ley del Servicio Militar, a través de su Disposición Transitoria 7ª, permitió que los extranjeros que en ese momento formaban parte de las Fuerzas Especiales de las Fuerzas Armadas españolas pudiesen continuar en servicio activo, rigiéndose por su normativa especial. Ello permitió que hasta nuestros días permaneciese en las filas legionarias prestando servicio algún extranjero alistado antes de dicha fecha, como el caso del recientemente retirado cabo Muhammadou Bahaga Sankoucht, originario de Gambia, filiado con otros 3 compatriotas en 1985.

Finalmente el Real Decreto 1244/2002, de 29 de noviembre, aprobó el Reglamento de Acceso de extranjeros como militares profesionales de tropa y marinería, circunscribiendo dicha posibilidad a naturales de países hispanoamericanos y Guinea, incorporándose a las filas legionarias en 2003 los primeros legionarios de dicha extracción.

⁷⁰ *Diario Oficial del Ministerio del Ejército* de 5 de marzo de 1976.

⁷¹ Al efecto hay que señalar que frente a unos 4.000 extranjeros, como mucho 4.500, que durante la guerra civil pasaron por las filas legionarias, dejando a un lado los efectivos de la Bandera Irlandesa, la Legión Condor y el CTV, que no formaban parte de la Legión española, en las filas republicanas los Internacionales que combatieron en las mismas puede que llegasen a los 35.000, según Delperrie du Bayac, uno de los más conspicuos historiadores de las Brigadas Internacionales, aunque algunas fuentes pro republicanas llegan a aumentar su número, con evidente exageración, hasta los 80.000 a lo largo de todo el conflicto.

CONCLUSIONES

La mayoría de los varios miles de voluntarios extranjeros que han pasado por las filas del Tercio y de La Legión desde su creación hasta nuestros días, se comportaron con mucha valentía, siendo merecedores algunos de ellos de las más altas condecoraciones militares españolas, incontables regaron con su sangre al grito de ¡Viva La Legión! las tierras africanas y españolas, y muchos con su muerte en combate hicieron realidad las estrofas de la Canción del Legionario:

*«Los que en España no habéis nacido
y sangre y vida dais en su honor,
hijos de España sois predilectos
que habéis ganado su excelso amor
Legionarios a luchar
Legionarios a morir»*

BIBLIOGRAFÍA

- BALLENILLA GARCÍA GAMARRA, Miguel: *La Legión 1920-1927*. Editorial Fajardo el Bravo. Lorca, 2010.
- Boletines Oficiales del Estado de 1936 a 1986.
- BURGOS MADROÑERO, Manuel: «*Portugueses en la Legión 1936-1939*», en *Ejército*, mayo de 1989.
- CABALLERO JURADO, Carlos: *Erich Rose. El trágico final de un oficial «judío» en la División Azul*. S/L, 2019.
- CANÓS FENOLLOSA, Francisco: *Del Breviario de Juan Morena*. Gráficas Dehón. Torrejón de Ardoz, 1981.
- Diarios Oficiales del Ministerio de Defensa 1977 a 1990.
- Diarios Oficiales del Ministerio del Ejército 1939 a 1975.
- Diarios Oficiales del Ministerio de la Guerra 1920 a 1936.
- DORNELLAS, Affonso de: *O «Tercio de Extranjeros» do Exercito Espanhol*. Casa Portuguesa. Lisboa, 1924.
- Escalillas del Arma de Infantería de 1945 a 1975.
- FRANCO, comandante Francisco: *Marruecos. Diario de una Bandera*. S/L, 1922.
- Galería Militar Contemporánea*, Servicio Histórico Militar, VII tomos. Madrid, varios años.
- GÁRATE CÓRDOBA, José M^a: «Sobre los “Viriatos Portugueses”», en *Ejército*, septiembre de 1990.
- Libro de Oro de La Legión*,
- KEMP, Peter: *Legionario en España*. Luis de Caralt Editor S. A. Barcelona, 1959.
- MACIÁ SERRANO, Antonio: *La Legión Desnuda*. Luis de Caralt Editor S. A. Barcelona, 1955.
- MATEO, Coronel: *La Legión que Vive*. Imprenta África. Ceuta, S/A.
- MICÓ ESPAÑA, Carlos: *Los Caballeros de la Legión*. Sucesores de Rivadeneira S. A. Madrid, 1922.
- MESA GUTIÉRREZ, José Luis De: *Los Otros Internacionales*. Ediciones Barbarroja. Madrid, 1998.
- : *La Bandera Irlandesa en la Guerra Civil Española (Noviembre de 1936 - Junio de 1937). Una Aventura Desgraciada*. S.N.D. Editores. Madrid, 2021.
- : *La Ayuda Militar Portuguesa a la España Nacional 1936-1939 (La Verdad sobre los Viriatos)*. S.N.D. Editores. Madrid, 2021.
- : *Los Rusos Blancos y el Ejército Español*. En preparación.
- : «*Campañas de Marruecos y Pilotos Extranjeros*», en *Revista Aeroplano*, nº 18, pp. 4-10. Madrid, 2000.

-----: «Campañas de Marruecos y Pilotos Extranjeros», en *Revista Aeroplano*, nº 18, pp. 4-10. Madrid, 2000.

ODETTI DI MARCORENGO, Francesco: *Trenta Messi nel Tercio*. Casa Editrice: Carra & C. Roma, 1940.

PIRIS, comandante: *Historial de la Legión*, tomo I. Perlado e Hijos. Madrid, 1963.

MILLÁN ASTRAY, José: *La Legión*. V. H. Sanz Calleja. Madrid, S/A.

RAMAS IZQUIERDO, Federico: *La Legión Historial de Guerra, 1º septiembre 1920 al 12 octubre 1927*. Imprenta África. Ceuta, 1933.

REVISTAS

Ejército.

Estampa.

Nuevo Mundo.

ARCHIVOS

General Militar de Madrid, Ávila y Segovia.

Brigada Legionaria, Iº, IIº y IVº Tercios.

Militar Eclesiástico de Madrid.

Intermedio de Ceuta.

Militar de Lisboa.

Recibido: 25/09/2020

Aceptado: 24/06/2021

TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA GUERRA EN EL SIGLO XIV

Gonzalo OLIVA MANSO¹

RESUMEN

El infante don Juan Manuel aparece ante nosotros como un personaje singular y polifacético. Su importancia como político corre pareja a su grandeza como escritor. En esta faceta destaca su labor didáctica, especialmente el conocido *Libro de los estados* donde desarrolla, entre otras cuestiones, los principales puntos del arte militar del momento en la Península Ibérica. Ahora bien, ¿se ciñe don Juan Manuel a la realidad del momento o también introduce ideas propias no contrastadas? En este trabajo hemos abordado este interrogante. Una revisión completa de la *Crónica de Pedro I* es suficiente para dar una respuesta afirmativa, pero si añadimos la de su padre, Alfonso XI, esta coincidencia es prácticamente total.

PALABRAS CLAVE: Infante don Juan Manuel. Pedro I de Castilla. Siglo XIV. Guerra medieval. Tratadística medieval. *Libro de los estados*.

¹ Profesor Contratado Doctor, Departamento de Historia del Derecho y de las Instituciones, Facultad de Derecho, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Correo electrónico: goliva@der.uned.es

ABSTRACT

Infante Don Juan Manuel appears before us as a singular and multi-faceted character. His importance as a politician is matched by his greatness as a writer. In this respect, his didactic work stands out, especially the well-known *Book of the States* where he develops, among other issues, the main points of military art of the moment in the Iberian Peninsula. However, does Don Juan Manuel stick to the reality of the moment or does he also introduce his own ideas that are not contrasted? In this work we have addressed this question. A complete revision of the *Chronicle of Peter I* is enough to give an affirmative answer, but if we add that of his father, Alfonso XI, this coincidence is practically total.

KEYWORDS: Infant don Juan Manuel. Peter I of Castile. 14th century. Medieval war. Medieval treatise. *Book of States*.

* * * * *

1. INTRODUCCIÓN

Cuando Pedro I² ascendió al trono en 1350 contaba apenas dieciséis años y su reinado se prolongó hasta 1369. Estos diecinueve años abarcan toda su juventud y la primera fase de su adultez, los años en que un hombre se manifiesta con toda su pujanza hasta que llega la tranquilidad de su madurez. Durante este tiempo toda su energía se canalizó hacia los hechos de armas ya que «era mancebo de veinte e tres años, e era ome de grand corazón e de gran bollicio, e amaba siempre guerras»³ –CPI (1356. VIII)–. Los nobles rebeldes de Castilla, los musulmanes granadinos

² Sobre el reinado de Pedro I y su persona existe un interesante corpus de estudios entre los que podríamos destacar los siguientes: VALDEÓN BARUQUE, Julio: *Enrique II de Castilla. La guerra civil y la consolidación del régimen (1366-1371)*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones, Valladolid, 1966; DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente: *Itinerario de Pedro I de Castilla. Estudio y Regesta*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones, Valladolid, 1975; SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: *España cristiana. Crisis de la Reconquista. Luchas civiles* en R. MENÉNDEZ PIDAL (dir.), *Historia de España*, vol. 14. Espasa Calpe, Madrid, 1976; GARCÍA TORAÑO, Paulino: *El rey don Pedro el Cruel y su mundo*. Marcial Pons, Madrid, 1996; VALDEÓN BARUQUE, Julio: *Pedro I el Cruel y Enrique de Trastámara: ¿la primera guerra civil española?* Aguilar, Madrid, 2002; DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente. *Pedro I el Cruel (1350-1369)*. Trea, Gijón, 2007.

³ LÓPEZ DE AYALA, Pero: *Crónicas*, Edición, prólogo y notas de J. L. MARTÍN. Planeta, Barcelona, 1991, pp. 1-434 (en adelante CPI).

o su archienemigo Pedro IV de Aragón, contra el que sostuvo una larga guerra pueden dar fe de ello. A pesar de su importancia el aspecto militar de su reinado ha quedado un tanto arrinconado y los numerosos detalles de carácter bélico que jalonan su extensa crónica no han sido aprovechados en su totalidad y el ejército petrista se ha estudiado generalmente dentro de obras más generales⁴.

Los pormenores de su reinado se recogieron años después por Pero López de Ayala, testigo presencial de muchos hechos y parte activa de otros cuantos. Hijo de Ferrand Pérez de Ayala, importante personaje de la corte castellana recibió una sólida formación intelectual y religiosa con su tío abuelo el cardenal Pero Gómez Barroso, arzobispo de Toledo, a quien parece acompañó hasta la corte papal de Avignon⁵. En un primer momento su linaje se integró en el bando nobiliario enfrentado a Pedro I, pero se reconcilió con él tras el fracaso de la revuelta en 1356 permaneciendo a su lado hasta 1367 cuando se pasó a servir a Enrique de Trastámara⁶. Con la nueva

⁴ LADERO QUESADA, Miguel Ángel: «La organización militar de la Corona de Castilla en la Baja Edad Media», en *Castillos Medievales del Reino de León*. Hullera vasco-leonesa, León, 1989, pp. 11-34; LADERO QUESADA, Miguel Ángel: «La organización militar de la Corona de Castilla durante los siglos XIV y XV», en M.Á. LADERO QUESADA, (dir.): *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla Actas del Symposium conmemorativo del Quinto Centenario: (Granada, 2 al 5 de diciembre de 1991)*. Diputación Provincial de Granada, Granada, 1993, pp. 195-227; CASTILLO CÁCERES, Fernando: «La guerra y el ejército en los reinos cristianos peninsulares durante los siglos XIV y XV», en *Aproximación a la Historia Militar de España*. Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, Madrid, 2006, vol. I, pp. 143-165; GARCÍA FITZ, Francisco: «‘Las guerras de cada día’ en la Castilla del siglo XIV», en *Edad Media. Revista de Historia*, n.º 8, 2007, pp. 145-181; OLIVA MANSO, Gonzalo: «El ejército castellano del siglo XIV. Una mirada a través de la crónica de Pedro I», en L. MARTÍNEZ y M. FERNÁNDEZ (coords.), *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cádiz. El Ejército y la guerra en la construcción del Estado*. Asociación Veritas para el Estudio de la Historia, el Derecho y las Instituciones, Valladolid, 2012, pp. 59-92; OLIVA MANSO, Gonzalo: «Estampas de la guerra en la Crónica de Pedro I», en *Revista Aequitas: Estudios sobre historia, derecho e instituciones*, n.º 14, 2019, pp. 17-64 y n.º 15, 2020, pp. 17-74.

⁵ Para este importante período formativo, remito a las páginas que le dedica MEREGALLI, Franco: *La vida política del Canciller Ayala*. Cisalpino, Varese-Milán, 1955, pp. 9-23. Entre las biografías dedicadas a su persona destacamos: FLORANES Y ENCINAS, Rafael de: *Vida literaria del Canciller Mayor de Castilla D. Pedro López de Ayala, restaurador de las letras en Castilla*, en *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, vols. XIX y XX. Viuda de Calero, Madrid, 1851-1852; GARCÍA, Michael: *Obra y personalidad del Canciller Ayala*. Alhambra, Madrid, 1982. También resulta de interés el libro colectivo J. VALDEÓN BARUQUE (coord.), *Estudios sobre el Canciller Ayala en el VI Centenario de su muerte*, Diputación Foral de Álava, Vitoria-Gasteiz, 2007.

⁶ Se desconocen las razones exactas de este cambio de rumbo, aunque hay una noticia que relata su encuentro con Pedro I tras la batalla de Nájera. En esta entrevista el rey le preguntó a Pero López de Ayala la causa de su defección y este le confiesa que le llegaron rumores de que pensaba matarle (GARCÍA DE SALAZAR, Lope: *Las bienandanzas e fortunas*, vol. 3, Amigos del Libro Vasco, Bilbao, 1985, p. 246).

dinastía Pero López de Ayala se convirtió en uno de los más importantes personajes de la corte donde desempeñó importantes puestos en el engranaje administrativo castellano: embajador en Aragón y Francia, alférez de la Orden de la Banda, camarero mayor y consejero real, hasta llegar a canciller mayor bajo Enrique III⁷. A lo largo de su obra que abarca los reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I y parte del de Enrique III, Pero López de Ayala se esfuerza por justificar la revuelta nobiliaria y mostrar la legitimidad de los derechos de los Trastámara⁸, con lo que necesariamente la figura de Pedro I adquiere un sesgo negativo⁹.

Por su parte, don Juan Manuel es una de las figuras más interesantes de la Castilla de la primera mitad del siglo XIV¹⁰. Contaba con una ilustre ascendencia, era nieto de Amadeo IV de Saboya y de Fernando III, el Santo, y sobrino de Alfonso X, el Sabio, y estaba emparentado por matrimonio con las casas reales de Mallorca y Aragón. Sus amplios estados patrimoniales repartidos por toda Castilla, pero con un extenso núcleo en la zona murciana, hicieron de él un personaje muy activo en

⁷ Estos son solo los más importantes, también fue alcalde mayor de Toledo y de Vitoria, merino mayor de Guipúzcoa, merino de Álava, señor de Salvatierra, entre otros (LÓPEZ DE AYALA, Pero: *Crónicas*, cit., 1991, pp. LII-LIV). En Francia, donde su labor como embajador le llevó hasta en siete ocasiones entre 1378 y 1396, logró ganarse también la confianza de Carlos VI de Francia quien le nombró su camarero mayor y formó parte de su guardia personal en la batalla de Roosebeke en 1382 (M. ARANEGUI, *Homenaje al Canciller Ayala*. Vitoria, 1959).

⁸ GIMENO CASALDUERO, Joaquín: «La imagen del monarca en la Castilla del siglo XIV: Pedro el Cruel, Enrique II y Juan I», en *Revista de Occidente*, Madrid, 1972; Martín, José Luis: «Defensa y justificación de la dinastía Trastámara. Las Crónicas de Pedro López de Ayala», en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª Medieval*, n.º 3, 1990, pp. 157-180; VALDEÓN BARUQUE, Julio: «La propaganda ideológica arma de combate de Enrique de Trastámara (1366-1369)», en *Historia. Instituciones, Documentos*, n.º 19, 1992, pp. 459-468; ESTOW, Clara: *La legitimación de lo ilegítimo: López de Ayala y la historiografía medieval*. Ediciones clásicas-Ediciones del Orto, Madrid, 2006; VALDALISO CASANOVA, Covadonga: *Historiografía y legitimación dinástica: análisis de la Crónica de Pedro I*. Universidad de Valladolid, Valladolid, 2011.

⁹ Esta parcialidad del relato no afecta a nuestro trabajo por cuanto no analizamos los hechos del reinado en sí mismos, su génesis y evolución, sino que nos limitamos a extraer detalles objetivos del mundo de la guerra y el ejército.

¹⁰ GIMÉNEZ SOLER, Andrés: *Don Juan Manuel: biografía y estudio crítico*. Tipográfica la Académica, Zaragoza, 1932; PRETEL MARÍN, Aurelio: *Don Juan Manuel, señor de la llanura: (re población y gobierno de la Mancha albacetense en la primera mitad del siglo XIV)*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete, 1982; *Don Juan Manuel: VII centenario*. Universidad de Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1982; AYERBE-CHAUX, Reinaldo: *Yo, don Juan Manuel: Apología de una vida*. Hispanic Seminary of Medieval Studies, Madison, 1993. Para el caso concreto de nuestro estudio es igualmente interesante: LEROY, Béatrice: «Le prince écrivain politique, l'Infant Don Juan Manuel de Castille», en *Les princes et le pouvoir au Moyen Age. Actes des congrès de la Société des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public, 23^e congrès, Brest, 1992*. Publications de la Sorbonne, Paris, 1993, pp. 91-105 (doi: 10.3406/shmes.1992.1612).

la compleja política interior de Castilla durante los reinados de Fernando IV y de Alfonso XI, viéndose inmerso en los acontecimientos más importantes del momento. Esta faceta se complementó con una activa vida intelectual de la que surgieron numerosas obras literarias, algunas de ellas tan importantes como *El conde Lucanor* o el *Libro de los estados*. Este último texto, referencia principal para este ensayo, está estructurado narrativamente a través del diálogo entre un maestro, Julio, y su pupilo, el príncipe Joás¹¹. La pretensión de Julio no es tanto formar a su discípulo como mostrarle el camino de la salvación que solo podrá alcanzar a través del equilibrio de su vida espiritual y temporal. Dentro de los numerosos aspectos que trata esta obra están los de carácter militar contenidos en el apartado titulado *El emperador en la guerra y en la paz* (capítulos LXX-LXXIX). Don Juan Manuel se nos presenta aquí como un hombre entre dos mundos, a caballo entre una Edad Media que ya no puede ofrecer nada desde el punto de vista militar y un Renacimiento que se abre paso con sus nuevas armas, tácticas e ideas¹².

Si con anterioridad García Fitz ya había tratado las ideas militares contenidas en sus obras¹³, en las páginas siguientes vamos a dar un paso adelante y contrastar las obras de ambos escritores. Si don Juan Manuel nos marca en el *Libro de los estados* las pautas teóricas de actuación militar, a través de la *Crónica de Pedro I* de Pero López de Ayala se comprobará si estas tienen su reflejo en la vida real y son asumidas y puestas en práctica. Con carácter esporádico también surgirán aquí y allá algunas ideas y noticias contenidas en otros textos como las *Partidas*¹⁴, la *Crónica de Alfonso XI* de Fernán Sánchez de Valladolid¹⁵, la *Gran Crónica de Alfonso XI*¹⁶ y la *Crónica de Pedro IV*¹⁷ que servirán para completar algunos puntos de la obra manuelina que están apenas esbozados o carecen de complemento en la crónica de López de Ayala.

¹¹ JUAN MANUEL (DON): *El Libro de los estados*, I.R. MACPHERSON y R.B. TATE (eds.), Castalia, Madrid, 1991 (en adelante LE).

¹² GIMÉNEZ SOLER, Andrés: *op. cit.*, p. IV; GARCÍA FITZ, Francisco: «La guerra en la obra de Don Juan Manuel», en J.E. LÓPEZ DE COCA (ed.), *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V Centenario de la Conquista*. Servicio de Publicaciones de la Diputación de Málaga, Málaga, 1987, p. 55.

¹³ GARCÍA FITZ, Francisco: «La guerra en la obra...», pp. 55-72.

¹⁴ *Siete Partidas del rey don Alfonso el Sabio (Las)*. Lecoinge y Lasserre, París, 1843.

¹⁵ CERDÁ Y RICO, Francisco (ed.): *Crónica del rey d. Alfonso el Onceno*. Imprenta de D. Antonio de Sancha, Madrid, 1787 (en adelante CAXI).

¹⁶ CATALÁN, Diego (ed.): *Gran crónica de Alfonso XI*. Gredos, Madrid, 1977, 2 vols. (en adelante GCAXI).

¹⁷ *Crónica del rey de Aragón D. Pedro IV, el Ceremonioso, ó del Punyalet, escrita en lemosín por el mismo monarca*, traducida al castellano y anotada por A. DE BOFARULI. Alberto Frexas, Barcelona, 1850 (en adelante CPIV).

2. MARCO POLÍTICO-MILITAR

En agosto de 1350, cuando no habían transcurrido seis meses desde que alcanzara el poder Pedro I se vio aquejado de una grave enfermedad que hizo temer por su vida. En el transcurso de esta, las disensiones entre la nobleza castellana surgieron con fuerza al posicionarse unos por Fernando, infante de Aragón, primo del rey, y otros por Juan Núñez de Lara, señor de Vizcaya, en quien confluían los derechos sucesorios de los infantes de la Cerda. La pronta recuperación del rey no evitó los primeros problemas y Juan Núñez dejó la corte enemistado con Juan Alfonso de Alburquerque, cabeza visible de la otra parcialidad y que actuaba como favorito real, en su condición de antiguo ayo del joven soberano. Aunque Juan Núñez murió pronto, su familia y sus aliados sufrieron las consecuencias. El señorío de Vizcaya quedó a disposición de la Corona mientras que Garci Laso de la Vega y Alfonso Ferrández Coronel fueron presos y ejecutados.

Entretanto en 1352 habían comenzado las disensiones con su hermano Enrique que se prolongaron hasta el final del reinado. Durante cuatro años Pedro I tuvo que lidiar con un fuerte partido nobiliario en el que se posicionaron los principales personajes de Castilla como Juan Alfonso de Alburquerque, sus primos los infantes de Aragón, sus medio hermanos Enrique y Tello y, hasta, su propia madre María de Portugal. La excusa era el trato vejatorio que sufría Blanca de Borbón, esposa de Pedro I, pero la realidad era la ambición desmedida de una nobleza que quería recuperar un poder que Alfonso XI había desplazado hacia las instituciones administrativas del reino controladas por la monarquía.

El fin de la revuelta nobiliaria con la muerte y el exilio de la mayoría de sus integrantes no significó la tranquilidad para una Castilla inmersa en una fuerte crisis humana y económica consecuencia de la Peste Negra que había arrasado la Península. Apenas habían pasado tres meses de su triunfo cuando el carácter belicoso de Pedro I se desvió hacia Aragón. Su rival fue Pedro IV, el Ceremonioso, su antítesis política en cuanto monarca maduro y experimentado, poco dado a los excesos de la guerra y conecedor de los resortes diplomáticos como nadie. El conflicto que los enfrentó se conoce, como no podía ser de otra manera, como guerra de los dos Pedros y se prolongó, con diversas pausas desde 1356 hasta 1366. La más importante fue consecuencia de la paz de Deza-Terrer y se prolongó entre mayo de 1361 y junio de 1362. Este breve intermedio no se tradujo en un respiro para una Castilla agotada por el esfuerzo bélico, y de hecho la paz estuvo forzada por la creciente amenaza que en la frontera andaluza suponían los ataques nazaríes. Resuelto este peligro momentáneo, Pedro I rompió las paces ocupando extensas zonas en Aragón y Valencia.

En 1366 la guerra se trasladó a Castilla con la entrada de Enrique de Trastámara apoyado en un fuerte ejército compuesto en su mayor parte de mercenarios que habían quedado sin trabajo tras la firma en 1360 del tratado de Bretigny entre franceses e ingleses. Pedro I se vio obligado entonces a solicitar la ayuda de Eduardo de Woodstok, más conocido como el Príncipe Negro, heredero del trono inglés. Se solapaban así tres conflictos: la pugna por el trono entre Pedro I y Enrique de Trastámara, el conflicto por la hegemonía peninsular entre los dos Pedros y la guerra que desde hacía treinta años enfrentaba a Inglaterra y Francia. Tras un primer éxito anglocastellano en Nájera (1367), las desavenencias entre Pedro I y Eduardo derivaron en la ruptura del acuerdo y el triunfo final de Enrique de Trastámara que asesinó a su hermano en Montiel el 23 de marzo de 1369.

Este es a grandes rasgos el panorama político-militar de Castilla en esos diecinueve intensos años del reinado de Pedro I que le valieron los sobrenombres de Cruel o Justiciero, según fueran sus detractores o partidarios quienes se lo otorgasen. Apenas unos breves intervalos de pocos meses sirvieron de descanso para Castilla entre un conflicto y otro. En un primer momento sus tierras y ciudades se vieron continuamente en peligro por los excesos cometidos por una clase nobiliaria atenta solo a sus propios intereses y que recorría todo el país acompañada de un numeroso cortejo de hombres armados que vivían sobre el terreno. Estas requisas y confiscaciones, cuando no destrucciones y robos directamente, dieron paso en los años siguientes a exacciones gravosas y otras exigencias para sufragar la guerra en Aragón minando la economía castellana. Esta recibió el golpe de gracia a partir de 1366 con la guerra civil cuando los ejércitos de ambos hermanos, reforzados con guerreros extraños e indiferentes a la suerte de la población civil, camparon a sus anchas por el reino.

3. GUERRA LEGÍTIMA. LA DEFENSA DE LA HONRA

Don Juan Manuel es conocedor de que todo conflicto armado conlleva sufrimientos tanto para las tropas implicadas como para los civiles que ven sus territorios inmersos en una situación no buscada, por ello su primer impulso le hace renegar de la guerra¹⁸.

«Señor infante, segund dizen los sabios todos, y es verdat, en la guerra ay tantos males que non solamente el fecho, más aun el dicho, es muy espantoso,

¹⁸ Estaríamos ante una ley natural que también atañe a los animales, estos se respetan entre sí y no se hacen daño salvo con una excepción: el hambre (GARCÍA FITZ, Francisco: «La guerra en la obra...», p. 64). Si los hombres quedaban excusados de su cumplimiento en defensa de su honra, los animales pueden hacerlo para asegurar sus necesidades vitales: «Otrosí, las animalias, quando comen a otras que non son de su linage, non matan sinon lo que an mester, et eso mismo las que comen yerbas» –LE, cap. xxv–.

et por palabra non se puede dezir quánto mal della nasçe et por ella viene. Ca por la guerra viene pobreza et lazeria et pesar, et nasçe della desonrra et muerte, et quebranto et dolor, et deservio de Dios et despoblamiento del mundo, et mengua de derecho et de justia» –LE, cap. LXX–.

Conforme a esta visión opuesta a la violencia sin sentido, en otros apartados de su obra aboga por el respeto de los civiles y lo que es más loable desarrolla su argumentación tomando como ejemplo a las víctimas musulmanas. Aunque enemigos de la fe, son merecedores de un trato justo y carga las tintas contra aquellos malos cristianos cuyo único objetivo es el lucro personal o la satisfacción de sus más bajos instintos. El amparo de la fe y la propia seguridad de las tierras fronterizas eran consideradas las únicas excusas válidas para entablar la guerra contra los musulmanes. El beneficio económico que pudiera conseguirse de una cabalgada en tierras granadinas solo se justificaba como un modo de debilitar al enemigo además de una recuperación de los caudales invertidos en la empresa.

«Ca los que allá van robando et forçando las mugeres et faziendo muchos pecados et muy malos, et mueren en aquella guerra, nin aún los que van solamente por ganar algo de los moros, o por dineros que los dan, o por ganas de fama del mundo, et non por entención derecha et defendimiento de la ley et de la tierra de los christianos, éstos, aunque mueren, Dios, que sabe las cosas escondidas, sabe lo que a de seer destos tales» –LE, cap. LXXVI–

Don Juan Manuel considera así preferible asumir cuantas adversidades le sucedan a uno antes que iniciar un enfrentamiento del cual pueden resultar más males de los que se pretenden evitar, pero también es un hombre realista y sabe que la vida le puede poner en numerosos trances en los cuales no le quedará otra alternativa que el uso de la violencia.

«Lo primero, que la comiençe con derecho, et non lo pudiendo nin viendo escusar, et pesándol mucho de coraçón, porque non se puede escusar de reçeibir grandes daños et feridas muchas, que son sin culpa; ca Dios, que es derechurero, le ayudará en quanto oviere la guer[r]a... Él le guisará que salga ende con onrra et con pro» –LE, cap. LXXIX–.

En la cita ya se adelanta el concepto principal sobre el que se sostiene el entramado de la guerra justa: la defensa del honor¹⁹, lo que aparece más explícito en otras partes del tratado²⁰:

¹⁹ Sobre el honor en la actuación militar de Alfonso XI puede consultarse ARIAS GUILLEN, Fernando: «Los discursos de la guerra en la *Gran Crónica de Alfonso XI*», en *Miscelánea Medieval Murciana*, n.º 31, 2007, pp. 17-18.

²⁰ En otras obras de don Juan Manuel se desarrolla esta cuestión dando paso a otros justificantes como la necesidad extrema y la defensa propia o de la fe cristiana (GARCÍA FITZ, Francisco: «La guerra en la obra...», pp. 64-70).

«Et por ende, deve omne escusar quanto pudiere de non aver guerra. Et todas las otras cosas deve omne ante sofrir que començar guerra, salvo la desonra; ca non tan solamente la guerra, en que ha tantos malos, mas aun la muerte, que es la más grave cosa que puede seer, deve omne ante sofrir que pasar et sofrir desonra, ca los grandes omnes que se mucho preçian et mucho valen, son para seer muertos mas non desonrados.

... ..

Et don Johan dizía que fasta que oviese emienda del mal que reçibiera et fincase con onra que lo non faría; ca lo quel pasava con los suyos, o que perdía, o quanto mal le benía, que todo era daño o pérdida, mas non desonra; et que ante quería sofrir todo lo ál que la desonra, et que él se tenía por uno de los que eran para ser muertos, mas non desonrados» –LE, cap. LXX–.

Don Juan Manuel pone un *exemplo* en su propia rebelión contra Alfonso XI de Castilla. Una acción de tal calibre venía motivada por la ruptura en 1326 del acuerdo matrimonial entre el monarca castellano y su hija Constanza. No obstante, y aunque lo disfraza como un asunto de honra, que existe, en el fondo el conflicto es básicamente político²¹. Sin esta alianza real don Juan Manuel se veía en riesgo de perder su posición e, incluso, su propia vida como ya había sucedido con otro noble no menos poderoso como Juan el Tuerto, señor de Vizcaya. Se presenta a sí mismo abandonado por todo el mundo, sin más apoyo que el de sus vasallos, muchos de los cuales incluso andaban un tanto renuentes de enfrentarse al rey; por contraposición su rival contaba con la alianza de sus homólogos de Portugal y Aragón. A pesar de estas circunstancias adversas, don Juan Manuel consiguió un acuerdo bastante favorable, justificado siempre en la defensa de su honra:

«Et lo uno, por quanto fizo por guardar su onra, et lo ál, porque se tovo Dios con él, en quien él avía toda su sperança quel defendría, por el derecho que tenía, guisólo así, que ovo paz con el rey, la más onrada que nunca se falla por ninguna fazaña que la oviese omne en España.

Et así los enperadores, et aun todos los grandes señores, la cosa del mundo por que mas debe[n] fazer es por guardar su onra. Et quando por esto les acaesçe de aver guerra, conviene que faga[n] muchas cosas para se parar a ella» –LE, cap. LXX–.

La excusa de la honra defendida por don Juan Manuel implica mayoritariamente actuaciones de carácter político y militar siguiendo la identidad

²¹ El entorno político de esos momentos que acabó degenerando en guerra entre el rey y don Juan Manuel y Álvaro Núñez de Lara puede verse en SÁNCHEZ-ARCILLA BERNAL, José: *Alfonso XI 1312-1350*. Diputación Provincial de Palencia. Palencia, 1990, pp. 130-145.

monarca-reino que se da en la Edad Media. No está solo en ello, el propio Papado al asumir el *Decreto* de Graciano estaba admitiendo la guerra como una actuación defensiva contra las agresiones externas y siempre como solución extraordinaria ante el fracaso de los cauces diplomáticos. Las causas que se admitían como justas y que podían devenir en una guerra estaban muy limitadas: defensa de la religión, protección del reino, recuperación de bienes y territorios perdidos y venganza de una injuria²². Lo cierto es que don Juan Manuel por mucho que justifique la guerra recurriendo a conceptos morales se le escapa en alguna ocasión una razón paralela más mundana, incluso más importante como de hecho la coloca en primer lugar en otro párrafo: la venganza —«et cuánto se deven fazer por se vengar et por levar su onra adelante», LE, cap. LXXIII—. Es una venganza, pura y dura, sin matices, pretende causar al enemigo cuantos daños se pueda para que a través de este correctivo no vuelva a pensar en actuar en su contra. La mera satisfacción personal e intangible del triunfo para ser completa tiene que ir acompañada de un daño real infligido al contrario.

La salvaguarda de la honra o la venganza de una injuria, como expresiones sinónimas, son tan genéricas que dejan abierta la posibilidad de ser interpretadas con enorme ligereza por nobles y reyes más cercanos a la dialéctica de la espada que a la de las ideas. Cualquier ofensa por nimia que fuera podía acabar por ser alegada y agrandada hasta constituirse en un *casus belli*. En el diplomático de Pedro I se conserva la carta enviada en 1356 (agosto, 8) a Pedro IV de Aragón defendiendo el robo de una nave mallorquina por parte de unos vizcaínos. El argumento es simple: los aragoneses habían actuado anteriormente de manera similar contra los castellanos, así que lejos de una agresión estaríamos ante una réplica adecuada a una ofensa previa por lo que se declara enemigo suyo «como deuemos et a nuestra honrra pertenesçe»²³.

En una obra como la crónica de Ayala con un fuerte componente propagandístico en favor de Enrique de Trastámara y, consecuentemente, contrario a Pedro I, la justificación de las acciones del rebelde y sus seguidores se pone siempre en relación con la defensa de su honra y siempre con Dios a su lado como avalista hasta formar una dupla inseparable²⁴.

²² GARCÍA FITZ, Francisco: *Guerra e ideología: justificaciones jurídicas e ideológicas*. Sílex Ediciones. Madrid, 2004, pp. 23-84.

²³ DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente: *Colección documental de Pedro I de Castilla 1350-1369*, vol. 3. Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura. Valladolid, 1997, doc. 989.

²⁴ La presencia de Dios es, con toda lógica, aún más clara en el caso de los conflictos con los musulmanes donde Dios toma incluso las armas contra los enemigos de la fe: «Lo primero que todos los christianos que quieren ir contra los moros deven poner toda su esperanza en Dios, et creer firmemente que el vençer et el poder de todas las cosas, et señaladamente de las lides, como ya desuso es dicho, que todo es en Dios, et acomendarse a El et pedirle merced qu'El endereçe aquel fecho al su servicio... Et esto todo es en la merced et la piadat de Dios... Et Dios, por qui ellos lidian, lidiará por ellos et serán siempre vençedores» —LE, cap. LXXVI, pp. 225-226; vid. también caps. LXXVII, LXXVIII y LXXIX, pp. 230-231, 234 y 235—.

Iniciada una guerra como único remedio posible para recobrar la honra, el éxito llegará solo si Dios, como árbitro supremo, considera que le asisten la razón y el derecho²⁵.

Ambos conceptos están presentes a lo largo de toda la guerra de los dos Pedros y muy particularmente al comienzo de esta en 1356. Según la crónica el detonante había sido el ataque pirático realizado por una flotilla aragonesa en tránsito hacia Francia contra dos naves de mercaderes de Piacenza que estaban atracadas en el puerto de Sanlúcar de Barrameda. Enterado Pedro I del hecho exigió de Francesc Perellós, capitán aragonés, que dejara libres las mercancías tomadas al hallarse en un puerto castellano y bajo su protección: «e le requirieron, que pues aquellos bajeles estaban en su puerto, que non los quisiere tomar: otrosí que lo dexase de facer por honra dél, pues estaba presente» –CPI (1356, VII)–. Sin embargo, este rechazó la petición real alegando que se trataba en realidad de bienes de la república genovesa con la que su rey estaba en guerra y procedió a su venta inmediata antes de partir con celeridad. Pedro I envió su embajador ante el rey aragonés exigiendo el resarcimiento de esta ofensa²⁶ mediante la entrega de Perellós: «e le catara pequeña honra e poca vergüenza, aviéndole enviado requerir que lo non quisiese facer: por lo qual el rey enviaba requerir al rey de Aragón que le quisiese facer entregar aquel capitán suyo que esta deshonra le avía fecho» –CPI (1356, IX)–. El monarca aragonés aparece retratado por López de Ayala como un personaje astuto que atiende las peticiones castellanas y se muestra dispuesto a cumplirlas, pero que no concreta nada. Con buenas palabras da largas al asunto sabiendo que no puede ceder y aunque quisiera tampoco puede hacerlo con la inmediatez que se le exige. El embajador castellano, Gil Velázquez de Segovia, viendo fracasada su misión transmitió a continuación el desafío de su rey con el que

²⁵ Las *Partidas* 2,23,2 se manifiestan en términos muy similares: «Mover guerra es cosa en que deben mucho parar mientes los que la quieren facer ante que la comiencen porque la fagan con razon et con derecho: ca desto vienen grandes tres bienes: el primero que ayuda Dios mas por ende á los que asi la facen...».

²⁶ Lo cierto es que los ánimos ya estaban soliviantados entre ambos Pedros pues veían como cada uno se inmiscuía constantemente en los asuntos internos del otro: «el rey de Aragón por el favor que los infantes don Fernando y don Juan sus hermanos y notorios enemigos hallaban en el rey de Castilla, y el de Castilla por el mismo caso, por haberse recogido a estos reinos don Enrique conde de Trastámara y don Tello señor de Vizcaya, sus hermanos, y los caballeros que los seguían» (ZURITA, Jerónimo de: *Anales de la Corona de Aragón*, en A. CANELLAS LÓPEZ (ed.). Imprenta de Octavio y Félez, Zaragoza, 1967-1977, lib. IX, cap. I –en adelante *Anales*–). A pesar de la gravedad de estos hechos, se trataba de conspiraciones medio ocultas, hacia falta algo más real y tangible que todo el mundo pudiera valorar e identificarse a continuación con su soberano. Este *casus belli* que hace detonar todo el conflicto es la actuación de Perellós, que no fue tan nimia como relata Pero López de Ayala y si seguimos el relato de Zurita el catalán continuó con sus actividades depredatorias a lo largo del Guadalquivir y la costa atlántica castellana y las retomó en Galicia.

se da por declarada la guerra entre ambos reinos. A Pedro IV no le quedaba otra opción que poner su confianza en Dios para que le ayudase en los difíciles momentos que se avecinaban: «que non avía justa razón contra él para le desafiar, e que lo dexaba todo en juicio de Dios» –CPI (1356, X)–.

Tres años después el cardenal Guido de Bolonia fue enviado para lograr una tregua entre Aragón y Castilla. Tras una primera entrevista con Pedro IV obtuvo de este un compromiso de sujetarse al dictamen de Dios: «e si ál quisiere facer, yo lo dexo todo en el poder e ordenanza e justicia de Dios» –CPI (1359, V)–. Después de hablar con Pedro I, retornó el cardenal a Calatayud donde continuó sus trámites con el rey aragonés. En esta segunda ronda de conversaciones aparece de nuevo la honra como principio inexcusable que debe quedar a salvo. La entrega de Perellós se hace imposible porque «non es derecho que así le fuese entregado, ca sería gran deshonor de la Corona de Aragón, que ningund otro pudiese facer justicia en los mis súbditos, si non yo» –CPI (1359, V)–. Surge entonces un problema añadido al haber no una, sino dos honras en juego, las de ambos monarcas, que deben salvaguardarse. Pedro I se siente afrentado por la actuación de Perellós y quiere castigarle, pero Pedro IV no puede entregárselo pues quedaría a su vez mancillado. El acuerdo se vuelve así más complicado ya que los dos Pedros deben aparecer ante sus naturales como iguales o vencedores del pulso, nunca como perdedores. En las reuniones que tuvo el cardenal con Pedro IV y sus asesores, uno de ellos Bernardo de Cabrera le propuso unas conversaciones *tête á tête* entre él y Juan Ferrández de Henestrosa, camarero mayor y hombre de confianza de Pedro I, para alcanzar unas treguas: «e que fiaba en Dios, que ayuntándose en uno él e Juan Ferrández, catarían maneras como concordasen a los reyes sus señores e a sus honras» –CPI (1359, VII)–.

Más de lo mismo se comprueba en el relato de los hechos de 1367, durante los momentos previos a la batalla de Nájera. El Príncipe de Gales, creyéndose obligado a actuar como mediador entre ambos hermanos, hizo un último intento para llegar a un acuerdo con Enrique de Trastámara y evitar el derramamiento de sangre. En la misiva que le envió por medio de un faraute justificaba su presencia en la defensa de la honra de Pedro I: «e enviónos mandar que con todos sus vasallos e valedores, e amigos que él ha que nos le viniésemos ayudar e confortar, segund cumple a su honra: por la qual razón nos somos llegados aquí» –CPI (1367, X)–. Se comprometía el príncipe inglés a interceder ante el monarca castellano para conseguirle al Trastámara un estatus en Castilla adecuado a su real persona.

En la respuesta que le dio el pretendiente castellano, este dejó de lado su propio honor y situó en lugar preferente el de todos los castellanos y leoneses. Don Enrique no podía alegar como causa de su alzamiento la defensa de su propio honor, escasa justificación para actuar contra el rey e intentar despojarle de

su herencia, pero en cambio se hacía garante de castigar a quien había afrentado a sus propios súbditos: «Ca todos los de los regnos de Castilla e de León con muy grandes trabajos e daños e peligros de muertes e de mancillas sostovieron las obras que él fizo fasta aquí, e non las podieron más encobrir nin sofrir» –CPI (1367, XI)–. Reforzando la validez de este argumento no dejó de recalcar la predisposición divina en favor suyo:

«E Dios por su merced ovo piedad de todos los de estos regnos, porque non fuese este mal cada día más..., Dios dio su sentencia contra él que él de su propia voluntad los desamparó e se fue. E todos los de los regnos de Castilla e de León ovieron dende muy grand placer, teniendo que Dios les avía enviado su misericordia para los librar del su señorío tan duro e tan peligroso como tenían... Por tanto entendemos por estas cosas sobredichas que esto fue obra de Dios: e por ende, pues por voluntad de Dios e de todos los del regno nos fue dado» –CPI (1367, XI)–.

4. DIOS Y LOS HOMBRES

Este papel de Dios como rector de los hechos de los hombres se hace patente a lo largo de la crónica. Los toledanos alzados en 1354 contra Pedro I por el trato dispensado a la desgraciada reina doña Blanca esperaban llevar a buen término sus actos «con la ayuda de Dios» –CPI (1354, XXVI)–. En los momentos finales del reinado, el fracaso ante Córdoba de los moros granadinos aliados de Pedro I que habían estado a punto de tomarla fue celebrado con grandes alegrías por toda la ciudad «ca fiaban en la merced de Dios» –CPI (1368, IV)–. Efectivamente, Dios se hacía presente y actuaba a favor de quien consideraba más adecuado a sus inescrutables designios. Así el cronista afirma en varias ocasiones la indudable intervención divina a favor de Enrique de Trastámara. Es el caso de un extraño suceso que podría haber puesto fin a la disputa fraterna ya en 1360 y en el que incomprensiblemente Pedro I optó por una decisión sorprendente. Enrique de Trastámara había entrado en Castilla acompañado por un fuerte contingente de exiliados castellanos y fuerzas aragonesas. Tras unos primeros éxitos que incluyeron la toma de Nájera, fue derrotado por Pedro I y obligado a refugiarse en esta villa donde su situación se estaba volviendo muy peligrosa pues «si el rey porfiara de los cercar, non tenían manera de se defender». Pedro I renunció a esta favorable coyuntura y se retiró a Santo Domingo la Calzada.

«E como quier que todos los más de los suyos le decían e consejaban que cercase al conde e avría fin esta guerra, non fue voluntad de Dios que se ficiese, e el rey nunca lo quiso facer, nin le placía deste consejo. E esto era como decimos voluntad de Dios que el conde non fuese tomado, segund lo que después pareció, e quiso Dios ordenar dél» –CPI (1360, X)–.

El deseo divino de salvar a don Enrique se reitera en el capítulo siguiente de la crónica cuando Pedro I dejó expedito el camino y no obstaculizó su retirada²⁷. Obviamente algo debía ocurrir en el ejército de don Pedro para actuar por dos veces de forma tan extraña. Probablemente su victoria había sido pírrica y no disponía de suficientes fuerzas, ni para tomar la villa, ni para asegurarse un nuevo triunfo en campo abierto. Optó por la prudencia y ello le valió al cronista para introducir una intervención divina a favor de don Enrique.

Solo una vez el cronista manifiesta de forma expresa la intervención de Dios a favor de Pedro I. En 1364 una tempestad se desató con tremenda furia frente a las costas de Cullera donde estaba la flota castellana. La situación se estaba tornando crítica y se corría el riesgo de que los barcos fueran empujados contra la costa donde estaba situado el ejército aragonés presto a terminar el trabajo de la naturaleza. La galera real era la que se encontraba en peor situación, había roto ya tres cables y una solitaria ancla la mantenía aún fija al fondo del mar. Si se perdía esta última el viento haría de la embarcación lo que quisiera y la lanzaría finalmente a la costa. La situación debió ser tan complicada que hasta Pero López de Ayala no puede salvo recurrir a Dios para explicar este favorable guiño del destino a favor de Pedro I: «Dios quísole ayudar, e la hora del sol puesto amansó el viento, e cesó la tormenta» –CPI (1364, IV)–.

Incluso las desgracias que acaecían a los miembros de la familia real no tenían otra justificación que la voluntad divina. La muerte de Alfonso XI y el inmediato levantamiento del cerco de Algeciras fue voluntad de Dios quien envió la peste que asoló la Península por esos años y más concretamente el campamento cristiano establecido frente a Gibraltar: «fue voluntad de Dios que recresciese pestilencia de mortandad en el real del rey don Alfonso» –CPI (1350, I)–. Desoyendo los consejos de sus caballeros el rey persistió en el sitio con lo que finalmente resultó fatal para su persona «e fue voluntad de Dios que el rey adolesció, e ovó una landre, de la qual finó» –CPI (1350, I)–.

Estas manifestaciones de Dios como juez de los hechos humanos se hacen aún más evidentes cuando nos ceñimos al propio desarrollo del enfrentamiento bélico²⁸: «Ca, segu[n]d desuso es dicho, çierto es que el vençer

²⁷ «E como diximos ante desto, era voluntad de Dios que non se ficiese más; ca verdaderamente el conde, e los que con él eran iban perdidos, si el rey los siguiera, e non pudieran escusar de se perder» –CPI (1360, XI)–.

²⁸ Con carácter general vid.: ALLMAND, Christopher, *La Guerra de los Cien Años. Inglaterra y Francia en guerra, c. 1300-c.1450*. Crítica. Barcelona, 1990, p. 85; PARTNER, P., *El dios de las batallas. La guerra santa desde la Biblia hasta nuestros días*. Oberón, Madrid, 2002; ROJAS GABRIEL, Manuel, «El riesgo de la batalla (c. 950 – c. 1250). Muerte y cautiverio en combate campal», *La guerra en la Edad Media: XVII Semana de Estudios Medievales, Nájera, del 31 de julio al 4 de agosto de 2006*, en B. CASADO y J.I. DE LA IGLESIA (coords.). Instituto de Estudios Riojanos. Logroño, 2007, p. 273.

todo es en Dios, et con la su voluntad, et así conviene que sea fecho» –LE, cap. LXXII–. Una cita aún más diáfana se contiene en la crónica de Pedro IV: «...car èll, per dubte de la guerra injusta quens fèhia, nòs gosava aventurar de entrar en batalla ab Nos, dubtant de la punició de Dèu qui es jutge y senyòr de les batalies» –CPIV, p. 346–. En un asunto tan mundano como es la guerra, asistimos a una traslación de los procedimientos de desafío que aún perduran en los ordenamientos jurídicos de la Península tanto referidos a las clases nobiliarias (desafío para devolver la amistad antigua)²⁹ o municipal (desafío como fase previa al duelo)³⁰. Este desafío militar, ya esbozado al relatar los sucesos de Sanlúcar, consta así de varias fases: solicitud de desagravio → negativa → desafío → guerra → intervención divina, que son las mismas que se encuentran recogidas en el *Libro de los estados*:

«Et pues Dios es derechurero, forçadamente conviene que se tenga con el que tiene derecho, et quel ayude, et non deve ninguno fiar nin atreverse en su poder nin en su entendimiento nin en su esfuerço, que todo es nada sinon lo que Dios quiere. Et así todo lo deve poner en su merçed et guisar que lo faga con derecho.

[Et] aún, por haber más a Dios por sí, deve rogar et afrontar a aquel con qui cuida aver la guerra o la contienda, quel quiera desfazer el tuerto et el yerro quel tienen fecho, et quiera aver paz con él, mostrándol todas las buenas razones que pudiere por que lo deve fazer. Et si gelo emendare como deve a su onra, déve[ll] plazer et tomar la emienda, et gradesçer mucho a Dios porque quiere que aya paz a su onra. Et si esto non li valiere, entonçe deve començar la guerra» –LE, cap. LXXI–.

Como consecuencia de esta visión jurídica la guerra es una sucesión de ordalías, una por cada enfrentamiento entre los contendientes³¹. Su resolución como la de un litigio procesal entre particulares acaban resolviéndose por la violencia y así lo que en el ámbito privado es una lid entre campeones resuelta en un sitio concreto y que se prolonga no más allá de tres días³², deviene ahora

²⁹ OLIVA MANSO, Gonzalo: *Pugna duorum: perfiles jurídicos. Su manifestación en la sociedad y la política medieval de Castilla y León*. Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Madrid, 2000, pp. 161-210.

³⁰ *Ibidem*, pp. 211-320.

³¹ La relación entre ordalía y guerra, específicamente en las Cruzadas, ha sido tratada por ARIAS GUILLÉN, Fernando: *op. cit.*, pp. 12-14. Vid. también STRICKLAND, Matthew: «Provoking or Avoiding Battle? Challenge, Duel and Single Combat in Warfare of the High Middle Ages», en M. STRICKLAND (publ.), *Armies, chivalry and warfare in medieval Britain and France: proceedings of the 1995 Harlaxton Symposium*, Paul Watkins, Stamford, 1998, p. 317.

³² Los pormenores del combate judicial en los distintos procedimientos y ámbitos jurisdiccionales en los que puede utilizarse pueden consultarse en OLIVA MANSO, Gonzalo: *Pugna duorum...*, pp. 195-199, 287-304 y 417-422.

en un conflicto armado que implica un número considerable de personas que batallan por su rey y que se extiende a lo largo del espacio y el tiempo. Varían el tamaño de las variables implicadas, pero la naturaleza última del suceso es la misma, conseguir que Dios manifieste su voluntad en una controversia humana ante la imposibilidad de que las partes lleguen a un acuerdo³³.

Esta presencia divina se hace presente así en numerosos acontecimientos militares relatados en la crónica, especialmente cuando se trata de una batalla campal. Desde el momento en que se ha dado la orden de combate esta se convierte en un evento cuyo resultado es absolutamente impredecible. La batalla queda así configurada como último recurso³⁴, especialmente cuando se dispone de menos recursos que el enemigo³⁵. El choque directo debe evitarse y solo aceptarlo cuando no queda otra alternativa³⁶, lo

³³ En ocasiones Dios también muestra su postura y hace justicia sin haber sido expresamente invocado. Es el caso de Juan Núñez, maestre de Calatrava que depuesto de su cargo por Diego García de Padilla fue al poco asesinado por orden de este. Este aciago suceso en el que el mismo Pedro I negaba su participación no causó las repulsas que otros hechos semejantes pues algunos veían en él un justo castigo por su comportamiento anterior: «E decían algunos que el dicho maestre don Juan Núñez fuera en deponer del maestrazgo al maestre de Calatrava don Garci López que le freylara, e que así venían los juicios de Dios» –CPI (1354, II)–.

³⁴ GARCÍA FITZ, Francisco: «La batalla en la Edad Media. Algunas reflexiones», en *Revista de Historia Militar*, n.º 100, 2006, pp. 97-98.

³⁵ En una carta de 1357 (febrero, 24) remitida por Pedro el Ceremonioso a su tío Pedro de Ribagorza le comentaba su decidida intención de entablar batalla contra Pedro I. Exponía varias de las razones que le movían a ello: los precedente de reyes aragoneses triunfando ante oponentes muchos más poderosos, la bisoñez del rey castellano y el escaso apoyo que habían de darle muchos de sus nobles, pero sobre todo la ausencia de medios materiales con los que contaba y que solo podría reunirlos cargándolos sobre unos súbditos ya de por sí explotados. Con todo ello alegaba que era mejor poner el asunto en manos de Dios (GUBERN, Román: *Epistolari de Pere III*. Editorial Barcino, Barcelona, 1995, doc. 20).

³⁶ No estamos ante un axioma. El desenlace de algunas campañas se resolvió a través de una o varias batallas. Guillermo I se jugó el todo por el todo de su intervención en Inglaterra en la batalla de Hastings (1066) y Carlos de Anjou hizo lo propio en Benevento (1266) y Tagliacozzo (1268). La cruzada cátara aún con numerosos casos de lucha de posiciones tuvo sus momentos decisivos en los encuentros de Castelnaudary (1211) y Muret (1213). Vid. MCGLYNN, Sean: *A hierro y fuego: las atrocidades de la guerra en la Edad Media*, Crítica, Barcelona, 2009, pp. 152-153.

En el ámbito castellano el ejemplo supremo es la batalla de Las Navas de Tolosa. La toma de Salvatierra por los almohades auguraba para Castilla un peligro tan grave como el de los años 1196-1197 que siguieron a la derrota de Alarcos. El cónclave inmediato concluyó con la decisión real de ir a enfrentarse con los musulmanes y «comprobar la voluntad del cielo en el peligro del combate» (JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo: *Historia de los hechos de España*, Introducción, traducción, notas e índice de J. FERNÁNDEZ VALVERDE. Alianza Editorial, Madrid, 1989, libro VII, cap. XXXVI, p. 305). Un completo estudio acerca de este caso puede consultarse en: GARCÍA FITZ, Francisco: «Las Navas de Tolosa y el paradigma bélico medieval», en C. ESTEPA y M^a Antonia CARMONA (coords.), *La Península Ibérica en tiempos de Las Navas de Tolosa*. Sociedad Española de Estudios Medievales, Madrid, 2014, pp. 17-52.

que se interpreta como una primera expresión de la voluntad divina, y entonces aceptar esta tesitura en la que le ha puesto y afrontarla con todas sus consecuencias como el juicio de Dios que es.

«... et dévese guardar quanto pudiere de non lidiar con gente de aquel con quien a la guerra, porque más le enpeseçría a él perder la gente que al otro. Pero si Dios le troxiere a lugar que en aquel[la] lid se partiese toda la guerra, tal lid non la deve partir en ninguna manera, mas ayunta[r]la quanto pudiere ayuntar. [Et] en otra manera siempre deve guardar la gente et fazer guerra guerriada» –LE, cap. LXX–.

Cuando en 1355 Enrique de Trastámara y sus gentes tuvieron que abandonar Toledo lo hicieron con la intención de enfrentarse con Pedro I a pesar de que su inferioridad era manifiesta «pero con la grand desesperación salieron a tomar el aventura que les viniese» –CPI (1355, VIII)–. Cuando no queda otra opción, cuando la causa y aún la vida ya se ven perdidas solo queda jugárselo todo a una carta y combatir. La complejidad de la batalla es tal que siempre cabe un golpe de suerte: la muerte del caudillo rival, un ataque de pánico en alguna unidad que induce al resto a la desbandada, la llegada imprevista de refuerzos... El caso es que todos los guerreros saben que una vez comienza la batalla el cúmulo de imponderables es tal que no cabe análisis alguno y solo queda confiar en la justicia divina.

A lo largo de la crónica varios de los principales actores: Gil Bocanegra, Pedro IV, Enrique de Trastámara o Eduardo de Woodstock, fian en la divinidad el resultado de sus acciones. En 1359, tras el fallido intento de tomar Barcelona la flota castellana se encontraba en las costas levantinas, en las cercanías de Calpe, donde esperaba la llegada de su oponente aragonesa para entablar el choque decisivo. Sin embargo, en el último momento se conoció que Pedro IV no estaba presente con los suyos por lo que se abrió un arduo debate entre los consejeros de Pedro I sobre la conveniencia de entablar la batalla, con el peligro que suponía para su vida mientras su rival no arriesgaba su real persona³⁷. La única intervención digna de ser transmitida por el cronista es la del almirante Gil Bocanegra, quien desestimó la participación del rey en la batalla dejando que fueran sus caballeros y él el primero, quienes como gentes experimentadas asumieran su papel: «e entiendo con la merced de Dios, e con la vuestra buena ventura que la avré aquí agora con ellos ... e Dios por su merced con la buena justicia que vos tenedes en esta guerra, ayudará a los vuestros» –CPI (1359, XVI)–.

³⁷ La defensa de la vida del rey a cualquier precio durante la batalla ha sido tratada por ROJAS GABRIEL («El riesgo de la batalla...», pp. 279-280).

Reiniciada en 1362 la guerra de los dos Pedros el ejército castellano comenzó sus actuaciones sitiando la ciudad de Calatayud. Los bilbilitanos se vieron sometidos a un fuerte cerco que puso a la ciudad a las puertas de la rendición. Una embajada ante Pedro IV obtuvo de este la autorización para someterse a los castellanos y conservar así vida y bienes. No obstante, el monarca les comunicó la esperanza de que las cosas en el futuro mejorasen notablemente y volvieran a ser súbditos suyos puesto «que él esperaba gente por quien avía enviado: e desde que él oviese ayuntadas todas sus compañías, él entendía ir poner todos estos fechos en la mano de Dios, e que se librase por batalla» –CPI (1362, XII)–.

En 1365, cuando Enrique de Trastámara trataba de ganar para su causa a los castellanos rendidos en Murviedro –actual Sagunto– hacía relación de las importantes fuerzas de que disponía para asumir la corona castellana: castellanos exiliados, aragoneses y compañías de mercenarios; y les pedía se unieran a él pues «si Dios le ayudase a cobrar aquel regno, que él non le quería si non para le partir con ellos» –CPI (1365, III)–. Al año siguiente la posición de Enrique de Trastámara había mejorado sustancialmente, ya no era un simple pretendiente, había sido coronado en Burgos y actuaba a todos los efectos como rey de Castilla. Sus partidarios habían recibido las mercedes y beneficios prometidos que había que reafirmar una última vez en una batalla a dirimir en los meses siguientes y que se presumía decisiva. La reclamación de unos embajadores para que cumpliera las obligaciones con su aliado aragonés quedó pospuesta a que se resolviera finalmente su pleito con Pedro I donde esperaba contar de nuevo con la asistencia divina y «fiaba en Dios que si aquella batalla oviese de ser, que Dios le daría en ella buena ventura» –CPI (1366, XXI)–.

Dos años después, cuando la situación estaba encallada y parecía inminente una batalla definitiva en el encinar de Bañares, los nobles enriqueños aconsejaban a su señor que retuviera sus ánimos y aguantase un poco más fiando en una pronta retirada del ejército anglocastellano a sus bases en la Gascuña. No obstante, estaban prestos a seguir sus órdenes y «todos esperarían la aventura de la batalla: e que fiaban en la merced de Dios que le daría la victoria» –CPI (1367, VI)–. Cuando unos días después fracasaron en Nájera las negociaciones en curso es entonces el Príncipe de Gales quien deja también toda solución en manos de Dios: «todo esto era en la voluntad de Dios como la su merced fuese de facer e que non avía otro remedio si non ponerlo a batalla luego» –CPI (1367, XI)–.

Se pueden situar las tropas de la mejor manera posible, contar estas con el armamento y la preparación más adecuada, aprovechar todas las ventajas que puede dar el terreno, utilizar con acierto toda la información

conocida sobre el enemigo, etc. pero al final es Dios quien dispone a su antojo del destino de los hombres mirando solo la valentía y la bondad de los intervinientes³⁸: «Et dende adelante, fágase lo que Dios toviere por bien; ca fasta este lugar cumple el seso, et dende adelante Dios et los buenos omnes sofridores et de grand vergüença et de grandes coraçones lo an de fazer» – LE, cap. LXXIV–. Este pequeño resquicio que se deja al factor humano durante la batalla tiene que ver con la inteligencia de los capitanes o la fuerza de los soldados, pero sobre todo con sus cualidades morales. Por si no quedara suficientemente claro este punto para sus lectores, Don Juan Manuel reincide al poco sobre lo mismo: «Et commo desuso es dicho, deste lugar adelante non ay otro seso nin otro acabdellamiento, sinon la voluntad de Dios et lo que fizieren los buenos» –LE, cap. LXXIV–. Él es consciente de que el fundamento de su propio estamento está en la defensa de la sociedad por lo que asumir el control divino absoluto supone despojarlo de cualquier legitimidad que justifique sus privilegios. Las habilidades guerreras, potenciadas por sus valores morales, se expresan en el campo de batalla por todos y cada uno de los allí presentes convirtiéndose en la expresión externa de la verdad de su causa que Dios acaba valorando. En definitiva, si son buenos y defienden la causa correcta, Dios estará de su lado. En caso contrario, serán sus rivales quienes gocen de la ayuda divina.

Este papel casi anecdótico de los hombres durante las batallas adquiere mucho más relieve en otros escenarios del drama bélico, situándose casi a la par de Dios. Se acaba de mencionar la necesidad de que los dirigentes posean dos cualidades intelectuales: inteligencia –*seso*– y capacidad de dirección de sus dirigentes –*acabdellamiento*–. Otras varias citas reiteran esta necesidad de contar con hombres preparados para afrontar un conflicto violento³⁹:

«Et pues, faziendo estas cosas, seyendo los suyos menos, puede por estas maneras, ayudándol Dios, vençer sus contrarios, bien devedes entender que si él toviere más et mejores, et fiziere todas estas maestrías, et toviendo derecho, que muy más ligeramente los puede vençer.

.. .. .

³⁸ Acudir a la divinidad es en el fondo el reconocimiento de la imposibilidad de controlar las acciones del ejército una vez que se ha iniciado una carga. El choque subsiguiente con miles de hombres mezclados en una *melée* sangrienta y enzarzados en una lucha desesperada por la vida, combatiendo a su rival cara a cara no es un escenario proclive a la ejecución de variantes tácticas.

³⁹ Don Juan Manuel hombre práctico aferrado a la vida diaria disiente totalmente de San Agustín: «No se busca la paz para mover la guerra, sino que se infiere la guerra para conseguir la paz. Sé, pues, pacífico combatiendo, para que con la victoria aporte la utilidad de la paz a quienes combates» (*Carta 189: A Bonifacio* (http://www.augustinus.it/spagnolo/lettere/lettera_194_testo.htm consultado el 27/09/2020).

Pero lo cierto es que todo a de fincar en la voluntad et en la merced de Dios, et en el buen entendimiento et grant esfuerço et grant aperçibimiento del que lo ha de fazer» –LE, cap. LXXIV–.

«Otrosí, en pos esto, la cosa que más le cunplirá para sallir bien della es que faga la guerra muy bien, cueradamente et con grant esfuerço, et con muy grant cruexa además...» –LE, cap. LXXIX–.

Lo que se traduce en tres cuestiones: conocimiento, perseverancia y ausencia de trabas morales. El dirigente de la campaña tiene que ser una persona preparada, conocedora de todo lo relativo a los asuntos bélicos: manejo de información, logística, estrategia, táctica y trato con los subordinados, entre otras muchas aptitudes, pero también ha de ser una persona decidida, con arrojo, que gestione la guerra con todas sus consecuencias hasta la victoria definitiva.

Esta necesidad de contar con personas que tengan un conocimiento profundo de las cosas de la guerra se reitera hasta la saciedad en la Segunda Partida. *Sabidores* es la denominación que rey Sabio da a quienes custodian las fortalezas del reino, compartida con los adalides y los caudillos que guían a las tropas⁴⁰. Más aún, algunos ancianos que por su edad no pueden tomar las armas no tienen excusa para no acompañar al ejército ya que la experiencia que dan sus muchos años es un activo que no puede despreciarse y están obligados a cumplir labores de asesoramiento⁴¹.

A pesar de estas exhortaciones que llenan el *Libro de los estados* y las *Partidas*, la *Crónica de Pedro I* contiene numerosos desatinos y malas

⁴⁰ *Partidas* 2,18,6: «... et sabidor conuiene que sea porque sepa facer et guisar las cosas que conuiniere a guardar et a defendimiento del castiello». *Partidas* 2,18,13: «Sabidoria grande et seso ha meester en defender los castiellos, ca maguer el esfuerço et el ardimiento son muy nobles en sí, pero en las demás cosas ha meester que sean ayudados por seso et por cordura». *Partidas* 2,18,14: «Engeñoso et sabidor seyendo el alcaide, es cosa que se le torna en grant pro para la guarda de su castiello». *Partidas* 2,22,1: «Quatro cosas dixieron los antiguos que deben haber en sí los adalides; la primera sabiduria... Et sabidores deben seer para guia las huestes et saberlas guardar de los malos pasos et peligros: et otrosi deben seer sabidores...». *Partidas* 2,23,4: «Cabdiellos tienen lugar de grant honra, ca sin ellos no se puede facer ninguna cosa acordadamente... onde decimos que por una destas tres cosas deben los homes seer tomados por cabdiellos... mas el tercero que viene por sabiduria, ha mayor honra por fuerza que estos otros dos que diximos, porque tambien aquel que lo es por linage como el otro que lo gana por poderio, si sabidores non son, conviene en todas guisas que tornen a seso et a consejo de aquellos que lo saben facer». *Partidas* 2,24,3: «Almiral es dicho el que es cabdiello de todos los que van en los navios para facer guerra sobre mar... et desi que sea sabidor del fecho de la mar et de la tierra porque sepa lo que conviene de facer en cada una dellas». Otras cuestiones se tratan en *Partidas* 2,23,5; 2,23,8 y 2,23,9.

⁴¹ *Partidas* 2,19,3: «Pero a lo que dize de suso de los viejos que deuen ser escusados non se entiende de aquellos que fuesen tan sabidores que pudiesen ayudar por su seso a los de la hueste».

decisiones que dejan en evidencia la incapacidad de los dirigentes que ni siquiera han leído la tratadística militar del momento. Cierto es que en muchas situaciones las decisiones tomadas son correctas, pero más parecen fruto de la experiencia o lo que es lo mismo de la repetición de conductas ante situaciones similares que de un análisis preciso y pausado del problema que se presenta en cada momento, que siempre va a presentar pequeñas singularidades respecto de otros anteriores. Así pues, para llevar adelante una guerra con garantías de éxito la mejor opción es asegurar que las personas más preparadas, o cuanto menos más experimentadas, estén situadas en los cargos de mayor importancia, pero este presupuesto lógico desde nuestra sociedad actual que fomenta la meritocracia, al menos sobre el papel, estaba arrinconado en la Edad Media. Prevalían otros valores como la lealtad, el nacimiento o la existencia de vínculos personales o familiares con las personas cercanas al poder. El ejemplo más claro es el de Diego García Padilla, mozo de pocos años y al parecer también de escasas luces que debía su cargo, nada menos que el maestrazgo de Calatrava, al hecho de que su hermana María compartía el lecho con Pedro I. No era el más idóneo para tan alto cargo y carecía de la más mínima capacidad para gestionar hombres y medios tanto en la paz como en la guerra. Así se le vio en 1359 como un joven impulsivo y ocioso que puso en peligro su persona y la de sus acompañantes por pasar un rato de asueto –CPI (1359, XVII)–. Pedro I había tomado la ciudad de Alicante, pero no había podido aún apoderarse del castillo de Santa Bárbara que domina la ciudad. Aburrido por la inactividad y por la estancia en la flota, lo que no debía ser del agrado de un joven criado en tierra, el maestre descendió a la orilla acompañado con veinte de los suyos, todos desarmados, para entrenarse por la huerta confiados en que al estar la villa abandonada no corrían peligro. Los aragoneses que lo vieron desde el castillo decidieron aprovechar la coyuntura y cincuenta de a caballo bajaron desde el castillo y fueron en su busca. Sorprendidos los castellanos, no les quedó sino huir de mala manera hasta que pudieron ser reembarcados. El resultado de la «excursión» se saldó con varios muertos. Dos años después obtuvo una trabajada victoria en Linuesa, a pesar de los errores cometidos que no deja de señalar López de Ayala –CPI (1361, VIII)–, y al año siguiente fue contundentemente derrotado en Guadix por los granadinos que llegaron a tomarle prisionero, aunque para su suerte fue liberado al poco por el monarca nazarí deseoso de ganarse el apoyo de Pedro I en sus conflictos internos –CPI (1362, I)–. Tampoco fue toda la culpa suya. En ambas ocasiones estaba acompañado por Enrique Enríquez, adelantado mayor de la Frontera, y este sí era una persona madura y con experiencia, pero aceptó plegarse a las veleidades de su superior.

5. ESTRATEGIA Y TÁCTICA. LA PLANIFICACIÓN DE LA GUERRA Y EL DESARROLLO DE LAS ACCIONES MILITARES

La tradicional opinión que hacía de las campañas militares en la Edad Media un compendio de improvisaciones y decisiones tomadas al albur de los acontecimientos ha sido matizada en las últimas décadas por diversos autores. Así para Contamine «negar, por tanto, la existencia de un arte militar medieval, con sus variaciones y su evolución, es producto, en último término de una simple laguna de información»⁴² y sosteniendo esta afirmación aporta numerosos ejemplos. Las campañas en Sajonia realizadas por Carlomagno, la conquista normanda de Inglaterra o numerosas expediciones de franceses e ingleses durante la guerra de los Cien Años muestran para este autor una preparación y una ejecución detallada⁴³. Como acertadamente dice García-Fitz «aquellos hombres no hicieron sino adaptar su forma de hacer la guerra a los condicionantes económicos, sociales o institucionales de su tiempo»⁴⁴. Un buen ejemplo de ello puede verse en los casi doscientos años de estadía de los cruzados en Ultramar que muestran una constante adaptación a los cambiantes desafíos que se fueron presentando. La improvisación de los primeros momentos dio paso pronto a políticas militares a largo plazo fruto de una análisis cuidadoso y meditado⁴⁵.

Que lo consiguieran es otra cosa. Eduardo de Woodstcok, un militar del máximo prestigio en su época se nos revela con numerosas lagunas, a poco que estudiamos sus decisiones. Se podría decir de él que era un magnífico táctico, pero un mediano estratega, como lo demuestra su brillante victoria en Nájera precedida de un planteamiento general de la campaña que evidencia unos torpes e indecisos movimientos por el norte de Castilla. Tras cruzar los Pirineos y llegar a Pamplona sin mayores problemas, decidió abandonar el Camino de Santiago y pasar a Álava. Aquí se encontró con un tiempo lluvioso y frío que le obligó a parar un tiempo antes de proseguir su camino dando con ello un tiempo vital a Enrique de Trastámara y Du Guesclin para prepararse. Estos estaban situados en los altos de Zaldiarán y desde allí acosaban y destruían cuantas unidades se derramaban en busca

⁴² CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*. Labor. Barcelona, 1984, p. 293.

⁴³ *Ibidem*, p. 283.

⁴⁴ GARCÍA FITZ, Francisco: «¿Hubo estrategia en la Edad Media? A propósito de las relaciones castellano-musulmanas durante la segunda mitad del siglo XIII», en *IV jornadas Luso-Espanholas de História Medieval: As relações de fronteira no século de Alcaninces*, vol. 2. Faculdade de Letras da Universidade, Porto, 1998, p 854.

⁴⁵ ALVIRA CABRER, Martín: «Los francos de Ultramar y el arte de la guerra», en A. ARRANZ, M.ªP. RÁBADE y Ó. VILLARROEL (coords.), *Guerra y Paz en la Edad Media*. Sílex. Madrid, 2013, pp. 469-496.

de vituallas. En esta tesitura se hizo necesario desandar el camino y, por los montañosos pasos de Maeztu y Santa Cruz de Campezo, Eduardo volvió hacia Viana y Logroño⁴⁶.

El caso es que Enrique de Trastámara no le iba a la zaga, hasta el punto de que no se sabe bien como definir en esos mismos momentos al de Trastámara si de valiente, arrojado, inepto o visionario. Eso sí, por lo menos contaba con buenos consejeros, aunque finalmente no pudieron controlar a su impulsivo señor. Estando con su ejército esperando la llegada de su rival recibió una carta del rey de Francia exhortándole a no jugarse su destino en una única jornada si el Príncipe de Gales así se lo ofreciera. Su ejército era muy poderoso⁴⁷, pero su estancia en Castilla no había de prolongarse por mucho tiempo⁴⁸. Del mismo parecer se mostraban Bertrand Du Guesclin y otros caballeros franceses, vasallos del rey de Francia, aunque se mantenían obedientes a la definitiva decisión de su señor castellano. Finalmente, Enrique de Trastámara valoró todas estas opiniones y no se produjo el enfrentamiento previsto. Los trastamaristas mantuvieron su posición en altura y las tropas anglocastellanas no pudieron forzar la posición «por la grand fortaleza que aquel asentamiento del Real tenía» ni conseguir que descendiera a la llanura.

Esta juiciosa postura se continuó en los días venideros manteniendo la iniciativa frente a sus rivales que «non podían pelear con él si non a grand su peoría, nin pasar por allí para ir a Castilla, ca les tenían tomados los puertos de aquella comarca» –CPI (1367, IX)–. Sin embargo, Enrique de Trastámara no pudo aguantar la impaciencia o no quiso esperar a que su propia situación se deteriorara. Finalmente, ambos ejércitos se prepararon para la batalla. El conde de Trastámara contaba con la ventaja del terrero, controlaba el paso del puente del río Najerilla, en esa época caudaloso y profundo, pero desechó la oportunidad y cruzó el río hasta Navarrete con lo que este quedaba a sus espaldas lo que dificultaría su huida en caso de una hipotética derrota⁴⁹.

⁴⁶ El itinerario de ambos ejércitos hasta el lugar definitivo de la batalla de Nájera esta sintetizado en: CASTILLO CÁCERES, Fernando: «Análisis de una batalla: Nájera 1367», en *Cuadernos de Historia de España*, n.º 73, 1991, pp. 119-131 y LERENA GUINEA, Tomás, «La batalla de Nájera (1367)», *La guerra en la Edad Media: XVII Semana...*, pp. 360-364.

⁴⁷ Debía estar pensando en las recientes derrotas de Crécy (1346) y Poitiers (1356) en donde los arqueros ingleses habían aplastado a la orgullosa nobleza francesa.

⁴⁸ «... que con el príncipe de Gales venía la flor de la caballería del mundo: e por ende que desmanase aquella pelea, e ficiese su guerra en otra guisa; ca el príncipe e aquellas compañías non podrían durar mucho en Castilla, e que se tornarían» –CPI (1367, VI)–.

⁴⁹ «... e ovo su acuerdo de pasar el río, e poner la batalla en una grand plaza que es contra Navarrete, por do los otros venían, e fizolo así. E desto pesó a muchos de los que con él estaban, ca tenían primero su Real a mayor ventaja que después le asentaron; pero el rey don Enrique era ome de muy grand corazón, e de muy grand esfuerzo, e dixo que en todas guisas quería poner la batalla en plaza llana sin aventaja alguna» –CPI (1367, XII)–.

El día de la batalla los enriqueistas se situaron detrás de un pequeño cauce que les protegía de un ataque, pero les obligaba a estar de cara al sol. Los ingleses cambiaron su posición, dieron un rodeo al amanecer y se situaron sobre una loma dominando las alturas y en un terreno donde el cauce ya no representaba ninguna dificultad. A partir de ahí la eficacia de sus tropas decantó la batalla a su favor con el resultado de todos conocido⁵⁰. Un desastre completo para Enrique de Trastámara quien vio como sus partidarios quedaron diezmados por la muerte y la prisión lo que ocasionó un freno a sus movimientos en los meses siguientes. Si su posición no se debilitó aún más, se debió a los desaciertos de Pedro I para gestionar la victoria.

El conocimiento del teatro de operaciones se revela así como un factor fundamental a la hora de conseguir el éxito. Las *Partidas* ya se detenían en ello⁵¹ y don Juan Manuel también lo expone claramente en su obra:

«Otro sí, deve tomar quantas ventajas pudiere, así como del sol et del viento, que den a él despaldas et a los otros de cara; et así [si] pudiere, catar el mejor lugar et más a su pro, como de altura et de barranco, o de río et saliente de monte, o tremendal, o qualquier logar por que puedan los suyos ir ayuntados et bien acabdellados et los otros ayan de benir esparzidos» –LE, cap. LXXII–.

A lo largo de la crónica se suceden los errores por una inadecuada planificación y por la toma de decisiones apresuradas desprovistas de toda lógica. Cuando Pedro I encargó al infante don Juan que se apoderara del señorío de Vizcaya, este no las tenía todas consigo y demoraba su entrada en Vizcaya «por quanto la tierra es muy fuerte» –CPI (1355, XIV)– y cuando lo hizo se vio derrotado en dos ocasiones. Su perspicacia inicial se continuó con un sentido común escaso en el momento de emprender las acciones. El ejército de don Juan, formado mayoritariamente por caballeros no podía maniobrar adecuadamente en un terreno montuoso cubierto de bosques, mientas que sus rivales conocedores de las peculiaridades del terreno donde

⁵⁰ El desarrollo de la batalla puede seguirse en: CASTILLO CÁCERES, Fernando: «Análisis de una batalla...», pp. 131-138.

⁵¹ *Partidas* 2,23,7: «Et por ende el cadiello para fazer esto debe siempre catar su meloria, así que quando el estudiere con poca compañía et los enemigos fueren muchos, et entendiere que no se les podrá ir en su salvo, ha de desviar que non lidie con ellos, que cate algunt logar atal en que les pueda fazer daño, así la gravedunbre del logar sea como egualza a la muchedunbre dellos: et si fuere tanta su compañía como la de la otra parte, aun con todo eso no debe dexar de catar su mejoría, de manera que si el sol les diere de cara, que aguise si pudiere como dé á los otros, et si non que sea partido entre ellos, así que todavía venga á los suyos de la parte siniestra et á los enemigos de la diestra. Eso mesmo decimos que debe guardar si ficiere grant viento que les dé en las caras que les embargue la fabla, ó que aduga polvo que les faga daño embargándoles la vista ó encubriéndoles las señales de las armas porque se non puedan conoscer».

vivían supieron aprovecharse de ellas para derrotarles. Los ligeros infantes de las Encartaciones se apuntaron el primer envite⁵², pero lo grave es que don Juan persistió en su incompetencia, debió creer que mudando la vía de entrada en la región, podría encontrar gentes menos belicosas. A los pocos meses entró de nuevo en Vizcaya, esta vez por Ochandiano y el resultado volvió a ser el mismo⁵³. La torpeza del infante don Juan parece ilimitada, no aprende de la experiencia y tampoco parece tener ninguna formación teórica. Si hubiera leído las *Partidas* habría encontrado el consejo exacto para no verse involucrado en tan sonoros fracasos⁵⁴.

La incursión granadina por la comarca jienense de Peal de Becerro que se llevó a cabo en 1361 es un ejemplo de combinación de aciertos y errores garrafales, tanto por los capitanes castellanos como por los granadinos –CPI (1361, VIII)–. Estos obtuvieron un gran éxito inicial y ahí empezaron, paradójicamente, sus problemas. Tan enorme fue el botín conseguido en ganado y cautivos que lastró una retirada que de por sí no hubiera sido demasiado rápida ya que su muy numeroso contingente estaba formado fundamentalmente por soldados de a pie –«seiscientos de caballo, e dos mil omes de pie de moros»–. Los fronteros andaluces en una rápida maniobra en la que habían prescindido de los peones consiguieron llegar al paraje de Linuesa, único vado del río Guadalquivir disponible en la zona, impidiendo la retirada de los granadinos. Estos quedaron copados, ya que estaban situados «en una nava cerrada de peñas» y la única salida pasaba por cruzar el río. La batalla se hacía inevitable, pero aun así no se movieron y decidieron esperar el movimiento de los castellanos. Estos que deberían haber mantenido su posición mientras esperaban la llegada de refuerzos dejaron de lado la prudencia y optaron por la vía más rápida y peligrosa. Sin contar con la asistencia de peones y ballesteros, especialmente estos últimos, asumieron la peligrosa tarea de forzar el vado «tomando mucho afán e mucho peligro, ca los moros de pie tiraban muchos dardos e lanzas e saetas, e defendían quanto podían el paso; e los christianos non tenían omes de a pie, ca non los pudieron seguir». Si la situación se resolvió a favor de los cristianos a

⁵² «... e la tierra es mucho espesa de árboles, e los del infante iban de caballo, e recudieron a ellos gentes de pie de las Encartaciones, e desbaratáronlos» .–CPI (1355, XIV)–

⁵³ «... e los de caballo, que iban por mandado del infante don Juan, fueron desbaratados, e algunos muertos: ca la tierra es muy fragosa, e muy esquivá para la gente de caballo» (*Ibidem*).

⁵⁴ *Partidas* 2,23,7: «Otro si deben seer mucho apercebidos que si fueren a logar do hobiere peones de la otra parte et ellos non los troxieren, que non vayan á ellos á barrera, nin á cabo de sierra nin á mal paso, mas que puñe de los sacar á llano quanto podiere; ca bien asi como los peones han mejoría de los caualleros por las sierras et por los graves pasos, asi la han los caballeros de los peones en el llano por los caballos et por las armas que han de mejoría, et por el lugar que no es enbargoso».

pesar de este dislate fue porque «quiso Dios que los moros fuesen vencidos e muertos». Los granadinos sufrieron una completa derrota y prácticamente todos fueron muertos o capturados.

Ya se ha dejado entrever que tan importante como el choque armado era llegar al mismo en las debidas condiciones. Una vez puesto en marcha el ejército⁵⁵ había que guardar una serie de precauciones, máximas si se trataba de un territorio enemigo, al objeto de evitar emboscadas en un terreno tan montañoso como la península:

«Et quando fuere por el camino o en tierra que aya recelo, deve sienpre enviar adelante de la delantera algunos omnes de cavallo que vayan atalayando et descubriendo la tierra, et eso mismo otros que vengan en pos dellos de çaga, et bien así en las costaneras, porque non puedan aver ningún rebato de que non sean aperçebidos. Et debe guisar que tan çerca vaya la delantera, et la çaga et las costaneras, que se puedan acorrer, si mester fuere. Et debe guardar quanto pudiere de non se meter en puertos nin en xierras, nin en var[r]ancos nin en ríos, nin en otros logares qualesquier que se aya a tener su gente en guisa que se non puedan acorrer los unos a los otros» –LE, cap. LXX–.

Precauciones de este tipo son las que debió tomar Enrique de Trastámara cuando en 1367 y con sus fuerzas reorganizadas intentaba cruzar por el Pirineo aragonés encontrando las resistencias de los comarcanos. Las antaño estrechas relaciones con Pedro IV se habían enfriado, los castellanos habían abandonados todas sus conquistas en Aragón y Valencia y el Ceremonioso había pactado su neutralidad con el Príncipe Negro así que en el nuevo panorama político Enrique de Trastámara podía resultar más un incordio que un aliado. Este entró por Andorra «con grand enojo de muchas gentes de tierra del rey de Aragón, que de cada día le tenían los caminos, e le facían quanto destorvo podían, pero que le non atendían a batalla» –CPI (1367, XXXIII)–. Pasados estos primeros tramos del Pirineo llegó a Arén y Benabarre donde pudo contar con la ayuda de la nobleza aragonesa que sí le consideraba como un amigo a guardar. El cuidado puesto por el rebelde castellano, aunque no se diga en que consistió, ayudó a mantener intacto el ejército con el que afrontó su segunda entrada en Castilla.

Si del ejemplo anterior solo podemos imaginar la actuación de Enrique de Trastámara no es así en un ejemplo de tiempos de Alfonso XI

⁵⁵ Todos los pormenores sobre los desplazamientos militares en GARCÍA FITZ, Francisco: *Castilla y León frente al Islam: estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XII-XIII)*, Sevilla, 1998, pp. 148-156; GARCÍA FITZ, Francisco: «El viaje de la guerra», en J.I. DE LA IGLESIA DUARTE (coord.), *Viajar en la Edad Media. XIX Semana de Estudios Medievales. Nájera, del 4 al 8 de agosto de 2008*. Instituto de Estudios Riojanos. Logroño, 2009, pp. 135-192.

–GCAXI, cap. CXXXVII– donde se sigue literalmente el contenido del *Libro de los estados*⁵⁶. En 1333 el monarca castellano se dirigía hacia Gibraltar, cruzando por Sierra Carbonera mientras era hostigado continuamente por los meriníes, aunque sin excesivos problemas. El momento más complicado estaba por llegar cuando los castellanos tuvieran que descender por las laderas, lo que podía ser aprovechado por sus rivales para atacar en ese momento, cuando contaban con la ventaja de la altura. Ahí estuvo hábil Alfonso XI quien ordenó a su vanguardia avanzar por el llano e instalar su campamento, mientras la zaga permanecía queda en la cumbre y las costaneras a medio camino entre una y otra expectantes ante futuros acontecimientos. Estos se desencadenaron pronto y cuando la retaguardia comenzó el descenso fueron pronto atacados siendo auxiliados por una de las alas que frenó a los musulmanes mientras la zaga se giraba sobre sí misma atacando a su vez.

Igualmente, cuando se hacía una pausa en el camino se destacaban grupos que velaban por el descanso de sus compañeros:

«E desde que llegaron cerca de Cuenca de Tamariz, envió el conde tres de caballo jinetes que estoviesen por atalaya⁵⁷ en un lomo que es entremedias, de do parecía Cuenca. E mandaron a todos que comiesen, e diesen cevada en unas parvas que estaban ay...» –CPI (1354, XXV)–.

Las marchas nocturnas debían evitarse todo lo posible pues las posibilidades de que se perdiera el camino y el ejército acabase en un lugar no deseado eran muy elevadas⁵⁸. No obstante, hay ocasiones en que las necesidades de la campaña obligan a efectuarlas. En este caso la práctica habitual era utilizar un *anafil* o *vozina* y de este modo por medio de sonidos previamente concertados se podían transmitir órdenes y mantener un cierto orden en la oscuridad. No es el único medio utilizado, don Juan Manuel menciona la existencia del *farahón*, un aparato hecho en hierro y en cuyo interior se hacía una lumbre que no podía apagar ni el viento ni la

⁵⁶ Si no fuera porque don Juan Manuel se encontraba en esos momentos rebelde al rey en sus posesiones castellanas podríamos pensar que este habría tomado estos hechos para su libro, pero como también sabemos que el *Libro de los estados* tiene una fecha de redacción entre 1327 y 1332. Solo podemos definir este movimiento como de manual.

⁵⁷ *Partidas* 2,26,10: «Atalayeros son llamados aquellos homes que son puestos para guardar las huestes de día veyendo los enemigos de lueñe quando venieren, de guisa que puedan apercebir a los suyos que se guarden de manera que non resciban daño: et estos hanlo de facer paladinamente: mas otros hi ha que han de atalayar en escuso de manera que non parezcan; et por ende son llamados escusoneros».

⁵⁸ Y si no se perdían personas, acababa por extraviarse la impedimenta y, aun, el cadáver del infante don Juan como acaeció en la atropellada huida tras los sucesos de la Vega de Granada; y esto sucedió sin mediar el acoso de los nazaries –GCAXI, cap. XXI–.

lluvia. Estas señales sonoras o visuales debían de colocarse en tres puntos equidistantes de la columna de marcha de modo que fueran visibles en todo momento y no se desperdigarán los efectivos –LE, cap. LXX–. La noche previa a Montiel la pasó Enrique de Trastámara de marcha al objeto de llegar lo más rápidamente y sorprender a su hermano como así fue, aunque ahora no se utilizó el *farahón* ni instrumento similar. Con las pocas noticias que da la crónica podemos inferir que por delante del contingente principal donde iba la caballería pesada, se desplazaban jinetes que iban señalando el camino con fuegos que ponían a cada trecho: «e algunos de los que iban con él ponían fuegos por tierra por ver el camino, ca la noche era muy oscura» –CPI (1369, VI)–. Las hogueras debían tener un tamaño considerable y desde el castillo de Montiel se divisaban «grandes fuegos a dos leguas del lugar».

Estas mismas precauciones había que tomar en las operaciones marítimas. La explicación está en que estas tenían lugar fundamentalmente, no en alta mar, donde se divisa desde lejos al enemigo sino en las cercanías de las costas. Aquí era habitual utilizar los accidentes del litoral en busca de ventajas, por ejemplo escondiéndose tras un cabo para sorprender al enemigo desde un costado sin darle tiempo para virar y ofrecer un frente ordenado de batalla.

La flota aragonesa que en el verano de 1359 se hizo a la mar para combatir a la armada castellana que venía de atacar Barcelona e Ibiza constaba de cuarenta galeras, dos de las cuales denominadas «de guarda» abrían la formación media legua por delante para avisar con tiempo a las restantes de cualquier imprevisto. Este no se hizo esperar pues al acercarse a Calpe se encontraron de improviso con toda la flota castellana fondeada allí⁵⁹. Inmediatamente plegaron velas y pasaron a utilizar los remos. Vista esta acción por sus compañeros, actuaron de igual forma y corrieron a refugiarse en el río Denia «por quanto en las noches en la mar comunalmente recresce siempre ayre e fortuna, e temían que las naos con aquel tiempo podrían ir sobre ellos» –CPI (1359, XV)–. El almirante aragonés no solo pensaba en proteger sus barcos de una posible tempestad que se desatara de improviso, también tenía en cuenta la fortaleza de la armada castellana compuesta de galeras, pero también de naos. Estas embarcaciones procedentes de la cornisa cantábrica estaban perfectamente adaptadas a unas condiciones meteorológicas de fuerte viento de modo que si este arreciaba podían moverse mucho más

⁵⁹ «...e allí era una peña alta, e la flota de naos e de galeas estaba pegada cerca de aquella peña (porque allí avia fondura asaz, que las naos podían echar áncoras, e por esta razón estaban tan cerca de la tierra pegados a la peña que no se devisaban bien de lejos)» –CPI (1359, XV)–.

rápido que las galeras aragonesas que pasarían a ser una presa fácil. Ante la ausencia de un puerto cercado y adecuado, a la flota aragonesa no le quedaba otra opción que el río Denia, máxime si tenemos en cuenta que las riberas estaban controladas por su ejército.

Los castellanos, en cambio, tropezaban siempre con la misma piedra. Ya se han comentado los problemas que tuvo Pedro I en 1364 en Cullera donde estuvo a punto de irse a pique su propia galera, aunque peor suerte corrió la flota castellana años antes, en 1358, cuando naufragó en su práctica totalidad frente a la costa de Guardamar⁶⁰. De dieciocho galeras solo pudieron salvarse dos que se encontraban en alta mar y lograron llegar hasta Cartagena. El desastre fue fruto de un garrafal error humano al utilizarse sus tripulaciones como combatientes para tomar el castillo de Guardamar sin haber previsto esta u otras circunstancias similares, como la llegada sorpresiva de una flota aragonesa que hubiera destruido igualmente a placer unas galeras semivacías. Estas cuestiones correspondían a los mareantes o naucheros⁶¹ y aunque aparentemente la impresión que se obtiene de la crónica no es demasiado favorable a los marinos castellanos no hay que señalarles como culpables. Tanto los establecidos en Cartagena como los navegantes atlánticos que acudían hasta allí para comerciar, conocían perfectamente las características del Mediterráneo. El problema estuvo en el mando supremo de las operaciones militares, mientras los aragoneses coordinaron su ejército y su flota, los castellanos nunca lograron actuar de consuno. La flota actuaba en solitario y en caso de tormenta no podía refugiarse en sus bases, demasiado lejanas, ni acercarse a las zonas más protegidas de la costa, ocupadas por el enemigo. A ello se une el hecho de que el mando último de las galeras no recaía necesariamente en marinos experimentados, sino en nobles cuya experiencia guerrera era fundamentalmente en operaciones terrestres –CPI (1359, XI y XIV)–.

La guerra estática o de asedios también se incluye dentro de la obra manuelina, aunque apenas son unos brevísimos apuntes, lo que contrasta con la enorme importancia de esta materia en el devenir de las operaciones

⁶⁰ «... como a hora de mediodía levantóse un viento en la mar muy fuerte que es travesía en aquella tierra, e tiempo muy peligroso; e como falló las galeas sin gente que las pudiesen gobernar, dio el viento al través con las galeas a la costa» –CPI (1358, IX)–.

⁶¹ *Partidas* 2,24,5: «Naucheros son llamados aquellos por cuyo seso se guían los navios por la mar: et porque estos son como adalides en tierra, por ende quando los quisieren rescebir para aquel oficio. débenlos catar que hayan en sí quatro cosas: la primera que sean sabidores de conocer todo el fecho de la mar en quáles logares es queda et en quáles corriente, et que conoscan los vientos et el camiamiento dellos et sepan toda otra marinería. Et otrosi deben saber las islas et los puertos et las aguas dulçes que hi son, et las entradas et las salidas para guiar su nauio en salvo, et levar los suyos do quisieren et guardarse otrosi de rescebir daño en los logares peligrosos et de temencia...».

militares que se sucedían en la época: «Et si cumpliere, debe poner engeños, et fazer cavas et traer maestrías que son meester para tomar los lugares» –LE, cap. LXXI–. Apenas el abc de la materia⁶². Basta expurgar un poco la crónica de Pedro I para encontrar numerosos ejemplos de asedios donde se amplían los pormenores de estas acciones entre los que podemos destacar tres, pertenecientes a cada uno de los grandes conflictos del reinado: la toma de Toro encuadrable dentro de su pugna con la nobleza –CPI (1355, XII-XX y 1356, I-II)–, el cerco de Calatayud durante la guerra de los dos Pedros –CPI (1362, X-XII)– y el asedio de Toledo por parte de Enrique II en los momentos finales de la lucha dinástica –CPI (1368, II y VI-VII)–. No digamos si vamos a la crónica de Alfonso XI donde además de breves, pero continuas noticias de hechos semejantes, se explyaya en tres ocasiones: el intento de recuperación de Gibraltar –GCAXI, caps. CXXXVIII-CXLVII–, el sitio de Lerma que puso fin a la rebelión nobiliaria –GCAXI, caps. CLXXVIII-CXCVII– y, sobre todo, la toma de Algeciras, relatada con todo lujo de detalles –CAXI, caps. CCLXXI-CCCXXXIX–.

Algo más extenso se muestra don Juan Manuel en los consejos que da si un enemigo pone cerco a una de sus fortalezas:

«Et sil çercaren algún lugar et viere que de día o de noche puede ferir en la hueste, dévelo fazer lo más a su salvo que pudiere. Et si esto non pudiere fazer et pudiere cercar algún lugar de los de aquel que tiene el su lugar çercado, dévelo fazer, o por fazer levantar al otro de sobrel su lugar, o por lo tomar si pudiere» –LE, cap. LXX–.

La primera opción es la más lógica y también la más directa: atacar por la espalda al sitiador. Ahora bien, no se explica ni cuándo, ni cómo, ni ningún otro pormenor. ¿Hay que esperar a que el enemigo se encuentre hastiado y descuidado después de un tiempo parado frente a los muros? ¿Existe una manera de coordinarse con los defensores para descargar un solo golpe y coger entre dos fuegos al enemigo? No hay un desarrollo de la cuestión y bien podía don Juan Manuel, como hace en otras partes de su obra, introducir sus propias vivencias o las de algunos de sus compañeros rebeldes en los conflictos que mantuvieron contra Alfonso XI.

⁶² Para ampliar la materia vid. NAVAREÑO MATEOS, Antonio: «El castillo bajomedieval. Arquitectura y táctica militar», en *Gladius*, n.º 111, 1988, vol. especial *Actas del I Simposio Nacional «Las armas en la Historia (siglos X-XIV)»*, pp. 113-152; GARCÍA FITZ, Francisco: «El cerco de Sevilla: reflexiones sobre la guerra de asedio en la Edad Media», en M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ (coord.), *Sevilla 1248. Congreso internacional conmemorativo del 750 aniversario de la conquista de la ciudad de Sevilla por Fernando III, rey de Castilla y León*, Sevilla, 1998. Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces, 2000, pp. 115-154; ROJAS GABRIEL, Manuel: «Guerra de asedio y expugnación castoral en la frontera con Granada. El reinado de Alfonso XI de Castilla como paradigma [1325-1350]», en *IV Jornadas Luso-Espanholas...*, pp. 875-900.

La breve estadía de Pedro I en 1363 ante los muros de Valencia no llegó a formalizarse en un sitio con todas las de la ley gracias a la rápida llegada de Pedro IV con un fuerte ejército. Ante estos refuerzos el monarca castellano optó por la retirada a Murviedro hasta donde fue seguido por el aragonés, pero acertadamente no aceptó una batalla campal⁶³. El ejército castellano demasiado alejado de sus bases y debilitado tras haber tenido que reforzar tantas fortalezas y villas como había capturado en su avance no podía arriesgarse a ser derrotado pues habría quedado aislado en Murviedro a merced del enemigo. El relato de los hechos en la crónica de Pedro IV es diferente al darnos a conocer la existencia de unas negociaciones entre ambos monarcas que fueron la causa última de que no existiera el choque definitivo entre ellos. Extrañamente se nos da el nombre de los negociadores aragoneses, todos ellos de primerísimo nivel: Jean de la Grange, abad de Fécamp, mosén Bernardo de Cabrera, el conde de Denia y mosén Francesc Perellós, pero se elude el contenido del acuerdo. Eso sí se nos recalca la predisposición de Pedro IV para asumir el combate si estas no hubieran llegado a buen término: «... bèn que Nos lo haguèssèm esperat en lo camp hòn li haviem dia assignat» –CPIV p. 355–.

El caso es que el rey aragonés acabó finalmente retirándose hacia Burriana –CPI (1363, V)–. Los hechos se calcaron un año después, con ambas partes mejor preparadas. El castellano planeaba un doble ataque por tierra y mar sobre Valencia, mientras el aragonés había abastecido convenientemente la ciudad y se aprestaba con todo su poder hacia la ciudad en peligro. Se produjeron encuentros sin mayor importancia hasta que la tormenta citada diezmó la flota castellana y no le quedó otra opción a Pedro I que la de marchar a Castilla sin conseguir su objetivo –CPI (1364, I-V)–. Sin embargo, tuvo que regresar al poco, pues Pedro IV hacía pasado a la ofensiva y ahora era él quien cercaba Murviedro. Imposibilitado Pedro I de acudir en defensa de sus gentes exponiéndose a la nunca deseada batalla campal⁶⁴ no le quedaba otro remedio que actuar como recomienda don Juan Manuel poniendo

⁶³ El tránsito de don Pedro desde la audacia a la prudencia en sus campañas militares puede verse en KAGAY, Donald J., «Battle-Seeking Commanders in the Later Middle Ages: Phases of Generalship in the War of the Two Pedros», en L.J. ANDREW and D.J. KAGAY, *The Hundred Years War (Part III): Further Considerations*. E.J. Brill. Leiden, 2013, pp. 63-84.

⁶⁴ Mucho había aprendido el rey desde los años anteriores cuando en 1359 aún porfiaba en enfrentarse directamente contra Pedro IV en circunstancias aún peores durante el cerco de Ibiza: «... e que era su entención de pelear con él, que le non cumplía estar en tierra, nin tener cercada la villa de Iviza: ca todo el fecho de la guerra se libraba por aquella batalla, do los reyes por sus cuerpos avían de ser» –CPI (1359, XIV)– y que solo los ruegos de sus consejeros consiguieron convencerle de lo contrario, máxime después de enterarse que el rey aragonés no venía en la flota de socorro.

él a su vez cerco a una villa rival cuya importancia fuera tal que motivara el abandono por parte del rey aragonés del sitio de Murviedro. La presa elegida fue Orihuela⁶⁵. El resultado final fue un cambio de piezas. Pedro I obtuvo con la conquista de Orihuela el control absoluto de todo el territorio cercano a Murcia, mientras que Pedro IV con Murviedro en sus manos eliminó la base avanzada de su contrario que desde el corazón de las tierras levantinas suponía un peligro constante.

En lo que respecta a los musulmanes, don Juan Manuel hace varias veces alusión a su poca predisposición a combatir de noche por lo que una forma de desahogar la situación de los cristianos sitiados era la de atacar su campamento. Operación esta que podía realizarse a modo de salida por los defensores, como también por los contingentes de socorro. En ambos casos siempre contaban con las murallas de la fortaleza para guarecerse en caso de que saliera mal la acometida.

«Otro sí, los que estudieren de fuera, que puñen de ferir en la hueste de noche o de día, según se les guisare mejor. Ca muy poca gente de christianos pueden desbaratar muy grant gente de moros, feriendo en ellos de noche, et aún muy más teniendo el acogida çerca» –LE, cap. LXXVII–.

Párrafo que cuadra casi literalmente con los hechos de Cabra en 1333 cuando la villa fue cercada por el sultán granadino Muhammad IV. Las gentes de la Frontera comandadas por Juan Núñez, maestre de Calatrava, acudieron a Lucena para desde allí una noche tratar de «desbaratar el real de los moros, e para meter en el lugar gentes que lo defendiesen» –GCAXI, cap. CXXXI–. La acción casi acabó en desastre, pues llegados los fronteros ante el campamento musulmán no se coordinaron bien y solo la milicia cordobesa más las gentes que componían la vanguardia atacaron. Tras la sorpresa inicial los granadinos contratacaron debiendo los castellanos de acogerse a Cabra o huir junto a sus compañeros que habían permanecido quietos «et porque era de noche ningunos de los Moros non fueron empos ellos». En 1339 durante el asedio de Tarifa fueron los mismos sitiados los que aprovechaban la oscuridad para salir de la villa e ir contra el enemigo: «E otrosy, algunas noches salian los de la villa a los de los rreales, algunos que estauan seguros, e matauan e ferian muchos de los moros» –GCAXI, cap. CCXCIII–.

En ocasiones el cariz que tomaba la guerra hacía imposible la defensa de algunas fortalezas situadas en zonas delicadas. Se hacía preciso su abandono, pero era primordial que no fueran reutilizadas por el enemigo por lo que

⁶⁵ «Por quanto el rey de Castilla non quería pelear con el rey de Aragón, cataba todas las maneras de guerra que podía fallar. Desque sopo cómo el rey de Aragón tenía cercada a Monviedro, fue luego él cercar la villa de Orihuela, que era del rey de Aragón en la frontera de Murcia...» –CPI (1365, II)–.

se procedía a su destrucción sistemática: «Et las fortalezas que viere que non puede defender, o las derribe o las dexa en tal manera quel non pueda dellas venir daño» –LE, cap. LXX–. En 1363 y ante la posibilidad de que las tropas castellanas marcharan sobre Zaragoza se tomaron todas las medidas necesarias incluida la destrucción de todos los lugares indefendibles que se encontraran a menos de quince leguas de la ciudad en previsión de que en el futuro pudieran ser utilizados en un cerco a la capital –*Anales*, lib. IX, cap. XLIII–. Pero el ejemplo más paradigmático en la guerra de los dos Pedros tuvo lugar durante la retirada castellana de 1366. En los años previos, Pedro I consiguió éxitos continuos. A la toma de Calatayud y su comarca siguieron las de Tarazona, Borja, Cariñena y otros muchos lugares, lo que le permitió controlar una parte importante de Aragón y Valencia⁶⁶. Todo este trabajo quedó en nada de forma abrupta en el momento que la Compañía Blanca y los contingentes aragoneses aparecieron en Castilla y Pedro I se vio obligado a llamar a todas las tropas allí estacionadas. Se retirada se vio precedida del arrasamiento de cuantas fortalezas habían estado bajo su control⁶⁷. Así lo recoge también Zurita, quien aparte de las destrucciones menciona el elevado número de cautivos que se llevaron hacia Castilla –*Anales*, lib. IX, cap. LXII–. Una vez que se había comprobado la imposibilidad de retener estos puntos fortificados como cuñas en el territorio enemigo, la única acción lógica pasaba por dejarlas en el peor estado posible. Si los aragoneses pretendían reutilizarlas solo podrían hacerlo gastando cuantiosas sumas que no se destinarían a pagar tropas que operasen contra los castellanos. Todo tiene una lógica, aunque fueron los sufridos pecheros de la zona los que cargaron con la obligación de poner en pie estas fortificaciones vía impuestos y servicios personales como la castellaría⁶⁸.

Otra cuestión que hay que tener en cuenta es no morir de éxito. Esto es, realizar un avance tan provechoso que poco a poco obliga a ir dejando soldados por el camino como guarnición de las fortalezas recién tomadas: «Et deve guisar que tantas fortalezas tenga que non aya de dexar tantos de los suyos que non finque quien ande con él» –LE, cap. LXX–. A medida que transcurre la guerra las operaciones se van resintiendo y cada vez se dispone de menores fuerzas para acometer nuevas conquistas o enfrentarse en

⁶⁶ El relato de los hechos de este período: conquista, recuperación y consolidación de las fortalezas puede seguirse en GUTIÉRREZ DE VELASCO, Antonio: «Las fortalezas aragonesas ante la gran ofensiva castellana en la guerra de los dos Pedros», en *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 12-13, 1961, pp. 7-39.

⁶⁷ «E aquel día que el rey partió de Burgos envió sus cartas a todos los caballeros, e otros que tenían por él las fortalezas que avía ganado en el regno de Aragón, que se viniesen luego para él, e desembargasen las fortalezas, e las quemasen e destruyesen si pudiesen: e así lo hicieron» –CPI (1366, IV)–.

⁶⁸ ALVARADO PLANAS, Javier: «La castellaría en la Edad Media castellana: Análisis histórico-jurídico», en *Boletín de la Facultad de Derecho de la UNED*, n.º 8-9, 1995, págs. 15-30.

batalla campal al enemigo y darle la puntilla. El ejército de campaña queda transformado en buena medida en un ejército de guarnición lo que favorece una estrategia a largo plazo para asimilar el territorio ocupado, pero eterniza la guerra. Los continuos éxitos castellanos en Aragón tenían su reverso, ya que suponían la aparición de nuevos y graves problemas. La hacienda real se iba mermando por las soldadas y por los gastos a que se veía obligado para reparar y abastecer unas fortificaciones que ahora eran suyas. Además, su ejército disperso por territorio enemigo era especialmente vulnerable a una respuesta aragonesa, que podía a su vez ir recuperando aquellas fortalezas más aisladas como hizo con Murviedro⁶⁹.

La relación de los hechos de Montiel termina con el último error de Pedro I que cierra su reinado: «Otrosí, deve guisar que non sea cercado en lugar que pueda ser encerrado» –LE, cap. LXX–. Con sus tropas dispersas por la comarca y con escasa información acerca de los movimientos de su rival el monarca acabó por verse implicado en una breve escaramuza de la que no resultó bien parado y no le quedó otra solución que refugiarse en Montiel. Aparentemente no era tan mala la decisión de Pedro I, pero resultó fatal cuando bloqueado por su contrario no se pudo coordinar con sus gentes del exterior ni con las tropas que venían de refuerzo desde Andalucía que en cuanto supieron la noticia regresaron a Sevilla –CPI (1369, VI y VII)–. Ahí se quedó el rey hasta su último día. Error fatal que, sin embargo, su adversario había esquivado en un par de ocasiones como en Gijón –CPI (1352, V)– y Toro cuando ante la llegada de Pedro I optó por una prudente retirada hacia parajes menos peligrosos –«... e otros decían que lo facía el conde porque non quería ser cercado, e que lo ficiera siempre así: ca en Gijón non se quiso poner dentro por non ser cercado, ca se rescelaba mucho del rey», CPI (1355, XIV)–. En cambio, en 1360, en Nájera actuó como Pedro I, no había más opciones; pero, como se ha visto, salió bien librado.

6. LOGÍSTICA

Cuestión capital en la organización de un ejército es la que concierne a su logística y que abarca todas las cuestiones relativas al transporte, alojamiento y avituallamiento de las tropas y, muy particularmente, las fortalezas⁷⁰. A través de estas se consigue el dominio efectivo de un territorio.

⁶⁹ «E en todas estas villas e castillos que el rey cobraba de Aragón ponía gentes suyas para las defender, e las mandaba labrar e reparar: e fuele muy dañoso; ca derramaba sus gentes, e facía grandes costas, segund adelante paresció» –CPI (1364, I)–.

⁷⁰ Vid. ROMERO PÉREZ, Jonatan, «Estructuras militares y logísticas en la Corona de Castilla durante el siglo XIV», en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, H.ª Medieval*, n.º 32, 2019, pp. 337-378.

Desde las mismas se cobran los impuestos, se imparte justicia, se reprime a los revoltosos y, en caso de peligro, sirven de refugio a las gentes de la comarca. Son pieza clave de la labor gubernativa y en caso de guerra se convierten en el objetivo principal de la misma. Así lo dice don Juan Manuel:

«Otro sí, que bastezca de armas et de viandas los lugares que cunplieren para la guerra... Otro sí, que cate cuántos lugares fuertes le cunplen para aquella guerra, et que sean tales que los pueda defender, et aquéllos, que los labre et los bastesca de gente et de armas et viandas» –LE, cap. LXX–⁷¹.

«[Et] la primera cosa que debe fazer es que ponga muy buen recabdo en las sus fortalezas, por que sea la su tierra guardada lo más que pudiere de daño...» –LE, cap. LXXI–.

Y así ocurría en la realidad como muestra la crónica al hacer el relato de las campañas petristas contra Aragón y Granada o contra los nobles rebeldes en el interior de Castilla. Estas se descomponen en una constante relación de asedios de ciudades y villas fortificadas y el inmediato control del territorio adyacente⁷². Cuando los nobles castellanos se oponían ya abiertamente a su rey, la primera tarea que realizaban era el abastecimiento de sus fortalezas. En 1351 Alfonso Ferrández Coronel «bastecía la su villa de Aguilar, e todos sus castillos» –CPI (1351, XXI)– y al año siguiente era Enrique de Trastámara quien «facía bastecer sus fortalezas en Asturias» –CPI (1352, III)–. En 1355 Enrique de Trastámara y el maestre de Santiago habían hecho de Talavera uno de sus principales puntos de apoyo y las razones eran obvias pues se trataba de una villa «que es muy fuerte e muy recia, e avían ay muchas viandas e compañías» –CPI (1355, VI)–. Sin este recurso su oposición al rey carecía de todo sentido, este podía perseguirles y en un momento dado destruirles en un enfrentamiento armado, pero detrás de las murallas podía resistir el tiempo suficiente hasta que las cosas se calmasen un tanto y pudiera gestionarse una tregua honrosa para ambas partes.

Si la elección de Talavera era adecuada no lo era tanto Toro donde se trasladaron poco después los rebeldes y no porque careciera de defensas y

⁷¹ Las *Partidas* se muestran mucho más generosas al comentar estos pormenores: *Partidas* 2,18,9 **Que el alcaide debe meter en el castiello tantos homes et tales con que lo pueda bien guardar et mantener**; *Partidas* 2.18.10 **En qué manera deben seer bastecidos los castiellos de viandas et de todas las otras cosas que son meester por razon de guerra**; *Partidas* 2,18,11 **Cómo deben ser bastecidos los castiellos de armas**; *Partidas* 2,18,15 **Cómo los castillos deben ser acorridos labrándolos**.

⁷² La política defensiva de afirmación del territorio puede verse en LAFUENTE GÓMEZ, Mario: «Aproximación a las condiciones de vida en Daroca y su entorno durante la guerra de los dos Pedros (1356-1366)», en *Studium: revista de humanidades*, n.º 15, 2009, pp. 59-66 y «Por caminos sinuosos: la defensa y el control del territorio en Aragón durante la guerra de los dos Pedros (1356-1366)», en *Aragón en la Edad Media*, n.º 22, 2011, pp. 135-167.

pertrechos. El problema radicaba en que era una villa de realengo y como tal no controlada directamente por ellos. Contaba con su propio concejo y salvo casos puntuales la mayoría de sus gentes no debían obediencia alguna a estos nobles levantiscos. En esta tesitura los rebeldes no podían actuar con total libertad y cualquier violencia contra los toresanos podía devenir en conflicto interno lo que se debía evitar como fuera teniendo al rey frente a la villa. Así ocurrió que mientras el cerco se prolongaba los alimentos empezaron a faltar. En este caso no era por escasez, sino por su precio elevado. Las gentes de la villa que no tenían ningún interés directo en la pugna entre rey y nobles aprovecharon la ocasión para venderles sus excedentes. A medida que pasaban los días y las dificultades crecían los vecinos comenzaron a inquietarse y aumentaron sus exigencias. El comercio justo se transformó directamente en pura especulación y los nobles sufrieron las consecuencias⁷³.

La falta de uno solo de estos recursos –defensas, hombres, pertrechos y vituallas– podía hacer inviable la defensa de una fortaleza como ocurrió en Tarazona en 1357 cuyo tenente no fue tan previsor como los nobles rebeldes –CPI (1357, III)–. Su desidia era aún más grave si tenemos en cuenta su cercanía a la frontera castellana y aunque contaba con «muchas viandas» presentaba otras carencias importantes pues «non era bien murada, e avía en ella pocas gentes». En estas circunstancias y siendo de los primeros puntos en ser atacados no hubo tiempo para solventar los fallos. Las fuentes aragonesas nos amplían la información y señalan también como principal culpable a Miguel de Gurrea. Este caballero estaba a cargo de la villa y ante sus nulas posibilidades de mantener la plaza optó por llegar a un acuerdo privado con Pedro I entregándola a cambio de la vida y los bienes, suyos y de sus gentes. Sin embargo, fueron varios de sus convecinos los que pagaron los platos rotos, siendo ejecutados por Pedro IV como escarmiento por la pérdida de la villa –CPIV, p. 336–.

La crónica dedica un par de capítulos a la operación marítimo-terrestre que emprendió Pedro IV por Levante en 1364 para levantar el cerco a que estaba sometida la importante ciudad de Valencia⁷⁴ y abastecer otras varias ciudades como Orihuela que estaban en situación complicada⁷⁵. En ambos casos, ya hemos comentado, como Pedro I rehusó el enfrentamiento armado y optó a su vez por abastecer las villas y fortalezas valencianas que

⁷³ «...ca magüer que en la villa avía muchas viandas, non las osaban tomar por non perder las voluntades de los de la villa, e non tenían dineros con que las comprar» –CPI (1355, XX)–.

⁷⁴ «E los de Valencia cuando vieron que eran acorridos así por mar como por tierra, e avían viandas asaz, ficieron muy grandes alegrías, ca en tal priesa avían estado» –CPI (1364, III)–.

⁷⁵ «...que le enviaban pedir que los acorriese con viandas, que las non tenían, e avían rescelo que el rey de Castilla los acercaría e los tomaría por fambre» –CPI (1364, VII)–.

estaban bajo su autoridad como Murviedro⁷⁶ y Denia⁷⁷. Su supervivencia dependía del aporte constante de vituallas al encontrarse aisladas en terreno enemigo y sin bases logísticas intermedias. Una jugada muy arriesgada por parte de Pedro I que acabó por salirle mal. Murviedro debía ser abastecida por medio de recuas que atravesaban un territorio abrupto en manos del enemigo. A pesar de que se encomendó esta misión a un importante personaje como Gutier Gómez de Toledo, maestre de Alcántara, que contaba con fuerzas importantes, este no pudo cumplirla cayendo en una emboscada donde perdió la vida. La villa acabó rindiéndose cuando apareció el hambre y los refuerzos que debían llegar no hicieron acto de presencia.

Otro gran fracaso castellano debido a la falta de alimentos fue la toma de Gibraltar en 1333. Aunque cronológicamente encuadrada en el reinado de Alfonso XI la importancia de su pérdida motiva que la crónica aún se haga eco de su caída. En esta ocasión el desabastecimiento fue producto de la negligencia más absoluta acompañada de fuertes dosis de confianza y codicia. Los gibraltareños y al frente de ellos su alcaide Vasco Pérez de Meira fiados de la existencia de una tregua con los musulmanes les vendieron sus propios alimentos con grandes ganancias. Cuando los musulmanes calcularon que los almacenes de Gibraltar estaban vacíos sitiaron la villa que no pudo aguantar el tiempo preciso hasta la llegada de refuerzos y abastecimientos –CPI (1350, I) y GCAXI, cap. CXXVI y CXXXVI–.

Todo lo anterior puede trasladarse a la flota. Al fin y al cabo fortalezas y barcos realizaban cada uno en su espacio la misma misión. Proceso, si cabe, incluso más complejo al necesitar de productos y hombres más especializados. La captura de una nave enemiga representaba una gran oportunidad para aumentar sus propias fuerzas y cuando esto no era posible por el estado en que había quedado se procedía a desguazarla y aprovechar cuanto pudiera ser de utilidad⁷⁸. Más interesante aún era la oportunidad de capturar trabajadores especializados que pudieran ser utilizados en beneficio propio, el resto eran prescindibles y por tanto eliminados siguiendo las duras leyes de la guerra marítima que se daban por entonces⁷⁹.

⁷⁶ «...e dexó en Monviedro por fronteros de Valencia, e para defender la villa, por mayor a don Gómez Pérez de Porres, prior de Sant Juan, e otrosí dexó y con él muy grandes caballeros... e dexóles y muchos buenos ballesteros de la flota, e de los que con él andaban, e muchas viandas...» –CPI (1364, V)–.

⁷⁷ «...e llegó a Denia que estaba por él, e bastecióla, e basteció otros castillos que eran en esa comarca que estaban por él» –CPI (1364, VIII)–.

⁷⁸ «... e a las diez e seis galeas que vinieron a quebrar mandóles el rey poner fuego, ca se non podía reparar ninguna cosa dellas; e de los remos, e velas, e otros aparejos non se pudo salvar salvo muy poco, que pusieron en una nao de Laredo que allí estaba» –CPI (1358, IX)–.

⁷⁹ «... e falló y las galeas de los catalanes, e fizo matar todas las compañías que falló de las dichas cinco galeas, que non escapó ninguno, salvo los que eran remolares, que eran omes que sabían adobar remos, por quanto non los avía en Sevilla deste oficio estonce quantos avía menester» –CPI (1365, I)–.

Análogamente las tropas integradas en un ejército de campaña deben estar convenientemente pertrechadas antes de una operación: «Et ante que comience la hueste, deve catar recabdo de todas las cosas que a mester» – LE, cap. LXXI–. Sin embargo este consejo es probablemente el que menos se cumple. La logística es uno de los puntos flacos de los ejércitos medievales y no hay ninguna unidad especializada que se encargue de garantizar la correcta alimentación y alojamiento de los soldados durante el desarrollo de una campaña. En las cabalgadas apenas se recomienda llevar alimentos para unos pocos días los suficientes para el viaje y una pequeña estadía en territorio enemigo mientras se cumplen los objetivos de saqueo y destrucción: «... et deven fincar y un día o dos más, segund entendieren que les pueden abastar las talegas que traen y» –LE, cap. LXXIX–. No hace falta más, la cabalgada se apoya en el factor sorpresa y pasados este tiempo el enemigo ya está alertado para poner a buen recaudo bienes y personas mientras las tropas se han puesto en movimiento para frenar a los asaltantes⁸⁰.

En las grandes y prolongadas campañas el avituallamiento de las tropas depende en buena medida de lo que encuentren sobre el terreno⁸¹. El desplazamiento no siempre puede hacerse por el camino más corto, debiéndose utilizarse aquel que ofrezca mayores posibilidades de atender las necesidades de una tropa numerosa⁸². A tal fin siempre deben mandarse por delante pequeños grupos para evaluar los recursos disponibles, que sirven a la vez para vigilar posibles movimientos del enemigo: «Otro sí, quando

⁸⁰ Recordemos a este respecto como en algunos fueros municipales, tanto aragoneses como castellano-leoneses, al regularse las prestaciones militares de los vecinos se les obliga a que acudan ellos con las vituallas necesarias. Barbastro (1100): «Volo etiam quod non faciant nec cavalchatam nec hostem; et si forte batallam campalem vel sitium de castello fecerimus, sequatis nobis cum panem de tres dies; in antea non sequatis nobis si nos non damus vobis vestros opus» (LACARRA, José María: *Documentos para el estudio de la reconquista y repoblación del Valle del Ebro*. Anúbar, Zaragoza, 1982, doc. 18). Coria (1209) 328: «Quando exieren en apellido, lieven su çarcano e non coman del aldea. E si comieren, cayales en perjuro e pechen X maravedis a la puente. E esto costringan los veinte y quatro» (*El Fuero de Coria. Estudio histórico-jurídico*, por J. MALDONADO Y FERNÁNDEZ DEL SER. *Transcripción y fijación del texto* por E. SÁEZ. Con prólogo del Excmo. Sr. Don J. FERNÁNDEZ HERNANDO. Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1949). Teruel 7: «Item mando quod populatores et vicini Turolii non vadant in exercitu vel fonsatum nisi cum me Rege ad campestre bellum ad forum extremature, vel ad obsidionem castelli, cum pane et victualibus secundum voluntatem domini Regis. Omnis miles qui in fonsatum vel in apellitum non fuerit pecte V solidos, et pedes II solidos et medium» (CARUANA, Jaime: *El fuero latino de Teruel. Edición preparada y con estudio preliminar* por..., Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1974).

⁸¹ Es la denominada «logística depredatoria» (ROMERO PÉREZ, Jonatan: *op. cit.*, p. 371).

⁸² GARCÍA FITZ, Francisco: «‘Más fuerte que la espada’. El hambre como arma y motor de la guerra en la Castilla plenomedieval», en P. BENITO I MONCLÚS y A. RIERA I MELIS (coords.), *Guerra y carestía en la Europa medieval*. Editorial Milenio. Lérica, 2014, pp. 57-58.

oviere de andar con la hueste, si alguna vez oviere a posar en yermo, deven catar los que van en la delantera que caten posadas do ay[a] avondo de aguas et de lleña, et de paja o de yerba» –LE, cap. LXX–.

La inesperada pérdida de Gibraltar en 1333 motivó el rápido desplazamiento del rey sin que el avituallamiento fuera el adecuado. Las prisas y el acoso del enemigo, con fuertes choques que exigieron gran trabajo físico impidieron que los hombres se alimentasen durante todo el día, pero cuando pudieron hacerlo se encontraron con que no disponían de agua «ca el agua de aquel rrio de Palmones es salada en aquel lugar, e non tenian alli otra agua nin la podian yr a buscar, e desmayauan mucho» –GCAXI, cap. CXXXVII–. Salvada la situación temporalmente, a los pocos días volvieron los problemas, esta vez por «mengua de viandas, que lo que auien traydo por la tierra auienlo gastado e comido, e de las viandas que cada vno dellos auien cargado para traer sobre mar no les venie ninguna cosa» –GCAXI, cap. CXXXIX–. Apenas les quedaba para un día, suficiente para mantenerse durante la obligada retirada que debían realizar. En el último momento, ya desmontado el campamento e iniciada la marcha, apareció la flota y el ejército castellano quedó abastecido.

Muy semejante fue la situación que se presentó en 1339 cuando las tropas castellanas de la Frontera castigaron la comarca de Ronda, apenas cuatro días pudieron prolongar la expedición. No hubo manera de llevar vituallas para más tiempo al tener que moverse por los escabrosos terrenos de la sierra rondeña⁸³. Si los alimentos faltaban, peor era la situación que en lo que concernía a la leña y al alimento de los animales que dependían en exclusiva de lo que se tomase sobre el terreno. Era impensable, máxime en una cabalgada, acarrearlos consigo así que hubo que consumir lo que hubiera en las cercanías de Ronda lo que llevó aparejado desviar parte de las fuerzas para proteger a quienes se encargaban de este cometido, siguiendo los consejos manuelinos.

«Otrosí que ponga muy bien recabdo en guardar los que fueren por leña o por paja o por yerva, et las recuas que troxieren las viandas para la hueste. Ca siempre los moros se trabajan de fazer daño en tales gentes, ca en la hueste que está asentada nunca ellos se atreven a entrar; nin otrosí, de noche nunca gente de moros se atreven a ferir en la hueste de los christianos» –LE, cap. LXXVII–.

Estos ejemplos se quedan en nada ante la marcha del ejército inglés del Príncipe Negro por tierras castellanas. Tras cruzar Navarra y en vez de

⁸³ «E en todas estas villas e castillos que el rey cobraba de Aragón ponía gentes suyas para las defender, e las mandaba labrar e reparar: e fuele muy dañoso; ca derramaba sus gentes, e facía grandes costas, segund adelante paresció» –CPI (1363, V)–.

enfilarse directamente hacia Burgos, el ejército se dirigió hacia Álava dando un peligroso rodeo, mientras el invierno arreciaba y la falta de víveres para hombres y animales se volvía peligrosa⁸⁴. Los enriqueistas aprovecharon bien posicionados en las alturas se aprovecharon de estas debilidades. Las tropas anglocastellanas obligadas a dispersarse por el territorio fueron acosadas y, en algunos casos, destruidas o capturadas mientras miraban por su sustento⁸⁵. El choque más importante acaeció en las cercanías de la aldea alavesa de Aríñez donde se produjo una pequeña batalla en la que fue destruida una compañía de doscientos hombres de armas, acompañados de otros doscientos arqueros⁸⁶ –CPI (1367, VII)–. Tan importantes fueron las carencias que hasta la crónica de Froissart reservó un pequeño espacio para relatarlas⁸⁷.

Como vamos viendo una mala logística puede condicionar de manera apreciable las actividades militares⁸⁸ lo que finalmente acarrea que se tomen decisiones no previstas. La improvisación hace acto de aparición y se vive día a día, solventándose los problemas a medida que van apareciendo. El cerco de Toledo en los momentos finales del reinado tiene mucho que ver con el abastecimiento del ejército. La posición de Enrique de Trastámara era compleja y había muchas dudas sobre qué hacer: moverse a lo largo del

⁸⁴ CASTILLO CÁCERES, Fernando: «Análisis de una batalla...», p. 123.

⁸⁵ «El rey don Enrique, como muchos de los de la compañía del rey don Pedro e del príncipe se tendían por la tierra de Álava a buscar viandas, e dixéronle que si enviase allá algunas gentes, que les podría empescer, ca los fallarían derramados..., e fallaron y piezas de gentes inglesas e gascones que andaban a catar viandas, e posaban por las aldeas e tomaronlos» –CPI (1367, VII)–.

⁸⁶ Froissart también se hace eco de este hecho que achaca a una acción particular de Thomas de Felletton –Guillén en la crónica de Ayala–, quien desobedeció las órdenes del príncipe: «Tous obéirent à cette ordonnance, excepté messier Thomas de Felletton et sa rente, dont j'ai parlé ci-dessus; car ils se départirent ce propre soir du prince et chevauchèrent plus avant, pour mieux apprendre de l'état des ennemis, et s'en allèrent loger en sus de l'ost du prince bien deux lieues du pays» (FROISSART, Jean: *Les Chroniques de sire Jean Froissart*, en J. A. C. BUCHON (ed.), vol. 1. A. Desrez, París, 1835, p. 529).

⁸⁷ «Et sachez que le prince de Galles et ses gens étoient en grand deffaute de vivres et de pourvéances pour eux et pour leurs chevaux; car ils logeoient en moult mauvais pays et maigre, et le roi Henry et ses gens en bon pays et gras. Si vendoit-on en l'ost du prince un pain, qui n'étoit mie bien grand, un florin encore tout volontiers qui le pouvoit avoir, et faisoit moult d'étroit temps de vent, de pluie et de neige. En ce mésaie et danger furent-ils six jours» (*Ibidem*, p. 531).

⁸⁸ Es el caso de la batalla del Salado (1340) que no se pudo rentabilizar inmediatamente por falta de vituallas. Derrotados los ejércitos merini y granadino, sin posibilidad de recibir refuerzos ante el control cristiano del Estrecho, Algeciras parecía una fruta madura dispuesta a caer en manos cristianas en cuanto se le apretara un poco el cerco. Sin embargo, el ejército de Alfonso XI contaba con alimentos para únicamente dos días, cuatro según otras fuentes, y en estas circunstancias se hacía imposible comenzar un cerco pues los abastecimientos necesarios para miles de hombres tardarían aún varias semanas en llegar. Vid. SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: «Batalla naval de Guadalmequí (año 1342)», en *Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa*, n.º 4, 2007, p. 4.

reino y afianzar su posición o dirigirse a Andalucía, base del poder petrista, como le proponían sus aliados cordobeses. Al final ni una cosa ni otra, sino una opción intermedia que toma algo de ambas: cercar Toledo, una de las principales ciudades del reino y que estaba por Pedro I. La causa última tenía su fundamento en que «él non tenía dinero para pagar a las gentes de armas, e por quanto en la comarca de Toledo avía muchas viandas» –CPI (1368, II)–. Mover un ejército sin paga por un territorio falto de víveres es una invitación al motín o, simplemente, al abandono generalizado. En cambio, establecerse en una zona donde la gente puede alimentarse y alojarse correctamente, disminuye las tensiones y se gana un tiempo precioso mientras se trata de solucionar el problema del pago de las soldadas.

Estas dificultades se veían agravadas cuando los defensores conscientes de su inferioridad optaban por la política de «tierra quemada» destruyendo cuanto pudiera ser de utilidad para el invasor y forzando a los invasores a vivir en una penuria constante cuando se terminaran sus propias reservas. Zurita recoge varios ejemplos de los preparativos que implementaron los aragoneses ante la previsible llegada de los castellanos⁸⁹. En 1357 en todo el sector de la frontera aldeaño a Calatayud se constató la imposibilidad de defender adecuadamente a toda la población por lo que hubo de procederse al traslado de mujeres y niños a la villa principal mientras los hombres abandonaban barrios enteros y se refugiaban en aquellos de más fácil defensa que fueron además reforzados. Los restantes quedaron despoblados y con órdenes de ser quemados en cuanto se divisara la llegada del invasor –*Anales*, lib. IX, cap. VII–. Dos años después apenas se tuvo noticia de la reunión de un fuerte contingente armado en la vecina villa castellana de Molina de Aragón se inició un amplio movimiento de trashumancia, retirándose los ganados de las zonas aldeañas de Teruel y Daroca, a la vez que los encargados de aquel sector abastecían todos los castillos de la zona –*Anales*, lib. IX, cap. XX–. El peligro aumentó en 1363 cuando ante la llegada de castellanos y navarros, cada uno por su propio espacio fronterizo obligó nuevamente a las gentes a abandonar sus lugares de residencia y trasladarse a lugares ciertos junto a sus armas y alimentos donde podían resguardarse –*Anales*, lib. IX, cap. XLIII–.

Más importante aún que los alimentos es el agua. Hombres y cabalgaduras pueden aguantar varios días sin comer y llegado el caso sustentarse de productos no habituales, pero el organismo de unos y otros necesita de un aporte de líquido constante so pena de sufrir un colapso y morir a los

⁸⁹ Vid. también los artículos de LAFUENTE GÓMEZ, Mario: «Comportamientos sociales ante la violencia bélica en Aragón durante las guerras con Castilla (1356-1375)», en *Historia. Instituciones, Documentos*, n.º 35, 2008, pp. 249-254 y «Aproximación a las condiciones...», pp. 69-75.

pocos días. Además, el volumen y peso del agua necesaria excede con mucho el del alimento seco con lo que su aprovisionamiento externo se hace prácticamente imposible para los medios de transporte de la época. Se hace necesario entonces contar con una fuente natural de agua en las cercanías de cada campamento o a pequeños trechos a lo largo de las vías de comunicación. Los musulmanes conocían perfectamente este punto débil de las tropas enemigas y procuraban explotarlo frente a capitanes inexpertos.

«E si entrasen, por buscar lid, deven ir por el camino muy bien acabdellados et a pequeñas jornadas, et dévense guardar que non vayan por tierra seca; ca si lo fiziesen et los fallasen los moros lueñe del agua, podrían ser todos muy ligeramente perdidos et debaratados..., et si fuese el agua lexos, o morrían todos de sed o avrían a descabdellarse para ir al agua» –LE, cap. LXXVIII–.

En la misma manera se pronunciaba la tratadística musulmana:

«... no vacile ni acampe al azar, porque entonces lo hará quizás en sitios de escasa agua o pastos, donde lo cercará el enemigo y perecerá. Acérquese al agua dulce y acampe en posiciones elevadas o llanos despejados y poco pantanosos, orientados al norte si fuera posible, y no lo haga en barrancos por temor a inundaciones y riadas nocturnas»⁹⁰.

Hemos visto como la expedición que partió hacia Gibraltar tuvo problemas de este tipo, aunque en este ocasión más que las habilidades de los guerreros musulmanes, fueron las prisas por intentar algún tipo de acción rápida para recuperar la villa antes de que fuera reforzada la que motivo los problemas de abastecimiento. No obstante, tenemos un ejemplo supremo de esta táctica, aunque para ello debemos irnos a Tierra Santa. La debacle cruzada en los Cuernos de Hattin (1187) fue causada por una espléndida táctica ideada por Saladino de rápidos ataques de su caballería ligera que retrasaron la marcha de los cristianos y le impidieron aprovisionarse de agua. Cuando se produjo el ataque final estaban exhaustos y el resultado fue el desastre total⁹¹.

En la historiografía castellana se relatan otras varias situaciones en que los castellanos se vieron afectados por la sed. Problemas puntuales que no tuvieron trascendencia en el resultado final de la campaña en que se produjeron. No tuvieron repercusión militar alguna, pero son suficientemente expresivas. La primera de ellas tuvo lugar durante el cerco de Toro cuando Pedro I decidió atacar dos pequeñas aldeas: Pozoantiguo y Vezdemarbán,

⁹⁰ IBN ABI BAKR AL-HARAWI, Alí: *El libro de los consejos de al-Harawi sobre estrategias de guerra*, p. 87, cit. en TORRES DÍAZ, Olga: «Los consejos de al-Harawi sobre estrategias de guerra: un manual político-militar árabe del siglo XII», en *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, vol. 3, n.º 2, 2017, p. 231.

⁹¹ *Idem*.

que estaban por los nobles rebeldes, pero «non pudo ay estar, ca non avía agua para la hueste, salvo una poza». Frustrado este intento de situarse en las inmediaciones del objetivo, el rey dejó una pequeña guarnición en ambos lugares y marchó con el grueso del ejército a Morales, distante una legua de Toro, donde si podía disponer de agua al menos para parte de sus efectivos⁹². Solución temporal pues las fuentes de agua y alimentos no resultaban ni mucho menos suficientes –«porque non fallaba agua, e non se podía mantener la hueste»–, pero en este tiempo se había conseguido el objetivo militar de debilitar la posición de su enemigo y una parte sustancial de los nobles rebeldes habían desertado al bando real o se habían marchado con Enrique de Trastámara hacia Asturias. Pedro I pudo así adelantar sus líneas, apretar el dogal sobre su presa y aprovechar las posibilidades que le ofrecían los campos cercanos a Toro para abastecer a su ejército sin estar pendiente de las salidas de sus enemigos –CPI (1355, XVII)–.

Al año siguiente durante la guerra de los dos Pedros, el ejército castellano emprendió una expedición contra tropas aragonesas situadas en La Muela, lugar situado en las cercanías de Borja. Hubo algunas escaramuzas, pero los castellanos no consiguieron desalojar a sus oponentes del cerro ni conseguir que estos aceptaran un combate en el llano por lo que se hizo precisa la retirada a Tarazona donde estaba su cuartel general. El regreso se transformó en una pesadilla para algunos peones que agobiados por el peso de la indumentaria carecían de líquido para combatir la deshidratación debida al fuerte calor de un extraño mes de abril⁹³. Mejor suerte corrieron los soldados de su padre que en 1337, durante la breve guerra sostenida por Alfonso XI contra los portugueses, cuando debieron realizar una apresurada marcha para enfrentar al enemigo que había entrado en Castilla. Doce leguas recorrieron en un día «e pasaron muy grande afan, que en todo aquel dia non fallaron agua que beuiesen nin que diesen a los cauallos nin a las otras bestias que trayan» –GCAXI, cap. CCVI–. Finalmente llegaron a la ribera del Guadiana donde pudieron calmar su sed.

Los soldados debían integrarse en el ejército aportando su armamento. Caballeros a sueldo, caballeros de cuantía, ballesteros de concejo u otros acudían con su propio caballo, armadura, lanza, espada o ballesta, según sus obligaciones para con la corona. Para verificar su cumplimiento se celebraban alardes a lo largo del año en las localidades de origen y también antes de cada campaña militar, por ejemplo en el campamento real antes de

⁹² «... e allí ovo agua para alguna gente suya. E de los otros suyos que allí eran con él mandó ir posar trecientos omes de armas a Sant Román de Orniya, e otros por otras aldeas enderredor de la comarca» –CPI (1355, XII)–.

⁹³ «E ese día facía grand calor, e ovo gran sed en la hueste del rey, en tal guisa que algunos omes de pie perescieron de sed» –CPI (1357, IV)–.

dar comienzo la marcha⁹⁴. En ocasiones excepcionales vemos a un señor armar directamente a sus tropas, como es el caso de Enrique de Trastámara. Establecido en Francia donde esperaba el desquite tras la derrota de Nájera veía engrosar cada día su ejército con partidarios venidos de Castilla, pero se trataba de exiliados sin recursos por lo que «envió a Avignon a comprar muchos arneses de armas» –CPI (1367, XXX)–, que además se habían revelado mucho mejores que los fabricados en Castilla⁹⁵. La urgencia obligaba a actuar así para conservar el principal activo de la guerra, cual es el elemento humano. Su padre ya tuvo que hacer lo mismo en circunstancias excepcionales como en la batalla del Salado cuando equipó a sus expensas a numerosos peones –GCAXI, cap. CCCXXIV–. Eso o quedarse sin su concurso en tan complicado trance. De manera semejante durante el sitio de Algeciras hubo de procurar caballos y armas a muchos guerreros que las habían perdido o incluso empeñado para comprar alimentos, ante la demora en el pago de las soldadas. Aun así querían permanecer junto a su rey y a este no le quedó otra que correr con estos gastos –CAXI, cap. CCCXXV–.

Hemos visto como un fallo en Montiel dio al traste con un reinado. No es cierto del todo, se hacen necesarios otros factores previos de igual importancia como la audacia del rival, unida a una serie de decisiones inadecuadas de personajes de segunda fila. Llegados a un sitio era habitual que el ejército acabara transformado en una miríada de grupos alojados en las aldeas y establecimientos religiosos de las cercanías⁹⁶. Así ocurría con el ejército de don Pedro que «tenía sus compañías derramadas por las aldeas enderredor de Montiel, ca de ellos posaban dos leguas dende, e otros una legua de Montiel donde él estaba, e así estaban todos» –CPI (1369, VI)–.

⁹⁴ «... é las compañías del rey crecían de cada día... e ovo su consejo de ir pelear con el conde e con los que estaban en Pancorbo, e mandó facer alarde para saber que compañías tenía» –CPI (1360, VII)–.

⁹⁵ Baste recordar el lance de Jean de Chandos y de Martín Ferrant. Este tenía sometido a su rival, pero no encontraba ningún resquicio en su armadura de placas por donde poder introducir un cuchillo y terminar con él. La llegada de sus auxiliares consiguió librar a Chandos del acoso del castellano que no pudo rematar la acción (FROISSART, Jean: *op. cit.*, p. 535).

⁹⁶ Alfonso X daba en las *Partidas* 2,23,19 una serie de consejos a la hora de afrontar el alojamiento de las tropas: «Aposentar huestes es muy grant maestría, et a meester de seer muy sabidor el cabdiello que lo ha de facer: et para esto deben sienpre traer homes consigo que sepan bien la tierra, á que llaman agora adalides, que solian antiguamente haber nonbre guardadores... Et desque llegaren al lugar do ha de posar la hueste, debe aquel que la ha de posar, catar que si la gente fuere mucha que los non faga posar de guisa que hayan grant angostura, et si poca que non esten alongados unos de otros, ca esta es cosa porque podrien aina rescebir grant daño de los enemigos: mas débelos facer posar todos en uno, et enfortalescer la hueste lo mas que podiere... et fuese siempre cerca de agua, et de leña, et de yerba, que son cosas que ha mucho meester la hueste et que non puede escusar...».

Cuando se apreciaron los primeros indicios de la llegada de tropas, Pedro I consideró acertadamente que eran ajenas y actuó como correspondía a la praxis militar del momento y «envió luego sus cartas a todos los suyos que posaban en las aldeas, que al alva del día fuesen todos con él en el lugar de Montiel donde él estaba». Lo que no se esperaba don Pedro era su procedencia y capitán. No se trataba de las tropas de Córdoba que corrían a reunirse con Enrique de Trastámara en Toledo, era este mismo quien venía contra él desde Toledo y no fue hasta bien entrada la mañana que los exploradores que había enviado le informaron de esta circunstancia. Esta pérdida de tiempo resultó definitiva y ya no le quedó más remedio que aprestarse a la lucha. Como se ve había seguido los consejos de don Juan Manuel, pero en la confusa situación existente en esos momentos, con movimientos de tropas propias y ajenas yendo y viniendo por la zona, su servicio de información no estuvo acertado:

«Otro sí, deve fazer mucho por tener barruntes et esculcas con sus contrarios, por saber lo más que pudiere de sus fechos. Et deve fazer quanto pudiere porque cada noche duerma en lugar do sea seguro, o, a lo menos, do non reçe le ninguna sobrevienta. Et si albergare en yermo o en lugar que non sea bien fuerte, deve poner esculcas lueñe et cerca, porque nol pueda acaesçer ninguna sobrevienta» –LE, cap. LXX–.

Mientras tanto la mayoría del ejército petrista seguía tranquilamente en sus lugares de posada y no intervino en los hechos. Aspecto que López de Ayala se encarga de recalcar por su importancia dos veces en unas pocas líneas: «e los suyos que posaban en las aldeas aún no eran todos llegados» y «fue porque los unos posaban en las aldeas; e no eran llegados a la batalla». No nos saca de dudas la crónica sobre qué ocurrió para que unas tropas que teóricamente habían sido avisadas para que al amanecer estuvieran junto al rey, horas después aún no habían hecho acto de presencia. En esta situación de inferioridad Pedro I afrontó un choque que tenía perdido de antemano.

Para terminar hay que señalar que toda esta logística no tenía modo de funcionar si no venía acompañada de una administración en retaguardia que dispusiera de todos los recursos del reino para proveer al ejército y la flota de todo lo necesario y entre los numerosos servicios de esta administración el que ha dejado más fuentes es el de mensajería gracias a las numerosas cartas cruzadas entre el rey y los principales personajes e instituciones del reino a quienes reclamaba el pronto envío de dinero, productos, animales y hombres⁹⁷. Destaca entre esta documentación un escrito de 1364 (diciembre, 8)

⁹⁷ DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente: *Colección documental...*, docs. 1112, 1126, 1281, 1294, 1302, 1321.

del concejo de Murcia que sirve de testimonio a la entrega de diez acémilas a Juan González de Sevilla en las que transportar la crecida suma de 600.000 maravedís que deben entregarse a Pedro I que se encuentra en Elche. Ante la imposibilidad de proporcionarle una escolta adecuada los regidores murcianos le indican que casualmente allí se encuentra el Alcaide de los Donceles recabando suministros para el ejército real⁹⁸. La logística de Pedro I revela su complejidad a la vista de los documentos, con numerosas personas yendo y viniendo por Castilla y las zonas ocupadas en Valencia transportando todo tipo de productos. Además se constata como el propio rey se implica en el suministro directo de alimentos para sus soldados, no como en tiempos de Alfonso XI cuando eran ellos mismos los que atendían a su propio mantenimiento bien comprando por anticipado los alimentos, en el caso de la expedición de recuperación de Gibraltar, o como en el cerco de Algeciras, donde dependían de los comerciantes instalados en el campamento.

7. EL CONOCIMIENTO DEL ENEMIGO Y LA GESTIÓN DE LA INFORMACIÓN

El conocimiento del rival resulta clave en cualquier confrontación dialéctica, deportiva, judicial y, por supuesto, militar. Siendo los musulmanes el archienemigo por antonomasia de los castellanos no podía dejar don Juan Manuel de dedicar en exclusiva algunos de los capítulos a los distintos modos de guerrear que tienen estos. El conocimiento de sus tácticas es una parte fundamental de la formación de cualquier príncipe cristiano. Los musulmanes combaten de forma muy distinta a como lo hacen los cristianos y sus armas son diferentes, especialmente diseñadas para un entorno abrupto como el de la Cordillera Penibética. Si los cristianos quieren acabar con ellos deben dominar estas cuestiones y adaptarse en la medida de lo posible.

«Ca la guerra guerr[i]jada⁹⁹ fázenla ellos muy maestríamente, ca ellos andan mucho, et pasan con muy poca vianda, et nunca llevan consigo gente de pie, nin azémilas, sinon cada uno va con su cavallo, también los señores commo qualquier de las otras gentes, que non lievan otra vianda sinon muy poco pan et figos o pasas, o alguna fructa. Et non traen armadura ninguna

⁹⁸ VEAS ARTESEROS, Francisco de Asís y MOLINA MOLINA, Ángel Luis: *Documentos del siglo XIV*, vol. I. Real Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, 2015, doc. CLXIII.

⁹⁹ Modo de guerrear que se materializaría en la práctica en que «debe guisar quel destruya todos los lugares onde entiende que puede aver vianda, et bedarle que non pueda senbrar nin labrar las viñas... Et en los otros lugares debe guisar de los estragar et de les talar los panes et las viñas» –LE, cap. LXXI–.

[sinon] adaragas de cuero, et las sus armas son azagayas que lançan, [et] espadas con que fieren. Et porque se traen tan ligeramente, pueden andar mucho. Et quando entran en calvalgada, andan quanto pueden de noche et de día, fasta que son lo más dentro que pueden entrar de la tierra que quieren correr. Et a la entrada, entran muy encubiertamente et muy apriesa, et deque comiençan a correr, corren et roban tanta tierra, [et] sábenlo tan bien fazer que es grant marabilla, que más tierra correrán et mayor daño farán et mayor cavalgada ayuntarán dozientos omnes de cavallo de moros que seicientos omnes de cavallo de christianos» –LE, cap. LXXV–.

Esta era sucintamente la forma de actuar más habitual de los musulmanes. Rápidos golpes de mano efectuados por grupos de saqueadores que se introducían audazmente en tierras cristianas¹⁰⁰. Tras destruir y pillar cuanto podían se retiraban con la misma rapidez antes de que los jinetes de la Frontera pudieran reunirse y responder a la agresión. Estos soldados habían surgido específicamente para contrarrestarles y tal era la similitud en su forma de guerrear que en períodos de paz y alianza los jinetes castellanos y granadinos actuaban de consuno. Así ocurrió durante la campaña de Valencia de los años 1363-1364 cuando acosaron coordinadamente a las tropas de Pedro IV¹⁰¹.

La prudencia se hacía por ello muy recomendable en las acciones contra los musulmanes, expertos como eran en la emboscada y la huida rápida. Se recomienda por tanto que cuando las tropas fronterizas castellanas fueran en pos de ellos debían ir siempre precedidos de grupos de exploradores que controlaran sus movimientos además de intentar descubrir donde tenían custodiado el botín capturado. Solo tras recuperar los bienes y liberar los prisioneros podía pensarse en una acción contra ellos¹⁰².

¹⁰⁰ TORRES FONTES, Juan: «Actividad bélica granadina en la frontera murciana (ss. XIII-IV)», en *Príncipe de Viana*, n.º 3, 1986, *Homenaje a J.M.ª Lacarra*, pp. 721-739; MARTÍNEZ MARTÍNEZ, María: «La cabalgada: un medio de vida en la frontera murciano-granadina (siglo XIII)», en *Miscelánea Medieval Murciana*, n.º 13, 1986, pp. 49-62; ROJAS GABRIEL, Manuel: «El valor bélico de la cabalgada en la frontera de Granada (c. 1350-c. 1481)», en *Anuario de Estudios Medievales*, n.º 31-1, 2001, pp. 295-328.

¹⁰¹ Su labor era considerada vital por Pedro I de modo que cuando le informaron de las conversaciones entabladas entre Pedro IV de Aragón y el rey Bermejo de Granada para actuar conjuntamente en contra suya se sintió bastante contrariado ya que ello suponía la paralización de las acciones en Aragón y la dispersión de sus fuerzas en dos frentes: «... le vernía gran desmano en la guerra de Aragón; ca todos los jinetes avrían de ir al Andalucía para la guerra de los moros e partirse de la guerra de Aragón donde estaban en las fronteras, e las compañías del Andalucía eran gente muy buena e muy guerrera, de quien el rey se servía e se aprovechaba mucho en la guerra de Aragón» –CPI (1361, II)–.

¹⁰² No habiendo botín ni siquiera compensaba ir tras ellos: La opción más sencilla pasaba por olvidarse del asunto pues resultaba entonces casi imposible cortarles la retirada: «Et si non levaren presa, non deven trabajar mucho de ir en pos ellos, porque ellos andan muy ligeros et son muy graves de alcançar» –LE, cap. LXXVIII–.

«Otro sí, quando los moros entran a correr a tierra de christianos, si levan presa, los christianos que van en pos ellos deven ir primero cobrar la presa, et ir muy bien acabdellados los cavalleros et los peones, et enviar adelante qui descubra las çeladas recudan, que les non puedan enpesçer. Et desque ovieron cobrado la presa et fueren seguros de las çeladas, si los moros [fueren] todos ayuntados en uno dévense llegar a ellos lo más que pudieren, por que el agujjada non se faga de lueñe» –LE, cap. LXXVII–.

Quizás esta reflexión fuera válida para las expediciones de pequeño y mediano porte, pero las crónicas solo recogen los ejemplos más relevantes, auténticas campañas con pequeños ejércitos que alcanzan varios miles de efectivos y en estos casos no resulta posible recuperar primero bienes y personas y luego buscar el choque militar. En tanto no se triunfaba por la vía de las armas no cabía pensar en liberar los cautivos. En 1338, Abd al-Malik, hijo del sultán meriní, aprovechó la ausencia de Alfonso XI de Sevilla para lanzar miles de hombres a devastar todo el territorio fronterizo entre esta ciudad y Jerez –GCAXI, cap. –. Las milicias castellanas apenas pudieron acercarse a las potentes columnas meriníes para seguir su rastro y controlar sus movimientos, como fue el caso de Fernán Pérez de Porto Carrero que salió de Lebrija con cien hombres que «fueron en pos de los moros siguiendo el rastro» –GCAXI, cap. CCLXI–. Solo cuando reunieron suficientes efectivos decidieron dar el golpe decisivo que afortunadamente se resolvió con éxito. Cinco años después fueron más de tres mil los granadinos que expoliaron la comarca de Écija capturando gran botín. En su retirada Fernán González, señor de Aguilar, «juntó de los suyos et de Ecija docientos omes á caballo, et quinientos omes de pie, et fue en pos los Moros siguiendo el rastro». Los encontró acampados en la orilla de un río y esa misma madrugada, al alba atacó a los granadinos hasta derrotarlos y ponerlos en fuga, recuperando todos los bienes robados y obteniendo gran número de caballos y prisioneros entre los vencidos –CAXI, cap. CCLXXXVII–.

Más inusuales eran las batallas campales. Ninguna de verdadera importancia durante todo el reinado de Pedro I y los pocos choques que ocurrieron derivaron de algunas expediciones de saqueo que no implicaron más allá de un par de miles de hombres por cada parte, los más de ellos peones. En estas ocasiones la táctica más utilizada por los musulmanes, pero que seguía dando resultado después de siglos de utilización, consistía en provocar a los castellanos haciendo espolonadas, esto es enviando grupos de jinetes que intentaban romper su formación. Estos jinetes rápidos y hábiles se lanzaban dando gritos contra el enemigo mientras arrojaban todo tipo de proyectiles intentando que aquellas unidades menos experimentadas abriesen sus líneas por donde se introducían causando todo el daño posible.

«Quando vienen a la lid, vienen tan reços et tan espantosamente, que son pocos los que non an ende muy grant reçelo. Et si por pecados los christianos toman miedo, et non saben sofrir el su roído et las sus voces, et muestran algùn miedo o espanto, o se comiençan a revolver et andar en derredor et metiéndose los unos por los otros, o fiziendo qualquier muestra o con[n]tenente de miedo o de espanto, entiéndengelo ellos muy bien et danles tan grant priesa de voces et roído et de feridas que non se saben poner consejo los christianos» –LE, cap. LXXVI–.

Si no lograban su objetivo se retiraban con la misma celeridad y ponían en práctica el *tornafuye*: «Et sobre todas las cosas del mundo, deven guardar los christianos a un trebejo que ellos fazen de tornafuye» –LE, cap. LXXVII–. Una retirada simulada seguida de un rápido contraataque por todos los lados contra sus perseguidores que habían roto su formación cerrada creyendo que ese enemigo en desbandada estaba derrotado y era una presa fácil¹⁰³.

«... después pártense en tropeles, en guisa que si los christianos quisieren fazer espolonadas con los unos, que los fieran los otros en las espaldas y de trabieso. Et ponen çeladas por que los christianos, [si] agujiaren sin recabdo, que los de las çeladas recudan en guisa que los puedan de[fs]baratar.

... ..

Mas al tiempo del mundo que más fuyen, et paresçe que van más vencidos, si veen su tiempo, que los christianos non van con buen recabdo o que los meten en tal lugar que les pueden fazer daño, cred que tornan entonçe tan fuerte et tan bravamente commo si nunca oviesen comenzado a foír» –LE, cap. LXXVI–.

En estos casos era primordial aguantar estas provocaciones y mantener la formación como hicieron los aragoneses el sitio de Valencia que «non se partían de la ordenanza de la su batalla que levaban», permaneciendo tranquilos hasta llegar a Valencia y avituallar la ciudad –CPI (1364, III)–. El trágico accidente que causó la muerte del infante don Pedro en la Vega de Granada en 1319 no tuvo otro origen que su propio ofuscamiento motivado por las «espolonadas que fizieron algunos, et después tornavan fuyendo al logar do estavan los pendones» –LE, cap. LXXVII–. Deseoso de entablar combate con estos escurridizos jinetes granadinos intentó romper la l'niea de combate, desoyendo a sus propios subordinados que llegaron incluso a

¹⁰³ Táctica esta que era común a muchos pueblos de Oriente Medio y Asia Central que basaban su fuerza militar en el predominio de una caballería ligera armada con armas arrojadas. Los cruzados en Tierra Santa se enfrentaron al mismo desafío que los ejércitos hispánicos y desarrollaron sus propias respuestas (ALVIRA CABRER, Martín: *op. cit.*, pp. 480-493).

amenazarle con matarle el caballo –GCAXI, cap. XXI–. El saqueo del campamento castellano y la ignominiosa huida fueron el resultado de su real soberbia e incompetencia, que, sin embargo, se fueron poco a poco olvidando hasta que se consumó un nuevo fracaso en 1362 en Guadix, día aciago para los castellanos donde se conjugaron todos los fallos imaginables –CPI (1362, I)–. Empezaron estos por fragmentar su formación y mientras una parte se dedicaba a «acorrer a una tierra que dicen Val de Alhama», la otra permanecía frente a la ciudad. Esta división fue aprovechada por los granadinos para cruzar un puente y atacar. Tras una breve lucha volvieron grupas y retornaron a sus líneas seguidos por un destacamento castellano que tras unos momentos de éxito debió a su vez retroceder. A todo esto, el grueso de estas tropas comandado por el maestre de Calatrava «estuvieron quedos, e non acorrieron a los que eran pasados la puente, nin siguieron la ventura que Dios les había dado en vencer a los moros». Para cuando quiso cooperar la única ocurrencia que tuvo fue la de ordenar el desbloqueo del puente que les separaba el grueso del ejército musulmán, dejándoles franco el paso confiando en una segura victoria que no nunca llegó y sí la humillación y la vergüenza de la derrota y su propia prisión¹⁰⁴.

Los ruidos y gritos no solo servían para amedrentar a algún enemigo temeroso o desorganizado también se utilizaban como llamada de solidaridad entre los miembros de un ejército, como un aglutinador de todas sus voluntades en pos de un objetivo común.

«Et si Dios le guisa [los contrarios] ora mal cabdellados o esparzidos, entonçe os debe acometer tan apriesa et tan bravamente que los non dexen ayuntar. Et [si] entraren a las feridas, dévese nombrar muchas vezes a sí et a su apellido, et mandar que diga todos: “¡Feridlos, que vansen!”, et “¡Vencidos son!”». Et dígovos que algunos vençieron ya por esta manera» –LE, cap. LXXIII–.

En la batalla del Salado quedó Alfonso XI separado de su propio pendón y consiguientemente de buena parte de sus efectivos que lo seguían –GCAXI, cap. CCCXX[X]–. Se vio entonces acosado por una gran multitud de musulmanes, pero lejos de retroceder enardeció a sus acompañantes a lanzarse contra el enemigo diciendo: «Ferildos que yo soy el rrey don

¹⁰⁴ «Pero los christianos que se tornaron e pasaron la puente defendieronles a los moros que la pasasen, e enviaron a decir al maestre de Calatrava e a don Enrique Enríquez que los socorriesen; e ellos les enviaron decir que se arredrasen de la puente, e dexasen pasar los moros, e desde que fuesen pasados, que todos en uno irían a ellos. E los caballeros que guardaban la puente e el río dexáronles pasar; pero contra su voluntad hicieron lo que les mandaran... E aquel día el maestre de Calatrava non se ayuntó bien a los suyos...» –CPI (1362, I)–.

Alonso e alçauasse de la silla que lo viesen los christianos, e dezia a los suyos a altas bozes que non temiessen nada e que lo non desmanparasen, ca el muerto podria ser, mas no vencido nin desbaratado por ninguna manera del mundo». Afortunadamente allí se encontraba Gil Álvarez de Albornoz, quien sujetó la rienda del caballo del soberano y le conminó a detenerse consciente del complicado trance por el que pasaban, pero también que la batalla ya había caído del lado castellano: «Estad señor quedo e acaudillad los vuestros, e non pongades en aventura a Castilla, ca los moros son vencidos e fio de Dios que vos sodes oy vencedor».

En la cita anterior del *Libro de los estados* se alude al *apellido*, término idéntico al utilizado en la vida ordinaria y con el que se llama a la solidaridad vecinal para encarar un peligro inmediato y que ahora hace referencia a la invocación de una figura común que identifica a todo el colectivo, como es el nombre del propio reino o de un santo proclive a aparecer en estos casos en su ayuda como se vio en Nájera: «llamando los de la parte del rey don Pedro e del príncipe de Gales por su apellido, *Guiana, Sant Jorge*; e los de la parte del rey don Enrique, *Castilla, Santiago*» –CPI (1367, XII)–.

Conocer al enemigo no solo implica conocer sus tácticas militares, también nos faculta para descubrir sus puntos más débiles y presionar sobre ellos para poner el resultado del conflicto en favor nuestro. Conviene así, saber las disensiones internas del enemigo y sus rivales exteriores y explotar en lo posible la vieja máxima de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo»: «Otrosí, deve fazer todo su poder por meter desvarío et contienda entre aquel con qui ha la guerra et sus vezinos, et aun, si pudiere, con sus vasallos» –LE, cap. LXX–.

Durante la rebelión nobiliaria se encontraba un numeroso grupo de nobles resguardado tras las murallas de Toro mientras el rey pugnaba por controlar la zona y cerrar todas las salidas de la villa. El sitio se prolongaba y tras unas primeras semanas sin problemas, empezaba a cundir el descontento entre los vecinos que ya no consideraban adecuada la presencia nobiliaria y acabaron por actuar por su cuenta. Uno de ellos, García Alfonso Trigueros, «traxo sus pleytesías con el rey secretamente, que él le daría una puerta de la villa, que dicen la puerta de Sancta Catalina, por do el rey entrase con los suyos» –CPI (1356, I)–. Los nobles rebeldes sabían del hartazgo de los vecinos, pero creían tener controlada la situación y no esperaban un movimiento de este tipo. La discreción absoluta con que se llevaron las conversaciones lograron finalmente el éxito deseado. No era esta la única baza que jugaba el rey dentro de la villa y dentro de la facción nobiliaria tenía contactos con el noble Rui González de Castañeda que «avía traído su pleytesía secretamente antes desto con el rey, e tenía un alvalá suyo de perdón» –CPI (1356, II)–.

Aun así, villano y noble no eran las opciones principales para conseguir la toma de Toro. Se trataba de simples peones secundarios, el principal era su propio hermano Fadrique, maestre de Santiago. En este caso no hubo secretismo ninguno y las conversaciones se hicieron de viva voz. Fadrique en una isla sobre el Duero y Pedro I en la ribera opuesta. Los nobles cercados asistían al espectáculo sin enterarse del sentido de la conversación, pero cuando el maestre cruzó el río y besó la mano de Pedro I comprendieron la situación y el fin de su causa. Esa misma noche el ejército real pasó a la villa por la mencionada puerta de Santa Catalina y al día siguiente se apoderó de la ciudad.

Iniciado el enfrentamiento entre Aragón y Castilla, ambos monarcas hicieron un uso recurrente de este recurso, especialmente Pedro IV quien concedor de su inferioridad militar fomentó el descontento de la nobleza castellana con su rey y trató de ganarla para su causa¹⁰⁵. Junto con la diplomacia en el exterior, fue el gran recurso que le permitió aguantar diez años de guerra casi continua¹⁰⁶. El primer golpe de efecto ocurrió al poco de comenzar las hostilidades. A comienzos de 1357 Juan de la Cerda y Álvaro Pérez de Guzmán en connivencia con Pedro IV abandonaron sus puestos en la frontera soriana dejándola desguarnecida y marcharon a sus posesiones andaluzas desde donde comenzaron a combatir a Pedro I –CPI (1357, II)–. La crisis se resolvió con rapidez y no afectó a las operaciones principales contra Aragón.

Mayores consecuencias tuvo la jugada urdida por Pedro IV y que tenía como actor principal a Gonzalo González de Lucio quien actuaba como teniente en la villa de Tarazona desde su conquista en 1357, merced a sus relaciones familiares con Juan Fernández de Hinestrosa, principal consejero petrista. Tras la muerte de este, las relaciones con el rey dejaron de ser tan fluidas como antes. En este contexto Pedro IV actuó con contundencia y generosidad ofreciéndole la importante cantidad de cuarenta mil florines además de la mano de una importante heredera aragonesa, Violante de Urrea. Entre este ofrecimiento y la fidelidad a un rey que mostraba

¹⁰⁵ Siglos después Jerónimo de Zurita se expresaba con claridad al respecto: «Y porque su adversario era muy poderoso y naturalmente guerrero, y por otra parte odiado y temido de sus gentes por las muertes que cada día mandaba ejecutar en los más principales de sus reinos, el rey trataba con grande maña y astucia secretamente con todos los capitanes y caballeros que estaban en las fronteras por medio del conde de Trastámara y de los caballeros castellanos que estaban en su servicio, procurando de atraerlos a su voluntad o a lo menos hacer de manera que el rey de Castilla no se asegurase dellos y los perdiese» –*Anales*, lib. IX, cap. XXVI–.

¹⁰⁶ Las indudables cualidades de Pedro IV a este respecto se verán completadas con las de un grupo de consejeros de primer orden entre los que destaca Bernardo de Cabrera. Pedro I, por el contrario, se rodeaba de personajes mucho más grises entre los que buscaba por encima de todo su fidelidad, desdeñando sus cualidades intelectuales (GARCÍA TORAÑO, Paulino: *op. cit.*, p. 230).

un comportamiento tan errático Gonzalo González optó por la seguridad aragonesa que le garantizaba un destacado lugar en su nueva patria –CPI (1360, VI) y CPIV, p. 347–.

Mucho más importante y a la postre decisiva fue la contratación de Enrique de Trastámara. Tras su huida de Toro y su fracasado intento de afianzarse en Galicia y Asturias, pasó a Francia, pero por poco tiempo ya que antes de acabar el año recibió la llamada de Pedro IV convirtiéndose en uno de los principales capitanes aragoneses (Tratado de Pina, 1356) –CPI (1357, I)–. En este momento no dejaba de ser un noble castellano al que convenía tratar con cierta deferencia, pero en los años siguientes los lazos políticos entre ambos aliados se estrecharon. La situación se repitió en 1362, cuando una nueva ofensiva castellana obligó a Pedro IV a contar otra vez con Enrique y sus nobles castellanos desterrados –CPI (1362, X)–. Tras esta segunda venida sus habilidades militares y, sobre todo, su origen real, aunque espurio, le hicieron ir ganando puntos hasta convertirse en un aliado con entidad propia, en tanto pretendiente al trono de Castilla (Pacto de Monzón, 1363). La jugada era perfecta para Aragón pues reclutaba unos soldados profesionales que conocían perfectamente a su rival y además introducían un elemento de disensión en el bando castellano, donde muchos de sus familiares prestaban sus servicios y a los que se podía ganar para la causa rebelde o a lo menos conseguir que no desempeñaran sus obligaciones con el celo debido.

Pedro I ya había tratado de pagarle con la misma moneda, por medio del infante don Fernando¹⁰⁷. Este intentó sin éxito resucitar la Unión, pero ya en diciembre de 1357 se había reconciliado con Pedro IV en Albarra-cín. Abandonó el bando castellano y como Procurador General del Reino se puso al frente de las operaciones en Valencia contra su otrora aliado –CPIV, p. 339–. A finales de 1366, volvió a intentar la misma jugada el monarca castellano cuando liberó al conde de Osona «por algunas pleytesias que traía en Aragon, que placian al Rey Don Pedro» –CPI (1362, XI)–. La ejecución de su padre Bernardo de Cabrera bajo absurdas acusaciones de traición pretendía ser el acicate para que intrigara en su favor. Nada logro con ello y el conde de Osona acabó combatiendo junto a Pedro IV y, más tarde, al lado de Enrique de Trastámara, muriendo a su servicio apenas dos años después frente al castillo de Tordehumos –CPI (1368, I)–.

¹⁰⁷ Curioso caso el suyo, ya que en virtud de su ascendencia, hijo de Alfonso IV de Aragón y de la infanta Leonor de Castilla, podía desempeñar el mismo papel desestabilizador en ambos bandos y de hecho desde 1351 tenía un acuerdo secreto con su hermano para ceñirse la corona castellana. Este se mantuvo hasta su muerte en julio de 1363, aunque para entonces el Ceremonioso ya se había inclinado por favorecer la candidatura de Enrique de Trastámara.

Si en los casos anteriores el conocimiento del enemigo reviste un carácter general vinculado a una estrategia a largo plazo, también se hace necesario saber de sus fortalezas y debilidades en un momento concreto¹⁰⁸. Solo así se pueden anticipar sus decisiones y estar preparados para contrarrestarlas. Planificar una batalla o un asedio se hace mucho más sencillo si se tiene información precisa del número de tropas, sus armas y abastecimientos, el caudillo que las manda, etc. A partir de estos datos se puede disponer el ejército propio de la mejor manera posible frente al rival, aumentando las posibilidades de éxito de forma notoria: «Pero lo que se puede fazer por sabiduría o por arteria de los [omnes] es esto: que sepa omne qué gente trae aquel con qui a de aver la lid, et qué cabdiello es, [et] de qué esfuerzo, et cómo vienen cabdellados et de qué esfuerzo son, et cómo vienen armados et encabalgados» –LE, cap. LXXII–.

Nada más iniciarse el reinado de Pedro I surgieron los primeros problemas con la facción nobiliaria encabezada por su hermano don Enrique. Estos se habían refugiado en Algeciras y se temía que la situación pudiera ser aprovechada por el enemigo musulmán para apoderarse de la plaza. Para tantear la situación y comprobar los apoyos que contaba Pedro I envió al escudero Lope de Cañizares, para que recopilase toda la información posible. Después de una rocambolesca salida deslizándose a lo largo de las murallas con cuerdas llegó a Sevilla para informar al rey –CPI (1350, VII)–. Gracias a estas indicaciones la toma de Algeciras se hizo de forma sencilla, el rey envió una pequeña flota cuya labor se coordinó con la quinta columna del interior de la villa. Los nobles solo pudieron huir a toda prisa.

En otras ocasiones la presencia de un espía no aparece de una forma tan expresa y se sustituye por la expresión «saber nuevas». Al seguir el relato del asalto al trono por su hermano Enrique de Trastámara se constata el conocimiento exacto que tiene Pedro I de todas sus actividades. El monarca estaba al corriente de las correrías de su hermano por Francia y Aragón y del creciente prestigio militar y político que estaba consiguiendo. En 1362 ya conocía sus conversaciones con las compañías de mercenarios francesas y su intención

¹⁰⁸ Algunos detalles más sobre el mundo del espionaje durante la guerra en LAFUENTE GÓMEZ, Mario: «Por caminos sinuosos...», pp. 174-179. No es esta una materia especialmente tratada por los medievalistas, pero puede completarse el anterior artículo con otros más generales. CIROT, Georges: «L'espionnage en Espagne au temps de la Reconquête», en *Bulletin Hispanique*, n.º 19-4, 1917, pp. 259-264 (doi: 10.3406/hispa.1917.1968); GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Santiago: «El espionaje en los reinos de la Península Ibérica a comienzos del siglo XV», en *En la España Medieval*, n.º 38, 1995, pp. 135-194; NUSSBAUM, Mª Fernanda: «Algunas notas sobre los espías en la literatura medieval española de los siglos XIII y XIV», en *Memorabilia*, n.º 14, 2012, pp. 65-76.

de utilizarlas en la Península cuando fuera el momento adecuado¹⁰⁹. Incluso debía saber que, por el momento, esta situación no era peligrosa y decidió continuar la guerra contra Aragón a pesar de que sus consejeros se echaron las manos a la cabeza y «ninguno podía entender que el rey quería hacer guerra a Aragón; ca todos cuidaban que eran paces entre el rey de Aragón e él». Cuando llegó el momento decisivo en 1366, Pedro I seguía teniendo un conocimiento adecuado de los movimientos de su rival¹¹⁰. Pero no es lo mismo disponer de la información que interpretarla correctamente y tomar las decisiones oportunas. El resultado de una mala decisión puede ser la pérdida de un trono y así se ve que Pedro I no valoró la posibilidad de que Aragón, Francia y el Papado formasen un frente común en apoyo de Enrique de Trastámara.

Este también tenía su propio servicio de información y su entrada y movimientos por Castilla durante 1366 se vieron favorecidos por el perfecto conocimiento que tenía del clima reinante en el ejército castellano y la escasa predisposición de Pedro I a enfrentársele en campo abierto¹¹¹. Mientras tanto las noticias que le llegaban a este carecían de todo valor, puede que

¹⁰⁹ «E dixo a todos los señores, e caballeros, e omes de armas de sus regnos que allí eran con él, que avía nuevas que una grand compañía que andaba en Francia haciendo guerra, que decían la Compañía Blanca, quería venir en su regno, e que avía de entrar por las partidas de Aragón, o de Navarra...» –CPI (1362, VIII)–. En este caso también tenemos su reflejo documental en una carta de ese año dirigida al Merino Mayor de Asturias previniéndole de la posibilidad de la entrada en la Península de estas fuerzas foráneas por lo que le advertía estuviera preparado por si la amenaza finalmente se materializaba (DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente: *Colección documental...*, n. 1191). Del bando contrario disponemos del acuerdo de 1362 (agosto, 18) entre Pedro IV y Enrique de Trastámara por el que este se comprometía a aportar, aparte sus hombres, 2.800 caballeros franceses y 6.000 *glavis* o mercenarios veteranos (Archivo de la Corona de Aragón, Cancillería regia, 1183, fols. 60 v.-61, cit. en LAFUENTE GÓMEZ, Mario: *Un reino en armas: la guerra de los Dos Pedros en Aragón*. Institución Fernando el Católico (CSIC), Excma. Diputación de Zaragoza, Zaragoza, 2014, p. 101). Vid. también FOWLER, Kenneth, «L'emploi des mercenaires par les pouvoirs ibériques et l'intervention militaire anglaise en Espagne (vers 1361 – vers 1379)», en A. RUCQUOI (coord.), *Realidad e imágenes del poder: España a fines de la Edad Media*. Ámbito, Valladolid, 1988, pp. 24-26.

¹¹⁰ «Estando el rey don Pedro en la cibdad de Burgos, sopo cómo el conde don Enrique era ya pasado de Zaragoza para venir a Castilla, e que todos los capitanes que se venían para entrar en Castilla eran ya con él» –CPI (1366, II)–. «El rey don Pedro estando en Burgos sopo cómo el conde don Enrique e los capitanes que con él venían, llegaron a Calahorra e la cobraran, e cómo el conde don Enrique se llamaba rey de Castilla e de León, e cómo avía partidos todos los oficios del regno, e avía fecho e prometido muchos donadíos e cómo tomara a Navarrete e Briviesca; e ovo gran rescelo de todo esto» –CPI (1366, IV)–.

¹¹¹ «Desde que la cibdad de Calahorra fue así cobrada, e ovieron nuevas el conde don Enrique e los que con él venían como el rey don Pedro estaba en Burgos e tenía y sus gentes ayuntadas, e sopieron de cierto que non avía voluntad de pelear con ellos...; ca ellos tenían, segund las nuevas que él sabia de la tierra, que el rey don Pedro non daría batalla, nin podía defender el regno» –CPI (1366, III)–.

intoxicadas por su rival. El monarca castellano estaba convencido que el objetivo principal de Enrique de Trastámara era la ciudad de Sevilla donde estaba depositado el tesoro regio que le permitiría sufragar el pago de sus tropas. La realidad era otra y lo que realmente quería el pretendiente era apuntalar su posición lo más deprisa posible y para ello debía controlar de inmediato un parte del reino, haciéndose coronar para a partir de ese momento actuar como rey: cobrando impuestos, promulgando leyes, reuniendo cortes, etc.¹¹². Desde ese momento Enrique dejaba de ser un noble rebelde para presentarse ante su pueblo como un rey legítimo en lucha contra un tirano. Siendo el fallo de consideración y que pudo resultar fatal se pudo enmendar temporalmente cuando se obtuvo la colaboración inglesa que prolongó la situación tres años más.

Más adelante, en los momentos previos a la batalla de Nájera, Enrique de Trastámara estaba al tanto de todo lo que ocurría en el campo rival. Muchos caballeros ingleses que servían a su señor natural, el Príncipe de Gales, le servían noticias abundantes siempre eso sí que no supusieran problemas para este último. Cumplían así escrupulosamente su deber como vasallos, pero también rendían tributo a quien conocían de Francia y con quien habían mantenido relaciones cordiales¹¹³.

Los encargados de recoger estas informaciones no conformaban ningún cuerpo especializado dentro del ejército medieval. Son gentes a quienes sus cualidades personales les hacían especialmente aptos para esta labor¹¹⁴. El citado Lope de Cañizares cumplió con su labor de forma muy eficaz pues no en vano conocía Algeciras a la perfección al haber servido allí su padre en tiempos de Alfonso XI. En campaña, los *esculcas* se encargaban de las misiones de obtención de información para que el cuerpo principal del ejército no sufriera ninguna sorpresa –«esa mañana era idos a correr algunos jinetes a la villa de Nájara como en manera de esculcas, por saber nuevas, de lo que facía el conde, para decirlas al rey». CPI (1360, X)–. Eran por ello

¹¹² «... ca el sabía por nuevas ciertas que el conde don Enrique e las compañías que con él venían, querían tomar el camino de Sevilla, do él tenía sus fijos e sus tesoros... E los de Burgos tornaron otra vez a le requerir que se non partiese de la cibdad, e que non creyese por ninguna manera tales nuevas como le decían; antes fuese cierto que el conde, e todas aquellas compañías que eran en Briviesca a ocho leguas dende, su entención era venir a Burgos» –CPI (1366, IV)–.

¹¹³ «E ovo cartas el rey don Enrique de algunos caballeros ingleses sus amigos, que fueran en su servicio en la entrada que él ficiera en Castilla quando se llamara rey, e andaban en la compañía del príncipe agora, en que le aconsejaban, que fasta que el príncipe saliese de Castilla, él non viniese a ella; pero que luego que sopiese que era partido, que non se detoviese...» –CPI (1367, XXXI)–.

¹¹⁴ Además, siempre había informadores anónimos como buhoneros, pastores, peregrinos, prostitutas... que por sus movimientos conocían información con la que luego podía ganarse unos dineros.

escogidos siempre entre los jinetes de la Frontera y de Murcia que se movían con rapidez por todo tipo de terrenos en su condición de caballería ligera. En este sentido compartían rasgos definitorios con los exploradores encargados del reconocimiento y vigilancia del terreno durante la marcha de los ejércitos, hasta el punto de que en ocasiones se diluían sus diferencias y según qué ocasiones un grupo de soldados realizaba indistintamente una misión u otra.

En la guerra marítima el sistema era semejante, lo que en tierra era un destacamento de jinetes que se desgajaban del ejército para conseguir la información, en el mar eran naves pequeñas y veloces que se despachaban con el mismo objetivo –«E en las otras galeas iban mareantes por patrones¹¹⁵, por quanto eran galeas más sotiles e más ligeras, e las enviaba el rey a muchas partes». CPI (1359, XI)–. En su estadia ante los muros de Ibiza El rey castellano se recelaba de las intenciones de los aragoneses: ¿habían reunido ya su flota? ¿le plantearían batalla? ¿estaba Pedro IV presente? Ante la duda envió cuatro galeras en busca de *nuevas*¹¹⁶.

Tan importante como conocer todos los pormenores del enemigo es dar cuenta de estos al cuartel general para que decida el próximo movimiento. El recurso habitual del envío de un mensajero conocedor del terreno por el que transita puede verse obstaculizado por la presencia de un enemigo que en gran número controla el territorio e impide toda comunicación. No queda entonces otra solución que recurrir a un sistema de comunicación a distancia –el humo durante las horas de luz y el fuego por la noche– y utilizar un sencillo código de comunicación convenido de antemano¹¹⁷. Así en 1364 mientras Pedro I acampaba en Cullera se encontraba vigilado por los aragoneses quienes refugiados en puntos fortificados debían comunicar a Pedro IV, que se encontraba en Valencia, todos sus movimientos. El conde de Ampurias desde Burriana y el conde de Ribagorza desde el castillo de Montornés debían encender un número determinado de fuegos. El aparato utilizado era el ya mencionado *farahón* o *farón*. Una luz indicaba normalidad y varias, de dos a cuatro, señalaban el camino tomado

¹¹⁵ Detalle importante por cuanto debido a su función marinera debían ser comandadas por marinos de profesión, mientras que en las restantes pensadas para ser utilizadas exclusivamente en el combate se dejaban a cargo de un militar

¹¹⁶ «... dos galeas del rey fueron a la isla de Mallorca a saber nuevas del rey de Aragón, e otras dos galeas fueron a Barcelona, e sopieron por ciertos las unas e las otras como el rey de Aragón era partido de Barcelona, e era venido a la isla de Mallorca, e que ya eran con él todas sus quarenta galeas armadas, e que su entención e ardid era de venir pelear con el rey de Castilla» –CPI (1359, XIII)–.

¹¹⁷ Una introducción al tema puede verse en VIVAS PÉREZ, Miguel Ángel: «La transmisión de mensajes mediante señales ópticas: una visión de conjunto», en A. RUIBAL RODRÍGUEZ (coord.), *Actas del III Congreso de Castellología Ibérica: 28 de octubre - 1 de noviembre*. Asociación Española de Amigos de los Castillos-Diputación Provincial de Guadalajara, Madrid-Guadalajara, 2005, pp. 399-418.

por el rey castellano y desde Valencia, se les debía responder de la misma manera acusando el recibo de la información. Si se aumentaba el número de fuegos, cada nuevo valor aludía a unos puntos predefinidos donde debían desplazarse inmediatamente todas las tropas aragonesas para juntarse con la hueste real e ir en pos de Pedro I¹¹⁸ –*Anales*, lib. IX, cap. LV y CPIV, pp. 360-361–. El secretismo de las acciones propias es la otra cara de la moneda. El enemigo apenas debe tener fragmentos inconexos que no pueda hilvanar en busca de una idea general de los planes: «Otro sí, todas las cosas que fiziere, de velas fazer mucho en poridad, lo más encubiertamente que pudiere» –LE, cap. LXX–. Un consejo sencillo, pero importante. En las *Partidas* 2,23,5 se da un paso más y se aboga por encriptar las comunicaciones y así en la medida de lo posible evitar la transmisión de mensajes orales y sustituirlos por un código de modo que el enemigo aunque obtenga información importante no pueda utilizarla automáticamente, lo que en muchas operaciones a corto plazo equivale a no tenerla: «porque los enemigos no entendiesen lo que ellos decian, nin tomassen ende apercebimiento; ca una de las cosas porque mas aina pueden los homes facer mal á sus enemigos es en facer sus fechos encobiertamente».

8. DIPLOMACIA

Para don Juan Manuel tan importante como la guerra es la diplomacia. Muchas ventajas logradas en los campos de batalla se pierden después en las mesas de negociación. Las prácticas diplomáticas son para él, bien lo demostró durante su vida, tan importantes como las militares. Ambas se complementan y solo con el uso adecuado de unas y otras puede uno convertirse en un soberano solvente: «Otro sí, que aya grant entendimiento et grant sabiduría para pleitear bien et saber en el avenençia, quál es más su onra et su pro, et fazerlo segund desuso es dicho. Et luego que Dios a tal lugar gelo troxiere tomar la paz et el avenençia, muy de grado» –LE, cap. LXXIX–.

Como se comprobará en las páginas siguientes, Pedro I poco caso hizo de estas recomendaciones y la diplomacia fue para él siempre su punto más débil. En sus negociaciones con Pedro IV, fuera a través de sus embajadores o por intermediación del legado pontificio, el monarca aragonés se mostró como un rival muy superior jugando con los tiempos, el doble sentido de las palabras y las medias verdades hasta aburrir al

¹¹⁸ Los detalles de la vigilancia en las atalayas aragonesas y los códigos de señales para indicar el montante de los efectivos del ejército castellano que entró en Aragón en 1359 pueden consultarse en LAFUENTE GÓMEZ, Mario: «Por caminos sinuosos...», pp. 171-173.

siempre impetuoso Pedro I¹¹⁹. Entretanto con perseverancia e inteligencia trabajaba en una alianza con Enrique de Trastámara, Francia y el Papado.

En la guerra de los dos Pedros la intervención papal desempeñó un importantísimo papel mediador desde los primeros momentos del conflicto. En 1357, al poco de iniciadas las hostilidades, apareció Guillén, cardenal diácono de Santa María in Cosmedín, como legado papal. Una primera tregua de quince días fue rota unilateralmente por Pedro I para hacerse con la villa de Tarazona y aunque posteriormente consiguió otra tregua de un año fracasó en su objetivo de que ambos reyes depusieran las armas –CPI (1357, VI)–.

El mediador pontificio pretendía ganar algo de tiempo mientras intensificaba su labor diplomática para conseguir la paz definitiva. Los reyes, por su parte, reforzaban sus ejércitos y solventaban los conflictos internos, siempre con el objetivo de que al finalizar la tregua sus condiciones fueran mejores que a su inicio. Pedro I dedicó esos meses a eliminar a los más señalados nobles de los que dudaba sobre su lealtad. Su primo el infante don Juan y su hermano don Fadrique, maestre de Santiago, fueron asesinados. Otro hermano, don Tello, señor de Vizcaya, pudo ponerse a salvo, pero perdió sus señoríos. Fueron precisamente estas muertes las que ocasionaron la ruptura de la tregua. Enrique de Trastámara y el infante don Fernando, trataron de vengar las muertes de sus hermanos en sendas expediciones por las zonas de Soria y Murcia «magüer non era cumplido el término de las treguas» –CPI (1358, VIII)–.

Iniciada de nuevo la guerra con toda su crudeza, se produjo el cambio del legado pontificio¹²⁰. Ahora y hasta el final de la guerra fue Guido, cardenal de Bolonia, quien llevó el peso de las negociaciones escoltado por los abades de Fécamp y de San Benigno como encargados de las misiones de menor envidia. Desde el principio demostró tener mejores habilidades diplomáticas que su predecesor. Al poco iniciaba una ronda de conversaciones con los monarcas en las que se empezaron a intercambiar propuestas concretas. En las semanas siguientes los eclesiásticos se desplazaron constantemente entre Almazán donde estaba Pedro I y Zaragoza y Calatayud, lugares de residencia de Pedro IV. El primero en hacerlas fue Pedro I quien continuaba exigiendo

¹¹⁹ No menos interesante en este aspecto es la figura de Carlos II de Navarra. Un auténtico truhan o un inteligente político según se mire, quien obligado por las circunstancias de tener su reino encajonado entre Castilla, Aragón, Francia e Inglaterra, y además con intereses en Normandía se manejaba con habilidad en las relaciones diplomáticas.

¹²⁰ El fracaso del cardenal Guillén se suma a los cosechados dos años antes cuando no pudo lograr que Pedro I se aviniera con su esposa Blanca de Borbón y tampoco alcanzó un acuerdo de paz entre el rey y los nobles rebeldes, encabezados por su propia madre y sus hermanastros, antes al contrario, solo logró que esta ganara en violencia –CPI (1355, XXIX)–. Tras dos misiones en Castilla su único acierto fue conseguir la libertad del obispo de Sigüenza, pero se debió más al entredicho que pesaba sobre el reino y que Pedro I consideraba necesario se retirase que a sus propias dotes diplomáticas.

la entrega de Francesc Perellós y la expulsión de Aragón de Enrique de Trastámara, don Tello y el infante don Fernando. Asimismo, solicitaba una fuerte indemnización monetaria por los gastos en que había incurrido y la devolución de Orihuela, Alicante y demás ciudades del reino de Murcia que Aragón había obtenido durante la minoría de Fernando IV. Las exigencias eran significativas, mucho mayores que en la presentación del desafío tres años atrás. Se trata de la más simple de las tácticas diplomáticas: esconder las auténticas intenciones de uno encareciendo la paz para más tarde aceptarla a un precio inferior y aparecer como un rey pacífico.

«Más quando él oviere buena andança et toviere su pleito en mejor estado, si entonce le movieren pleitesía, en ninguna manera non debe él dezir lo que él tiene en voluntad de acabar aquella pleitesía, mas deve esperar quel digan qué es lo que fará el otro por aver paz con él. Et si el pleito legare a lo que él quiere, dando a entender quel non plaze ende mucho, dévelo firmar luego... Et todos los pleitos que de la [su] parte se movieren, deven ser siempre muy [más] altos de aquello a que él cuida traer el avenencia. Et cada que el avenencia viniere a su onra et a su pro, non la debe alongar, ca muchas vezes acaesçe que cuidando mejorar el pleito, non quiere tomar el buen pleito quel fazen; et acaesçe después alguna ocasión o alguna cosa e su fazienda por que avrá a pleitear muy peor» –LE, cap. LXXI–.

La respuesta de Pedro IV seguía los mismos patrones, sin mostrar sus verdaderas intenciones, y, en este caso, ofreciendo poco. Solo aceptaba el despido de los nobles rebeldes y se obligaba a ayudar a Castilla con diez galeras, cuatro meses al año, durante los seis ejercicios siguientes en cuántas campañas emprendiera Pedro I contra los moros y en caso de invasión meriní «le ayudaré por mi cuerpo con todo mi poder, e seré con él aquel día en la batalla» –CPI (1359, V)–.

Estimando poco consistentes las propuestas aragonesas Pedro I se mostró airado y no paraba de hablar nuevamente de guerra. El cardenal «desque vio estar las cosas tan duras, e estos dos reyes tan lexos, de avenencia» intentó salvar la situación y propuso una tregua de un año en la que él trabajaría para lograr un acuerdo satisfactorio para ambas partes. También se negó a esto Pedro I, no deseaba treguas «ca él tenía toda su flota apercebida para el verano luego siguiente, e otrosí sus gentes puestas en las fronteras, e pagado el sueldo, e que la tregua le sería a él muy dañosa», pero inmediatamente suavizó su posición –parece claro que toda su actuación anterior estaba sobredimensionada– «porque el cardenal entendiese que él avía voluntad de fazer paz con el rey de Aragón» y ofreció una nueva propuesta de paz más moderada, contentándose solo con la expulsión de los nobles

castellanos y la devolución de los territorios –CPI (1359, VI)–. La respuesta de Pedro IV fue negativa, no cediendo un ápice en lo que respecta a las tierras. Uno de los diplomáticos aragoneses Bernardo de Cabrera le propuso al legado que consiguiera unas treguas por seis meses durante las cuales negociarían directamente embajadores de ambos reinos para conseguir las paces –CPI (1359, VII)–.

Finalmente, Pedro I rompió todas las negociaciones. Creía que con haber rebajado sus exigencias podía haber llegado a un acuerdo, pero Pedro IV más artero pretendía una prolongación *sine die* de las conversaciones que perjudicaban a un oponente más preparado militarmente y que mantenía inactivos una gran cantidad de hombres y barcos con el coste económico que suponía. Además, la ruptura diplomática no se debía a él y siempre podía alegar ante el Papa que había tratado por todos los medios de evitar la guerra y así cuando se iniciaran las hostilidades con la previsible invasión de sus territorios, sus propios súbditos se verían como agredidos y su oposición a los ataques castellanos se incrementaría –CPI (1359, VII)–.

En los años siguientes continuó la presencia del cardenal de Bolonia en la Península esperando cualquier oportunidad para conseguir un acuerdo entre ambos contendientes, pero la guerra se reinició de nuevo en 1362 con especial virulencia. El ejército castellano logró poner bajo su control amplias zonas de Aragón y Valencia que forzaron a Pedro IV a tratar de lograr un acuerdo a toda costa. Las circunstancias habían cambiado y se encontraba en una situación muy complicada. Ahora era a él a quien le tocaba mover ficha y hubo de ofrecer una propuesta que sobre el papel beneficiaba sobremanera a Pedro I. Se partía de una alianza matrimonial entre ambos reinos con dos enlaces simultáneos: Pedro I y Juana, hija del aragonés, y Juan, heredero del trono aragonés, y Beatriz, hija mayor del castellano¹²¹. Todos los territorios en disputa de Levante pasarían de pleno derecho a Castilla. Además, Calatayud, Ariza, Tarazona, Borja, Magallón y sus comarcas serían del segundo de los hijos del futuro matrimonio de Pedro I quien como duque de Calatayud y Ariza sería vasallo de Castilla, y en caso de que no naciera, pasarían al primogénito. En el matrimonio entre los hijos, Beatriz recibiría como dote las villas de Murviedro, Segorbe, Jérica, Teruel, Chiva y demás lugares poseídos por don Pedro en ese momento. Estos lugares serían del segundo de los hijos y caso de no haberlo se entregarían a Castilla o se pagaría una cantidad que se acordaría ahora. Pedro I no acabó aceptando pues una de las cláusulas secretas era que el rey aragonés apresara y matara

¹²¹ Zurita cambia esta boda por la de sus hermanos menores, los infantes don Alonso de Aragón e Isabel –*Anales*, lib. IX, cap. XLVI–.

a don Enrique y al infante don Fernando lo que no había sucedido hasta entonces. La razón oculta según el cronista era que quería casar con una dueña llamada doña Isabel de la que había tenido un hijo, don Sancho a quien quería ver como heredero. Con todo, don Fernando fue asesinado al poco por su hermano por otras cuestiones –CPI (1363, VI)–.

La situación empezó a complicarse para Pedro I a partir de este momento. Un nuevo escenario acababa de surgir con Enrique de Trastámara elevado a la figura de pretendiente al trono de Castilla y la guerra de los dos Pedros empezó también a configurarse como una guerra dinástica. La situación se complicó aún más a partir de 1366 cuando Pedro IV el Ceremonioso dio un giro completo a la guerra al implicar en el conflicto a Francia¹²² y el Papado, por entonces en Avignon, para que ayudaran económicamente a Enrique de Trastámara en su asalto al trono castellano. Las herramientas principales iban a ser las compañías de mercenarios que campaban a sus anchas por el sur de Francia cometiendo todo tipo de desmanes y a las que se derivaría hacia la Península. La jugada era maestra y los tres aliados tenían mucho que ganar si triunfaba el de Trastámara. Aragón trasladaba la guerra al reino vecino pudiendo recuperar en un solo envite todo el territorio perdido en tantos años de guerra. Francia se garantizaba un fiel aliado en Castilla y el concurso de su flota en ulteriores conflictos con Inglaterra. Además, conseguía la satisfacción añadida que daba la venganza sobre el asesino de Blanca de Borbón, perteneciente a la familia real. A su vez el Papado se libraba de unos vecinos incómodos que se acercaban más de la cuenta a su sede en Avignon¹²³.

Ante tan formidable coalición Pedro I actuó con lentitud y solo reaccionó cuando se vio expulsado de su propio reino. Entonces consiguió a duras penas la ayuda inglesa lo que internacionalizaba el conflicto insertándolo dentro de la guerra de los Cien Años que libraban franceses e ingleses. La participación de este nuevo aliado resultó decisiva en los campos de Nájera en 1367, pero luego se quedó en nada ante la conducta desleal del monarca castellano, y la codicia y la falta de miras políticas del Príncipe de Gales que no veía más allá de las soldadas prometidas. Finalmente, harto de su aliado y acuciado por

¹²² La muerte de Juan II y la llegada de un nuevo monarca, joven y con ganas de revancha, como Carlos IV cambió el panorama en la Península. Ansioso de tomarse el desquite sobre los ingleses sabía que este no sería posible si no contaba con la colaboración de la flota castellana y para ello era imprescindible el triunfo de Enrique de Trastámara (VALDEÓN BARUQUE, Julio: *Pedro I el Cruel...*, cit., p. 131).

¹²³ A todo esto, Urbano V no parecía muy enterado del verdadero destino que se iban a dar a los caudales que aportaba. Según algunos autores el pontífice estaba convencido de la propaganda antipetrista que lo hacía proclive a judíos y musulmanes y, no solo eso, también se fiaba de quienes le habían dicho que las compañías partían hacia la Península con el objetivo principal de acabar con el reino nazarí (Vid. DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente: *Pedro I el Cruel...*, p. 226).

los problemas que comenzaban a aparecer en sus tierras de Guyena se retiró de Castilla sin haber llegado a conseguir sus objetivos. Tras estos problemas estaba la larga mano del monarca francés que deseaba su partida de la Península para dejar campo libre al regreso de Enrique de Trastámara¹²⁴.

Tras el breve paréntesis que supuso la batalla de Nájera, la alianza de los enemigos de don Pedro resultó finalmente decisiva en 1368 cuando la situación parecía empantanada con el ejército trastamarista chocando una y otra vez contra las murallas toledanas. El pacto de 20 de noviembre de 1368 descongestionó la situación y Francia enviaba de nuevo a Du Guesclin con tropas y subsidios. Poco más de un mes después ya estaba de nuevo junto a Enrique II. Pedro I conoedor de estos movimientos reaccionó con el envío de una embajada a Londres sin grandes resultados¹²⁵.

9. PSICOLOGÍA

Otro aspecto a considerar es el de la psicología del combatiente. No basta con tener un ejército numeroso y preparado, sino que este ha de estar motivado para dar la vida por su rey: «lo primero que a de fazer es [que] puñe de aver mucha gente et buena, [et] que faga quanto pudiere por que sean pagados dél et quel ayuden de talante» –LE, cap. LXX–. Si un monarca no consigue ganarse día a día la confianza de sus guerreros el fracaso militar puede darse casi por seguro. El miedo nunca ha sido la mejor manera para aglutinar las gentes en torno a un dirigente pues la desertión puede aparecer en cualquier momento.

En el caso de Pedro I, la crónica nos traslada una sucesión de maltratos y arbitrariedades hacia sus subordinados. La muerte o la prisión para los más afortunados es la recompensa que antes o después reciben muchos nobles y caballeros que no han actuado conforme a los criterios un tanto particulares del rey¹²⁶. Los defensores de Murviedro en una situación calamitosa por el

¹²⁴ «... otrosí por las nuevas que el príncipe avía cada día, que algunos franceses en nombre de compañías le facían guerra e enojo en el ducado de Guiana, e que por todo esto le complía partir de Castilla, e irse para su tierra» –CPI (1367, XX)–.

¹²⁵ VALDEÓN BARUQUE, Julio: *Pedro I el Cruel...*, pp. 207-208.

¹²⁶ Un ejemplo de la crueldad petrística que contrasta con el comportamiento que debían tener sus rivales que se ganaban la fidelidad absoluta de sus gentes hasta el punto de preferir una muerte segura a su lado antes que su libertad como ocurrió con Juan Fernández de Carreño. Era este un escudero criado por Alfonso Fernández Coronel de quien tenía la tenencia del castillo de Burguillos. Conforme a los lazos que le ligaban a su señor se negó a entregarlo al rey, quien le puso sitio. Tomada la fortaleza Juan Fernández sufrió la amputación de sus manos como castigo. Una vez recuperado de las heridas solicitó se le permitiera partir con su señor que se encontraba sitiado en Aguilar y donde se supone encontraría la muerte junto a este y otros partidarios suyos –CPI (1352, III)–.

hambre y abandonados por Pedro I solicitaban su ayuda¹²⁷, pero este se veía del todo imposibilitado y no podía hacerlo salvo que aceptara un enfrentamiento directo en el corazón del territorio enemigo¹²⁸. El cronista carga sus tintas sobre el monarca castellano por la poca confianza que tenía en sus propias tropas: «E el rey de Castilla, por algunas cosas, así de muertes que avía fecho de algunos caballeros, como porque todos los de su regno no eran contentos dél, non se atrevía a dar batalla» –CPI (1365, III)–.

Finalmente, no les quedó más solución que entregarse. Triste paradoja la de un castillo que había sido concebido como fortificación de bloqueo¹²⁹ contra Valencia y que acabó a su vez acosado, cercado y, finalmente, rendido. El acuerdo, sin embargo, fue extremadamente favorable. La causa estuvo en la intercesión de Enrique de Trastámara que quería ganarse el apoyo de un contingente tan importante de tropas para su causa. No le fue difícil esta gestión, defendió su propia causa, ofreció su generosidad e informó de determinados aspectos de su política futura. Los castellanos concedores de la actuación de Pedro I en casos similares¹³⁰ se pasaron mayoritariamente a su bando¹³¹.

Más claro lo manifiesta aún la crónica de Pedro IV quien incluso pone en boca del monarca castellano un pequeño discurso –¿de dónde lo sacó?– a raíz de su negativa a enfrentarse en batalla abierta durante el abastecimiento

¹²⁷ En esta obligación de acorrer a sus gentes está en juego «la honòr rèal» como proclama Pedro IV cuando se apresta a acorrer la villa de Castielfabib que ha emplazado por dos días su entrega a los castellanos –CPIV, p. 369–.

¹²⁸ No le quedaba otra a Pedro I que incumplir lo establecido en las *Partidas* 2,18,16: «Acorrer deben los alcaydes á los castiellos que tovieren del rey si non se acertasen hi et fueren á otra parte en tiempo de guerra ó de otro peligro; ca todas las otras cosas deben posponer et dexar para acorrer á su lealtad. Et por eso luego que lo sopieren deben venir con homes, et con armas, et con conducho et con todas las otras cosas que entendieren que les seran hi meester, porque los que estodieren en los castiellos no los hayan á desamparar et á perder por fanbre ó por otra mengua...».

¹²⁹ Las distintas tipologías de este tipo de fortificaciones están detalladas en PALACIOS ONTALVA, J. Santiago: «Castillos contras castillos. Padrastrós y fortalezas de asedio en la España Medieval», en *Arqueología y territorio medieval*, n.º 13.2, 2006, p. 35.

¹³⁰ Es el caso de Segorbe, apenas a cuatro leguas de Murviedro, acaecido el año anterior. En este castillo el rey había dejado como alcaide a Juan Alfonso de Benavides, justicia mayor de su casa, y un caballero principal que a lo largo de su vida había dado notables muestras de su valentía y lealtad a la corona. Abandonado allí sin alimentos y en precaria situación dejó el castillo en manos de sus familiares y se desplazó hasta Sevilla para solicitar la ayuda de Pedro I. Este no solo no le prestó atención alguna, sino que ordenó su encarcelamiento en Almodóvar del Río, donde finalmente murió –CPI (1365, III)–.

¹³¹ «...que ellos sabían que el rey de Castilla nunca los quería bien, teniendo que ellos serían querellosos, porque los non acorriera, e que era ome muy peligroso, e que por aventura los mataría... E los que salían de Monviedro oyeron e sopieron todas estas cosas que el conde les dixo; e lo más era que se rescelaban del rey de Castilla, e avían temor que los mataría, e que non cataría como lo ficeron con grand desamparo» –CPI (1365, III)–.

de Orihuela de 1364. Espoleado por sus gentes a enfrentarse al enemigo, el monarca rechazó el consejo y se retiró a Elche. Cuesta creer sus palabras que habrían desembocado en una deserción masiva entre los componentes de su ejército:

«A mí semeia que vosotros todos seades de acuerdo que yo ponga batalla al rey Daragon de que digo en verdat que si yo tomase con mí los que el dito rey Daragon tiene en sí e los havia por mis vassallos ó por mis naturales que senes todo miedo palearia con todos vosotros e con toda Castella e ahun con toda Hesparya: e porque sepays yo en que vos tiengo es asin que con este pan que tiengo en mi mano pienso que fartaria quantos leyaes haya en Castilla»—CPIV, p. 374—.

El descontento entre sus súbditos también derivaba de otras peculiaridades del carácter de Pedro I como era su amor por el dinero y su falta de palabra. En 1361 tras el combate de Linuesa se hizo una gran presa de moros que fueron reclamados por el rey quien se comprometió a pagar 300 maravedís por cada uno de ellos, pero nunca los hizo efectivos. El enojo entre los integrantes de la expedición fue considerable «e tovo muy grand daño en esta guerra este tomar que el rey fizo destos captivos»—CPI (1361, VIII)—.

No hay que olvidar las envidias personales generadas en un entorno competitivo. Los nobles pugnaban entre sí para ganar el aprecio real y para lograrlo valían tanto los méritos propios como los fracasos ajenos. Y algo de ello hubo en la batalla de Araviana, ante la mirada del Moncayo—CPI (1359, XXII)—. Un pequeño ejército aragonés mandado por Enrique de Trastámara había roto la frontera soriana y devastado Ólvega. Fernando de Castro y Juan Ferrández de Henestrosa responsables de la defensa de ese sector desde sus bases en Almazán y Gómara fueron contra él cosechando una contundente derrota. Cuando ya había acabado el combate aparecieron los refuerzos de Diego Pérez Sarmiento, adelantado mayor de Castilla, y Juan Alfonso de Benavides, justicia mayor de la casa del rey y aquí empieza el lío por cuanto algunos de los supervivientes contaban que habían llegado con tiempo para sumarse a la lucha y se quedaron contemplando desde un otero como se resolvía la batalla «por quanto querían mal a Juan Ferrández de Henestrosa». No se llegó a aclarar al asunto, pero lo cierto es que ambos quedaron señalados desde entonces por el rey y Diego Pérez Sarmiento ni siquiera volvió a presentarse ante él, conociendo su discrecionalidad a la hora de ejecutar a quién no consideraba absolutamente fiel.

Bajando aún más en el escalafón militar encontramos que en el siglo XIV estaban plenamente vigentes algunas prácticas supersticiosas de carácter adivinatorio que se perpetuaban desde hacía siglos. Los soldados, en tanto que personas que se estaban jugando la vida recurrían a determinados

ritos, tanto religiosos como mágicos, con los que garantizarse el regreso, en la medida de lo posible con la salud intacta y la bolsa llena. En la Frontera andaluza antes de una cabalgada los adalides escudriñaban el vuelo de las aves que les avanzaban el resultado futuro de la expedición¹³². Únicamente si estas señales eran favorables se procedía a su realización. En este caso los integrantes de la cabalgada iban con la moral alta y seguros del éxito de su misión. Forzarles a participar cuando las señales eran contrarias implicaba partir con un ejército inseguro de sus propias posibilidades y abocado al fracaso. En este contexto se podría decir que el desastre de Guadix estaba asegurado desde su comienzo ya que si el año anterior los frontereros habían constatado la codicia de su rey que les había arrebatado impunemente el rescate de los cautivos ahora los augurios se mostraban totalmente contrarios. La consecuencia no era otra que las reticencias de una parte importante de la tropa a llevar a cabo la expedición en ese momento:

«... otrosí por quanto algunos adalides les dixeron un día antes, que non avía buenas señales para entrar en aquella cavalgada do iban: ca en aquella tierra las gentes de guerra guíanse mucho por tales señales, magüer es gran pecado; pero así lo han siempre acostumbrado, e tienen que si van contra aquello, que les viene desmano, e han lo puesto así en su voluntad, que si les facen partir destas señales non lieban el corazón seguro: lo qual daña mucho en tales fechos desde que los omes toman rescelo e miedo en las voluntades» –CPI (1362, I)–.

¹³² Se trata de una costumbre muy extendida y que perduraba desde hacía siglos. En el *Cantar* vemos a Rodrigo Díaz de Vivar, no en vano es el adalid de la expedición, observando el vuelo de las aves en varias ocasiones. Al inicio del destierro las cornejas ya le van indicando el futuro de su empresa (MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (ed.): *Cantar de Mio Cid, Texto, gramática y vocabulario*. Espasa Calpe, Madrid, 1980).

A la exida de Bivar ovieron la corneja diestra, (v. 11-13)

E entrando en Burgos oviéronla siniestra.

Meçió mio Çid los ombros y engrameó la tiesta:

Tras la batalla de Alcocer el Cid enfilaba hacia la actual provincia de Teruel y nuevamente aparecen las aves adelantándole su destino.

Alço su seña, el Campeador se va, (v. 857-859)

Pasó Salón Ayuso, aguijó cabadelant,

Al exir de Salón mucho ovo buenas aves

La *Historia Roderici* insiste en este mismo proceder y en el cruce de cartas que se sucedió entre Ramón Berenguer II y el Cid antes de la batalla de Tévar en 1090 una de las primeras acusaciones que lanza el catalán a su oponente es la de fiarse más de las aves y de sus agüeros que de Dios: «Videmus etiam et cognoscimus, quia montes et corui et cornelle et nisi et aquile et fere omne(s) genus auium sunt dij tui, quia plus confidis in augurijs eorum quam in Deo» (MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *La España del Cid*. Espasa Calpe, Madrid, 1969, cap. 38).

Iguals precauciones tomaban los adalides extremaduranos que iban a razziar Al-Ándalus: «E Sancho Ximeno, el adalid, que era buen agorador acabado, cató las aves e entendió en ella que los moros serien vencidos» (HERNÁNDEZ SEGURA, Amparo (ed.), *Crónica de la Población de Ávila*. Anúbar, Valencia, 1966, p. 24, vid. también pp. 19 y 27).

10. CONCLUSIÓN

En las páginas anteriores hemos podido comprobar una completa adecuación de la práctica de la guerra a los fundamentos teóricos contenidos en la tratadística militar representada por el *Libro de los estados*. Una buena parte de los consejos que el infante deslizó en su libro encuentra su correspondencia en las campañas militares de Pedro I, y se alcanza prácticamente la totalidad si añadimos las de Alfonso XI. No es de extrañar estas últimas coincidencias pues el infante coincidió en muchas ocasiones con el monarca en el campo de batalla, las más de las veces a su lado, pero otras varias enfrentado a él. Pedro I se nos presenta como un avezado capitán que conoce los fundamentos de la guerra de su época y los aplica con acierto. Si bien en ocasiones se deja de llevar por su temperamento y toma decisiones que pueden parecer extrañas, no lo son menos los comportamientos de otros contemporáneos suyos cuyas acciones analizadas desde la distancia y el conocimiento que nos da el tiempo pueden igualmente calificarse de desafortunadas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLMAND, Christopher: *La Guerra de los Cien Años. Inglaterra y Francia en guerra, c. 1300-c.1450*. Crítica. Barcelona, 1990.
- ALVARADO PLANAS, Javier: «La castellaría en la Edad Media castellana: Análisis histórico jurídico», en *Boletín de la Facultad de Derecho de la UNED*, n.º 8-9, 1995, págs. 15-30.
- ALVIRA CABRER, Martín: «Los francos de Ultramar y el arte de la guerra», en A. ARRANZ, M^a.P. RÁBADE y Ó. VILLARROEL (coords.), *Guerra y Paz en la Edad Media*. Sílex. Madrid, 2013, pp. 469-496.
- ARIAS GUILLÉN, Fernando: «Los discursos de la guerra en la Gran Crónica de Alfonso XI», en *Miscelánea Medieval Murciana*, n.º 31, 2007, pp. 9-21.
- AYERBE-CHAUX, Reinaldo: *Yo, don Juan Manuel: Apología de una vida*. Hispanic Seminary of Medieval Studies. Madison, 1993.
- CARUANA, Jaime: *El fuero latino de Teruel. Edición preparada y con estudio preliminar*. Instituto de Estudios Turolenses. Teruel, 1974.
- CASTILLO CÁCERES, Fernando: «Análisis de una batalla: Nájera 1367», en *Cuadernos de Historia de España*, n.º 73, 1991, pp. 105-146.
- : «La guerra y el ejército en los reinos cristianos peninsulares durante los siglos XIV y XV», en *Aproximación a la Historia Militar de España*. Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica. Madrid, 2006, vol. I, pp. 143-166.
- CATALÁN, Diego (ed.): *Gran crónica de Alfonso XI*. Gredos. Madrid, 1977, 2 vols.
- CERDÁ Y RICO, Francisco (ed.): *Crónica del rey d. Alfonso el Onceno*. Imprenta de D. Antonio de Sancha. Madrid, 1787.
- CIROT, Georges: «L'espionnage en Espagne au temps de la Reconquête», en *Bulletin Hispanique*, n.º 19-4, 1917, pp. 259-264 (doi: 10.3406/hispa.1917.1968).
- CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*. Labor. Barcelona, 1984.
- Crónica de la Población de Ávila*, A. Hernández Segura (ed.). Anubar, Valencia, 1966.
- Crónica del rey de Aragón D. Pedro IV, el Ceremonioso, ó del Punyalet, escrita en lemosín por el mismo monarca, traducida al castellano y anotada por A. DE BOFARULI*. Alberto Frexas. Barcelona, 1850.
- DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente: *Itinerario de Pedro I de Castilla. Estudio y Regesta*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones. Valladolid, 1975.

- : *Colección documental de Pedro I de Castilla 1350-1369*, 4 vols. Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura. Valladolid, 1997.
- : *Pedro I el Cruel (1350-1369)*. Trea. Gijón, 2007.
- Don Juan Manuel: VII centenario*. Universidad de Murcia, Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, 1982.
- ESTOW, Clara: *La legitimación de lo ilegítimo: López de Ayala y la historiografía medieval*. Ediciones clásicas-Ediciones del Orto. Madrid, 2006.
- FLORANES Y ENCINAS, Rafael de: *Vida literaria del Canciller Mayor de Castilla D. Pedro López de Ayala, restaurador de las letras en Castilla*, en *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, vols. XIX y XX. Viuda de Calero. Madrid, 1851-1852.
- FOWLER, Kenneth, «L'emploi des mercenaires par les pouvoirs ibériques et l'intervention militaire anglaise en Espagne (vers 1361 – vers 1379)», en A. RUCQUOI (coord.), *Realidad e imágenes del poder: España a fines de la Edad Media*. Ámbito. Valladolid, 1988, pp. 23-56.
- FROISSART, Jean: *Les Chroniques de sire Jean Froissart*, en J.A.C. BUCHON (ed.), 3 vols. A. Desrez. París, 1835.
- Fuero de Coria (El)*. *Estudio histórico-jurídico*, por J. MALDONADO Y FERNÁNDEZ DEL SER. *Transcripción y fijación del texto* por E. SÁEZ. Con prólogo del Excmo. Sr. Don J. FERNÁNDEZ HERNANDO. Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid, 1949.
- GARCÍA, Michael: *Obra y personalidad del Canciller Ayala*. Alhambra. Madrid, 1982.
- GARCÍA FITZ, Francisco: «La guerra en la obra de Don Juan Manuel», en J.E. LÓPEZ DE COCA (ed.), *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V Centenario de la Conquista*. Servicio de Publicaciones de la Diputación de Málaga. Málaga, 1987, pp. 55-72.
- : «¿Hubo estrategia en la Edad Media? A propósito de las relaciones castellano-musulmanas durante la segunda mitad del siglo XIII, en *IV jornadas Luso-Espanholas de História Medieval: As relações de fronteira no século de Alcaninces*, vol. 2. Faculdade de Letras da Universidade, Porto, 1998, pp. 837-854.
- : *Castilla y León frente al Islam: estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XII-XIII)*. Universidad de Sevilla. Sevilla, 1998.
- : «El cerco de Sevilla: reflexiones sobre la guerra de asedio en la Edad Media», en M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ (coord.): *Sevilla 1248. Congreso internacional conmemorativo del 750 aniversario de la conquista de la ciudad de Sevilla por Fernando III, rey de Castilla y León*. Centro de Estudios Ramón Areces. Madrid, 2000, pp. 115-154.

- : *Guerra e ideología: justificaciones jurídicas e ideológicas*. Sílex Ediciones. Madrid, 2004.
- : «La batalla en la Edad Media. Algunas reflexiones», en *Revista de Historia Militar*, n.º 100, 2006, pp. 93-108.
- : «“Las guerras de cada día” en la Castilla del siglo XIV», en *Edad Media. Revista de Historia*, n.º 8, 2007, pp. 145-181.
- : «El viaje de la guerra», en J.I. DE LA IGLESIA DUARTE (coord.), *Viajar en la Edad Media. XIX Semana de Estudios Medievales. Nájera, del 4 al 8 de agosto de 2008*. Instituto de Estudios Riojanos. Logroño, 2009, pp. 135-192.
- : «“Más fuerte que la espada”. El hambre como arma y motor de la guerra en la Castilla plenomedieval», en P. BENITO I MONCLÚS y A. RIERA I MELIS (coords.), *Guerra y carestía en la Europa medieval*. Editorial Milenio. Lérida, 2014, pp. 35-64.
- : «Las Navas de Tolosa y el paradigma bélico medieval», en C. ESTEPA y M^a Antonia CARMONA (coords.), *La Península Ibérica en tiempos de Las Navas de Tolosa*. Sociedad Española de Estudios Medievales. Madrid, 2014, pp. 17-52.
- GARCÍA DE SALAZAR, Lope: *Las bienandanzas e fortunas*, 4 vols. Amigos del Libro Vasco. Bilbao, 1985.
- GARCÍA TORAÑO, Paulino: *El rey don Pedro el Cruel y su mundo*. Marcial Pons. Madrid, 1996.
- GIMÉNEZ SOLER, Andrés: *Don Juan Manuel: biografía y estudio crítico*. Tipográfica la Académica. Zaragoza, 1932.
- GIMENO CASALDUERO, Joaquín: *La imagen del monarca en la Castilla del siglo XIV: Pedro el Cruel, Enrique II y Juan I*. Revista de Occidente. Madrid, 1972.
- GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Santiago: «El espionaje en los reinos de la Península Ibérica a comienzos del siglo XV», en *En la España Medieval*, n.º 38, 1995, pp. 135-194.
- GUBERN, Román: *Epistolari de Pere III*. Editorial Barcino. Barcelona, 1995.
- GUTIÉRREZ DE VELASCO, Antonio: «La conquista de Tarazona en la guerra de los dos Pedros (Año 1357)», en *Cuadernos de historia Jerónimo Zurita*, n.º 10-11, 1960, pp. 69-98.
- : «Las fortalezas aragonesas ante la gran ofensiva castellana en la guerra de los dos Pedros», en *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 12-13, 1961, pp. 7-39.
- JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo: *Historia de los hechos de España*. Introducción, traducción, notas e índice de J. FERNÁNDEZ VALVERDE. Alianza Editorial. Madrid, 1989.

- JUAN MANUEL (DON): *El Libro de los estados*. I.R. MACPHERSON y R.B. TATE (eds.). Castalia. Madrid, 1991.
- KAGAY, Donald J.: «Battle-Seeking Commanders in the Later Middle Ages: Phases of Generalship in the War of the Two Pedros», en L.J. ANDREW and D.J. KAGAY, *The Hundred Years War (Part III): Further Considerations*. E.J. Brill. Leiden, 2013, pp. 63-84.
- LACARRA, José María: *Documentos para el estudio de la reconquista y repoblación del Valle del Ebro*. Anubar. Zaragoza, 1982.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: «La organización militar de la Corona de Castilla en la Baja Edad Media», en *Castillos medievales del Reino de León*. Hullera vasco-leonesa. León, 1989, pp. 11-34.
- : «La organización militar de la Corona de Castilla durante los siglos XIV y XV», en M.Á. LADERO QUESADA, (dir.), *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla, Actas del Symposium conmemorativo del Quinto Centenario (Granada, 2 al 5 de diciembre de 1991)*. Diputación Provincial de Granada. Granada, 1993, pp. 195-227.
- LAFUENTE GÓMEZ, Mario: «Comportamientos sociales ante la violencia bélica en Aragón durante las guerras con Castilla (1356-1375)», en *Historia. Instituciones, Documentos*, n.º 35, 2008, pp. 241-268.
- : «Aproximación a las condiciones de vida en Daroca y su entorno durante la guerra de los dos Pedros (1356-1366)», en *Studium: revista de humanidades*, n.º 15, 2009, pp. 53-97.
- : *Un reino en armas: la guerra de los Dos Pedros en Aragón*. Institución Fernando el Católico (CSIC), Excma. Diputación de Zaragoza. Zaragoza, 2014.
- : «Por caminos sinuosos: la defensa y el control del territorio en Aragón durante la guerra de los dos Pedros (1356-1366)», en *Aragón en la Edad Media*, n.º 22, 2011, pp. 135-167.
- LERENA GUINEA, Tomás, «La batalla de Nájera (1367)», *La guerra en la Edad Media: XVII Semana de Estudios Medievales, Nájera, del 31 de julio al 4 de agosto de 2006*, en B. CASADO y J.I. DE LA IGLESIA (coords.). Instituto de Estudios Riojanos. Logroño, 2007, pp. 345-378.
- LEROY, Béatrice: «Le prince écrivain politique, l'Infant Don Juan Manuel de Castille», en *Les princes et le pouvoir au Moyen Age. Actes des congrès de la Société des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public, 23^e congrès, Brest, 1992*. Publications de la Sorbonne. París, 1993, pp. 91-105 (doi: 10.3406/shmes.1992.1612).
- LÓPEZ DE AYALA, Pero: *Crónicas*. Edición, prólogo y notas de J.L. Martín. Planeta. Barcelona, 1991.

- MARTÍN, José Luis: «Defensa y justificación de la dinastía Trastámara. Las Crónicas de Pedro López de Ayala», en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª Medieval*, n.º 3, 1990, pp. 157-180.
- MARTÍNEZ MARTÍNEZ, María: «La cabalgada: un medio de vida en la frontera murciano-granadina (siglo XIII)», en *Miscelánea Medieval Murciana*, n.º 13, 1986, pp. 49-62.
- MCGLYNN, Sean: *A hierro y fuego: las atrocidades de la guerra en la Edad Media*. Crítica. Barcelona, 2009.
- Memorial literario instructivo y curioso de la Corte de Madrid*, n.º 7, 1795, pp. 192-201.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *La España del Cid*. Espasa Calpe. Madrid, 1969.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (ed.): *Cantar de Mío Cid, Texto, gramática y vocabulario*. Espasa Calpe. Madrid, 1980.
- MEREGALLI, Franco: *La vida política del Canciller Ayala*. Cisalpino. Milán-Varese, 1955.
- NAVAREÑO MATEOS, Antonio: «El castillo bajomedieval. Arquitectura y táctica militar», en *Gladius*, n.º 111, 1988, vol. especial *Actas del I Simposio Nacional «Las armas en la Historia (siglos X-XIV)»*, pp. 113-152.
- NUSSBAUM, Mª Fernanda: «Algunas notas sobre los espías en la literatura medieval española de los siglos XIII y XIV», en *Memorabilia*, n.º 14, 2012, pp. 65-76.
- OLIVA MANSO, Gonzalo: *Pugna duorum: perfiles jurídicos. Su manifestación en la sociedad y la política medieval de Castilla y León*. Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Madrid, 2000.
- : «El ejército castellano del siglo XIV. Una mirada a través de la crónica de Pedro I», en L. MARTÍNEZ y M. FERNÁNDEZ (coords.), *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cádiz. El Ejército y la guerra en la construcción del Estado*. Asociación Veritas para el Estudio de la Historia, el Derecho y las Instituciones. Valladolid, 2012, pp. 59-92.
- : «Estampas de la guerra en la Crónica de Pedro I (I)», en *Revista Aequitas: Estudios sobre historia, derecho e instituciones*, n.º 14, 2019, pp. 17-64.
- : «Estampas de la guerra en la Crónica de Pedro I (II)», en *Revista Aequitas: Estudios sobre historia, derecho e instituciones*, n.º 15, 2020, pp. 17-74.
- PALACIOS ONTALVA, J. Santiago: «Castillos contras castillos. Padrastrós y fortalezas de asedio en la España Medieval», en *Arqueología y territorio medieval*, n.º 13.2, 2006, pp. 33-55.
- PARTNER, P.: *El dios de las batallas. La guerra santa desde la Biblia hasta nuestros días*. Oberón. Madrid, 2002.

- PORRINAS GONZÁLEZ, David: «Caballería y guerra en la Edad Media castellano-leonesa: el *Libro del caballero Zifar* y su contexto», en *Medievalismo*, n.º 15, 2005, pp. 39-70.
- PRETEL MARÍN, Aurelio: *Don Juan Manuel, señor de la llanura: (re) población y gobierno de la Mancha albacetense en la primera mitad del siglo XIV*. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete, 1982.
- ROJAS GABRIEL, Manuel: «Guerra de asedio y expugnación castral en la frontera con Granada. El reinado de Alfonso XI de Castilla como paradigma [1325-1350]», en *IV jornadas Luso-Espanholas de História Medieval: As relações de fronteira no século de Alcaninces*, vol. 2. Faculdade de Letras da Universidade. Porto, 1998, pp. 875-900.
- : «El valor bélico de la cabalgada en la frontera de Granada (c. 1350-c. 1481)», en *Anuario de Estudios Medievales*, n.º 31-1, 2001, pp. 295-328.
- : «El riesgo de la batalla (c. 950 – c. 1250). Muerte y cautiverio en combate campal», *La guerra en la Edad Media: XVII Semana de Estudios Medievales, Nájera, del 31 de julio al 4 de agosto de 2006*, en B. CASADO y J.I. DE LA IGLESIA (coords.). Instituto de Estudios Riojanos. Logroño, 2007, págs. 267-302.
- ROMERO PÉREZ, Jonatan: «Estructuras militares y logísticas en la Corona de Castilla durante el siglo XIV», en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª Medieval*, n.º 32, 2019, pp. 337-378.
- SÁNCHEZ-ARCILLA BERNAL, José: *Alfonso XI 1312-1350*. Diputación Provincial de Palencia, Palencia, 1990.
- SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: «Batalla naval de Guadalmesí (año 1342)», en *Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa*, n.º 4, 2007, pp. 1-47.
- Siete Partidas del rey don Alfonso el Sabio (Las)*. Lecointe y Lasserre. París, 1843.
- STRICKLAND, Matthew: «Provoking or Avoiding Battle? Challenge, Duel and Single Combat in Warfare of the High Middle Ages», en M. STRICKLAND (publ.), *Armies, chivalry and warfare in medieval Britain and France: proceedings of the 1995 Harlaxton Symposium*. Stamford, 1998, pp. 317-343.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: *España cristiana. Crisis de la Reconquista. Luchas civiles*, en R. MENÉNDEZ PIDAL (dir.), *Historia de España*, vol. 14. Espasa Calpe. Madrid, 1976.
- TORRES FONTES, Juan: «Actividad bélica granadina en la frontera murciana (ss. XIII-XIV)», en *Príncipe de Viana*, n.º 3, 1986, *Homenaje a J. Mª Lacarra*, pp. 721-739.

- TORRES DÍAZ, Olga: «Los consejos de al-Harawi sobre estratagemas de guerra: un manual político-militar árabe del siglo XII», en *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, vol. 3, n.º 2, 2017, pp. 225-239.
- VALDALISO CASANOVA, Covadonga: *Historiografía y legitimación dinástica: análisis de la Crónica de Pedro I*. Universidad de Valladolid. Valladolid, 2011.
- VALDEÓN BARUQUE, Julio: *Enrique II de Castilla. La guerra civil y la consolidación del régimen (1366-1371)*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones. Valladolid, 1966.
- : «La propaganda ideológica arma de combate de Enrique de Trastámara (1366-1369)», en *Historia. Instituciones, Documentos*, n.º 19, 1992, pp. 459-468.
- : *Pedro I el Cruel y Enrique de Trastámara: ¿la primera guerra civil española?*. Aguilar. Madrid, 2002.
- VALDEÓN BARUQUE, Julio (coord.): *Estudios sobre el Canciller Ayala en el VI Centenario de su muerte*. Diputación Foral de Álava. Vitoria-Gasteiz, 2007.
- VEAS ARTESEROS, Francisco de Asís y MOLINA MOLINA, Ángel Luis: *Documentos del siglo XIV*, vol. I. Real Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, 2015.
- VIVAS PÉREZ, Miguel Ángel: «La transmisión de mensajes mediante señales ópticas: una visión de conjunto», en A. RUIBAL RODRÍGUEZ (coord.), *Actas del III Congreso de Castellología Ibérica: 28 de octubre - 1 de noviembre*. Asociación Española de Amigos de los Castillos-Diputación Provincial de Guadalajara. Madrid-Guadalajara, 2005, pp. 399-418.
- ZURITA, Jerónimo de: *Anales de la Corona de Aragón*, en A. CANELLAS LÓPEZ (ed.). Imprenta de Octavio y Félez. Zaragoza, 1967-77, 9 vols.

Recibido: 06/10/2020

Aceptado: 24/06/2021

NORMAS PARA LA PUBLICACIÓN DE ORIGINALES

La *Revista de Historia Militar* es una publicación del Instituto de Historia y Cultura Militar. Su periodicidad es semestral.

Puede colaborar en ella todo escritor, militar o civil, español o extranjero, que se interese por los temas históricos relacionados con la institución militar y la profesión de las armas.

En sus páginas encontrarán acogida los trabajos que versen sobre el pensamiento militar a lo largo de la historia, deontología y orgánica militar, instituciones, acontecimientos bélicos, personalidades militares destacadas y usos y costumbres del pasado, particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar de hoy, el estudioso de la historia y jóvenes investigadores.

Los trabajos han de realizarse en idioma español, ser inéditos y deberán precisar las fuentes documentales y bibliográficas utilizadas. No se aceptará ningún trabajo que haya sido publicado en otra revista o vaya a serlo.

Los originales deberán remitirse en soporte papel y digital a: Instituto de Historia y Cultura Militar. *Revista de Historia Militar*. Paseo de Moret, núm. 3. 28008-Madrid, pudiendo remitirse con antelación, vía correo electrónico, a la siguiente dirección: rhmet@et.mde.es.

El trabajo irá acompañado de una hoja con la dirección postal completa del autor, teléfono, correo electrónico y, en su caso, vinculación institucional, además de un breve currículum. En el caso de los militares, en el supuesto de encontrarse en la situación de «reserva» o «retirado», lo harán constar de forma completa, sin el uso de abreviaturas.

El procesador de textos a emplear será Microsoft Word, el tipo de letra Times New Roman, el tamaño de la fuente 11 y el interlineado sencillo.

Los artículos deberán tener una extensión comprendida entre 10.000 y 20.000 palabras, incluidas notas, bibliografía, etc., en páginas numeradas y contando cada página con aproximadamente 35 líneas, dejando unos márgenes simétricos de 3 cm.

En su forma el artículo deberá tener una estructura que integre las siguientes partes:

- Título: representativo del contenido.
- Autor: identificado a través de una nota a pie de página donde aparezcan: nombre y apellidos y filiación institucional con la dirección completa de la misma, así como dirección de correo electrónico, si dispone de ella.
- Resumen en español: breve resumen con las partes esenciales del contenido.

- Palabras clave en español: palabras representativas del contenido del artículo que permitan la rápida localización del mismo en una búsqueda indexada.
- Resumen en inglés.
- Palabras clave en inglés.
- Texto principal con sus notas a pie de página.
- Bibliografía: al final del trabajo, en página aparte y sobre todo la relevante para el desarrollo del texto. Se presentará por orden alfabético de los autores y en la misma forma que las notas pero sin citar páginas.
- Ilustraciones: deben ir numeradas secuencialmente citando el origen de los datos que contienen. Deberán ir colocadas o, al menos, indicadas en el texto.

Notas a pie de página.

Las notas deberán ajustarse al siguiente esquema:

a) Libros: apellidos seguidos de coma y nombre seguido de dos puntos. Título completo del libro en cursiva seguido de punto. Editorial, lugar y año de edición, tomo o volumen y página de donde procede la cita (indicada con la abreviatura pág., o pp. si son varias). Por ejemplo:

Palencia, Alonso de: *Crónica de Enrique IV*. Ed. BAE, Madrid, 1975, vol. I, pp. 67-69.

b) Artículos en publicaciones: apellidos y nombre del autor del modo citado anteriormente. Título entrecomillado seguido de la preposición en, nombre de la publicación en cursiva, número de volumen o tomo, año y página de la que proceda la cita. Por ejemplo:

Castillo Cáceres, Fernando: «La Segunda Guerra Mundial en Siria y Líbano», en *Revista de Historia Militar*, nº 90, 2001, pág. 231.

c) Una vez citado un libro o artículo, puede emplearse en posteriores citas la forma abreviada que incluye solamente los apellidos del autor y nombre seguido de dos puntos, *op.cit.*, número de volumen (si procede) y página o páginas de la cita. Por ejemplo:

Castillo Cáceres, Fernando: *op.cit.*, vol. II, pág. 122.

d) Cuando la nota siguiente hace referencia al mismo autor y libro puede emplearse *ibidem*, seguido de tomo o volumen y página (si procede). Por ejemplo:

Ibidem, pág. 66.

e) Las fuentes documentales deben ser citadas de la siguiente manera: archivo, organismo o institución donde se encuentra el documento, sección, legajo o manuscrito, título del documento entrecomillado y fecha. Por ejemplo: A.H.N., *Estado*, leg. 4381. «Carta del Conde de Aranda a Grimaldi» de fecha 12 de diciembre de 1774.

Se deberá hacer un uso moderado de las notas y principalmente para contener texto adicional. Normalmente las citas, si son breves se incluirán en el texto y si son de más de dos líneas en una cita a pie de página.

Recomendaciones de estilo.

- Evitar la utilización de la letra en negrita en el texto.
- Utilizar letra cursiva para indicar que se hace referencia a una marca comercial, por ejemplo fusil *CETME*, o el nombre de un buque o aeronave fragata, *Cristóbal Colón*. También para las palabras escritas en cualquier idioma distinto al castellano y para los títulos de libros y publicaciones periódicas.
- Los cargos y títulos van siempre en minúscula, por ejemplo rey, marqués, ministro, etc., excepto en el caso del rey reinante en cuyo caso será S.M. el Rey D. Felipe VI. Los organismos e instituciones van con mayúscula inicial: Monarquía, Ministerio, Región Militar, etc.
- De la misma manera, se escriben con mayúscula todas las palabras significativas que componen la denominación completa de entidades, instituciones, etc.
- Los términos «fuerzas armadas» y «ejército» se escribirán con minúscula cuando se haga referencia genérica a ellos. Si se habla de «Ejército» o «Fuerzas Armadas» como institución debe emplearse la mayúscula inicial. Otro tanto viene a ocurrir con las especialidades fundamentales, las antiguas Armas y Cuerpos de los Ejércitos y con las Unidades Militares; por ejemplo tropas de infantería y Especialidad Fundamental, Arma de Infantería, un regimiento y el Regimiento Alcántara.
- Las siglas y acrónimos más conocidos se escriben sin intercalar puntos y conviene relacionarlos entre paréntesis inmediatamente después de utilizarlos por primera vez, Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN).
- Se utilizarán siglas para referirse a archivos y publicaciones periódicas que vayan a aparecer con frecuencia en el texto, Archivo General Militar de Madrid (AGMM).

Evaluación de originales.

Para su publicación los trabajos serán evaluados por, al menos, cuatro miembros del Consejo de Redacción, disponiéndose a su vez de un proceso de evaluación externa a cargo de expertos ajenos a la entidad editora, de acuerdo con los criterios de adecuación a la línea editorial y originalidad científica.

Impresión Bajo Demanda

Procedimiento

El procedimiento para solicitar una obra en impresión bajo demanda será el siguiente:

Enviar un correo electrónico a **publicaciones.venta@oc.mde.es** especificando los siguientes datos:

Nombre y apellidos

NIF

Teléfono de contacto

Dirección postal donde desea recibir los ejemplares impresos

Dirección de facturación (si diferente a la dirección de envío)

Título y autor de la obra que desea en impresión bajo demanda

Número de ejemplares que desea

Recibirá en su correo electrónico un presupuesto detallado del pedido solicitado, así como, instrucciones para realizar el pago del mismo.

Si acepta el presupuesto, deberá realizar el abono y enviar por correo electrónico a:

publicaciones.venta@oc.mde.es el justificante de pago.

En breve plazo recibirá en la dirección especificada el pedido, así como la factura definitiva.

Centro de Publicaciones

Solicitud de impresión bajo demanda de Publicaciones

Título:

ISBN (si se conoce):

N.º de ejemplares:

Apellidos y nombre:

N.I.F.:

Teléfono

Dirección

Población:

Código Postal:

Provincia:

E-mail:

*Dirección de envío:
(sólo si es distinta a la anterior)*

Apellidos y nombre:

N.I.F.:

Dirección

Población:

Código Postal:

Provincia:

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Revista de Historia Militar

Tarifas de suscripción para el año 2022:

- 15 € ESPAÑA
- 25 € EUROPA
- 30 € RESTO DEL MUNDO
(IVA Y GASTOS DE ENVÍO INCLUIDOS)

APELLIDOS, NOMBRE: _____ CORREO ELECTR.: _____

DIRECCIÓN: _____

POBLACIÓN: _____ CP: _____ PROVINCIA: _____

TELÉFONO: _____ NIF: _____ Nº DE SUSCRIPCIONES: _____

FORMAS DE PAGO: (Marque con una X)

- Domiciliación bancaria a favor del Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa. (Rellene la autorización a pie de página).
- Incluyo un cheque nominativo a favor del CENTRO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE DEFENSA.
- Transferencia bancaria / Ingreso en efectivo al BBVA: "CENTRO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE DEFENSA".
Nº de Cuenta: ES57 0182 2370 4402 00000365

Al recibir el primer envío, conocerá el número de suscriptor, al cual deberá referirse para cualquier consulta con este Centro.
En _____, a ____ de _____ de 2022.

Firmado:

IMPRESO DE DOMICILIACIÓN BANCARIA

ENTIDAD	OFICINA	D.C.	NÚMERO DE CUENTA

En _____, a ____ de _____ de 2022.

SELLO DE LA ENTIDAD

Firmado:

↑↑ EJEMPLAR PARA ENVIAR A LA SUBDIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES Y PATRIMONIO CULTURAL MINISDEF ↑↑

Deptº de Suscripciones, C/ Camino los ingenieros nº 6
28047 - Madrid

Tfno.: 91.364 74 21 - Fax: 91 364 74 07 - e-mail: suscripciones@oc.mde.es

CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR -----

↓↓ EJEMPLAR PARA QUE Vd. LO ENVÍE AL BANCO ↓↓

SR. DIRECTOR DEL BANCO/CAJA DE AHORROS:

Ruego a Vd. de las órdenes oportunas para que a partir de la fecha y hasta nueva orden sean cargadas contra mi cuenta nº _____ abierta en esa oficina, los recibos presentados para su cobro por el **Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa - Revista de Historia Militar**

En _____, a ____ de _____ de 2022

Firmado:



App Revistas de Defensa

Consulta o **descarga gratis el PDF** de todas las revistas del Ministerio de Defensa.

También se puede consultar el Boletín Oficial de Defensa de acceso libre.

La app **REVISTAS DE DEFENSA** es gratuita.



WEB

Catálogo de Publicaciones de Defensa

<https://publicaciones.defensa.gob.es/>

La página web del **Catálogo de Publicaciones de Defensa** pone a disposición de los usuarios la información acerca del amplio catálogo que compone el fondo editorial del Ministerio de Defensa. Publicaciones en diversos formatos y soportes, y difusión de toda la información y actividad que se genera en el Departamento.

También se puede consultar en la WEB el Boletín Oficial de Defensa de acceso libre.

latindex



SUBSECRETARÍA DE DEFENSA
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

SUBDIRECCIÓN GENERAL
DE PUBLICACIONES
Y PATRIMONIO CULTURAL



9 772530 195006